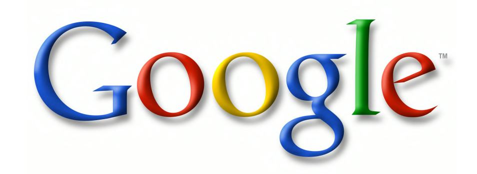
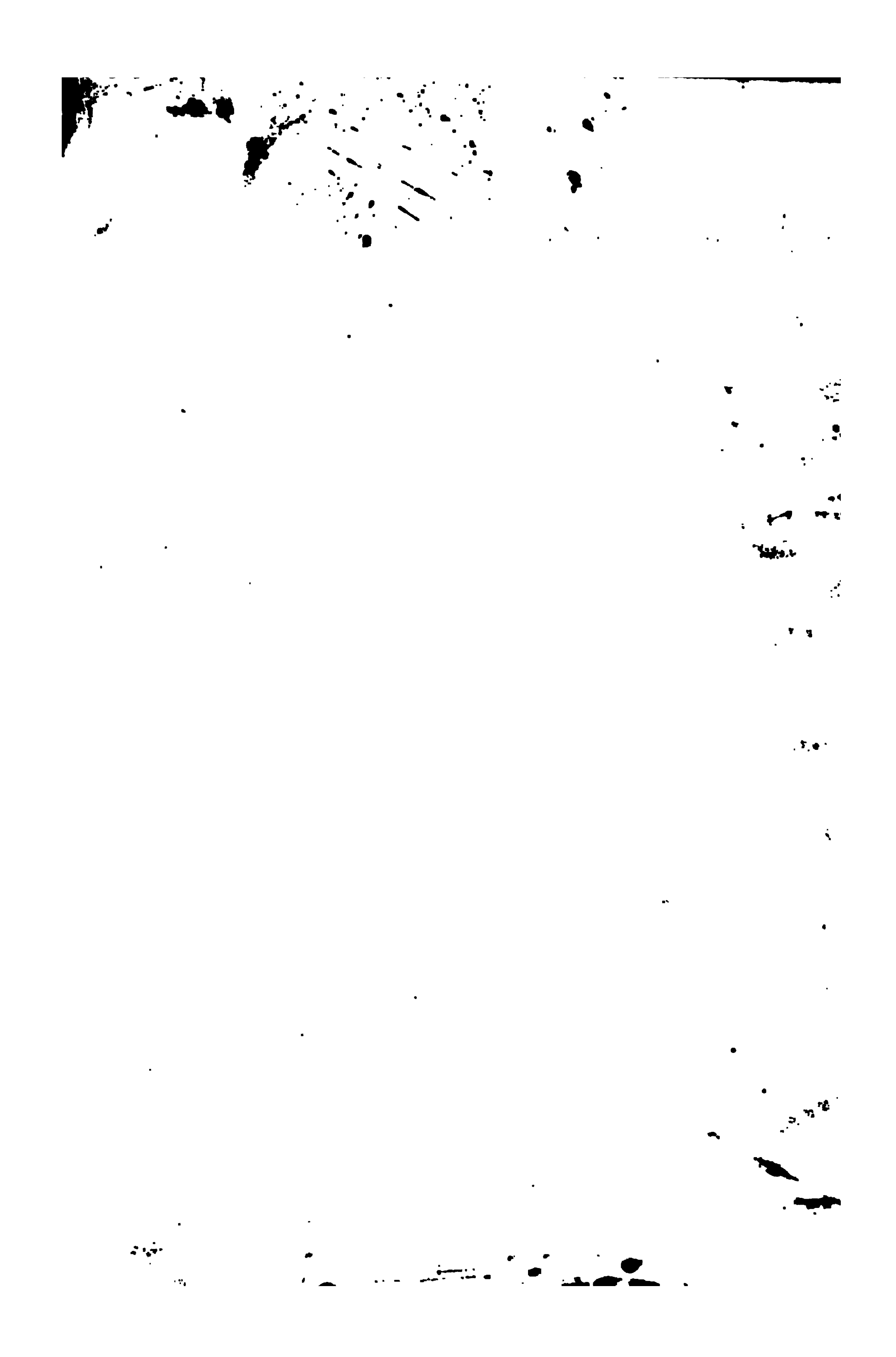
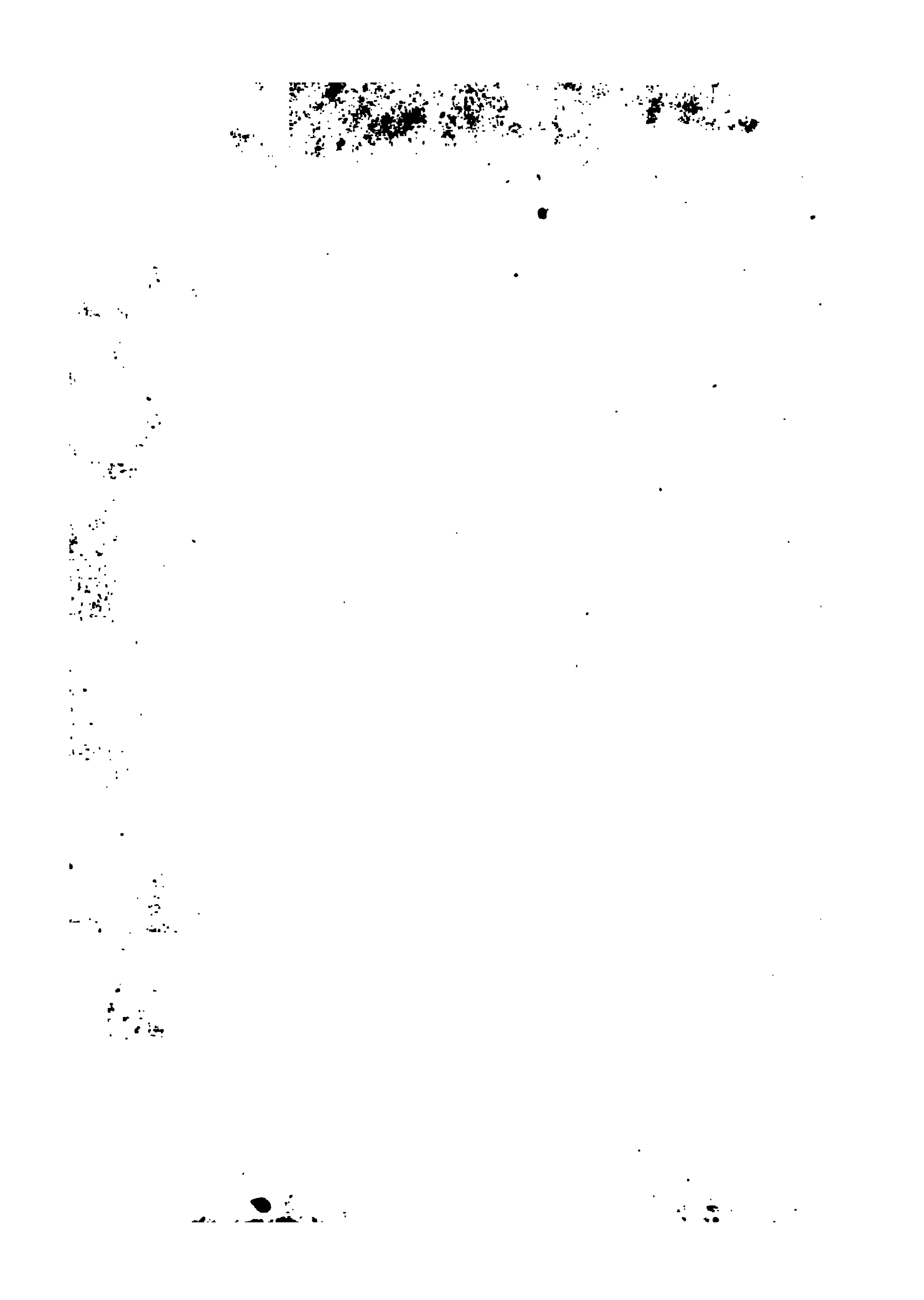






1817
ARTES
SCIENTIA
VERITAS
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
TUEBOR
SI QUAERIS PENINSULAM AMOENAM
CIRCUMSPICE





CARTAS FILOSÓFICAS

QUE BAJO EL SUPUESTO NOMBRE

DE ARISTÓTELES

ESCRIBIÓ EL RMO. PADRE MAESTRO

FRAY FRANCISCO ALVARADO,

CONOCIDO YA COMUNMENTE

POR

EL FILÓSOFO RANCIO,

en las que demuestra la insubsistencia y futilidad de la filosofía moderna para el conocimiento de la naturaleza, su oposicion con los dogmas de nuestra santa Religion, sus perniciosas doctrinas contra las buenas costumbres, y su influencia en el trastorno de los Gobiernos legítimos.

Las da á luz con las cuarenta y siete anteriores el Rmo. Padre Vicario General del Órden de Santo Domingo.

TOMO V.

CON LICENCIA.

MADRID: *Imprenta de E. Aguado, bajada de Santa Cruz.*

1825.

PRÓLOGO AL LECTOR.

El hombre á quien Dios se ha dignado distinguir con una alma grande, nunca debe tenerla en ocio, ni sepultar sus talentos en el abominable sudario de la pereza, para no echar sobre sí el espantoso castigo del siervo inútil. Estos principios tan interesantes cuanto religiosos, fueron todo el norte del Rmo. P. Mtro. Fr. Francisco Alvarado desde su niñez, con una valentía tan extraordinaria y generosa, que llegó á superar con mucho sus débiles fuerzas naturales, segun que ya queda indicado en el sucinto Epílogo de su vida. Toda ella fue un contínuo tegido de tareas literarias, ya en prosa, ya en verso, con cuya amenidad y dulzura embelesaba á cuantos le conocieron y trataron.

Pero lo que mas llamaba la atencion á todos, era el ver que aun de mero estudiante en el claustro ya se electrizaba, sin poder contenerse, en rebatir con su pluma á los *Espíritus fuertes* de sus dias, que como si no tuvieran á quien temer, ya principiaron orgullosamente á mandar nuestro patrio suelo con su enmascarada filosofía, bajo los en-

gañosos pretextos de ilustrarle, cuando no eran otras sus miras tortuosas que corromperle.

Bien á fondo llegó á conocerlas el P. Mtro. Alvarado, y no una vez sola vertiendo lágrimas se quejó de sus rápidos progresos, anunciando con reiterados suspiros los fatales desastres que amenazaban á nuestra adorable Religion, á la Iglesia y al Estado, á no cortarse en su raiz esta hidra venenosa que insensiblemente nos iba carcomiendo, ó este cancer pestífero que ya habia principiado á fermentar toda la masa de la Nacion mas religiosa. Así es, que solia decir frecuentemente con su salado chiste: *Que aunque era feo y ridiculo para ceñir sus lomos con una espada de buen soldado, nunca le faltaria una mala pluma y peor tintero en el claustro religioso con que batirles en brecha todo el resto de su vida, aunque tan inútil y desastrosa su persona para empresas de tanto tamaño.* Asi lo realizó hasta la muerte, á pesar de las rabiosas y tenaces amenazas de sus émulos, sintiéndola solo porque dejaba de perseguirlos.

No son pequeño testimonio de este su agigantado zelo en defensa del Altar y del Trono las beneméritas Cartas de los cuatro tomos anteriores, que lo harán inmortal en el catálogo de los sábios por todos los siglos venideros. Mas ya que no sea posible dar á la prensa otra inmensidad de escritos en

toda clase de erudicion, con que sabiamente trató de instruir al Público contra las fanáticas máximas, y continuos desbarros de los negros novadores, hemos creido que no le desagradará el leer las doctas y erudítas Cartas que tituló *de Aristóteles*, bastante conocidas en el orbe literario, y que escribió muy jóven; por cuya causa se ha tratado ahora de darlas á luz pública, instándolo repetidamente muchos verdaderos sábios que las admiran, para no defraudarle de tan notorio mérito, y con cuya amena leccion no podemos dudar quedarán los lectores bastante complacidos.

Otra ventaja muy superior nos prometemos con la publicacion de estas Cartas. Notorios son á todos los hombres sensatos los estragos y ruinas que ha ocasionado desde mitad del siglo anterior la filosofía moderna en la religion y en las costumbres. Deseosos algunos de los llamados (por equivocacion) *Espíritus fuertes* de sacudir el yugo que la religion *revelada* imponia á sus pasiones licenciosas, trataron de romper este freno, y atropellar todos los respetos debidos á Dios y á los hombres, para entregarse impunemente á la disolucion de su corazon pervertido. Con este objeto comenzaron á desechar la necesidad de la divina revelacion para regular las acciones del hombre y de la sociedad, atribuyendo y concediendo á la débil razon humana los derechos que no te-

nia para el arreglo de las costumbres, y las luces de que carecia en la investigacion de la naturaleza. Mas aquí se verificó lo que decia David (Ps. 61. v. 10.): *Mendaces filii hominum in stateris; ut decipiant ipsi de vanitate in idipsum.* De aquí nacieron la multitud de principios disparatados que estos vanos sabios han introducido en la moral; sus máximas perniciosas en órden á las costumbres, y sus eternas contradicciones en las opiniones.

Mas no terminaban aquí los planes horrorosos de la filosofía *moderna.* Sus principales proyectos se dirigian á la ruina de la Religion católica, para cuyo logro era indispensable desmoralizar á los hombres. Con este fin se propusieron ridiculizar y despreciar la doctrina de los *antiguos*, que una reflexion madura, un profundo conocimiento, un estudio continuado, y una constante experiencia tenian tan acreditada. Inventaron, pues, unos nuevos sistemas destituidos de fundamento sólido, sin mas razon que la que les sugeria su imaginacion exaltada, y las perniciosas ideas de que estaba imbuida, insertando con el mas disimulado artificio principios y máximas que conducen en derechura al *materialismo y ateismo.* Á tan monstruosas doctrinas han sido consiguientes el desprecio de la Religion y sus dogmas; la insubordinacion á las autoridades; la rebelion y anarquía que han intentado introducir en

todos los Estados; y finalmente los funestos trastornos, atentados y violencias que experimentó la Francia á fines del siglo pasado, y tantas lágrimas han costado á la España en el presente.

Nuestro Autor con su profunda penetracion y fino discurso descubre como con una antorcha toda la vanidad é insubsistencia de tales sistemas; demuestra las perniciosas semillas que contienen, y el fin lastimoso á que conducen: manifestando victoriosamente la superioridad y excelencia de la filosofía *antigua* sobre la moderna para toda clase de instruccion; la admirable conexion y enlace de aquella con los dogmas de nuestra Religion, con la pureza de las costumbres, y con la felicidad de los Estados; al paso que la *moderna* no influye sino en la destruccion de todo órden divino y humano.

El cielo quiera que en cuantos leyeren estas Cartas se logren los saludables efectos que produjo su lectura en el doctor don Manuel Custodio, á quien Aristóteles las dirigia desde el infierno; el cual desde la primera que llegó á sus manos, principió á desviarse con el mayor placer y publicidad de la *nueva filosofía*, á que algun tanto se habia adherido; y lo que es mas, consultando para ello muy seriamente al P. Mtro. Alvarado, quien con no menos seriedad que jocosidades festivas le contestaba dándole los plácemes por tener tan buenos amigos has-

ta en el infierno, que lo prevenian para que se librase de ir á acompañarlos en aquellas cavernas espantosas, donde nunca ha habido redencion alguna, sino para el escolar transeunte, que venia á avisárselo con tan particular dispensa para su privilegiada persona.

Alabemos, por último, siempre á Dios, que nos dió unos hombres tan singulares para disipar las tinieblas en que pretendia envolvernos la *falsa filosofía*; y que ilustrándonos con sus sabios escritos, nos ayudan á la verdadera reforma de nuestras costumbres con las *rancias* doctrinas del santo Evangelio, en que el Autor se prefijó tan gloriosamente para llamarse el *Filósofo Rancio*. Así sea.



CARTA PRIMERA.

Sr. D. Manuel Custodio.

Muy señor mio: Me temo, con razon, que esta mi carta cause á V. alguna turbacion: que su fecha de la parte de acá del Letéo le obligue á santiguarse á dos manos: que la firma de un Aristóteles le llene de dudas; y mas que todo, que la materia, sobre que le escribo, le ocasione mil escrúpulos y escándalos. Pero á pesar del susto, que preveo en V., y que el afecto, que le profeso, me inclina á evitarle, me veo en la precision de molestarle suplicándole oiga la ocasion que me mueve á escribirle; y me saque de este purgatorio de dudas, que vienen á perseguirme hasta el infierno.

Ya hay, amigo mio, muchos siglos que soy habitador de estas regiones, donde cuidados de mayor momento me han tenido tan ageno de las cosas del mundo, y tan poco solícito de lo que sucede en él, que he pasado la vida como un muerto: las pocas noticias, que de por allá me han venido, han sido hasta aquí parte de gusto, parte de risa. Me han referido algunos que en esos paises lograban mis escritos un crédito incomparable; que á boca llena me llamaban *el Divino Aristóteles*, *el Príncipe de la Filosofía*, *el Filósofo por excelencia*, y otros tales epítetos que si ellos hubiesen sido sufragios, y yo estuviese en disposicion de que me aprovecháran, muchos años ha que estaria habitando entre los moradores de la luna, que (segun me informan) se han descubierto ahora. Otros me han dicho que á consecuencia de este crédito no ha habido filósofo ni filosofastro, que no haya querido cubrirse con mi nombre: que divididos los profesores de la facultad en varios, é irreconciliables partidos, cada cual me alegaba por el suyo: que calentándose las fanta-

sias en forjar varias sutilezas, de todas ellas querian hacerme autor: que quisiese yo ó lo repugnase servia mi nombre para autorizar dictámenes opuestos, y que no ha habido disparate que no se haya podido apoyar con mis escritos. Como vivo en la tierra de los desengaños, no he podido menos que reirme de esto, burlar á carcajadas los inútiles estudios de hombres, que nacieron para no saber mas que contradecir, y pasan su vida á caza de quisquillas (ellos las llaman sutilezas), pudiendo emplearla con mas utilidad en cazar moscas: pero por fin las primeras noticias me hacian pasar algunos dias menos tristes con la consideracion del buen nombre, que lograba entre los mortales, y el aprecio, que ellos hacian de mis tareas y sudores.

Este solo consuelo, que me habia quedado entre tantos objetos como me entristecen, hay ya cerca de tres años que lo tengo perdido. Fue el caso que cierto revendon de las plazas de esa ciudad, despues que murió como mejor pudo, vino á estos paises traido de los infinitos embustes y rapiñas en que por oficio se habia egercitado; acudimos todos los vecinos, no tanto á felicitarlo de su llegada (que ciertamente no es digna de semejante cumplimiento), cuanto con el deseo de saber el estado de las cosas de por allá arriba. Entre varias noticias de poca ó ninguna importancia nos dió una, que fue para mí de incomparable dolor. Refirió pues que estando ya en los últimos oyó al fraile, que en aquella hora le asistia, disputar á grito pelado con un clerizonte que le pareció jesuita: cara venerable, juanetes en ella, carrillos sumidos, barba y labios sacados, ojos modestos de por fuerza; acciones, palabras y ademanes todos estudiados y fingidos. Aplicó la atencion á percibir la materia sobre que sufria la disputa: las muchas voces que daban los argumentantes solamente le dejaron entreoir al clérigo, que con tanto magisterio como pudiera hacerlo un santo padre decia: *Aristóteles no sirve. Aristóteles no supo filosofía. Aristóteles debe desterrarse. Quien lo siga nunca ha de ser filósofo.* Como el punto me picaba tan en lo vivo; pregunté á nuestro nuevo huesped á fin de rastrear las razones que movian á ese santo señor para dar al traste conmigo; pero él no supo decir otra cosa, sino que no habia podido entenderle mas, y solo se acordó de que para despedirse, lo hizo con estas ó se-

mejantes palabras: *En esto estamos convenidos todos los doctores: solamente cuatro frailes fanáticos perseveran tercos; y si cierto fraile que se halla en el catálogo de los Santos hubíese de haber sido canonizado en el dia, en que las cosas se miran de otro modo, no sé yo como se le habia de quitar la mancha de haber seguido á Aristóteles.* Yo pobre de mí que oí esto, y que al mismo tiempo me hallaba en esta situacion donde ni podia responder, ni me era fácil averiguar qué pecados eran los mios para sufrir por ellos tan amarga sentencia, no tuve por entonces mas arbitrio que juntar á mis amigos, exponerles mi desgracia, y pedirles consuelo en tan irremediable afliccion. Galeno, Theofrasto, Themistio, Averroes, Avicembron, Avicena y otros innumerables que me tuvieron aficion en vida, y son mis compañeros en la muerte, esforzáronse en vano en consolarme. Por mas que ellos me recordaron el general aplauso con que viví en el mundo, el sumo aprecio que despues he tenido, la no interrumpida sucesion de sábios que me han respetado por maestro, el consentimiento de los mas juiciosos siglos, la confesion misma de mis mas poderosos adversarios, jamás pudieron apearme del escrúpulo de que los que ahora se conjuraban contra mí eran los señores doctores. Este nombre *Doctor*, ó sea por lo retumbante del término, ó sea por lo hueco del significado, me hacia estremecer como un chiquillo. Suponia yo que los que lo tenian, serian unos hombres con quienes se quedaria en mantillas mi maestro Platon. Se me figuraba (¡lo que puede la aprension!) que un doctor sería un hombre á quien en recompensa de una vida entera empleada en los mas sérios y penosos estudios, se le daba como premio de su tarea este nombre, que lo hiciese respetable entre los mortales, y se le hacia al público el grande beneficio de colocarlo á la frente de la enseñanza, para que sacando luces del fondo de sus conocimientos, fuese la gloria y adorno de la patria. No sabia yo entonces (como despues he sabido) que para doctor sobra con mucho menos: que un doctor, en habiendo dineros, se hace de cualquier cosa, y que es un oficio tan fácil de aprender como el de mandadero de monjas; y como no lo sabia, tuve que persuadirme á que pues los doctores me ajaban de este modo, bien estudiado lo tenian. Desde aquel entonces hemos tomado mis discípulos y yo cuantos medios nos pudo sugerir el apuro, á fin

de descubrir mi pecado: hemos discurrido, hemos conferenciado, hemos preguntado á cuantos han venido de nuevo á este pais; pero lo mas que hemos conseguido han sido noticias obscuras é inexactas. Quisiéramos haber podido encontrar modo de salir de estas cavernas, para dar un paseo por el mundo, y descubrir la causa de tan extraña novedad; pero, amigo mio.... *Facilis descensus averni; sed revocare gradum, superasque evadere ad auras, hoc opus hic labor est.*

Así nos hemos pasado este tiempo, que para mí ha sido ciertamente eternidad, hasta que la buena dicha nos deparó, cuando menos lo pensamos, un arbitrio para volver al mundo. Un francés que ha consumido gran parte de su vida en pasear el campo de los gorriones, tuvo estos últimos dias la desgracia de que reventándose el globo *aereostático* en que hizo su último viage; derramó sobre la tierra no solamente su pobre humanidad, sino tambien una atarazana entera que llevaba encerrada en el estómago. Sin topar en rama vino á parar donde nosotros estamos; y despues que durmió el poco vino que le habia quedado, y pudo repararse del dolor del golpe, nos dió en la noticia de su muerte una bella idea de esta nueva y asombrosa invencion. No sabré decir á V. si fue mayor nuestro espanto que nuestra alegría: pues si para unos filósofos ranciosos debió ser admiracion ver que ya los aires se podian navegar sin plumas; para unos hombres que tanto deseaban que los aires fuesen navegables, no pudo haber motivo de mas cumplido gusto. Al instante tratamos de trazar las máquinas: tomamos lienzo de la mortaja de un serrano, y nos surtieron de abundante materia para el *gas* las lanas de un doctor. Dentro de breves horas ya estaba todo listo para marchar: y mi amigo Averroes, que (Mahoma se lo pague) como es discípulo á la antigua, hace á favor de su maestro cuanto en contra de los suyos suelen hacer los discípulos á la moderna, se ofreció al viaje para el que yo mismo me prevenia; alegando que no era decente que un hombre de mis años y carácter anduviese volando como bruja.

Faltaba solamente encontrar boquete por donde desde estos sitios se pudiese salir á la superficie de la tierra; pero el mismo Averroes se acordó entonces que no muy lejos de Córdoba, su patria, hay un agujero, que segun dictámen de las gentes penetra hasta estas regiones. Pusimos en buscarlo to-

da diligencia, y tuvimos la dicha de encontrar en breve la Sima de Cabra: por allá arriba se remontó nuestro buen amigo, y nosotros quedamos á su embocadura esperando la vuelta, que aunque pronta, se hizo á nuestros deseos mas que dilatada. Volvió en fin á bajar por el mismo sitio: apeóse de la prodigiosa cavalgadura, y poniéndose ambas manos en la cabeza en ademan de atónito, prorrumpió en estos gritos: "Infelices nosotros, que nos hemos muerto antes de ver el mundo como está en estos dias, y que muy tarde hemos alcanzado el desengaño. Nosotros, mis amigos, hemos errado el camino de ser sábios, pasamos los dias en pertinaces estudios, velamos las noches en continuas meditaciones, y toda nuestra vida fue para nosotros un ímprobo, y porfiado trabajo: perdimos la salud en la demanda, nos devanamos la sesera, malogramos el precioso tiempo, y para escribir cuatro libracos, de que ahora no se hace caso, no perdonamos trabajo ni fatiga. Pero ahora, señores, ahora se ha descubierto otro nuevo rumbo para la sabiduría, ahora su camino no ofrece mas que flores: pero ¿qué digo flores? Ahora la ciencia produce doblones y distincion, sin tener un abrojo que pisar. Aquella filosofía que aprendimos nosotros á fuerza de tantas fuerzas, y que siempre confesamos no haber acabado de comprender, en el dia es negocio de tres años: de éstos se gastan en vacaciones treinta meses, dos de los restantes en esperar al catedrático, otros dos en murmurar de los frailes, y los dos que quedan en escribir un prólogo muy largo, y aprender á no decir: *sed*, ni *ergo*, sino *at*, y *igitur*. Con este aparato de erudicion salen todos los dias unos filosofones capaces de decidir sobre el Alcoran de Mahoma: son bachilleres, licenciados, doctores y cuanto les da la gana. Dentro de nada, como sea hombre que acomode para ciertas miras, cátatelo hecho catedrático con mas ínfulas que un Obispo; con mas campanillas que una calesa: acuden á la cátedra un cuarto antes que se acabe la hora: hacen que se repita *ad fastidium* una hoja de leccion, que ellos no entienden ni sus discípulos entenderán: citan para la noche otra hora de repaso: no hay certificacion como no se asista: no hay asistencia como no se pague: no hay paga que baje de un duro; y veis aquí cómo se recompensa ahora el haber perdido el tiempo por solos tres años; y cómo cualquier filósofo de agua dulce saca

mas renta que un ministro que vela sobre la quietud pública, y expone su vida por defender la patria. No sé yo ciertamente que la renta de estos alcance á ochenta ó noventa duros por mes, no obstante que los pobres no tienen la cuarta parte del tiempo para disertar con las niñas que tienen los profesores: hubieran aprendido buen oficio. De aquí es que por Sevilla, como despues observé, andan los sábios mas abundantes que las malvas, los escritores tan espesos como las pulgas, los eruditos tan de sobra como los perros. Viérais allí cuantísimo autor, cuantísimo libro nuevo, cuantísimo papelote, cuantísima disertacion, cuantísima apología, cuantísima disputa, aunque sea el por qué no tienen vigotes los galápagos. Para nosotros componer una obra, era obra de toda la vida: pero ahora no hay cosa mas fácil. En media hora se escribe un curso de filosofía *ecléctica*, pues en haciendo un prólogo con todas las desvergüenzas que le quepan contra tí, maestro mio, y contra tus discípulos; en poniéndonos de bárbaros tres veces lo menos en cada fólio, y copiando ya de este, ya del otro autor los párrafos enteros, mas que no lleven conexion ni órden, sale un *ecléctico* de siete suelas. Ahora se escribe una obra original en una noche tomando un dístico de Juan Oben, y sacando de él, mas que no quiera salir, una conclusion de moral. Ahora se hace una apología echándose al contrario acuestas el exorcismo del toro de san Marcos. Ahora se ganan doscientos ó trescientos reales con dar á luz pública como propio el trabajo ageno, aunque esté impreso. ¡Qué cosecha de críticos! A vuelta de cada esquina se encuentran á docenas: hasta los aguadores son filósofos: hasta los......

Poco á poco, señor mio, le interrumpí yo: V. lleva traza de estarse hablando mucho, y esas noticias son mejores para despues. Sepamos por ahora qué razon nos trae de lo que ha ido á averiguar. Lo único que he sabido, respondió Averroes, fue que yendo yo á entrar por la puerta de Carmona, ví atravesar á un costalero que llevaba á cuestas un negro ataud: movióme la curiosidad si tendríamos otro huesped, le pregunté que quién era el muerto, y respondió que el instrumento aquel iba á servir en el entierro de Aristóteles, que al siguiente dia 9 de mayo se celebraba en N. N. Pues ¡cómo! le pregunté sorprendido. ¿Aristóteles que ha dos mil años que mu-

rió, se va á enterrar ahora? ¿Aristóteles gentil enterrarse en sagrado? Explíqueme, hombre, eso mas bien; porque yo no alcanzo este misterio. Con responderme que él no sabia mas, se salió de la dificultad, y me dejó sumergido en un abismo de dudas. Entré en Sevilla, y no habia banco de herrador, ni tienda de zapatero de lo viejo, donde no se tratase de tu entierro, amado maestro mio.

En una de las librerías de Calle-Génova fue donde ví el mayor concurso. Me pusé en acecho de la conversacion, y percibí por fin que tu muerte y entierro habia de ser en tus escritos; que unos ingratos discípulos tuyos que no pudieron entenderte, se habian revelado contra tí; que deseosos de hacer gente, y no pudiendo lograrla por sólidos estudios, quisieron hacerse famosos (como el que quemó el templo efesino de Diana) con echarte por tierra; que tomando de Renato Des-Cartes, Pedro Gasendo, Nicolás Malebranche, Isaac, Neuton y otros autores que ni ellos entienden, ni quizás ellos se entendieron, han querido ser Patriarcas de una nueva filosofía, que llamase la atencion de los ignorantes; y que viéndose cada vez mas atrasados en su nuevo proyecto, habian buscado un socorro poderosísimo en dos religiosos N. N., grandes maestros en la facultad, de los cuales el uno te habia herido malamente en 15 de febrero de 1783, y el otro pensaba en rematarte el citado dia 9 de mayo. Mudóse la conversacion con harto sentimiento mio; pero habiéndose tratado despues de don Manuel Custodio, que fue tiempos pasados tu discípulo, me alegré de saberlo para aconsejarte que le escribas, que él es hombre de razon, y no se negará á darnos noticia de todo cuanto pase; pues yo falto en la ciudad de conocimientos é introduccion, hombre árabe de diferente lengua y trage, no puedo presenciar todo lo que fuera necesario para instruirme plenamente.

No sabré decir á V., amigo mio, cuánto sobresalto hayan causado en mí semejantes noticias. Cuando yo andaba por el mundo, no habia sábio en toda la Grecia que se atreviese á chistar donde yo le oyese, y ahora como me ven viejo y caido, me dan como á toro muerto gran lanzada. Por fin tengamos paciencia por ahora, y pensemos en que esos ignorantes entiendan que se las han con Aristóteles. Es preciso tomar el consejo de Averroes, y valerme (con la ayuda

de V.) de un buen amigo que por lo ménos me instruya en qué pecados he caido, que asi me lleven á tan estrondoso suplicio. Sabe V. no es justo que muera indefenso: no se me ha citado; y de mi delito no tengo mas noticias que la de estar condenado á muerte. Por lo que le pido á V. y le conjuro de parte de Juan Oben; por la hombría de bien que tanto ostenta en sus apologías; por la leche que mamó de mis categorías, y por cuanto tengo de amable en ese mundo, que haga por donde vengan á mi poder los autos, en vista de los cuales he sido sentenciado, que quiero pedir y alegar en contra, mas que me entierren setecientas veces.

Este favor espero de la buena amistad de V.; y si en el pais en donde habito, contempla hay cosa que puede servirle para sacudir las moscas á los curas, no tenga dificultad en avisarme, contando en mi persona con un apasionado servidor que le desea tantos años de vida, cuantos él cuenta de sepulcro. = *Aristóteles Estagirita.*

P. D. El portador de esta es Averroes: basta esto para que entienda ser persona de mi mayor satisfaccion, y que no desmerece la suya. Si se hiciere el entierro, sírvase V. pagar los gurullapes, pues no ignora que solo el interés los lleva á enterrarme, y no quiero con esa gente disputa en materia de maravedises, porque en ella reconozco que me son superiores.

CARTA II.

Sr. Don Manuel Custodio.

Amigo y señor: mucho mas tarde de lo que deseaba, llegaron á mi poder la muy apreciable de V. y los dos papelones que con ella me remite. Como yo le habia pedido me enviase los procesos, en virtud de los cuales habia sido sentenciado; luego que ví los dos abultados volúmenes que me trajo Averroes, me parecieron no ya unos autos, sino los cincuenta libros de las Pandectas. El portador me sacó de esta ignorancia, asegurándome que no era el envoltorio, ni sumaria, ni libros, sino dos papeles de conclusiones que contra las algarabías de mi doctrina y las de mis discípulos, se habian sostenido en la casa grande de san N. de esa ciudad. Cuánta fuese mi admiracion en aquel entonces, no puedo explicar á V. bastantemente. Como en mis tiempos se trabajaba tanto para descubrir una sola verdad, y se tenia por dichoso cualquiera sabio, que al fin de una vida entera del mas pertinaz estudio, se hallaba en disposicion de sostener cuatro ó cinco theses ó proposiciones, me llené de asombro, cuando entendí que dos hombres que apenas tocarán en los treinta y seis años, han tenido espíritu para proponer á una pública disputa tanta multitud de aserciones, y algunas de ellas tales, que con todos los años que yo llevo de vivo y de muerto, aun no me hallo capaz de sostenerlas. Ya me iba inclinando á que en estos dias se habria descubierto algun importante secreto, por donde en cuatro semanas se habilitasen los hombres para hablar con acierto sobre todas materias (pues las theses sobre todas hablan) cuando el mismo Averroes me previno que no fuese tan sencillo: que el secreto que ahora se sabia, todo se reducia

á saber aparentar: que semejantes theses se tomaban de uno ó muchos libros: que para defenderlas no habia mas trabajo que emplear, que copiarlas y hacerlas imprimir de segunda, sin meterse en la majadería de estudiarlas: que el acto solia ser de cumplimiento: que aunque no lo fuese, al argumento mas sério se le respondia con cuatro sales de Pláuto y una fábula de Esopo; y que al fin las conclusiones pasaban en un dia, y quedaba un testimonio eterno á favor del defensante en los papeles. Iba Averroes á hacerme manifiesto en ellos mismos mucha parte de lo que acababa de decirme; y tomó el primero para traducírmelo; pues como en mi tiempo y en mis paises no se conocia la lengua latina, es muy poco el uso que he alcanzado de ella. Yo tenia formado un excelente concepto de los dos papeles; le fui á la mano al instante, haciéndole ver que era temeraria presuncion el que él quisiese traducirlos: le recordé que ni él, ni sus compañeros, ni todos cuantos en los siglos posteriores habian seguido mi doctrina, supieron mas que una gramática parda, un latin mazorral, y una elocuencia de precisiones: que ahora, cuando las bellas letras estaban restituidas á su explendor nativo, se hablaria y escribiria un latin quizá mejor que el del siglo de Augusto; y que si era tal como me presumia el de las conclusiones, sería una compasion que un árabe bárbaro tocase con sus inmundas manos á las Musas Sevillanas acabadas de vestir de limpio, y se expusiese al sonrojo de no poder entender ni una palabra. Mis razones fueron para él de tanta fuerza, que sin perder tiempo me obligó á que fuésemos á buscar al mejor maestro de la lengua latina que se hallase en estos paises. Dimos al fin con Marco Tulio, mi antiguo apasionado, hombre imparcial, y que en la materia pienso que tiene voto. Despues de los saludos regulares le dimos cuenta del fin que nos habia conducido á su presencia; le suplicamos se tomase el trabajo de explicarnos qué querian decir aquellos asertos, y por si en ellos encontraba alguna cosa que le enmendase la plana, le añadimos no extrañase que la lengua latina hubiese quizá adquirido mas hermosura al cabo de tantos años de estudio sobre ella, de tantos planes de enseñarla, de tantos métodos de componerla, como en estos dias se estan viendo entablar. Tomó los papeles, los hojeó, leyó algunas cosas para sí, y cerrándolos de repente, se vino el buen viejo para mí con los

brazos abiertos; y con los ojos llenos de lágrimas dándome un abrazo estrecho, prorrumpió en estas palabras: ¡Ay Aristóteles de mi alma! que no es contra tí contra quien se dirigen estos golpes. Yo solo soy el verdadero muerto: el entierro que se ha hecho, es el mio. Si hasta la presente he vivido en el mundo en la lengua de algunos, ya llegó para mí la última hora. ¿Ves estos dos papeles? Pues en ellos se me dan por cima de quinientas heridas mucho mas atroces, que las que dividieron de sus hombros mi cabeza: mi lengua que ha sido todo mi caudal, tiene mas picaduras que las que pudo darle la muger de Marco Antonio mi enemigo; y los solecismos y barbarismos que han amontonado contra mí, echan sobre mi sepulcro un monte mas pesado, que el que Júpiter echó sobre los gigantes.

Puede V., amigo mio, hacerse cargo de qué tales quedaríamos nosotros, viendo lamentarse de este modo á nuestro amigo Ciceron. Por lo que á mí hace, le aseguro á V. que me parecia sueño cuanto me pasaba, y no podia acabarme de persuadir á que fuese Ciceron quien decia esto. Averroes por el contrario lo hubo de tomar á pulla, y luego que del modo que pudo, consoló al pobre viejo, empezó á hacerle cargos de que mirase lo que decia: que él acababa de venir de Sevilla, donde se pensaba muy al contrario: que hombres que por su elocuencia habian alcanzado los títulos, uno de *divino* y otro de *chrisólogo* (piquito de plata) eran de dictámen que no se habia visto cosa de mejor gusto ni mas fina crítica, que aquellas conclusiones, que como tales eran celebradas por ellos y por una inmensa multitud de gentes que adoraban al *divino*, y pendian de la boca del *chrisólogo*: que no se dejase transportar tanto de la envidia que defraudase de su merecimiento á los eruditísimos autores. ¡Qué *chrisólogo*, ni qué *divino*, ni qué calabazas! respondió Ciceron: es imposible que hombres que aplauden esto, entiendan siquiera la lengua castellana. Oigan VV. (respondió un pelafustan que en esa ciudad habia sido pimporrero de un jabardillo de músicos), yo conozco al uno y al otro sugeto, de quienes VV. hablan, y á otros muchos de su mismo jaez; y en lo poco que entiendo, puedo asegurar á VV. que he visto dos traducciones del *divino*, que por voto de algunos inteligentes no pueden ser ni aun del humano. He oido del mismo murmurar á un compañero mio aficio-

nado al latin, que no sabe hacer mas que poner pedazos del señor Ciceron que me está oyendo, y luego les añade otros pedazos suyos que se parecen los unos con los otros, como la cruz de los Polaineros con la falúa del resguardo. Y tambien he sabido que yendo una vez á predicar (me lo contó un fraile amigo mio) en cierto concurso, todo el mérito de su sermon consistió en llenarlo de terminacos antiguos, como si estuviese hablando con la madre del Cid Campeador. Del otro no hay que decir sobre lo dicho acerca de este, que es reputado por maestro y conductor.

No hicimos caso de lo que aquel hombre decia, y pedimos á Ciceron que pues él conocia los defectos, se tomase el trabajo de apuntarnos siquiera algunos de los mas visibles, para poder yo escribírselos á V. y alegar contra esos Padres de *nulidad de autos*. Repugnó al principio; pero al fin lo vencimos. Tomó el primer papel, y omitiendo el título y dedicatoria por respeto á aquel incomparable sabio, á quien se consagraba, empezó á leer el aserto, y á hacer su crítica en la siguiente forma. *Ex prolegomenis*, lín. 1.ª, primera palabra (para que haya zurrapas en el primer tapon) pone *phylosophiam* con *y* griega, y *Pithagoram* con *i* latina. Váyase, dige yo, la una por la otra, y no seas muy escrupuloso en la ortografía; sino ten presente aquella importante máxima de que: *inter bonos escholastiquibus nunquam reparatur in unam litteram*. Sea muy en buen hora, dijo Ciceron, juzgaba yo que la finura de unos reformadores de las ciencias no consentiria unos defectos, por los que en las clases azotan á los muchachos; pero por fin no hagamos caso de ellos, y vamos á lo mas gordo. Pase pues en la lín. 4.ª *Metaphisicam*, y vamos al párrafo de lógica en la misma plana, donde en la lín. 21 se dice: *à quibus omnis error in veritate investiganda derivat*: ¿No sabe este buen P. que *derivo, as* significa lo mismo que *deducere aquas, vel aliò deflectere aquas*? ¿Y que en la translacion de este significado se debe guardar analogía? Esto es, que lo que se deriva siempre ha de ser persona que padece, y quien deriva, persona que hace. Pues señor: ¿el *error* es quien deriva, ó lo que se deriva? Ya se ve que es esto último; con que si *error* está en nominativo y es persona que padece, deberia ser *derivatur* y no *derivat*. Semejante solecismo no lo comete un muchacho de seis meses de gramática.

Dejemos el *philosofando* con *f* que nos emboca dos veces poco mas abajo, y vámonos á entender qué ajos son estos, de que aqui se hace mencion á la lín. 24. ¿Has oido tú, Aristóteles, decir que los ajos hayan hablado alguna vez? No por cierto, le respondí yo, y solamente me acuerdo de que allá en Egipto se les tributaba admiracion, segun aquello de: *felices gentes, quibus dii nascuntur in hortis*. Pero que ellos hablasen, ni lo he visto, ni lo he oido, ni puedo comprender cómo es posible. Pues aquí tienes, me replicó Ciceron, á los ajos no solamente hablando, sino lo que es mas, filosofando. Escucha la proposicion que no me dejará mentir. *Logica sive sit organum organorum, uti Aristoteli; sive dialectica, uti scolasticis* (aquí falta la *h*); *sive ars philosophandi, ut alliis placuit*, &c. Ves aquí los ajos tan claros, como los puede decir un español. No hay duda, respondió Averroes, que *alliis* con dos *ll* no puede ser sino *allium, ii*, que en toda tierra de gallegos significa el ajo, y si yo no me engaño, ya entiendo lo que queria decir esa conclusion. Quizá algunas cabezas de ajos que se hayan metido á filósofos, habran dicho de la lógica que es el arte de filosofar; y no se maravillen VV. de que los ajos sepan tanto, porque al menos tienen en la cabeza una borla que les viene como natural, y no como muchas otras que se ven en varias cabezas, y seguramente estarian mas naturalmente en la de un borrico. Por fin diga la conclusion lo que quisiere; que ahora no nos metemos en eso, y sigamos algo mas de prisa. Volvió Ciceron la hoja al párrafo *de perceptione*, y al leer *divitio* con *t* se encogió de hombros, y confesó ingenuamente que no conocia semejante pájaro; que de *dives, itis* no sabia él que se derivase mas que *divitiæ, arum*; y que pensar que de *divido, dis* hubiera de salir *divitio* en lugar de *divisio*, eso lo entendia el P. muy mal, y que él justificaria que el supino del referido verbo no era *divitum* sino *divisum*. A los dos renglones volvió á tropezar con *divitionem*, y volvió á torcer el hocico. Al renglon mas abajo se encontró con *intelectionem* que para haberlo de conocer tan disfrazado como venia sin la otra *l* que le faltaba, tuvo bien que trabajar.

Pero donde el pobre hombre salió de paciencia, fue en la lín. 11, donde le cayó encima la siguiente lluvia de disparates: *decem Aristotelis cathegoriæ...... tot misteriorum fœtu gravidem, ut parum utiles rejicimus*. ¿Es posible, dijo, que

un lector teólogo, reformador de las letras, padre del buen gusto, y promotor de la verdadera filosofía se deje venir con tantos solecismos en tan pocas palabras? ¿No sabe que la persona que padece, como la llaman los muchachos, se pone en acusativo? Si en una oracion primera de activa llana hace esto, ¿qué no hará en las que vengan implicadas con algun modo dificil? ¿Será menester quizá estarse toda una noche á la luz del velon para hacer esta oracion? Desechamos las diez categorías de Aristóteles: *decem Aristotelis cathegorias rejicimus*, y no que nos pone *cathegoriæ*? ¿Pues qué me dirán VV. del *gravidem*? Esta palabra, si quiere ser latina, es menester que sea primera persona del presente de subjuntivo de *gravido, das*, que significa estar preñada la muger: el romance que hace, es este; yo esté preñada, *gravidem*. Pues ajusten VV. ahora el *tot misteriorum fætu gravidem*, con lo demas que dice. Me hago cargo de que queria poner á *gravidus, a, um*; pero de este nombre ¿qué caso es *gravidem*? ¿qué concordancia *cathegoriæ gravidem*? Con saber á *musa, æ* y *bonus, a, um*, basta para entender que debe decirse *cathegoriæ gravidæ*, si es nominativo, como el P. quiere, ó *cathegorias gravidas* como debe querer. Omito el *misteriorum* con *i* latina que verá escrito con *y* griega todas las veces que diga misa, y esto en unas letras tan gordas como las que tiene el P. En la lín. 16 vuelven á salir los ajos. Yo no sé qué ajos son estos capaces de tanto como el P. les atribuye; pues aqui los mira como gente, á quien se pueden imponer leyes: *ad leges alliis scribendas*. ¿Queda mucho, preguntó Averroes, para acabar con ese papel? No queda mucho, respondió Tulio, porque todavia estamos en la primera hoja. ¿En la primera hoja? replicó el otro. Si señor, dijo Ciceron; y esto es que no nos hemos metido en muchísimas cosas que he dejado pasar. A ese paso, añadí yo, no acabaremos en un siglo con la crítica de la gramática, y será menester escribir cuatro tomos en folio para solos los disparates que pertenezcan á este ramo; y á mí me estan bullendo infinitas especies en la cabeza, y me da lástima de no parirlas cuanto antes. Por lo que el señor Ciceron nos hará favor de no pararse mucho en los garrapatones menudillos, y vamos á los mas grandes. Lo que haremos, dijo Ciceron, será ponerlos á estilo de fé de erratas suponiendo siempre que muchos se nos escapen. Vamos á ello.

En la misma plana está *Scopus* con S grande, como si fuera nombre propio; pongásele chica, y la grande guárdese para mas abajo de los ajos, donde *quisque* despues de punto que debe haber y no lo hay, debe escribirse con *Q* mayúscula.

Plana siguiente, lín. 1. *Atentio*, lege *Attentio*. Lín. 4. *Studio*, lege *studio*. Lín. 15. *Ethimologiam*, lege *Ethymologiam*. Plana siguiente, *à facillioribus*, lege *à facilioribus*; y guarda la *l* que sobra, que puede ser que nos haga falta. A la lín. siguiente 10, *dificiliora*, lege *difficiliora*. Lín. 11, *transileremus*, lege *transiliremus*, que no se conjuga por *lego, is*, sino por *audio, is*. Lín. 12, *adequet*, lege *adæquet*. En la lín. 18, dijo Ciceron, viene un primor de tal naturaleza, que si me hallára en el dia con los dineros que tuve cuando fui Consul en Roma, le compraba al P. Mtro. en recompensa de él un arte de Nebrija, para que pusiese en él la siguiente concordancia de femenino y neutro que dice: *regulas observanda*. Lín. 13, *præcosia*, lege *præcocia*. Ibid. *concilia*, lege *consilia*. En la plana siguiente me he encontrado, dijo Ciceron, con una palabra que ni yo la conozco, ni en toda mi casta quizá se encontrará quien la haya visto. Ella está en la lín. 4 y es así: *equipolentiæ*; parece palabra compuesta, y si lo es será de *equus, i* el caballo, y *polenta, æ* la poleada; pero si es esto, yo no puedo entender qué poleada de caballo es esta que se aplica á las proposiciones. Estas en mi tiempo no comian ni se ponian emplastos: con que no percibo para que pueda servir á las proposiciones esta poleada que hace aqui el médico, ó cocinero de la filosofía. Echóse á reir Averroes, y dijo que ya entendia lo que aquello queria decir: que la palabra no era compuesta de *equus, i*, sino de *æquus, a, um*: no de *polenta*, sino de *polleo*; y que habia sido inventada por los filósofos para explicar la equivalencia, ó igual cantidad de las proposiciones, y debia decir *æquipollentiæ*. ¿Ves tú como es bueno guardar? dijo Ciceron. Si la *l* que sobró de *facillioribus* en la otra plana, no la hubiéramos guardado, pasaria ahora el pobre de *equipolentiæ* sin que pudiese conocerlo la madre que lo parió. Pero el caso es, ¿dónde hemos de ir por un diptongo para acabar de armarlo? No faltará, dige yo, y quizá en adelante los tendremos de sobra. Vamos no deteniéndonos.

Lín. 8, prosiguió Ciceron, *exaurit*, lege *exhaurit*. En

la lín. siguiente falta para la oracion no mas de un verbo, yo no hallo de donde suplírselo; con que el P. se lo puede poner si es que pretende decir algo. Lín. 24, está *allicio, is* con acusativo, como debe estar; pero arrepentido el sapientísimo P. de haberlo puesto bien, aparece en la lín. 30 haciendo penitencia, y dándose en los pechos con este solecismo garrafal: *amori proprio, cæterisque passionibus, aut propriæ commoditati allicientibus.* Pensaba yo que para el P. la persona que padece, no tenia mas privilegio que ponerse en nominativo segun aquello de *error* y *cathegoriæ*, de que hemos hablado: pero veo ahora, que ella puede escoger el caso que le dé la gana, con tal que no sea el acusativo. A la plana siguiente líneas 10 y 11, tenemos otro avechucho venido de las Indias: dice *alliæ*; y ya VV. ven que no puede ser *allium, ii*, pues este nunca termina en *æ* diptongo. Será *allia, æ*, la muger del ajo, respondió Averroes; que aunque en su tiempo los ajos no tenian mugeres, puede ser que ahora les haya venido dispensa para poderse casar: y no te espantes de que las hembras tambien entren en danza en la filosofía moderna, porque la principal filosofía que ahora vemos, consiste en andar tras ellas, y algo se les ha de pegar. A la lín. 17, prosiguió Ciceron, hay un valiente rasgo de elocuencia, así como yo decia en mis mocedades: *abiit, excessit, erupit, evasit*; asi dice aqui, *habemus, debemus*; con sola la diferencia que yo cometí una figura retórica, y el P. comete no mas que un solecismo tamaño como un buey; léase, *habere debemus*, y no se hable una palabra. A la lín. siguiente en vez de *proporcionati*; léase, *proportionati.* En la lín. 22, en lugar de *suadent* dice *persuadent*; ó dice el P. una abierta contradiccion: *suadeo* significa inducir, *persuadeo* convencer, y no sé yo como sea posible tener por falso lo que convence. *Sed de his postea*; quítese el *per* por ahora y vamos andando. A la linea última vuelven á salir los ajos: dice que la autoridad de los ajos es orígen de los errores de los ajos. Hacen mal los ajos en tomarse tanta autoridad.

Plana siguiente lín. 5, está *vollo, is* con dos *ll*; sin duda que este P. tiene muchísimas letras, pues por todas partes le rebosan. A la lín. 11 hace mucho honor al vulgo (tras de eso se va) pues le pone con letra grande. En la lín. 13 nos volvemos á contrar con *concilio hominis mente, et concilio præditi.* Yo no

alcanzo como un hombre puede estar dotado de un concilio: sabemos que este es una asamblea de muchos, y en toda mi vida no he oido decir que un hombre esté adornado, como con unos galones, con una asamblea de muchos. No nos dice tampoco si este concilio ha de ser general ó provincial, ó si quizá ha de ser el regimiento de la villa de Camas, que tambien se llama *concejo.* Nada de eso es, dijo Averroes, ese *concilio* debia estar con *s*, y significar el consejo ó dictámen. Lo mismo son ocho que ochenta, respondió Ciceron, y siguió sin tropezar hasta acabar la misma conclusion, donde advirtió, que, ó faltaba una negacion, ó se decia un solemne absurdo: y este mucho mayor si se atiende á la doctrina del reverendísimo P. La conclusion traducida dice: "que la autoridad humana, ya sea de hombre adornado de talento y consejo, ya de la comun opinion de los doctores, aunque merezca veneracion, no por tanto nos deja libres de examinarla con seriedad, para abrazarla como cierta." No nos metamos en mil escrupulillos que estan saltando aqui sobre la autoridad, que se mira como la que ha de ser examinada; pudiendo y debiendo haber dicho, *la opinion fundada en la autoridad.* Vamos al caso; con que si no nos deja libres, la deberemos seguir; y entonces á qué pega el *etsi venerationem meretur?* deberia decir; *tantam venerationem meretur, ut non liberos nos relinquat.* Y en tal caso la siguiente conclusion que manda, sopena de exponerse á un disparate, que no se atienda al número, antigüedad y calidad de los doctores, deberia borrarse. Tiene el P. una gracia particular; pues para decir que no, dice que sí. Debió pues haber dicho, *non ideo nos liberos non relinquit.* Y si su reverendísima dice todavia que no, *maneat verbum in ore Magistri.* Despues dice el reverendísimo P. á la lin. 3, *ut eos vitare possimus.* Este *eos* hace relacion á algun substantivo masculino, ó no vale nada cuanto me enseñaron en la gramática. Pues vamos á ver qué masculino hay antes de estas palabras, *quia vero maximum est errandi periculum in historicorum authoritate, ideo eos &c.*: con que *historicus, ci,* es el único masculino con quien ha de concordar *eos.* Pues ahora para evitar los historicos, sé yo una regla la mas excelente del mundo: esta es, no leerlos, y entonces no será necesaria el arte crítica, ni su uso, ni las otras conclusiones que sigue poniendo el P. acerca de los poetas, de los oradores y

panegiristas (con *i* latina, debiendo ser griega). Eso sin duda, respondió Averroes, ha de ser otro de los acostumbrados solecismos del P. que por poner *id* con relacion á *periculum*, puso *eos* sin saber lo que hacia.

Ya, amigo mio, estará V. harto de leer disparates, y yo no estoy muy descansado de haberlos escrito; por lo que dejemos esto por ahora para continuarlo cuando nos parezca, y pongamos fin á esta Carta. De todo lo que me dice la de V. nada me ha dado mas golpe, que la noticia que me envia de que su amigo el doctor Macareno se le ha vuelto de ancas. V. mire por sí y no se lie con él; pues se expone á que, cuando menos piense, lo envie á la..... Con la otra gente no hay que tener cuidado. Apretar con ellos y sacar á pública plaza tanta maturranga como hacen. Estoy entendido en que hará en ello un gran servicio al público. Vuelvo á ofrecer á V. mis facultades y buena voluntad, con la que ruego &c. = 20 de mayo de 86. = *Aristóteles.*

P. D. Al pasar Averroes por la Moncloa se empeñó con él el ventero, para que un hijo que ha enviado á esa Universidad para que aprenda á echar paja y cebada, vuelva á su casa con la certificacion del año de estudios. Los catedráticos no se la quieren dar mientras no pague por entero este mes de mayo. Sírvase V. prestarle al chico los veinte reales, que su padre es hombre que sabrá corresponder.



CARTA III.

Sr. D. Manuel Custodio.

Mi venerado amigo: no creia yo tuviese V. corazon para haberme privado del consuelo de ver sus letras, dejando que Averroes *se viniese sin* carta; y mucho mas cuando por el texto de la anterior vendria en conocimiento de lo fatigado que me hallaba, sumergido hasta el pescuezo en el fango de tanto solecismo y barbarismo como se sirvió de ingerir en su papel el reverendísimo P. N. Me persuado á que pues V. no me escribió le sería imposible el hacerlo; pero le suplico, con cuantas veras le puedo suplicar, no use mas conmigo de semejante dureza; y cuando no tenga lugar para otra cosa, me dé siquiera aviso del estado de su salud y negocios. Los mios ya vé V. que van con mucha mas pachorra que lo que yo quisiera; pues sin saber cómo ni por dónde, me he visto en la precision de ser maestro de gramática de mis enterradores, y distraerme á puntos agenos de mi intento y facultad: pero, amigo mio, tengamos paciencia pues la suerte lo quiere así; y vamos aplicando el hombro á ver si en esta carta podemos concluir con lo que pertenece á *musa*, *musæ*.

En la anterior, si mal no me acuerdo, interrumpimos nuestra crítica en el parágrafo de *ratiocinatione*. Tomemos pues el cabo desde aquí, y oiga V. ello por ello lo que sobre el particular oimos nosotros al señor Ciceron. Notó, en primer lugar, que en la lín. 6, venian *silogismos*, y *entimemas* con *i* latina, pudiendo el P. y sabiendo (como piadosamente supongo) que debian ponerse con la griega. A la lín. 12, se paró Ciceron; leyó hasta cuatro veces las siguientes palabras: *hoc principium generale: præmissæ debent continere conclusionem.* Y

habiéndolas leido, dijo á Averroes que le hiciese el favor de ir por toda la vecindad, á ver si por casualidad encontraba un verbo con que se pudiese apuntalar aquel *hoc principium generale*, que se estaba cayendo del papel. Hízose así; pero viendo que todos los verbos de mas arriba y mas abajo estaban ocupados, no tuvimos de donde echar mano. Si V. quiere hacer esa buena obra, sáquelo de cualquier Diccionario, y pongáselo de limosna, que no lo perderá. Á la lín. 14, encontró Ciceron con un embozado que por mas que lo quiso descubrir no logró conocerlo, y nos aseguró con toda formalidad que ni aun en las obras de Merlin Cocayo habia visto á *latuis*, de que se sirve el P. No le sucedió así á *falaciiis*, que viene en la lín. 21 tan disfrazado, que para conocerlo fue necesaria toda la habilidad y experiencia de este buen latino. Ven VV. aquí, nos dijo, lo que hace el ser un hombre mani-roto: el P. ha gastado las *ll* con tanta generosidad, que cuando llegó la hora de poner á *fallacia*, *fallaciæ* con dos, se halló que no tenia mas que una que darle, por haber empleado las otras con tan larga mano; pero para que tambien vean VV. que su revendísima no quiere quedarse con nada de nadie, viendo que no tenia dos *ll*, le echó un puñado de *iii*, de modo que *falaciiis* lleva tres. Aplaudimos Averroes y yo esta generosidad, y pasó Ciceron á las líneas 24, 25 y 27, donde salen á cuentas y particion los ajos hembras ó las ajas; pero como ya los habíamos visto otras veces no nos causó novedad. En la lín. 28 nos puso *dessunt* en sospecha, de que una *s* que llevaba de mas quizá sería hurtada, ó que tal vez el P. por compasion se la daria de limosna; para que si hasta aquí ha dicho el pobre verbo = yo falto, *desum*: diga de aquí en adelante = yo tengo de sobra.

Se acabaron los disparates de esta plana por haberse acabado los renglones, y pasó nuestro traductor á la siguiente, donde lín. 3, se encontró con este rasgo de elocuencia: *inutiliter tempus ferant. Fero, fers*, dijo, significa *llevar*, *sufrir*, *decir*, y tantísimas otras cosas que yo no sé como este erudíto P. pudo encontrar modo de ponerlo, sin que él fuese bueno para significar lo que queria decir; pero por fin él se ha salido con la suya, y para decir gastar el tiempo inútilmente *inutiliter tempus terere*, ha usado de *fero*, que todo lo puede menos eso. En la lín. siguiente está *nollint* con dos *ll*. Ya

parece que le han traido mas surtido de ellas: con eso si se vuelve á ofrecer *falaciis*, no saldrá el pobre con sola una muleta. En la lín. 7 vimos á Ciceron que empezó á demudarse, y nos temimos que quizá querria darle algun accidente, segun se nos puso el pobre hombre. ¿Qué es eso? le preguntó Averroes, ¿te has puesto malo? Quieres que vaya á llamarte á Avicena? Qué ha de ser, señores, respondió. ¿VV. saben lo que me he encontrado aquí? ¿Es acaso algun tigre? le pregunté yo. Todavia es peor, me respondió él. Pues sin duda es algun doctor del tiempo, replicó Averroes, que se habrá aparecido entre esas letras. Es, dijo Ciceron, un *Philosophi abstineantur*, el mayor disparate que se habrá oido entre hombres de bien, el barbarismo mas garrafal que habrá sufrido la lengua latina, el solecismo de marca mayor que se ha fabricado en el mundo; es en una pieza, ademas de ser palabra extrangera, un solecismo cornudo. ¿Qué quiere decir *cornudo*? le preguntó Averroes. ¿No llaman VV. al Dilemma silogismo cornudo porque hiere con dos puntas? Sí señor, respondimos. Pues por eso mismo le llamo yo á este solecismo *cornudo*, porque es solecismo de dos cuernos. Es solecismo, porque siendo verbo de significacion cognata no debió ponerse en pasiva: es solecismo, porque aun cuando tuviese pasiva, como los filósofos son los que se han de abstener, ó por decir mejor, los que han de abstener su estudio, aplicacion ó lo que el P. quisiere, *ab investigandis* &c.; los filósofos son persona que hace, y esta no se pone en nominativo en pasiva.

Mucho nos detenemos y el papel cada vez va dando mas de sí: lo que VV. pueden hacer es tirarme de la toga cuando me pare demasiado, porque si no, me temo que nos ha de coger con las manos en la masa el dia de la magna revolucion de Hesiodo. Con que asi no nos metamos con un *comprehendorum* que está en la lín. 8, que, por si no lo sabíamos, nos avisa que el P. Mtro. no sabe conjugar; pongámosle *comprehendendorum* que el P. no dejará de agradecerlo. Pasen otra vez las señoras ajas en la lín. 13, y si no quieren encontrarse con los ajos marchen aprisa, porque ya les vienen en alcance dos líneas mas abajo. Pasen otras cosas sobre que ya hemos hecho alto, y algunas sobre que no lo queremos hacer; y vámonos corriendo á la plana siguiente, donde en la lín. 4 me está aguardando *alliud*, que sin duda ha

venido del Orinoco no mas de por darnos ruido: á mí no me lo ha de dar ya, déselo al P., quien si tuviere á bien decirnos quien es, le daremos las gracias. A la lín. 7 está *predicati* sin diptongo; hay esperanzas de que llegue á su tiempo una flota de ellos. Téngase presente para entonces y remediarémos esta necesidad. Hácia el fin de la plana van otras pocas de ajas: buen viaje señoras; manden VV. en que les sirva. En la línea penúltima está *producere* segun parece en infinitivo: es lástima que no traiga verbo determinante. No nos detengamos en llorar estas lástimas, que eso viene á ser solecismo mas ó menos.

Plana siguiente lín. 5 hay otro infinitivo, nuevecito, flamante, dice así: *meditare*: por poquito lo acierta, si como le dió en el pie le ha dado en la pata; todo consistió en haber puesto una *i* en lugar de la *e*, pues es verbo deponente. *Contra sic argumentor*, dijo entonces Averroes, remangándose el alquicel, y alargando el brazo y el dedo; *ex or finitis activam fingito vocem*: *ergo* muy bien dicho *meditare.* ¿Dónde has aprendido á argüir así? preguntó Ciceron. En la Universidad, respondió el otro, que allí se aprenden muchas cosas buenas. En la cátedra de Prima de Teología sé yo que se ha enseñado su cacho de marcialidad; y muy bien hecho: porque á dónde vamos á parar con que un estudiante, que mañana ha de ser cura, salga por esas calles con dos damas al lado y sea la irrision de todo el mundo, sin saber qué lado debe darles, qué paso debe llevar, con qué mano ha de agarrar el sombrero, cuántos dedos ha de meter en la pila para dar agua bendita, y cuál de las patas ha de sacar para hacerles una cortesía á la francesa? Señores, dije yo, ¿nos hemos de eternizar en esto? Si se meten otras conversaciones no saldremos del asunto en muchos años. Sirva de descansadero, dijo Ciceron, y sigamos. En la lín. 17 viene *suposito* con una *p* sola: así marchará mas ligero. En la lín. 20 y 23 *alliquod* con dos *ll.* Verán VV. si no nos hacen falta para en adelante. Zafarrancho, señores, que á la lín. 29 viene asomando una procesion general de ajas, ajos, solecismos, barbarismos, disparates, y toda cuanta mala canalla se puede imaginar; allá va: *allias ex alliis legitimus illationibus deduce.* ¿Ven VV. la procesion? Delante van las ajas, como en las cofradías de madrugada, *allias*: detras los ajos causando devocion con sus bar-

bas largas, *ex alliis*: mas atras viene una hermandad nueva, hecha entre *legitimus* é *illationibus*: el imperativo de *deduco* viene con la ropa que le arrastra de presente. No falta mas sino que viniera una albarda por pendon para que la procesion fuese completa. ¿Han visto VV. qué concorde va *legitimus* nominativo, singular y masculino, con *illationibus* ablativo, plural y femenino? ¿No ven VV. á *deduce* la garnacha que lleva puesta con aquella *e* de mas? Quien no lo conociere que lo compre.

Tiróle entonces Averroes á Ciceron de la toga, entendió él y volvió la hoja á la plana siguiente. A la lín. 5 vió mas ajos, pero no quiso meterse con ellos. A la lín. 7 tropezó con *ut* llevando la oracion á indicativo: llévela, dijo, el P. á donde le dé la gana; si mi consejo valiera podia llevarla al pilar y con eso se refrescária. A la lín. 21 está el *per* peleándose con su caso, y picándole la retaguardia de está manera, *perconsequens*; sino es, que es algun nombre nuevo que la generosidad del P. Mtro. quiera regalar á la lengua latina. Por debajito de él va otra ristra de ajos: es de presumir que con tanto gasto se encarezcan. Lín. 25, está en nominativo la persona que padece, y la oracion es de activa: oíganla VV.: *regularum, quæ Arnoldus assignavit.* Puede ser, respondió Averroes, que el *quæ* sea acusativo; y aunque en tal caso es preciso que esté en terminacion neutra, puede tambien haber sucedido que *regula, læ*, hallándose mal con aquello de *A primæ &c.*, se haya ido á vivir á *A plurale est neutrum.* El P. puede hacer eso, dijo Ciceron, y otras muchas cosas mas, y yo desde ahora le cedo cuantas facultades me competen sobre la lengua latina, para que haga de ella lo que se le antoje.

Sigamos: plana siguiente, lín. 4 está un *assertare* que yo no lo conozco; y si significa *acertar* (que todo puede ser), es enemigo capital del P. Allí mismo está *atentio* con una *t* de menos; quizá le habrán dado en ella algun balazo. Si le hace falta para alguna cosa, á bien que en la lín. 19 viene *tassus* con una *s* de sobra: que se la preste, y luego él la cambie en el baratillo de las letras. A la línea penúltima va *silogisticam* con *i* latina, porque el P. ha reñido con el ypsilon, y lo tiene sentenciado á que ha de ir fuera de su sitio. Plana siguiente se repite por dos veces la misma ortografía,

y en la línea 5 viene un *demonstractionem* tamaño como una casa. Vaya, apuesto un ochavo á que el P. piensa que es derivado de *traho*, *his*, *xi*, *ctum*, y que de consiguiente no sabe lo que significa. Dejémonos de apuestas, dijo Averroes: lo cierto es, que *demonstractio* suena mas retumbante que *demonstratio*; y bien haya el alma de quien es aficionado á retumbar. Si yo tuviera una botija.... Dejémonos de eso, dije yo, y siga el señor Ciceron, pues segun parece, nos queda aun el rabo por desollar. A la lín. 13 viene con *v provabilior*; si se ofrece hacerle informaciones, lo tendrán por hijo de la cuna, y no por hijo de *probabilis* y nieto de *probo*. A la lín. 16 viene tambien *chriterium* con *h*: que me apedreen si no es hurtada. En las 20 y 21 está *methaphisica* sin el ypsilon: puede ser que luego parezca cumpliendo su penitencia. En la penúltima *alliud*. ¡Que no podamos conocer á este señor de las dos muletas! ¿Y quién nos mete en eso? dijo Averroes: pero pues lleva dos palos, puede ser que sea Periquillo el de los palotes.

Dejemos, prosiguió Ciceron, un puñado de *ii* latinas que vienen supliendo por las otras, y vamos á la otra plana donde á la lín. 15 se halla estampada la siguiente oracion: *supradictas relationis rejicimus*. Al P. se le habrá hecho escrúpulo el que no ha puesto todavia en genitivo la persona que padece, y temerá con razon que dé contra él una queja este caso, que es tan bien nacido como los otros; pero pareciéndole que es cargo de conciencia desairar siempre, siempre, siempre al acusativo, lo que ha hecho ha sido partir la diferencia, poniendo á *relationis* en el primero, y á *supradictas* en el segundo; y para que los números tampoco se tengan envidia, encajó uno en el singular, y otro en el plural. Item: ha hecho un gran servicio al idioma latino, que hasta aqui no contaba mas que tres géneros de concordancias: ahora con esta tiene cuatro; y con las otras que hemos advertido y algunas otras que tenemos que advertir, sucederá que tenga cuarenta. En la última conclusion de esta plana puede ser que falte un verbo; si faltáre, que lo ponga el lector, que no lo ha de hacer el P. todo.

Vamos á la plana siguiente, y dejando en ella algunos escrupulillos, paremos en la lín. 12, donde se verifica mi profecía acerca de las concordancias: dice *nullus roboris*. Aho-

ra me ha ocurrido un pensamiento, que si tal vez se lo apuntasen al eruditísimo autor, lo adoptaria, y se hallaba, á mi parecer, con un arbitrio el mas lindo para hacerse famoso en el mundo. Podia seguir el genio original que tiene, escribir una nueva gramática sacada de su caletre, y hacerse mas célebre por esta invencion, que el otro que inventó que los hombres anduviesen á gatas. ¿No les parece á VV.? Ha estado ingenioso el arbitrio, respondimos nosotros; pero la desgracia es que se pierden é inutilizan entre los hombres los mejores talentos por no saber seguir su vocacion. En la misma línea, prosiguió Tulio, viene *Atheistæ*: quizá pensaria el P. que estaba hablando en castellano, y lo puso en lugar de *Athei*. Dos líneas mas abajo dice así: *invictissimis potest demonstrari*. ¿Qué invictísimos son estos? Serán, respondió Averroes, egércitos, armas ó lo que el P. hubiere pensado. Pues ¿por qué no lo puso? preguntó Ciceron: ¿no sabe que los nombres adjetivos son como las doncellitas que no parece bien que salgan solas? Quizá será, dijo Averroes, que el P. le pondria compañero, y sucederia con los dos, lo que con algunos frailes que salen juntos de su convento, y á la primera calle toma cada uno por su lado: sigue tú leyendo, que yo me pondré atisbando, y si es como lo pienso, al anochecer ya vendrán juntos. Pues mira, dijo Ciceron, si te da miedo de quedarte solo, otras dos líneas mas abajo viene un *alliud* que puede hacerte compañía. A las líneas 22, 23 y 31 vienen otros dos, vestidos á lo militar con sus letras grandes como si fueran señores, y son un pobre adverbio y un ruin lagarto: cátelos ahí, *Summè*, *Lacertis*. Lín. 32 está una palabra que yo no sé como se pronuncia, véanla VV. escrita: *pront*. Ella parece polaca ó rusa, y cuando mas favor queramos hacerla, se asemeja al *ponch*, ó *punch* de los ingleses.

Vamos á la otra plana: dice así el primer renglon, *unio mentis cum corpore*, *que neque est*, &c. Me sabrán VV. decir quien es este señor *que*, que nos hemos hallado por nuestras culpas? Eso está claro, respondió Averroes, ese es el *que* conjuncion: ¿no te acuerdas de aquello que tú decias, *quod precatus à Jove optimo maximo*, *cæterisque Diis*, &c.? ¿Y qué tiene que ver lo uno con lo otro? El *que* conjuncion siempre se pospone, y va agarrado como ciego de algun lazarillo; pero este *que* está á principio de oracion despues de coma, y

campa solo por su respeto. Yo no sé qué decir, á no ser que diga que es *qui*, *quæ*, *quod*, que habrá recogido este caso nuevo entre los latines de Raimundo Lulio que tienen mucha analogía con los del P. y sino que lo diga la lín. 4 donde viene otra concordancia á lo chatre: véanla VV. aquí: *variis sunt doctorum sensus.* ¿Han visto VV. ya como el dativo concuerda con el nominativo? Sí señor, respondió Averroes; como esas cosas se ven en el mundo. Pues anda ve, dijo Ciceron, por esas conclusiones arriba, y de tantísima *l* como hay de sobra, tráheme una para el pobre de *refelere* que viene cogeando sin ella en la lín. 23. Hízose así, siguió Ciceron hasta tropezar con estas palabras que estan á la lín. 27: *ut Sardanapali*, *Heliogabali*, *et impius Mahumetes voluerunt.* ¿Cuántos Sardanapalos y Heliogábalos ha habido en el mundo, señor Averroes? Que yo sepa, respondió, no mas de uno de cada nombre. Pues este P. pone aqui una fanega de ellos. Pues señor, no es preciso que nosotros lo sepamos todo: los habrá habido; y como el P. estudia tanto, habrá encontrado con ellos.

En esta duda estábamos, cuando el pimporrero de quien hice á V. mencion en mi anterior, que se habia estado oyéndonos muy atento, pidió licencia para hablar y nos dijo: yo, señores, pienso haber dado en el clavo de la dificultad. Por razon de mi oficio he oido muchos cachos de sermon, porque aunque los músicos somos enemigos de ellos, siempre nos precisa oir el principio y el fin por la parte que menos. En casi todos los finales que tengo oidos de diez ó doce años á esta parte, he observado que dicen los predicadores: *los Crisóstomos*, *Gerónimos*, *&c.*: con que ese P. que como es tan sábio, tendrá su pedazo de Demóstenes, habrá querido poner ahí esa florecita de Retórica diciendo: los Sardanapalos, los Heliogábalos, &c. Eso estaria muy lindo, dijo Ciceron, para el pulpito y no para un aserto, para el castellano y no para el latin, donde los nombres propios no tienen plural: y cuando lo tuviesen, ¿por qué como dice los Sardanapalos Heliogábalos, no dice tambien los Mahomas? ¿Es acaso porque este no ha tenido tantos que lo sigan como los otros?

Pero yo me detengo mucho; volvamos la hoja en busca de otra plana. La primera palabra de ella es un barbaralexis. Advierta el P. que escribe en latin, y no diga *monstruo-*

sa sino *monstrosa.* A la lín. 14 y siguientes viene un solecismo ahechado, molido, cernido y amasado: dice así: *per jus.... intelligimus radius... applicatus, seu facilitas mentis, &c.* y despues *intelligimus doctrina moralis.* ¿Han visto VV. aqui setenta nominativos de persona que padece en activa? ¡He! pues si no quieren creer en la olla, crean en los cascos. En la lín. 27 le sobra una *p* á *apperta*; guardémosla por si hubiere falta en alguna parte. Vamos á la plana siguiente: poco hay que reparar en ella; se le podria echar al P. un victor, si no lo estorbasen *omito* con una *t* de menos, y *dilubium* con *b*: algunas palabrillas *latina civitate donantur* que deberian desterrase al Ponto; pero meterse con ellas, sería nunca acabar y mucho pedir.

Volvamos, pues, la hoja á la otra plana en busca de ganado mayor. Tampoco hay cosa de provecho; pues solo *guverno* viene tres vecès con *v* en lugar de *b*, y *Sceptrum* con *S* grande, como si fuera el que maneja el cetro. En el penúltimo renglon hay un *ex quibus*, que pienso que no pega: si fuere así, con una poca de cola se remedia todo. A otra plana. Aquí no hay mas que lín. 10 *næcis*, y lín. 23 *pænitus*, cada uno con su diptongo de sobra. Bien los hemos menester, y ojalá que haya muchos mas para tantos pobrecitos como han ido sin ellos. Plana siguiente, lín. 4, está *appertissimè* con una *p* de mas: si como es una letra fuera un verbo, le hallaríamos acomodo en la lín. 16 donde parece que falta. No obstante, ándese por ahí; pues aunque tenemos mucha gente de sobra, daremos traza de acomodarla. Pase *Methaphysicè* adverbio con *M* grande: pasen con la misma gala en la otra plana *Decreto*, *Matemática* adjetivo, y *Alumnis*: pase *Leibnist*, en lugar de *Leibnits*, ó *Leibnitz*, y parémonos nada mas que en *arbitramus.* Yo conozco muy bien á este verbo, y á toda su generacion; y ni él tiene terminacion activa, ni sus padres se la dejaron: siempre ha sido deponente, hasta ahora que lleva esta terminacion de contrabando. ¡Qué me alegraria de que lo descaminasen! No nos detengamos.

En la siguiente plana no hay en que tropezar de provecho. Echen VV. el victor, y vamos á la otra, donde en la lín. 4 nos está esperando *reflectio*, para testificar que el reverendísimo P. bien puede descuidarse, pero no dormirse; y

si en la plana pasada hizo el milagro de no poner alguna cosa gordita, no está su reverendísima todos los dias para hacer esos milagros: póngase *reflexio*; pues el supino de *reflecto*, de donde se deriva, no es *reflectum*, sino *reflexum*. Hágase lo mismo en la lín. 13, donde el P. remacha el clavo con otro *reflectio*; y vamos á la lín. 22, donde dice el P. Mtro. *in Fellium oculis*: si la palabra *Fellium* no viniera con letra grande, estaba facilmente conocida, sería *fel, llis*, y entenderíamos que el P. hablaba de los ojos de las Hieles; pero tenemos el grave inconveniente de que yo jamás he oido decir que las Hieles tengan ojos, y mucho menos que estos tales ojos les relumbren á obscuras. Saltó entonces el pimporrero, y dijo: Si V., señor Ciceron, no lo ha oido, yo lo he visto. Yo conocí en Triana una gitana regañona, á quien llamaban la *tia Hieles*, y de esa sin duda hablará el P.; pues la pone con letra mayúscula: y ciertamente aunque yo nunca la vi los ojos á obscuras, me parece que le han de relumbrar como á los gatos. Pues que sea esa tia la que dice el P., dijo Ciceron: lo cierto es, que hácia el fin de la plana vuelve el P. á pegarnos otro *reflectio*, y en la línea penúltima trae un *coloros*, que ahora me desayuno yo de que tal palabra tiene el latin. Mira si dice *coluros*, dijo Averroes. No señor, que dice *coloros*. Diga, replicó el otro, lo que le dé gana, que el P. tiene licencia para todo.

A la plana siguiente, prosiguió Tulio, no tenemos en que pararnos. En la otra viene con peluca á la lín. 18 el adverbio *Philosophicè*. En las 24 y 26 está el verbo *pronuntio* supliendo las veces de su hermano *prænuntio*, que quizá andará ocupado en lo que no sea menester. Vamos á la otra plana, donde se empieza por una de las nuevas concordancias que el P. ha inventado; dice así: *triplex materiæ species à Carthesio asignata non sunt &c.* ¿Ven VV. al nominativo en singular, y al verbo en plural? ¿Lo ven VV.? Ya lo vemos, respondió Averroes; pero me persuado á que tantísimo disparate no ha de ser hijo del talento del P., sino de su descuido en revisar el impreso. ¿Cómo es eso? respondió Ciceron: aquí mismo en la lín. 6 hay un documento irrefragable de lo contrario: aquí está enmendada de mano una palabra, con que es señal de que anduvo por aquí la virga usoria del P. Mtro., y que las demas cosas que nos han

hecho escrúpulo las ha puesto *sciens et volens*. No hay duda en que habiéndose metido á reformador de la literatura, ha empezado, como debia empezar, por la latinidad.

Vamos á otra plana, que estoy deseando acabar. En la siguiente, lín. 7, viene *diafanus* con *f*: sáquese aquella *p* que sobró de *apperta*, y la *h* de *Chriterium*, y tenemos la *ph* de que necesita *diaphanus*. En la lín. 24 hay un *gutullæ* que yo no sé de donde habrá venido. Pase por fin, pues yo ya estoy pasado con tanto desatino; y vamos á la penúltima plana, donde á la lín. 3 falta una *h* á *exalationes*. Bien pudiera el P. habérsela puesto, y nos ahorráramos de tantas detenciones. Bien podia tambien haber escrito á *sulfur* con *ph*, como debia ser; ó para acertarla mejor, bien podia no haberse metido en dar al público las conclusiones: así no se veria *excitant* en indicativo regido de *ita ut* á la lín. 7: no se veria tampoco la concordancia tan bonita que viene á la lín. 19, *prætermisso.... motus tamquam phenomenon difficillimum*. No se veria; pero ¿qué es esto que veo yo en la línea 22? Aqui hay una nota de admiracion así: ! que si se atiende á lo que se ha dicho antes, pega tan lindamente como pedrada en ojo de tuerto. A la verdad, despues de decir *pro quo sit*, ¿á qué viene esa admiracion? ¿Es acaso algun espantajo, como ponen los hortelanos en la huerta para que los gorriones no les piquen el lechuguino? ¿Teme el P. Mtro. que venga algun borrico á comerle las conclusiones? Vaya que sin duda, respondió Averroes, al llegar á ese paso el eruditísimo P., volvió los ojos á todo lo que llevaba puesto en su papel; y al ver tanto golpe de erudicion, tanta abundancia de cosas excelentes como ha producido, no pudo menos que admirarse, y enamorarse de sí mismo, semejante á aquel otro Narciso, que vió su hermosura en el espejo de los asnos. Y ciertamente, si las obras son los espejos donde claramente aparecen los ingenios de los autores, no puede darse cosa mas á propósito para conocer al autor de estas conclusiones, que el hermoso espejo que ellas presentan. A la línea siguiente, prosiguió Ciceron, está *vicera*, que si quiere decir lo que yo pienso, deberia decir *viscera*. A la que se sigue extraño mucho que poniendo el P. con letra grande los adverbios, no se haya dignado de ponérsela á *Caspium*, que la merece mejor por ser nombre propio. A la lín. 28 viene un

Salcedo del mar: quizá será algun personage distinguido, porque para decir *lo salado*, se pone *salsedo* con *s*. En la última plana no ocurre cosa que decir, y se acabaron ya estas conclusiones.

Ya V., amigo mio, ve que he sido muy largo en esta Carta; pero tambien habrá notado que ha sido muchísimo lo que ella nos ha dado que hacer. Era muy natural que ahora hiciésemos cuatro reflexioncitas sobre el aserto del P., y quizá el P. las estará esperando. Si V. lo ve, dígale: que no se desconsuele por eso, que todo se compondrá. Por ahora solo insta que V. se sirva de hacerme un favor. Ha advertido Ciceron en el papel variedad de estilos, y algunas expresiones demasiado impropias por su propiedad en la boca del P., y asegura que para ponerlas se tuvieron presentes diferentes libros. Espero, pues, de la amistad de V. que haga diligencia de cuales son, y me los remita sin pérdida de tiempo; pues ya lo es de que yo vaya aprovechando algunos ratitos perdidos. A otro viage irá alguna cosa sobre la gramática de las segundas conclusiones, que cual mas, cual menos, toda la lana es pelos. Se repite á la disposicion de V., y queda tan suyo como siempre. Estamos á principio de junio.=*El Estagirita.*

P. D. Parece que V. se ha descuidado con mi primera Carta, hasta dar lugar á que la copien. Averroes se trajo un tanto de ella con no pocas alteraciones; pero la que mas he sentido es la que está hácia el fin, donde en lugar de *dos Religiosos* que yo puse, se ha puesto *dos Frailesetes.* Este término no está en mis *Políticos.* Con que sírvase V. de sacarlo de mi Carta, y de restituirlo al Diccionario de los doctores á la moda, á donde pertenece, que en él hará mucha falta, y á mí no me sirve para cosa ninguna.



CARTA IV.

Sr. D. Manuel Custodio.

Amigo mio: doy á V. las mas sinceras gracias, tanto porque me ha sacado de cuidados escribiéndome, cuanto porque me remite no solamente algunos de los libros que le pedí, sino tambien otros que me pueden servir muy bien. He visto entre ellos la fé de erratas, que V. ha compuesto, que por cierto me ha parecido muy linda; y crea que si yo hubiera sabido su habilidad para hacerla, me hubiera ahorrado de trabajar un poco, y le hubiera pedido que hiciese la de los dos papeles de conclusiones; pero ha sido la mala fortuna, que cuando ella llegó á mis manos, ya estaba concluida la del aserto del P. N., y casi para concluirse la del P. N. No obstante si V. quiere divertirse, uno y otro escrito tienen todavia mucho que dar de sí; pues nosotros hemos caminado muy de prisa, y pienso que no estaria de mas que V. hiciese algo. Por fin esto queda á su voluntad, pues la mia solo es despachar en esta Carta con los solecismos y barbarismos que nos quedan. Oiga V. pues lo que acerca de ellos ha resultado de nuestra consulta.

Concluyó Ciceron la crítica del primer papel, y aunque le instamos para que consecutivamente hiciese tambien la del segundo, no hubo poder de reducirlo: dijo que estaba sofocado con tanto desatino; y que obligarle á que se metiese en otro berengenal como el pasado, sería exponerlo á un tabardillo: que lo dejásemos un poco ir á refrescarse por las orillas de la laguna, y á buscar algunos amigos, con quienes desahogarse, y á quienes dar cuenta del adelantamiento en que el P. N. habia puesto las letras humanas, y que otro dia

volveria á concluir su tarea. Conocimos la razon y [illegible] á pesar nuestro tuvimos que ceder. Mas como Averroes y yo estábamos tan deseosos de concluir con lo que pertenecia á este ramo; viendo que Ciceron no parecia en muchos dias, todo se nos iba en ir y venir á el papel: lo leiamos; y como nuestra instruccion en la lengua latina es tan escasa, era tambien muy poco lo que nos ocurria contra él. Veiamos las conclusiones distinguidas (¡ahí es nada!) con números romanos, los diptongos resueltos, la ortografía de última moda, el aserto distribuido en páginas, las letras gordas, el papel muy blanco, y *pro coronide* su correccion de erratas: y como el papel anterior nada de esto tenia, nos encogimos de hombros, confesamos nuestra ignorancia, y aun sospechábamos que Ciceron tendria que arrepentirse de haber tratado de una misma manera ambos papeles. Bien es verdad que Averroes no las tenia todas consigo, á causa de la noticia que V. le dió, de que la tarde que se defendió el segundo, apareció en la escalerilla de la cátedra el autor del primero, sentado en ella como un viejecito, segun se discurrió, para soplar especies al defensante, si acaso se veia apretado en algunas. Y aunque esta prevencion no tuvo efecto, pues no se ofreció sobre que abrir la boca; ha hecho no obstante creamos que el P. N. reconoce en el otro superioridad en la instruccion: de donde inferíamos que pues tal habia sido el maestro, ¿qué podia esperarse del discípulo? Contra este pensamiento nos venia luego otro, y contra el otro otro, y lo peor era que Ciceron no parecia. Vino por fin un dia de estos, y despues de haber escusado su tardanza con varias razones, que no son muy del caso, tomó el volúmen, y quiso empezar desde la primera hoja. Advierta V., le dijo Averroes, que nosotros no pretendemos mas censura que la de las últimas conclusiones que estan en este tomo: las primeras y segundas son de Teología, y nosotros ni entendemos de esa facultad, ni somos jueces competentes para decidir en ellas. Yo soy juez competente, dijo Ciceron, para juzgar todo género de latin; y el juicio acerca de este, nada tiene que ver sobre las materias á que se aplica: no obstante les daré á VV. gusto, aunque me prive del que habia de recibir en muchos trozos de elocuencia que es preciso vengan entre estos asertos, y que me promete un *præfatum* que está aqui en-

medio con letras muy grandes y en palabra recien llegada á Roma, donde siempre se ha dicho *præfatio*. Pero por fin vamos á lo que VV. quieren. Dice la dedicacion... Poco á poco, señor Ciceron, le dige yo: hágame V. el favor de no hablar una palabra de ella: sé yo que notar sus defectos sería injuriar al ilustre personage á quien se dirige, que nada desea con mas ánsias que el que los literatos españoles acaben de olvidar sus defectos: quiero pues que quede salva la hoja donde está escrito su nombre como para prueba de nuestra aficion y respeto. Está muy bien pensado eso, dijo Ciceron, y para testimonio de que lo juzgo así, vámonos corriendo al aserto. Es menester, dijo Averroes, que advierta V. que tiene al fin corregidas las erratas. Ya lo he visto, respondió; y para qué no nos metamos con ellas, llamen VV. á ese pimporrero que tiene buena vista, y puede estarlas atisbando para avisarnos. Hízose así, y empezó Ciceron.

Pág. 1.ª conc. 4 dice: *eam tamen scientiam á Deo ipso, &c.* ¿Y qué tiene eso de malo, le pregunto yo? ¿Qué tiene? respondió. Dígame V., señor Aristóteles, ¿no ha dicho la conclusion anterior que reputa por cosa cierta que el Criador infundió á Adan la filosofía? Si señor. No va á decir en esta que Adan transmitió á su posteridad la ciencia que habia recibido del Criador? Es constante. Y dígame V. ¿entre estas dos proposiciones hay alguna contrariedad? Yo ciertamente no la veo, antes bien me parece que la una es continuacion de la otra. Asi es sin duda. Luego aquel *tamen* con que empieza la segunda, es un solemnísimo disparate. Debia el P. haber advertido que *tamen* es conjuncion adversativa que equivale á *attamen*, *nihilominus*, *verumtamen*; que solo se debe usar cuando la segunda parte del periodo contradice en algun modo á la primera; que las palabras á quienes corresponde, son estas: *etsi*, *etiamsi*, *quamquam*, *quamvis*, *&c.*; que vea el modo de usarla en mi oracion *pro lege manilia* que se la cito, porque sería lo primero de mis obras que traduciria en la clase: *quamquam mihi semper frequens conspectus vester multo jucundissimus.... est visus.... tamen hoc aditu laudis.... meæ vitæ rationes prohibuerunt*. Con que *tamen* significa *no obstante*, *sin embargo*, *con todo*, *empero*, *apesar de esto*, y otras cosas así, que no pegan para lo que el P. quiere apropiarlo.

En la misma pág. conc. 7 pone el P. á *Phænices* con æ

diptongo, debiéndolo haber puesto con *œ*. Mire V., señor pimporrero, si está en las erratas. No hay aquí tal cosa, respondió él, y VV. sigan, que yo avisaré cuando sea preciso. En la 8 está *apellare* con una sola *p*: estoy pensando si quizá del nombre substantivo *apella*, *æ* que significa el despellejado ó circuncidado, habrá salido este verbo que significa despellejar ó circuncidar; y quiera este P. decirnos que los griegos circuncidaron á los bárbaros, porque ciertamente *appello*, *as* llamar, se escribe con dos *pp*. Pues eso sería, dige yo, una cosa intolerable: yo toda mi vida la pasé en la Grecia, y no ví que desollasen á ninguno. En la conc. 9, dijo Ciceron, tenemos otro hueso que roer: dice *à his*. A la cuenta el P. Reverendísimo tiene á la *h* por letra hecha y derecha, y no solamente letra, sino consonante de aquellas ante las cuales se pone *à* y no *ab*. Poco ha estudiado cuando no ha leido siquiera la primera página de Ambrosio Calepino, donde hablando de *à* y *ab* dice así: *in hoc tamen differunt, quod à nunquam conjungitur cum dictionibus incipientibus à vocali*. Y si se hubiera metido por la obra arriba, hubiera visto que la *h* no es mas que nota de aspiracion; y aunque *hic*, *hæc*, *hoc*, empieza con ella, no por eso deja de empezar por vocal.

En la conc. 10 está el pobre *Pitágoras* sin ypsilon. Parece que los dos Padres se han hecho á una contra esta pobre letra. Dime, Averroes, ¿fue acaso contemporáneo tuyo este *Averrhoas* de que hace el P. mencion en la conc. 16? Bien puede ser, respondió él, que fuese; pero como yo me crié en la España, y ese parece griego, no llegó á mi noticia que hubiese tal hombre. No señor, dijo Ciceron, no es griego que es árabe, segun se dice aquí. A ver, dijo Averroes, léame V. toda la conclusion. La leyó Ciceron: con que ese señor, dijo Averroes, que el P. pone ahí fue árabe y comentador de Aristóteles? Así es, respondió el otro: ¿quieren VV. que apostemos algo, prosiguió Averroes todo enfurecido, á que ese Averrhoas soy yo? ¿Dónde hay picardía como esta de mudarle su nombre á los hombres de bien? Cuando vuelva á Sevilla, siento una querella contra el P.; pues si dejo pasar que ahora me llamen Averrhoas, mañana otro me llamará Avejorruco, y dentro de nada tendré mas nombres que contiene el almanak. Fuera de que ¿no es una ig-

nominia que hayan de hacer que mi nombre se decline por *musa*, *æ*, por donde se declinan las hembras, siendo asi que yo soy tan varon como el que mas? Sosiéguese V., señor Averroes, dijo Ciceron, que no es V. el único macho que va por *musa*, *æ*; y aunque por este nombre no se declináran mas que las hembras, ¿qué mas podia V. apetecer en un tiempo, en que tantos hombres afectan parecerlo? Díganos V. su nombre propio, que así que el P. lo sepa, se enmendará; pues esto lo hizo sin malicia, no mas de para afectar erudicion. Pues, señor, mi nombre propio es Mahumed Abulgail: soy conocido por el de Averroes por mar y tierra; en latin del mismo modo que en el castellano, y cuando mas se quiera, permitiré me digan Averroes, y en latin *Averrois*, porque mi nombre es original de dos palabras arábigas, á saber; *Aven* ó *Aben* y Roshed, que quiere decir en buen romance hijo de *Roshed*. Y cómo V., señor pimporrero, dige yo, no nos ha advertido ninguna errata? Ya hay rato que estamos en la censura, y es preciso que vaya dimidiada. Pero poco á poco señor, dijo Ciceron: dimidiada? Ahora acabamos de salir de la primera página. Perdidos somos, dije yo; de esta manera nunca llegará el caso de que yo hable. No tenga V. cuidado, respondió, que yo aligeraré.

En las conclusiones 18 y 19, (pág. 2) viene *sæculum* con *æ* diptongo; en las 13 y 15 anteriores habian venido sin él. En qué quedamos P. Reverendísimo, ¿ha de ser con diptongo como era en los siglos latinos, ó sin él como en los bárbaros? Como saliere, respondió Averroes, miren VV. que delicadezas: acuérdese V. del pintor de Úbeda, y siga adelante. En la conc. 20 estan *Metaphisica* y *Phisica* segun costumbre sin rabo en la *i*: tengamos paciencia. En la 22 se vuelve á empezar con *à hoc fine*. ¿Si quizá querrá el P. pase por *archaismo*? Vaya, señor Ciceron, respondió Averroes, que está V. impertinente. ¿Qué entiende el P. de archaismos ni á qué fin los habia de pegar en las conclusiones? ¿Son estas alguna inscripcion sepulcral? Esto es verdad, respondió él, aunque pudiéramos decir que son el epitafio para la sepultura de Aristóteles. En la conc. 24.... alto ahí, dijo el pimporrero, que esa trae aquí una enmendatura. ¿Cuál es? preguntó Ciceron: *præcipue* dijo el otro. Mira bien, replicó este: no está ahí enmendado un *quæis* con diptongo y todo? Aguár-

dese V. sacaré los espejuelos. Que me desuellen vivo, si hay tal cosa. Con que segun eso el P. Reverendísimo, prosiguió Tulio, piensa que el ablativo *queis* se escribe con diptongo. Buen estudiante nos hemos echado á la cara. Prosiguió Ciceron á las conclusiones 25 y 26, y parándose, preguntó: ¿cuántas son las personas que hablan aquí, señores? ¿Quién ha de saber esto, respondí yo? Pero V. ¿por qué lo pregunta? Porque en la primera de esas conclusiones y en otras que las anteceden, va hablando en plural el papel: *defendimus*, *appellamus*; en la segunda aparece este plural en singular: *aperire non renuam*. Puede haber sucedido, dige yo, que de esas conclusiones, unas esten puestas por ambos reverendos, otras por el uno, y otras por el otro, y segun son ó dos ó uno el que las pone, así varíen de números. Si señor, dijo Ciceron, ese está un valiente pensamiento para solver la dificultad; pero el caso es, que en las conclusiones 29 y 30 se hace lo mismo con las personas con quienes se habla: en la primera son muchas, *sumite materiam*: en la segunda es una sola, *ne adoptes*; de manera que no sabemos si el P. da estas reglas para uno, ó para muchos, ó para nadie.

Todavia me queda otro escrupulillo. Dígame V., señor Aristóteles, ¿las conclusiones que se exponen á pública disputa no deben ser proposiciones? Si señor, le respondí yo. Y dígame V. ¿las oraciones de imperativo y subjuntivo se han llamado jamás proposiciones? Señor, en mi tiempo, respondí yo, no habia mas proposiciones que las enunciaciones, y enunciacion no puede ser por otro modo del verbo, que por el *indicativo* que se llama así, porque por él indicamos nuestros juicios acerca de las cosas: v. gr. digo yo *cœlum est fluidum*; ó *cœlum est solidum* para explicar mi dictámen acerca de esta controversia; y no sé yo cómo pueda explicarse de otro modo: porque por imperativo bien puedo yo manifestar lo que quiero que otro haga; pero no lo que juzgo acerca de alguna cosa: el optativo explica mis deseos, pero no mi modo de pensar: el subjuntivo á veces se reduce al imperativo, y á veces nada dice si no se junta con algun indicativo. Esto era en mi tiempo: y en el mio tambien, respondió Ciceron, en que las aserciones eran proposiciones, y quien dice proposiciones, dice precisamente que estaban en indicativo. Los imperativos solamente servian á los cónsules, tribunos y de-

mas legisladores, y los optativos y subjuntivos á los oradores. He dicho esto, porque el P. aquí nos emboca un egército de imperativos que me han hecho acordar de aquello de las doce tablas: *quodcumque senatus decreverit, agunto.* Bien lo he reparado yo, respondí; y cuando se leyó el otro papel, observé tambien otro defecto de esa misma especie, pues diciendo que iba á presentar unas proposiciones, presentó un fárrago de cosas parte pruebas, parte prólogos y parte proposiciones. Por fin no nos detengamos en esto, y creamos firmemente que la reforma de la literatura intentada por los padres, alcanza tambien al modo de enunciar los sentimientos, y de exponerlos á la disputa.

Siga V. antes que se me olvide, dijo Ciceron; cuando VV. hayan de hacer la crítica del aserto, llámenme en llegando á la conc. 28, que tengo que decir sobre ella. Sea muy en buena hora, respondimos, y prosiguió él pag. 3: no hago mas caso de la mutacion de números que hay en ella, y de que ya he hablado; y me paro solo en la conc. 34 donde está un disparate de alto bordo. Oíganlo VV.: *voces quibus aliis manifestamus ideas.... signa sunt tunc cogitationum nostrarum, tunc ipsarum rerum*; que traducido al castellano, dice así: las voces con que manifestamos á otros las ideas.... son signos *entonces* de nuestros pensamientos, *entonces* de las mismas cosas. Podia el Padre creerme, no echarla de eloquente, porque no tiene vocacion para ello; y poner sencillamente á estilo patano sus proposiciones, y evitar que lo tuviésemos por pedante. Por fin, por si no quisiere enmendarse, sepa para otra vez que en lugar de *tunc* y *tunc* debió poner *tum* y *tum*, ó *cum* y *tum*; que haga porque no se le olvide esto, porque lo demas no puede pasar sin causar risa. Enmiende tambien á *obscene* en la conc. 36, poniéndole un *æ* diptongo en lugar de la *e*, y reciba muchas gracias por la noticia que nos da en la 39 de que puede señalar las reglas de la arte hermeneútica: ojalá que pudiese asegurar lo mismo de las del arte de Antonio de Nebrija. En recompensa sepa que si en la conc. 45 hubiera puesto *Aristoteleos* en lugar de *Aristotélicos*, me pudiera citar por texto del buen latin que asesta.

Vamos á la pág. 4 donde la conc. 49 por donde empieza, tiene mucho sobre que hablemos: haré por abreviar. *Au-*

dio, is, significa oir, y á consecuencia se usurpa para significar todo aquello que tiene analogía con oir, como obedecer, entender, &c. Entre las traslaciones que se hacen de este verbo, no es la menos elegante la que yo hice en muchas partes de mis obras, añadiéndole unas veces *bene*, y otras *male*: de este modo *bene audit* tiene buena fama, *male audit* la tiene mala. La razon en que esto se fundaba es manifiesta, porque los rumores del pueblo acerca de esta ó la otra persona últimamente llegan á su noticia, y si son favorables *bene audit*, *sin minus*, *màle audit*. De aqui tomaron motivo algunos (no sé si con razon) para juntar á *audio* con nombres de alabanza y vituperio: v. gr., *audit philosophus*, es tenido por filósofo: *audit scelestus*, lo reputan por malhechor; pero (cuidado con esto) siempre aludiendo á aquel á quien daban estos títulos, ó los oia, ó podia oirlos. Supuesto esto, ¿me querrán VV. decir qué intenta el P. cuando dice: *Ratiocinatio verbis enuntiata argumentatio audit*? Este nombre *argumentatio*, ¿es alabanza ó vituperio? Y aun cuando lo fuese, ¿tiene *ratiocinatio* orejas para oirlo? Ya se lo he dicho al P. que no ha nacido para culto; y ahora le digo que se vaya por el camino trillado, y en lugar de *audit*, ponga *dicitur*, ó *vocatur*, ú otro verbo equivalente. Señor Averroes, dijo el pimporrero, hágame V. el favor de estar mirando aqui mientras yo hablo una palabra. ¿Ha visto V. ese latin, señor Ciceron? Si señor, amigo, respondió; pues lo mismito es, añadió él, que el que compone el doctor divino, de que yo he hablado. Sigan VV. que me vuelvo á mi oficio de vista de aduana. En las conclusiones 53 y 54 se varian tambien los números: dice en una *rejicimus*, y en otra *subscribo*; téngalo V. presente para no volver á notarlo.

Pág. 5, conc. 62, dice: *Hae* (con su diptongo resuelto) *humana auctoritate sunt dijudicandæ*. VV. habrán pensado que este *hæ* y este *dijudicandæ* concertarán con algun femenino: no señores que conciertan con un neutro: oigan VV. el pedazo anterior: *Inter ea quæ extra nos posita sunt, quædam captum nostrum omnino excedunt, quia remotissimis locis, atque temporibus contigerunt*. Y luego entra lo que VV. han oido: júntese esta concordancia con las del papel antecedente, y serán por todas ellas sobre poco mas ó menos cuarenta y una. En las conclusiones 66 y 67 dice: *coævi* y *coeve-*

rum: todas las faltas fueran como esta, pues tenemos bien de donde suplirla.

Pág. 6, en la conc. 78 viene *interpollatus* con dos trancas. ¿Quién se ha de meter con él? Vamos huyendo á la página 7, no sea que nos dé de palos. En el título que trae en ella el tercer renglon, para convidar el P. á que lo examinen sobre el método de disputar y estudiar, está llorando el pobre de la *palestra* porque se le ha perdido el *æ* diptongo; consuélese el pobrecito que todo se remediará. No le podemos ofrecer otro tanto á *Metaphisica*, que viene en el título siguiente, y conc. 85 sin ypsilon: esta fruta está muy cara, con que tengan paciencia; pero poco á poco que ya lo hay. En las conclusiones 89 y 93 la trae *Leybnitius* sin que le haga falta: es creible que quiera cambiar. Pero lo que no habrá con que poder cambiarse es el pedazito de latin siguiente: *pro rerum contingentium existentiam comprobandam*, que está en la misma conc. 89. No sabia yo que *pro* era proposicion de acusativo: me alegro de saberlo para enmendar todos mis libros, donde la puse con ablativo; y tambien les avisaré á los amigos de esta novedad, para que en adelante no aleguen ignorancia. En el título último está *Psyeologia* con *y* griega: allá arriba queda con *i* latina, para que se sepa que el P. sabe como se escriben ambas.

Pasemos á la pág. 8: dejemos mil escrúpulos que nos detendrian demasiado, y parémonos á ver si podemos entender qué quiere decir un *motum in corpore exitum*, que viene en la conc. 104: verdaderamente, señores, que nunca me ha sucedido lo que ahora, y es encontrar un latin que no puedo entender. Preciso es que sea latinorro, respondió Averroes, cuando tú no lo entiendes; pero dime: ese *exitum*, ¿no es supino de *exeo, is*? Si no es, respondió Ciceron, será el participio de pretérito del mismo verbo, ó *exitus, us* su derivado; y yo no encuentro otra cosa que pueda ser. Pues bien, respondió Averroes, ese *motum exitum*, querrá decir *movimiento salido*. ¿Y qué casta de pájaro es movimiento salido? preguntó el otro. Vergüenza es, dijo Averroes, que V. no sepa lo que sabe cualquier zagal de borriquero: pregunte V. á uno de ellos que le explique lo que quiere decir burra salida. Ya entiendo, dijo el otro. Sigamos. En la conclusion 108 habla el P. con suma propiedad cuando dice:

sedem versari: no sabia yo que las sillas se meneaban tanto; pero dejemos esto, como hemos dejado otras locuciones de igual elegancia.

Dejemos el *Phisiologi* con la primera *i* latina; y vamos á la siguiente pág. 9, donde nos espera la conc. 110 con dos primorcitos: el primero es *impræssas* con *æ* diptongo, quítesele, y llévese por ahí arriba para remediar á los pobrecillos que han ido sin él: el segundo es *Creationis* con *C* grande, arránquesele la mitad, y désele al P. para si se le ofrece otra cosa en que aplicarla. En la 120 dice así: *inest menti facultas denuo cogitandi jam alias cogitatas*: quien hubiere hallado ó visto el femenino con quien concierta este *cogitatas*, acuda, y se le dará su hallazgo, sopena de que se pedirá por hurtado. En la 121 viene *reppetunt* con dos *pp*, una le sobra, que no en todas partes ha de venir de falta. En la 122 no sé yo qué hace la preposicion *e*: quizás estará de huéspeda; dejémosla. Lo que el P. llama conc. 123, y yo le llamaria prólogo, trae unas cuantas cosas dignas de que no las trajese: trae *collit* con dos *ll*. Sin duda que el P. le ha enviado al autor alguna carretada de ellas. Trae *Politheus* con *i* latina, y para recompensar el ypsilon trae á *Panthæistæ* sin ella. Trae tambien un nombre recien acabado de inventar, á saber: *Politichismus* con su *h*: con este modo de forjar palabras, puede el P. aumentar considerablemente el diccionario de la lengua latina. Puede escribir *Scepticchismus*, *Dogmatichismus*, *Platonichismus*, y todos los *chismus* que le dé la gana. Trae por fin á *machiabellismus* con orejas: *machiabellismus audit*; será muy posible que á otra vez salga con rabo, y con patas. En la conc. 124 vuelve á salir *politichismus* con su *h* nueva.

Vamos á la pág. 10: en ella la conc. 130 hace mencion de los rivales de la escuela Thomista; porque esto me parece que quiere decir la palabra *Thomistarum*, pues para poner *Atomista* no se pone *h*, con que allá se las haya el P. con los Scotistas, Suaristas y Baconistas. En la 131 está *scolasticis* sin *h*: puede el pobre decir que su madre se llamaba hogaza, y él se muere de hambre. En la 134 vienen los peripatéticos como gente ruin con *p* pequeña, cuando á cada instante nos estamos encontrando con letra grande á *Corpus*, y otra gente de menos valor. En la que se le sigue padecen

la misma afrenta los escolásticos. No es lo peor, sino que tras de cuernos penitencia; pues vienen desnudos de la *h*: consuélense con ver en la pág. 11, conc. 136, á los Concilios generales venir tambien entre la gente menuda.

Mientras Ciceron iba leyendo las conclusiones siguientes, se me antojó tomar un libro de los que V. acababa de enviarme: lo abrí por tan buena parte, que ello por ello se hallaban impresas en él las conclusiones que leia Ciceron: le supliqué que parase, é hiciésemos cotejo; pero respondió: que sin hacerlo estaba conocido que lo mas del aserto era copiado, y bien se conocia donde el P. ponia el remiendo de su propio latin; pues de otra manera los solecismos y barbarismos andarian mas espesos que los mosquitos en las bodegas: que no le interrumpiese, porque en el tít. 2.° de la misma página, y en la conc. 149, lo estaban esperando *divissibilitate* y *divissibilis* cada uno con su *s* de mas, que no la tendrian si el P. hubiera tenido la curiosidad de mirar bien el libro; pero parece que es malísimo copiante. En la conc. 150 viene un *illius* que trae consigo todas las sospechas de solecismo: quizá el P. querria decir *illorum*; y si no lo quiso decir, no le hagamos fuerza, que hay excomunion contra los que la hacen á los Eclesiásticos.

Dejemos otras cosillas, y vamos á la pág. 12. A pocos pasos está la conc. 157 con un *atrorsum* que yo no conozco; pudiera el P. haber buscado otro término mas latino: pudiera tambien haber quitado á *reppeti* una *p* que le sobra en la 159. Pero lo que yo no puedo entender es, qué verbo sea este que viene en la conc. 165 donde dice *desringatur*: esto está claro, respondió Averroes, será *desringo*, *as*, que quizá signifique estar derrengado. Pues dejemos esta página que eso será, dijo Ciceron, y vamos á la 13: en ella, conc. 172, me he encontrado una novedad muy particular. Sepan VV. que la madera se derrama ya, como antes se solia derramar el agua, el vino, y cualquiera otro licor; y si alguien les preguntare quien les ha dado tan importante noticia, citen al P., que no es hombre que se ha de poner á mentir, y lo dice clarito: *lignum funditur*. Amigos mios, ¡lo que se sabe de cosas con el tiempo! Aguarden VV. que hay otra noticia que llevar hácia allá, y es que *cellerrimas* se escribe con dos *ll*. Si VV. lo han menester para algo, búsquenlo en la conc. 178.

Vamos á la pág. 14. ¿Es posible, señor Ciceron, le dige yo, que no ha de haber plana donde no tropezemos? Pues qué, respondió él, ¿unas conclusiones tan eruditas habian de ir una página siquiera sin primores? Eso se queda bueno para el otro autor; pero este no lo permitirá. Ó si nó ¿vaya que V. no me acierta qué quiere decir un *violina corda* que está en el renglon segundo, y pertenece á la conc. 182? Yo, ciertamente, jamás he oido eso. ¿Y V., señor Averroes? En mi vida he oido, dijo él, semejante algarabía. Pues señores, prosiguió Ciceron, nos quedaremos sin saberlo, porque yo tampoco me atrevo á adivinarlo. Saltó entonces el pimporrero, y dijo: Tenga V. cuenta, señor Averroes, con estas erratas que no se escapen, que yo voy á decir lo que es eso que VV. no saben. Señores, *violina corda* quiere decir, cuerda de violin: este instrumento es poco mas ó menos como el que se llama *barbitos* en la tierra del señor Aristóteles, *cítara* ó *lira* en la del señor Ciceron, y *rabel* en la del señor Averroes, que como yo he sido facultativo le tengo averiguados todos sus apellidos; pero el P. no queriéndose meter en tanto, ha hecho lo que el otro muchacho, á quien le echaron esta oracion: el piojo pica la cabeza; y dijo: *piojus picat cabezam.* Quedamos enterados. Notó tambien Ciceron que en la conclusion, de que vamos hablando, se varia á cada instante de tiempo con una misma partícula, y un mismo sentido: v. gr., *cur dat*, *cur contremiscant*; pero pasó sin detenerse hasta tropezar con *asficit* en la conc. 184: le hizo una reverencia, y no habló mas palabra hasta que en la 198, pág. 15, encontró á *exalationibus*, que en medio de tanta sobra de *hh* iba sin aspiracion. Lo dejó pasar sin meterse con él, que harto trabajo lleva el pobre; y se paró en las conclusiones 200 y 201, donde estirando las cejas en ademan de admirado, nos dijo: Hasta ahora, señores, no habia yo sabido que nacian los eclipses: de los hombres, de los animales, de los astros, varias veces lo he oido decir; pero que el eclipse nazca, créanme VV., señores, que si no viera aquí un *oritur eclypsis*, es imposible que lo creyera. Ya no tendré dificultad en decir que nacen los defectos de luz (esto es lo que quiere decir eclipse), que nacen las tinieblas, que nace la ceguera, y que nace la muerte. Si hasta aquí siempre *nace* se ha aplicado á algo, ya podemos decir

que nace la nada. ¿Pero qué mucho si á *Genethliaci* le ha nacido una *a* en medio de la panza, y una *s* en lugar de la *c*? Véanlo VV. en la conc. 207 *Genethaliasi*, que no lo conocerá la madre que lo parió.

Vamos á la pág. 16: en ella, conc. 216, viene el *que* conjuncion mas abajo de donde debia venir *ex ejusque*, pues ni los poetas tienen licencia para lo contrario. En la 217 viene tambien el viento con gages de oidor: *ventus audit*: ya van tantos oidores nuevos que se puede formar una chancillería. En la 221 está muy honrado el adjetivo *Sphæricus* con su letra grande: el mundo anda al reves: ya no podemos distinguir las gentes por los trages. Han pasado muchos hombres de bien á pie, y el señor *Sphæricus* va tan lucido á caballo. En la conclusion siguiente quiso el P. Reverendísimo poner una cosa, y puso otra: quiso poner *Sphæroidale*, y puso *Sphærodiale*: perdónesele no obstante porque esto de las etimologías es mucha gringuería para su reverendísima; y no es razon que un ingenio de órden tan superior se encarcele en las reglas de gramática. Lo mismo debemos hacer con otros dos disparatillos que vienen de reata en la 225, véanlos VV. aquí: *ignivorum eructiones*. Padre mio, no hay tal *ignivus*, ni tal *eructio*, para otra vez que vuestra reverendísima los haya menester, ponga *ignivomus* y *eruptio*: y si todavia no sabe el genitivo de plural del uno, ni el nominativo del otro, yo se los pondré: *ignivomorum eruptiones*. Al fin de la conc. 227, se vuelve el Padre á confirmar en que *palestra* se escribe sin *æ* diptongo: que se escriba como el P. quisiere, y nos quitamos de ruidos. Lo que yo no consentiré (pues sería mucho consentir, y me exponia á que me sacasen á la vergüenza con coroza y ristras de ajos) es, que en las oraciones, que llaman los muchachos de *que*, la persona que hace se ponga en nominativo, no yendo concertada la oracion; ó por el tiempo llano pospuesto el verbo determinante: con que así cuando el P. dice en la conc. 228: *Aquæ particulæ sphericam habere figuram probabile est*: me veo en la precision de decirle que quite el solecismo de en medio y ponga *particulas*: y no le digo mas, porque me voy á la pág. 17 que queda que hacer mucho.

Dejemos á *palestra* que vuelve á quebrarnos la cabeza, y vamos á la conc. 244, donde dice *fabulis amandandas* para decir que ciertas lluvias prodigiosas referidas por los historia-

dores se deben desterrar á las fábulas. El P. no sabrá, ó se le habrá olvidado, que el lugar á donde se envia alguna cosa, se pone en acusativo con *ad*, y otras sin ella: con que pongamos *ad fabulas*, y volvamos á advertirle que no la eche de culto que le sale muy mal. En la misma conc. que descabeza en la pág. 18 viene *hystoricus* con ypsilon: aunque me detenga le he de contar un cuento que oí no ha muchos dias. Habia en una escuela, entre otros muchachos, uno que se llamaba Poncio de Aguirre, y á quien los compañeros impacientaban llamándole Poncio Pilatos. Llegó esto á noticia del maestro, y mandó desatacar á los mas culpados; les dió una linda zurra y tras de cada azote les decia: no se dice Poncio Pilatos, sino Poncio de Aguirre; acabado el castigo los puso á decir la doctrina, y cuando uno de ellos llegó al Credo, acordándose de lo que se le habia advertido, dijo así: padecio debajo del poder de Poncio de Aguirre. Lo mismo le ha sucedido al P.; ha traido sin *ypsilon*, que lo tienen, las palabras que hemos notado; y como lo hemos reñido, ha sido la enmienda ponerlo ahora donde no lo han menester. En la conc. 256, está el *æ* diptongo segun costumbre supliendo por *œ* en la palabra *æconomia.* Si este pecado no se repitiera en *cacodæmones* conc. 260, y *phisicos* viniera con *ypsilon* en la 261, pasaria sin tacha la pág. 19.

En la 20, á la segunda palabra, está un garrapatoncillo, que se repite en la conç. 273: dice *olfatur* y *olfatus*: con una *c* que se le ponga y diga *olfactus*, está todo compuesto. En la 277 viene *havitant* con *v*: yo no sé para qué se cansó el P. en ir á buscar esta letra al último del alfabeto, teniendo la *b* en la segunda casa. En la 282, hay...... poco á poco dijo el pimporrero, que aqui estan enmendados dos disparates: ¡qué lástima, respondió Ciceron, que el P. no hubiese enmendado tres, y con eso no nos detendríamos en esos dos! Añada V. el *propriissime* con dos *ii*, siendo así que con una le sobra: si la que hay de mas fuera *f* podíamos acomodarla con *afirmo*, que viene falto de ella en la conc. 283.

Vamos tras de otra pág. que es la 21. Aqui viene en la conc. 297 *voluptas* supliendo por *voluntas*, de este modo: *tenemur etiam voluptatem componere, ut ea ad bonum verum fetur*: sepa el P. que hay tanta diferencia del un nombre al otro, cuanta hay de los pepinos á los carneros; no se con-

tenta con empezar por un disparate, sino que tambien concluye con otro. Díganos, si gusta, qué parte de la oracion es *radicitur*. Pág. 22, conc. 302, viene una locucion de las mas primorosas: *quodcumque sibi fieri nolit, nec aliis facere obligatur*: si en lugar de *nec aliis facere*, hubiese puesto *ne aliis faciat*, sería posible que no estuviese tan mala. Como ya el papel se va acabando no quiere el P. perder la ocasion de encajar todos los disparates que cupieren: por eso en la conc. 303 viene *dælendus* con *æ* diptongo; por eso en la 305 está *cetus* sin él, siendo así que debia haberse escrito con *œ*; por eso en esta misma conclusion está *bonum communem*, como si *bonum, i*, fuese masculino ó femenino; por eso en la 309 viene *fædera* tambien con *æ* en lugar de *œ* diptongo; por eso *palestra* vuelve á salir mas abajo sin él; por eso en la conc. 312 viene una cosa que no se puede entender, á saber: *Deo ut instituere*; no se dará latin peor en las Batuecas; diga *ut instituente*, ó *ut institutore*, que bastantes disparates ha dicho ya: por eso en la conc. 315 pone *sediciosii*, en la 316 *sediciosa*, la primera con dos *ii*, y ambas con un barbarismo; por eso, en fin, en esta última está tambien *effucientis* con *c*, donde debia haber puesto *t*. Pag. 23 y penúltima, conc. 319, está *prosequere* en infinitivo: sin duda que este P. ha aprendido del otro á formar los infinitivos de los verbos deponentes: dígase *prosequi* y vamos á acabar.

Pero notemos antes que en esta misma conc. viene *praeces* con *æ* diptongo resuelto, porque no quede razon de dudar el disparate: quítesele y marchemos hasta la conc. última, esto es 330, donde está *exttinguit* con una *t* de sobra; y donde un *quam*, que es término de comparativo, está aguardando su comparacion, ú otra cosa equivalente á que poder referirse. Pag. última, no hay mas que una conclusion; pero porque ni aun esa se escape viene *phylosophis* con el *ypsilon*, que ha faltado en tantas otras partes. Iba Ciceron á cerrar el papel, pero antes le dió gana de leer la letra bastardilla, y en la última nota, que está antes de las erratas, se halló con este solecismo de retaguardia: *phylosophicas theses propugnabuntur*, y dijo de esta suerte: nunca mas bien que ahora se verifica lo de *finis coronat opus*.

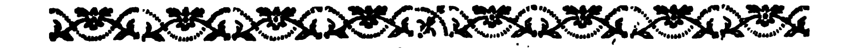
¡Eh! señores, prosiguió: ya han visto VV. muchos de los primores que ingieren en sus papeles los dos famosos filóso-

fos que intentan enterrar al señor Aristóteles: hemos perdido mucho tiempo y no poca paciencia en notarlos; con que ahora es regular que los dos Padres gasten un poquito de estas dos cosas en oirme unas reflexiones que yo tengo que hacerles. Señor Ciceron, le dije yo, suspenda V. eso por ahora, pues esta Carta ha salido muy larga, y por mucho que intente abreviar crecerá demasiado. Para el viage que viene cito á V., y entonces podrá decir cuanto se le antoje. Me convengo, respondió él, y aun no deja de acomodarme que se haga así para emplear yo el tiempo intermedio en adquirir algunas noticias entre los amigos, que estan en este país. Despache V. esa, y avíseme en siendo hora de escribir otra.

Esto es, amigo don Manuel, lo que ha resultado de nuestra junta: no tengo por ahora para qué detenerme mas. Lo que se ofrece y espero de V. es, que en llegando Averroes á su casa, llame un barbero que lo afeite, y le presente unos hábitos para que pueda salir por esa ciudad disfrazado en trage de escolar; pues sería conocido si lo viesen con alquicel y bigotes, y él lleva encargo de buscarme algunas citas de autores: dígale V. tambien en qué librería las podrá encontrar; pues aunque uno de los libros que V. me remitió, y se llama Melchor Cano, equivale á una librería entera, quiero no obstante saber algunas especies con mas extension. V. perdone tanta molestia, y mande sin embargo á su amante maestro y amigo = *Aristóteles.*

Estamos á fines de junio.

P. D. La pongo por no perder la costumbre: dé V. mis memorias á los señores Doctores mis amigos.



CARTA V.

Sr. D. Manuel Custodio.

Amigo y señor: no me acuerdo de haberme reido desde que estoy en estos paises hasta ahora, en que he visto entrar al amigo Averroes con su sotana y sombrerote, y con la barba tan rapada que parece muger. Como estábamos hechos á verlo con unos vigotes que le tapaban hasta las orejas, y con un alquicel tan manchado y roto como era consiguiente á los muchos años que ha que lo trae puesto, y á lo tiznado de estas estancias, se nos hizo tanta novedad el nuevo aspecto y trage con que viene disfrazado, que no pudimos contener la risa. Él á quien sobre su genio tan adusto, como su nacion, se le habia infundido una legion (por no decir otra cosa) de magestad y presuncion, nos amonestó con toda seriedad que contuviésemos la risa, que mirásemos que ya venia vestido de doctor, y era necesario que lo tratásemos con el respeto y miramiento, con que él habia visto que se trataba á los doctores de esa tierra. Le pregunté yo si acaso el ser doctor consistia en el vestido; y respondió él con la misma gravedad que antes, que esta era sin duda la parte principal; pues que le constaba que habia muchos doctores, que para serlo no necesitaban el vestido; habia tambien otros, que en desnudándolos de él, se podian vestir sin milagro de hojas y bellotas. Agradecí mucho la noticia; le supliqué que pues V. habia tenido la bondad de darle aquellas opalandas, que las doblase, y mirase por ellas, ó que al menos se las quitase; pues me temí (y esto lo digo en confianza) que reventase, segun venia soplando desde que se vió con gages de doctor.

Ya habia rato que Ciceron esperaba su venida, deseoso de desembuchar las especies que tenia pensadas. Con que luego que el doctor Averroes, quitados los hábitos, se transformó en Averroes en pelo, suplicando á nuestro corrector de gramática acabase de despacharnos, hízolo así, empezando su retaila de este modo: En tres ocasiones consecutivas hemos hablado largamente acerca del latin de los dos Reverendísimos Padres: contraigamos ahora las velas; y para reducir á un punto de vista su vasta erudicion en esta facultad, hagamos un como epílogo de todos sus primores. La gramática tiene cuatro partes, y en todas ellas han puesto su reforma. Han reformado la ortografía, como lo demuestran un millon de egemplos que no repito, porque sería fastidiar. Han dado un nuevo aspecto á la etimología en todas sus partes: en las declinaciones, v. gr. *gravidem* del primer papel y *quæis* del segundo: en las conjugaciones *transileremus* del primero, y *prosequere* infinitivo del otro, no me dejarán mentir. En las reglas de géneros *regula* neutro del P. N., y *bonum* masculino de su compañero estan desafiando á que los vayan á ver. En las de pretéritos *reflectum* de *reflecto* que se colige del primer papel, y *exitum* de *exuo* que está claro en el segundo lo prueban suficientemente. En la formacion de comparativos y superlativos que lo digan *difficillior* del primero y *propriissime* del segundo. Han desenvuelto toda la sintaxis, pues en ella apenas ha quedado títere con cabeza. Descuellan entre sus solecismos las nuevas concordancias y la varia colocacion de personas, asi que hace como que padece, sobre que hemos hablado ya bastante. Es cierto que no los hemos oido hablar; pero su modo de escribir nos da sobrada idea del nuevo aspecto que habrán dado á la prosodia. Pongamos un egemplo: dice el P. N. *alliquod* con dos *ll*, y el otro P. *reppetunt* con dos *pp*. Si tienen por larga la primera sílaba de cada una de estas dos palabras, la tienen sin duda por una cosa que no es; si las tienen por breves, es preciso que hayan enmendado la famosa regla de *consona si duplex*. Con que segun eso, dijo Averroes, los reverendísimos que se han propuesto enterrar la lógica, física y metafísica y moral del maestro, han enterrado primero la etimología, sintaxis, prosodia y ortografía de V.; y sobre V. ha caido aquella imprecacion de *la pedrada te den por darle á otro*. Asi es, amigo, respondió

Ciceron, no se puede negar que si hubiera muchos latinos como estos dos Padres, sería menester irme á vivir con mis escritos á la isla del Peregil; si es que quiero que no me enterrasen vivo como al señor Aristóteles.

Dígame V., señor Ciceron, le dije yo: ¿y á V. no le acusa la conciencia de haber añadido algo, ó exagerado demasiado? ¿Cómo me dice V. eso? respondió él. ¿Soy yo hombre de esos tratos y de tales imposturas? Ahí estan los papeles; cualquiera puede verlos, y hallará la justicia con que hablo, y la mucha indulgencia que he tenido. Pues dígame V. ¿si yo me hubiese puesto á notar las impropiedades de infinitas locuciones, si hubiese hecho alto sobre las voces que los latinos tienen por bárbaras ó sospechosas, piensa V. que hubiéramos acabado en muchos años? Y si nos hubiésemos querido meter con los términos propios de los escolásticos, de que se rien tanto los que como los Padres quieren pasar por filósofos de primera suerte, ¿cuándo nos podríamos desenredar de tanto, como ellos nos dieran que decir? No piensen VV. por esto, que yo repruebo dichos términos: despues daré mi parecer acerca de ellos; lo que deben pensar es, que ellos usurpados por los Reverendísimos Padres les hacen un argumento *ad hominem* que no tiene respuesta. Porque si una de las causas principales del desprecio y risa con que miran la filosofía escolástica, es el lenguage bárbaro é inculto (como ellos le llaman) de que usa: si en vista de este lenguage estan á los peripatéticos geringándolos con daca la filosofía bárbara, toma la barbarie del Aristotelismo; ¿que dirán, tanto sus Reverendísimas, como los demas amigos suyos, cuándo les hagamos ver no solo que su latin es contra toda regla de gramática, sino que tambien usurpa á *quidditatis*, *abstractive*, *entitas*, *colorifici*, *motibus*, *divisibilitate* y otros seiscientos términos nacidos en la escuela y usurpados por los escolásticos de que tanto se rien? ¿Tienen acaso alguna bula para que no sea pecado en ellos lo que en dictámen de ellos mismos es tan feo pecado en los otros? Créame V., señor Aristóteles, los dos papeles son algo peores de lo que parecen. Ya estoy en eso, le respondí yo, y con el tiempo pienso decir cosas que lo pondrán fuera de toda duda.

Si hubiese de valer mi dictámen, dijo Ciceron, no necesitaba V. de hacer cosa alguna: con solo decir á los Padres

que se pongan en estado de pasar por gramáticos antes de meterse á jueces de los filósofos, les tenia V. cerrada la boca. Y si no dígame, ¿dónde puede encontrarse una imaginacion tan fresca como la de los autores, que no sabiendo casi los primeros rudimentos del latin, se pongan á erigir un tribunal á donde comparezcan á juicio cuantos de cuatro, y mas siglos á esta parte han pasado en el mundo por filósofos? ¿Quién sino la ignorancia puede dar alientos á unos hombres para que en un teatro de peripatéticos, muchos de ellos notoriamente eruditos, presenten un aserto, poniendo á los peripatéticos poco menos que de burros, siendo asi que si los autores estuviesen en una clase de gramática, siempre serian de la banda del burro? ¿Les parece mejor la filosofía nueva que la antigua? Sea en hora buena: mas no zahieran tan abiertamente á los antiguos; y si los zahieren, sea de un modo que no se les pueda echar en cara un defecto tan vergonzoso, como es la ignorancia en la gramática. El P. N. es el primer peripatético que se ha presentado en Sevilla, renegando de la filosofía que no aprendió, y empeñado en enseñar una que probablemente no sabe: quiere pasar por hombre sin preocupaciones, instruido, fino y sábio á la moda: quiere ser tenido por oráculo de la filosofía moderna. Y qué? ¿consigue esto haciendo esta concordancia en el latin *categoriæ gravidem rejicimus*? ¿Tan ignorantes contempla á los sevillanos que piense han de dejarse llevar de una elocuencia tan divina? No ha faltado quien lo aplauda; esa es su mayor ignorancia. Si reflexionase sobre sus aprobadores, les daria cualquiera cosa porque cesasen de aplaudirlo. Los libros de filosofía escritos por autores extrangeros, aunque tengan lo que tuvieren (pues en esto no debo meterme), hablan siquiera un latin regular. Pues asi como toma de ellos las sátiras contra los escolásticos, ¿por qué no toma tambien el estilo con que las ponen? ¿Consiste acaso la filosofía que sabe, en saber recoger y amplificar cuanto los filósofos del dia dicen contra la escuela de Aristóteles? ¿Qué dirán los extrangeros, si llegase á sus manos el papel del P.? ¿Qué concepto tan alto formarian de la erudicion española, y mas cuando estan en posesion de juzgar inicuamente de la España, infiriendo por los despropósitos de uno la ignorancia de todos? ¡Ah! Trabajan sábios españoles en vindicar á su nacion de

la barbarie é ignorancia en que sus émulos la suponen: hacen justicia muchos extrangeros al mérito de sus sábios, y hay hombres en España, que á título de corregir los defectos que hay, ó algunas veces suponen, presentan á los extrangeros nuevas armas con que la combatan. Si el aserto de que hablo, compareciese en París ó en Bolonia, ¿no sería bastante á destruir cuanto han edificado Cavanillas, Juan Andres, Lampillas y Masdeu?

¿Qué diré del segundo? Él está consagrado á un ministro sábio, sério y juicioso; á un ministro amante de la literatura, que la promueve en cuanto le es posible; que conociendo todo el valor de los ingenios de España, quisiera que renaciese en sus dias el siglo XVI, y que en fin llevando tan mal que los franceses pretendan el absoluto dominio de las letras, como que los ingleses pretendiesen el de los mares, está muy lejos de recibir con gusto los solecismos y barbarismos; y mucho mas lejos está de llevar á bien, que á título de promover el buen gusto de las letras, se arrastren como trapos los escolásticos, algunos de los cuales han sido, son y serán la gloria de la nacion, y esto por boca de hombre que tras de cada palabra latina que pone de suyo (pues copiarlas lo haria mi abuela), ensarta dos disparates. Si este personage en algun rato ocioso toma el papel entre manos, y se encuentra con *pro rerum existentiam comprobandam*, ¿no les parecerá á VV. que quedará muy satisfecho del logro de sus deseos? ¿Que formará un gran juicio de la instruccion de Sevilla? Unas conclusiones que dedica un cuerpo tan sábio y respetable como aquel á donde el P. pertenece, á un hombre tan instruido y tan ilustre, llevan consigo el carácter tanto de las personas que dedican, cuanto de aquella á quien se dedica. Supone sumo cuidado en aquellos para darlo al público, y el debido concepto de la literatura de este. ¿Y tiene el P. valor para dar á la prensa en nombre de su religion un papel que le hace tan poquísimo honor? ¿Y tiene valor para ponerlos en manos de un tan sábio ministro? Qué ¿piensa acaso que á este le divierten, como divierten á cuatro ignorantes aquellas gracias (por no llamarlas con su nombre propio) *turpiter errarunt scolastici*, *irridendi sunt scolastici*, &c.? ¿Piensa que un hombre tan instruido no ha de hacer caso de tanto solecismo y barbarismo como pone? En-

tienda el P. para en adelante que en manos de semejantes Mecenas solo deben ponerse escritos llenos de sabiduría y moderacion; y que lo contrario está tan lejos de ser obsequio, que se roza con el insulto.

Dijo esto Ciceron (supongo que con éstas palabras) pero con tanto nervio y vehemencia, que puedo asegurar á V., amigo don Manuel, que me quedé como transportado, y aun tuve lástima de los autores de mi entierro, con solo pensar el bochorno que podria ocasionarles, si lo hubieran oido. Averroes que estuvo algo mas pasmado que yo, despues que volvió un poco de su admiracion, dijo: no tiene duda, señor Ciceron, que los dos Padres la han errado del todo; con un par de libras de chocolate pudieran haber evitado esta nota, dándoselas, ya que ellos no eran capaces de hacerlo, á un maestro de gramática que les corrigiese el aserto. Eso estaria bueno, dijo Ciceron, para que los Padres conociesen su falta; pues el que la conoce, tiene andado mucho para remediarla; pero tan lejos estan de conocerla, cuanto lo demuestra una conclusion del segundo papel que pasé en claro al tiempo de leerlo, porque VV. no se irritasen, donde su erudito autor la echa de facultativo en tres lenguas, y pone á VV. de ropa de pascua. Dice así conc. 17: *post insignes adeo commendatores, unus Aristoteles ex græco non bono malus latinus, &c.* ¿Con que esa tenemos? respondió Averroes, ¿el señor maestro Ciruela que no sabe leer pone escuela? Quien viere eso, pensaria que el Reverendísimo P. es perito en las tres lenguas; que ha tenido á la vista los egemplares y las traslaciones, y que despues de un estudio durísimo y de una larga meditacion ha proferido tan magistral y decisiva sentencia. ¿Quién puede aguantar esto? No sabe á *musa*, *æ*, y quiere decidir sobre el mérito de los autores en las lenguas latina, arábiga y griega. Pluguiera á Dios que hablase bien la castellana! Si uno de los malteses que hay en aquella ciudad, se hubiera vestido de fraile, y comparecido en el teatro para argüir al Padre, le podia haber dado un solemne capuz, sin estudiar maldita cosa. En tomando de memoria un trozo de la traduccion latina de Aristóteles, y otro pedazo, ya fuese del Alcoran, ya de cualquier escrito arábigo, suponiendo que era la traduccion arábiga del mismo filósofo; en empezando á hacer un cotejo entre la algarabia y el latin,

todo sería algarabía para el P., y quedaria escarmentado para no meterse en cosas que no entiende.

Eso, dijo Ciceron, tan digno de ridiculizarse, aun todavia es nada si se compara con la mala fé, peor juicio y pésima instruccion (que yo tambien sé usar de *malus, pejor, pessimus*) con que la conclusion está puesta. *Mala fé.* El primero que dijo algo que se pareciese á eso que el P. pone, y de donde ó el P. ó el autor que copió lo ha tomado, fue el célebre y erudíto valenciano Juan Luis Vives. Este citado por don Nicolas Antonio (pues el sugeto que me dió la noticia no pudo haber á las manos el original) lib. 3. *de causis corruptæ eloquentiæ*, dice hablando de las traducciones de Aristóteles: *in qua translatione ex græcis bonis facta sunt latina non bona: ex latinis vero malis arabica pessima.* Si el P. hubiera querido pudiera haber enriquecido su papel con las palabras de este grande hombre. Pero entonces, ¿cómo se habia de morder á Aristóteles que es el asunto? No quedaba mas recurso que valerse de los términos de Vives, poniéndole una cosita que le hiciese decir lo contrario. Hízose así; y donde él dice *græcis bonis*, puso el P. *ex græco non bono.* ¿Se hace esto entre gente de bien?

Pues si mala es la fé, peor es el *juicio.* Aun dado caso que el P. encontrase escrito en alguno de esos filosofillos de tres al cuarto lo que dice: estando en contra el célebre Luis Vives ¿á cuál de los dos se deberia atener? Al señor Zurriburri que entendió tanto el griego como el chino, ¿ó á este famoso maestro en esta lengua? ¿No debiera haber recurrido á la crítica que él forma de las obras del señor Aristóteles? Si antes de estampar su conclusion lo hubiera hecho, á fé mia que no se hubiera precipitado. Hubiera entonces visto que este sábio español dice (in cens. oper. Aristot. pág. 25. tom. III. edit. Valent. 1782): *Nihil est in eo vacans, aut inane: omnia solida, et plena: nunquam sinit lectorem oscitari, aut aliud legere. De hoc vere dici potest, quod Lisiæ atheniensi, minori de causa attribuitur, ruituram structuram universam, si vel verbulum unum tanquam lapidem detraxeris.* Y despues añade: *Scripserunt veteres philosophi ante Aristotelem pauca, atque ea confuse. Primus omnium Plato eleganter sane multa et docte; sed ad docendum, discendumque parum accommodate. Aristotelis omnia ordinem, et formam habent institutionis, ac*

disciplinæ, nec fuit dexteritas in aliquo ad artes tradendas par. Omnia vero sunt illi certis præceptis et formulis conscripta, ea brevitate et gravitate verborum, ac sententiarum, ut accipi facile, retinerique possint, et ad usum, cum res postulat, accommodari. Verba autem nullus græcorum habet æque apposita, ita ut ex rebus videantur nasci quas tractat. Non persequitur vocum flosculos, et orationis deliciolas, queis inani oblectamento delinitum lectorem teneat, postea remittat vacuum. Plena est illius oratio ingenti fructu cognitionis rerum scitu dignarum: non captat præsentem gratiam levem, ac momentaneam, sed affert diuturnam utilitatem. Este es el carácter genuino de las obras del señor Aristóteles, la elocuencia sin afectacion, la propiedad, la concision, el fruto.

Pero por cuanto al P. se le hará esto dificil de creer, oiga todavia otro pedacito del señor Luis Vives, que merecia estar escrito con caractéres de oro. *Idcirco nec ad quemlibet gustum facit tantus auctor, nec quemlibet lectorem desiderat: volunt Aristotelis opera lectorem ingenii non acuti tantum, sed etiam profundi, solidi, sani, circunspecti* (miren VV. cuanta impertinencia): *volunt attentum, diligentem, imbutum cognitione rerum multarum. Hæc si desint, nihil Aristotelicis libris existimabitur asperius, insuavius, inamænius, quemadmodum nonnulli de eo judicant, vel propter ignorantiam, vel propter teneritudinem ingeniorum, pondus non ferentes tantæ doctrinæ; quemadmodum infirmis oculis lux solis, et diei splendor molestus est, quo nihil est sanis et valentibus jucundius.*" ¿No les parece á VV. que Luis Vives tuvo muchísimo de profeta, y que en estas últimas palabras pinta con sus colores naturales á los dos reverendos, y á todo el jabardillo de doctores minutos que han conspirado contra el señor Aristóteles? Ni aun viéndolos y conociéndolos se podria hablar con mas propiedad. Ciertamente que si el P. N. hubiese leido esto, quizá no se hubiera atrevido con aquello de *græco non bono*, y despues que llegue á su noticia que Vives lo dijo, renegará de él mucho mas que del tocino Mahoma.

Pero no es lo peor, sino que Vives no dijo otra cosa sino lo que habia leido en cuantos pasamos en el mundo por inteligentes en la elocuencia y gramática: permítaseme citarme á mí mismo que soy tenido por el Príncipe en ambas facultades, y que del griego tuve el conocimiento que es constan-

te á todos. En el lib. 3 *de oratore* dije, que Aristóteles *rerum cognitionem cum orationis exercitatione conjunxit.* En las cuestiones académicas: *flumen orationis aureum fundens Aristoteles.* En la oracion 34 que: *Isocratem* (y este era un célebre orador griego) *orationis ornatu lacessivit.* En los Tópicos: *Aristotelis dicendi copia, et suavitas incredibilis.* Y en Bruto: *Aristotele nemo verbosior in scribendo.* No me detengo en decir, que él fue el primero que redujo á arte la retórica, y escribió la obra maestra que hay acerca de ella, porque eso lo saben hasta los muchachos. No es buena traza esta de ser Aristóteles tan defectuoso en el griego, como quiere el P. pintarlo. De otros infinitos que pudiera citar, me contento con traer solo á Quintiliano, á quien nadie disputa el voto sobre la facultad. Oíganlo VV. en el *lib.* 10. *inst. orat. Quid Aristotelem? quem dubito scientia rerum, an scriptorum copia, an eloquendi suavitate, an inventionum acumine, an veritate operum clariorem putem?* Ahora bien; P. reverendísimo, ¿y de qué sirven tantas reglas de crítica como vuestra reverendísima sabe? ¿Hay alguna de ellas que mande que en los puntos que no entendemos, degemos á un lado el dictámen de los facultativos, y abrazemos el que nos inspira nuestro antojo? ¿Hay alguna que mande que desacreditemos á aquel á quien acreditan los maestros en la facultad?

Tenemos pues vista la mala crítica del P.: vamos á su *instruccion.* Supongo que un hombre que no la tiene en el latin, peor la tendrá en el griego; y que para formar juicio de escritos griegos y latinos debia tenerlas ambas. Con que recordémosle aquello de *tractent fabrilia fabri*, y vamos á hacer otra reflexion sobre el *malus latinus.* Ya que este epíteto le viene al P. tan de perilla, y ya que no pudo resistir la tentacion de echarle en cara á los escolásticos la mala traduccion de Aristóteles, debió haberse instruido en las causas que influyeron en que no fuese exacta la traduccion. Porque si ella ha sido mala sin culpa de los traductores, no es razon que se les desacredite por esto. ¿Quién se ha de atrever á decirle á uno por baldon que es *mortal?* Ninguno tiene la culpa de serlo porque esta es condicion de la naturaleza, y no defecto que se procura por los que la tienen. Pues, señores, la mala traduccion de Aristóteles es como natural al texto griego, y le es como natural por la suma perfeccion del texto griego. Qui-

zá el P. se escandalizará de esta proposicion; pero agúardese un poco hasta escuchar las pruebas. Todos saben las ventajas que la lengua griega hizo á la latina en la abundancia y en la facilidad de frases con que se explicaba: de aqui es, que Virgilio, yo y cuantos en mi siglo hablaron bien en Roma, tragimos del griego infinitas palabras con que enriquecer nuestra lengua, y con todo eso ella no salió de pobre. Séneca se queja de ella en la Epíst. 58, y muchos eruditos lo han hecho ver despues. Segun el dictámen de Juan Luis Vives, citado arriba, y segun la verdad, las obras del señor Aristóteles estan escritas con suma propiedad de palabras y con tal exactitud de expresiones, que variada una se destruye toda la locucion. A esto se junta, que los latinos no conocieron mas voces filosóficas que las que usé yo, y usó Lucrecio con algunos otros pocos que escribieron filosofía en el siglo de Augusto y posteriores; y que no habiendo ninguno de ellos escrito como peripatético, no tuvimos necesidad de valernos de nuevas voces que explicasen las ideas que Aristóteles tan felizmente explicó en el griego. De donde resulta, que aquel que intentase traducir sus obras del idioma griego al nativo, se hallaba siempre con dificultades que ningunas fuerzas pueden vencer. Por una parte un texto; donde variada una palabra se perdia todo un texto con mil palabras y expresiones propias de la facultad que trataba: por otra un idioma mucho mas escaso, y en donde ni aun se habian concebido las ideas que se iban á explicar. ¿Qué se habia de hacer? ¿Ceñirse á una traduccion literal? Eso hicieron unos, y sacaron un latin necesariamente duro y desusado. ¿Tomarse licencia de perifrasear? Este camino siguieron otros; pero estando siempre en pie la dificultad de que la lengua latina no tenia expresiones equivalentes al texto griego, se apartan con mucho del sentido de este.

A esto se añade, que como nota Juan Luis Vives, el sentido de Aristóteles es confuso en muchas partes; lo primero, porque en su tiempo era costumbre entre los filósofos exponer sus doctrinas bajo de símbolos y frases que no fuesen asequibles á todos. Si hicieron bien ó mal yo no lo quiero decir ahora: lo cierto es, que ojála siempre se hubiese escrito así la filosofía, pues de este modo no se hubiera abierto camino para que quisiesen dar voto en ella hasta los cardadores.

Lo segundo, porque el señor Aristóteles, unas veces porque no alcanzaba bien las cosas, otras porque no estaba muy seguro de la certidumbre de ellas, tuvo la picardía de explicarse de modo, que como dice Melchor Cano lib. 10 cap. 5. *si à doctis fortasse jure quandoque ac vere reprehenderetur, haberet quo posset élabi, atque ab amicis excusari.* Lo tercero, porque en los mas de sus libros se vale de muchos adagios, dichos de poetas y pasages de historia que entonces los sabian hasta las viejas y los entendian; y en el dia de hoy perdida la memoria de todos ellos no son tan fáciles de comprender. Cualquiera que tiene una mediana instruccion, sabe muy bien cuanta dificultad encierra traducir sin que concurran tantas circunstancias capaces de hacer imposible la traduccion. El solo idiotismo de cada lenguage presenta una dificultad insuperable: ¿qué será cuando á él se agregue la obscuridad en muchos puntos, la ambigüedad de sentido, y las alusiones á cosas tan remotas? ¿Quién ha de negar el mérito á muchos extrangeros traductores de la historia de don Quijote¿ Y con todo eso ¿conserva ella en la traduccion alguna semejanza de la belleza de su original? Notorio es lo mucho en que flaquea, no por culpa de ellos, sino por excelencia de ella. Todos entienden bien lo que quiere decir, *tomó las de villadiego*: y con todo eso como no hay correspondencia en el lenguage extraño, siempre la traducen mal. ¿Qué mas? Viva hoy la lengua española con tantos que pueden dar razon del sentido de sus locuciones: ¿habrá quien se atreva á verter al francés el cuento de cuentos de Quevedo, ó la Historia de historias de Torres? Estas dos obras de tanto mérito en el idioma español harian un monstruo en el otro, y no obstante esto hay mejores recursos para traducirlas que los que tuvieron los intérpretes de Aristóteles. ¿Qué es pues lo que estos debieron hacer? Dirá el P. *traducir bien.* = No se podia. *Dejarlo en griego.* = El Occidente, que no poseia esta lengua, ¿habia de quedarse sin saber lo que dijo este gran filósofo? ¿Qué es pues lo que restaba? = Traducirlo lo mejor que se pudo. = *Señor, que no se entiende.* = Para eso son los Comentarios. = ¡*Ah*! *que los Comentarios son grandísimos.* = Padre mio, no hay remedio, estudiar: siempre es preciso que se entienda poco: si ellos son buenos, no pecan por largos: si malos, por breves que fuesen serian larguísimos. Es verdad que algunos quisieran traducir á

Aristóteles sin ser para ello, así como muchos lo quieren impugnar sin entender jota; pero tambien es cierto que muchos inteligentes han puesto las manos á traducir sus obras. Si la traduccion se mira sin respeto al original, puede ser que no sea buena: pero si se tiene presente, como debe tenerse, que el original no sufria otra, es lástima quitar el crédito á unos hombres que sirvieron al género humano con tanto trabajo, é hicieron lo mejor que se pudo.

Ya yo, señores, he dicho lo que me parece acerca del *ex græco non bono malus latinus.* Diga ahora el señor Averroes lo que se le antoje sobre *pessimus arabs.* Yo no quiero, respondió él, meterme en eso. Confieso que el P. lleva razon en mucha parte; pero á su tiempo le haré algunos cargos, que él debió haberse hecho. Lo que sí quisiera, señor Ciceron, es que V. (perdonándome antes la curiosidad) me dijese por dónde ha averiguado tantas cosas como nos ha dicho aquí, siendo así que las mas de ellas han pasado en el mundo mucho despues de estar V. por estos paises. Rióse Ciceron, y respondió: que en los tiempos intermedios de la censura de los papeles, se habia andado informando entre muchos gramáticos, especialmente alemanes, que habia en el pais; por mas señas que para haber de llegar á los lugares donde estaban algunos, como eran Kemnicio, Melancthon, Camerario y otros, habia tenido mucho que trabajar. Y dígame V., le preguntó el otro, aunque nos distraigamos un poco del asunto, ¿ha encontrado V. con un tal Heinecio? Si señor, respondió. Pero V., ¿por qué lo pregunta? Lo preguntaba, dijo Averroes, porque allá en Sevilla me dijeron que este era el libro favorito de los doctores antibárbaros, y de él sacaban algunos dichotes contra los escolásticos. Así es verdad, respondió Ciceron. En la obra de este hombre, por otra parte sábio, se encuentra una comparacion muy fina y muy juiciosa del estilo de los príncipes de la escuela con las pelotas de los escarabajos, y de los escarabajos con los príncipes de la escuela. Y estos, señores mios, así que olieron la pelota, se fueron tras ella, y no la sueltan de la boca. No les falta mas que seguir el dictámen de este latino, que tanto aprecian. Y pues, segun él, no ha habido escolástico que escriba con buen latin, irse tras las instituciones de Juan Calvino, y obras de Felipe Melanc-

thon, Camerario y otros, que él cita como textos de la teología del buen gusto. A estos desatinos lleva el deseo de zaherir. Estos hombres pudieran haber notado que Heicnecio tenia, eso sí, buen entendimiento; pero pésima voluntad: que no pierde ocasion, aun en los asuntos mas indiferentes, de insinuarse fanáticamente á favor de la reforma de Lutero: que heredando de éste la manía á los Príncipes de la teología, cuyos escritos tan mal tercio le hacen, no pierde ocasion de desacreditarlos, aunque sea con una solemnísima impostura, como no ha faltado quien lo haga ver. ¿Y se fian de semejante hombre? Lean si quieren á otro tan herege, y tan erudíto como él: lean á Jorge Valchio, que cándidamente confiesa, que si porque los escolásticos usaron de los términos propios de la facultad se hubiesen de condenar por malos latinos, sería preciso hacer otro tanto con toda la série de Padres de la Iglesia, de donde ellos en mucha parte los tomaron, y donde ellos aprendieron á no ser escrupulosos en adoptar nuevas palabras para nuevas ideas. Suplico á V., señor Ciceron, le dije yo entonces, que pues se ha tocado casualmente el punto, nos diga alguna cosa sobre el estilo de mi escuela; porque he sabido que este es uno de los capítulos con que en el dia la quieren condenar.

Sí haré, respondió él; y pues sobre el punto hay bastante escrito, me contentaré con insinuar á V. mi dictámen, dejando á los señores doctores el trabajo de estudiar, si quieren imponerse mas á fondo. Que la elocuencia está bien en el filósofo y teólogo si la trae; y si no la trae, no hace falta, fue dictámen mio, que despues abrazó ese señor Cano, cuya obra tiene V. ahí. Y ya V. ve que tanto él como yo fuimos apasionadísimos á ella; pero la pasion no nos quitó el conocimiento. El principal objeto de cualquiera que escribe, no para mover, sino para instruir (que es el oficio de filósofo y teólogo), debe ser exponer la verdad con nervio, precision y claridad. Deme V. esto en sus obras; y mas que en todas no se encuentre un tropo para un remedio, siempre serán acabadas y dignas de inmortalidad. A veces esta sencillez no solamente no es culpable, sino que tambien se hace necesaria; y que en mil ocasiones un disparate mal formado ha logrado aceptacion por solo el título de bien dicho. Y será razon que á la verdad le suceda otro tanto? ¿Será

razon que se piense que ella debe su fuerza al artificio de las palabras? No, señores, no: que muchas veces *ornari res ipsa vetat, contenta doceri*. La verdad desaliñada, y que comparece con su hermosura natural, tiene un no sé qué de eficaz, que no puede contraer la mas estudiada elocuencia. Es ella (para poner un egemplito, en que no quede duda á los doctores del dia), es ella como las lindas mozas: estan bonitas cuando se engalanan; pero ya saben sus Señorías que el gusto es verlas de trapillo, y que entonces tiene su hermosura una fuerza tanto mayor, cuanto mas natural. Al contrario las feas: si se emperegilan parecen algo; quitándoseles los moños, al diablo que las mire. Esto sucede con los disparates: no hay en ellos de bueno mas que el vestido; en quitándoles éste, aparece lo que son. Nótese quienes son los que declaman contra la falta de elocuencia en los escolásticos: véase qué es lo que ellos enseñan entre sus anthítesis y epiphonemas; y puede ser que se dé con la causa que dirige sus plumas. Esto es cuanto á la elocuencia. En cuanto á la gramática protesto primero, que los solecismos y barbarismos que traen estos dos papeles, ni á mi padre se los disimularé; y que son dignos de reprension los que los usan, mas que sean mas escolásticos que Escoto. Tambien debo confesar, que aunque los escolásticos quizá todos juntos no traigan la cuarta parte de solecismos y barbarismos que traen estos dos papeles que hemos leido, traen no obstante ciertas locuciones que no hay por donde librarlas, pudiendo y debiendo haber usado de las que son comunes entre los latinos para explicar el mismo pensamiento, v. gr., tienen que decir *á mi parecer*, no digan *meo videri*, sino *meo judicio*, ó *ut ego judico*. No se puede negar, que muchos de ellos usaron en sus frases de germanismos, hispanismos, &c., segun que estaban acostumbrados á hablar en sus paises. Esto es digno de notarse, y de reprenderse; pero no todos incurrieron en ello. Demos que incurriesen, pregunto yo á los Padres y señores mios, porque son malos latinos, ¿no se han de leer? ¿Y si son buenos filósofos y teólogos? ¿Y si traen cosas utilísimas? Quién debe preferirse, ¿el que diga las verdades chapurrado, ó el que traiga con buen latin la mentira? ¿Tirarán ellos el dinero, porque la bolsa que lo tiene está sucia? ¿Qué comeria mejor el P. N., una perdicita bien compuesta en un

plato de su refectorio, ó un potage de habas cochas en plato de oro embutido de esmeraldas? Bien conozco yo que su religiosidad le inclinaria á la mortificacion de las habas; pero tambien sé que el apetito clamaria por el plato de barro.

Esto supuesto, digo últimamente, que las palabras y frases desconocidas en mi siglo, que son como el idioma de los escolásticos, no deben reputarse por bárbaras, á menos de querer pasar, el que las repute, por un ignorante de setenta suelas. Para nuevas ideas son necesarias nuevas voces. Quien niegue esto, échese á andar en cuatro patás. Virgilio, Ovidio, Salustio, César, yo, y cuantos vivimos en el siglo de Augusto, tragimos de la Grecia cuantas voces habíamos menester, y no encontrábamos en Roma. De las que habia en la ciudad derivábamos muchísimas, que juzgábamos necesarias para explicarnos; y esto que no teníamos que parir tanta multitud de quisicosas como encierra la filosofía peripatética. Muchas de ellas podrian explicarse con un circunloquio de palabras; pero ¿quién ha de obligar á nadie á que lo haga? En primer lugar saldria la cosa casi ininteligible: en segundo se incurriria en el inconveniente de aumentar muchas voces para una idea, y sería aumentar confusion: en tercero no se podria observar la precision y claridad que requieren la doctrina y disciplina. Cada ciencia, cada arte tiene sus voces técnicas, con que se entienden los facultativos. Aun las cosas que vulgarmente se explican de otro modo, alcanzan entre ellos una frase peculiar. En la náutica si se dijera, v. gr., *tirar* con una cuerda de la embarcacion desde la orilla, sería un modo de hablar mas comun que *sirgar*; y con todo eso, ¿quién ha de reprender á los marineros porque se explican del último modo? Cuando, pues, esos señoritos ridiculizan tanto el lenguage escolástico, no saben lo que se dicen, y solo consiguen ostentar que ignoran el espíritu de la gramática. Para concluir quiero ponerles una recetita que trae el gran latino Marco Antonio Mureto, ad epist. 58 Senecæ. Véanla aqui: *Idem accidit iis, qui possibile et impossibile dicere saltem in disputationibus philosophicis reformidant: cum Plato, Aristoteles, Epicurus, Zeno in lingua, infinitis partibus copiosiore, innumerabilia tamen vocabula fingere necesse habuerint. Equidem* (añade) *ut de meo sensu libere, atque ingenue fatear, multa puto ab istis delicatis in S. Thoma, in.*

Joanne Scoto, aliisque ejusmodi eruditissimis hominibus irrideri, quæ et necessaria sunt, et talia ut si quis ea vetustis illis temporibus protulisset, magnam ei gratiam omnes philosophici studiosi habituri fuisse videantur. Nos, dum teneris auribus videri volumus, tenera nobis ac puerilia esse ingenia, neque veræ ac solidæ eruditionis capacia ostendimus. Y lo mas gracioso del caso es que Mureto habla así de otros que entendian bastante de la facultad: ¿qué hubiera dicho si hubiese visto á los señores doctores que son en ella unos medio cucharas, y esto haciéndoles muchisimo favor? Ese doctor divino, por otro nombre Ciceron Sevillano, tuvo una vez que componer un elogio á un tal Olavide, bien conocido en España, y mucho mas en Sevilla. ¿Y saben VV. lo que hizo? Tomar al P. Sahutel, célebre y piadoso Jesuita, que escribió epigramas en honor de los Santos, copiar *ad pedem vigorniæ* el que trae para san Juan Crisóstomo, y aplicarlo á aquel hombre, que ciertamente no lo merecia. Anda impreso, y cualquiera lo puede ver. Ven VV. aquí la dichosa instruccion de mi tocayo por mal nombre. Por fin, aunque es mucho lo que me queda que decir, me parece que ya he dicho bastante. V., señor Aristóteles, déjese de quebrar la cabeza, y aténgase á mi dictámen, de que quien tan mal sabe latin, peor ha de saber filosofía: pero si acaso porfia en hablar algo, hágame el gusto de llamarme cuando tenga escritas sus Cartas, que me complaceré en leerlas.

Fuese Ciceron así que dijo esto: y yo, amigo don Manuel, no tengo por ahora otra cosa que decir; pues me parece que lo dicho no es poco. Entreténgase V. con ello, mientras yo me entretengo con las conclusiones; pues aunque conozco que Ciceron dice bien, ya estoy resuelto á hablar muchas cosas, y dar las gracias por los favores que Averroes ha experimentado de V., quien puede contar siempre con la aficion y respeto de = *El Estagirita.*

Estamos en vísperas de la Canícula, aunque por acá siempre la hay.

P. D. Se me ha ocurrido ahora, que muchas autoridades van puestas en latin, y ni los Padres, ni los doctores sus amigos, las entenderán. Hágame V. el favor de traducírselas.



CARTA VI.

Sr. D. Manuel Custodio.

Amigo y señor: no parece sino que V. me tiene asalariado, segun me mete bulla con su carta para que trabaje. Se queja de que las mias se detienen mucho; me riñe porque no va una cada dia, y juro á tal que yo no he de hacer otra cosa, que echar de mi pluma cartas sobre cartas. Amigo mio: estos no son buñuelos, ni conclusiones del P. N., ni curso de filosofía á la moda, ni fé de erratas, ni apología, ni ninguna de todas esas cosas que se hacen por allá en un instante. Antes de parir las especies, tengo que pensarlas; despues, que consultarlas con nuestros filósofos los de por acá, y por último tengo que aguardar á un tuerto, que me sirve de amanuense, para que las escriba. A mas de que, las ocupaciones que por acá hay, no me dejan ociosos, sino muy breves ratos: y como V. no tiene mas que hacer, que tomar su carta, soltar la mosca por ella, y ponerse á leerla, se le figura, que todos podemos despachar tan en breve. Con que tenga paciencia, que yo tambien la tengo: y sin mas preámbulo vámonos al asunto.

He oido contar en estos paises, que el maestro de gramática de Juan Luis Vives solia decir á su discípulo, que cuanto mejor gramático fuera, tanto peor filósofo y teólogo sería. Este disparate tan cundido entonces, parece que todavia persevera; pues me asegura V. que muchos erudítos de ese pais, no haciendo caso de las reconvenciones de mis cartas anteriores, esperan que hablemos de filosofía, que es, segun ellos dicen, el punto de la dificultad: como si fuera posible que unos hombres, que no entienden el *Sintaxis græ-*

cè de Nebrija, entendiesen, ó fuesen capaces de entender, las *Entelechias* de Aristóteles. Condescendamos no obstante con este antojo, aunque tan fuera de razon, y entremos en la discusion de algunos puntos de filosofía: digo algunos, porque para meterse con todos sería menester escribir mas obras, que las que compuse en vida; pues apenas se presentan en ambos asertos algunas proposiciones, que no pudieran y debieran impugnarse con mucha solidez, y acaso con evidencia bastante. Mas siendo esto obra tan dilatada, me contentaré con escoger aquellas, en que abiertamente se me zahiere, y con las que se pretende dar conmigo al traste. Una ú otra vez haré alto sobre aquellos despropósitos, que me parezcan de mas bulto, sin perder de vista mi objeto, que es mantenerme sobre la defensiva; y esto no con toda la extension, de que sea capaz la materia, sino con la que baste para demostrar, que no son los reverendísimos padres los que han nacido para sochantres de mi entierro. Para hacerlo, quiero que primero supongamos algunas cosas que en adelante nos ahorren de dimes y diretes, y de dificultades.

Lo primero pues que debemos sentar, es la materia de la disputa, porque he oido decir: que muchos, para impugnarme, se salen por la boca-manga de que, las que corren con mi nombre, no son mis verdaderas obras. No quiero disputar este punto. Yo desde luego reconozco por mios, mas que no lo sean, todos los libros que los escolásticos conformemente reconocen por tales. Si tienen disparates, mios son: si cosas buenas, mias son; de modo, que yo he de ser responsable á todas ellas.

Mas por cuanto los escolásticos é intérpretes mios se dividen en no pocos puntos, y convienen en otros; y en estos en que convienen, no ha faltado quien diga, que no entendieron mi mente, y dicen cosa distinta de lo que yo digo: protexto en segundo lugar, que admito como verdadero pensamiento mio cuanto ellos unánimemente me atribuyan. Declaro: que ese fue mi verdadero sentir; y revoco, anulo, y doy por ningunas, y de ningun valor, todas las otras interpretaciones que quieran darme algunas personas, que pretenden dar voto sobre la inteligencia de mis obras, las mas veces sin haberlas leido: siendo mi voluntad quedar responsable á los disparates que la escuela hubiere ingerido

en mi filosofía, con tal que á ello hayan concurrido los votos todos de los verdaderos escolares.

Otrosí protexto: que nunca jamás he de consentir que los errores mios se mezclen con los dictámenes de los escolásticos, ni los pecados de éstos con mis escritos, ni los disparates de los árabes con unos ni con otros. Ya V. ve, que supongo que yo erré; que erraron los árabes; que pecaron los escolásticos, y que solo pretendo no se haga un cuerpo de todos estos pecados, é indistintamente se atribuya á cualquiera; sino que cada pobre cargue con los suyos. Reconozco como pecados mios, ademas de la eternidad del mundo, todos aquellos que el señor Melchor Cano apunta en su libro décimo *de locis*; aunque, si quisiera, podia valerme de las modestas interpretaciones que muchos hombres sábios han dado (y quizá con verdad) á muchos de los pasages que cita este ilustrísimo autor: mas no quiero contestaciones. Déseles la interpretacion mas mala que admitan, y en recompensa de esta mi generosa confesion, confiesen los padres que los escolásticos no han seguido mis modos de pensar en estos puntos; y ya sea que ellos me trajesen á buen sentido, ya que abiertamente me impugnasen, ellos ni admiten ni enseñan mis errores. Solo yo soy responsable á ellos, y digo: que erré como hombre, y que en esta parte soy bien impugnado. Erraron los árabes tambien: v. gr., Averroes en aquello de la unidad del entendimiento; pero si él soñó este disparate, si yo no le dí motivo á que lo hiciese, no hay razon para que se me eche la culpa: désele á él la zurra que merece; pero déjese quieto al pobre de Aristóteles, que no tuvo la culpa de que fuese tan loco. Pecaron, por último, muchos escolásticos, enredaron las cosas mas claras, movieron infinitas cuestiones de nombre, gastaron no poco papel y tiempo inutilmente. Y bien: ¿les enseñé yo á hacerlo así? ¿hallaron en mis obras donde aprenderlo? ¿pues qué justicia es condenar al maestro por los pecados propios de los discípulos? Asi pues, amigo don Manuel, es menester que hablemos con distincion. Si se impugna á Aristóteles en lo que escribió mal, cuenten los Padres reverendísimos con los escolásticos contra Aristóteles. Si se reprende, lo que es digno de reprension en los escolásticos, cuenten con Aristóteles contra ellos; y solo entonces darán en el clavo de la di-

cosa que no sea razon; y mientras no sepa si he hecho algun supuesto irregular, no me determino á descender á la disputa.

Lo que solamente pienso, que se puede tratar ahora sin perjuicio de los derechos que á los Padres y á mí nos competan, es la causa de los árabes, que segun el estado de las cosas, no tiene otra relacion con nuestro negocio que la que observa el P. N. desde la concl. 14 hasta la 18. Se dicen dos cosas; la una, que los árabes tomaron mi filosofía, y la pusieron peor que estaba; y la otra, que la Europa toda la aprendió de ellos. Y aunque el P. no lo dice muy claro, parece como que insinúa que los europeos aristotélicos adoptaron los errores de los árabes. Como todo esto pertenece á ellos, se lo hice saber: les intimé que compareciesen á dar sus descargos, ó por sí mismos, ó por procurador; y ellos, escogiendo esto último, han nombrado á Averroes, quien hoy mismo, compareciendo delante de mí, me encajó en el cuerpo la siguiente arenga.

"Si el P. N. se hubiese conducido en su aserto por el »amor de la verdad, por la estimacion á que son acreedo»res los que trabajaron en buscarla, y por el honor á su »nacion, pudiera tal vez á poca costa haber comparecido »como buen filósofo, como buen crítico, como buen espa»ñol, y haber puesto en manos de su Mecenas un papel dig»no de su aprecio. Se dejó llevar del deseo de morder á otros, »y solo ha conseguido manifestar, ó su mala fé, ó su igno»rancia. Culpa á los árabes de haber seguido á Aristóteles: »de haber escogido entre sus obras lo mas obscuro é ininte»ligible, y lo mas á propósito para altercaciones y disputas: »de haberle añadido inmensos Comentarios: de haber sido »autores de que solo Aristóteles prevaleciese; y de haber en»señado á todo el Occidente una filosofía medio peripatéti»ca, medio arábiga. No hay en todas estas acusaciones una »que no cojee. Seguimos á Aristóteles, es verdad; pero tú »mismo, mi estimado maestro, tú mismo debes justificar »nuestra eleccion. El Padre en adelante te trata indignamen»te: debes hacer tu apología, y cuando en ella le demues»tres tu mérito, tan lejos estará de haber sido culpa en nos»otros el haberte seguido, que este solo capítulo nos llena»rá de gloria. Dice: que escogimos entre tus obras *obscu-*

»*rissima quæque, et rixantium circulis aptissima.* Ó cuanto tu »escribiste era de esta calidad, ó lo que el Padre dice es »una solemne impostura. Corrimos todas tus obras; sobre »todas ellas trabajamos, y nada se nos presentó bajo de tu »nombre que no mereciese nuestro aprecio.

»Mas demos que fuese lo que el P. pretende. ¿Tan gran »pecado es habernos aplicado á la metafísica? ¿No sabe el P., »que ésta es la fuente de las otras ciencias? ¿No sabe que sin »ella, ellas no existirian? La física, la lógica, la éthica, aun »las mismas matemáticas, ¿á dónde sino á ella van á buscar »la seguridad de sus principios? Es obscura, no lo negamos; »pero es necesaria, y tan necesaria, que ni todo el aparato »de experimentos y observaciones, ni el mejor talento y apli»cacion, harian cosa de provecho sin sus conocimientos. ¿Un »teólogo calumnia las metafísicas? ¿Y las calumnia en un tiem»po en que, cuando no las hubiese, debian inventarse? Establez»ca el P. sin ellas la teología natural: impugne, si es que pue»de, á Espinosa, Bayle y otros tales, con los globos y par»tículas de su filosofía: sin tanto; registre las obras de los »mayores apologistas de la religion, escritas en su mismo si»glo, y verá que sin un exacto conocimiento de la mas re»cóndita metafísica, poco puede hacerse que sea de prove»cho: y lo mucho que se ha hecho, se debe á las luces que »esparcieron tus obras, y las de tus discípulos. ¿Es culpa tra»tar los mas obscuros arcanos de la filosofía? Pues sin duda »han incurrido en ella todos los filósofos amigotes del P. Des»cartes, Malebranche, Newton, Clark, Leybnitz, Wolfio, »¿qué de materias y cuestiones abstractas no trataron? Con »esta diferencia, que donde hablaron como tú, allí acertaron: »donde te impugnaron, allí dieron de hocicos. Será posible »que en adelante tengas que disputar con ellos algunas cues»tiones que lo hagan ver bastantemente claro. No hay duda »en que nosotros excedimos en esto algunas veces, y lleva»mos nuestras investigaciones á cosas, ó inútiles, ó inaveri»guables: mas este no ha sido vicio nuestro peculiar; lo es de »todos los hombres: lo es aun de aquellos mismos, que de»claman contra las cuestiones inútiles, y abstrusas. Puedes »tambien hacerlo ver en adelante.

»Comentamos tus obras: este es otro pecado. ¿Pero aca»so ellas se podian entender sin comentarios? Avicena las

razon que se piense que ella debe su fuerza al artificio de las palabras? No, señores, no: que muchas veces *ornari res ipsa vetat, contenta doceri.* La verdad desaliñada, y que comparece con su hermosura natural, tiene un no sé qué de eficaz, que no puede contraer la mas estudiada elocuencia. Es ella (para poner un egemplito, en que no quede duda á los doctores del dia), es ella como las lindas mozas: estan bonitas cuando se engalanan; pero ya saben sus Señorías que el gusto es verlas de trapillo, y que entonces tiene su hermosura una fuerza tanto mayor, cuanto mas natural. Al contrario las feas: si se emperegilan parecen algo; quitándoseles los moños, al diablo que las mire. Esto sucede con los disparates: no hay en ellos de bueno mas que el vestido; en quitándoles éste, aparece lo que son. Nótese quienes son los que declaman contra la falta de elocuencia en los escolásticos: véase qué es lo que ellos enseñan entre sus anthítesis y epiphonemas; y puede ser que se dé con la causa que dirige sus plumas. Esto es cuanto á la elocuencia. En cuanto á la gramática protesto primero, que los solecismos y barbarismos que traen estos dos papeles, ni á mi padre se los disimularé; y que son dignos de reprension los que los usan, mas que sean mas escolásticos que Escoto. Tambien debo confesar, que aunque los escolásticos quizá todos juntos no traigan la cuarta parte de solecismos y barbarismos que traen estos dos papeles que hemos leido, traen no obstante ciertas locuciones que no hay por donde librarlas, pudiendo y debiendo haber usado de las que son comunes entre los latinos para explicar el mismo pensamiento, v. gr., tienen que decir *á mi parecer*, no digan *meo videri*, sino *meo judicio*, ó *ut ego judico*. No se puede negar, que muchos de ellos usaron en sus frases de germanismos, hispanismos, &c., segun que estaban acostumbrados á hablar en sus paises. Esto es digno de notarse, y de reprenderse; pero no todos incurrieron en ello. Demos que incurriesen, pregunto yo á los Padres y señores mios, porque son malos latinos, ¿no se han de leer? ¿Y si son buenos filósofos y teólogos? ¿Y si traen cosas utilísimas? Quién debe preferirse, ¿el que diga las verdades chapurrado, ó el que traiga con buen latin la mentira? ¿Tirarán ellos el dinero, porque la bolsa que lo tiene está sucia? ¿Qué comeria mejor el P. N., una perdicita bien compuesta en un

plato de su refectorio, ó un potage de habas cochas en plato de oro embutido de esmeraldas? Bien conozco yo que su religiosidad le inclinaria á la mortificacion de las habas; pero tambien sé que el apetito clamaria por el plato de barro.

Esto supuesto, digo últimamente, que las palabras y frases desconocidas en mi siglo, que son como el idioma de los escolásticos, no deben reputarse por bárbaras, á menos de querer pasar, el que las repute, por un ignorante de setenta suelas. Para nuevas ideas son necesarias nuevas voces. Quien niegue esto, échese á andar en cuatro patas. Virgilio, Ovidio, Salustio, César, yo, y cuantos vivimos en el siglo de Augusto, tragimos de la Grecia cuantas voces habíamos menester, y no encontrábamos en Roma. De las que habia en la ciudad derivábamos muchísimas, que juzgábamos necesarias para explicarnos; y esto que no teníamos que parir tanta multitud de quisicosas como encierra la filosofía peripatética. Muchas de ellas podrian explicarse con un circunloquio de palabras; pero ¿quién ha de obligar á nadie á que lo haga? En primer lugar saldria la cosa casi ininteligible: en segundo se incurriria en el inconveniente de aumentar muchas voces para una idea, y sería aumentar confusion: en tercero no se podria observar la precision y claridad que requieren la doctrina y disciplina. Cada ciencia, cada arte tiene sus voces técnicas, con que se entienden los facultativos. Aun las cosas que vulgarmente se explican de otro modo, alcanzan entre ellos una frase peculiar. En la náutica si se dijera, v. gr., *tirar* con una cuerda de la embarcacion desde la orilla, sería un modo de hablar mas comun que *sirgar*; y con todo eso, ¿quién ha de reprender á los marineros porque se explican del último modo? Cuando, pues, esos señoritos ridiculizan tanto el lenguage escolástico, no saben lo que se dicen, y solo consiguen ostentar que ignoran el espíritu de la gramática. Para concluir quiero ponerles una recetita que trae el gran latino Marco Antonio Mureto, ad epist. 58 Senecæ. Véanla aqui: *Idem accidit iis, qui possibile et impossibile dicere saltem in disputationibus philosophicis reformidant: cum Plato, Aristoteles, Epicurus, Zeno in lingua, infinitis partibus copiosiore, innumerabilia tamen vocabula fingere necesse habuerint. Equidem* (añade) *ut de meo sensu libere, atque ingenue fatear, multa puto ab istis delicatis in S. Thoma, it*

Joanne Scoto, aliisque ejusmodi eruditissimis hominibus irrideri, quæ et necessaria sunt, et talia ut si quis ea vetustis illis temporibus protulisset, magnam ei gratiam omnes philosophici studiosi habituri fuisse videantur. Nos, dum teneris auribus videri volumus, tenera nobis ac puerilia esse ingenia, neque veræ ac solidæ eruditionis capacia ostendimus. Y lo mas gracioso del caso es que Mureto habla así de otros que entendian bastante de la facultad: ¿qué hubiera dicho si hubiese visto á los señores doctores que son en ella unos medio cucharas, y esto haciéndoles muchísimo favor? Ese doctor divino, por otro nombre Ciceron Sevillano, tuvo una vez que componer un elogio á un tal Olavide, bien conocido en España, y mucho mas en Sevilla. ¿Y saben VV. lo que hizo? Tomar al P. Sahutel, célebre y piadoso Jesuita, que escribió epigramas en honor de los Santos, copiar *ad pedem vigorniæ* el que trae para san Juan Crisóstomo, y aplicarlo á aquel hombre, que ciertamente no lo merecia. Anda impreso, y cualquiera lo puede ver. Ven VV. aquí la dichosa instruccion de mi tocayo por mal nombre. Por fin, aunque es mucho lo que me queda que decir, me parece que ya he dicho bastante. V., señor Aristóteles, déjese de quebrar la cabeza, y aténgase á mi dictámen, de que quien tan mal sabe latin, peor ha de saber filosofía: pero si acaso porfia en hablar algo, hágame el gusto de llamarme cuando tenga escritas sus Cartas, que me complaceré en leerlas.

Fuese Ciceron así que dijo esto: y yo, amigo don Manuel, no tengo por ahora otra cosa que decir; pues me parece que lo dicho no es poco. Entreténgase V. con ello, mientras yo me entretengo con las conclusiones; pues aunque conozco que Ciceron dice bien, ya estoy resuelto á hablar muchas cosas, y dar las gracias por los favores que Averroes ha experimentado de V., quien puede contar siempre con la aficion y respeto de = *El Estagirita.*

Estamos en vísperas de la Canícula, aunque por acá siempre la hay.

P. D. Se me ha ocurrido ahora, que muchas autoridades van puestas en latin, y ni los Padres, ni los doctores sus amigos, las entenderán. Hágame V. el favor de traducírselas.

»recibió la España, y consecutivamente el resto de la Euro»pa, los elementos de Euclides, las obras de Galeno, las de »Hipócrates, Dioscorides, Ptolomeo y otros griegos famosos, »que son los textos y obras maestras de las ciencias natura»les? ¿Qué empeño es este del P. en abatir á los árabes? ¿Tan»to le pesa de que la España haya sido por ellos la restau»radora de la literatura? ¿Es descendiente acaso de algun »francés ó italiano? Si estos son ingratos en vituperar á los ára»bes, como introductores de la barbarie, tienen alguna escu»sa. La emulacion que tenian con la España, los obligó á »que ya que no pueden disputarle las ventajas en todo lo de»mas, se la disputen en la literatura: pero al P. ¿qué es lo »que le mueve á adoptar sus calumnias, y negar á su patria »una excelencia que tanto honor la hace? Lea las obras de »los españoles que estan en Italia; lea á muchísimos juicio»sos extrangeros, y deponga la aversion que tiene á la lite»ratura arábiga, capaz de competir en muchas cosas con la »griega y latina.

»Pues ¿de dónde provino, dice el P., que Aristóteles fue»se el que mas prevaleció despues? ¿De dónde? De que desde »el siglo XIII hasta el XVI no hubo mas literatos, que los »clérigos y frailes: y como la literatura de estos no mira otro »objeto principalmente que la ciencia de la religion; y como »para esta sabian la suficiente filosofía, con saber á Aristó»teles; de aqui provino que no tuvieron para que cultivar la »física particular, que tiene muy poca relacion con sus estu»dios: y las matemáticas, que (aunque le pese al P. N.) tienen »mucho menos. De los seglares se aplicaban á las letras, los »que habian de servirse de ellas para pasar la vida: unos en la »jurisprudencia, para la que bastan la lógica y éthica; y otros »en la medicina, para la cual, aunque se requiera mas exac»to conocimiento de la física, conducen muy poco las mate»máticas. Es verdad que ellos pudieron haber trabajado mas »sobre la naturaleza, y enriquecido la ciencia natural con al»gunos nuevos descubrimientos; pero tambien es cierto que »puede controvertirse, si despues de los supuestos adelanta»mientos de la física ha tomado la medicina mejor aspecto. »Lo cierto es ello, que todos los dias estamos recibiendo nue»vos huéspedes que nos envian los señores médicos, y quizá »mucho mas á menudo que solian enviarlos antes. En lo de-

cè de Nebrija, entendiesen, ó fuesen capaces de entender, las *Entelechias* de Aristóteles. Condescendamos no obstante con este antojo, aunque tan fuera de razon, y entremos en la discusion de algunos puntos de filosofía: digo algunos, porque para meterse con todos sería menester escribir mas obras, que las que compuse en vida; pues apenas se presentan en ambos asertos algunas proposiciones, que no pudieran y debieran impugnarse con mucha solidez, y acaso con evidencia bastante. Mas siendo esto obra tan dilatada, me contentaré con escoger aquellas, en que abiertamente se me zahiere, y con las que se pretende dar conmigo al traste. Una ú otra vez haré alto sobre aquellos despropósitos, que me parezcan de mas bulto, sin perder de vista mi objeto, que es mantenerme sobre la defensiva; y esto no con toda la extension, de que sea capaz la materia, sino con la que baste para demostrar, que no son los reverendísimos padres los que han nacido para sochantres de mi entierro. Para hacerlo, quiero que primero supongamos algunas cosas que en adelante nos ahorren de dimes y diretes, y de dificultades.

Lo primero pues que debemos sentar, es la materia de la disputa, porque he oido decir: que muchos, para impugnarme, se salen por la boca-manga de que, las que corren con mi nombre, no son mis verdaderas obras. No quiero disputar este punto. Yo desde luego reconozco por mios, mas que no lo sean, todos los libros que los escolásticos conformemente reconocen por tales. Si tienen disparates, mios son: si cosas buenas, mias son; de modo, que yo he de ser responsable á todas ellas.

Mas por cuanto los escolásticos é intérpretes mios se dividen en no pocos puntos, y convienen en otros; y en estos en que convienen, no ha faltado quien diga, que no entendieron mi mente, y dicen cosa distinta de lo que yo digo: protexto en segundo lugar, que admito como verdadero pensamiento mio cuanto ellos unánimemente me atribuyan. Declaro: que ese fue mi verdadero sentir; y revoco, anulo, y doy por ningunas, y de ningun valor, todas las otras interpretaciones que quieran darme algunas personas, que pretenden dar voto sobre la inteligencia de mis obras, las mas veces sin haberlas leido: siendo mi voluntad quedar responsable á los disparates que la escuela hubiere ingerido



CARTA VI.

Sr. D. Manuel Custodio.

Amigo y señor: no parece sino que V. me tiene asalariado, segun me mete bulla con su carta para que trabaje. Se queja de que las mias se detienen mucho; me riñe porque no va una cada dia, y juro á tal que yo no he de hacer otra cosa, que echar de mi pluma cartas sobre cartas. Amigo mio: estos no son buñuelos, ni conclusiones del P. N., ni curso de filosofía á la moda, ni fé de erratas, ni apología, ni ninguna de todas esas cosas que se hacen por allá en un instante. Antes de parir las especies, tengo que pensarlas; despues, que consultarlas con nuestros filósofos los de por acá, y por último tengo que aguardar á un tuerto, que me sirve de amanuense, para que las escriba. A mas de que, las ocupaciones que por acá hay, no me dejan ociosos, sino muy breves ratos: y como V. no tiene mas que hacer, que tomar su carta, soltar la mosca por ella, y ponerse á leerla, se le figura, que todos podemos despachar tan en breve. Con que tenga paciencia, que yo tambien la tengo: y sin mas preámbulo vámonos al asunto.

He oido contar en estos paises, que el maestro de gramática de Juan Luis Vives solia decir á su discípulo, que cuanto mejor gramático fuera, tanto peor filósofo y teólogo sería. Este disparate tan cundido entonces, parece que todavia persevera; pues me asegura V. que muchos erudítos de ese pais, no haciendo caso de las reconvenciones de mis cartas anteriores, esperan que hablemos de filosofía, que es, segun ellos dicen, el punto de la dificultad: como si fuera posible que unos hombres, que no entienden el *Sintaxis gra-*

cè de Nebrija, entendiesen, ó fuesen capaces de entender, las *Entelechias* de Aristóteles. Condescendamos no obstante con este antojo, aunque tan fuera de razon, y entremos en la discusion de algunos puntos de filosofía: digo algunos, porque para meterse con todos sería menester escribir mas obras, que las que compuse en vida; pues apenas se presentan en ambos asertos algunas proposiciones, que no pudieran y debieran impugnarse con mucha solidez, y acaso con evidencia bastante. Mas siendo esto obra tan dilatada, me contentaré con escoger aquellas, en que abiertamente se me zahiere, y con las que se pretende dar conmigo al traste. Una ú otra vez haré alto sobre aquellos despropósitos, que me parezcan de mas bulto, sin perder de vista mi objeto, que es mantenerme sobre la defensiva; y esto no con toda la extension, de que sea capaz la materia, sino con la que baste para demostrar, que no son los reverendísimos padres los que han nacido para sochantres de mi entierro. Para hacerlo, quiero que primero supongamos algunas cosas que en adelante nos ahorren de dimes y diretes, y de dificultades.

Lo primero pues que debemos sentar, es la materia de la disputa, porque he oido decir: que muchos, para impugnarme, se salen por la boca-manga de que, las que corren con mi nombre, no son mis verdaderas obras. No quiero disputar este punto. Yo desde luego reconozco por mios, mas que no lo sean, todos los libros que los escolásticos conformemente reconocen por tales. Si tienen disparates, mios son: si cosas buenas, mias son; de modo, que yo he de ser responsable á todas ellas.

Mas por cuanto los escolásticos é intérpretes mios se dividen en no pocos puntos, y convienen en otros; y en estos en que convienen, no ha faltado quien diga, que no entendieron mi mente, y dicen cosa distinta de lo que yo digo: protexto en segundo lugar, que admito como verdadero pensamiento mio cuanto ellos unánimemente me atribuyan. Declaro: que ese fue mi verdadero sentir; y revoco, anulo, y doy por ningunas, y de ningun valor, todas las otras interpretaciones que quieran darme algunas personas, que pretenden dar voto sobre la inteligencia de mis obras, las mas veces sin haberlas leido: siendo mi voluntad quedar responsable á los disparates que la escuela hubiere ingerido

en mi filosofía, con tal que á ello hayan concurrido los votos todos de los verdaderos escolares.

Otrosí protexto: que nunca jamás he de consentir que los errores mios se mezclen con los dictámenes de los escolásticos, ni los pecados de éstos con mis escritos, ni los disparates de los árabes con unos ni con otros. Ya V. ve, que supongo que yo erré; que erraron los árabes; que pecaron los escolásticos, y que solo pretendo no se haga un cuerpo de todos estos pecados, é indistintamente se atribuya á cualquiera; sino que cada pobre cargue con los suyos. Reconozco como pecados mios, además de la eternidad del mundo, todos aquellos que el señor Melchor Cano apunta en su libro décimo *de locis*; aunque, si quisiera, podia valerme de las modestas interpretaciones que muchos hombres sábios han dado (y quizá con verdad) á muchos de los pasages que cita este ilustrísimo autor: mas no quiero contestaciones. Déseles la interpretacion mas mala que admitan, y en recompensa de esta mi generosa confesion, confiesen los padres que los escolásticos no han seguido mis modos de pensar en estos puntos; y ya sea que ellos me trajesen á buen sentido, ya que abiertamente me impugnasen, ellos ni admiten ni enseñan mis errores. Solo yo soy responsable á ellos, y digo: que erré como hombre, y que en esta parte soy bien impugnado. Erraron los árabes tambien: v. gr., Averroes en aquello de la unidad del entendimiento; pero si él soñó este disparate, si yo no le dí motivo á que lo hiciese, no hay razon para que se me eche la culpa: désele á él la zurra que merece; pero déjese quieto al pobre de Aristóteles, que no tuvo la culpa de que fuese tan loco. Pecaron, por último, muchos escolásticos, enredaron las cosas mas claras, movieron infinitas cuestiones de nombre, gastaron no poco papel y tiempo inutilmente. Y bien: ¿les enseñé yo á hacerlo así? ¿hallaron en mis obras donde aprenderlo? ¿pues qué justicia es condenar al maestro por los pecados propios de los discípulos? Asi pues, amigo don Manuel, es menester que hablemos con distincion. Si se impugna á Aristóteles en lo que escribió mal, cuenten los Padres reverendísimos con los escolásticos contra Aristóteles. Si se reprende, lo que es digno de reprension en los escolásticos, cuenten con Aristóteles contra ellos; y solo entonces darán en el clavo de la di-

ficultad, cuando descubran un disparate, ó enseñado por Aristóteles, y seguido por los escolásticos, ó admitido por los escolásticos, y apoyado en Aristóteles. Otras prevenciones tenia que hacer; pero las omito porque el asunto no lo pide, y aun esta última que hice está de mas; porque los reverendos intentando impugnar á mí y á los escolásticos, ni aun han tenido habilidad para saber buscarnos las cosquillas.

Me parece que he supuesto lo bastante en cuanto á la materia de las disputas: vamos al modo de ella. Lo primero en que hemos de convenir, es: en que eso de mentiras ni falsos testimonios no tiene de valer. Me dirá V. que ¿quién duda eso? Y yo le respondo: que bien sé lo que me digo; y V. lo sabrá, cuando sea tiempo. Por fin, convengamos en que en nuestra contienda no ha de haber armas prohibidas; y el que las usare, quede *ipso facto* por impostor, por pícaro, y por todas las cosas malas que merezca.

Quiero tambien que á V. no se le olvide, que el intento de los Reverendísimos no es así como quiera llevar opiniones contrarias á las mias, sino tambien ridiculizarlas; no solo impugnarme, sino enterrarme, y ya V. ve que son cosas muy distintas. Para impugnar á uno, basta poner la sentencia contraria en estado de probabilidad; pero para enterrarlo, es menester llevar la cosa hasta el grado de certidumbre, cuando no metafísica, siquiera física, ó moral (y perdonen los Padres y señores doctores que me haya valido de estos terminitos, pues no he encontrado otros mas á mano con que explicarme): con que si los Padres se encuentran con un dictámen mio, miren bien como le toman el pulso, no sea que salgan gritando con aquello de *ya está muerto*; y en el entretanto se desperece el muerto. Estan en la obligacion de manifestar mis errores, y contraponerles sus verdades; porque si á una opinion mia no contraponen mas que otra mera opinion, me aseguran todos los médicos, con quienes he consultado, que por eso no me he de morir: y si á un disparate mio oponen otro disparate, les pondré un pleito, aunque sea ante Poncio Pilatos, pidiendo se me mantenga en posesion; pues en caso de que sea preciso que algun disparate se establezca, tienen los mios el derecho de prescripcion.

Otra suposicioncilla queria yo que hiciésemos, que me parece regular; pero dificultoso que los Padres se allanen á admitirla. Esta era, que así como yo he señalado la materia de la disputa, la señalasen ellos tambien por su parte, y supiésemos qué principios seguian, y qué filosofía profesaban. Bien sé yo, poco mas ó menos, de donde estan tomadas las proposiciones, ó al menos de donde se pudieron tomar; pero como tambien sé que los Padres son *eclécticos* consumados, tengo mis escrúpulos de que ellos no hicieron mas que tomar las proposiciones de los libros, quedándose con la libertad de sacar de sus meollos los principios y fundamentos con que habian de sostenerlas. Y en tal caso, ¿qué haré yo con impugnar las razones de los autores, si allá los Padres tienen otras razones mas convincentes, mas finas, mas fuertes (¡cosa de juego es!) mas dignas de su penetracion y talento? Para temerlo así, tengo un poderoso fundamento; pues de ambos he oido decir que leen muy poco en esto de filosofía, y de uno sé de buena tinta que se pasa las mas de las noches en claro estudiando en un librito que, aunque sea muy provechoso para otros asuntos, no sé como conduzca para ser *lector*, *teólogo*, *ecléctico*, *enterrador* de Aristóteles, y otras yerbas. Á consecuencia me veo enredado en el asunto, sin saber de qué arbitrio valerme para alcanzar las altísimas causas de sus asertos, que ellos tienen guardadas debajo del cerquillo. Lo que haré será impugnar las razones que yo vea escritas en los libros, á ver si los Padres se mueven á dar por escrito las suyas, y á enriquecer de esta manera al público con el caudal de sus meditaciones.

El diablo, que como lo tengo tan cerca me tienta siempre que le da la gana, me está sugiriendo que haga otra suposicion; pero yo *abrenuncio* de ella, como del mayor disparate. Contemple V. lo que queria que pusiese por condicion: que los Padres tuviesen una mediana instruccion en la filosofía que impugnan. ¡Mire V. qué locura! En la que siguen la quisieran ellos. ¡Que despropósito! ¡gastar el tiempo irreparable en leer fruslerías! Quita allá, enemigo, *vade foras*; que para impugnar á Aristóteles, basta con saber que lo hay, y que los otros frailes lo tienen en aprecio. Con que, amigo don Manuel, tenga V. esto último por no dicho: y en cuanto á lo anterior, dígame su dictámen; porque yo no quiero

cosa que no sea razon; y mientras no sepa si he hecho algun supuesto irregular, no me determino á descender á la disputa.

Lo que solamente pienso, que se puede tratar ahora sin perjuicio de los derechos que á los Padres y á mí nos competan, es la causa de los árabes, que segun el estado de las cosas, no tiene otra relacion con nuestro negocio que la que observa el P. N. desde la concl. 14 hasta la 18. Se dicen dos cosas; la una, que los árabes tomaron mi filosofía, y la pusieron peor que estaba; y la otra, que la Europa toda la aprendió de ellos. Y aunque el P. no lo dice muy claro, parece como que insinúa que los europeos aristotélicos adoptaron los errores de los árabes. Como todo esto pertenece á ellos, se lo hice saber: les intimé que compareciesen á dar sus descargos, ó por sí mismos, ó por procurador; y ellos, escogiendo esto último, han nombrado á Averroes, quien hoy mismo, compareciendo delante de mí, me encajó en el cuerpo la siguiente arenga.

"Si el P. N. se hubiese conducido en su aserto por el »amor de la verdad, por la estimacion á que son acreedo»res los que trabajaron en buscarla, y por el honor á su »nacion, pudiera tal vez á poca costa haber comparecido »como buen filósofo, como buen crítico, como buen espa»ñol, y haber puesto en manos de su Mecenas un papel dig»no de su aprecio. Se dejó llevar del deseo de morder á otros, »y solo ha conseguido manifestar, ó su mala fé, ó su igno»rancia. Culpa á los árabes de haber seguido á Aristóteles: »de haber escogido entre sus obras lo mas obscuro é ininte»ligible, y lo mas á propósito para altercaciones y disputas: »de haberle añadido inmensos Comentarios: de haber sido »autores de que solo Aristóteles prevaleciese; y de haber en»señado á todo el Occidente una filosofía medio peripatéti»ca, medio arábiga. No hay en todas estas acusaciones una »que no cojee. Seguimos á Aristóteles, es verdad; pero tú »mismo, mi estimado maestro, tú mismo debes justificar »nuestra eleccion. El Padre en adelante te trata indignamen»te: debes hacer tu apología, y cuando en ella le demues»tres tu mérito, tan lejos estará de haber sido culpa en nos»otros el haberte seguido, que este solo capítulo nos llena»rá de gloria. Dice: que escogimos entre tus obras *obscu-*

»*rissima quæque*, *et rixantium circulis aptissima.* Ó cuanto tu »escribiste era de esta calidad, ó lo que el Padre dice es »una solemne impostura. Corrimos todas tus obras; sobre »todas ellas trabajamos, y nada se nos presentó bajo de tu »nombre que no mereciese nuestro aprecio.

»Mas demos que fuese lo que el P. pretende. ¿Tan gran »pecado es habernos aplicado á la metafísica? ¿No sabe el P., »que ésta es la fuente de las otras ciencias? ¿No sabe que sin »ella, ellas no existirian? La física, la lógica, la éthica, aun »las mismas matematicas, ¿á dónde sino á ella van á buscar »la seguridad de sus principios? Es obscura, no lo negamos; »pero es necesaria, y tan necesaria, que ni todo el aparato »de experimentos y observaciones, ni el mejor talento y apli»cacion, harian cosa de provecho sin sus conocimientos. ¿Un »teólogo calumnia las metafísicas? ¿Y las calumnia en un tiem»po en que, cuando no las hubiese, debian inventarse? Establez»ca el P. sin ellas la teología natural: impugne, si es que pue»de, á Espinosa, Bayle y otros tales, con los globos y par»tículas de su filosofía: sin tanto; registre las obras de los »mayores apologistas de la religion, escritas en su mismo si»glo, y verá que sin un exacto conocimiento de la mas re»cóndita metafísica, poco puede hacerse que sea de prove»cho: y lo mucho que se ha hecho, se debe á las luces que »esparcieron tus obras, y las de tus discípulos. ¿Es culpa tra»tar los mas obscuros arcanos de la filosofía? Pues sin duda »han incurrido en ella todos los filósofos amigotes del P. Des»cartes, Malebranche, Newton, Clark, Leybnitz, Wolfio, »¿qué de materias y cuestiones abstractas no trataron? Con »esta diferencia, que donde hablaron como tú, allí acertaron: »donde te impugnaron, allí dieron de hocicos. Será posible »que en adelante tengas que disputar con ellos algunas cues»tiones que lo hagan ver bastantemente claro. No hay duda »en que nosotros excedimos en esto algunas veces, y lleva»mos nuestras investigaciones á cosas, ó inútiles, ó inaveri»guables: mas este no ha sido vicio nuestro peculiar; lo es de »todos los hombres: lo es aun de aquellos mismos, que de»claman contra las cuestiones inútiles, y abstrusas. Puedes »tambien hacerlo ver en adelante.

»Comentamos tus obras: este es otro pecado. ¿Pero aca»so ellas se podian entender sin comentarios? Avicena las

»leyó cuarenta veces, para poder entenderlas. Aun en el siglo »de Augusto no se entendieron hasta que Andrónico empezó á »comentarlas: y no hubieron ellas merecido tanto aprecio, co»mo merecieron en tiempo de Marco Antonio Vero, y Lucio »Aurelio Commodo, si Alejandro de Aphrodisea no las hubiera »ilustrado con sus Comentarios. Reprende el P. los mios, por»que fueron muy grandes. Yo confieso que no eran cortos; »pero en aquellos tiempos aun no se habia descubierto el se»creto admirable de aprender por compendios, analisis, dic»cionarios, extractos, y demas obritas tan apropósito para ha»cer charlatanes sobre todas materias, y tan incapaces de »formar un verdadero sabio.

»Dice el P.: que Avicena escribió comentarios sobre tus »obras: yo le doy las gracias por este descubrimiento, que »hasta ahora no habia llegado á mi noticia; pero le supli»co se sirva decirme, qué obras son esas tuyas que Avicena »comentó. Hasta ahora se sabia que él escribió mucho, que fue »tu discípulo, y que se hizo bastantemente célebre; pero que »él fuese comentador tuyo es descubrimiento que solo al P. se »le debe. El epíteto de Comentador, por el que soy conocido, »no tuvo otro orígen que haber sido yo el único que comen»té tus obras entre los árabes. Si esto se falsifica, no hay tí»tulo por donde me convenga. Quedamos muy agradecidos »al reverendísimo P. Mtro. por la ironía con que nos llama »*insignes adeo Commentatores*; y quisiéramos que su reveren»dísima no hubiera hecho, por ser tan insigne en la misma »especie de cosas y en el mismo sentido. Pero debemos ad»vertirle la suma injusticia que nos hace cuando asegura, que »á nuestro influjo se debe el dominio exclusivo de Aristóte»les. ¿Dónde hay razon para tratar así á unos hombres que »cultivaron todas las ciencias, que promovieron las artes mas »útiles, y que trageron al Occidente el conocimiento de los »mas ilustres autores? ¿No sabe el P. lo que cultivamos la »física? Nuestros viages, nuestras observaciones, nuestras his»torias naturales bastan para hacerlo entender. ¿De quiénes, »sino de nosotros, pasaron á los europeos la medicina, la as»trología, la aritmética, y demas matemáticas? ¿Cuántas »luces no difundieron nuestros trabajos sobre la gramatica, »retórica, poesía y música? ¿Cuántos descubrimientos utilí»*simos no nos* deben los hombres? ¿Por manos de quiénes

»recibió la España, y consecutivamente el resto de la Euro-»pa, los elementos de Euclides, las obras de Galeno, las de »Hipócrates, Dioscorides, Ptolomeo y otros griegos famosos, »que son los textos y obras maestras de las ciencias natura-»les? ¿Qué empeño es este del P. en abatir á los árabes? ¿Tan-»to le pesa de que la España haya sido por ellos la restau-»radora de la literatura? ¿Es descendiente acaso de algun »francés ó italiano? Si estos son ingratos en vituperar á los ára-»bes, como introductores de la barbarie, tienen alguna escu-»sa. La emulacion que tenian con la España, los obligó á »que ya que no pueden disputarle las ventajas en todo lo de-»mas, se la disputen en la literatura: pero al P. ¿qué es lo »que le mueve á adoptar sus calumnias, y negar á su patria »una excelencia que tanto honor la hace? Lea las obras de »los españoles que estan en Italia; lea á muchísimos juicio-»sos extrangeros, y deponga la aversion que tiene á la lite-»ratura arábiga, capaz de competir en muchas cosas con la »griega y latina.

»Pues ¿de dónde provino, dice el P., que Aristóteles fue-»se el que mas prevaleció despues? ¿De dónde? De que desde »el siglo XIII hasta el XVI no hubo mas literatos, que los »clérigos y frailes: y como la literatura de estos no mira otro »objeto principalmente que la ciencia de la religion; y como »para esta sabian la suficiente filosofía, con saber á Aristó-»teles; de aqui provino que no tuvieron para que cultivar la »física particular, que tiene muy poca relacion con sus estu-»dios: y las matemáticas, que (aunque le pese al P. N.) tienen »mucho menos. De los seglares se aplicaban á las letras, los »que habian de servirse de ellas para pasar la vida: unos en la »jurisprudencia, para la que bastan la lógica y éthica; y otros »en la medicina, para la cual, aunque se requiera mas exac-»to conocimiento de la física, conducen muy poco las mate-»máticas. Es verdad que ellos pudieron haber trabajado mas »sobre la naturaleza, y enriquecido la ciencia natural con al-»gunos nuevos descubrimientos; pero tambien es cierto que »puede controvertirse, si despues de los supuestos adelanta-»mientos de la física ha tomado la medicina mejor aspecto. »Lo cierto es ello, que todos los dias estamos recibiendo nue-»vos huéspedes que nos envian los señores médicos, y quizá »mucho mas á menudo que solian enviarlos antes. En lo de-

Joanne Scoto, aliisque ejusmodi eruditissimis hominibus irrideri, quæ et necessaria sunt, et talia ut si quis ea vetustis illis temporibus protulisset, magnam ei gratiam omnes philosophici studiosi habituri fuisse videantur. Nos, dum teneris auribus videri volumus, tenera nobis ac puerilia esse ingenia, neque veræ ac solidæ eruditionis capacia ostendimus. Y lo mas gracioso del caso es que Mureto habla así de otros que entendian bastante de la facultad: ¿qué hubiera dicho si hubiese visto á los señores doctores que son en ella unos medio cucharas, y esto haciéndoles muchísimo favor? Ese doctor divino, por otro nombre Ciceron Sevillano, tuvo una vez que componer un elogio á un tal Olavide, bien conocido en España, y mucho mas en Sevilla. ¿Y saben VV. lo que hizo? Tomar al P. Sahurel, célebre y piadoso Jesuita, que escribió epigramas en honor de los Santos, copiar *ad pedem vigorniæ* el que trae para san Juan Crisóstomo, y aplicarlo á aquel hombre, que ciertamente no lo merecia. Anda impreso, y cualquiera lo puede ver. Ven VV. aquí la dichosa instruccion de mi tocayo por mal nombre. Por fin, aunque es mucho lo que me queda que decir, me parece que ya he dicho bastante. V., señor Aristóteles, déjese de quebrar la cabeza, y aténgase á mi dictámen, de que quien tan mal sabe latin, peor ha de saber filosofía: pero si acaso porfia en hablar algo, hágame el gusto de llamarme cuando tenga escritas sus Cartas, que me complaceré en leerlas.

Fuese Ciceron así que dijo esto: y yo, amigo don Manuel, no tengo por ahora otra cosa que decir; pues me parece que lo dicho no es poco. Entreténgase V. con ello, mientras yo me entretengo con las conclusiones; pues aunque conozco que Ciceron dice bien, ya estoy resuelto á hablar muchas cosas, y dar las gracias por los favores que Averroes ha experimentado de V., quien puede contar siempre con la aficion y respeto de = *El Estagirita.*

Estamos en vísperas de la Canícula, aunque por acá siempre la hay.

P. D. Se me ha ocurrido ahora, que muchas autoridades van puestas en latin, y ni los Padres, ni los doctores sus amigos, las entenderán. Hágame V. el favor de traducírselas.

en mi filosofía, con tal que á ello hayan concurrido los votos todos de los verdaderos escolares.

Otrosí protexto: que nunca jamás he de consentir que los errores mios se mezclen con los dictámenes de los escolásticos, ni los pecados de éstos con mis escritos, ni los disparates de los árabes con unos ni con otros. Ya V. ve, que supongo que yo erré; que erraron los árabes; que pecaron los escolásticos, y que solo pretendo no se haga un cuerpo de todos estos pecados, é indistintamente se atribuya á cualquiera; sino que cada pobre cargue con los suyos. Reconozco como pecados mios, ademas de la eternidad del mundo, todos aquellos que el señor Melchor Cano apunta en su libro décimo *de locis*; aunque, si quisiera, podia valerme de las modestas interpretaciones que muchos hombres sábios han dado (y quizá con verdad) á muchos de los pasages que cita este ilustrísimo autor: mas no quiero contestaciones. Déseles la interpretacion mas mala que admitan, y en recompensa de esta mi generosa confesion, confiesen los padres que los escolásticos no han seguido mis modos de pensar en estos puntos; y ya sea que ellos me trajesen á buen sentido, ya que abiertamente me impugnasen, ellos ni admiten ni enseñan mis errores. Solo yo soy responsable á ellos, y digo: que erré como hombre, y que en esta parte soy bien impugnado. Erraron los árabes tambien: v. gr., Averroes en aquello de la unidad del entendimiento; pero si él soñó este disparate, si yo no le dí motivo á que lo hiciese, no hay razon para que se me eche la culpa: désele á él la zurra que merece; pero déjese quieto al pobre de Aristóteles, que no tuvo la culpa de que fuese tan loco. Pecaron, por último, muchos escolásticos, enredaron las cosas mas claras, movieron infinitas cuestiones de nombre, gastaron no poco papel y tiempo inutilmente. Y bien: ¿les enseñé yo á hacerlo así? ¿hallaron en mis obras donde aprenderlo? ¿pues qué justicia es condenar al maestro por los pecados propios de los discípulos? Asi pues, amigo don Manuel, es menester que hablemos con distincion. Si se impugna á Aristóteles en lo que escribió mal, cuenten los Padres reverendísimos con los escolásticos contra Aristóteles. Si se reprende, lo que es digno de reprension en los escolásticos, cuenten con Aristóteles contra ellos; y solo entonces darán en el clavo de la di-

ficultad, cuando descubran un disparate, ó enseñado por Aristóteles, y seguido por los escolásticos, ó admitido por los escolásticos, y apoyado en Aristóteles. Otras prevenciones tenia que hacer; pero las omito porque el asunto no lo pide, y aun esta última que hice está de mas; porque los reverendos intentando impugnar á mí y á los escolásticos, ni aun han tenido habilidad para saber buscarnos las cosquillas.

Me parece que he supuesto lo bastante en cuanto á la materia de las disputas: vamos al modo de ella. Lo primero en que hemos de convenir, es: en que eso de mentiras ni falsos testimonios no tiene de valer. Me dirá V. que ¿quién duda eso? Y yo le respondo: que bien sé lo que me digo; y V. lo sabrá, cuando sea tiempo. Por fin, convengamos en que en nuestra contienda no ha de haber armas prohibidas; y el que las usare, quede *ipso facto* por impostor, por pícaro, y por todas las cosas malas que merezca.

Quiero tambien que á V. no se le olvide, que el intento de los Reverendísimos no es así como quiera llevar opiniones contrarias á las mias, sino tambien ridiculizarlas; no solo impugnarme, sino enterrarme, y ya V. ve que son cosas muy distintas. Para impugnar á uno, basta poner la sentencia contraria en estado de probabilidad; pero para enterrarlo, es menester llevar la cosa hasta el grado de certidumbre, cuando no metafísica, siquiera física, ó moral (y perdonen los Padres y señores doctores que me haya valido de estos terminitos, pues no he encontrado otros mas á mano con que explicarme): con que si los Padres se encuentran con un dictámen mio, miren bien como le toman el pulso, no sea que salgan gritando con aquello de *ya está muerto*; y en el entretanto se desperece el muerto. Estan en la obligacion de manifestar mis errores, y contraponerles sus verdades; porque si á una opinion mia no contraponen mas que otra mera opinion, me aseguran todos los médicos, con quienes he consultado, que por eso no me he de morir: y si á un disparate mio oponen otro disparate, les pondré un pleito, aunque sea ante Poncio Pilatos, pidiendo se me mantenga en posesion; pues en caso de que sea preciso que algun disparate se establezca, tienen los mios el derecho de prescripcion.

Otra suposicioncilla queria yo que hiciésemos, que me parece regular; pero dificultoso que los Padres se allanen á admitirla. Esta era, que así como yo he señalado la materia de la disputa, la señalasen ellos tambien por su parte, y supiésemos qué principios seguian, y qué filosofía profesaban. Bien sé yo, poco mas ó menos, de donde estan tomadas las proposiciones, ó al menos de donde se pudieron tomar; pero como tambien sé que los Padres son *eclécticos* consumados, tengo mis escrúpulos de que ellos no hicieron mas que tomar las proposiciones de los libros, quedándose con la libertad de sacar de sus meollos los principios y fundamentos con que habian de sostenerlas. Y en tal caso, ¿qué haré yo con impugnar las razones de los autores, si allá los Padres tienen otras razones mas convincentes, mas finas, mas fuertes (¡cosa de juego es!) mas dignas de su penetracion y talento? Para temerlo así, tengo un poderoso fundamento; pues de ambos he oido decir que leen muy poco en esto de filosofía, y de uno sé de buena tinta que se pasa las mas de las noches en claro estudiando en un librito que, aunque sea muy provechoso para otros asuntos, no sé como conduzca para ser *lector*, *teólogo*, *ecléctico*, *enterrador* de Aristóteles, y otras yerbas. Á consecuencia me veo enredado en el asunto, sin saber de qué arbitrio valerme para alcanzar las altísimas causas de sus asertos, que ellos tienen guardadas debajo del cerquillo. Lo que haré será impugnar las razones que yo vea escritas en los libros, á ver si los Padres se mueven á dar por escrito las suyas, y á enriquecer de esta manera al público con el caudal de sus meditaciones.

El diablo, que como lo tengo tan cerca me tienta siempre que le da la gana, me está sugiriendo que haga otra suposicion; pero yo *abrenuncio* de ella, como del mayor disparate. Contemple V. lo que queria que pusiese por condicion: que los Padres tuviesen una mediana instruccion en la filosofía que impugnan. ¡Mire V. qué locura! En la que siguen la quisieran ellos. ¡Que despropósito! ¡gastar el tiempo irreparable en leer fruslerías! Quita allá, enemigo, *vade foras*! que para impugnar á Aristóteles, basta con saber que lo hay, y que los otros frailes lo tienen en aprecio. Con que, amigo don Manuel, tenga V. esto último por no dicho: y en cuanto á lo anterior, dígame su dictámen; porque yo no quiero

viéndose á entrar en algunas de esa ciudad por ciertos inconvenientes, no pudo ver los libros, ó porque (y esta ha sido la causa principal) falta á una ciudad como esa mucho surtido de ellos.

De aquí es, que aun cuando yo quisiese tratar algunos puntos con extension, siempre quedaria mucho que añadir, luego que se encontrasen los materiales, que faltan; pero como he dicho á V. la situacion en que me veo, no me lo permite. He dicho esto, porque tengo deseos de que alguno de los grandes hombres que tiene esa ciudad, se tomase el trabajo de vindicar *pro dignitate* mi filosofía, no tanto por ser mia, cuanto porque ella ha sido seguida de todos los sábios Españoles: y porque los monsieures estrangeros calumnian á la España por este capítulo, que en mi sentir es una prueba decisiva del juicio y solidez de sus habitadores: pues en cuanto á los Padres y Doctores no hay que tener cuidado, yo me avendré con ellos, y si todos los enemigos del Aristotelismo fuesen de su corpulencia literaria, necesitaba yo para comer un dia tantos Filósofos á la moda, cuantos camarones se come un sevillano, que no come otra cosa.

Por fin, dejando aparte estas fanfarronadas, vamos al negocio: sigamos en cuanto los Padres lo permitan el órden de materias, y empecemos por la historia de la filosofía. En ella no tengo que combatir mas que con el P. N., porque el otro se ha quitado de historia. Le perdono al P. un anacronismo que trae, porque no quiero pararme en pelillos, y solo hago alto sobre el elogio que da á mi filosofía en la conclusion 19; la empieza así: *Tandem Aristotelis excusso jugo nugisque derelictis &c.* En estas palabritas tenemos el negocio. Aquello de *excusso jugo* no me coge de nuevo: sé que es cantinela cien veces repetida, y que no ha habido, ni hay filósofo de moda, que no la traiga tres veces á lo menos en los prolegómenos; porque de otra manera sería un ignorante, un preocupado y otras muchísimas cosas. Lo que sí es noticia nueva enteramente para mí, es aquella de *nugisque derelictis.* ¿Mas no habia de ser nueva, si ella trae todas las pintas de parto original del fecundísimo entendimiento del P.? Sé que muchos me han dado otras censuras: sé que han tratado mi filosofía unos de obscura, otros de insuficiente, otros de abstraida, otros, en fin, de lo que les ha dado gana; pero de-

cir que ella es una bagatela, una burla, una fruslería, una cuchufleta, unas (á qué me canso, si no he de encontrar términito mas bonito que el del P.) unas *nugas*, es verdaderamente un descubrimiento, que de cabo á rabo se lo debe la literatura á este grande sábio del siglo XVIII, á este héroe de filosofía, á este apolo de Villalba. ¿Y quién ha de atreverse á contradecirle? Solo yo, amigo don Manuel, solo yo que habito donde no puede verme; solo yo que lo hago, no por convencerlo, sino para darle motivo á que ilustre mas y mas su siglo con tan felices producciones. Manos pues á la obra.

Con que, P. mio, ¿ello es que no se ha de rebajar nada de aquello de *nugis*? Supongo que vuestra reverendísima tendrá cuidado de ir insinuando en sus conclusiones mis niñerías, y yo no me descuidaré en decirle lo que me parezca. Por ahora sea la primera reflexion. Esas que vuestra reverendísima llama bagatelas, han sido miradas como verdades sólidas é indubitables por cuantos hombres pasaron por sábios desde Severino Boecio, hasta Renato Descartes: que es decir, por espacio de diez siglos. Antes de Boecio habian sido veneradas igualmente por un egército de peripatéticos; despues de Descartes por millares de ellos: pero no quiero que nos paremos sino en el tiempo intermedio. Los europeos antes de los árabes, los árabes despues, luego otra vez los europeos me han mirado no solamente como filósofo, sino tambien como el único filósofo merecedor de sus estudios y su aprecio. Reflexione vuestra reverendísima un poco sobre esta multitud inmensa de admiradores de mis bagatelas. ¿Eran ignorantes? ¿Se deberán mirar como tales un Alejandro de Ales, un Alberto, un Tomás de Aquino, un Juan Duns, un Aureolo, un Egidio Coloma, un Juan Pico y otros innumerables? ¿No tenian noticia de otras filosofías? ¿Pues no son ellos los que han conservado muchísimos monumentos de ellas? Pero demos que fuese. No se conocen las bagatelas sino comparadas con otras cosas. Para reirse de un Raimundo Lulio, de un Paracelso, de un Pedro Ramon, ¿tuvieron necesidad de mas, que ver sus muchas ridiculeces? ¿Mas quién no sabe cuán opuestos han sido en todo y por todo? Diferentes en naciones, encontrados en intereses, empeñados en impugnarse; ¿no le ocurrió á uno echarle á su contrario en cara, que siguiéndome seguia cosas tan ridículas? ¿Es posible que unos hombres, á

quienes todo lo demas dividia, conviniesen solamente en aplaudir mis drogas? Nominales y Realistas, Franciscanos y Dominicos, Tomistas y Jesuitas, Güelfos y Gibelinos han comprado á porfia estas que vuestra reverendísima llama *nugas*; y discordando siempre en puntos de mas entidad, se alucinaron hasta el extremo de tragar todos esta paparrucha, de que mi filosofía servia de algo. ¡Qué lástima que vuestra reverendísima no hubiera entonces aparecido en el mundo! ¡qué de servicios no hubiera hecho al género humano, con desengañar á tantos hombres, que perdieron el tiempo en leer cuchufletas!

Formalicémonos un poco P. mio. Los hombres todos somos acreedores á que se nos trate con respeto. Es crímen de *læso genere humano* pensar que todos se han engañado, y que solo yo, y vuestra reverendísima ve las cosas como son en sí. Para atreverse á asegurarlo, es menester, que se palpen las evidencias. Se les debe este honor á los demas hombres; no reprobar tan facilmente lo que todos ellos han admitido; no vituperar lo que han alabado; no destruir lo que han fundado, no burlarse de lo que han seguido. Es de tanto peso este argumento, P. mio, que ni todo el desembarazo del Ilustrísimo Cano pudo desecharlo. En el cap. 5 de su lib. 10 tratando, no de si son bagatelas mis escritos, sino de si ellos deban preferirse á los del divino Platon, despues de confesar, que el gran padre san Agustin da la preferencia á los últimos, y despues de advertir el sumo respeto que se debe á un hombre como Agustino, *cui cave quemquam anteponas*, últimamente cede á la fuerza de él, y decide á favor mio. Oígalo vuestra reverendísima. *Ac divi Thomæ sententia quidem, et omnium penè gentium, et multorum sæculorum usu probata est.* De donde despues concluye: *jure ergo illum amplectimur, cujus de laude omnium sit fama consentiens.* Aprenda vuestra reverendísima aqui á ser crítico, aprenda á ser filósofo, aprenda á ser hombre. Vea á un hombre, *cui cave quemquam anteponas*, en la crítica, en el buen gusto y en la solidez, abrazar á Aristóteles porque lo vió únicamente abrazado de sus antecesores. Vea vuestra reverendísima el respeto con que estos deben tratarse, y cuando no pueda, ó no quiera seguir sus pisadas abrazando mi doctrina, no tenga tanta satisfaccion de su miseria que trate de ridiculeces, lo que los otros miraron con todo respeto.

Todavia quiero que vuestra reverendísima se acuerde de cuán dignas de su veneracion sean las asambleas de la Iglesia santa. Yo he leido al mismo Melchor Cano en el libro donde trata de ellas, y ciertamente he envidiado la felicidad de los hombres que viven en los tiempos en que ellas se han juntado. Un congreso dirigido por el Espíritu Divino, congregado para el bien de la Religion, compuesto de los hombres mas grandes que ella tiene, se me representa á mí una cosa tan grande que no hallo idea que adecue su excelencia: y ya sea que lo mire por parte de aquel que invisiblemente lo gobierna, ya sea que atienda á la santidad, á la literatura, al juicio de los que son gobernados, juzgo por imposible que jamas llegue el caso de que en tales congresos se admitan, se aplaudan, se aprueben bagatelas, ni se sirvan de ellas para las decisiones mas arduas y de mayor importancia que pueden ofrecerse en la tierra. ¿No es verdad P. mio? ¿No piensa vuestra reverendísima lo mismo que yo? Creo que en esta parte convendremos, aunque estoy en ánimo de que no convengamos en otras. ¿Y qué dirá vuestra reverendísima si yo le hago ver que en estos tales congresos que vuestra reverendísima y yo recibimos y respetamos, se han mirado mis bagatelas con mucha formalidad? Pues oígalo vuestra reverendísima P. mio. En el Concilio Florentino ses. 4. Andres, Padre griego, decia: *ac imprimis Aristotelica authoritate probatæ quæstioni &c.* Juan Teólogo despues: *vos enim non ignorare putamus duo genera quæstionum apud Aristotelem esse.* En la ses. 6. el mismo Andres: *testis est Aristoteles &c.* En la 7. el mismo: *ut Aristoteles NOSTER testatur.* En la misma ses. el mismo: *quoniam apud Aristotelem voces sunt earum, quæ sunt in anima, passionum notæ.* En la 8. Besarion: *argumentatio, ut inquit Aristoteles, ita fit &c.* En la 19 y 20 vuelve Juan el Teólogo á sacar testimonios de mis obras. ¡Ah P. mio! Si vuestra reverendísima hubiera sido el Seripando de aquel Concilio, sin duda que no hubiera podido aguantar esto y hubiera dicho á los Padres: *ápage nugas.*

¿Pues qué me dirá vuestra reverendísima de los elogios que en los Lateranenses, Lugdunenses, Vienense y Tridentino se dieron á los teólogos de aquellos tiempos, cuyas obras estan hediendo á Aristóteles? ¿Qué de haberse valido estos respetables congresos de las ideas de materia, forma, hábito,

disposicion, relacion y otras muchas de mis bagatelas? El mal cristiano Paulo Sarpi tomó de aquí motivo para calumniar á los Padres de Trento de haberse unido para definir mis categorías. Esto ya se ve que es una infame impostura; pero impostura que tuvo por fundamento, que los Padres donde quiera que la razon tuvo que servir en obsequio de la fé, fueron á buscarla entre mis bagatelas. Cuidado que no quiero que vuestra reverendísima se equivoque: sin mi filosofía estuvo y puede estar la fé en todo su vigor; pudo haberse determinado contra toda casta de heregías: convengamos en esto; pero convengamos tambien en que la Iglesia muchos años ha, queriendo dejar á los hereges sin el miserable recurso de la filosofía profana, les ha dado en la cabeza *ad interneccionem* con mi filosofía. Valga la verdad, P. mio, ¿no le va ya pesando á vuestra reverendísima el haberme dicho aquello de *nugis*?

Sea la segunda reflexion tomada del siglo XVI. Ya sabe vuestra reverendísima que todos los filósofos sus favoritos señalan la época de la restauracion de la filosofía, y del desengaño de la preocupacion en que estaba el Occidente á favor de Aristóteles, en el año 1453, ó 52, en que tomada Constantinopla por los turcos, se acogieron á los paises occidentales muchos sábios griegos, que difundieron en ellos sus luces, y fueron como precursores de Descartes, Gasendo, &c. Sabe tambien que cincuenta años despues se hizo España la maestra de toda la literatura, y que en el siglo XVI floreció ella tanto en ciencias y artes, que pudo disputar á Roma y Atenas la instruccion y belleza de sus mejores siglos. Desde que Francisco Victoria, volviendo de Francia, esparció sobre Salamanca y todo el Reino las grandes luces de que estaba enriquecido, no se puede explicar ni la celeridad con que cundió por todas partes el buen gusto, ni la felicidad con que pusieron las manos en todas materias un número inmenso de españoles. Son célebres, y lo serán mientras haya hombres, en la teología Cano, Bañez, Castro, los dos Sotos, Medina, Suarez, Vazquez, Valencia, Vega, Aragon, Ponce de Leon, Perez de Ayala, Maldonado, Payva, y otros innumerables: en la medicina Valle, Mercado, Santacruz, Laguna, Vega, &c.: en la jurisprudencia Azpilcueta, Navarro, Molina, Lopez, Sarmien-

to, Covarrubias, Barbosa, y otros tales: en las demas facultades se pueden citar otros grandes hombres. En la filosofía, que nos hace mas al caso, son famosos los nombres de Vives, Nuñez, Fox, Sepúlveda, Ciruelo, Fonseca, Cardillo, Villalpando (no el Capuchinito de ahora) y otros muchos. ¿Ve vuestra reverendísima este egército de hombres tomado solamente de sus paises? Pues todos ellos mamaron la leche de mis bagatelas, y usando de mis bagatelas se hicieron tan famosos: todos ellos aprendieron la filosofía por el texto de Aristóteles, ayudados ya de uno, ya de otro comentario. Se pasmará vuestra reverendísima conociendo cuanto contribuye á no saber jamas cosa de provecho empezar estudiando por bagatelas, y viendo por otro lado lo bien que edificaron tantos hombres de bien sobre bagatelas. ¿Qué recurso, Padre mio? ¿No habian llegado á sus oidos todavia los desengaños? Sería disparate pensarlo: ya habia mucho tiempo que cantaban las ranas contra Aristóteles en Francia, Alemania, Nápoles, y otras partes. Galiley, Campanela, Descartes, Gasendo, y otros de sus filósofos de vuestra reverendísima, fueron contemporaneos de muchos de ellos, y ya vuestra reverendísima sabe que los españoles en aquel tiempo eran señores de Nápoles, casi toda la Italia, y parte de Alemania; y que no solamente pudieron tener noticias de la nueva luz, que entonces se descubria en esos grandes filósofos, sus favoritos, sino que efectivamente la tuvieron. Dirá vuestra reverendísima, que preocupados con mi doctrina cerraron los ojos á la luz: mas yo le responderé: *credat hoc Judæus Apella.* Vencieron los españoles tantas otras preocupaciones, que pienso no quedó ninguna en pie, y aun se trataron como tales las que no lo eran: ¿y solamente no pudieron desprenderse de una tan clara, como es para vuestra reverendísima, que mis escritos valen algo?

Todo el mundo estaba preocupado con las supuestas decretales de Mercator, y con todo no se dejó arrastrar de la preocupacion de Antonio Agustin. Dejemos otros egemplos en la medicina, gramática, retórica, &c., y vamonos acercando al asunto. Entre los frailes Franciscos era inconcuso que se habia de seguir á Escoto; y Alfonso de Castro lo impugnó siempre que quiso. Entre los Dominicos era ley que habia de abrazarse siempre la doctrina de santo Tomás.

Lea vuestra reverendísima el cap. 1 del lib. 12 de Melchor Cano, y verá el caso que él y Francisco Victoria hicieron de esta ley. ¿Y es posible, Padre reverendísimo, que en un tiempo en que todos abandonaban lo que les parecia menos conforme á la razon, se alucinasen tanto con mis bagatelas, que tenian menos inconveniente en impugnarse?

Sabe vuestra reverendísima (ó debe saber) lo mucho que clamaron los mas de los filósofos, que llevo citados, contra los abusos introducidos en la filosofia. Luis Vives, Melchor Cano, Francisco Sanchez de las Brozas, ¿qué dejaron por decir acerca del estilo y de las cuestiones inútiles? Pero en esto de mis bagatelas, ¡con qué distinto modo se explicaron! Cano, que entre todos me hizo menos favor, no dudó intitularme, lib. 10, cap. 5: *virum doctissimum, deque humanis litteris omnibus benemeritum.* Antes habia dicho: *In Aristotelem quoque illud elogium unicum universæ consentiunt gentes, per antonomasiam philosophum, hoc est, philosophorum primarium fuisse.* Y un poco mas abajo añade: *Placet enim quoque nobis Aristoteles, et rectè placet.*

¿Qué diré de Juan Luis Vives, aquel severo y erudito crítico? Ya vuestra reverendísima habrá visto en mi quinta Carta parte de su dictámen: oiga ahora lo que le falta. Dice así: *Plinius secundus, lib. 7 historiæ naturalis inquirit, quodnam existimetur maximum fuisse ingenium ex iis quidem, quorum extet memoria, vel sui ipsorum, vel alienis monumentis; et eam tantæ ambitionis palmam videtur ad Homerum vatem deferre, secutus Græciæ judicium, quæ illum fontem ingeniorum appellat. Sed mihi tamen acrius eam rem intuenti, atque examinanti subtilius, nullum videtur fuisse ingenium aristotelico præstantiùs. Legenti opera ejus attentè, et diligentèr, exoritur ingens admiratio, quàm ab ultimis principiis deducit abditissima, et profundissima rerum omnium, quàm acute refellit aliena, quam fortitèr communit, et corroborat sua, quo ordine digerit singula, et (quod est tradendis artibus perutile) quanta frugalitate verborum.* Sigue despues el primer pedazo que copié en mi citada Carta, y luego añade: *Axiomata autem illa universalia quis non admiretur in omni argumento et materiá tam multa esse ab illo excogitata, vera, et perpetua, quibus sequens ætas in tanto decursu sæculorum vix exceptionem ullam annotavit?* Padre mio, mas malo está esto de concertar con nu-

gis, que *communem* con *bonum* que concierta vuestra reverendísima en su aserto. Vuelva á ver (que no lo perderá), vuelva á leer lo restante del juicio que formó de mí este grande hombre; y cuando llegue á las circunstancias que él pide en los lectores de mis obras *ingenii acuti*, *profundi*, *solidi*, *sani*, *circunspecti*, y todas las otras baratijas, se encontrará con la legítima causa de, por qué mis obras le han parecido *nugæ*: porque *hæc si desint* (dice él, y repito yo), *nihil Aristotelis libris existimabitur asperius*, *insuavius*, *inamænius*, *quemadmodum nonnulli* (aquí entra vuestra reverendísima, y aquí quizá entrarian esos grandes padres de filosofía nueva) *de eo judicant*. Vamos á buscar la raiz: *vel propter ignorantiam, vel propter teneritudinem ingeniorum*; y luego para coronar la fiesta hace la comparacion de los ojos lagañosos y la luz del sol, que parece que el diablo se la hubo de poner en la pluma. Padre mio, mal vamos escapando hasta aquí. ¿Pero qué mucho? Dirá vuestra reverendísima: todos los citados son peripatéticos, y no es de extrañar que cada buhonero alabe sus agujas.

¿Con que si yo le traigo ahora á vuestra reverendísima testigos que no sean peripatéticos, ni hayan soñado serlo, no habrá mas remedio que darse por cachifollado? Ea pues, vamos á los siglos mas remotos: no contemos en ellos á Themistio, Alejandro, Andrónico, Ammonio, Theofrasto, ni toda la jaulia de discípulos que tuve: busquemos otra gente. El señor Ciceron fue académico, y de consiguiente discípulo de Platon, y poco afecto á mí, de quien dicen los platónicos, y muchos que no lo son, que me ensangrenté contra mi maestro. Pues este mismo, lib. 1. *de Divinatione*, predica de mí el siguiente sermon: *Quid singulari vir ingenio Aristoteles, et penè divino? Ipse ne errat, an alios vult errare? Sed quis omnium doctior? Quis acutior? Quis in rebus vel inveniendis, vel dijudicandis acrior Aristotele fuit? Cum omnis ratio disserendi diligens duas habeat partes, unam inveniendi, aliam judicandi, utriusque Princeps, ut mihi videtur, Aristoteles fuit.* Me temo que vuestra reverendísima diga á esto, como dicen que ha dicho á los solecismos de sus conclusiones, que *es yerro de imprenta*; por tanto convendrá que repase las citas del mismo Ciceron que lleva la Carta quinta, y de camino se entretenga con estas poquillas que han quedado:

Aristoteles ingenii abundantia præstitit: academic. quæst. lib. 1. *Aristoteles acie mentis omnium rerum vim, naturamque viderat.* 2. de oratore. *Aristoteles in philosophia prope singularis*: academ. quæst. lib. 2. *Aut ipsum Aristotelem, quo profecto nihil est acutius, nihil politius*: ibidem. Todavia hay otros pasages; pero basten estos. Agregue vuestra reverendísima á Ciceron al amigo Porfirio, platónico de alto á bajo; y si quiere agregar otros platónicos trabaje algo, que no lo he de hacer yo todo. Lo que absolutamente no puedo omitir es recordar á vuestra reverendísima la manía que siempre me tuvo toda la grey de Epicuro: ¿no es verdad? Pues no obstante oiga vuestra reverendísima al salmista de su filosofía, por otro nombre Lucrecio. Dice así de mí: *Qui genus humanum ingenio superavit, et omnes.... perstrinxit stellas, et fulsit ut æthereus sol.* ¿Ha visto vuestra reverendísima bagatelas mas relucientes que las mias? ¿Y á qué nos hemos ahora de quemar la sangre el uno al otro con referir yo á Laercio, Justino, Macrobio, Quintiliano, y otro puñado de ellos? Vuestra reverendísima mismo sabe que no merece tanto su proposicion, y todos ellos cual mas cual menos dicen lo mismo que Ciceron y Lucrecio. Si quiere verlos, lea en el primero mi vida; en el segundo busque lo último del lib. 12. hist. Philip.; en el tercero el cap. 6. del lib. 7. Saturnal, y en el cuarto mi carta 5.ª Busque á Plutarco, á los dos Plinios, y otros á quienes yo no he querido buscar, porque estoy ya harto de cosas.

¿Vuestra reverendísima querrá todavia un par de Padres de la Iglesia? Es regular. Pues, señor, ¿conoce vuestra reverendísima al grande Aurelio Agustin, Obispo de Hipona, por otro nombre la mas hermosa antorcha de la Iglesia? ¿Lo conoce vuestra reverendísima? Pues éste en su lib. 8. *de Civitate Dei*, cap. 12. dice así: *Aristoteles Platonis discipulus, vir excellentis ingenii, et eloquio Platoni quidem impar, sed multorum facile princeps.* ¡Que ni toda la perspicacia de este grande hombre alcanzase á ver mis bagatelas! ¡ni toda la aficion que profesaba á Platon le hubiese podido estorbar que me pusiera dos deditos mas abajo de él! Este Juan Luis Vives, que en todas partes se halla para mortificacion de vuestra reverendísima, tambien trae cuatro cositas muy lindas sobre el pasage citado. Haga vuestra reverendísima por verlo, que

él no lo deja de merecer. Pero este testimonio á mi favor, aunque es sobradísimo para romperle la cabeza al *nugis* de vuestra reverendísima, no es todavia tan honorífico para mí, como el que trae el buen viejo san Gerónimo en la ocasion misma en que se puso á regañar conmigo. Búsquelo vuestra reverendísima en el libro intitulado: *Regula Monachorum*, cap. 11, que está en el tom. 4.° de sus obras; y si no, mas vale que yo se lo ponga aquí, y le ahorre ese trabajo. Dice pues: *Attende et tu fatuorum sapientium princeps Aristoteles, et si fueris*, ABSQUE DUBITATIONE *prodigium, grandeque miraculum in tota natura, cui penè videtur infusum quidquid naturalitèr est capax humanum genus, quoniam sapientia mundi stultitia est apud Deum*, &c. ¿Qué tal, padre mio? No quiero decir cosa alguna: convengamos en que vuestra reverendísima, ó no entendió lo que queria decir *nugis*, ó si lo entendió, no pudo vencer la tentacion de poner esa mentirilla.

Hasta aquí, Padre mio, no he hecho mas que meterme en mi concha para defenderme. Permítame vuestra reverendísima que sin salirme de la cuestion asome un poquito la cabeza, y dé una mirada hacia sus filósofos y filosofía: no me entretendré mucho, ni echaré á perder ninguno de sus primores. Solamente haré tres reflexioncitas, para que salga la media docena, que he pensado que vuestra reverendísima merece.

Sea la primera. Ya ha visto vuestra reverendísima que cuantos han merecido el nombre de sábios de cerca y mas de dos mil años á esta parte, no quieren entrar por aquello de *nugis*, que vuestra reverendísima se sirve de aplicarme. Pues señáleme ahora unos pocos de sábios de solamente dos siglos para acá, que traten con igual respeto á Campanela, Descartes, Gasendo, Wolfio, Leibnitz, Newton, y demas hombres doctísimos que desenterraron la filosofía, como dice vuestra reverendísima, en los tres siglos últimos. No hay cosa mas fácil, que lo que yo pido, ni tampoco puedo pedir menos; pues ya vuestra reverendísima sabe que el aplauso de un par de siglos no decide á favor de un autor, y mucho menos en estos tiempos, en que ni á favor mio deciden veinte, ni á favor de los escolásticos cinco. Pues con todo eso me contento con tan poquito; y en señalándoseme uno,

en cuyo elogio hayan convenido ó todos, ó la mayor parte de los sábios, desde luego doy por bagatelas todos mis escritos. ¿Qué dicen, pues, Descartes de Gasendo, Gasendo de Descartes, Wolfio y Newton de los dos? Vuestra reverendísima lo sabe muy bien. Señor, si cada uno tiró por su camino, ¿qué mucho que los cantores mutuamente se censuren? Padre mio, si son hombres que solamente por emulacion se impugnan, no me los cuente vuestra reverendísima por sábios. ¿Qué dicen de ellos un Huet, un Genuense, un Leridan, un Pluche, un Piquer, y el copiante Villalpando? De Descartes, que fue un filósofo de pura imaginacion: de Mallebranche, que todos sus pensamientos son poéticos: de Gasendo, que no tuvo habilidad mas que para impugnar; y así van criticando á todos los demas. ¿Pues es posible que estos hombres doctísimos, como vuestra reverendísima dice, enseñando la verdad y la solidez hayan de sufrir tan mal tratamiento, cuando el Aristóteles, el Nugivendo, ha tenido á favor de sus bagatelas tantos sábios? ¿y esto en boca y pluma de aquellos, que no obstante impugnarlos se aplican á ellos, y no se dignan siquiera de gastar una hora en Aristóteles? Vaya, padre mio, que el mundo está ahora mas trastornado que nunca.

Sirva de segunda reflexion una que se da mucho la mano con esta. Los gramáticos alemanes, que se metieron á teólogos con tanto daño suyo y de la Iglesia, levantaron el grito contra la escuela y contra mí. Yo no sé si porque sus libros cundieron mas de lo que debieron cundir, se les pegó á muchos católicos esta manía, que ellos juzgaron inocente; ó si el haberse metido á impugnadores mios fue efecto de alguna constelacion anti-aristotélica que reinase entonces. Lo cierto es, que mi doctrina, que hasta aquel tiempo, ó hasta aquel punto, se habia mantenido en pie contra las impugnaciones de tal cual cabeza gorda, que le habia puesto los puntos, empezó á caer con bastante prisa. ¿Descartes por una parte, Gasendo por otra, ¿qué esfuerzos omitieron para arruinarme? No les faltó mas que decir aquello de *nugis*: porque todo lo demas que se puede decir contra un hombre de bien, lo dijeron contra mí; y aun excedieron en esta parte sus escritos al célebre tratado de Campanela *de Gentilismo non retinendo*. Cundieron sus libros mas de lo que merecian;

tuvieron mas discípulos, que lo que se podia esperar, y se hizo como principio incontestable en todos los filósofos de la nueva extraccion, que leer á Aristóteles era perder el tiempo. Vinieron despues de ellos otros filósofos, que poco satisfechos de las obras de sus maestros, se fueron á otras partes á buscar la verdad. Anduvieron de aquí para allí, hasta dar últimamente con mis obras: pero como sacar públicamente de ellas algunas cosas era un contrabando tan grande, lo que hicieron fue sacarlas por alto, y disimularlas de modo que pudiesen pasar. La universidad de Leipsik fue la primera que se quitó la máscara: y el señor Tomasio (que vuestra reverendísima sabe que es testigo fuera de toda sospecha) asegura en el prólogo de su Física, que en ella se suele seguir á Aristóteles; y que aunque los libertinos del dia (así los llama él) digan de esto que es una indigna servidumbre, espera no obstante que entre los justos estimadores de las cosas merezca aceptacion y aprecio. El señor Leibnitz hizo lo mismo, y tuvo valor (mire vuestra reverendísima qué picardía) para imprimir una carta *de Aristotele recentioribus conciliabili.*

Ultimamente los Eclécticos se precian ya de leer mis obras, y de tomar de ellas sus cositas; y á pesar de las excomuniones que impusieron Descartes y Gasendo contra el que volviese á tomar en boca aquello de *materia*, *forma*, *acto*, *potencia*, *cualidad*, y otras tales de mis bagatelas, ya se leen en sus libros con no poco consuelo mio. Añada vuestra reverendísima á esto la varia fortuna de todos sus filósofos. Al principio eran de corazon, ó Cartesianos, ó Gasendistas. Vino Mallebranch, y le quitó unos pocos de discípulos á Descartes su maestro. Vino Maignan, y enmendó los átomos de Gasendo. Ya tenemos cuatro filosofías realmente distintas. Vinieron otros, y como hallaron portillo abierto, se salieron por donde les dió gana, y ya se aumentó considerablemente el número de sectas. Vinieron Wolfio, Leibnitz, Newton, Locke y otros, y destruyeron lo poco que habia quedado de los anteriores, sin dejar por esto de destruirse mutuamente. En tanta multitud de sistemas, hipotesis, opiniones y disparates, ¿qué quedaba que hacer? ¿Volverse á las bagatelas de Aristóteles? *Absit.* El remedio, que se intentó, fue sacar á plaza pública la gran pantomima del

Eclecticismo. No se escandalice vuestra reverendísima, que á su tiempo se lo haré ver tan clarito, como le he hecho ver que no sabe gramatica. De donde se sigue, que si hubiese un Bosuet en la filosofía, como lo hubo en la teología, tendria los mas bellos materiales para sacar una historia de variaciones; y podria hacer ver, que así como los pretensos reformadores de la religion, que al principio declamaban contra los católicos como anti-cristianos, como jumentos, como corruptores de la ley, *et cætera*, se vieron en la precision de variar hasta hacerse indiferentistas, y asegurar, que no solo los católicos, sino tambien los mahometanos y gentiles habian de salvarse; del mismo modo los reformadores de la filosofia, que tanto gritaron contra mis escritos, y tan altamente los despreciaron, no habian dejado de innovar y variar hasta el estremo de caer en el indiferentismo de filosofía, que ellos quieren que pase por eclecticismo.

Vamos, padre mio, á la última reflexion. ¿Mis bagatelas han servido á la divina teología? Es incontestable. ¿Y todavia se atreve vuestra reverendísima á tratarlas de bagatelas? ¿Es vuestra reverendísima del número de aquellos que juzgan que con la teología puede juntarse cualquier cosa? La verdad es una, es la misma, ya sea que la naturaleza la descubra, ya sea que la gracia la revele: la verdad aborrece el error: es imposible que jamás se compadezca con él, como ni la luz con las tinieblas, ni el ser con la nada. Ve vuestra reverendísima que con mi filosofía se ha establecido firmísimamente la teología natural: que en la revelada ha servido ella en cuanto le han mandado. Es verdad que no ha probado los misterios, porque ellos no lo serian, si se pudieran probar; pero es cierto tambien que ella les ha buscado las razones de congruencia; que ha servido para explicarlos en cuanto son explicables, y sobre todo que ella ha destruido cuantas cavilaciones tomaron de la sabiduría profana los enemigos de la religion. Vea vuestra reverendísima entre muchos otros á santo Tomas en la Suma contra gentiles; y si tiene todavia algo de libertad su preocupado entendimiento, conocerá, que cosas como las que allí hay, no deben llamarse bagatelas. Pues ahora bien, manifiésteme en su filosofía favorita una cosa, que se parezca á aquella. Hágame ver que ella ha servido á la teología, como

sirvió la mia. Me pondrá vuestra reverendísima mil egemplos de hombres, que fueron muy buenos católicos, y con todo eso la siguieron. No es esa la dificultad: se puede ser buen católico, y mal filósofo, así como se puede ser buen filósofo, y mal católico; mas no es este el punto de la dificultad, ó de la disputa. Señáleme vuestra reverendísima uno que haya hecho servir los *átomos*, *partículas*, *atracciones*, y demas zarandajas al estudio de la religion. Es preciso que vuestra reverendísima se embaraze demasiado con lo que le pido; pues todos, ó los mas de sus antecesores, salen por el registro de que hablan como filósofos, y no como teólogos, y que una cosa que es verdad segun la filosofía, puede ser falsa en buena teología. Efugio indigno de un hombre que sepa las difiniciones siquiera de ambas facultades: efugio que condena la razon, y que condenó la Iglesia en el siglo XII ó XIII; pues ya no me acuerdo cuando fue. No estrecho mas esta pregunta porque me voy á otra.

¿Qué juzga vuestra reverendísima de tanta secta de impíos, que inundan el mundo á título de filósofos? ¡Ah! señor Aristóteles, me dirá vuestra reverendísima, no hay que tocar en eso: ningun filósofo católico debe sufrir la nota de patriarca de los impíos. Yo, padre mio, convengo en ello: tengo por católicos á Descartes y Gasendo, y á todos los demas á quienes la Iglesia reconoce por tales. No me pasa por la imaginacion creer de ellos, que fuese su ánimo echar por tierra la religion de sus padres, y creo firmemente que ni aun les ocurrió, que su filosofía podia servir para semejante cosa; pero vuelvo á preguntar á vuestra reverendísima: ¿de dónde proviene que los impíos, de quienes apenas habia noticia antes, se hayan aumentado en tanto número, se hayan atrevido á levantar partido, y reducir á sistema sus locuras y desbaratos, desde que empezó la licencia de echar cada uno en la filosofía por donde le parezca? Piense vuestra reverendísima la respuesta que debe dar, mientras yo atiendo á lo que ellos responden. Benito Espinosa dice: que él no es mas que discípulo de Descartes, y cada uno de los otros le hace igual injuria al mismo Descartes, á Gasendo, ó á otros. ¿Será impostura? Qué sé yo, padre mio. Para que yo no la tenga por tal, me dan suficientísimos motivos un Genuense, un Huet, un Leridan, un Villalpando, un

Piquer, y otros muchos filósofos modernos. El sistema de los *átomos* fue inventado por Epicuro para quitar de en medio la providencia, la existencia de una primera causa, la inmortalidad del alma, y otras tales verdades. Negó Gasendo todas estas consecuencias, es verdad; ¿pero de qué sirve negarlas, si quedan en pie los principios, que nacieron para establecerlas? En Inglaterra se piensa comunmente, que es imposible que crea que hay Dios el que fuere buen *atomista.* Y para el caso ¿hay mucha diferencia entre átomos y partículas, en que se meneen hácia acá, ó hácia allá? Con que agregue vuestra reverendísima á los átomos toda la filosofía corpuscular.

Dígame tambien, ¿no es cierto que Descartes, negando que los brutos tienen alma, explicó todas sus operaciones por el *mecanismo*? Pues ahora, póngame vuestra reverendísima un hombre persuadido á que cuantas acciones se ven en ellos proceden de sola la artificiosa disposicion de partes, y no tardaré yo en ponérselo *materialista.* No tardará él en decir que ¿quién puede comprender lo que puede hacer el Autor de la naturaleza, en vista de lo que puede la limitada fuerza y sabiduría de los hombres? Con que si el hombre puede dar tan admirable movimiento á un relox, v. gr.; si Dios, siguiendo el mismo artificio, por la mecánica disposicion de las partes ha formado unas máquinas tan admirables, ¿qué dificultad hay en que sean tambien máquinas los hombres? Es verdad que estos exceden incomparablemente á los brutos; pero esto está compuesto con que el mecanismo que los forma, tiene en ellos sobre los brutos una incomparable perfeccion, que el Autor de la naturaleza les pudo y supo dar, y el hombre no alcanza á comprender. ¿Qué tal, padre mio? Quien raciocinase así, sería mal cristiano, mal filósofo; ¿pero no es claro que sería buen Cartesiano?

Dejo otros innumerables egemplos que podia poner, por tomar uno de las conclusiones de vuestra reverendísima. Salga para ello la 142, donde dice del espacio (entre otras cosas) que no tiene términos, que es *eterno*, é *improducto.* Vuestra reverendísima aquí, para no decir una impiedad, tomó un trozo de cada una de dos sentencias contradictoriamente opuestas, y de las dos hace aquello que pinta Horacio en los primeros versos de su carta á los Pisones. Hubo

una reñidísima controversia sobre el espacio entre Newton y Leibnitz. Decia éste: que el espacio era *merum parùmque nihil.* Decia el otro: que lo era todo; pues era el mismo Dios, ó cuando menos su inmensidad, que todo es lo mismo. Leibnitz no atribuia al espacio mas que *nihil*, y *nihil*, y mas *nihil*, y en esto iba consiguiente á su sentencia. Newton por el contrario, como lo tenia por Dios, le echaba encima la inmensidad, eternidad, independencia, y otros tales atributos de la divinidad. Llega vuestra reverendísima aquí: ¿y qué hace? Pone por sugeto al espacio de Leibnitz, á saber *nihil*, y luego le aplica todos los atributos de Newton, que son los atributos de Dios; y para que la cosa se ponga mas bonita, se vale del terminito *negativè*, hurtado de la escuela, y malísimamente pegado al asunto. Yo tengo á vuestra reverendísima por tan buen cristiano como mal filósofo (y crea que este es el mayor elogio que puedo dar á su ortodoxía); y á consecuencia aunque veo que la citada proposicion de vuestra reverendísima contiene *nugacissimas nugas*, conozco no obstante, que ella puede pasar sin perjuicio de la religion. Pero demos caso que uno de los discípulos de vuestra reverendísima se viese tentado por una parte del diablo, y por otra del respeto de su maestro: demos que formase del espacio la idea que, á excepcion de pocos, han formado todos, á saber: que él es un ser, que tiene alguna entidad; y por otra parte, acordándose de la doctrina de su maestro, le atribuyese la infinitud, la eternidad, la independencia. Este tal sería menos mal filósofo que su maestro, porque al menos pondria un disparate mas inteligible; pero al mismo tiempo, ¿no incurriria en el politeismo de Manes? ¿No admitiria dos Dioses, uno el que todos conocemos, y otro este ser, este espacio eterno, improducto, y demas desatinos, que vuestra reverendísima le atribuye?

He tocado estas especies, Padre mio, porque vuestra reverendísima es teólogo, y siéndolo debia advertir por razon de su profesion, lo que no advirtieron tantos monsieures filósofos, que se metieron en el colmenar sin careta; quiero decir, que trataron la filosofía sin conocerla, ni entender el enlace que ella tiene con la religion. Cuando la que yo enseñé no tuviese otra excelencia, sería cosa indigna tratarla de bagatelas; y cuando la que vuestra reverendísima sigue

no tuviese mas inconveniente, aunque ella fuese tan linda como la predican sus patronos, siempre sería una vanidad, una ignorancia, una bagatela. Quedemos, pues, en que la palabrita *nugis* está malísimamente puesta; pero que se le debe perdonar á vuestra reverendísima, porque no entendió lo que puso.

Si yo pudiera explicarle el sentimiento que me queda por lo mucho que dejo por decir, ciertamente me tendria lástima, como hombre que sabe por experiencia cuán grandes son los deseos de parir las cosas que se pegan al corazon; pero me hago cargo, lo uno de que no es menester tanto, lo otro de que todavia nos veremos despacio; y últimamente, de que no es muy poco lo que he apuntado. Para una sola cosa me ha de dar vuestra reverendísima licencia. Tengo mucho escrúpulo de haber expuesto á Luis Vives al enojo de vuestra reverendísima, y tanta otra gente doctora como me quieren mal, citando aquel pasage donde da las causas de por qué mi filosofía les parece á muchos bagatelas. Me temo que vuestra reverendísima lo saque algun dia en otro papel de conclusiones con un vestido peor que el que me ha puesto á mí; y por tanto para que el pobrecito vaya menos afrentado, si llega este caso, he querido darle un compañero que le ayude á pasar la vergüenza. Este es el señor Cano en su lib. 10, cap. 3. *Nec video....* (lo dice él) *cur ejusmodi philosophos tanto Lutherani* (no tenia yo entonces otros enemigos que mereciesen atencion) *odio prosequantur, nisi quod auctores obscuros, intellectuque difficiles perdiscere nec volunt, nec vero possunt. Etenim optimi cujusque philosophi commentaria, præsertimque Aristotelis, discipulum non modo ingeniosum, sed amantem etiam laboris exigunt. Isti vero cum parum ingenio valent, tum in laboribus è vita christiana pellendis occupati, et sunt, et fuerunt. Quamobrem, quod in philosophorum libris difficile, atque arduum esse vident, id et horrent ipsi, et ab eo juvenum animos alienant.* Perdone vuestra reverendísima la cortedad, y espéreme con aquello de *excusso jugo* para la carta que viene.

Amigo don Manuel: yo no sé lo que me he hecho. Tanto me he olvidado de V., que mi carta parece mas bien dirigida al P. Mas no ha estado en mi mano no transportarme, cuando tan insolentemente se me injuria. V. perdone

que yo me enmendaré, y no volveré á cometer semejante desatencion. No tiene que dudar de mi buen afecto, y puede creer que soy su mas apasionado servidor. = *Aristóteles.*
...... á 11 de septiembre de 86.

P. D. Lo que tenia mas en memoria se me iba ya olvidando. V. se acordará de aquel clerizonte, de quien me dió noticias el revendon de mi primera. Carta haber dicho: que santo Tomás no podria jamás quitarse la mancha de haber adoptado mi doctrina; y que si ahora se ofreciese canonizarlo, no andaria la cosa tan fácil. Hágame V. favor de buscarle; pues aunque los clerizontes de esta especie son por allá mas que los de ROJAS, las señas que dí entonces, y otra que añado ahora, y consiste en usar de un bonete jesuítico en gloria y honra de los Jesuitas, sus maestros, pueden servir á V. de cabo para descubir el ovillo. Luego que V. lo encuentre, mándele echar, por mi cuenta, un lindo arnero de paja y tres cuartillos de cebada, que es lo que justamente merece.

CARTA VIII.

Sr. D. Manuel Custodio.

Amigo mio: á no asegurármela V. con su innata formalidad, era imposible que creyese yo la novedad de que me avisa. ¿Quién habia de creer que unas Cartas escritas por mí, firmadas de propio puño, llevadas por Averroes, y entregadas en mano propia, se habian de tener por anónimas, y se habian de atribuir á ese sugeto que V. me dice, que ni las escribe, ni las firma, ni las lleva, ni las entrega? Verdaderamente que la malicia anda muy de sobra; y que los hombres, que en el dia de hoy se estan tragando con la boca abierta tantísimas paparruchas, solo estan mal dispuestos para creer la verdad. V., amigo mio (permítame que se lo diga), V. tiene la culpa en mucha parte. Debia V. manifestar mis Cartas á esos incrédulos: debia, si fuese necesario, asegurarles con toda formalidad que yo soy el escritor; y no le digo que debia llamarlos á su casa para que por sus mismos ojos viesen á Averroes, porque me temo que quizá harian con él lo que con Sancho Panza en la venta-castillo de don Quijote. A mí no se me daria cuidado de que las atribuyesen á otro autor, si estuviésemos en otro tiempo. Si ellas tienen algo de provecho, yo por acá no lo he de menester: si faltas, otras cosas peores dan de comer á quien las escribe: con que por esta parte lo mismo se me diera de que las tuviesen por mias, ó de que se las adoptasen á Periquillo Fernandez. Mas, amigo mio, los tiempos se han mudado. Hubo ocasion en que el Parlamento de París tuvo por pecado el que se me impugnase; ahora no es hijo de buenos padres el que no me impugna: y no quisiera yo que ningun pobre tuviese que pasar por la ignominia de ser no solamen-

te peripatético, que hiede á fraile que apesta, sino tambien defensor de Aristóteles, que mas valdria meterse á francmason. Por esto espero merecer á V. el favor, primero: de que desengañe á los que pueda: y despues de que le haga una visita á ese sugeto; le pida perdon en mi nombre, si es que yo tengo la culpa de que le echen la que no tiene, le consuele del mejor modo que pueda, y le asegure que desde luego abandonaria yo mi trabajo porque él no tuviese que sentir, si no temiera que mi silencio habia de ser en boca de los filósofos sietemesinos arrepentimiento y confusion. No omita V. esto que le encargo, y vamos á añudar el hilo de mi defensa, que se interrumpió en la conc. 19. del P. N.

Esta misma conclusion y este mismo P. han de dar tambien materia á esta Carta, aunque el P. N. tome queja de que por ahora no hago caso de él; bien que yo procuraré desenojarlo á su debido tiempo. Dice, pues, así la conclusion citada: *Tandem Aristotelis excusso jugo, nugisque derelictis, philosophia tribus superioribus sæculis multiplici observatione, et experientia novo quodam lumine perfusa, à viris sapientissimis, licèt non omnino, magna tamen ex parte, ab ignorantiæ tenebris fuit effossa.* Si no me hubiese propuesto desde el principio mantenerme solamente sobre la defensiva, tendríamos materia en sola esta conclusion para un par de docenas de cartas. Diríamos algo sobre la observacion y experiencia que el P. magnifica tanto, y sobre la nueva luz que dice ha amanecido á la filosofía: nos reiríamos un poquito de estos varones que *inflatis buccis* llama sapientísimos, y le haríamos ver que esto de ser *crítico* requiere unas narices mas largas y mas bien sonadas que las que tiene vuestra reverendísima. Para muestra de ello, hagámosle una preguntita. ¿Qué quiere decir su reverendísima cuando dice, que la filosofía fue desenterrada desde el siglo XV hasta el presente? ¿Estará creido acaso en que los hombres no supieron filosofía en los cincuenta y mas siglos que precedieron al quince? Si piensa esto, no hay duda que hace un gran obsequio al género humano. Pero ciertamente no lo piensa, pues desde la conc. 6 hásta la 13 refiere la reparacion y progresos de ella, hasta que la invasion de los bárbaros la precisó, como el P. dice, á ir huyendo á la Arabia, que es como si dijésemos, salir de Tebas, y entrar en Hardales. ¿Con que segun

esto la filosofía desenterrada es la misma que reformaron los caldeos, persas, indós, &c., y cultivaron los griegos? ¿Y por dónde ha tenido el P. esta noticia? ¿Qué filosofía de los griegos es esta desenterrada? ¿Dónde está? Yo bien sé que Benito Espinosa ha desenterrado el *Uno todo* de los eleatenses: que otros han hecho parecer de nuevo el fatalismo, ó hado de algunos Griegos, el ateismo de Epicuro, el Dios sin providencia de otros, la impudencia de los cínicos, la eternidad del mundo que yo admití, y no extendí tan malamente como ellos. ¿Es esta quizá la filosofía, que debe su restauracion á esos sapientísimos desenterradores, que aplaude el Padre reverendísimo? Yo ciertamente no encuentro que se haya desenterrado otra. Ó sino, dígame el P., ¿dónde estan los que se precian de discípulos de Platon, de Sócrates, de algun otro, ya sea griego, ya sea latino, de los que merecieron el título de verdaderos sábios? ¿Dígame siquiera cuál de sus filósofos favoritos se ha propuesto de recoger entre ellos lo que debe recogerse? Y mientras el P. no me lo diga, no lleve á mal que crea yo, que cuando tomó la pluma para escribir su aserto, fue como el pintor de Ubeda, que tomaba el pincel para pintar lo que saliese.

Mas ¿piensa el P. que les hace algun honor á sus amabilísimos desenterradores con decir, que ellos han sacado á luz la filosofía que cultivaron otros, y quedó sepultada entre el escombro de los peripatéticos? Yo le aseguro que si Descartes, Gasendo, Newton, Leibnitz, y demas patriarcas de la filosofía de buen gusto lo oyesen, en el mismo punto lo habian de apedrear. Todos ellos han aspirado á ser filósofos originales, aunque en la realidad no lo hayan sido. Sabemos de Descartes que tomó casi todo su sistema de la Margarita Antoniana, de Gomez, de Pereira, y de las obras de un tal Jordan Bruno, que murió quemado por la Inquisicion; pero tambien sabemos que el mismo Descartes en su obra de los *Principios*, empieza suponiendo que ninguno de los antiguos habia tenido felicidad en sus investigaciones, y que él se proponia buscar un camino para llegar á la filosofía que ellos no encontraron. Sabemos que Gasendo no hizo mas que darle una escarda á los *átomos* de Epicuro, y entresacarles aquella mala yerba que sus ojos pudieron descubrir, dejándola muchas raices que produjesen despues ti-

zon, neguilla, vallico, &c.; pero tambien sabemos que no por esto cede él el derecho de ser patriarca de los átomos. Sabemos que el movimiento de *atraccion* fue bastante conocido de los antiguos; pero tambien sabemos que Newton no rebajará ni un maravedi de aquello que ha sido descubrimiento suyo. Sabemos que Leibnitz quiere de por fuerza que lo tengamos por descubridor de la *razon suficiente*; pero tambien sabemos que Pedro Abaelardo habia dado muchos siglos antes en el disparate del *Optimismo*. Por último: apenas hay filósofo del dia, grande ó chico, amarillo ó colorado, que no se tenga por inventor. Con que yo no sé como el Padre reverendísimo tiene conciencia para privarlos de esta gloria, y de filósofos hechos y derechos ponerlos á la ignominia de desenterradores. Allá se las haya con ellos; pues yo sobre esto he hablado mas de lo que pensaba, y no es poco lo que tengo que decir sobre mí, que es lo que mas me importa.

No nos metamos mas con el *nugis derelictis*, y atengámonos solamente á aquello de *Aristotelis excusso jugo*. Dejaria el P. de ser filósofo consumado á la moda, si no hubiese puesto esta expresion favorita de la filosofía moderna; y aun todavia no ha hecho todo lo que debiera en esta parte, pues no es filósofo de bien el que cuando se trata de mí no trae aquella comparacion tan bonita que hace Verulamio de Aristóteles con el gran Turco, que á todos los destruye para reinar solo. Sírvase V. de avisarle este descuido para que otra vez no incurra en él, ni salga su aserto sin ese perfilito que traen hasta los filósofos modernos de menos valer; y vamos ahora á examinar esta expresion favorita que se ha hecho de moda, que toman sin examen unos filósofos de otros, y que no tiene ni mas ser, ni mas substancia, que él sonsonetillo de las palabras. ¿Qué quiere decir *este yugo de Aristóteles*, que para el bien del género humano han sacudido las cervices de los eruditos? ¿Qué tiranía, qué opresion es esta tan digna de quitarse del mundo, aunque sea por el medio de otras vísperas sicilianas? Si se les hace esta pregunta á esos oráculos de Delfos, los verá V., amigo don Manuel, ó no saber responder, ó responder un disparate, y quedar en nada la tiranía, el yugo, la esclavitud, y otras cosas semejantes de Aristóteles. Los verá V. envueltos en el fanatismo, que ellos mismos atribuyen á los escolásticos, y

verá que los escolásticos ni han gemido bajo de yugo alguno, ni se han conducido mas que por unos pensamientos dignos de unos hombres filósofos.

En efecto: los capítulos de acusacion que se ponen contra ellos para justificarles que son esclavos, se reducen á tres. El primero: que con citar mi autoridad juzgan decidida la causa. El segundo: que con seguirme, se creen dispensados de hacer caso ni uso de cualquiera otro filósofo. Y el tercero: que á consecuencia de esto, son incapaces de alcanzar la verdadera filosofía, que ó no se halla en mis escritos, ó si se halla está muy diminuta. Digamos algo sobre todo esto, defendamos á los escolásticos, y veamos si los acusadores y testigos tienen tacha en lo mismo de que los acusan.

¿Dónde hay paciencia, dicen ellos, para que un hombre que tiene su juicio, tal cual Dios se ha servido dárselo, no haya de usar de él, haya de atenerse á lo que hubiere dicho Aristóteles, y se le haya de aturrullar con su autoridad y su nombre lo mismo que los muchachos con el bú? Dicen muy bien sus Señorías; y no hay duda que por este principio se puede adelantar mucho, y que por este principio han adelantado mas de lo que debieran toda casta de hereges, y mas que todos los incrédulos del dia, que piensan que su razon es la vara de medir todas las cosas, y el tribunal supremo de donde no hay apelacion para otra parte. Dicen muy bien; y por este principio deben reformarse todas las ciencias y todas las artes, y no solamente la filosofía. Porque ¿dónde hay paciencia para que en las matemáticas nos hayamos de atener á lo que dijo Euclides: en la medicina á Hipócrates: en la jurisprudencia á Ulpiniano; y en las demas ciencias á los que, porque los hombres quieren, han pasado y pasan por maestros? ¿No tengo yo mi razon para usar de ella? Pues ¿por qué he de sujetarme á lo que dijeron otros, que *mutatis mutandis* fueron unos hombres como yo? ¿Por qué razon he de creer, que para ser buen orador debo formar mis oraciones al egemplar de Ciceron ó de Demóstenes; para mis poesías al de Homero ó Virgilio; para mis músicas al de un italiano, que quizá sería medio hombre, siendo así que yo soy hombre entero y verdadero? ¿Por qué razon teniendo yo un juicio tamaño como una casa para decidir sobre lo que se me antoje, he de

dar crédito á los historiadores haciéndome dificultad las cosas que refieren? ¿No puedo yo pintarlas á mi amaño, como ellos las pintaron al suyo? ¿Por qué razon, en fin, yo, que soy aprendiz de cualquier oficio, he de sujetarme á lo que me diga el maestro, he de llamar las herramientas con nombres estrambóticos, las he de manejar como él me mande, y he de empezar y concluir las faenas, no segun mi caletre, sino como el del otro, que segun todas las señas es inferior al mio? ¿No sería mejor que cada uno se entendiese como pudiese, y lo hiciese todo en derecho de sus narices? Ve V. aqui, amigo don Manuel, hasta donde trasciende el célebre principio de la *filosofía moderna*, sobre el que como basa han fundado y fundan los que quieren sacudir mi yugo; y ve V. aqui la raiz de los infinitos desatinos que se han dicho y se dirán por estos filósofos, porque el diablo quiere.

Admitido una vez por principio que el hombre no debe sujetarse al dictámen de otro, y que todo lo debe ver por sus propios ojos, créame V. no habrá locura que no pase, ó por decir mas bien, que no deba pasar por filosofía; así como admitido este mismo principio en la teología, no hay blasfemia que no deba pasar entre los discípulos del pérfido Lutero. No hay remedio, amigo mio, lo primero que cualquier hombre que lo sea debe suponer es, que la naturaleza (no digo Dios porque no me tengan por anónimo) ha producido y produce hombres para que sean los príncipes y conductores del género humano en cada una de las facultades: que así como siendo todos los hombres iguales por naturaleza, es de la misma naturaleza el que haya Legisladores, Príncipes, Magistrados, á quienes los otros se sujeten, á quienes obedezcan, á quienes respeten; del mismo modo inspira ella misma semejante respeto á unos genios felices, que de cuando en cuando produce para maestros de los restantes hombres. Sabe V. la infinita diferencia que hay entre los ingenios. Sabe V. (y bien pudieran conocerlo algunos amigos) que hay hombres á quienes, si las orejas les crecieran un poco, se les podia echar una albarda. Sabe que los hay de mejores luces. Sabe, en fin, que se encuentran algunos de un entendimiento prodigioso. Pues ¿dónde hay juicio para llevarlos á todos por un rasero? ¿Qué desatino es pre-

tender que cualquiera borrico de dos patas, *hoc ipso*, que se meta á filósofo, ha de seguir en todo su miserable capricho, y ha de despreciar los dictámenes de aquellos grandes hombres, dados al mundo por maestros, y respetados como tales por el consentimiento de siglos y mas siglos? ¿No es una locura esta la mas fuera de propósito?

Esos señores mios, que cuando los discípulos les instan con algun argumentillo á que no saben responder (como sucede siempre que se lo ponen) se dan á Barrabás, los ponen como un trapo, y quieren defenderse con que son maestros, debieran hacerse cargo que yo tambien lo soy: y que si ellos quieren que su autoridad decida contra la razon, no valiendo su autoridad, ni aun á favor de la razon, lo que vale una cáscara de nuez, no deben estrañar que otros quieran valga mi autoridad donde no se encuentra la razon. Yo no me acuerdo si es Clemente Alejandrino, ó si es otro Padre de la Iglesia, el que dice: que Dios fue Autor de dos Testamentos: uno *revelado*, que depositó entre los hebreos: otro *adquirido* con las luces de la razon, que entregó á los griegos. Con que si VV. allá para las controversias de la fé acuden, como deben, á los libros del Testamento hebreo, ¿por qué razon no deberán acudir en las controversias de la filosofía al Testamento de los griegos? Señor, dicen, las controversias de la filosofía no deben terminarse por autoridad: sola la razon debe decidir. Señores mios, eso es verdad; y porque la razon sola es la que debe decidir, por eso debe entrar de cuando en cuando la autoridad. Ó si no, díganme: cuál de estas dos cosas es mas ajustada á razon, ¿echarse á soñar cada uno su disparate cuando la verdad no se encuentra, ó seguir en este caso el dictámen y las conjeturas de un hombre qué casi siempre dió con la verdad? Cuál de estas dos cosas es mas conforme á razon, ¿presumir yo de mí mismo que he de alcanzar lo que otros talentos superiores al mio no alcanzaron; que puedo decidir como se me antoje en lo que los otros no decidieron; ó guardar una modestia racional, reconocer la superioridad donde la hay, y donde faltan las demostraciones atenerme al juicio de los peritos?

¡Ah! que estos se pueden engañar. Es verdad: mas mientras no se hace manifiesto el engaño, ¿no es mas natural,

que nos engañemos nosotros? Señor Aristóteles: mire V. que *miserum est auctoritate decipi* (san Agustin *de utilitate credendi*). Señores mios: *sed certè miserius non moveri*, continúa el mismo Santo. Si es miseria dejarse engañar de la autoridad, mayor miseria es no hacer caso de ella. Si es miseria creer, es este uno de los males necesarios (como algunos llaman á las mugeres): si es miseria, es una miseria que han juzgado por necesaria todos los hombres grandes. Yo me acuerdo de haberme estado toda una noche sin dormir para haber salido diciendo por la mañana: *oportet addiscentem credere.* San Ambrosio dijo tambien (no sé si despues de haber estudiado tanto): *primus discendi ardor nobilitas est magistri.* Y nuestro amigo Ciceron hablando sobre cierto punto, en que no concordaban con Sócrates y Platon los filósofos menudillos de aquel tiempo, se atrevió á decir: *Plato, et Socrates, ut rationem non redderent, auctoritate tamen hos minutos philosophos vincerent.* De modo, que si ahora viviese el señor Tulio, tendria que decirlo de esa buena gente con quien tengo yo mis controversias. Quedemos, pues, en una cosa enteramente cierta, y es: que en la filosofía, como en todas las cosas humanas, es necesario que una ú otra, ó muchas veces, nos atengamos á la autoridad.

Sentado una vez este principio, tengo ganado el pleito sin disputa; pues si la autoridad debe valer algo en la filosofía, bien claro es que no ha de ser la autoridad del lector teólogo, ni la del P. N., ni la de los señores catedráticos, ni la de ningun otro filósofo de infantería, sino la de aquel ó aquellos que se reputan por filósofos de primera suerte. Á mí, cuando no me reputen por el príncipe de la filosofía, por el filósofo por antonomasia, por el ingenio mas feliz que ha tenido el género humano (como me reputaron tantos siglos y tantos grandes hombres), no podrán al menos negarme la gloria de haber sido, cuando no el mejor, uno de los mejores. Es, pues, una manifiesta injusticia la que se hace á los escolásticos cuando se les culpa de que en las cuestiones indecisas se acogen al sagrado de mi autoridad.

No saben ciertamente esos señores donde tiene la filosofía las narices: ni conocen lo mismo que admiten, como diré despues; ni mucho menos tienen idea de lo que impugnan. Oyen decir á los escolásticos: *Aristóteles lo dice en tal*

parte: ven que en diciendo esto se da el otro por vencido, y al instante arguyen: blanco, y migado: luego leche. Luego que se citó á Aristóteles, calló la controversia: luego son unos miserables esclavos de Aristóteles. Poco á poco, señores pensadores, que todo el monte no es orégano. ¿Saben VV. lo que quiere decir esta palabrita: *Aristóteles lo dice*? Señoritos, quiere decir: Aristóteles lo demuestra: Aristóteles lo prueba, ó en tal libro de Aristóteles está demostrado ó probado. No se me alboroten los angelitos, que voy á explicarles el cómo y la manera. Han de saber sus Señorías, que en mi tiempo habia dos castas de filósofos: una que en cuanto enseñaba tenia como último principio, ó las tradiciones de sus mayores, ó la autoridad del gefe de la secta. Sabido es aquello de los pitagóricos, que con su *magister dixit* tenian dada la razon de cuanto enseñaban. Habia otros que no se contentaban con esto; que miraban las cosas en sí mismas, prescindiendo de lo que otros habian dicho, y no conocian otro norte en la filosofía que la razon. De esta raza fuimos Sócrates, Platon mi maestro, y mas que todos yo: hasta los muchachos saben aquello de *amicus Socrates, amicus Plato, sed magis amica veritas.* Digo: que yo fui mas que todos, porque ni Sócrates, ni Platon, se atuvieron tanto á la demostracion como yo me atuve. Léanse una por una mis obras, y se verá en todas partes este carácter.

Mas para ahorrarles á los señores mios este trabajo tan fastidioso y tan inútil (pues de la leccion de ellos han de salir tan vírgenes como entraren, segun la profecía de Luis Vives), oigan el dictámen de uno que las leyó y las entendió: este fue el señor Diogenes Laercio, que dice en mi vida: *in descriptione rerum naturalium præter cæteros rationem maximè secutus est, adeo ut minimarum quarumcumque rerum reddiderit causas.* Esto mismo dicen casi todos los que hacen crítica de mí: de modo que el carácter que me distingue de todos los otros filósofos es, que mas que todos ellos fui aplicado á buscar la razon, y que por de poco momento que fuese lo que establecia, habia yo de buscar y dar las causas de mi proposicion. De aquí fue aquel mi célebre dicho de *Barbarus ille benè loquitur, sed nihil probat*, al leer el Génesis de Moisés. Admiré en él la magestad de la expresion, la belleza del lenguage: por fin, la excelencia de un libro

dictado por el Espíritu Divino: y con todo eso cerré los ojos á la luz, porque no encontré las razones y los silogismos, que eran todo mi embeleso. De aquí fue el odio irreconciliable que me tuvieron algunos Padres de la Iglesia. Combatian estos con varias suertes de hereges, especialmente con los arrianos; les argumentaban, como pedia la materia, con la divina Escritura; pero ellos respondian con los silogismos. En una materia en que sola la fé habia de decidir, buscaban la razon: á una expresion terminante de san Pablo oponian una regla de mis categorías, y de aqui provinieron las terribles invectivas de los Padres contra ellos y contra mí: contra ellos, porque debiendo ser discípulos de Jesucristo lo eran mios: contra mí, porque de mis escritos tomaban armas para rebatir la verdad. Contra ellos, porque no querian sujetarse á la autoridad: contra mí, porque los habia enseñado á que en todo buscasen la razon. De aquí fue por fin la aficion que muchos Padres antiguos tuvieron á los Platónicos y Estoicos: á éstos, porque la rigidez de su filosofía simbolizaba algo con la santa autoridad del Evangelio: á aquéllos, porque en los libros de su maestro se hallaban muchas verdades reveladas de la religion, que él aprendió de los hebreos: mas en mis libros, en mis decisiones nada hay sin prueba, nada sin causa; y ve V. aqui, amigo don Manuel, cómo cuando los escolásticos me citan, no se atienen á que yo lo dige, sino á que yo lo probé: y el recurso á la autoridad no es otra cosa que recurrir a la prueba ó demostracion.

Pero donde mas se deja ver la injusticia de los filósofos *blanquillos* contra los escolásticos, es en la falsa suposicion que aquellos hacen de que mis dichos y mis razones se toman y se aplican sin exámen, y que todos ellos me tienen por infalible. Es esta una calumnia proferida sin conocimiento, y desmentida por hechos los mas auténticos é indubitables. Sabido es, que en mis escritos se encuentran algunos errores. Negué el principio al mundo, disminuí la providencia á la Causa de todas las causas, é incurrí en algunos otros defectos, hijos de la ignorancia humana, guiada solamente por sus escasas luces. Pregunto: ¿dónde está el escolástico que me sigue en estos errores? ¿Dónde al menos el que no los impugna? Admití como verdades invariables algunas, en las cuales la fé ha hallado su excepcion: v. gr. *Ex nihilo nihil fit. A*

privatione ad habitum non fit regressus. Accidentis esse est inesse. Quæ sunt eadem uni tertio, sunt eadem inter se &c. ¿Dónde está el escolástico, que en llegando á estos axiomas no les pone la excepcion que debe? Antes que los árabes se aplicasen á mi filosofía, ¿qué de exámenes no sufrió ella de los griegos y de los latinos? Despues que se aplicaron, ¿qué cosa dejaron sin disputar? Aténgome á los perpetuos comentarios que cita el P. N., y á otros que quizá no habran llegado á su noticia. Despues que ella llegó á manos de los cristianos, ¿ha habido libro alguno en el mundo que haya sido ni mas examinado, ni por mayores hombres, que mis obras? ¿No existen los inmortales comentarios que en el siglo XIII y siguientes se escribieron sobre ellos? ¿Qué proposicion ha quedado sin prueba, qué prueba sin exámen, qué palabra, qué coma no ha sido expendida con la mayor atencion y con la mas exacta solidez? Lean esos señores, lean alguno de los muchos y excelentes libros que se han escrito sobre mí: verán entonces una imágen de la verdadera filosofía: verán las demostraciones mas espesas, que las equivocaciones de sus libros favoritos: verán la solidez y el nervio con que se afirman mis dichos; la claridad con que se impugnan mis errores; la felicidad con que se resuelven mis dudas, y el juicio con que se expenden mis dictámenes. Y despues que hayan visto cuánto han sudado sobre mí hombres tan grandes; cuánto se hayan acrisolado mis dogmas, confesarán (si es que no tienen almas de borrico), que cuando se cita una autoridad de Aristóteles, admitida por todos, se cita una verdad ó una probabilidad de aquellas en que es necesario convenir; de aquellas que con mas teson y solidez se han examinado: confesarán, que cuando los escolásticos se remiten á mis dichos, se remiten á cosa pasada en autoridad de cosa juzgada: confesarán en fin, que si sobre cada uno de los puntos de filosofía no han de ser eternas las controversias, sino que alguna vez se han de dar por suficientemente examinadas, nunca mas bien se puede esto verificar, que cuando se sacan á plaza pública las proposiciones de Aristóteles. Sobre este mismo punto tengo que hablar mas, cuando tratemos del eclecticismo y nos contraigamos á cosas mas sensibles. Baste por ahora lo que he dicho para desvanecer el primero y principal capítulo, por donde se les quiere probar á los escolás-

ticos, que son unos meros esclavos de Aristóteles. Si siguen su autoridad, por razon de filósofos àlguna deben seguir: si la siguen, es citando á un hombre, que por confesion de todos es excelente maestro: si la siguen, tienen la confianza de que siempre está apoyada con la razon: últimamente, si la siguen, no es sin eleccion y conocimiento de causa; es despues de expurgada y controvertida por los hombres de mas talento que ha conocido el mundo en muchos siglos.

Al segundo capítulo responderé con mas brevedad, aunque no deja de tener sobrada materia, sobre que decir. Dicen pues esos caballeros: que los peripatéticos encantados con su filosofía no se dignan de leer otros filósofos. Concedamos redondamente por ahora esta mentira: ¿luego son unos esclavos de Aristóteles? La consecuencia mas natural y mas verdadera que debia sacarse era está: luego juzgan que cuanto se ha escrito despues de Aristóteles ha sido un perdedero de tiempo. No quiero decir con esto que en mis obras se halla completa toda la filosofía; sería una ignorancia asegurarlo: diré despues sobre este particular. Lo que digo es: que cuantos han tratado de enmendarme la plana, cuantos han tomado la pluma para descubrir un nuevo rumbo en la filosofía, ó es notorio que no han escrito mas que disparates, ó al menos se duda con sobradísimo fundamento. Recogí yo en mis escritos cuanto los antiguos habian dicho de provecho: me valí de sus trabajos (que aun por esto me acusan), añadí los mios, y saqué un cuerpo de filosofía donde se encerraba cuanto los hombres grandes, que me precedieron, habian adelantado en la verdad. Despues de mi muerte no se vieron mas en la Grecia aquellos filósofos corpulentos, que merecieron el nombre de sábios. Todo el que pudo se echó á la farándula de la filosofía; y de las innumerables sectas y escritos en que ésta se dividió, apenas ha quedado memoria. Digan esos señores; ¿cuál de estos filósofos debe leerse, y cuál lean ellos: y si ellos ni los encuentran, ni leen lo tal cual que ha quedado, no lleven á mal que los peripatéticos los imiten: bien entendidos, que aunque ellos lean á Lucrecio como filósofo, nunca consentiré yo que mis discípulos lo lean mas que como á poeta. Despues hablaremos de los latinos y árabes.

Vamos á los modernos. Se quejan pues de que mis escolásticos hacen muy poco caso de ellos. ¿Pero acaso los esco-

lásticos ni yo tenemos la culpa de que ellos no se lo merezcan? Pues qué ¿querian esos señores que unos hombres serios, como somos nosotros, nos anduviésemos de bagatela en bagatela, y últimamente tuviésemos de por fuerza que echarnos á la gran pamplina del *eclecticismo*? ¿Qué es lo que ha pasado entre esos filósofos de moda? Salieron los señores Descartes y Gasendo: y al ruido de la novedad arrastraron tras sí á infinitos charlatanes: de modo que las partículas y átomos se hicieron de moda en el siglo pasado. ¿Hay en el dia de hoy algun hombre de bien que quiera pasar por cartesiano ó gasendista? Ven VV. aquí porque los peripatéticos hicieron bien en despreciarlos, por no verse ellos despues despreciados tambien. Newton, Leibnitz, Wolfio son ahora de moda. Pero acaso ¿hay un racional siquiera que dude, que ellos han de caer en el mismo desprecio que los anteriores? Ya ha dias que se han empezado á abandonar. Ya ninguno quiere apellidarse con sus nombres: y aunque su filosofía no sea otra cosa que varios remiendos tomados de estos autores, unos pegados y otros mal cosidos; con todo eso no quieren los *eclecticos* del dia ser tenidos por sus discípulos.

El abad Pluche está gracioso en esta parte: fue primero cartesiano, y su buen talento le hizo en breve desertar de Cartesio. Se acogió á Newton pareciéndole que sería otra cosa; y cátate ahí que á toda prisa tuvo que renegar de Newton. No quiso fiarse mas de los otros sapientísimos varones, y para entablar su plan de filosofía juzgó por mejor acogerse al sagrado de: *In principio creavit Deus cœlum, et terram*, de donde nadie lo tiene de sacar. Señores mios, ¿cómo quieren VV. que los escolásticos se convengan en leer y seguir á sus aplaudidos filósofos, si ni aun VV. mismos se convienen en señalar quien es el que merece los aplausos? En boca de un gasendista no valen maldita la cosa Descartes ni Newton. Los discípulos de estos dicen lo mismo de Gasendo, Leibnitz, &c. Unos á otros se descubren la caca; y los escolásticos que estan viendo los toros desde talanquera, dicen lo que Lactancio *de falsa sapient.* lib. 3. cap. 4. *Unaquæque secta omnes alias evertit, ut se suaque confirmet, nec ulli alteri sapere concedit, ne se decipere fateatur; sed sicut alias tollit, sic ipsa quoque ab aliis omnibus tollitur. Nihilominus enim philosophi sunt, qui eam stultitiæ accusant: quamcumque laudaveris, veramque di-*

xeris, à philosophis vituperatur ut falsa. Credemus ne igitur uni sese, suamque doctrinam laudanti; an multis unius alterius ignorantiam culpantibus? Rectius ergo sit necesse est, quod plurimi sentiunt, quàm quod unus. Señores mios, vuelvo á decir; convénganse VV. en señalar esos libros donde está encerrado el tesoro de la filosofía. Luego que esten convenidos avísenme y veremos; mientras no, dejen á los escolásticos que se entretengan con sus metafísicas; pues dado caso que ellas sean disparates (ya lo tengo dicho) son disparates mas antiguos y estan primero.

Pero es el caso, que la acusacion sobre que hablamos, es una abierta mentira: segunda respuesta. Jamas han pensado los peripatéticos que con leerme, se hallan dispensados de aplicarse á leer en otros filósofos. Los del siglo XIII, á pesar de la penuria de libros que entonces se experimentaba, tuvieron mas noticia de los filósofos y filosofías griegas, que las que tienen los señores de ahora. Léase á santo Tomás exponiendo mis metafísicas en sus libros *contra gentiles*; y en casi cada página de las demas de sus obras. Léanse otras de aquel mismo tiempo, y se hallará ser una calumnia la que se les opone. En órden á los latinos es menester que esté ciego el que no vea el uso que han hecho los mas de los escolásticos de Tulio, Séneca, los Plinios y Boecio. No tienen los señores erudítos del dia tanta curiosidad. Que leyeron y se aprovecharon de los árabes, es tan cierto, como que el P. N. los acusa por este capítulo. Ultimamente tienen de los modernos mas noticia de lo que se piensa: y con la gracia de haber sabido aprovecharse mejor de lo que estos han descubierto. Andan en manos de todos el Ferraris, el Goudin, el Guerinois, el Rosselli y otros que han sabido usar bien de los descubrimientos de los nuevos filósofos que son lo que ellos alegan por mérito, como si encontrarse una perla no fuese tan fácil á un cerdo como á un hombre. De los sistemas y algarabías de esos señores tienen mucha mas noticia, que la que esos señores tienen del peripato; pero esto es poco. V. sabe, amigo don Manuel, que yo soy tan peripatético como que soy Aristóteles: sabe V. el mucho tiempo que ha que en Sevilla se está siguiendo la filosofía de moda; pues despues de esto me tengo por mas instruido en ella que todos esos señoritos que hacen profesion de modernos, y quieren pasar en

esa ciudad por patriarcas de la filosofía de buen gusto. No atribuya V. esto á arrogancia. El pimporrero me ha informado muy por extenso de lo que ellos saben; y veo yo que mis noticias son mas extensas que las suyas. Sé de buena tinta que en esa ciudad hay muchos vestidos de lana, y peripatéticos hasta los tuétanos, de quienes se puede asegurar lo mismo: y que, si su seriedad se lo permitiera, echarian de su cuerpo mas corpúsculos que el que los inventó. Es falsa pues la segunda acusacion. Vamos á la tercera que voy siendo muy largo.

Acusan por último á los escolásticos de que, atenidos á mis escritos, no hacen en la filosofía los progresos que pudieran y debieran, á causa de que en ella ó no se halla la *filosofía* ó se halla muy diminuta. Cuatro partes tiene la filosofía; lógica, metafísica, éthica y física. Pregunto á estos señores, ¿qué falta le hallan á las tres primeras contenidas en mis escritos? ¿En el arte de raciocinar se ha adelantado algo sobre lo que yo enseñé? ¿Ha habido que enmendar? Muchísimas lógicas se han formado despues: exclúyanse los diferentes métodos de escribirla: exclúyanse tambien no pocos disparates que se les han ingerido, y quedarán mondos y lirondos mis preceptos. En la *metafísica* han querido algunos enmendarme la plana. Tiempo llegará en que disputemos sobre algunos puntos en que los Padres reverendísimos los siguen, y entonces nos veremos las caras. Por lo demas bien sabido es que se me acusa, y tambien á los escolásticos, del demasiado uso de las razones *abstractas*. En la *éthica* dige cuanto puede decir un hombre. Vino despues todo un Dios á enseñarla, y tomó ella aquel *divino aspecto* que no pudo darle toda la sabiduría de los mortales.

Vamos á la *física* que es el punto de la dificultad. Dividámosla, segun costumbre, en general y particular. Los modernos han hecho algunos adelantamientos en esta, pero todos sus tiros contra mí han tenido á aquella por blanco. Sobre la general disputarémos cuando lo dé la ocasion. Sobre la particular debo decir, que ni yo ni los escolásticos hemos tenido por suficientes mis adelantamientos. Trabajé yo sobre ella mucho mas de lo que piensan esos señoritos. Testigos son de esta verdad los muchos libros mios que existen, cuales son *de cœlo, et mundo.... de ortu, et interitu..... de animalibus.... de*

plantis.... de metheoris.... de somno, et vigilia... de anima.... de parvis naturalibus: los cuales suelen subdividirse en otros, sin los muchos que se han perdido despues que salieron de mis manos. Con todo eso, jamas pensé yo haber comprendido mas que una cortísima parte de este ramo. Sabia yo, y saben los escolásticos, que es muy vasto el campo de la naturaleza, que encierra en sí infinitas especies de cosas y causas tan dignas como difíciles de conocerse. Sabemos tambien, que la naturaleza no es tan asequible á las investigaciones de los hombres como presumen los mas de los modernos: que ella fue formada por Dios, mas para que los hombres admirasen sus maravillas, que para que investigasen su constitucion y mecanismo: que como dice el abad Pluche, no quiso Dios concederle de sus conocimientos sino los que le eran necesarios, y no le eran necesarios mas que aquellos que pueden conducir para el uso y provecho de la humana vida; pues no tiene el hombre para que formar una flor, una piedra, un viviente, como tiene que hacer un silogismo especulativo, uno práctico, un edificio, una fortificacion, &c. Por esto tiene exacto conocimiento de la lógica, de la éthica, de las matemáticas, y no se le concede tenerlo igual de la física. Todo esto sabemos, y de aquí es que siempre confesamos, que la naturaleza es incomprensible; que no puede conocerse sino en parte, y que aun esa parte es negocio que jamas concluirá toda la aplicacion de los mortales. Esperé, que asi como yo supe aprovecharme de los trabajos de los que me precedieron, asi tambien los que me siguiesen sabrian aprovecharse de los mios, y que todos procurásemos unir nuestros adelantamientos para comun utilidad de los mortales. Nunca creí que para con los hombres tuviesen tanta autoridad esos filósofos de rebusco, que se jactan de haber penetrado toda la naturaleza, de saber las reglas y de ser capaces de enmendar las leyes de sus movimientos, que hasta este punto llegó la soberbia de Descartes y de Newton. Nunca creí sucediese lo que me informan suceder ahora, y es: que no habiéndose adelantado sino muy poco, y entre eso poco algunas bagatelas, aspirasen y consiguiesen los inventores el pomposo nombre de oráculos de la naturaleza.

En lo demas no seré muy duro en conceder, que entre las cosas que yo admití y admitieron mis discípulos, se en-

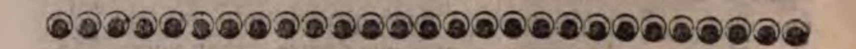
cuentren algunas equivocaciones. La falta de instrumentos, la imperfeccion de los que habia, la estrechez á que estaba reducido el comercio de los hombres, sin haber aun descubierto tantas maravillas en los paises del mundo entonces desconocido, impidieron el suficiente examen, y pudieron ser causa de algunas ideas poco exactas que despues haya desmentido ó enmendado la mas bien instituida experiencia. Dí asenso á relaciones que eran verosímiles, y tuve por verdaderas. En estas tambien pudo ingerirse error. Todo esto lo confieso francamente con tal que se me conceda en recompensa, que si mis obras no son capaces de formar un físico perfecto, pueden enriquecerlo de los conocimientos mas necesarios de la física, para que éntre con los ojos abiertos en el obscuro laberinto de la naturaleza, y sepa aprovecharse de los trabajos que posteriormente se han hecho. Por lo que hace á los escolásticos, pudiera citar á muchísimos que han hecho admirables progresos: dejo de hacerlo, porque ya la carta va muy larga, y no faltará ocasion de tratar este punto bajo otro aspecto. Solo quiero que mis enemigos se pongan de acuerdo con un hombre en quien no cabe sospecha de apasionado hácia mí. Este es el P. Feijoo, español solo por naturaleza, y francés en el estudio, en la aficion y en todo lo demas. Este, despues de haber recogido cuanto malo halló contra mí (sin despreciar ni los mas ridículos ni los mas equivocados argumentos), últimamente concluye á mi favor en lo mas de la filosofía. Quedemos pues en que aquello del *yugo de Aristóteles* es una morondanga, y que el P. N. dijo lo que encontró escrito: ojalá que hubiera hecho lo mismo en todas partes, y no tendríamos disparates de nueva invencion que combatir.

Ahora se seguia demostrar, que los tres capítulos por donde los filósofos del dia quieren probar la esclavitud de los escolásticos, los cogen á ellos de pies á cabeza: pero, amigo don Manuel, el tuerto amanuense se me va resabiando con tantísimo escribir, y no me atrevo á detenerlo mas. A la Carta que viene se hará lo que se pueda. Vea V. mientras, si hay algo en que le sirva su mas apasionado y amigo = *El Estagirita.*

Dada en el reino de Pluton en 3 de octubre.

P. D. Este Averroes nos tiene alborotados desde que va y

viene á Sevilla. Cada dia trae una novedad, y con ella arma una disputa. Este último viaje dice: que pasando por una Iglesia vió gente á la puerta, y oyó que dentro daban voces. Movióle la curiosidad, se asomó al cancél, y vió que estaba predicando un cleriguito carilavado muy bonito. Oyó que los oyentes se reian de cuando en cuando á carcajadas: que el predicador les pedia dineros desde el púlpito, *mas que le tuviesen* (asi decia él) *por un fraile pordiosero*: que mientras decia esto, se echaba ambas manos á subirse los calzones: que luego pegaba un brinquito: que despues ponia de salvages á cuantos le oian, y últimamente que con un *Abur caballeros hasta otra vez* se acababa la predicacion. Concluida ésta vió á una vieja que salia echando mil bendiciones al predicador por tanto salero como tenia; pero tambien vió á un viejo anquiseco y adusto, vestido de tercero, que metiéndose detras de una de las puertas de la Iglesia, para tapar con un capillo que parecia capirote, una calva mas lisa que si la hubieran bruñido, estuvo refunfuñando estas palabras. ¡Que se consienta que estos hombres profanen con tales bufonadas las cátedras de la verdad! ¿Son estos los famosos doctores? ¿Los catedráticos? ¿Los maestros de la juventud? Y diciendo esto se salió á la calle. Averroes con esto vino confuso; nos llamó á consulta para que le digésemos nuestro parecer. Mas nosotros, que en materia de oratoria sagrada no entendemos una palabra, nos hemos dividido unos á favor de la vieja, otros del calvo. Espero pues del favor de V. que nos saque de esta duda; que nos diga á que género de figuras retóricas pertenecen las macarenadas que dijo ese señor, y qué conducencia tendrian con el Evangelio de la fiesta. Díganos tambien si por casualidad pide la predicacion, para hacerse bien, que vayan y vengan las manos á los calzones. Díganoslo, y perdone tanta curiosidad.



CARTA IX.

Sr. D. Manuel Custodio.

Amigo mio: voy sin detencion á satisfacer los deseos de V. concluyendo la carta anterior, que por la extension de la materia sobre que trataba, y por el fastidio en que advertí á mi tuerto amanuense, no pudo salir mas que dimidiada. Pero antes debo prevenirle, que en el discurso de esta no espere á que me detenga en apurar las cosas, y darlas aquella extension de que ellas son capaces. En mi concepto, si esto hubiese de hacerse, se podrian llenar muchos volúmenes, y á mí me precisa contraerme á las angustias de una carta, tanto por atender á las muchísimas especies que tengo que examinar, cuanto (como ya otra vez he dicho) ni tengo suficientes materiales á mano, ni otras noticias de los hechos mas conducentes, que las que me da el pimporrero. Hecha esta prevencion me acerco al asunto, que no es otro que cumplir la palabra dada en mi anterior de hacer ver, que los capítulos por donde el P. N., en nombre de todos sus filósofos quiere probar, que los escolásticos son unos esclavos que gimen bajo mi yugo, á nadie cuadran tan oportunamente como á esos señores que tan satisfechos se muestran de estar en libertad. Esto lo habran ellos mirado como paradoja; pero estamos ya en el caso de que vean, que su nueva filosofía les ha puesto un yugo tan duro como se les figura á ellos el que dicen de los escolásticos. Les haré ver que ellos, ó siguen unos principios mas falsos que la autoridad, ó se atienen á la autoridad con mas peligro que los peripatéticos: que ni hacen ni pueden hacer el buen uso que estos han hecho de las otras filosofías; y que con las que siguen nunca pueden

ser verdaderos filósofos. Vamos á ello con toda prisa, y cuidado que al que se me atreviese por delante, le he de dar un sartenazo, que no se le olvide.

Capítulo I.

La razon sola debe ser el norte del filósofo: si la pierde de vista, cuenta que ha perdido el rumbo. Asi pues, si admite, la razon es la que debe obligarlo: si desecha, la razon ha de dirigirlo. Si sigue la autoridad, debe dar razon (como yo la he dado) de por qué la sigue: si la desprecia, debe proponer las razones que tenga para despreciarla. En una palabra: donde falta la razon, falta la filosofía. ¿No es verdad esto, señores sábios de Grecia redivivos? ¿No es esta una proposicion en que convenimos todos? Ea pues bien: veamos si sus filosofías de VV. se apartan de este principio: y para verlo mirémoslas en aquella parte en que VV. tienen todo su engreimiento. Ya VV. me entenderán que les llamo la atencion á la física. ¿A la física? Sí señores, á la física, á esa parte de la filosofía que VV. han desenterrado: á esa á que le han dado tanto ser, tanta belleza: á esa en que VV. han hecho tan admirables progresos: á esa...... sí señores: pues viendo VV. lo mucho que de mí se ha escrito, no deben contarme entre los cobardes de quienes se ha escrito nada.

He bien, señores. *Quid est hypothesis*? Ya VV. saben, que es una mera suposicion de cosa que no se sabe de cierto, pero que se concede como cierta para de allí inferir alguna consecuencia. Equivale la hipótesi en la física y astronomía á los *postulados* de las matemáticas puras, con la diferencia esencial de que en las matemáticas ni tienen ni pueden tener inconveniente los postulados (porque ninguno hay v. gr. en que corra una línea desde tal á tal punto), pero en la física sí; pues los postulados de la física no son tan claros como los que se hacen en las matemáticas. Es pues la *hipóthesi* una suposicion que se hace sin saberse si será cierta; ó por mejor decir, una suposicion que se hace con peligro evidente de que sea falsa. Pues caballeros mios, toda la física de los sapientísimos desenterradores, cuyas honras predica el reverendísimo N., estriban en meras hipótesis, luego

estan en ocasion próxima de ser falsas. No me detendré mucho en la induccion que prueba mi *menor* (y VV. perdonen que les encage este terminillo escolástico porque todo el mundo lo sabe), con que en apuntando algo no habrá para que detenernos.

La física de Descartes descansa, como sobre basa, sobre los *torbellinos*, *materia sutil*, *estriada*, &c. y leyes de movimiento que él propone ingenuamente como hipótesi de que despues quiere sacar *thesis*. La de Gasendo supone el *vacío* y *átomos* movidos hácia acá y hácia allá, con mas ganchos y con mas uñas que las que hay en los almacenes de guerra y tropas de estos paises donde habito: ahí está otra hipótesi. La de Leibnitz quiere que se suponga la *armonía prestabilita* entre los supuestos automas espiritual y corporal, hipótesi y tarja. Newton, el que mas ha peleado contra las hipótesis, y que ha demostrado mas lindamente su insubsistencia, últimamente establece la *general atraccion*, que es una mera hipótesi como han demostrado muchos, y puede ser que yo tambien demuestre en adelante. Las Actas de Leipsic del año de 1729 forman tambien este juicio de su filosofía: *Plura in ea occurrere postulata precaria, et abstractiones arbitrarias, quàm leges naturæ reales, ac theorémata philosophica: omnemque linearum, et angulorum, virium insitarum, et centralium apparatum in physica astronomia Newtonis non esse, nisi fabulam theatralem, nullam verò habere extra cerebrum realitatem.* Véase tambien á Muschembroek (Elem. Phys. cap. 7). Cátate ahí otra hipótesi. Son sin número las otras hipótesis de filosofía que han admitido los discípulos de estos cuatro Príncipes de la verdadera física, mas todas ellas se pueden reducir á las de ellos.

Con que tenemos, si VV. no lo han por enojo, que cuanta física moderna se ha escrito depende ya de una, ya de muchas hipótesis, á veces entre sí contrarias: hipótesis arbitrarias, insubsistentes y probabilísimamente falsas. ¿Y es posible, señores eclécticos, es posible que unos hombres como VV. los sábios sin preocupacion, los mercurios de la filosofía, los filósofos libres, los que abominan someterse á la autoridad, y ponen tantas censuras contra los que la toman en boca, edifiquen sobre tan falsos cimientos? VV. que no quieren conceder á un escolástico que crea haber dicho bien Aris-

tóteles, porque no háy cosa que demuestre lo contrario, y porque muchos siglos han estado en la misma creencia; VV. mismos son tan benignos con los filósofos hipotéticos, que no hallan dificultad en convenir en una parte con Descartes, que es imposible que haya vacío; y en otra con Gasendo, que sin él es imposible el movimiento? Así saldrá el eclecticismo.

Mas dejando esto para otra ocasion, me acerco mas al intento y les pregunto á VV. ¿Qué cosa es mejor, depender de la autoridad en uno ú otro punto, ó de las hipótesis en todos? Cuando la autoridad se falsifique, no hay otra cosa perdida que aquella proposicion que se sostenia sobre ella. Pero si una hipótesi sale falsa, allá van con mil demonios alcuza, candil y sastre. En acabándose los *torbellinos*, no queda el pobre de Cartesio para tacos. Quitado el *vacío*, es menester que los *átomos* se vengan al otro mundo. Falsificada la *armonía prestabilita*, no tendrán otro uso las obras de Leibnitz, que el que hagan de ella los que venden manteca: y saliendo á ser mentira las *atracciones*, será preciso que Newton se aplique para pasar la vida á hacer telescopios. VV. sin remedio han de convenir en que las citadas hipótesis no estan probadas, no tienen apoyo en la razon y tal vez saldrán falsas. Con que es menester que tambien convengan en que toda su física está colgada del aire, y en mayor peligro de convertirse en zanahorias que el sistema de los escolásticos. Y si miran la cosa sin pasion, convendrán tambien en que con todo eso de admitir los escolásticos la autoridad, van mas cerca de la razon que VV.; pues los principios capitales de su filosofía se sostienen mal ó bien (que otra vez lo disputarémos) sobre la razon, y no entienden de hipótesis sino en muy raro caso.

Pero díganos V., señor Aristóteles: ¿no explicamos nosotros con nuestras hipótesis, partículas, movimientos &c., todos los efectos de la naturaleza, sin recurrir, como VV. y los suyos, á la gran majadería de las cualidades ocultas? Pues ¿qué argumento mas auténtico de la verdad de las hipótesis? Si ellas no fueran ciertas, ¿cómo habian de cuadrar con ellas los efectos naturales? No hay uno que no podamos explicar siguiéndolas: luego aunque *à priori*, como dicen los incultísimos escolásticos, no estan afianzadas en la demostracion,

lo estan *à posteriori*. Señores filósofos, por Dios que no me lleguen VV. á las cualidades ocultas, porque es llegarme á las niñas de los ojos. En llegando su tiempo, yo andaré con ellas con el tiento que pide su delicadeza; con que dejémoslas no sea que se me malogren, y respondamos á lo otro.

Ya VV. saben que las hipótesis de los varios filósofos que siguen, son no solamente varias, sino tambien encontradas: saben tambien, que todos ellos se lisongean de explicar cada uno en su sistema todos los efectos naturales. No se les oculta que de principios contrarios sacan consecuencias contrarias. Pues ven VV. aquí lo que yo no puedo entender al cabo de mis años de metafísica: que explicando uno, v. gr., que el fuego quema, por constar de corpúsculos tan duros, que ni con un calabozo se pueden partir; y otro porque está compuesto de partículas tan blandas que se pueden comer con cuchara, ambas expliquen bien; y porque explican bien, ambas explicaciones deben servir de prueba á dos proposiciones contrarias. Amiguitos mios, yo como estoy hecho á las antiguallas de mi filosofía, no entiendo ni una jota de esta lógica. Lo que yo diria en semejante caso es: que ninguna de las dos hipótesis quedaba probada; y sin tener porque arrepentirme despues, diria: que ambas podian ser falsas, aun cuando alguna de las explicaciones (suponiendo que ambas es imposible) fuese verdadera. Para esto citaria aquello de *ex falso aliquando sequitur id, quod aliunde verum est. Y ex impossibili sequitur quodlibet.* VV. quizá no entenderán esto, aunque ello está claro, por haberse acostumbrado á filosofar con los ojos. Por lo que para probar que poniendo yo una hipótesi á mi gusto, puedo sacar de ella las consecuencias que se me antojen; y al reves, inventando la que me parezca reducir á ella, y con ella explicar cosas inexplicables; pondré un par de egemplitos que hagan palpable la cosa.

Supongamos que en Constantinopla hubiese una academia donde todo fuese venal. Cuidado, que esto es suponer, que no por eso pienso que la hay, y para evitar toda sospecha la coloco en la córte del Turco. Pues dada esta hipótesi argumentaria yo así: Porque todo es venal, son venales los exámenes: y así este jóven, que no ha sabido de gramática mas que, cuando pasaba por la puerta de la clase, allí se daban azotes, está aprobado en el arábigo, para entrar á filosofía.

Es venal la matrícula: y así el otro gabacho, que todo el año anduvo arreando un camello camino de la Meca, cupo en la matrícula al fin del estudio porque pagó muy bien un corral que habia en ella de arrendamiento. Es venal la certificacion: y asi aquel escolarón, cuyo perpetuo egercicio ha sido el truco, la compró á costa de tantos zequíes que soltó. Es venal el grado: y así estotro alcornoque, que sabe tanta filosofía como un grajo, compró la leccion á un santon (estos son los frailes de por allá) y alquiló de los argumentantes las respuestas. Y de esto y como esto me atrevo á estar sacando consecuencias de una suposicion tan absurda como la referida. Del mismo modo tomo yo por principio otra hipótesi igualmente falsa, v. gr. que en aquella ciudad hay una ciudadela tan intimamente unida con la academia, que nada hace esta, que la otra no mande. ¿Quieren VV. ver como yo reduzco á esta opinion cuanto se me antoje? Pues oíganlo. ¿Por qué en la academia obtiene cátedra un medio cuchara, y vive desairado este hombre de mérito notorio? Respondo: porque éste no entra, y el otro no sale de la ciudadela. ¿Por qué éste, cuyos estudios en medicina son tan escasos, sale graduado de doctor, y con facultades para matar mas mahometanos que los que mataron los cruzados? Porque así lo dispuso el gefe de la ciudadela. ¿Por qué este grado se ha conferido en dia de toros? Porque en la ciudadela se ha tratado así. ¿Por qué aquel musulman, cuya ignorancia es tan garrafal, ha adquirido en la córte tanta reputacion? Porque se la ha dado la ciudadela. ¿Ven VV., señores, cómo de unas suposiciones falsísimas se deduce cuanto se quiere, y cómo á ellas se reduce tambien cuanto se puede imaginar? Ea pues, vean de consiguiente como, aunque los efectos naturales se acomoden á las hipótesis, no se sigue por ello la verdad de ellas. Con que quedamos en que si mal estan los escolásticos, porque algunas veces fundan sobre la autoridad, peor estan VV. porque siempre fundan sobre las hipótesis.

Me parece, amigo don Manuel, que les oigo repetir su acostumbrada cantinela, de que ellos no siguen á nadie ni fundan sobre las hipótesis de nadie; y que como verdaderos eclécticos no se atienen mas que á la experiencia. Tiempo vendrá en que le sacudamos el polvo al eclecticismo, y en-

tonces se verá que esta es una mentira tamaña como un pavo. Pero demos que sea, como sus señorías lo dicen, que no quiero que me tengan por cicatero, y vamos á hacerles otra reconvencioncita que probablemente les coja de nuevo. Antes supongo que la experiencia es madre de la física, y que esta sin aquella es una bagatela consumada, por no decir otra cosa peor. Estemos en esto para que vean los señores, que los peripatéticos no desprecian la experiencia, como muchos de ellos suponen, sin conocimiento de causa. Deme V. ahora licencia para que me vuelva á conversar con ellos otro rato.

Con que señores eclécticos, ¿VV. siguen en todo y por todo la experiencia? ¿No es verdad? ¡Cómo si es verdad! Ahí está el lector teólogo que en un cuarto de hora es capaz de relatar mas experimentos, que títulos de romances relata un ciego que los vende. Bien, señores, bien: me alegro mucho. Yo les enviaré á VV. á Averroes para que le enseñen la oficina donde los entablan, y los instrumentos, máquinas y materiales que sirven para ellos. ¡Qué tendrán VV. de alambiques, de crisoles, calderas, herruchos y cosas! ¡Qué de lancetas, navajas y cuchillos! ¡Qué de telescopios, microscopios y anteojos! ¡Cómo me alegrára ver las máquinas pneumática y eléctrica! ¡Hombres de Dios! Es preciso que tengan VV. unos almacenes de cosas naturales, ó llámenles gavinetes de historia natural. ¡Ah! ¡Qué feos saldrán cuando salgan de estar atizando toda la noche el fuego, para analizar algun cuerpo en el alambique! ¡Qué sudosos! ¡Qué tiznados! ¡Qué....! ¿Se rien VV.? Vamos claros, ¿con que nada de esto hay? Pues díganme VV. criaturas: ¿tienen VV. acaso algun diablo que les dé estas noticias; ó por dónde diantres saben tantísima experiencia? ¡Ah! señor Aristóteles, y cómo se conoce lo poco que V. sabe de nuestra filosofía! Nosotros, amigo, tenemos quien nos ahorre ese trabajo, aunque tan indispensable para la física. Muchos grandes hombres han instituido los experimentos; en ellos leemos, y sobre ellos fundamos. Acabáramos, señores mios, porque yo ya iba á dar comision á Averroes para que buscase un conjurador, bajo la crencia de que sabian eso por parte del diablo.

Pero me queda aun un escrupulillo. ¿No son VV. eclécticos? Para servir á V. Vivan muchos años por su favor, y díganme: y el eclecticismo ¿no consiste en no admitir sino

es aquello que sea mas evidente y cierto? ¿Cualquier ecléctico de tota no supone desde luego que todos los otros hombres se han podido engañar, y que así no debe admitir sino lo que vean su razon ó sus ojos? Me parece que este es el A, B, C del eclecticismo. Pues bien: díganme ahora, ¿por dónde saben que esos experimentos sobre que fundan su física son tan ciertos, como dicen los autores en donde VV. los encuentran? De modo, señor Aristóteles, que aunque nosotros no veamos, que es como ellos lo dicen, nos lo presumimos. Pues qué ¿habian esos hombres de ponerse á engañarnos de letra de molde? ¿Ahora estamos ahí, señores mios? Aun cuando ellos no engañasen á VV., la sola suposicion, que nunca se les cae á VV. de la boca, de que son hombres y pueden engañarse ó engañarlos, habia de obligarles á no creerlos. ¿Por qué desprecian VV. la autoridad? Porque la autoridad no es infalible; porque cualquier hombre puede haber errado, ó querer que nosotros erremos. ¿No es sobre este principio sobre el que VV. aconsejan que se sacuda mi yugo? Pues bien: ¿son quizá infalibles sus experimentadores de VV.? ¿Estan confirmados en verdad para nunca mentir? Si nada de esto hay, han echado VV. por cierto una gran peonada. El que se traga un dogma confirmado por la autoridad, puede de camino examinarlo, puede dar de él alguna razon; pero, señores mios, en los casos de hecho, cuales son los experimentos, no valen los discursos. Si la cosa es como se refiere, ni todas mis metafísicas pueden obscurecerla. Si no es, por especiosa que sea, será una mentira especiosa. ¿Qué desigualdad es esta? ¡Qué de exámenes no se han entablado, y qué de sátiras no se han dicho contra un experimento que admitimos todos los antiguos, á saber; que en las orillas del Nilo nacian las ranas de la corrupcion del lodo! Al mismo tiempo en que porque un monsieur diga, que en su casa guisó unos orines de burro, y sacó de ellos esto y lo otro, se cree lo mismo que si se hubiera probado del guiso.

Dicen VV. que no es de presumir que los hayan querido engañar, y que cuando lo dan á la prensa, es regular que ni ellos tampoco se hayan engañado. Me presumo que lo piensan así, porque el P. N., tocando la materia, dice: que para dar fé á las cosas que otros nos refieren, es menester

que conste, que el autor *nec deceptus sit, nec nos decipere velit.* Pues, señores mios, ¿qué dirán VV. si yo les hago ver que los experimentadores unas veces se han empeñado en engañarnos, y otras sin empeño se han engañado ellos? Que se han empeñado en engañarnos, es un hecho constante. Los protestantes, los impíos, ¿qué de mentirosos experimentos no han supuesto para obscurecer ó destruir la fé de los milagros? ¿Los enemigos de mi escuela, qué no han hecho para á fuerza de experiencias, que ó nunca hicieron, ó no hicieron como se refiere, echar por tierra mis mas famosos dogmas? Sirva de egemplo para lo primero la famosa *Palingenesia*, admitida de tantos filósofos, y confirmada con tantos experimentos, que examinados por hombres mas ingenuos han venido á ser una famosa patraña, inventada para destruir el milagro de la resurreccion. Sirva para lo segundo el feliz hallazgo de los huevos en todas especies de animales para arruinar mi sistema de generacion, de que despues hablaré. En el discurso de mis Cartas espero me ocurran ocasiones en que ponga nuevos egemplos de la mala fé de los experimentadores, los que omito ahora porque hay mucho que decir sobre sus malos ojos. Se han engañado, señores mios, se han engañado tantas veces, que es menester que no tenga cabeza el que sobre su palabra quiera darles crédito. Tengan VV. un poco de paciencia, mientras yo les traigo á la memoria ruidosas observaciones, que han salido despues mentiras, ó equivocaciones hechas y derechas. Observó Leuvenck la sangre con un microscopio selectísimo, y aseguró que las partes de que se componia eran *globosas.* Adams las miró con otro igualmente selecto, y cátatelas que las vió *ramosas.* Milhey tambien con su lindo microscopio las estuvo azechando, y clarito, clarito las observó *lenticulares.* Vino Hewson con otro anteojo mas bueno, y las halló *compresas.* El padre Deturre entró tambien en curiosidad, y sacó en limpio que eran *annulares.* A ver, señores eclécticos, compongan VV. esa chapadanza, mientras yo les refiero otra mas graciosa.

Para arruinar mi doctrina de generacion, se les puso en la cabeza á muchísimos filósofos buscar huevos en los animales viviparos: pusieron en ello toda diligencia, y como esta es madre de la buena dicha, al instantito se encontra-

ron la overa en las burras, en las cabras, en las perras, hasta en las mugeres; de modo que estuvo muy cerca de no ser caso de Inquisicion en el sistema de estos señores el que una beata pusiese huevos: ¿pues si los tenia, por qué no los habia de poner? Lo peor que habia era, que los huevos no estaban tan cerca de la matriz como se requeria, para que pudiesen servir. Pues no hay mas remedio que mano al microscopio, y cátate con que ya parecieron unas trompas ó tubas que encogiéndose y alargándose los trajeron, y sobre estos experimentos se fundó y se funda el sistema de los filósofos recoberos. Vinieron á comprar estos huevos otros filósofos, y cátate aquí que salieron güeros; pues no eran mas que unas vegiguillas y partes esponjosas, comunes á las hembras y á los machos, que no tenian lugar fijo, ni podian servir para el uso que se les daba. No quedaron, pues, de los huevos mas que los cascarones, y fue menester acudir en busca de otros experimentos. Tomaron, pues, el microscopio Hartsæker, Leuvenock, Lametrie y otros: sujetaron á su examen una gota de esperma, y vieron: ¡qué prodigio! el esperma parecia un grande estanque, donde nadaban infinidad de vichos: tenian estos la cabeza gorda y la cola larga á manera de renacuajos, se sumergian á lo profundo con una celeridad increible, y salian otra vez á la superficie con la misma vivacidad: corrian unos tras otros, jugaban, se volvian, y presentaban un espectáculo enteramente semejante al que presentan en el Occéano la inmensa multitud de sus pobladores. *Victor*, que ya pareció el secreto: ya se sabe que todos los animales hemos sido en nuestro principio renacuajos, ó cosa que les parece. Cundió el sistema, se escribió sobre él altamente; pero hizo el diablo que algun ballenato ó vicho mas gordo se comió todos los renacuajos. Oigan VV. á cierto filósofo francés muy de moda, y muy acreditado; pero antes de oirlo sepan, que me tienen muy enojado por la precision en que me han puesto de aprender la lengua francesa: no les perdono el trabajo que me han hecho pasar para ello en rogar al francés, de quien hice mencion en mi primera Carta, para que me admitiese por discípulo; en aplicarme á un lenguage á que tengo innata manía, como á todas las cosas que huelen á gálico; en sufrir que Averroes y el Pimporrero se hayan reido de mí al ver-

me sacar el hocico para pronunciar la *u*, y hacer otros gestos para ensartar tantísimo triptongo. No, amigos, no les perdono á VV. esta burla porque se me ha hecho harto pesada; y no tenia yo necesidad de meterme á aprendiz del francés al cabo de mis años, mas que sea moda en esos paises.

Dice pues así: *Armés de leurs fameux microscopes ces deux observateurs* (habla de Hartsœker y Leuvenock) *vieux, et sans lunettes ont eu le privilege de voir seuls ce que mille autres observateurs avec les yeux les mieux constitues, avec les meilleurs microscopes n'ont jamais pu voir de la meme maniere qu'eux.* Prosigue el citado autor haciendo una reflexioncita, que por estar ya harto de escribir francés la pongo en buen romance, y es como se sigue. *¡Qué no se ve cuando se mira con ojos ansiosos de singularidad, y con un espíritu apasionadamente encaprichado por un descubrimiento que debe trastornar todas las ideas recibidas! Figuras extravagantes vienen á ser figuras animales: vibraciones puramente mecánicas se convierten en movimientos vitales y espontáneos: moléculas mas ó menos informes, corpúsculas, que acaso nada tienen comun con lo que llamamos moléculas orgánicas, son ciervas, toros, carneros, conejos, perros, y hombres.* ¿Qué tal, señores mios? ¿No estuvo bueno el experimentillo de los vichos? Lo que quiero que VV. no olviden, es la exclamacioncita que he copiado. En yendo con deseos de encontrar una cosa que acomode para impugnar á otras, son capaces los experimentadores de ver una rana pariendo un conejo. Con que se llevó el demonio los vichos de este experimento.

Vamos á otro que ya queda apuntado por el monsieur que cité, y es el de las moléculas organizadas. Este sucedió al de los renacuajos. El señor Harvey, despues que hizo morir cuantas ciervas se le antojó en el parque del Rey de Inglaterra; despues que se estuvo atisbando con el microscopio cuantos caldos y tajadas encontró en las matrices, sin encontrar huevos ni pescados, observó por fin esas á quien él llama *punto moviente*, y mi monsieur *molécula organizada.* Sería largo referir el sistema de generacion, que sobre él fundaron con las desenvolturas (yo no sé darle otra traduccion al terminito *developpemens*) y envolturas de las tales moléculas: se creyó éste, como se habian creido los huevos y gusanos. Pero otro señor francés, tambien observador, á sa-

ber: Monsiur Halez rompió un huevo, y en él observó que el pollo era una cosa, y las moléculas otra, y que no habia tal carnero de organizacion. Despues se hallaron las mismas moléculas en la sangre y humores de los animales, y no es de creer que la sangre estuviese preñada. Manos á otra observacion: venga el microscopio. Ya pareció lo que se buscaba. En el semen se descubre un (quítense VV. el sombrero mientras pasan estos señores) vapor espirituoso, espíritu fecundante, y materia eléctrico-prolífica. Mas valia que hubiesen dicho una cualidad oculta, y los entenderíamos mejor.

¿Quieren VV. mas mentiras observadas? Pues vayan los *pólipos*, esos animalitos plantas, que han observado los señores de los experimentos. Segun ellos hay pólipos de vaina, *scilicet*, animales vainas, como el pellejo de la culebra. Pólipos preñados desde arriba abajo que paren, no como Júpiter por el colodrillo y el muslo, sino por todas las partes de su cuerpo. Pólipos con uñas, como los escribanos. Pólipos que se vuelven lo de adentro afuera y quedan vivos, como cosa ninguna de ese ni de este mundo. Pólipos que partidos á la larga no se mueren, antes salen dos pólipos vivos, como si, v. gr., de un diablo se hicieran dos. Pólipos, que partidos en menudos trozos se multiplican en otros tantos animalotes, como las cabezas de la hidra de Hércules. Pólipos con brazos, como los que tendria en mi hipóthesi de arriba el que dependiese de la ciudadela, que de tiempo en tiempo sueltan los brazos para que vayan á fundar á otra parte nüevas colonias de pólipos al estilo de las naciones antiguas. Pólipos de ramillete. Pólipos de cuanto les da la gana. Y despues de todo, los tales animalitos no son mas que unos yerbajos nacidos en los estanques, yerbajos como los otros: y los movimientos espontáneos que en ellos aparecian, eran ocasionados de multitud de gusarapos que bullian en sus tubas y campanas; y ya se vé, las hacian moverse.

Se podrian escribir muchísimos volúmenes, si hubieran de referirse las demas observaciones y experimentos, ó falsos ó equivocados de los filósofos del dia, que se tragan VV., señores eclécticos, tan de buena gana. Oigan, pues, para concluir con esto, lo que sobre el punto dice, no un escolástico, sino un ecléctico amantísimo de los experimentos, y

celebérrimo entre VV., á saber: Muschembroek *in Orat. de Methodo instit. experim. Phys. Ejusmodi scientiam (anilibus fabulis, turpibusque commentis refertam) condiderunt, qui sese eclecticos professi sunt, qui colligendis aliorum laboribus occupatissimi, nihil ipsi exploraverunt, sed omnia vera, et falsa inter se imprudenter miscuerunt, atque aliorum auctoritatibus innixi scientiam à veritate, et à vera philosophia alienissimam condiderunt.* ¿No está este un buen sermon de honras del eclecticismo? Pues todavia lo he de predicar yo mejor. Por ahora, señores mios, no quiero mas sino que adviertan VV. que él está predicado por los eclécticos extrangeros, hombres sin duda de mas talento, de mas instruccion y observacion que VV. Mas VV., señores eclécticos de Sevilla (que en las dos primeras cosas estan para echar por la otra acera, y en materia de experimentos en su vida las han visto mas gordas) ¿regoldar experiencias? ¿Citar observaciones? ¿Pretextar libertad? ¿Ir por las calles y paseos de mas concurso cercados de una tropa de escolarones *ejusdem farinæ*, arqueando las cejas, meneando las manos, echando á borbollones términos, que no entienden, llamando la atencion de los ignorantes, y excitando la risa de los inteligentes? VV., amigos mios, vivan entendidos, que no merecen ni aun la mitad del elogio de Muschembroek; y que malos, malos, como son los eclécticos, nada tienen VV. con ellos de comun. Por fin VV. y ellos tengan siempre presente aquello de: *ninguno que bebe vino, le diga borracho á otro.* Si los escolásticos pierden la libertad por dar crédito á un raciocinio ageno, cuya verdad y probabilidad se está viendo venir, ¿qué será de VV. que creen á puño cerrado experimentos cuya verdad no ven, cuya falsedad es tan comun?

Pero al menos, me dirán VV., tenemos la gran satisfaccion de no andar como los escolásticos pensando siempre en lo que dijeron otros. ¿Dónde hay mayor mortificacion para un hombre de bien, que tener que tragarse sus pensamientos, sin libertad para sacarlos á donde les dé el aire? ¿Dónde hay trabajo tan penoso como andar siempre á caza de lo que dijo Aristóteles, santo Tomás, Escoto, Bacon y otros, para apoyar sus modos de pensar, so pena de que no siendo de este modo no se han de admitir? Bendita sea la libertad que nos ha traido una filosofía, donde cada uno dice

tuerto ó ciego, ó como le place, sin tener que andar tras de lo que dijeron otros. Señores mios, no hay duda en que en esta parte son VV. felices. Yo les alabo el gusto; y si en mi mano estuviera, al pícaro que tomase en la boca una autoridad, lo habia de desterrar á los espacios imaginarios. Es una camorra ciertamente, siempre que uno ha de ponerse á leer un filósofo, encontrarse lo primero con *probatur auctoritate S. Scripturæ*, *auctoritate S. Augustini*, *D. Thomæ*, *Aristotelis*, *Scoti....* ¡Ah pícaros! *Probatur ratione*, *ratione*, *ratione*. ¿Somos aqui algunos Belarminos para usar de la Escritura, como si se disputára con los luteranos? Dejemos la Escritura quieta, que esa está hecha para otra cosa. Pues tómate esa. San Agustin, santo Tomás, Escoto y la demas gente, ¿qué fueron? Hombres como cualquiera; porque lo otro que tuvieron de ser Santos ó Teólogos, *quid ad rem*? Dios les ha premiado lo primero, y la Iglesia tendrá cuidado de honrarlos por lo segundo. Si ellos tuvieron derecho para decir acerca de las cosas naturales lo que les pareció, ¿por dónde, cómo, ó quién me lo ha quitado á mí? En una palabra, fuera de autoridades. Yo soy ecléctico, y tengo de pensar lo que me dé la gana: la autoridad no me ha de servir. ¿Qué es eso, señores? ¿Se ponen VV. colorados? Miren que les hablo de veras. Va ¿apuesto algo á que hay algun contrabandillo? La verdad. ¿Se sostienen VV. quizá en algunos puntos sobre la autoridad? ¿No me responden? Pues á bien que yo tengo aqui (Dios se lo pague á mi amigo don Manuel) los libros eclécticos que me envió. ¡Poder de Dios, y lo que traen de letra bastardilla! ¡Qué es esto! Juro por las barbas de mi muger Pithias, que son VV. los mayores fulleros, que han nacido de madres.

Díganme VV., hombres de Dios, ¿con qué conciencia se ponen á burlarse de los escolásticos, porque citan la autoridad para comprobar sus proposiciones, si VV. mismos traen aqui mas autoridades que llovidas? Vayan unas pocas: las ideas innatas estan probadas con una autoridad de san Agustin: la idea innata de Dios con otra del mismo Santo. Peor que peor. Como si este Santo fuese capaz de apoyar sistemas encontrados, viene el señor Mallebranche citándolo por el entusiasmo de sus ideas. Sobre la simplicidad de éstas cómo ha de explicarse, vuelve á salir el mismo Santo. Allá va san-

to Tomás tambien sobre la causa de la obscuridad, y confusion de ideas. ¿Qué les parece á VV.? Aqui viene un señor Empírico sobre si hay ó no falsedad en los sentidos en órden al entendimiento. Por allí sale Heráclito en el Cratilo de Platon, dando su parecer sobre el significado de las voces. Sobre el método escolástico salen de una vez todos los antiguos padres y filósofos. Vuelta con santo Tomás y con san Alberto el Grande sobre si se puede ó no hacer oro. Otra vez san Agustin para probar que el cuerpo consiste en solas las dimensiones. Para el espacio *Dios* vienen Teofilo, Philon, el Damasceno y otros cuantos. No me detengo mas.

Pero ¿qué es esto? ¿Son tambien VV. escriturarios? Eso nos faltaba. Pues ¿no traen tambien aquello de *in ipso vivimus, movemur, et sumus*, para probar unos que Dios es el espacio, otros que las causas segundas carecen de actividad? Aprieta. Con el Deuteronomio quieren hacernos creer, que los animales son máquinas; *è contra* con el Génesis, que tienen alma espiritual. Mas por ventura, ¿son la Escritura, los Padres, los filósofos solos los que vienen á comprobar? No, señores, que Lucrecio, el santo padre del ateismo, se cita con mucho respeto, entre otras cosas, para el gran desatino de espacio inmenso. No, señores, que tambien salen á colacion y particion los literatos sin pelo, quiero decir, los chinos. Perdonen VV., señores, que no les ponga otros mil egemplos, que no me he de estar eternamente sobre esto. En poniendo uno que valga por todos, estamos fuera de dificultad. Vaya el Eclecticismo. ¿Sobre qué se sostiene? Sobre aquella autoridad de Clemente Alejandrino que empieza: *Philosophiam dico, non Stoicam, non Platonicam, &c.* Ahora bien, señores, ¿si yo les digera á VV. mil picardías por esto, á quien se habian de quejar? Nos estan VV. quemando el alma con daca la servidumbre y toma la autoridad, y traen VV. mas autoridades que un elencho de ellas, y fundan sobre la autoridad mas que pudiera fundar el mas aferrado tomista; y todo su sistema descansa sobre ella, como sobre su primer principio.

Esto aturde, amigo don Manuel, esto aturde: esto es haberse quitado la mascarilla, y salir mintiendo á todo trapo. Pero hay mas todavia, que es el malísimo uso que hacen de la autoridad. Los escolásticos al menos cuando citan, sa-

ben lo que citan: ven los antecedentes y consiguientes, examinan el espíritu del autor, y por fin hacen la cosa como que son maestros en ella. Mas estos señores, que en los autores antiguos y padres tienen tanta leccion como el Bey de Argel, no saben citarlos mas que por el sonsonetillo de las palabras. Verá V. mucho de esto á su debido tiempo. De modo que citan á la manera que traducia aquel escolar de *X dato* estaba un gato, *fæmineis monosyllaba* comiéndose una morcilla, *masculus est grex* debajo de un almirez. Y la otra, *conticuere omnes, intentique ora tenebant,* es un grande desatento quien se duerme en las tinieblas.

Todavia me ha hecho mas gracia lo que me ha referido el pimporrero, y ya yo he apuntado á V. en mi Carta anterior, á saber: el sumo valor que tiene en esa tierra la autoridad de sus eclécticos. Me ha asegurado, que los muchachos, que tienen la felicísima suerte de ser sus discípulos, llenos (ya se ve) de la satisfaccion (ahí es nada) de tener (no se dará semejante fortuna) unos maestros (como quiera es) tan sapientísimos (V. contemple), dicen frecuentemente, estirando las cejas, y poniendo la boca como yo para pronunciar el francés: *mi catedrático lo dice, lo enseña, lo propone*; y quedan tan pagados, como si hubiesen traido el testimonio del Preste Juan de las Indias. Me asegura, que los señores eclécticos usurpan muy á menudo aquella poderosa y convincentísima sentencia: *basta que yo lo diga*: por mas señas que uno de los muchachos respondió: *para que sea al revés.*

¿Quiere V. todavia mas? Pues acuérdese del dia de las conclusiones del P. N.: de aquel grande dia del eclecticismo: de aquel dia, sobre que puede fijar la época de su triunfo y su gloria. Acuérdese del trastorno en que se puso entonces toda la literatura sevillana: la antigua, hasta entonces floreciente, obscurecida y arrumbada: la moderna, despreciada hasta aquel punto, levantada sobre los cuernos de la luna. Acuérdese del inmenso concurso de eclécticos, escolásticos y legos, que se juntaron en el famoso teatro, donde habia de decidirse nada menos que la suerte de la literatura: cuando los profesores eclécticos cerraron sus aulas, y acompañados de sus guardias de corps, á saber, sus discípulos favoritos, fueron á tomar asiento en la arena, de donde sa-

bian antes de verlo, que habian de salir coronados: cuando mis pobres escolásticos quisieran no haber nacido: cuando los zapateros y barberos de san Roque y la Calzada soltaron los títeres de sus oficios, y acudieron á ver la contienda, mas contentos que si fueran á ver un ahorcado. ¿Se acuerda V. ya por estas señas? ¿Qué sucedió entonces? Oponia su argumento un escolástico: respondió el P. N. Instaba el otro porque le parecia (y quizá sería así) que no se solvia la dificultad. Y entonces el reverendísimo presidente del teatro salia atajándolo, y advirtiéndole que ya estaba respondido. Con la autoridad del padre presidente se daba por contento el defensante: los otros eclécticos agachaban todos juntos la cabeza, se miraban mútuamente en ademan de admirados: los sapientísimos barberos se decian unos á otros: *vaya hombre, que no he visto fraile mas leido*; y el pobre argumentante como es escolástico, y por razon de tal acostumbrado á someterse á la autoridad, se conformaba con lo que veia atestiguado hasta por los erudítos tirapieses. V., amigo don Manuel, es preciso que convenga conmigo en una dificultad, que está saltando de este hecho. ¿No se defendia el eclecticismo? ¿No se sostenia, que no era lícito someterse á la autoridad? Ahora bien, ¿pues por qué en el mismo *hinc et nunc* de defenderse, habia de valer tanto la autoridad del P. presidente? Demos que este sea un prodigio de literatura: demos que sea otro Aristóteles; y si á V. le parece que esto es mucho dar, rebaje de ahí lo que le parezca. Si estamos en el caso de que no vale la autoridad, ¿por qué este pobre argumentante ha de admitir la del presidente? ¿Por qué ha de ser como sumergido con los aplausos del eclecticismo, que era otro golpe de autoridad? ¿No merece siquiera ser libre, donde todos profesan la libertad? ¿Vino la redencion para los demas, y á él solo le ha de tocar sufrir un yugo, cual no se sufre en las cárceles de su esclavitud?

Ahora se seguia, amigo don Manuel, que tratásemos sobre los otros dos capítulos que me propuse al principio de mi Carta; mas habiendo salido éste contra mi voluntad tan largo, no sabiendo lo que los otros pueden dar de sí, estando ya impaciente mi tuerto secretario, y teniendo yo que hacer en casa, he juzgado oportuno dejarlo para otra ú otras Cartas (pues en esto no tenemos cosa cierta), y referir á los se-

ñores eclécticos un caso que sirva de epílogo, y ponga fin á nuestra Carta.

Un filósofo moderno se volvió loco al fin de sus años (demasiada fortuna fue que no empezase desde el principio): hecho pues ya un cadáver andante, sin pelos, sin dientes, sin espíritus, salia una ú otra vez á pasearse. Se le observó que luego que pasaba por junto á algun charco, ú arroyo donde reflejaba su figura, se paraba á mirarla, y en ademan de ironía y compasion exclamaba: ¡*Pobre viejo*! ¡*Pobre viejo*! Adviertan los señores eclécticos que la imágen que ven en la esclavitud de la autoridad, no es otra que la suya; y *quien tiene tejado de vidrio, no tire piedras al de su vecino.* Bastante he cansado á V. ya: sepa que deseo corresponderle, y que queda tan suyo como debe = *El Estagirita.*

Fecha en un pais donde nunca hay invierno, en el mismo dia en que empieza allá.

P. D. Al poner la fecha me acordé de que estaban VV. en pascuas, y de que sería una grosería indisculpable, si yo omitiese este cumplido con mis amigos los doctores. He estado pensando qué agasajo enviarles, porque sin él veo que sería el viage en vano, y el comisionado muy mal recibido. Pero el caso es que aquí no hay pavos, ni ojaldres, ni chocolate, ni amarillejos. Iba ya á despachar á Averroes de vacío, cuando el pimporrero se acordó de que tenia en la faltriquera un villancico. Como el tiempo los permite, me pareció bien: se lo pedí: antes hice que le mudase la primera palabra para que viniese al asunto; y en efecto viene tan de perilla, como si no se hubiera hecho para otra cosa. Allá va.

VILLANCICO.

Eclecticistas andantes,
Tristes figuras de España,
Tan Quijotes en el cuerpo,
Como Sanchos en el alma.

Estrivillo.

Y dijo Melchor, &c.

CARTA X.

Sr. D. Manuel Custodio.

Amigo y señor mio: antes que meterme en otra cosa, me precisa hacer á V. una consulta. Cuando Ciceron me leyó los dos papeles de conclusiones, sobre que ha ocho meses que estoy escribiendo á V., fue tal la multitud de especies que se tumultuaron en mi imaginacion, que creí serme dificil digerirla, darla órden, y ponerla bajo un aspecto razonable. A consecuencia de esto pensé, que para salir de tanta confusion, y hacer alguna cosa de provecho, era necesario desentenderme de mucho, y ceñirme á un determinado pensamiento. Así lo pensé, así lo propuse, y así habia empezado á egecutarlo. Ya V. se acordará que dije en la Carta VI ó VII, y repetí en la VIII, que mis ánimos no eran otros que mantenerme sobre la defensiva, sin trascender á mas. Despues, sosegada mas la imaginacion, vistos los papeles con mas pachorra, y examinados con mas exactitud los libros *eclécticos*, que por desgracia suya y mia han caido en mis manos, me he ido arrepintiendo poco á poco de mi primer propósito, hasta llegar á arrepentirme por entero. Quisiera, amigo mio, que antes que el tuerto hubiese escrito semejante promesa, se le hubiera saltado el otro ojo; quisiera que me hubieran enterrado primero, que hubiese dicho semejante cosa: en suma, estoy tan otro, que si estuviese en mi mano comenzar ahora las Cartas, no cometia tan enorme desacierto; y á presencia de todo el mundo protestaria: que era mi ánimo defenderme, y ofender; salvar mis dichos, y sacar á la luz pública sus disparates; quitarme de encima las pulgas que me tiran, y echárselas á ellos en las orejas.

Mas como egecutar esto es punto, que toca en cosa de conciencia, que no sé si tendrá disculpa, y si será bien visto entre las gentes, por no obrar por solo mi capricho, dí en el pensamiento de hacer sobre ello una consulta. Comuniqué la especie al pimporrero, quien desde luego se dió por convidado para consultor, alegando que él habia presenciado muchas conversaciones de moral en el banco de herrador de la puerta de la Macarena. Citó tambien para el mismo efecto al tuerto amanuense, hombre que mientras anduvo en ese mundo, estuvo en posesion de dar voto sobre todos los sermones, con la inteligencia que se deja ver, y que es por allá demasiado comun. Nos faltaba otro voto para en caso de discordia; mas el mismo pimporrero, que es un valiente trazista, se acordó de que Averroes, con las idas y venidas á esa ciudad, algo se le ha de haber pegado. Me conformé con su dictámen, por no poder otra cosa; convidé al tuerto, que admitió el convite con tanta confianza, como si toda su vida hubiese sido catedrático de moral, y despues pasé á citar á Averroes. Este estuvo un poco remiso á causa de su ignorancia, que ingenuamente confesó; pero mis instancias últimamente lo vencieron, poniendo él antes por condicion, que para dar su voto habia de presentarse con las hopalandas de doctor, porque en poniéndoselas se le infundia un espíritu tan vehemente de decidir, que era capaz de hablar lo que fuese, y no fuese menester. Juntóse pues la respetable asamblea; propuse mis escrúpulos; esforcé por una y otra parte mis razones, siempre con la mira de que se me concediese derecho para usar de represalias. Habló el tuerto primero que todos, y como él sabia, que si la decision salia á mi favor, le habia de llover sobre las costillas, teniendo mas Cartas que escribir, respondió redondamente que no; que era un gran cargo de conciencia, y me lo encargaba, como insistiese en variar de pensamiento. Apoyó su dicho con el famoso texto de *mascula sunt maribus*, y con el otro de *vinum aquatum*. El pimporrero todo por el contrario, dijo: que no me salvaba de pecado gordo, y obligacion de restituir, si no descubria las marañas de la filosofía de moda, y procuraba desengañar al público. Para esto trajo (sin que ella quisiese venir) la doctrina del *lucro cessante*, y *damno emergente*, y soltó los argumentos del tuerto, ale-

gando, que era parvedad de materia el escrúpulo que resultaba. Pusimos los ojos todos en el doctor Averroes, quien antes de empezar á hablar se puso un gorro pringoso, se terció el manteo, se estregó las manos, se manoseó las narices, tosió, escupió, y aun creimos que tuviese que hacer otras diligencias de mas monta. Empezó á hablarnos no con su acostumbrado lenguage, sino con otro tan nuevo y desusado, que apenas, apenas se lo podíamos percibir: tan retumbante y cascarreño, que el ruido que hacia hablando, se semejaba mucho al de un costal de nueces cuando se derrama. Arengó primero como si estuviésemos en oposiciones, y despues que nos quemó la sangre con magnificentísimo Aristóteles, oculatísimo tuerto, y eruditísimo pimporrero, disertó largamente sobre los impedimentos del matrimonio; luego sobre el retracto gentilicio, y luego sobre el pecado filosófico, concluyendo su discurso con estas palabras latinas. *Atque ut rem universam egregiissimè à nobis explicatam sub unius ejusdemque luminosissimæ argumentationis exponam veritate, hoc à me eruditissimum syllogismum confectum iri putavi. Quisquis de rebus dubitat exploratissimis, is itaque cramben recoctam obtrudit, et nodum in scirpo quærere convincitur: at, qui nodum in scirpo quærit, actum agere, videtur, Æthiopem lavare pergit, et in ferro frigidante machacat. Nulla igitur me res à concepto animi judicio dimovere poteritur.*

Que me cuelguen de las narices, amigo don Manuel, como á los estorninos, si yo pude entender nada de cuanto dijo nuestro famoso doctor: lo mismo y mucho mas sucedió á los otros; y no creyendo que en ello cometíamos pecado alguno, le suplicamos nos explicase su sentir en términos mas sencillos. ¡Nunca tal hubiéramos pensado! pues enfurecido el doctor, nos predicó un sermon terrible contra el espíritu de partido. Culpó al pimporrero y al tuerto del atraso de la literatura, y me dijo veinte mil frescuras sobre el *materialitèr*, y *formalitèr*, *ut quo*, y *ut quod*, y demas distinciones de la escuela. Tuvimos á dicha que quisiese callar. Poco á poco pudimos persuadirlo á que se quitara los hábitos; y despues que se los quitó, y le reconvinimos, hallamos otro hombre muy diverso. Nos protestó ingenuamente: que jamás habia soñado decir tales disparates, y que pues los habia dicho, sin duda an causa de ello aquellas hopalandas; que él prometia firme-

mente no traerlas puestas sino mientras anduviese por Sevilla, pues no queria volver á hacer otra entre nosotros. Se acabó pues nuestra consulta á capazos, sin habernos convenido, ni ser posible que nos conviniésemos, porque el voto decisivo estuvo de muy mal humor: mas no habiéndoseme acabado mi escrúpulo, me valgo de V., amigo don Manuel, para que proponga esta dificultad á un par de consultores. No lo hago por medio de Avertoes, porque si va á buscarlos con hábitos no tenemos sugeto; si sin ellos, en primer lugar puede ser conocido, y en segundo, como su trage será de pobreton, es muy de temer que quizá no salga á mi favor la decision, y será entonces mi desazon doblada. El pimporrero me asegura, que en esa ciudad hay consultores de todas castas. No busque V. á ningunos de aquellos melancólicos, que no saben mas teología, que la que se encuentra en las Escrituras, Padres, Concilios y Doctores. No haga V. caso de ellos, pues estan en posesion de que pocos lo hagan. Búsqueme V. teólogos de Compendio, consultores de aquellos que miran antes á la cara al que consulta, y siempre le adivinan el pensamiento, decidiendo no como se debe, sino como se quiere por parte del que consulta; pues de todos modos yo quiero que la resolucion sea favorable. Y pues antes de ocurrirme esta duda, ya yo habia empezado á buscar las cosquillas á los filósofos rabones, y en mis dos anteriores tengo prometido continuar buscándoselas; mientras la dificultad se resuelve, ó no, estoy en posesion de seguir, porque *in dubiis melior est conditio possidentis.*

Asi pues volvamos á nuestro *excusso jugo*, y veamos, si se les puede ver el cabo á los dos capítulos que quedaron de *superavit* en las dos Cartas últimas. Era el primero, si mal no me acuerdo, que los eclécticos que tanto engrandecen la miseria de los escolásticos en seguir mi filosofía, ni hacen ni pueden hacer el buen uso, que los escolásticos han hecho de las otras: el segundo, que con la filosofía que siguen, nunca pueden ser verdaderos filósofos. Entremos en el primero. Si yo quisiese desembarazarme en breve de este negocio, con dos palabras lo tenia hecho. En amontonando á todos los filósofos modernos, como deben amontonarse, y en haciendo ver cuán poco han adelantado sus plumas, y cuán mucho pelean sus principios con el peripato, salíamos de una vez de ca-

morra. Pero entonces ¿quién habia de aguantarlos? Serian tantos los gritos de los Cartesianos, tanta la bulla de los Gasendistas, tan enormes los clamores de los Wolfianos, Newtonianos, Leibnitzcianos, y demas acabados en *anos*, y tan dolorosas las quejas de los eclécticos, que no nos podríamos averiguar. Cada uno alegaria sus titulos de pertenencia; probaria su vecindad en este, ó en otro pais, y haria informacion de que ellos eran hijos de olivo, y los otros de accituno; y en semejante caso nos podríamos entender, como se entienden los que estan hablando á la puerta de un herrero. No agraviemos, pues, á nadie; consérvensele á cada uno sus fueros: el que no quisiere ser sino ecléctico, que sea ecléctico hasta que yo le avise: el que Newtoniano, que no lo mezclen con los eclécticos, que eso no es razon.

Y para evitar todo género de quejas, ya le he dado á Averroes el plan para que forme un arbol predicamental de las filosofias, poniendo por supremo género á *Disparate*, el cual género se irá dividiendo en especies subalternas hasta llegar al eclecticismo, que será la especie átoma no divisible *ulterius*, sino en eclécticos doctores, y eclécticos reverendos. Por otra parte se reirian de mí á carcajadas, porque excluidas las otras, solo tenia á la peripatética por verdadera filosofia, que mayor disparate no lo pensaria Barrabás. Evitemos pues estos escollos: hagamos una suposicion que hacen los eclécticos, y que nos está bien á todos, á saber; que todas las filosofías son dignas de aprecio, y que de todas ellas se puede hacer buen uso. Hecho esto, vamos á examinar cómo han usado unos de otros los señores modernos, y cómo han usado todos ellos de mí. Distribuyamos los modernos en tres clases. *Sistemáticos*, que siguen los principios de uno ú otro filósofo: *Scépticos*, que á ninguno siguen, y son como las monjas de estómago tan delicado, que nada se atreven á tragar, no sea que se les indigeste; y *Eclécticos*, gente de buenas tragaderas, que comen de todo como las cabras, ó si no les agrada la comparacion, que chupan de todo como las abejas.

En cuanto á los *Sistemáticos* no tenemos duda. Estudiaron ellos la filosofía que les tocó en suerte, se aferraron en ella, y todo lo demas que estaba escrito era en su dictámen una gran patarata. Tenian sus fervorosas disputas á favor de su

secta, y contra todas las otras; y pasaba entre sistemático, y sistemático á corta diferencia, lo que los señores filósofos de moda reprueban tanto en los antiguos: y así como entre éstos fueron célebres los choques de Nominales, Realistas, Tomistas, Escotistas, Jesuitas, &c., así entre ellos son famosas las batallas literarias de Gasendo con Descartes, de éste con él y otros: de Arnaldo con Malebranche, de Leibnitz con Keyl, Clark, &c.: de éstos y del Abad de Catelan y monsieur Papin contra aquél: de los Diaristas y Actas de Leipsic contra estotros, *et cætera, et cætera.* Cuando les llegue su vez, serán examinadas estas disputas, y cotejadas con las que han tenido los escolásticos: para entonces cito á los que se tienen por jueces imparciales, para que juzguen sobre la materia. Lo que por ahora me hace al caso es, que se vea que los filósofos sistemáticos no han pensado en examinarse mutuamente, para aprovecharse unos de otros, sino para impugnarse. De mí es constante el poquísimo caso, que se hizo. Valia entonces mucho mas que ahora la (no me atrevo á llamarla *preocupacion*) certidumbre, de que en mis obras no se encontraban cosas que acomodasen. Leibnitz empezó á juzgar de otro modo. Mas despues pondremos uno ú otro egemplo de la felicidad con que él y otros pusieron por obra el pensamiento de poner algunos de mis dogmas en uso.

De los *Scépticos* nada tengo que añadir: creo que pocos hay que los cuenten entre los filósofos, y ellos en realidad ni por mal nombre merecen este título. Tomado el scepticismo en toda su extension es un pirronismo consumado, capaz de destruir hasta las evidencias matemáticas. Tomado el scepticismo con moderacion (si es que la moderacion puede acomodarse con lo que naturalmente es vicioso), está admitido por principio y basa del eclecticismo. Llegará el caso de que toquemos en éste, y desentrañemos este punto. Es, pues, el eclecticismo el único de quien se debe demonstrar, que no ha hecho buen uso, ni de las otras filosofías de moda, ni mucho menos de la mia. Mas siendo este un punto que si llega á hacerse palpable, destruye hasta el nombre (si es que hay otra cosa) de este tan aplaudido modo de filosofar, reputo por muy conducente dejarlo, para hablar acerca de él con la extension que merece, cuando de intento

examine las obras de un par de eclécticos de los que estan mas en moda. Entonces, si no me engaña el corazon, haré ver que tan lejos está de ser uso, que por el contrario es un abuso de todas las filosofías; haré ver, que jamás puede llegar á ser uso útil (que es la segunda parte de mi propuesta), y será esta la primera vez que se oiga negar el *posse* desde que mi escuela es escuela.

¿Qué es esto, señor Aristóteles? ¿Todas son remisiones para lo futuro? Amigo don Manuel, yo soy hombre de bien, y cumpliré sin falta mi palabra. Por ahora no sufre mas esta Carta, que el dar una prenda. Yo le pondré á V. algunos egemplitos del pésimo uso que han hecho los eclécticos, y sus padres, de mi filosofía: yo tambien me iré á entretener un rato al aserto de los dos Reverendísimos, que tan de la aprobacion han sido de los señores eclécticos sevillanos; y tomando de ellos alguna cosita, le mostraré á V. (*veluti ex ungue leonem*) lo que podemos esperar del cacareo de los señores eclécticos. Yo tambien, cuando al fin de esta Carta toque en el tercer capítulo, le pondré un ensayo de filosofía ecléctica; pero esto de tocar el punto con toda extension, déjelo para cuando le he dicho, pues no se puede todo de una vez.

Vamos á ello. Antonio Genuense, aquel famoso ecléctico, que no se puede ni debe nombrar entre los filósofos de buen gusto, sin quitarse el sombrero y el gorro, quiso dar una prueba auténtica de su basta erudicion, teniendo la bondad de tomar las palabras y definiciones de mi escuela para impugnarlas. Cosa por cierto nueva, y nada usada entre los suyos, que estaban en posesion de impugnarnos con espíritu profético, es decir, suponiendo y no viendo lo que queríamos decir. Tomó pues su microscopio (pues aunque la leyenda no se mete en esta menudencia, yo acá contemplo que sería así, porque un moderno sin microscopio es un sastre sin agujas, un zapatero sin alesnas, y un cuerpo sin alma): tomó tambien todos los escolásticos habidos y por haber, pues él lo dice de todos, como se verá despues, y puesto que él lo dice es preciso que sea verdad; y buscó en ellos aquello de las ideas impresas y expresas: las miró lindamente por arriba y por abajo; y enterado á fondo en lo que ellas eran, salió diciendo (Art. Log. crit. edic. ann. 1755.

lib. 2. cap. §. 2.): *Scholastici philosophi ideam materialem vocant impressam speciem, intellectualem vero speciem expressam*; y luego con aquella magestad y tono decisivo, tan propio de los eclécticos, añade: *utrumque, quod mireris, propriissimè.*

A ver, amigo don Manuel, ¿qué tal le ha parecido á V. aquel *quod mireris*, que merecia estar con letras de plana? ¿No está la ironía mas resalada del mundo aquel *propriissimè*? Pues, amigo mio, los escolásticos (*quod mireris*) ni han dicho, ni han soñado decir, que la especie *expresa* sea la intelectual, y la *impresa* la material. Idea impresa entre todos ellos es (*quod mireris*) *imago rei, qua mens determinatur ad rem illam cognoscendam*: por otro nombre *principium cognitionis*. Idea ó especie expresa *est conceptus rei, quem mens format, dum cognoscit objectum*: por otro nombre *terminus cognitionis*; por otro nombre *Verbum*. Si V. quiere verlo así, busque á cualquiera peripatetiquillo de esos de menos monta, y en cada página se lo encontrará mil veces: y acerca del *propriissimè* irónico del caballero Genuense, con que se burla de nosotros, dígale á sus amigos, que si quieren saber de donde han tomado los escolásticos estas dos grandes frioleras de especie impresa y expresa, vayan por las obras de san Agustin arriba, y en su exposicion sobre el salmo 139. se encontrarán con la imágen impresa en el entendimiento; y en el lib. 9. *de Trinitate* cap. 12. con la expresa. Dígales tambien: que he oido decir, que una y otra sirven admirablemente para explicar la generacion del Verbo Eterno, que ellos que la echan de teólogos, pueden ver, si es verdad; pero que en cuanto al Genuense, el pobrecillo no juntó caudal para mas, y como sabia para quien escribia, no fue tan escrupuloso, que hubiese de omitir todas las mentiras, que se le vinieron.

Vaya otro egemplito del mismo Genuense, tomado de su Metafísica (part. 1. prop. 95. edit. 1774.). Sería una cosa muy larga de referir lo que le dió motivo á decir la preciosidad sobre que voy á hablar; por tanto abreviaré. Para probar él que los universales se hacen por agregacion, y no como enseñamos nosotros por abstraccion, le pidió prestado á Gasendo uno de sus paralogismos; y usando de las facultades que por razon de ecléctico le competen, lo bautizó, y le puso el nombre de *demostracion* en la edicion pri-

mera de su Metafísica. Yo no sé quién fue el que le hizo ciertos reparillos á la demostracion citada, no tan de poco momento, que dejasen de demostrar ser una abierta contradicion. El Genuense como uno de aquellos filósofos nada preocupados, y que en viendo la razon al instante ceden á ella, no tuvo dificultad en.... ¿pensaba V. que yo iba á decir retratarse? No, señor mio, que eso sería vergüenza en un ecléctico como él. En echar por la via de Tarifa, y buscar nuevos disparates con que tapar el primero. Entre ellos está uno que es el que nos hace al caso. Se acordó de los posibles de los escolásticos, y pensó que serian buenos para hilas con que curar la herida dada á su *demostracion*, y en un escolio que puso en la edicion citada al principio, encajó este parche: *cum se ac essentiam suam contemplatur Deus, in se, ac natura sua possibilium omnium essentias intelligibiles prócreat.* Ve V. aquí una brillante idea de los posibles. Posibles que se procrean. Y no tenemos que andar con daca si lo que se procrea es aquello, á quien se le comunica la existencia *extra Deum*, y toma si los posibles son aquellos, á quienes nunca se les ha de comunicar. No andemos con esto, porque ahí está el primor en que sean posibles y se procreen, ó en que se procreen sin dejar de ser posibles: que esto no es otra cosa que la metafisica escolástica, llevada por este famoso ecléctico un poco mas arriba del primer principio de contradicion, y no como los peripatéticos, que al cabo de tantos años siempre se han estado por debajo de él.

No perdamos de vista al mismo Genuense, que es amigo mio, y es menester distinguirlo en cuanto se pueda; pues él entre los eclécticos ocupa un lugar distinguido. Este tal señor definió á la naturaleza como mejor le pareció en su Metafisica (part. 1. cap. 3. §. 32.). Despues de haberlo hecho, confiesa ingenuamente en su Lógica Ital. lib. 1. cap. ult. que no se puede entender, qué cosa sea la naturaleza: y poco despues dice, que yo la definí *entelechiam primam.* No nos paremos en el escrupulillo de haber definido la naturaleza, y confesar que ignora lo que es; pues esto no arguye otra cosa sino que definió lo que no entendia, y esto es ya tan comun, que cualquier ecléctico lo hace sin calentarse mucho la cabeza: no nos paremos en que juzgue no poderse entender la naturaleza, porque él no la entendió; pues esto

está suelto facilmente con suponer que los eclécticos *eo ipso* que lo son, entienden perfectamente las cosas con privilegio exclusivo de que otros las entiendan. Y si acaso el dicho Genuense fue abogado (de lo que no he tenido noticia, pues de su vida no han llegado á mí mas que los milagros) mucho mejor; pues en siéndolo es preciso é indispensable que entiendan de todo. Tampoco nos hemos de parar en la consecuencia que se está saliendo de esta doctrina, á saber: si no se puede entender qué cosa es naturaleza, luego tampoco qué cosas son, ó no son naturales: luego no se puede juzgar, qué cosas son sobrenaturales. Este escrupulillo es de poco momento; pues en tal caso, lo mas que podria suceder sería quitar los milagros, y á consecuencia toda la Religion. En lo que sí me paro es en lo que viene al caso presente, que es la definicion que dice que yo he dado á la naturaleza. ¿Si llevaria el microscopio para leerla? Yo he estado recapacitando, y no me acuerdo de haber dicho tal cosa. Bien tengo presente que en el lib. 2. de *Physico auditu* la definí así: *Principium, et causa motus, et quietis ejus, in quo est primò, et per se, et non secundùm accidens.* Con que es muy de temer que el encantador, que trasformó á la sin par Dulcinea del Toboso en una grosera labradora, ese mismo le trasformase á nuestro ecléctico la citada definicion en *entelechiam primam.*

Todavia quiero vea V. otra gracia de las infinitas que trae el mismo señor. Ha de saber V. que Leibnitz, despues de haber andado de Herodes á Pilatos, y apurado con su buen ingenio cuanto los modernos han dicho sobre la *materia*, nos hizo el honor (que no habíamos menester) de decir: que no podia menos que convenir con los escolásticos, en que la *materia primera* y la *forma substancial* eran unas meras potencias, la primera *pasiva*, y la segunda *activa.* Así en el segundo tomo de sus obras part. 1. pág. 214 y 317. No nos paremos en la propiedad con que llama potencia activa á la forma substancial, que esto de usar de nuestras cosas como se debe, requiere mas instruccion en ellas que la que tuvo Leibnitz. Paremos en el Genuense, que en su Lógica italiana lib. 5. §. 87. trae unas palabritas, que yo no entiendo por serme lengua desconocida. Entregué el libro, de donde sacó estas apuntaciones, al pimporrero, para que bus-

case quien las tradujese al castellano. Hízolo así, topó por buena dicha á un tiple conocido suyo, y este dijo que querian decir: *En buena física no se ha encontrado un ser meramente pasivo: sería una quimera de ignorantes.* ¡Ah, pobre ignorante Leibnitz! bien te se emplea para que no te metas en camison de once varas. Vuelve, vuelve á salir con la especie extravagante de la *materia meramente pasiva*, que el Genuense hará que se borren de sus obras los grandes elogios que te ha dado, y te quedarás entonces entre los ignorantes quimeristas.

Dejemos, amigo don Manuel, al Genuense por un rato, que hay otros muchos á quienes contentar, y es menester que V. vea, que la profesion del eclecticismo es la mas ajustada á razon, y la mas necesaria al mundo literario. Los caballeros eclécticos, á semejanza de los andantes, no tienen mas oficio que deshacer tuertos, vengar injusticias, y darle á cada uno lo que es suyo, y que otros por ignorancia ó por malicia le han quitado. ¿Quiere V. ver un hermoso rasgo de esta verdad? Pues salga á plaza el señor Verney. Este en su libro 2. de *re Logica* (cap. 3. not. 3.) les da una linda zurra á los escolásticos por haberme entendido, no como debian, sino como se les antojó. Pecado sin duda tanto mas grave en ellos, cuanto mas se jactan de ser mis fieles intérpretes. Y á la verdad, ¿si ellos hacen profesion de tales, no es una picardía la mas digna de azotes, que se pongan á engañar al público, diciendo las cosas al revés de como yo las dije? Dios se lo pague á Verney que nació á este mundo para enmendar todas las cosas, y no solamente esta de que trato. Pero el caso es que donde á él le pareció que habia encontrado dos encantadores malandrines, que llevaban robadas algunas Princesas, no encontró sino con dos monges Benitos, que tal vez iban de mision. Todo el sermon que predicó dicho señor contra los escolásticos, tuvo por tema unas palabritas, que él trae en el lugar citado, refiriendo el modo de pensar de los escolásticos. *Alter* (dice) *dicitur intellectus agens, sivè cognoscens.* Y en efecto, si *intellectus agens* entre los escolásticos quiere decir *cognoscens*, ni ellos me entendieron, ni dijeron mas que un disparate; pero la mala fortuna es que esta interpretacion de *cognoscens* la puso el Verney de su caudal, sin que á los escolásticos

les costase un maravedí, antes por el contrario estan ellos tan lejos de poner el conocimiento en el entendimiento agente, que muy al revés lo admiten, y prueban su necesidad, *ut ea, quæ sunt intelligibilia in potentia, faciat intelligibilia in actu.* Dénsele, pues, las gracias á Verney por su buena intencion, y dígasele de mi parte, que si como fueron monges Benitos hubieran sido encantadores, habria hecho sin duda un incomparable servicio á mí y á todos los literatos; y que para otra vez se imponga mejor, ó busque quien le explique mis algarabías.

Lo que no es razon, ni yo consentiré jamás, es lo que hace el mismo Verney en el lugar citado, y el Genuense en su art. Log. crit. lib. 2. cap. 1. que es mudar los nombres que yo he puesto á mis herramientas de filosofar. Para esto es menester licencia mia, y título despachado en mi secretaría, en cuyos registros no se halla habérseles librado á ninguno de los dos, para que á lo que yo llamo *intellectus possibilis*, le llame el primero *patiens*, y el segundo *passivus*. Sepan ambos que han dicho un disparate muy gordo, que no puede pasar en mis Metafísicas; y no les digo el por qué, lo uno porque he hecho propósito de no usar mucho de ellas en mis Cartas, y lo otro porque ellos no son capaces de entenderlas. Déjense pues de andar con lo que no entienden; y pues yo no me meto con su *natura genitrix*, *principium Aylarchicon*, *spiritus plasticus*, *vires mortuæ*, *et vivæ*, *centrifugæ*, *centripetæ*, *centrales*, *insitæ*, y demas baratijas de la filosofía de buen gusto, no vengan ellos á enmendarme los nombres de entendimiento agente y posible.

No puedo menos que poner siquiera un egemplito de la suma inteligencia con que trató mis cosas el invicto, y nunca bastantemente alabado impugnador de mi fiilosofía Pedro Gasendo. En su libro 2. (exerc. 3. adv. Aristoteleos §. 7.) hablando de la opinion, no de todos, sino de algunos escolásticos, que niegan pueda Dios ser comprendido en las categorías, desata la represa de su elocuencia admirable, y derrama la siguiente avenida de erudicion. *Scilicet, tu cathegoriam imaginaris, quasi carcerem, in quem nihil possit ingredi sine jactura libertatis; nonnè vides cathegoriam nihil esse aliud, quàm negotiationem intellectus nostri ad eamdem classem referentis omnia, quæ aliquo eodem conceptu generali apprehenduntur? Annè*

intellectus propterea injicit quasi compedes infinitæ Dei naturæ, ut in cathegoria quasi reluctantem detineas? Aut putas fortè cathegoriam esse velut classes, quibus mens nostra, ut alter Vulcanus, tantum Martem irretire, ludibrioque dare contendas? ¿Ha oido V. esta monselga, amigo don Manuel? ¿Ha visto V. (para empezar por lo último) la propiedad con que se aplica el caso de la fábula de Vulcano y Marte? Ciertamente no sé yo por donde este señor canónigo, ó preboste, ó abad, ó lo que quiera que fue, agarró la comparacion de Vulcano con nuestro entendimiento. ¿Sería quizá por la pata coja? ¿por la herrería? ¿ó por donde? Pero lo que mas me maravilla es, que un cristiano y presbítero le aplicase á Dios la personalidad de Marte, aludiendo al caso en que Vulcano lo cogió en un mal latin con Venus su muger. Alusion indigna de un Espinosa, cuanto mas de un Sacerdote cristiano; pero alusion, que tiene otros egemplares en algunos sábios ridículos de ahora, que pasan (porque las cosas lo llevan así) por erudítos. Lo que nos hace al caso es, que V. note lo bien que entendió Gasendo, qué cosa eran categorías, y qué cosas eran las que se comprendian bajo de ellas. Es verdad que ellas no son cárceles, y que para colocarse en ellas, no es menester que se pierda ó se gane la libertad; pues esto viene tan al caso como una guitarra en un entierro.

Pero díganos ese señor, ¿dónde ha leido que los escolásticos no quieren admitir á Dios en el predicamento por no quitarle la libertad? Ven ellos, y tienen bien visto, que la categoría no es otra cosa que una distribucion (ó llamémosla, como él la llama, negociacion) del entendimiento; pero una distribucion entre cuyas partes hay proporcion y órden, una distribucion obra del entendimiento arreglada á las ideas que tiene de las cosas. No es ningun monton de cosas rebujadas, sino puestas cada cual en su sitio, para que la última sea antecedente de todas las primeras, y la primera consiguiente de todas las últimas. Por lo cual así como se arguye bien empezando por abajo, *homo, ergo animal: ergo vivens: ergo corporeus: ergo substantia*: así se inferiria mal empezando por arriba, *substantia, ergo corpus: ergo vivens, &c.* Con que cuando el señor Gasendo llama á la categoría *negotiationem intellectus ad eamdem classem referentis omnia, quæ aliquo eodem conceptu generali apprehenduntur*, dijo en muchísimas

palabras la mitad de la definicion, y se dejó la otra mitad en los libros de los aristotélicos que impugnaba. Debió pues hacerse cargo del órden, de las reglas y distribucion de las categorías. Entonces hubiera sabido, que á ellas no se reducen mas que aquellas ideas que convienen unívocamente en un concepto comun: hubiera sabido que en ellas no admitimos otras ideas sino aquellas que pueden partirse en otras dos, de las cuales una excluya la otra; y viendo entonces que cualquiera de las ideas que se forman del Ser infinito, incluye necesariamente todas las otras ideas que debia excluir para entrar en categoría, pues de otra manera no sería idea del Ser infinito; conoceria que los escolásticos que niegan que puede Dios ser comprendido en ellas, entienden como deben las categorías: y si hubiese tenido la dignacion de leer á los que pretenden colocarlo en ellas, hubiera visto que lo pretenden, no por esos disparates que él ha dicho sin inteligencia, sino por la suposicion que hacen de que nuestra corta capacidad, cuando entiende al ente infinito, no lo conoce de este modo sino al modo de los entes finitos con género y diferencia; por la suposicion que hacen de que la idea de substancia en común es mas extensa en nuestro entendimiento, que la idea de substancia infinita que concebimos de un modo limitado. Con que quede entendido el monsieur de la comparacion de Vulcano y Marte con nuestro entendimiento y con Dios, en que segun su costumbre impugnó á los aristotélicos, sin saber ni el sugeto, ni el predicado de la cuestion, ni haber entendido las sentencias contra que escribia.

El reverendísimo Fortunato de Brixia, hombre el mas cortesano del mundo (pues siempre que tuvo que nombrar algun moderno le encajó el *Don*, que es moda en el latin, poniéndole antes su C grande y su *l* chica para decirles *clarísimos*, y que todo por el contrario con los escolásticos siempre que tomó á alguno entre manos le dijo tantas majaderías, como si le hubiera hurtado alguna lata de tabaco): este tal reverendo se puso á definir la esencia del cuerpo físico, y no quiso convenir (porque no estaba de ese humor) con Descartes, ni con Gasendo, ni con ningun otro; pero el caso era, que no le ocurria una cosita bonita sobre el particular que diese golpe. Lo estuvo pensando, y mientras lo pensaba, el enemigo que nunca duerme, le trajo á la memoria que en sus princi-

pios habia sido escotista. Acudió á la escuela á ver si encontraba alguna idea buena para ello: la descubrió al instante, y cátatelo aquí poniendo la esencia del cuerpo (atiéndame V., amigo don Manuel) *in naturali exigentia occupandi locum impenetrabiliter* (Phis. gen. dis. 1. sect. 2.). Yo no sé qué tal les habrá pegado á los modernos esta *exigencia*; lo que sí sé es, que ni yo, ni toda mi escuela, cuya personalidad represento en virtud de poderes legítimos, le perdonamos el agravio de haber ido á meter al pobrecito de *exigentia* nuestro hijo entre tantos escribas y fariseos.

No hay duda en que debo estar agradecido á Leibnitz, por haber sido entre los modernos el de mas nombre y el primero que juzgó debia valer mi filosofía, y que ella en modo ninguno era irreconciliable con los nuevos descubrimientos. Sin embargo él ha hecho mas daño que provecho con haberlo dicho, y con el modo con que ha pensado egecutarlo. Ha mezclado mis dogmas con los suyos, y habiendo sido los suyos tan descabellados han perdido por ello el crédito los mios. Y no solo esto, sino que queriéndosele parecer muchos eclécticos, ha dado ocasion para que me equivoquen cuantas ideas puse yo de distinto modo, y él me ha equivocado. Ya V. ha visto como él admite mi *materia* y mi *forma*; y verá en el discurso de mis Cartas las otras cosas mias que admite; pero tambien vea ahora un egemplito de como me las ha echado á perder. Para explicar el orígen de las formas, las supone criadas desde el principio, les muda el nombre llamándolas *MONADES* (nombre que no me ha parecido muy bonito), las pretende enteramente indivisibles, dice que muchas juntas compondrian extension, y últimamente con doctrina, que él dice que es, y yo digo que no es, de santo Tomás, compara las almas de las bestias en lo indivisible con las de los hombres. Esta es una gran picardía, y bien pudiera el citado señor haberse ahorrado de meterse á peripatético, pues nadie lo llamó para ello; ó si se metió, haber explicado las cosas como yo las dige.

Yo me daria por contento ahora, amigo don Manuel, si no me hubiese parecido muy conducente ponerle á V. otro par de egemplitos que se dejan á los pasados en mantillas. Como Príncipe que soy de todos los escolásticos debo tomar á mi cargo la defensa de todas las escuelas; y aunque per-

mita á todos los que honran mi nombre tener allá sus chirrichofas sobre si la *materia* tiene acto entitativo ó no lo tiene, no puedo permitir que ningun picarillo le levante á alguno de mis mas acreditados discípulos falsos testimonios. Los señores eclécticos y sus precursores siguiendo (á lo que parece) el dictámen de Wolfio, que enseña que una ú otra vez se puede mentir, no han hallado dificultad en levantar muchísimos. Irán saliendo á su tiempo unos tras de otros. Por ahora vaya este par de ellos que derriengan la mano.

El señor Heinecio, ese famosísimo filósofo, ese crítico aplaudido, tratando de los filósofos de la edad media en sus Elem. hist. Phil. §. 100., cuenta entre ellos á los santos Tomás y Buenaventura, llamados, como él dice, *fastu scholastico* Cherúbico el uno, y Seráfico el otro, y al párrafo siguiente dice: *Et tamen hi Doctores Angelici Cherubici, seraphici in philosophiam moralem invexerunt sacerrima ista principia probabilismi, methodi dirigendi intentionem, reservationis mentalis, peccati philosophici.* Para hacer creible una calumnia tan atroz, ó para decir mas bien, para hacerla inaveriguable, cita, no los pasages de estos santos, como debiera, sino cinco ó seis obras enteras, á saber; las Cartas Provinciales, las Notas de Nicole, las Denunciaciones de Arnaldo, el Tratado del recto uso de las opiniones probables de Tirso Gonzalez, y la Historia natural de Francisco Buddeo. Este último dice algo, que traido por los cabellos puede servir á Heinecio porque tambien *ex illis est*, y por esto cita el lugar donde puede buscarse. Mas en cuanto á los otros, con quienes no lo hizo uno de estos autores que tengo entre manos, tuvo la pachorra de examinarlos de cabo á rabo, y no encontró mas sino que todos ellos impugnaban los referidos monstruos de la moral con la doctrina de estos dos santos Doctores. La erró Heinecio, pudiendo haber citado despues al Beyerlink, luego los Annales de Baronio, luego los Bollandos, y luego la obra de los Salmanticenses, é imposibilitaba el descubrimiento de la calumnia, pues el que se quisiese meter á examinarlos moriria en medio de la faena.

Coronemos la fiesta con Antonio Genuense. Este en su metafísica (part. 1. cap. 7. de su últ. edic.) asegura: que en la *materia* de los aristotélicos está encerrado el espinosismo. Ya se vé, para que esta mentira no tuviese miedo de salir

sola, porque era doncellita acabada de fraguar, le puso por compañera otra mentira algo mas anciana y mucho mas alcahueta. Esta fue, que nuestra *materia* era universal *à parte rei.* (Estoy persuadido á que si el Genuense hubiese leido el *Credo* en los escolásticos, habia de haber buscado modo de asegurar que ellos enseñan en él el panteismo). Y añade luego este literato ilustrado: *Est hæc doctrina valdè hodie periculosa, præsertim si cum quibusdam aliis theorematis adjungatur.* (En efecto *materia à parte rei*, que es decir existente y al mismo tiempo universal, con pocas mas añadiduras, sirve muy bien para el ajo de Espinosa. Di en cavilar qué otros teoremas serian los que insinuaba este impostor; y me acordé de una cita que ví en unos de estos libros de un tal Francisco Buddeo (traité de l'Atheism. et de la superst. §. 20. not. num. 1.), que vuelta en castellano dice: *Esta hipótesi* (habla de la naturaleza universal de Escoto) *digo yo que conduce derechamente al espinosismo.* Y luego con aquella moderacion afectada con que suelen hacer mas creibles sus calumnias prosigue diciendo: *que los escotistas en modo ninguno convienen en esta consecuencia*, *y que si ellos la hubiesen previsto no hubieran aprobado tal doctrina.*

Amigo don Manuel, el tuerto me ha asegurado que hay en esa ciudad escotistas, hombres perfectamente instruidos y juntamente acreditados. Dígales V. de mi parte que hagan por abandonar los trabajos en que me han dicho que se ocupan, y se empleen no en manifestar la impostura de estos señores (que ese es poco negocio), sino en demostrar que el Genuense y otros tales como el Genuense, son los que ponen el huevo para el espinosismo, y todo género de impiedad; para la anarquía, y todo género de desórden: que los materiales para demostrarlo estan tan de sobra, que su misma muchedumbre causa confusion; que yo haré lo que pueda, aunque en las circunstancias en que me hallo puedo poco. Dígales V. aquello de Virgilio de *sic vos non vobis*: que dejen de trabajar para otros y trabajen para sí: que el que quisiere ser doctor, catedrático ó escritor público, que haga las lecciones, saque los argumentos y escriba los papelotes. El que quisiere agarrar una buena pieza de renta á título de predicador, que haga los sermones, ó sino en el Abad La-Tour los tiene hechos, y no será la primera vez que han servido. Pues todo

lo demas es criar cuervos, que nos saquen los ojos. Diga V. lo mismo a los tomistas que conozca, mientras yo le digo al Genuense que por todo lo que él quisiere pasarán los escolásticos, por ignorantes, por inciviles, por inutiles, y cuanto á él y á los que se le parecen se les antoje; pero esto de malos cristianos ó malos vasallos no es asunto que tengo de sufrir, y cuando fuera menester hacer otro agujero como la sima de Cabra para salir de donde estoy, lo habia de hacer nada mas que para presentarme delante de él y de los suyos, y decirles: que es mentira, y mentira, y mil setecientas veces mentira. Es pues mentira lo del Universal *à parte rei.* Lo admitió Platon, y contra él han escrito todos los escolásticos, y Escoto el primero. Es verdad que éste admite Universal *ex natura rei*: pero no *à parte rei*: términos que distan tanto el uno del otro como la sombra de la luz, y la verdad de los escritos del Genuense. Véase al citado doctor (2. sent. dist. 3. quæst. 1.) y se hallará que no hay tal cosa; que enseña que toda naturaleza existente es singular, aunque ella en su concepto *objetivo* (mire V. que bien pega esto con el *à parte rei*) es indiferente para ser ó comun ó singular.

Aquí tiene V., amigo don Manuel, algunas muestras de la inteligencia con que los modernos ó han usado de mi filosofía, ó la han impugnado. Estas, como digo, no son mas que unas muestras, pues en el discurso de nuestro comercio epistolar (que á lo que yo entiendo va un poquillo largo) apenas se ofrecerá Carta donde no tenga ocasion de ponerles muchos egemplos. Se aturdirá V. cuando por una parte los vea, y considere por otra la confianza con que unos hombres, que en parte no me vieron siquiera, y en parte me vieron con los ojos cerrados, que trastornaron todas las ideas de mi filosofía, y que corrompieron la de los escolásticos, se glorían de haber triunfado de nosotros con tanta seguridad, como pudo Scipion gloriarse de haber asolado á Cartago. Mas, amigo mio, no es nuevo este egemplar. El famoso hidalgo don Quijote de la Mancha se persuadió á que habia descabezado al gigante usurpador del reino Micomicon, y bien veia el ventero que á quien habia desbarrigado era á uno de sus pellejos de vino.

Tome V. un polvo, amigo don Manuel, descanse un rato, y rehágase de fuerzas que tenemos que meternos en otro ma-

yor berengenal. Ya V. se habrá hecho cargo de que lo cito para que entremos por las famosas conclusiones de los dos Padres reverendísimos, y cojamos en ellas no toda la fruta madura, que para eso serian necesarias seis carretas, sino unas pocas de berengenas de las que esten mas á mano, dejando para en adelante casi toda la cosecha. Escojamos pues algunos egemplitos que demuestren *ad sensum*, que ellos ni se entendieron, ni nos entienden; y sirvan de muestra para el buen uso que hacen de la filosofía los escolásticos. Venga primero el P. N., cuyo aserto es menester interpretarlo, tanto por los infinitos defectos de gramática, cuanto (y esto es lo mas) por el enorme trastorno con que vienen los puntos, comas y colones; que mas de cuatro veces han hecho titubear á Ciceron. Agradézcame pues el P. que lo pongo de modo que hable, y agradézcame tambien que disponga sus conclusiones de modo que se puedan citar; pues él ni tiene fólios, ni números, ni colocacion ordenada, antes por el contrario, es un fárrago informe, y *mole indigesta.* Para entendernos pues, foliaré las fojas útiles á estilo de autos, porque V. no tenga que leer todo el tomo, si quiere cotejar algo con lo que yo diga.

Empieza la vuelta del primer fólio con esta proposicion: *Perceptio, quæ idea quoque appellatur, duplex est, formalis, et objectiva.* Aquí tenemos de un porrazo un puñado de cosas, y otro de disparates. Para hacerlos ver con toda la claridad que sufra la materia, juzgo por muy del caso fijar la significacion de los cuatro términos que juegan en la proposicion citada. El nombre de *percepcion* es equívoco: á veces se toma por la accion del entendimiento que percibe, á veces por la misma cosa percibida, ó para explicarlo de otro modo, por el concepto que resulta en el entendimiento de la accion de percibir. *Idea* entre los lógicos equivale á lo que yo, y mi escuela llamamos *término*, ó *concepto*, ó especie inteligible, &c. La distincion de percepcion, ó concepcion *objetiva* y *formal*, la inventaron los escolásticos para solver el argumento de los nominales, que abusando de los dos sentidos, que he dicho tiene la voz percepcion, querian probar que solas nuestras concepciones, esto es, nuestras acciones de percibir, eran universales. Distinguia pues la escuela de este modo: *Conceptio objectiva, hoc est, terminus conceptionis, sive*

conceptus, *est universalis*, *concedo*: *conceptio formalis*, *hoc est*, *actio qua concipimus*, *nego*. Resulta pues que la voz de *perceptio* puede significar dos cosas; pero si se le pone *objectiva*, solo puede significar la idea, y si se le pone *formalis*, no puede significar otra cosa que la primera operacion del entendimiento, á quien los modernos llaman percepcion, y nosotros *aprehension*: pero la voz *idea* en toda tierra de lógicos siempre se toma por el término.

Hay disputa sobre si la percepcion se distingue de la idea: llevan la parte negativa Mallebranche, y Locke, y la afirmativa casi todos los demas lógicos. Esto supuesto, vamos á nuestro reverendo. Como buen ecléctico compuso su proposicion de estas dos sentencias, para que ninguna quedase quejosa. Agarró por *supuesto* la sentencia de Mallebranche; tomó por *atributo* la de los otros: trajo de la escuela lo *objetivo* y *formal*, é hizo un lio que ni un escribano cohechado. De este modo no hay distincion entre la percepcion y la idea, y son una misma cosa la accion del entendimiento que concibe, y la cosa concebida. *Perceptio, quæ idea quoque appellatur*. De este modo la percepcion, que ya se ha dicho que es una misma cosa con la idea, es sin embargo distinta de ella, porque *est duplex*, *formalis*: ve V. aquí la percepcion: *et objectiva*, ve V. aquí la idea. De manera que es y no es distinta: es y no es de dos modos. De este modo la idea ha de ser, y no ser percepcion: será percepcion porque lo supone: no lo será porque puede ser objetiva, esto es, puede quedarse siendo idea sin meterse en mas. De este modo la distincion de *formalis*, y *objectiva*, tomada de la escuela y aplicada solamente á la concepcion, está extendida á la idea, y así no solo habrá ideas objetivas como hasta aquí, (siendo casi sinónomas estas palabras) sino tambien ideas formales que quieran decir la accion de aprehender. *Salve, feliz Eclecticismo, gloria de nuestro siglo, honor de las letras, y restauracion de ellas.* ¡Quién si no es tú ha sabido unir en tan pocas palabras tantas cosas antes incompatibles! ¿Qué no deberemos esperar de principios tan felices, de pasos tan bien dados, y de cabos tan bien unidos como son los tuyos? ¡Ah! que si Dios le da vida á este tu invicto corifeo, es muy de esperar que se destierren de Sevilla y el mundo la preocupacion y el error. Es muy de esperar que vivan en amistad, moren en una mis-

ma estancia, y coman en un mismo plato las hasta ahora enemigas contradicciones.

No es menester, amigo don Manuel, que nos cansemos en hojear; le debemos al P. el favor de habernos puesto los disparates seguiditos unos tras de otros, y no como en el aserto del P. N. que es menester buscarlos de aquí para allí, como los que buscan conejos. Dice pues seguidamente á las palabras citadas: *Idearum divisio in ideam substantiæ, modorum, et relationum adæquata est.* P. mio, bien pudiera su reverendísima haberse explicado mas claro, pues como confunde arriba la percepcion con la idea, y luego la desconfunde, no sabemos en qué sentido habla. Si por idea entiende el acto de percibir, yo no sé que este acto sea substancia, modo ó relacion; y aun cuando sea algo me parece que no lo es todo, y entonces la division no es adecuada. Si por idea entiende solamente la objetiva, ¿cómo hemos de componer aquello de que esta es lo mismo que la percepcion? ¡Valiente atrevimiento, amigo don Manuel, querer yo enmendar la plana al P.! Sobre que Aristóteles se va tomando mas mano de la que le dan. Yo, amigo, me retracto de lo dicho, y digo: que pues el P. ha dicho que esta division es adecuada, adecuada es, y pésele á quien le pesare; adecuada es, y bajo de ella estan comprendidas las partes todas del todo dividendo. Sigamos pues con lo que sigue el P. *Necessariam judicamus idearum divisionem in sensationem, imaginationem, &c.* ¡Zape! ¿Con que ahora estamos ahí? ¿No acabamos de convenirnos en que aquella division era adecuada? ¿Pues cómo salimos con otra, y no ahí como quiera, sino necesaria? ¿Es posible, P. de mi alma? ¿Si era adecuada aquella, cómo es necesaria esta? ¿Y si es necesaria esta, cómo pudo aquella ser adecuada? O yo soy un borrico, P. mio, lo que no quiero creer, ó hay en ese mundo muchas cosas buenas. ¿De qué demonios sirve aquella regla que pone vuestra reverendísima al folio 2 vuelto: *divisio adæquet totum divisum, ita ut nec plura, nec pauciora sint in divisione membra, quàm in toto diviso?* ¿Si quedaban y eran necesarios *plura membra*, con qué conciencia dice antes que la division era adecuada? ¿Es subdivision esta segunda? Ya sabe vuestra reverendísima que no; pues unas de sus partes cuadran á todos los miembros de la primera, otras á ninguno. ¿A qué nos cansamos? Vuestra reveren-

dísima tomó lo menos menos dos autores opuestos. Pues ahí está el primor del eclecticismo: fue copiando de uno que la percepcion era lo mismo que la idea, y de otro que no: de este último que la idea, que él entendió segun el comun uso, se dividia en *substancia*, *relacion y modo*. Puesto esto halló vuestra reverendísima que el otro traia mas miembros á consecuencia de su modo de pensar; y dijo vuestra reverendísima: pues vaya todo junto que nada se pierde en eso. Eso de las contradicciones es una pamplina: lo que importa es que engorde el papelote, que tiene que ir á Madrid á poder de unos erudítos tan literatos como yo. Cuidado con que esto no es mas que presuncion mia.

Salte V., amigo don Manuel, unos pocos de renglones, porque sobre ellos tenemos el P. y yo pleito en tela de justicia, y esto que estoy haciendo ahora es pura gracia. Busque V. aquello de las categorías de Purchot, que el P. contrapone á las mias y admite (nó sino nó!) como febrífugo contra ellas. Las de Purchot son siete en memoria de los siete dias de la semana comprendidas en estos versitos: *Mens, mensura, quies, motus, positura, figura = sunt cum materia cunctarum exordia rerum.* Yo me alegro mucho de que el P. las haya admitido, pues al menos estan puestas en música, y esto huele á matemáticas. Sin embargo quisiera que me sacase de una duda que con este motivo me ha ocurrido. ¿No son las categorías las diversas clases donde se colocan las diversas especies de ideas? Con que tantas deben ser las clases, cuantos los miembros en que se dividen las ideas. Está muy bien: y vuelvo á preguntar al P., ¿Cómo se compone para con solas tres especies de ideas, que dividen á la idea en comun adecuadamente, llenar siete categorías? Yo no veo mas arbitrio que ó pagar de vacío cuatro, ó hacer pedazos alguna de las tres.

Bien sé yo que el P., cuando despues de la citada division adecuada pone la necesaria, aumenta nuevos miembros, á saber: la *sensacion*, la *imaginacion*, la *inteleccion*, y luego despues las *universales*, *particulares* y *singulares*: pero tambien veo que las tres primeras no pueden ajustarse ahí como quiera en las siete categorías de Purchot: y aunque *intellectio* pueda entrar de vecina con *mens*, ¿á dónde hemos de meter á *imaginatio* y *sensatio*? ¿Con las *medidas*, con las *pos-*

turas, ó con quién? Las tres últimas, á saber: *universal*, *particular y singular*, caben con todas como es constante; y yo todo es echar la cuenta y nunca me sale, pues saco ó cinco ó nueve; ó cuando no, ocho diferencias de ideas, y solamente siete categorías. Me dirá el P., y con razon, yo no apruebo esas categorías sino en cuanto son contra V. señor Aristóteles; pues en cuanto á mí estoy tan indiferente sobre el punto, que como V. ve, dos líneas mas abajo las reduzco á dos; *nempe substantiam et modum*. P. mio, ¿sabe V. lo que ha dicho? ¿No son tres las divisiones de ideas, *substancia, modo y relacion*? ¿No es esta division adecuada? ¿Pues con qué conciencia poniendo V. una categoría á la *substancia*, otra al *modo*, deja á la pobrecita de *relacion* á la inclemencia? Tenga piedad de ella, mire que las noches son muy frias, muy crudos los temporales, muy nociva la estacion. En una palabra; si vuestra reverendísima no le da posada en sus dos categorías, se la daré yo en una de mis diez.

¿Qué tal, amigo don Manuel? ¿Ha visto V. en toda su vida hombre que mas pelee consigo mismo en solo el espacio de una carilla? Por esta muestra puede V. formar idea de qué tal será lo restante del paño. Sin embargo el P. N. es ecléctico, reconocido por tal por los perítos de Sevilla, que le consultan como á oráculo, lo celebran como á único, y hacen pasar su fama á las desmemoriadas memorias de unos erudítos bravíos, que todos los meses tienen (á semejanza de las mugeres) su evacuacion de literatura. En efecto, no se le puede negar este nombre, pues él lo desempeña altamente, y en solo los pasajes que llevo citados, ha hecho uso de casi todos los sistemas de filosofía, sin excluir el escolástico. No puedo asegurar otro tanto del P. N. Yo no sé por qué capítulo quiera ser ecléctico; pues ni lo es ni lo puede ser, el que se ciñe á solo un autor. Sus conclusiones casi todas estan tomadas del Altieri; con que mas bien será altierista que eclecticista. Me dirá el P. que Altieri es ecléctico, y así su reverendísima que lo copia tambien lo será. A esto tengo ciertas cosillas que decir en adelante: por ahora diré que lleva razon, pero tambien le daré las quejas de que del Altieri no sacó aquellas proposiciones en que pudiéramos entretenernos algo; no supo escoger mas que las verdades de Pedro Grullo, y donde pudiera haber razon de dudar, se remitió

á la palestra con la nueva invencion de *interroganti aperiendas*. Mas no por esto se desconsuele V., amigo don Manuel, no nos faltarán berengenas para poner uu pucherito, aunque no haya para hacer una boronía como la del P. N. Empecemos pues á buscarlas.

En la concl. 24. pág. 2. dice el P. N.: *mentis operationes...... plurimæ adsignantur á philosophis*: *præcipuæ*, *et veluti cœterarum capita sunt perceptio*, *judicium*, *et discursus*. Aquí tenemos divididas las operaciones del entendimiento en tres diferentes operaciones que son como las principales. Sea en horabuena. Padre mio, ¿y esta division está buena? ¿Pues no ha de estarlo? ¿quién pregunta eso? Yo me alegro de que lo esté, y pues lo está, guardará la segunda regla que vuestra reverendísima pone en su concl. 46. pág. 3. que está concebida en estos términos: *pars una aliam non comprehendat*. ¿No es verdad? preciso. Está muy bien: pues salga ahora la concl. 40. que está pág. 3. y dice: *judicium est perceptio relationis*, *quæ inter duas*, *pluresve ideas intercedit*. ¿Qué es esto, P. mio? ¿El juicio es percepcion? Luego el juicio está comprendido bajo la percepcion. Luego ó están mal divididas las operaciones del entendimiento en la concl. 24. *in perceptionem*, *judicium*, &c. ó estan mal señaladas las reglas de la division en la 46. *pars una* &c. ó (lo que es mas cierto) está pésimamente definido el juicio en la 40. cuando se llama *perceptio*. Vuestra reverendísima escoja de estas tres consecuencias la que le acomode mejor, pues á mí me basta con saber, que todas tres conclusiones no pueden subsistir como estan, y que mutuamente se destruyen. Y porque me basta esto no le hago cuatro reflexioncitas primorosas sobre la citada definicion del juicio.

¿Quién, P. mio, tentó á vuestra reverendísima para que hablando de *intellectu ratiocinante*, perdiese de vista al Altieri? Pero ¿quién habia de ser? El mismo Altieri, que habiendo prometido escribir una filosofía ecléctica en el tratado citado, no se acordó de mas que de encajar las reglas de los escolásticos para la formacion de los silogismos: y como vuestra reverendísima veia que esto era perder tiempo, y una buena ocasion de decirnos una cosita primorosa, no quiso que la tal ocasion pasase, sino que envió a pedir prestado al P. N. el librito de donde él sacó para su aserto va-

rias pullas contra nosotros. El citado P., que para semejantes cosas siempre está dispuesto, parece que hubo de enviarlo: pues si se cotejan las conclusiones de vuestra reverendísima en esta materia con las suyas, se verá que solecismo mas ó menos, ambas dicen una misma cosa.

En efecto, vuestra reverendísima en su concl. 52. desprecia como inútiles las muchas reglas que traen los escolásticos para los silogismos: en la 53. desecha á los modos solos, ó los modos y las figuras, pues ella hace á dos haces; y en la 54. nos dice estas palabritas llenas de sal y gracejo: *Ars sillogistica veluti divinum inventum ad veritatem inveniendam, et commodissimum instrumentum, ut veritas inventa aliis manifestetur, communiter prædicatur. Verum bona pace eorum, qui ita opinantur, eos utroque pollice subscribo, qui artem sillogisticam, nec ad inveniendum verum factam, nec ad inventæ demonstrationem satis commodam jure, meritòque pronuntiant.* En cuanto á aquello de ahorrar de las reglas de los escolásticos, pienso que está muy bien hecho, y vuestra reverendísima ha hecho lo que debia, pues cargando en otras materias de reglas inútiles, era menester que en esta ahorrase algunas de las necesarias. Mas en cuanto á lo último, P. mio, debo prevenirle; que otra vez que se le ofrezca tocar en el punto, no subscriba solamente con los dos dedos pulgares, pues se expone á que los índices, los meñiques y todos los otros escriban lo contrario (como han hecho ahora) y peleen dedos con dedos, que es una cosa pocas veces vista. O sino, dígame vuestra reverendísima, ¿la concl. 21. no dice que la lógica es Arte? ¿Que su oficio es dar preceptos al entendimiento para que ayudado de ellos llegue al conocimiento de la verdad? ¿No egecuta esto la lógica, segun la concl. 23. dando reglas para corregir los errores de las operaciones del entendimiento? ¿No reconoce la concl. 24. por una de estas operaciones al discurso ó argumentacion? ¿Segun la 50. toda argumentacion no puede reducirse al silogismo? ¿En la 51. no se previene un precepto para que el silogismo salga bien hecho? ¿Y este precepto no se llama en la 53. regla general?

Con que tenemos, P. mio, segun la doctrina de vuestra reverendísima, que donde quiera que se hallen dadas reglas para la direccion de alguna de las operaciones del entendi-

miento, allí está el arte que se llama lógica: tenemos que el silogismo, que es una operacion del entendimiento, necesita de alguna regla para hacerse bien. Tenemos de consiguiente *arte* por la primera proposicion, y de *silogismos* por la segunda. ¿P. mio, y el arte de hacer silogismos se podrá llamar arte silogística? Pienso que no habrá mucha dificultad en responder que sí. Tiene pues vuestra reverendísima aprobada el arte silogística, antes de estampar la concl. 54. y en esta con su *jure*, *meritoque* la reputa por inútil. ¿Qué se dice á esto? Claro está. La última conclusion se escribió *utroque pollice*, pero las anteriores con los otros dedos. Las anteriores se tomaron de Altieri; esta otra de qué sé yo quien. Vaya, P. mio, que no es vuestra reverendísima tan mal ecléctico como yo pensaba.

Sin salir de esta página donde estamos, ni de la materia que hemos tocado, echaremos á plaza pública otra contradicioncilla, y con ella me daré por ahora por contento, pues la Carta va saliendo larga. Despues que vuestra reverendísima en su parágrafo *de methodo* ha dado con su acostumbrada erudicion las reglas para descubrir la verdad, ya por la conciencia, ya por la experiencia, pasa á dar en la concl. 61. las reglas de que debemos valernos, *si res extra nos positæ sensibus minime subjiciantur*. Dice que *ad veritatem inveniendam utemur mentis ratiocinio*, *in quo hæ regulæ servandæ sunt*; y á consecuencia inserta cinco reglas realmente distintas. Pregunto, P. mio, ¿este raciocinio del entendimiento no es lo mismo que lo que antes queda llamado *discurso*, *raciocinacion* y *argumentacion*? ¿Y esta tal argumentacion no es la que segun la concl. 50. se puede comprender bajo la idea de silogismo? ¿Y para este tal silogismo, segun la concl. 52., no hay bastante *hac unica*, *facillima*, *et generali regula*, que se ha puesto en la 51., *quin opus sit tot peripateticorum difficiles regulas memoriæ mandare*? Pues ¿cómo ahora no hay bastante con aquella *unica*, y *facillima* regla, sino que son menester cinco separadas unas de otras con sus números arábigos? Sin duda, P. mio, que si la argumentacion se llama *silogismo*, necesita de menos reglas que cuando se llama *raciocinio*. Cuando vuestra reverendísima copió al Altieri en la concl. 61. debia haberse acordado, que este autor admitia muchas reglas para los silogismos; que ahora

no hacia otra cosa que repetir bajo otro aspecto la doctrina que antes habia dado; y que toda esta doctrina era opuesta diametralmente á la de las conclusiones 51, 52, 53 y 54, que fue vuestra reverendísima á buscar qué sé yo donde.

Por añadidura, P. mio, vaya otra preguntilla. ¿Las demostraciones se comprenden bajo de la argumentacion? Confiesa vuestra reverendísima que sí, y si no lo confiesa espero á vuelta de correo la causa de por qué no. ¿La argumentacion no hemos dicho ya mil veces que toda se reduce al silogismo? Vuelvo á citar para esto la concl. 50. ¿El silogismo se hace por reglas ó no? Vuestra reverendísima señala en la 51. la regla con que quiere se haga todo silogismo. Luego tambien se hará con regla el silogismo demostrativo, ó si vuestra reverendísima quiere, mas bien la demostracion. Pregunto: ¿y las reglas de hacer silogismos no son lo mismo que el arte de hacerlos? ¿Y el arte de hacerlos no es por otro nombre el arte silogística? ¿Pues cómo la citada concl. 54. dice de este arte, que ni es nacido para encontrar la verdad, ni cómodo para manifestarla despues de encontrada? ¿Es acaso porque la verdad no se puede hallar seguramente por medio de la demostracion? ¿Ó por que puede haber demostracion, en cuyas premisas no se contenga y se manifieste contener la conclusion, que es la regla de la 51.? Si es esto último podrá haber demostracion, sin que lo sea: si lo primero, las conclusiones 51., 52. y 53. estan mutuamente empujándose del papel. Baste, P. mio, por ahora.

¿Ha visto V., amigo don Manuel, en estos pocos egemplitos el buen uso que han hecho los muchos filósofos que he citado, tanto de mi filosofía cuanto de la suya? ¿Ha visto V. como siempre me entienden al revés? ¿Ha visto en los dos Padres, que el ser *ecléctico* consiste en amontonar proposiciones repugnantes? Sus contradicciones son tan manifiestas, que no dejan razon para dudarlo. Pues vea V. de consiguiente el juicio que debe formarse de estos hombres todos preciados de erudítos, y muy llenos de que hacen uso de todas las filosofías. Hacer un uso como el que V. ha visto, es tan facil, que en el mundo no hay cosa que mas felizmente se haga; y conozco yo muchos locos que pueden echar la pierna á los eclécticos en esto de amontonar disparates. Yo,

que tengo la fortuna de no ser ni lo uno ni lo otro, voy á hacérselo á V. sensible en el capítulo tercero.

Mas antes de empezarlo, amigo don Manuel, óigame V. un cuento. Estaba un salvage sacudiendo lindamente el polvo á su muger con un garrote, como el que era menester para convencer á algunos: descargaba los mas de los golpes hacia la cabeza (tal vez tendria la muger en ella la enfermedad, porque esto de enfermar de la cabeza se va haciendo moda): la pobre que sentia en ella mucho mas los palitrocazos y advertia el mayor peligro, suplicó al bárbaro (cuidado que no era escolástico) de su marido mudase de direccion, y descargase en otra parte los golpes. No tengas cuidado, dijo él, acabemos aquí que todo se andará. Todo se andará, amigo don Manuel. =*Aristóteles.*

Estamos á 19 del mes de los gatos, *commercii nostri anno secundo.*

P. D. El suplemento de esta Carta se hallará, como todas las otras, en la librería de Pillado, calle de la Compañía: su precio cinco cuartos: podrá ir por el correo.



CARTA XI.

Sr. D. Manuel Custodio.

Amigo y señor: V. habrá extrañado, y con razon, el desusado final de mi última Carta. Mas, amigo mio, no estuvo en mi mano otra cosa. El tuerto amanuense se picó conmigo desde el principio, por aquello que dige de que se le saltase el otro ojo. A fuerza de persuasiones pude convencerlo á que continuase: volvióse á resabiar, cuando vió el modo con que le interpretaban su intencion en la consulta, y fue necesario aplicarle nuevos paños calientes. Despues, como la materia en que toqué es inagotable; por mucho que quise contraerme, no dejé de ser demasiado difuso, ni de darle motivo á que tres veces me amonestase de que ya la Carta iba caminando á cartapacio. Yo, que tenia hecho firme propósito de encerrar en ella todas las especies, que tantas veces habia insinuado; aunque ví que tenia razon; aunque noté que ya de tanto escribir le salian lagañas en el ojo sano, me desentendí con la mira de abreviar en cuanto me fuese posible en el tercer capítulo. Mas apenas él vió que lo proponia para empezar á hablar, escarmentando de lo mucho que me habia extendido en los otros, y harto de menear los dedos tiró los títeres de escribir, y en dos brincos se puso (como por allá se dice) en lo del Rey. Por mas que le insté no hubo forma de que volviese siquiera á poner dos renglones, tanto que fue necesario valerme del pimporrero (que es quien empieza á escribir esta, porque el tuerto no se me escame), para que escribiese las últimas palabras. De estos apuros, amigo mio, paso muchísimos: y créame V. que se le debe tener lástima á un hombre que depende del favor de

otros, y es menester que de por fuerza se acomode con lo que ellos quieran.

Sin embargo este accidente, al parecer adverso, ha dado motivo á que pueda yo lisonjearme de pasar de nuevo en el mundo por uno de los hombres mas beneméritos del género humano. El deseo de no faltar á mi palabra de encerrar en una sola Carta los dos capítulos por una parte, y la imposibilidad de egecutarlo así por la otra, de tal manera apretaron mi entendimiento, y en tal suerte lo exprimieron, que vino á parir últimamente una invencion capaz de hacerme famoso en el ilustrado siglo XVIII. Esta fue poner *suplemento* á las Cartas, cosa jamas vista ni oida, al menos que yo sepa, cosa digna de la admiracion de las gentes de moda, y cosa cual se podria esperar de un entendimiento como el mio. Ahora sí que soy un grande hombre, un filósofo consumado, un varon erudíto, un...... qué sé yo qué. Ahora sí que podré hombrearme con los famosos inventores que en tan grande número ha producido la Francia, y por buena dicha de VV. empieza á producir la España. Ahora sí que la invencion de suplemento de Cartas, ó de Cartas con suplemento, será puesta al lado de la máquina fumigatoria, bragueros de París, y otros tales descubrimientos tan útiles como necesarios. Suplico á V., amigo don Manuel, con la mas vehemente ternura, que así que llegue la felice hora, que este descubrimiento mio se anuncie en las públicas gacetas, me haga la limosna de enviarme con Averroes la hoja en que venga escrito, y encárguele V. que no me la manche. ¡Qué regocijo tan grande ocupa mi corazon solo de pensarlo! ¡Qué será ver á Aristóteles metido en docena con tanta gente honrada! ¡Qué será ver algun diario de París, que encage estas ó semejantes palabras! *La republique des lettres a été enrichie ces jours avec decouverte le plus merveilleux, et brillant; Mr. l'Estagirite a inventé finir les lettres missives, sans cependant les finir: c'est par le suplement nommé Epistolaire. Voilá un surprenant recours pour prolonger les lettres jousqu'à toute l'eternité.* Amigo mio, esto será un prodigio, y mientras llega ó no la hora de que lo veamos, degémoslo; pues si doy en ello, el gusto me ha de volver loco.

Para empezar pues nuestro suplemento en el mismo capítulo en que fue interrumpida la Carta, voy á dar á V. una

prueba la mas auténtica de que soy hombre desapasionado, y de que ninguna preocupacion es capaz de cerrarme los ojos hasta tal punto que deje de conocer la verdad. Dige con el calor de la disputa, que la filosofía, que hace las delicias de los señores eclécticos, no es capaz jamas de formar un verdadero filósofo, y para decirlo así, no me faltaron algunas aunque fútiles razones. Pensaba yo que no podia haber filosofía donde no hubiese principios: y como veia que el eclecticismo ningunos fijaba y todos los admitia, aunque fuesen tan repugnantes entre sí como los círculos y cuadros; juzgaba de consiguiente que el eclecticismo habia de ser un monton de opiniones que mutuamente se desbaratasen. Pensaba que para ser filósofos eran necesarias las mas serias y profundas meditaciones de las cosas humanas y divinas, comprendidas en el vasto dominio de la sabiduría; y como conocia que los libros filosóficos que son de moda, no abundan en otra cosa que en especulaciones matemáticas, en relaciones ó falsas ó inverosímiles, en hipótesis temerariamente admitidas, y otras cosas á estas semejantes: concluia de aquí y de la facilidad con que veia copiarse unos á otros muchísimos filósofos, que distaban mucho de llegar á serlo. Miraba la *lógica*, y esta me representaba mis preceptos ó dislocados ó tenidos por inútiles, al paso que en los libros de los filósofos de moda veia crecer á grandes volumenes las reglas de la crítica, que en toda su extension son inútiles para muchísimos que nunca han de tener que desenterrar los códigos antiguos ó supérfluos para aquellos que son capaces de hacerlos, y en quienes la misma luz natural y el buen juicio suple sobradamente por las menudencias de las reglas. Veia en ella nuevas y extrañas opiniones, que lejos de enmendar las cuestiones frívolas hacian crecer su número prodigiosamente.

Miraba la *física*: ¡y qué caos tan confuso no presentaba ella á mis ojos! Veia reformadas las sepultadas opiniones que los antiguos combatimos, sin que se hubiesen desecho ni aun tomado en boca las poderosas razones con que lo egecutamos. Veia á las antiguas locuras añadidos nuevos disparates, puestas en desórden las ideas mas arregladas, y despreciadas las mas sencillas y comunes. Volvia los ojos á la naturaleza, y cuando las innumerables observaciones, que se dicen hechas en ella, empezaban á darme esperanzas de que

serian revelados algunos de sus misterios, me hallé con que se habian obscurecido mas. Ví pelear experimento con experimento, observacion con observacion, libro con libro, autor con autor, y mil veces filósofos consigo mismos: de donde inferia que para averiguar la verdad en estos casos de hecho, cuales son las observaciones, era necesario mas trabajo que para entablar de nuevo las mismas observaciones hechas por tantísimos, y referidas, no como se debia, sino como inspiraba ó la ignorancia, ó la mala fé, ó la ligereza, ó la preocupacion.

Pues ¿qué diré de la *metafísica*? ¿Qué de la *moral*? ¿Ha quedado en ellas cosa con cosa? ¿Ha habido absurdo que no se haya adoptado? ¿Desde Dios abajo ha quedado ente á quien no se le haya fingido un nuevo ser? El derecho natural, el de gentes, las santísimas leyes, todo, todo ¿no ha sufrido un enorme trastorno? Volvia yo los ojos á las admirables ideas que tenia de la filosofía, me la representaba como *cultura del ánimo*, *arte de la vida*, *medicina de nuestros errores*, *madre del buen órden*, *apoyo de la sociedad*, *maestra de la vida feliz*, y otras cosas á este modo. Y cuando combinaba estas ideas con lo que hoy se ve, cuando veia mirarse con indiferencia los errores, dejarse arrancar los mas fundados principios, correr las costumbres de malo en peor, aplaudirse libros pestilentes, cuales tal vez no los sufrirá la misma Asia en medio de sus mas lascivos dias; últimamente disputársele los mas sacro-santos derechos á las Magestades del cielo y de la tierra, no pude menos que persuadirme á que ni sombra habia en el mundo de lo que es verdadera filosofía. Mas despues, amigo don Manuel, que sosegó un poco mi imaginacion, y pude leer con algun espacio estos pocos libros que tengo en mi poder, desengañado de mis primeras ideas juzgué que debia confirmarlas, digo retractarlas, por no ser ellas así como al principio me habian parecido. Para hacer esta retractacion y mostrar en ella, aunque no mas en parte, la solidez, la crítica, la perspicacia y demas excelencias de los filósofos del dia, quiero poner á V. delante de los ojos un espejo donde pueda verlo con toda claridad: ni piense V. que para ello he de valerme de la doctrina de otros filósofos, que la de aquellos que tienen su baza bien sentada entre los eclécticos, que son sus precursores, sus padres, sus oráculos.

De estos pues entresacaré las especies que sean suficientes para que V. forme por ahora una idea del mérito de su filosofía, y le sirvan de ensayo para si quiere sacar un curso ecléctico consumado. Verá ahora el mundo como soy hombre imparcial, que con la misma mano que dí la herida, aplico arrepentido el remedio. Vaya V. pues teniendo cuenta con lo que le digo: yo soy el maestro que voy á darle un ensayo de la filosofía ecléctica, y V. el discípulo que quiere habilitarse en esta importante facultad. Empecemos por la....

Historia de la Filosofía.

Esta puede V. sacarla de Brukero, de Heinecio, ó de cualquiera otro de los muchos que la han escrito: y si quiere ahorrarse algun trabajo, tome cualquiera de los cursos de filosofía que la traen, cópiela; y para añadirle alguna cosa que dé golpe, puede decir: que los españoles fueron siempre amantísimos de la sabiduría, especialmente Adan y Noé. Si le replican á V. que Adan y Noé no fueron españoles, sino padres de todos los hombres españoles, persas, chinos, americanos &c., diga V. que los cuenta por españoles con la misma facultad que Heinecio los cuenta por hebreos. Hist. filos. §. 14. *Sapientiæ studiosissima fuit gens hebræa, inque ea Adamus*, *Noachus* &c. por el cual capítulo pueden contarlos por suyos los polacos, los franceses, y cualquiera nacion á quien se le antoje. En llegando á los tiempos posteriores puede V. decir: que de Platon no se tuvo noticia en el Occidente hasta que Ficino lo tradujo al latin. Si le citaren á V. pasages de san Agustin que demuestren lo contrario, cite en contra al mismo Ficino, que lo dice en el proemio de su version, y al menos quedarán VV. tantos á tantos. En llegando á mí puede V. y debe decir (sobre que le encargo estrechamente la conciencia): *Aristotelem diro casu fuisse introductum in scholas christianorum incurrentibus Wandalis*, *Gothis*, &c. Podrá ser que Eusebio y san Agustin digan lo contrario, pero á fé mia que puede V. citar por autor al famoso Tomas Campanela, con quien nadie se las ha de campanear. Búsquelo en su tratado *de gentilismo non retinendo* (q. 1. ads. 3.): y luego, que le echen á V. en contra Eusebios por almudes, ó san Agustines por fanegas. No tengo que prevenir en órden á los

escolásticos: cualquiera ecléctico surtirá á V. abundantemente de especies relativas á ellos, con que pueda enriquecer su historia. Pasemos á la.......

Lógica.

En órden á ella le prevengo á V. tenga presente que el incomparable Gasendo (lib. 2. exerc. 1. *adv. Arist.*) la reputa por inútil. Si V. pues quiere seguirlo, se ahorra de entretenerse en muchas frioleras. Pero si no quiere; pidiendo primero la debida licencia á este eruditísimo varon, pase á tratar......

De intellectu percipiente.

Lo primero que V. debe hacer es escoger entre las innumerables sentencias relativas al orígen de las ideas la que le parezca mejor ó peor (pues en esto no me ha de ser V. escrupuloso): y sentada la que V. escogiere, debe hacer la prevencion que aunque no juzgue que las ideas son modificacion de la materia, ó que esta es capaz de pensar (por no echarse con las cargas como Hobbes, Collins, Coward, Helvecio, Voltaire y otros), sin embargo conoce que esto no puede demostrarse, y solo debe creerse porque lo ha revelado Dios. Tiene por apoyo de esta gran sentencia ni mas ni menos que al célebre Juan Lock (lib. 4. *de mente humana* cap. 3. §. 6). Si le dijeren á V. que este hombre se contradice, diga que es mentira, y que esto depende de no saberlo entender.

Divida V. despues las ideas en sensaciones é intelecciones, y diga con el venerable catálogo de muchos modernos, que todas ellas son acciones del mismo entendimiento, que cuando se convierte á las cosas inmateriales entonces percibe, y cuando á las materiales siente. Y si ocurriese algun escrupulillo sobre que los borricos no tienen entendimiento y sienten, no se le dé á V. cuidado; pues ello se reduce ó á darles entendimiento ó á quitarles el alma, y para todo tendremos apoyo en adelante.

Para las ideas compuestas, ó (hablando á lo moderno) *asociadas*, tiene V. excelentes materiales en la explicacion fí-

sica de ellas de Hartlei, y en la *vi atractiva* de la Tourri. Ambos enseñarán á V. que las ideas se asocian por la atraccion Newtoniana; es decir: que unas se llaman á otras, como los lobos ahullando: ó mas claro, como se buscan y se encuentran los *comerciantes de la enseñanza* unos a otros.

De ideas universales puede V. contentarse con decir lo que el Genuense (Methaph. part. 1. cap. 2.) *postquam invaluit apud quosdam pantheismus, tum tandem cognitum est quanti referret hæc accurate perpendere.* Pero como esto de precaverse del panteismo, y surtirse de principios con que impugnarlo, es un asunto inútil y espinoso, continue V. con él diciendo: *Nos ne in dumeta hæc ingrediamur, paucis saltem historiam comprehendemus.* Dé V. despues la historia de los universales, y refiera en ella cuáles fueron sus padres, en qué lugar nacieron, cómo estudiaron, á qué carrera se aplicaron, qué hazañas hicieron, por fin, hasta que se ponga el epitafio de su sepultura, que tal vez se encontrará en las meditaciones de Descartes.

Baste con esto de ideas, y vamos á las voces con que las explicamos. Aquí hay no poco que hacer, y especies preciosas que tocar: por lo que es necesario que tome V. el negocio desde muy atras, y teja el orígen de las voces desde el tiempo de los hombres silvestres. ¿Hombres silvestres? Si señor, hombres silvestres: y sino pregúntesele á Antonio Genuense entre otros, que en su logica ital. (lib. 1. capit. 5. §. 1.) los admite. Y para que V. pueda ilustrar esta doctrina, acuérdese de la que por relacion de Valsechi (lib. 1. cap. 7. n. 1.) insertó Helvecio en su obra *del espíritu*; a saber, que los hombres nos distinguimos de las bestias en que nuestras manos terminan en dedos, y las de ellas en pezuña: que si no fuera por esto andariamos nosotros como andan ellas sin casas, sin abrigo, sin ciudades, &c. Es muy de creer: ¿pero qué digo, es de creer? Monsieur Rousseau lo enseña *ad pedem litteræ*, como si lo hubiera visto, segun el citado Valsechi: que allá nuestros mayores no repararon tan aina en que tenian dedos, ni en el uso que podian hacer de ellos para formar una choza donde meterse; por lo que todo este tiempo anduvieron como los venados en Aranjuez, o como las monas en Sierra Bullones. Vé V. aquí los hombres silvestres, de los cuales me asegura el muerto que todavia hay

reliquias, pues conoció en un lugar á uno á quien llamaban *tio Silvestre*: ademas, que en las fábulas de Orfeo se hace expresa y terminante mencion de estos tales hombres.

Pues estos hombres silvestres, como iba diciendo de mi cuento, no sabian hablar; mas al fin de tiempo el aspecto de las cosas de este mundo, que se miran en el cielo y en la tierra, conmovió las fibras de los ojos, y de consiguiente el celebro de estos tales hombres. *L'aspetto delle cose di questo mondo, che veggonsi in cielo, è in terra commose le fibre degli occhi, è con cio il cerbello de primi vomini Salvatici, è stupidi.* Esto está claro con el egemplo de una escopeta: el dedo tira del gatillo, el gatillo derriba el pedernal, el pedernal da en la lumbre, ambos encienden el cebo, el incendio pasa por el oido á la polvora que está en el cañon, esta se inflama, y entonces da el traquido. Sin quitarle ni ponerle, ello por ello sucedió en nuestro caso. Pues teniendo en nuestro cerebro su principio (continúa el sapientísimo autor) todos los nervios que mueven los músculos, que ponen en movimiento los miembros de nuestro cuerpo, estos movimientos del cerebro empujaron á los instrumentos de hablar, para que diesen á luz algunos sonidos. Pienso que V. creerá esto que digo, y si no lo creyere lo buscará donde le he citado; pues no quiero copiar mas italiano.

Ahora se sigue que haga V. una reflexion admirable que se le escapó al amigo Genuense; bien que él no lo habia de decir todo, y algo habia de dejar para nosotros. Entre aquellos hombres silvestres es regular que sucediese lo mismo que ahora entre los civiles; á saber, que se diferenciasen en la varia disposicion de los órganos que sirven para hablar, y así tuviesen unos la voz gorda, otros flaca, otros amaricada, otros atiplada, otros gangosa, &c. De donde resulta que aquellos primeros sones informes serian a proporcion de esta disposicion de órganos. Pues aquí puede V. entrar con un egemplito admirable. Puede compararlos con una manada de carneros y decir de este modo. ¡Visteis alguna vez una comunidad de arietes vestidos de lana, paciendo el verde prado y alegrando la soledad con sus apacibles ecos? Pues no de otra manera los silvestres hombres, cuando por acaso se juntaban, hacian resonar los suyos. ¿Veis aquel silvestre gordo y rollizo con tanta panza como una tinaja? Pues cuando

habla, semeja mucho al *manso* que está allí con dos vigas en la cabeza (pues tales son sus cuernos), con una campana (pues sería abuso llamarla cencerro) al cuello, y con una voz que le ha grangeado el honor de contrabajo en su capilla. ¿Veis á estotro salvage del cuerpo epiceno, el rostro ambiguo, pocas barbas, la boca sumida y con pliegues en ella? Pues cuando chilla, imita perfectamente á aquel carnero mocho que es el tiple de la manada. ¿Veis á aquel otro hombre con tantas narices como un alambique, y con los labios que parecen bordes de cazuela? Pues lo mismo parla que aquel semicarnero negro que berrea por tenor. Y de este modo, amigo don Manuel, puede V. ir haciendo una descripcion completa de los varios sonidos, ahullidos, maullos ó rebuznos de los hombres silvestres que cita el Genuense.

Puesta así la historia del orígen de las voces pasará á tratar de su uso, y para ello establecerá el error que el Genuense inculca en el lugar citado; á saber, que para aprovechar como se debe en la significacion de ellas, es necesario trascender hasta estos hombres silvestres que las formaron, y averiguar cuál fue su legítimo correspondiente en sus cerebros. No le parezca á V. esto dificil. El Genuense lo practicó con suma felicidad, y puso mil egemplos de ello en la palabra *cornu*, en la *justus*, y en otras muchas. Con cuyos principios, y con infinitos egemplos que trae él mismo, y yo no tengo gana de copiar, puede V. formar el designio de un diccionario, donde se contenga el genuino significado de las voces, segun que lo tuvo entre los hombres silvestres: pues con una poca de observacion que se tenga con la música de los gallos, latidos de los perros, relinchos de los caballos, y canciones de los borricos, se podrá adjetivar facilmente cuál es la fuerza de la voz: v. gr. el apellido *miñau* traerá su orígen del dolor de muelas; porque si se atiende al modo de maullar los gatos en este tiempo de invierno en que les duelen, se verá clarito que dicen *miringuiñau*, que sería lo mismo que diria el primer silvestre que se enamoró, y el uso lo habra sincopado en *miñau*; y así de todo lo demas. Para los géneros tambien son claras las reglas. Si la palabra se pronuncia con voz gorda, masculino; si por eco, femenino; si por boca de Androgino, comun de dos; si por contrabajo,

neutro; si por amaricado, ambiguo; si por voz con quiebros, comun de tres.

Despues se sigue hablar del modo con que las voces se han extendido á significar cosas distintas de aquellas, para que primero sirvieron. El mismo Genuense da sobre este punto lecciones admirables. Véalo V. en la voz *Ecclesia*. Entre los paganos (dice él en la obra citada lib. 2. cap. 2. §. 12.) significaba *cœtum populi*: despues en el nuevo testamento se aplíca á alguna escuela cristiana entera ó unida: v. gr. *Ecclesia Hierosolymitana*, *Antiochena*, &c. Posteriormente tuvo otras acepciones, de modo, que se llamó *Iglesia* el cabildo, ó junta de eclesiásticos, y últimamente los templos: hasta que en los últimos tiempos se toma solamente por las mesas de los beneficiados, como si digéramos mesas capitulares. Haga V. esta prevencion al autor del Catecismo de marras, para que anote en él que cuando dicen VV.: *credo sanctam Ecclesiam, catholicam*, haga saber que esta voz no significa ya (*teste Genuensi*) sino las mesas capitulares, ó cuando mas quiera extenderse la voz, la Iglesia de Smirna, ó la de Granada &c. ó la Iglesia de san Bernardo, ó el cabildo eclesiástico; pues si ella fuera destinada á significar á la que dice este Melchor Cano que V. me ha enviado, que es *Esposa de Jesucristo*, y que todos VV. lo creen así; el Genuense, que fue cristiano, Abate y otras muchísimas cosas, lo hubiera dicho: no lo dijo, *ergo* creo las mesas capitulares.

De intellectu judicante.

Lo primero que V. me ha de hacer es confundir todas las oraciones con las proposiciones: de modo, que hasta la *oracion del Peregrino* sea proposicion. Mas adelante hablaré con extension sobre esto, porque hay algo que decir.

Divídalas V. luego como le parezca, que á bien que no lo han de demandar por la partija. Y en llegando á tratar de las *disyuntivas*, encage V. por egemplo esta del Genuense en la obra citada (lib. 3. cap. 7. §. 14.) El que reusa entrar en aquella parte de las gavelas públicas, que es proporcional á su potencia física, este tal debe, ó (aquí la disyuntiva) no ser ciudadano, ó no ser hombre, ó no conocer alguna divinidad. No caben mas que dos medios ó tres (si no me enga-

ño) entre estos extremos; porque puede tener privilegio ó conocer la divinidad sin querer obedecerla en aquella parte ú otra cualquiera cosa. Mas sin embargo ella es disyuntiva, pues lo manda el Genuense.

En llegando á las *exclusivas* tenga V. presente lo que el mismo Genuense dice: *loco citato* §. 21. *Io non direi l'uomo solo è un essere racionale*: No diré que el hombre solo es un ser racional. Aplique V. el cuento; que es muy posible que podamos darle una limosna de entendimiento á los brutos.

Trate despues de las proposiciones improbables, probables, mas probables y ciertas: y para poner un egemplo de las primeras, vaya este del Genuense mismo: *loco citato* cap. 4. §. 9. *Non sunt habitatores in luna.* De las segundas: *Sunt habitatores in luna.* De las terceras: *ibid.* cap. 2. §. 12. *Deus cometa usus fuit ad inundationem telluris*: á esta la llama él cierta *moraliter*, y á su tiempo le contaré yo el cuento del cometa; egemplos á la verdad disparatados, porque es cierto que ni hay habitantes en la luna, ni Dios se valió del cometa para el diluvio. Para egemplo de las últimas puede V. poner alguna de suyo, que no las ha de poner todas el Genuense; y así puede decir: *llorar mucho y atracarse mas, suspirar por los pecados, y por los pollos y jamones, es una virtud de rara invencion.*

Aquí te quiero, Catana, que va V. á soplarse de hoz y de coz en el arte crítica. De esta nada se le debe á los filósofos modernos: teólogos de todos tiempos y jurisconsultos, han hecho en ella cuanto hay. Sin embargo V. ha de juntar el ripio que pudiere, y ha de poner cuantas reglas de crítica encontrare por esos andurriales, bien entendido en que mientras mas eche, mejor y mas lindo; que así se hace un gran servicio á los jóvenes, que entienden de crítica, como Annibal de carabinas.

Mas porque todas las reglas no sean tomadas de gente teóloga y controversista, quiero darle á V. un par de ellas propias, y peculiares de la filosofía. La primera puede sacarse de Leibnitz, Epist. ad Phaffium, que dice: *Neque enim philosophorum est rem serio semper agere, qui in fingendis hypothesibus ingenii sui vires experiuntur.* Y esto lo dice dando una idea de su theodicea, y admirándose de que no hubiese habido, *qui lusum hunc meum senserint*, como dice él. Con que quedemos en que cualquier filósofó puede fingir y jugar

cuando le dé gana. Y si Ciceron (de nat. Deor. lib. 3) digere: *Poetarum ista sunt ; philosophi rerum auctores , non fabularum*: váyase el señor Ciceron muy en hora mala, y esté entendido en que ya todos somos poetas.

La otra regla será esta. En puntos históricos si discordaren los antiguos con algun moderno, prefiérase el dictámen de este al de aquellos, sean los que fueren. Así lo practica el Genuense (metaph. p. 1. in schol. ad def. 80.) tratando del error de los manicheos donde dice: que erraron los que pensaron que ellos admitian una naturaleza superior: *suapte natura malam.* Cita para esto á Beausoubre en contraposicion de san Epifanio, que *hæres.* 46. ó 66. dice lo contrario, y de san Agustin, que fue maniqueo en algun tiempo, y en el libro 1. cap. 10. *de moribus Eccles.* escribiendo contra ellos lo dice tambien. ¿Pero qué tienen que ver los Padres antiguos con los ilustrados modernos?

En el discurso de estas Cartas le pondré á V. otras reglitas, que ahora omito, porque hay mucho que hacer: pero sepa, que no me ha de ser escrupuloso en levantar de cuando en cuando un falso testimonio á quien le parezca, en criticar las obras de los autores, sin tener de ellas mas noticias sino que las hay ó que las hubo; y que es permitido añadir ó quitar, como mejor acomode, con tal que sean pocas letras ó una proposicion, v. gr. *ex græcis bonis* puede ponerse muy bien *ex græco non bono.*

Tratará V. de la definicion y division donde mas le acomode. En hablando de la primera tendrá cuidado con que no se le olvide decir una cosita sobre las mias, y luego su *apage has definitiones*: y yo lo tendré de enseñarle en el discurso de mis Cartas, cómo ha de definir á la moderna.

Para buena division sirva de egemplo entre otras la que trae el Genuense de los modos (Art. log. crit. lib. 2. cap. 10. §. 8.) en simples y compuestos: simples, como *figura*, *color*, *odor*: compuestos, como *amor*, *odium*, *misericordia.* La razon es, porque el amor v. gr. es vario segun la variedad de cosas que se aman: y ya vé, como la figura, ni el color no pueden hallarse en variedad de cuerpos, ni el olor llegar á diferentes narices; de aquí es, que estos son simples, y compuestos los otros. Advierta V. de camino, si quiere subdividir el amor en sus especies, que la primera debe ser y es *affec-*

tus masculi erga fœminam, en el cual hay cierto fervor de la sangre; y luego irá colocando los otros afectos sin tomar e amor de Dios en boca, pues esto es cosa de tejas arriba, y V. ha de ser lógico de tejas abajo. Advierta V. tambien, que cuando se dice *amor regni*, *amor pecuniæ*, no son estos mas que circunloquios de la ambicion, de la avaricia, &c. *circumlocutiones ambitionis*, *avaritiæ*, *&c.* Pero aunque el Genuense lo haya dicho, aborrezca con todo su corazon á semejantes hombres, que abiertamente blasfeman contra los principios.

De intellectu ratiocinante.

Todo el batiborrillo de reglas que se dan aquí, no tienen otro objeto que la demostracion y el silogismo: mas éste y aquélla deben dejarse á las artes populares segun el dictámen de Verulamio *in distrib. novi organi* pág. 5. *quamvis relinquamus sillogismo*, *et hujusmodi demonstrationibus famosis jurisdictionem in artes populares.* Asi pues hará V. un gran servicio á la república, si abre en su casa una academia donde los zapateros, pasteleros y sastres, aprendan á silogizar y demostrar: y segun el consejo de Verulamio use de la induccion para toda casta de proposiciones.

Mas como la induccion es tan engorrosa, si se han de enumerar suficientemente los particulares, Newton enseña á V. un modo facilísimo de hacerla en su regla tercera de filosofar. *Qualitates corporum*, *quæ intendi*, *et remitti nequeunt*, *quæque corporibus omnibus competunt*, *in quibus experimenta instituere licet*, *pro qualitatibus corporum universorum habendæ sunt.* Con que en averiguando V. que cinco ó seis borricos que ha visto son mohinos, debe negar á pie juntilla que hay borricos rucios, mas que se desespere Sancho Panza.

Sin embargo, por si V. quisiere definir la demostracion; tenga presente el cánon que inserta Gravesando (*introd. ad philos.* §. 666). *Si ubi propositio mihi evidenter demonstrata apparet*, *argumenta in contrarium*, *quæ mihi etiam evidentia videntur*, *proponantur*, *in dubium mihi hærendum erit.* Aquí tiene V. dos evidencias contradictorias.

No quisiera yo tomar en boca los paralogismos y sofismas, porque como le estoy enseñando á ecléctico, en casa del ahorcado nunca es bueno mentar la soga. Por fin, si quisiere

valerse de ellos, en cualquier librito de esos los hay á docenas, así como las contradicciones de que no he hablado, porque ya mi anterior apuntó algunas, y las posteriores las ofrecerán á puñados. Solo quiero que V. sepa que el Genuense, hablando de los silogismos de cuatro patas, que es un género de sofismas poco comun, asegura (log. ital. lib. 4. cap. 5. §. 6.) que es infinito su número en la física y la moral (ya se entiende que de los modernos), y luego añade: ¿Quién habia de creer que tambien los hubiese en la docta y *divina* obra del espíritu de las leyes? Si señor, no solo Sevilla tiene su *divino*: tambien lo tuvo la Francia en el señor Montesquieu, de cuya divinidad hablarémos en adelante. Vaya por último

De Methodo.

Habia antes del P. N. dos géneros de método de enseñar, el *escolástico*, y el *matemático*: ambos con reglas; pero el P. ha inventado otro sin reglas, que puede llamarse *método de cajon de sastre*. Si V. quiere seguir éste, nos ahorramos de conversacion. Ponga las cosas unas patas arriba, y otras patas abajo, y líelas bien, y está hecho el negocio. Si esto no le gusta, debo aconsejarle, que no escoja el método escolástico, lo uno por mal acreditado entre la gente de buen gusto á la francesa, y lo otro por dificil de egecutar; que aun por eso le roen los zancajos. Escoja pues, y créame, el método matemático, que yo aquí en dos patadas le allanaré todas las dificultades, que parece tener.

Tome V. un libro donde se pregunte, v. gr., cuanto tamaño tienen los habitadores de la luna; y en lugar de decir cuestion ó artículo á la pregunta, dígale *Problema*. Busque despues eso que nosotros llamamos mayor del silogismo, y esta ha de llamarse *Axioma*: la menor *Lemma*; y la conclusion *Demostracion*. Si V. quiere sacar otra conclusion de ella, llámela *Corollario*: si quiere explicar algunas de las premisas, llámela *Escolio*: si hace alguna suposicion, *Postulado*; y así lo demas. Pero si la que sirve de Axioma fuere mentira, puede V. probarla así. Remítase á lo que hubiere dicho en la lógica (si está escribiendo la metafísica), de la lógica á la éthica, de ésta á la lógica, luego otra vez á la metafísica, *et sic in infinitum*: de modo que haga V. como el mulo que

anda á la tahona, que todo es dar vueltas al rededor. Baste de lógica, y vamos á la

Física general.

Para introducirse en ella, me ha de establecer V. primero las nociones de la *naturaleza*, *violencia*, y *arte*: despues me ha de definir el *cuerpo físico*; y últimamente ha de sentar el *método* de proceder.

Acerca de la *naturaleza* quiero que tenga V. presente, que solo este nombre en sentido peripatético es capaz de dar al traste con toda la religion. Así lo dice el sapientísimo Malebranche (en su *traité de la natur. et de la Grac. Eclair. 1.* n. 3.). Con que lleve V., amigo don Manuel, entendido que el nombrar la *naturaleza* siquiera, es tanta señal de haber renegado de la fé, como lo es entre los moros levantar el dedo. Por eso dice el mismo Malebranche (de inquis. verit. part. 2. cap. 3.): *Si attentè consideremus ideam, quam habemus de causa, aut de potentia agendi, haud dubiè illa idea nobis repræsentabit aliquid divinum.* Con que siempre esto de poder hacer algo, aunque sea una jaula para un grillo, tiene un si es, no es de divinidad. Oiga V. la razon, que tiene un huevo. *Nam idea potentiæ summæ est idea summi numinis, et idea potentiæ inferioris est idea numinis inferioris, sed veritatem numinis, saltem juxta ethnicorum mentem.* Tiene V. aquí *numen inferius verum*, que es cuanto de primoroso se puede imaginar; y tiene aquí *juxta ethnicorum mentem.* Sirva de regla de crítica para lo sucesivo, que cuando los idólatras dijeron un absurdo, debe hacerse aprecio de su autoridad. Concluya V., últimamente, su disputa con estas memorables palabras del mismo, á saber: que cuando los peripatéticos admiten este principio activo, *si cor christianorum sit, forsam meritò dicere possumus mentem esse ethnicam.* Ya veo que es dificultoso de entender, cómo pueda ser cristiano el corazon, y la mente pagana; mas de esta dificultad sacará á V. Sancho Panza, cuando siendo gobernador mandó, que ahorcasen al medio hombre, y dejasen pasar por la puente al otro medio.

La *violencia* supone la naturaleza; mas aunque V. niegue esta última, debe tratar de la primera. Y así para dar una idea de qué cosa es movimiento violento, tiene V. al señor

Gasendo, que se la da mas clarita que la sotana del sacristan de los venerables (in animadv. de Philos. Epic. pág. 402.), y consiste en que todo movimiento que no guarda igualdad es violento. De donde debe V. sacar, que todas las cosas que se menean en ese mundo, se menean violentamente; pues es constante la desigualdad de sus movimientos. Y para poner un egemplo de movimientos naturales, diga V. con el mismo: *Motus cœlestes ex eo arguuntur esse naturales, quod sint æquabiles, ac proinde perpetui.* En confianza, amigo don Manuel, sepa V. que esta perpetuidad la enseñó Epicuro, diciendo: que el movimiento del cielo siempre durará. La fé no entra por esto; pero Gasendo sí, y V. tambien, con tal que se intitule *Ecléctico.*

Acerca del *Arte* puede decir con infinitos, que en dándoles las cenizas de cualquiera, se atreve por cierta química á volver á formarlo. Esta es la Palingenesia.

En órden á la *definicion* del cuerpo crea V. que hay tantas cosas, que por mi dictámen sería lo mejor, que se hiciese idealista, y negase á puño cerrado, que hay cuerpos, y con eso acabáramos la Física á capazos. Pero no, no: V. me ha de ser ecléctico; y ni ha de admitir los cuerpos tan á tontas y á locas como los escolásticos, ni me los ha de negar tan porfiadamente como los idealistas. Así, pues, dirá V. con Malebranche, con Francisco Lamy, y con Miguel Angel Fardella, lo que los escépticos decian: *incomprehensibile est, an sit corpus.* No le cito para lo mismo á Pedro Bailo, no porque deje de tener autoridad, sino porque han dado en la majadería, de que fue un hombre sin religion; y de éstos, aunque se tome la doctrina, no parece bien todavia citar la autoridad, hasta que acabe de desterrarse la *preocupacion.* Con que lo que V. debe decir, en tentándose las narices, es: *incomprehensibile est, an sint nares.* Y en recibiendo alguna carta misiva: *incomprehensibile est, an sit* quien las escriba, quien las imprima, &c. &c. No me ponga V. mala cara, que el que quiere ser *Ecléctico*, no debe pararse en pelillos. Ademas de que el P. Malebranche da una clave maestra para hacer inexpugnable la asercion. A los argumentos tomados de la experiencia, dice él, debe decirse: que estos cuerpos que vemos y palpamos, puede ser que ni los veamos ni los palpemos, á causa de que algun mal genio

nos engañe con meras ilusiones; y esta es una cosa que puede confirmarse con mil experimentos. Vaya V. á Castilleja, ó á Camas (si es que hay Castilleja, ó Camas, porque *hoc incomprehensibile est*), y cualquiera vieja le contará los duendes que ha visto, ya vestidos de frailes, ya de molineros, ya de hermitaños, ya de otras cosas; y con todo eso, real y verdaderamente, lo que ellas han visto no han sido frailes, ni hermitaños, ni molineros: *ita paritèr* se debe creer que la torre del Oro no es tal cuerpo, ni tal zanahoria, sino algun duende que se ha aparecido allí en figura de torre, ó que sin aparecerse nos pone por delante este espectro.

De esta doctrina tan sólida y tan maciza debe sacar V. la consecuencia que saca el mismo Malebranche (part. 2. de Methodo, cap. 6.) á saber: *omnia argumenta, quæ vulgo afferri solent ad probandam Dei existentiam, et ipsius perfectiones, deprompta ex existentia, et perfectione rerum creatarum, hoc vitio laborare, quod nempe mentem simplici intuitu non convincunt: hæc argumenta quidem sunt ratiocinia, quæ per se convincunt: sed cum sint ratiocinia, non convincunt, supposito malo genio, qui nos fallat.* ¿Qué mas quiere V. si de un porrazo echa por tierra, como viciosos, los argumentos, que demuestran la existencia de Dios? Todos ellos *hoc vitio laborant*, que algun mal genio pudo engañarnos. Con que así procure V. que manden borrar una expresion, que he leido yo en Melchor Cano, que la trae en letra bastardilla, y yo no sé de quién es; pero ella dice: *Invisibilia ipsius à creatura mundi per ea, quæ facta sunt, intellecta conspiciuntur, sempiterna quoque virtus ejus, et divinitas.* Aquel *intellecta conspiciuntur* está mal dicho, porque no sabemos, si el mal genio de Malebranche se meteria por medio para fascinarnos. ¿Está V. impuesto? Por fin, por si los hubiere, ó no los hubiere, nada se pierde en definir el cuerpo. Hágalo V. como se le antoje, que definiciones se encontrarán á puñados. Si le gusta tome la de Descartes, coloque su esencia en las tres dimensiones, y póngale por añadidura, que todo lo que se puede concebir con dichas dimensiones, y todo lo que se puede imaginar con ellas, es verdadero cuerpo, y sacará un mundo infinito por esencia, que sea un regalo.

Vamos al *método* de proceder en la física. Aquí no ha de haber mas que hipótesis y experimentos. Aténgase V. á

la doctrina de la Carta IX, y será en la materia casi consumado; que yo en adelante lo acabaré de consumar. Despues se ha de hincar devotamente las rodillas, se ha de quitar el gorro (si lo gasta), y con ademanes de sumision y respeto ha de copiar las tres famosas reglas de Newton, para que le sirvan de luz y guia en el intrincado y obscuro laberinto de la naturaleza. No importa que le parezcan de poco momento, de poca verdad, de utilidad ninguna: haga lo que le digo, y no le digo mas, sino que ellas son parto del entendimiento mas prodigioso que ha visto el mundo segun unos, y de un talento de poco momento segun otros.

Zanjados ya los prolegómenos de toda la física, lo primero que ha de disputarse y establecerse son los *principios* del ente natural. Aquí conviene mucho reproducir algo de la historia de la filosofía, trayendo á la memoria los casi innumerables sistemas de principios que ha habido, y haciendo sobre ellos la crítica que mas le agrade. Por egemplo, en tratando de los eleatenses (de quienes asegura Ciceron lib. 4. Acad. que dijeron *omnia esse unum*, *neque id esse mutabile*, *et id esse Deum*, *neque natum unquam*, *et sempiternum conglobatæ figuræ*), puede V. afirmar con Antonio Genuense, que si ellos hubiesen sido pantheistas, no habrian podido explicar con mas claridad su sentencia. Así lo dice en la disputacion que hizo, para que sirviese de introduccion á la física de Muschembroek: mas sin embargo, debe tambien decir con el mismo ibid. *magnam animo eleatenses universi imaginem*, *et præclaram gessisse.* De modo que sin embargo de estar allí clarito el pantheismo, es grande y preclara la idea del universo que formaron estos filósofos. Mas no es por esto solo por lo que V. ha de alabarlos, sino por lo que el Genuense mismo alaba despues: *nec quod pusillanimes philosophi fecerunt*, *omnia tellúre conclusisse.* Sí señor, es una pusilanimidad, por no decir otra cosa peor, encerrar al género humano en la pequeñez de la tierra; y persuadirse que esos inmensos orbes, que nos rodean, ó, si á V. le parece mas bien, con los que rodamos, esten de vacío nada mas que para comodidad y servicio del hombre. Ultimamente extienda V. contra los mismos eleatenses su virga censoria, y diga con el citado autor: *illud imperitè simul*, *et minus piè*, *quod hæc omnia ingenita fecerunt.* Quede, pues, entendido en el modo con

que ha de censurar. Decir que el mundo, ó los muchos mundos, son ingénitos, esto es, eternos é independientes, no es impiedad, ni absurdo, ni error, sino asercion *minus pia*, cuales hay sin número entre los católicos. Sirva todo esto de egemplo, para que sepa V. como ha de manejarse con las sentencias de los otros antiguos.

Vengamos á los modernos, que son los que han de darle los principios al ente natural. Si quiere tomarlos de Descartes, empiece protestando, que nada ha de admitir como verdadero, *quod non ex communibus notionibus tam evidenter deducatur, ut pro mathematica demonstratione sit habendum* (2. p. Princip. §. 64.). Supuesto esto, encaje V. la materia dividida en partes iguales con dos diferentes movimientos, &c. &c. Y despues que esté copiada toda esta tramoya, ó antes, ó cuando á V. le pareciere, diga con el mismo (3. part. Princip. §. 44.) *Verumtamen, ne etiam nimis arrogantes esse videamur, si de tantis rebus philosophando genuinam earum veritatem à nobis inventam esse affirmemus, malim hoc in medio relinquere; atque omnia, quæ deinceps sum scripturus, tanquam hypothesim proponere.* Y si alguien le preguntare á V. dónde se ha dejado la prometida evidencia matemática, responda: que el Bú se la llevó; y saca de este modo un sistema de Principios, que ni el diablo sea capaz de formarlo mas bonito.

Si no gusta de Descartes por lo mucho que ha caido, acomódese V. con Leibnitz y Wolfio, que traen mas *Mónadas*, que puede haber en las costas de Africa. Estas tales *Mónadas* han de ser substancias simples sin partes, que no puedan nacer sino por creacion, ni perecer sino por aniquilacion, ni recibir mutacion alguna por causa criada: que ellas tienen ciertas cualidades, y cada una se diferencia de las otras: que cada una se está mudando perpetuamente, y esta mutacion nace de un principio interno. Ultimamente, que cada Mónada tiene no solamente percepcion, sino es tambien apeticion, y que por este motivo se pueden llamar *almas*. He: ve V. aquí. Muchas Mónadas juntas hacen un rábano, v. gr; y este tal rábano tiene no sola un alma (como querian los manicheos, que esta es una cicatería) con su percepcion, y su apetito, sino tantas almas, tantas percepciones, y tantos apetitos, cuantas son las infinitas Mónadas de que se compone: que decir, tantas almas como en un purgatorio; tantos pare—

ceres, como en un bártulo; y tantos antojos, como en veinte preñadas. No está este sistema muy malote.

Mas si acaso quiere V. el de mas moda, tiene ni mas ni menos que el del famosísimo Newton en sus *partículas primigenias*. Está todavia por averiguàr si ellas son lo que Epicuro llamó átomos, ó á lo que Anaxágoras puso el nombre de *Homæmeria*. Por cualquiera de los dos caminos va V. lindamente. Lo que sí consta es, lo que el citado caballero (lib. 3. optic. cuest. 31.) advierte, y es que mientras duren las citadas partículas, *poterunt sanè per omnia sæcula ex iis composita esse corpora ejusdem semper naturæ, et texturæ*. Y poco despues añade: *exceptis irregularitatibus quibusdam vix notatu dignis, quæ ex mutuis Cometarum, et Planetarum in se invicem actionibus oriri potuerint, quæque verisimile est fore, ut longinquitate temporis majores usque evadant, donec hæc naturæ compages manum emendatricem tandem sit desideratura*. A saber, como expone Leibnitz: este mundo es el relox de la faldriquera de Dios, compuesto, como de ruedas y resortes, de las partículas de Newton. Y así como todos los reloges de tiempo en tiempo necesitan de que se les dé cuerda, se les eche muelle, ó se les limpie; así tambien llegará tiempo en que este mundo necesite de una composicion, cual suele ser la que un relogero da á su obra. Y ve V. aquí, amigo don Manuel, un principio para poder explicar las irregularidades de estaciones, que en ese mundo se experimentan ahora. Algun cometa aguanoso, como el del diluvio, está agngereado, y Dios todavia no habrá tenido lugar, ó voluntad de componerlo: esta será la causa de por qué llueve tanto.

Por último: lo mejor que hay que hacer en esto de principios, es no dejar á nadie quejarse. Por tanto póngalos V. de todo sistema: el mio le dará los nombres de *materia*, y *forma*: Newton las *partículas*: Gasendo el *movimiento*: Leibnitz la *formacion*, &c. &c.: de manera que saque V. unos principios sin fin; y si pudiere ser, sin principio, ni atadero.

Explicados de esta manera los principios del cuerpo, se sigue tratar de sus propiedades. La *extension* es la primera. Puede V. constituir en ella la esencia del cuerpo, como ya he dicho con Descartes; ó cuando no, no conocer mas extension que la externa, como ha hecho Gasendo: previniendo, que estos dos modos de pensar, y algunos otros, que hay

sobre la materia, son admirables para hacer imposibles muchas cosas, que la teología y la fé admiten como ciertas.

Sobre la *divisibilidad* del cuerpo tambien hay no poco que decir. Siga V. el dictámen de Wolfio, que enseña: que todo cuerpo consta de puntos indivisibles, por otro nombre átomos de la naturaleza, como él los llama. Y en eso estará la gracia, en que muchos puntos inextensos compongan una extension, así como muchos ciegos pueden componer uno con vista, y muchas bolsas vacías un par de reales. Luego se sigue, que ajuste V. la cuenta de cuántos son los indivisibles de que se compone, v. gr., una avellana. Esto está compuesto con poner una hilera de treinta ó cuarenta números, que se multipliquen por otros quince ó veinte con quebrados; y sacará V. una cáfila, que el diablo que se la ajuste. Además de que, ¿qué le va ni le viene al diablo en que la cuenta esté bien ajustada?

La *impenetrabilidad* me la ha de poner V. esencial á los cuerpos con Gasendo, y con el padre de Turre, y si con ella no se pudieren componer los milagros, que no se compongan; pues como dice el último (Phys. gen. §. 209.) las doctrinas de los filósofos nada tienen que ver con los milagros.

Sobre la *inercia* tenga V. presente con Newton (1. part. princ. def. 3.) que ella *nomine significantissimo* se llama *vis inertiæ*, ó con el padre de Turre (loco citato §. 215.) *vis passiva.* No importa que Ciceron (lib. 1. de nat. Deor.) diga: que *vis actuosa est*; pues puede V. responder, que ya no hay inconveniente en decir tinieblas luminosas, muerte viva, ó como dijo Averroes en su arenga, oculatísimo tuerto.

La *mensurabilidad* y *figurabilidad* de los cuerpos darán á V. mucho pie para echarla de matemático. Sobre ellas hay mucho escrito: tome lo que le parezca de cualquier autor, y pase despues á tratar del *espacio.*

Muchísimo hay que decir aquí: dejaré lo mas de ello para cuando de intento examine el punto; y solo apuntaré por ahora lo que pueda servir á V. de gobierno. Si pues quiere poner un espacio, que sea nada, Gasendo se lo prestará, tomado de Epicuro: si lo quiere poner que sea todo, Enrico Moro, Newton, Clark, y entre los católicos Juan Bautista Scarebla se lo darán, que sea nada menos que la inmensidad de Dios, ó el mismo Dios. Para entender esto

mas bien, puede leer á Newton, que en su Óptica quest. 28. dice de Dios: *qui in spatio infinito tanquam sensorio suo res ipsas intime cernat.* De modo, que Dios es capaz de sensacion, y necesita del espacio, como de sensorio, para perfeccionar las operaciones sensitivas. De consiguiente es corpóreo, lo uno porque tiene sensorio, y lo otro porque siendo el espacio donde se reciben los cuerpos, es evidente que debe ser corpóreo.

Todavia puede V. adelantar mas con la doctrina de este perspicacísimo y sapientísimo filósofo, á saber: que la *materia* no es otra cosa que una porcion de este espacio, ó un trozo del mismo Dios. Para esto conviene que V. sepa que Juan Locke (Esai sur le entend. hum. lib. 2. cap. 13. §. 16.) respondiendo á algunas dificultades que se le proponian sobre el espacio, dijo en francés lo que yo ahora en castellano. ¿Quién os ha dicho que no hay, ó que no puede haber mas que séres sólidos, que no pueden pensar, y séres pensadores, que no son extensos? En el lib. 4. cap. 10. §. 18. hablando de la materia no se atrevió á dar sobre ella su dictámen, porque (son sus palabras traducidas) "esto me apartaria quizá demasiado de las nociones, sobre las cuales está al presente fundada en el mundo la filosofía." Se murió Locke con este entripado dentro del cuerpo. Mas Pedro Coste, á quien le dió lástima que el referido enigma quedase sepultado, fue á verse con Newton sobre el particular; y éste le dijo, que ya habia descubierto el modo de explicar la produccion de la materia, que Locke no quiso declarar. "Se podria, dijo, formar alguna idea de la creacion de la materia, suponiendo que Dios con su poder impidió que entrase alguna cosa en cierta porcion del espacio puro, que de su naturaleza es penetrable eterno, necesario infinito; pues de este modo esta porcion de espacio obtendria la impenetrabilidad, que es una de las cualidades esenciales á la materia." Cosilla de juego es los primores que se pueden sacar de estas pocas palabritas. A saber: que la materia es un pedazo de la inmensidad de Dios, ó que la materia es Dios; ó, si á VV. mas le agrada, que Dios tiene su lindo cacho de materia. Hasta aquí tiene V. no mas que el Dios de los Antropomorphitas. Si quiere el de Espinosa, aténgase á que el citado espacio es eterno, necesario é infinito, que junto con

lo otro de material y sensorio, y otros infinitos cabos que omito, pongan la cosa á las mil maravillas. ¡Poder de Dios! ¡Y qué famoso filósofo ha de salir V. si toma mi consejo! Si no quiere tomarlo, no se fatigue. Encontrará espacio que no sea Dios, y sin dejar de ser algo, sea sempiterno: lo encontrará que no sea nada, y sea improducto, eterno, &c.: lo encontrará hecho substancia criada antes de todas las substancias, y sin límite alguno, que se lo dará el P. Turre: lo encontrará incorpóreo en la tienda de Gasendo; y por fin lo encontrará V. de tantas maneras, y todas ellas tan preciosas, que tendrá bien que hacer en escoger.

Vamos al *tiempo*, que yo consumo mucho. Antonio Genuense (Methaph. part. 1. cap. 11. prop. 144.) le dará á V. una linda idea de la eternidad con su presente, pretérito y futuro; pues en ella admite una sucesion metafísica, que es un regalo. Del tiempo forma Gasendo un bello concepto (Phys. sec. 1. lib. 1. cap. 7.) que puede V. admitir diciendo: que es una quisicosa incorpórea, que corrió antes que hubiese mundo, y que habia de correr supuesta su destruccion. San Agustin (lib. 11. *de Civitate Dei* cap. 6.) dice todo lo contrario. A esto debe responderse, que san Agustin no fue filósofo moderno, y Gasendo sí; san Agustin fue africano, y Gasendo francés: á ver, que le levanten á V. la solucion.

Pasemos á las *fuerzas de los cuerpos*. Me las ha de dividir V. en muertas, y vivas: las *muertas* me parece á mí que podrá explicarlas bien con el egemplo de la carabina de Ambrosio, y las *vivas* con el de las mulas de un coche. Diga V. tambien con el anotador de la física de Muschembroek ad §. 174. que de la fuerza muerta proviene en cada momento el incremento de la velocidad, ó una velocidad infinitamente pequeña. Pero para que no se admiren de que los muertos, esto es, las fuerzas muertas empujen tanto, puede V. sostener con el mismo, que la velocidad que ellas causan, se apaga á toda priesa con la resistencia, y dificultad del obstáculo. Dirá despues que la fuerza *muerta* consiste en el incremento de la velocidad; y luego que la *viva* en la suma de estos infinitos incrementos. ¿Ha entendido V.? Pues ni yo tampoco. Lo mas que saco de aquí, es que el incremento de la velocidad es efecto de la fuerza muerta, y tambien es la misma fuerza muerta, *hoc est*, que ya la causa, y el efec-

to son una misma cosa. Que la velocidad por instantes se apaga; y con todo eso monta una suma infinita. ¿Qué sería si nunca se apagase? Otra cosilla se saca tambien, y es que la fuerza viva consiste en una suma infinita. ¿Pues cómo se mide, y se hace la cuenta de ella? Pero ya veo que son buenos aritméticos, y sabrán sumar los infinitos.

Otras cosillas podia apuntar á V. para las fuerzas en general; pero me llama á toda priesa el amigo Newton con su *fuerza de atraccion.* Si V. acierta á establecerla bien, será el mejor físico que haya nacido de madre. Con que téngame cuenta con los preceptos que voy á insinuarle, y mire como los pierde de vista, porque entonces todo se echa á perder. Lo primero que debe hacer es vindicar á Newton su descubrimiento, porque malas lenguas han dado en decir, que es hurtado de otros. Y en efecto parece que un tal Guillelmo Giberto y otros hablaron con bastante extension de la atraccion general. Pero V., amigo, cuando no pueda probar que á Newton se le debe todo, ha de hacer una de dos cosas, ó comerse el libro del citado autor *de magnete, magneticisque corporibus, et de magno magnete tellure*, ó valerse de la opinion de Malebranche sobre la existencia de los cuerpos, y decir: *incomprehensibile est an extiterint* tal Giberto, tal Gasendo, &c.: que por lo que hace á la atraccion particular, yo en nombre de todos mis discípulos le hago á V. cesion y donacion firme y valedera de la simpatía, y de los movimientos de traccion, pulsion, volucion y veccion, de que hice mencion y explicacion en el séptimo de los físicos, para que V. se los regale á la física de Newton.

Evacuado esto, se sigue explicar en qué consiste esta atraccion. Aquí no faltan trabajillos; pues Newton ya la llama *vires centripetas* (1. princ. sec. 11.); ya *verus impulsus* ibid. Y en el escolio á la prop. 69. del lib. citado dice: *vocem attractionis hic generaliter usurpo pro corporum conatu quocumque accedendi ad invicem.* Para explicar este conato añade: *sive conatus iste fiat ab actione corporum, vel se mutuo petentium, vel per spiritus emissos se invicem agitantium, sive is ab actione ætheris, vel aeris, mediive cujuscumque, sive corporei, sive incorporei oriatur.* ¿En qué quedamos? Me dirá V., en que todavia hay mas explicaciones. Oiga V. lo que dice en el escolio general á sus principios matemáticos: *adjicere*

jam liceret nonnulla de spiritu quodam subtilissimo corpora crassa pervadente, et in eisdem latente, cujus vi, et actionibus particulæ corporum ad minimas distantias se mutuo attrahunt. Con que tiene V., para explicar la atraccion, á la accion de los cuerpos, al ether, al aire, al espíritu sutilísimo; y, si esto no le gusta, á cualquier medio que quiera escoger, *sive corporeo, sive incorporeo*, con cuyas últimas palabras estaban ahorradas las primeras. Si alguien cavilare diciendo: que Newton, admitiendo toda esta carretada de causas inciertas para explicar la atraccion, contravino á su primera regla de filosofar: *causas rerum naturalium non plures admitti debere, quam quæ veræ sint, et earum phænómenis explicandis sufficiant*; responda V. que por ahora se ha dispensado en la regla: ó si no, diga que Newton tiene la campanilla del sacristan. Qué cosa sea aquel espíritu sutilísimo es otra dificultad, que tiene V. que exponer. Puede ser que sea la *natura genitrix* de Coduvorto; puede ser que sea el *Anima plastica* de Hartsoeker; y si no fuere nada, será el *sutilísimo espíritu*, ó alma del mundo de Keplero, de quien Newton tomó mucha parte de su doctrina. En la física particular le explicaré yo á V. todas estas cosas, y entonces podrá escoger lo que mas le agrade, para dar una exactísima idea de la causa de esta atraccion general.

Lo principal que ha de hacerse aquí es probar que la hay. Tiene V. para ello en Newton muchas demostraciones matemáticas, formadas segun las reglas que ya he puesto, cuando hablé *de methodo.* Pero por si V. no las entendiere, yo quiero reducírselas aquí á forma silogística. Estéme V. atento, y se impondrá en un instante. *Datur generalis attractio, si omnia corpora se invicem trahant; sed omnia corpora se invicem trahunt: ergo datur generalis attractio.* Prob. min. *Omnia corpora se invicem trahunt, si datur generalis attractio; sed datur generalis attractio: ergo omnia corpora se invicem trahunt.* Prob. min. *Datur generalis attractio, si omnia corpora se invicem trahant; sed omnia corpora se invicem trahunt: ergo &c.* Aquí tiene V. en prosa suelta las demostraciones de que necesita. Por fin para resolver las dudas, puede V. recurrir al Jaquier, que todo lo trae á las mil maravillas; y yo no tengo lugar de detenerme mucho. Mas, sin embargo, pondré un egemplito en las leyes de la atraccion. Dice acerca de la segun-

da (Phys. sect. 1. p. 1. cap. 2. art. 3.): *in contactu, minimisque distantiis solam vigere attractionem in ratione triplicata inversa, in distantiis autem paulo majoribus solum superesse attractionem in ratione inversa duplicata.* Despues advierte que esta ley no puede guardarse exactamente; pues entonces la cohesion de los cuerpos, ó su coherencia sería infinita, lo cual es absurdo. Con que tiene V. ley que no se puede guardar; y ley que guardandose, como está puesta, lleva en derechura al absurdo. ¿Quiere V. mas? Pues oiga, que sigue enseñando: *legem hanc licet reipsa existentem, et minimè commentitiam nemini divinare hactenus licuit, neque unquam fortasse licebit.* De modo, que es ley existente, real, y verdaderamente, y no fingida: mas sin embargo, ley que ni aun por adivinacion se ha podido, ni quizá se podrá, descubrir; y ley que, si se guarda, lleva á un absurdo. ¿Qué tal? ¿No le parece á V. que hemos de sacar una buena echadura?

No le doy idea de las vires *centrípeta*, *centrífuga* y *central*, porque son hijas de la atraccion, y van siempre detras de ella, como el rabo tras de la zorra. Con que toquemos algo de la causa de la *gravedad* de los cuerpos. De ésta se sale facilmente con lo que dice Gasendo en varias partes, y yo le voy á explicar á V. á la pata la llana. Los cuerpos graves pertenecen á la tierra, de modo que no hay licencia para salir de ella. Cuando, pues, alguna violencia los echa fuera, luego que la tierra conoce que faltan, envia una caterva de *átomos*, que salgan corriendo á atajar el cuerpo que huye. Como estos átomos ministriles corren que se las pelan, lo alcanzan al instante, lo cercan, y lo hacen volver mas que de paso. Si no gustare esto, recurrir á los vórtices de Descartes, ó á la atraccion de Newton, que todo viene á salir allá. No le doy á V. otras muchas noticias sobre la gravedad y descenso de los cuerpos, porque entonces sería escribirle yo la filosofía; y á fé que no soy yo el que me he de llevar los aplausos, ni á quien han de poner en las memorias erudítas. Con que lea y trabaje, y hallará mil primores, como, v. gr., que unos mismos cuerpos pesan mas aquí que en Getafe. Para esto hay muchísimas observaciones hechas por muchísimos monsieures: ellas suelen contradecirse á cada instante; pero no importa.

Síguese el *movimiento*, de cuya naturaleza tengo que dis-

putar, porque así lo quieren los Padres reverendísimos. Para entonces espéreme V. Por ahora sepa, que en el universo siempre hay la misma cuantidad de movimiento, sin quitar ni poner; que así lo dice Descartes: mas sin embargo establezca V. con el mismo que algunas veces se destruye, y ya se quita; y que nosotros por nuestra voluntad excitamos los movimientos que queremos, y ya se pone.

Para formar el código de sus leyes trae Newton muchísimas cosas: no son muy pocas las que trae Descartes: escoja V. á su arbitrio, y si no entendiere las mas de ellas, consúlteme que yo se las explicaré.

Entre despues con los movimientos de los péndulos, con las fuerzas elásticas, y con otras muchísimas cosas. Exponga la mecánica, dé idea de varios instrumentos; bien entendido, en que mientras mas diga sobre todas estas cosas, mejor filósofo ha de ser. Proponga al fin un par de planes sobre el modo de hacer algunas máquinas, ó de egecutar alguna operacion, v. gr., de qué modo se pueda hacer que sean necesarios seis bueyes para que ande una de esas norias, que hasta aquí han andado con uno. Otro: cómo se facilitará para los sábalos la navegacion de Guadalquivir hasta Santiponce. Y con esto concluya su tratado de física general.

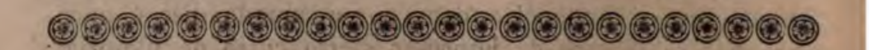
No quiero, amigo don Manuel, que vaya pelona la invencion del suplemento; y es mi voluntad que sea, no ahí como quiera suplemento, sino (otra invencion importantísima) suplemento de tres colas, como los Bajaes de Turquía, ó sino como la Condesa Trifaldi: mas si en las tres colas no cupiere el ensayo de filosofía que he empezado, no hay que amohinarse por eso; pues añadiré otra Carta en memoria de la barba blanca de Trifaldin. Vaya V., pues, formándose filósofi-ecléctico, que mientras procuraré yo que no le falte ripio. *Fac ut valeas.* = *Aristóteles.*

25 de febrero de 87.

Suplemento á la postdata anterior.

No puedo menos que estrañar muy mucho, cómo sabiendo V. la penuria de libros en que me hallo, no se haya movido á enviarme uno, que naturalmente ya andará por

ahí. El pimporrero, cuyas noticias son de clavo pasado, me asegura, que cuando él andaba por el mundo diez ú once años ha, se trataba de imprimir cierto curso de filosofía. Para prueba de ello me ha dicho, que él mismo contribuyó á las colectas. Es decir, que tuvo que soltar la cuota que tocó en repartimiento á un sobrinillo suyo, que entonces estudiaba filosofía, y hoy es un torero regular. Si señor, amigo don Manuel: esto sí que es tener discípulos que paguen las producciones de sus maestros, y que siempre que á él le dé gana de escribir, tenga con gana ó sin ella que aflojar; y no como yo, que con tantísimos discípulos como tengo, cada piojo que me anda por el lomo es como una almendra. Volvamos al caso. Se recogió el dinero, y aunque cuando el pimporrero murió no habia salido aun la obra, ya no tiene motivos para no salir. Se han pasado los nueve años que previene Horacio, y ya han visto la luz pública otros hermanos menores del citado curso, cuales fueron dos traducciones que necesitan unos comentarios, y un prólogo substantivo, pues anda por sí solo. Con que ó la pecunia se ha vuelto á sus dueños respectivos, ó la obra filosófica ya ha de andar al aire. Yo la quiero para mi instruccion; pues aunque el pimporrero diga lo que digere, ella es parto de un talento divino (llámole *divino* en el sentido en que por allá se usurpa este nombre, ó para quitar toda equivocacion, segun y como significa él entre los eclécticos). Si hubiere pues salido, puede V. enviármela; que yo en recompensa le remitiré una carga de cisco, que el de por acá es muy bueno.



CARTA XII.

Sr. Don Manuel Custodio.

Amigo y señor: son de tanto peso para mí las razones que V. me insinúa á fin de que me esfuerce á demostrar la insubsistencia de la *nueva filosofía*, y las fatales consecuencias de que ella es y puede ser orígen, que sin mas escrupulizar sobre mi palabra, se la doy ahora de hacer cuanto pueda. Puedo poco (ya lo he dicho) á causa de la situacion en que me hallo, y penuria de libros en que me veo; pero sin embargo, como yo consiga despertar el deseo de egecutar la cosa como se debe en alguno de los buenos ingenios de esa ciudad, me tendré por feliz á pesar de hallarme en la tierra de la miseria. Para esto es necesario que V. tambien me ayude. Averroes es un topo para buscar autoridades: no se sabe dar traza en el manejo de los santos Padres, ni de otros libros, cuyas especies necesito. Me dirá V. que siendo yo puramente filósofo, y estando en el infierno, parece extraño que ansie por unas cosas que me son tan inútiles. ¡Ay, amigo mio! Porque estoy en el infierno, ha llegado ya á mí el desengaño: conozco ahora las cosas, como me hubiera tenido mucha cuenta conocerlas en vida; y á consecuencia estoy en la firme persuasion de que la filosofía tiene tanta conexion, y se da tanto la mano con la religion verdadera, cuanto ella pugna con la falsa. No hay medio, amigo don Manuel. Como Dios no haga un milagro de aquellos, que no suele hacer todos los dias; en prevaleciendo una filosofía falsa, ha de desmayar la verdadera religion. Este punto merece Carta separada, que trabajaré cuando sea tiempo, confiado mas en mis buenas inten-

ciones, que en mis escasas luces. Lo que por ahora insta es, que ayude V. á Averroes á buscar las citas que le encargo, mientras yo por acá me valgo del favor de Ciceron, del pimporrero, y algunos otros conocidos, para que anden de caverna en caverna, de gente en gente examinando á los infelices sábios de los pasados siglos, que, aunque con poca exactitud, suelen alumbrarnos. Puede V. tambien hacerme el favor de extender la voz entre sus amigos, para que si alguno tiene noticias de especies que me puedan servir, se llegue en un instante á la sima de Cabra, y por ella las eche, que yo pondré acá bajo una esportilla para recogerlas. Baste de esto, y vamos á nuestro ensayo de filosofía, que hay mucho que hacer.

Física particular.

Concluida la física general, entrará V. en el vasto campo de la naturaleza, y empezará su física particular por el tratado *de mundo.* Considere en éste su orígen, su unidad, su extension y duracion. Sobre el *orígen* aunque á fuerza de consecuencias tomadas de los mas célebres modernos pudiera V. llegar al *pantheismo*, no quiero que lo admita; pues ellos al menos *in voce* lo reprueban. Tampoco ha de decir con Lucrecio que *ortus est casu.* Lo mas que aquí se podrá es asegurar con Descartes, que Dios para criarlo no tuvo necesidad de mas que de poner la materia, como él la pone, y darle el movimiento que él le da; pues en dando la materia, y torbellinos ó turbillones, estan hechos todos los cuerpos con la misma facilidad que se hace un pozillo de chocolate. Francisco Buddeo, y un tal Spanemio (*quorum neuter est scholasticus*), quieren que este modo de hablar lleve en derechura al ateismo; pero estas son impertinencias, de que V. no me ha de hacer caso. Si no agradare Descartes, ahí está Gasendo, y estan todos los que explican la formacion del mundo por el mecanismo, que mal que bien vienen á salir allá.

Suponiendo, pues, que Dios crió al mundo, preguntará V. si lo crió porque quiso, ó porque no pudo otra cosa. Esto último lo dice Robineto, desenterrando para ello ciertas especies muy preciosas de la antigüedad; pero así, así redon-

damente no me lo ha de decir. Diga con Maupertuis (en su prefacio al Esai de Cosmol.) que es *probable*; que no dejará de llegar tiempo en que se diga *rotundè*; y ya se ve, si es probable que Dios lo crió *ex necessitate*, probable es tambien que es eterno. Y de esta manera puede V. teger una apología á mi favor, á quien los picarillos de los escolásticos han desamparado en una asercion tan preciosa. Pero cuidado, que aunque yo lo supuse *ab æterno*, la invencion de haber sido criado *ex necessitate* no se me debe á mí.

Vaya ahora: ¿y cuántos mundos hay? Responda V. que milenta. Si se atiene á vejeces, encontrará que Atenágoras, Hermias, Basilio, Ambrosio, Teodoreto é Isidoro, lo han negado. Encontrará que san Agustin (lib. de Hæresibus, hæres. 77.) cuenta este modo de pensar entre las heregías. Pero, amigo mio, todos estos son filósofos pusilánimes en sentir del Genuense, cuyo pasage cité, tratando de los eleatenses en mi Carta anterior. Con que júntese con los filósofos magnánimos, cuyo gefe parece que es Fontenelle, y diga: que todos, ó los mas de los planetas, estan habitados, y las estrellas, ni mas ni menos; y déjese de pusilanimidades. Si quiere todavia mas apoyo para su asercion, acuda á Dutens (origenes des decouvertes p. 1. cap. 7.) y verá que dice: *cette opinion de la pluralité des mondes fut donc enseignée generalement par les anciens Philosophes Grecs.* A la cuenta Platon, yo, Thales fundador de la secta Jónica, y nuestros discípulos, ó no fuimos filósofos, ó no fuimos griegos, porque enseñamos lo contrario. Mas sin embargo estas son quisquillas de que no se ha de hacer caso. Ponga V., pues, un egército de filósofos contra los padres citados: lleven la vanguardia los impíos del dia, que son buenos soldados, contra ellos: el batallon derecho se le puede dar á los eleatenses, el izquierdo á los marranitos de Epicuro: en el centro podemos ir los restantes griegos, y en la retaguardia los magnánimos modernos.

A un solo cañonazo puede V. temer, si acaso los pusilánimes lo tiran, que le hagan esta preguntita. ¿Y estos habitadores de la Luna son hombres? ¿hijos del primero? ¿manchados con su culpa? ¿redimidos? ¿Y por quién, ó cómo? Pero para esto hay linda trinchera hecha por Halley en las Actas de Leipsic, año de 1682, á saber: que los planetas

eran habitados, no por hombres, sino por otros animales racionales. Esté V. en esto, y no se olvide: *animales racionales*, que no son hombres. Puede tambien añadir que por allá en los mundos nuevos no hay olivos, sino aceitunos, y que todo no es uno.

Síguese saber, si puede Dios criar otro mundo mejor que este, ó si este es el mejor de todos los mundos posibles? Acuda V. aqui á Leibnitz, Wolfio, y otros innumerables que los siguen, contando entre ellos al señor Censor de Madrid, que necesitaba de seis Censores que anduviesen tras él (si no lo conoce por estas señas, conózcalo por las de *Novela sobre el uso de la tortura*); y diga con todos, que no puede Dios criar un mundo mejor que este. Será tambien muy del caso que despues de establecer su proposicion con los convincentísimos argumentos de Pedro Abaelardo, primer inventor, ó por mejor decir, primer restaurador de este modo de pensar, pase á escribir una disertacion que pruebe, que la palabra *Omnipotentem* está intrusa en el Símbolo; y si despues le parece, forme otra dando mejor idea que la que hasta aquí se ha tenido de la infinidad del Sér supremo.

Vamos á otra cosa. ¿Y el mundo es animado, ó no? Sobre este particular hubo muchos debates entre los antiguos; mas no se pare V. en ellos, teniendo en sus modernos cuanto ha menester. Diga pues, ó con Henrico Moro, que en este mundo anda un *Principio Hilárchico*, vice-presidente de Dios; ó con Coduvorto una *Natura Genitrix*, que sea una quisicosa con sentido, con conciencia y con razon, que anime la universidad de las cosas; ó si no con Juan Rayo y otros una *Naturaleza Plástica* y *Archea*. ¿Quiere V. saber la grande ventaja que trae este modo de filosofar? Pues óigala de boca de Moshemio anotando la disertacion que escribió Coduvorto sobre la Naturaleza engendradora: *Naturarum genitricium tutores hoc nomine in primis sententiam suam commendant, quod ea Deum perpetuo, molestissimoque labore levet*. Cosa de juego es el quebradero de cabeza, de que librará V. á Dios, poniendo esta naturaleza procuradora, ó secretaria, ó agente. De otra manera ya se deja ver, que el Sér inmutable se pasaria toda la eternidad en menudencias, y mas menudencias. ¡Valiente filosofía! ¡Sobre que no se dará mejor entre los otentotes! Esta misma doctrina puede ilus-

trar la causa de la atraccion de Newton, de que yo hablé.

¿Y acerca de la *extension* del mundo qué tenemos? ¿Es infinita, ó finita? Puede decirse con Leibnitz (tom. 2. opp. 1. p. pág. 148. §. 30): Absolutamente hablando parece que Dios puede hacer el universo material finito en extension; mas lo contrario parece mas conforme á su sabiduría. Él lo dice en francés, y yo lo digo en romance. Tiene V., pues, un mundo sin límites al parecer de Leibnitz, mas conforme con la sabiduría de Dios. ¿Quiere mas? Pues véngase á Descartes que es padre de pobres, y le enseñará que mundo finito implica contradiccion. En la epist. 69 *ad Henricum Morum* lo dice por estas palabras: *repugnat conceptui meo, sivè, quod idem est, puto implicare contradictionem ut mundus sit finitus, vel terminatus.* ¿Lo quiere V. mas clarito?

Puede tambien sin escrúpulo meterse á profeta, y tratar del modo con que ha de hacerse el incendio de la tierra antes de la venida del Juez universal. Cartesio y sus discípulos le enseñarán un modo muy fácil, cual es que el Sol se convertirá en tierra, y la tierra en Sol, y cátatelo hecho. Leibnitz anda muy cerca de este modo de pensar. Otros, que refiere Burnecio (Tell. theor. lib. 3. cap. 6.), suponen que el Sol echará un viage hácia la tierra para evacuar esta comision. De todos modos la tiene V. evacuada, y yo me alegro de que los filósofos disputen este punto; pues de esta manera presentan á Dios varios planes con que poder hacerlo, por si acaso no lo habia pensado. ¿No es verdad?

Vamos ahora en un brinco á esos *Cielos* de Dios, y démonos traza á definir todo lo que en ellos haya. Para esto conviene que lleve V. en la memoria este cánon de un buen poeta español.

El mentir por las estrellas
Es muy seguro mentir,
Porque ninguno ha de ir
A preguntárselo á ellas.

Esto supuesto, ¿de qué son los cielos? En no tomando V. en boca mi quinta esencia, son de lo que V. quisiere. Póngalos de agua, de aire, de fuego, de tierra, ó para acertarla, de todas estas cosas. Lo que le encargo en conciencia es que me los ponga corruptibles, que así lo manda

el sapientísimo Galileo: su razon es terminante. Se han visto muchas estrellas aquí, allí, allá y acullá; y despues de vistas no han vuelto á parecer. ¿Qué mas clara señal de que se corrompieron? El señor Wolfio se rie de esta razon. Pero haga V. caso de que si lo sigue en esto, se ve privado del consuelo grande que podrá tener en citar los años en que las estrellas fueron vistas, los nombres de quiénes las observaron, desde dónde, con qué instrumentos; y si lo aprietan, hasta qué color tenian los calzones de los observadores, que tambien puede conducir mucho; y se derrama de camino una granizada de erudicion, que sea menester tocar á rogativa.

Sin embargo, si ha de valer mi consejo, todo lo que pertenezca á cielo me lo ha de poner V. *vacio*, sin mas cuerpos que los astros, planetas y cometas. Hará toda la burla que pudiere de la solidez que yo puse, y se acomodará con la atraccion de Newton, para explicar el curso de toda esa tropa que anda por ahí arriba. Acerca de lo cual diga con el P. Jaquier entre otras cosas, que *hanc* (esto es, la solidez de los cielos) *prorsus evertunt cometæ, qui liberè ab altissimis circa nos spatiis ad solem delapsi, inde rursus emergunt, atque huc illuc sine certa lege vagantur* (Phis. inst. sect. 3. p. 2. art. 2.). Para ilustrar mas este pensamiento, añada con el mismo (art. 4. in resp. ad 1.): *de certis cometarum periodis nullus est dubitandi locus*. De modo, que los cometas *huc*, *illuc*, *sine lege* (esto es, sin ley ni Roque) *vagantur*; y estos mismos cometas guardan periodo cierto, sin que haya lugar para dudarlo. ¿Está V. en que le dige mi alma?

Explicada así, ó como le parezca mejor, la naturaleza de los cielos, se sigue tratar de su *número*. Aqui como buen newtoniano se puede reir de la pamplina de los antiguos, que á cada movimiento nuevo que observaban, aumentaban una nueva esfera. Especialmente debe V. decir cuatro cositas acerca del *primer moble*: de este Cuco de los peripatéticos, á quien es moda *cuquear* tanto. Verdad es que Wolfio, que parece haber sido un buen astrónomo, lo admite (en su Astron. def. 7. §. 15.). Si á V. le parece, admítalo como él, que luego tiene lugar de decir, como él dice, que la tierra es la que se mueve, y entonces el primer movil se estará quieto, ó andará él y la tierra á la par.

Entran luego los *sistemas.* Suponga V. (aunque no sea así) que los peripatéticos admiten el de Ptolomeo con su pelo y su lana. Demuestre despues, que él es imposible; desprecie el de Ticon, y aténgase solo al de Copérnico. Diga en primer lugar: que está demostrado; pues aunque ello no sea así, ¿quién le puede impedir que lo diga? Y dicho esto, acomódelo, como es de moda, á la física de Newton. Esto parece tener algunas dificultades; pero yo se las compondré en un instante. Segun Copérnico el Sol es centro; de consiguiente ni se mueve, ni puede ser contado entre los planetas. Segun Newton el Sol se mueve hácia los otros planetas; de consiguiente es planeta, y no es centro. El mismo lo confiesa (lib. 3. princip. prop. 11.) donde dice: *Commune centrum gravitatis terræ, Solis, et planetarum omnium quiescere.* Con que tiene V. ya aplicado el sistema copernicano á la física de Newton, siendo el Sol centro, y no centro; planeta y no planeta. Prosigue Newton, y dice (prop. 12.): *Solem motu perpetuo agitari, sed nunquam longe recedere à communi gravitatis centro planetarum omnium.* Con que tenemos que no unos planetas hácia otros, sino todos gravitan hácia el centro, y el Sol el primero. En la misma prop. 12. dice tambien Newton, que el centro de los planetas cae sobre poco mas abajo, ó mas arriba, en la superficie del Sol. Y luego en la prop. 13. *Planetas moveri in ellipsibus umbilicum habentibus in centro Solis.* Pues señor, ¿cómo ha de estar el centro de los planetas en el Sol, si el Sol y los otros planetas giran *circa* un centro comun, y si el ombligo de las elipses está en el centro del Sol? ¿Cómo? Siendo, y no siendo; y ya está compuesto. Mil cosillas omito que pudieran ilustrarlo mucho; pero esto no es mas que un ensayo.

Despues se sigue tratar de las *estrellas fijas.* Acerca de su número hallará que es muy probable la opinion de los que lo pusieron infinito, tanto en Wolfio que dice (Astron. §. 927.): *Circa quamlibet fixam moveri, perinde ac circa Solem nostrum planetas, sive tellures, hoc est, corpora opaca, quæ lumine ipsarum illustrantur*: y §. 928. *utrum vero infinitum sit, necne, ego non definivero*, como en Hugenio en su Cosmotheoro.

Acerca de su tamaño se debe decir con Wolfio, que es muy creible que todas son iguales; pero que aparecen desiguales por la desigualdad de la distancia en que estan de la

tierra. Las observaciones que el mismo Wolfio refiere (Astron. §. 916.) echan por tierra, al parecer, esta doctrina; pues Hugenio, mirándolas con un telescopio esquisito, las halló á todas, grandes y chicas, del tamaño de un punto. Mas á esto debe responderse: que aquel telescopio esquisito tenia virtud para igualar las distancias, y presentarlas mas y menos distantes bajo un mismo tamaño. Qué tal sea éste, lo dice Gasendo en su física (sect. 2. lib. 4. cap. 4.), á saber: que son tamañas como el sol, ó algo mayores. Por lo cual compendiando toda esta materia en pocas palabras, se ha de decir con Dutens, en la obra que ya he citado (part. 1. cap. 7.): "Que sería al presente un error en buena filosofía »dudar, que las estrellas son otros tantos soles como el nues»tro, que probablemente tienen sus planetas, que cumplan »sus revoluciones al rededor de ellas, y formen sistemas so»lares mas ó menos semejantes al nuestro. Todos los filóso»fos admiten al presente este sistema, fundado sobre razo»nes las mas sólidas de la astronomía." Estas son sus palabras traidas del francés al castellano. Lloverán sobre V. dificultades y preguntas; mas á todas puede responder con mi cánon, que vayan á preguntárselo á ellas. Lo mas malo será si vienen á preguntarle por aquellas razones solidísimas de la astronomía, cuando Wolfio apenas las reputa probables, sin embargo de ser patrono de estos soles, y aun el mismo Dutens no las juzga por mas. Á esto se responde: que lo que es probable en boca de otros, es solidísimo para cualquier moderno, con tal que le dé la gana de que sea así. De consiguiente dice muy bien Dutens, cuando dice: que sería error impugnar esta mera probabilidad; pues impugnar una probabilidad moderna es un error filosófico, y esto en buena filosofía.

Baste con esto de estrellas fijas, y vamos á los *astros errantes*. Los primarios son siete, si es que el sol ha de ser planeta; sobre los secundarios hay diferencia, *ac proinde* quede V. en libertad de poner los que le dé la gana. Ajuste despues sus cuentas para la distancia que hay de ellos á la tierra, y de unos á otros, ó si no tómelas por ahí de quien le parezca. Hecho esto, entre averiguando si son habitables, y si en efecto se habitan. Negarlo, y renunciar á los fueros de filósofo de moda y ecléctico sería todo uno: que aun por es-

to ha caido mucho, en mi concepto, el P. N. Para sola una cosa se puede dar licencia, y es para poner habitadores en éste, y negarlos en el otro; y si se quiere, para hacer un nuevo mundo en cada estrella, como ya he dicho á V. con Fontanella. Poblados pues los planetas, como á V. le dé la gana, empiece á referir noticias de aquel mundo con la seguridad de que todas pueden pasar por ciertas; el tamaño, v. gr. (para usar del mismo egemplo de Wolfio) de los gigantes habitadores de *Júpiter*, la carta geográfica de los montes, valles, mares, islas, penínsulas, rios, &c. de la *luna*. Item: el tamaño y altura de estos montes, medidos por Wolfio, los nombres que les puso Hevelio; y puede V. añadir de suyo los reinos, provincias, ciudades, leyes, artes é industrias; y tambien (¿por qué no?) las noticias de cuándo empiezan y acaban por allá las pulgas; si tienen rabo los piojos, si los borricos son bípedes ó cuadrúpedos, y si tambien hay filósofos como los de por acá. En contra de esto pueden decirle que Hugenio no vió los mares que habia visto Wolfio, ni Newton vió cosa que se pareciese á los mares. Pero no importa: respóndase que Wolfio vió la luna como ella es en sí: que Hugenio en vez de apuntar con el telescopio á la luna, apuntó á la cabeza de un calvo que estaba asomado á una ventana de frente de su casa, y la tenia llena de berrugas; y Newton miró á la luna en tiempo que en ella habia mucha lluvia y arriada, y pone V. de casquis una solucion asombrosa. ¿Pues qué (me dirá V.) tambien llueve en la luna? Si señor mio. Y si no aquellos animalitos, ¿cómo habian de subsistir? Tiene la luna su atmósfera igualmente crasa, ó mas crasa que la de la tierra en sentir de Wolfio; y de consiguiente unas veces lloverá en ella, otras hará frio, otras calor, poco mas ó menos como en ese mundo. Y aun si hubiere de valer mi dictamen, le aconsejaria yo á V. que sacase un almanak para los habitadores de la luna, que es lo único en que todavia no han dado los modernos, y sería de este modo un héroe entre ellos. Lo que se ha dicho de la luna, debe transferirse á los otros planetas, *servatis servandis*.

Trate despues de la figura de los planetas: no los ponga *esféricos*, aunque no falten modernos que lo digan, porque esto sería convenir con el peripato. Puede pues poner-

los *esferoidáles*, y dice la cosa á la moda. Sobre si tienen ó no alguna luz, ha hecho la mala fortuna que los modernos convengan con los mas de los escolásticos. Mas sin embargo un tal Bullialdo se la da á todos: sígase éste, que será lo mas acertado.

Explicada así en general la naturaleza de los planetas, hable V. en particular de cada uno. Puede pintar á *Saturno* como le dé la gana, bien entendido en que no ideará mamarracho alguno que no se le parezca. De trece modos distintos ha sido visto por trece famosísimos astrónomos con trece selectísimos telescopios, y ha sacado en suma trece extrañísimas figuras tan parecidas entre sí, como los gatos con los almanakes. Sobre este principio mire si habrá cosas que decir. Mas yo no me puedo detener. Hará V. una obra de caridad si termina el pleito que traen estos observadores unos con otros, sobre cuál anteojo era el mejor. El ciego que vende yesca y papel en el puente, podrá servir de períto.

Vamos á *Júpiter*. Galilei lo vió con ciertas fajas. Gasendo con el mismo anteojo que Galilei no pudo verlas. Es de creer que por aquel entonces lo hubiese desnudado Cibeles para lavarlo. Sturmio dice: que este planeta ha sido visto unas veces con tres, otras con dos fajas, y estas puestas unas veces al derecho y otras oblicuamente. Hugenio lo vió con las dos fajas mucho mas lucidas que lo restante del cuerpo, al revés de los otros que las ponen mas obscuras. Wolfio sigue á éste. Hook con un telescopio de sesenta pies de largo, descubrió muchísimas mas fajas paralelas entre sí, aunque no con mucha exactitud. Jaquier y otros convienen en que las fajas son muchas, sin determinar cuantas. Bajo este supuesto puede V. poner una tienda de fajas de Júpiter en calle *Francos*. Para explicarlas, tiene la misma abundancia de observaciones. Hugenio dice: que son nubes muy parecidas á las de la atmósfera terrestre. Sturmio quiere que sean lagunas, y otros quieren otras cosas. Queda V., pues, en libertad de explicarlas como le parezca. Lo mismo hará con ciertas manchas, que son pintadas con la misma variedad.

Luego se sigue *Marte*. Este señor tambien es manchado, segun Fontana, con una mancha negra que tiene en medio del disco; segun otros colorada; segun otros no con una sola, sino con muchísimas de diverso tamaño, figura y posi-

cion. Estas manchas se le convirtieron á Hugenio en una faja como las de Júpiter, y obscurecia la mitad del disco. Maraldo vió otra faja extendida *ab ortu ad occasum*, y otra que salia del centro, camino del polo austral. Mire V. si le faltarán cosas que decir.

Venus tambien ha de entrar en danza. Segun Casino tiene dos manchas; segun Fontana no son manchas, sino unas pelotillas que negrean, ya dentro, ya fuera del disco. Dela-Hire y Blanchinio se confirman en que hay manchas: Hugenio se atreve á jurar que no las hay. Sobre estas tan uniformes observaciones puede V. hablar cuanto quiera de Venus.

De *Mercurio* dice Wolfio con muchos, que no es manchado: dice Kircher que sí. Diga V. que sí, y que no, y con eso lo acierta.

Vamos al *Sol*. Debe decirse con todos los modernos que es de verdadero fuego; y con Schotto, que solamente negarán esta verdad los simples filosofastros. Esto se prueba evidentemente con las llamaradas que muchos han advertido en el Sol. Nada importa que Wolfio repute estas llamas por fingidas, y que Hugenio en su Cosmotheoro pág. 126. diga: *Neque ego faculas illas, quas una cum maculis omnes celebrant, unquam videre potui, etsi has sæpius spectaverim*. Nada importa, porque aquellas serán llamas privilegiadas que no se dejarán ver de todos; así como las personas de suma distincion no son accesibles á un cualquiera. A consecuencia de esta doctrina debe enseñarse, que hace muchísimo mas calor en la sierra nevada que en la vega de Triana, porque aquella está mucho mas cerca de la candela del Sol que ésta. Si alguien opusiere la experiencia, diga V. que eso no es mas de aprension de que en una parte hace mas frio que en la otra, siendo muy al revés en buena filosofía.

Sepa V. de camino, por si quiere ilustrar su obra con esta admirable noticia, como el infierno está en el *Sol*, segun el dictámen de Suvindenio: segun el de Winston, que tiene autoridad, hay muchos infiernos, á saber, uno en cada cometa: segun Kircher en su viage estático (Dial. 1. cap. 6.), *Marte* es globo infernal. Si á V. le cuadrare alguno de estos modos de pensar, admítalo: bien entendido, en que yo no puedo entrar por ellos; pues si estuviéramos en el Sol mis

compañeros y yo, alguna luz habíamos de ver, y no que esta es la tierra de las tinieblas.

Acerca del purgatorio tambien puede decir algo. Keplero enseña (Astron. opt. cap. 6. n. 9.), que no va muy fuera de camino la creencia de los gentiles, que señalaban la Luna para la lustracion de las almas.

Sobre las manchas del Sol *tot sunt sententiæ, quot capita*, y es tal la irrihorria de cosas que se han dicho, que no me atrevo á copiárselas porque sería gastar mucho papel, y á fé que no lo tengo tan de sobra. Con que éntrese por los modernos arriba, y cada uno le contará el churrete que vió, tan distinto del de todos los otros, que será un regalo.

Últimamente, acerca de la *Luna* baste con lo que he apuntado. Tendrá V. entre sus filósofos quien la ha visto maziza; tendrá quien le asegure que toda es caldo: hallará montes segun unos; todas llanuras segun otros: éste se la presentará con rios; el otro ni siquiera una meada de un gato; estotro á manera de un mar inmenso. ¿Y no mas? No faltará quien le diga á V. haber visto en ella un mechinal, que la horada de parte á parte. Item: Newton ha ajustado tambien cuántas libras pesa. Esto sí que es tener materiales á mano para componer aunque sea un Thalmud.

Ya se me iba olvidando dar á V. alguna instruccion acerca de los *Cometas*. De su naturaleza, movimientos, lugares, &c., diga lo que se le antoje: siga á un autor, ó á muchos, bajo la inteligencia de que habla en una materia donde es dificil que le averigüen las mentiras. Solo quiero que tenga presente una especie preciosísima del célebre Jaquier. Observó Hallei que un cometa aparecido en el año de 1680 se acercó tanto á la tierra, que segun todas las leyes de la *atraccion* newtoniana, era preciso ó que la tierra trajese sobre sí al cometa, ó que el cometa se chupase á la tierra. Niega el Jaquier este caso porque le da la gana, como puede V. hacer siempre que le acomode; y confiesa (Phys. p. 2. sect. 3. cap. 1. art. 4.) que: *Si cometa aliquis tellúrem, vel planetam quemlibet propius accederet, variis modis pro massarum varietate, diversaque velocitate turbari posset mutuus illorum motus, imò ad contactum pervenire possent, et in unicam massam coalescere planeta et cometa.* ¡Dios nos libre! Con que si por arte del diablo saliera cierta la observacion

citada, ó algun cometa rabigordo viniera un poco bajo, *requiescat in pace* el planeta *Tierra*, ó el planeta *Luna*; que entonces nos convertiríamos en una misma masa con él, ó él con nosotros. ¡Qué trastorno! ¡Qué fatiga la del pobre hombre que se viera sorber de aquel animalote, y que poco á poco se iba encometando! Pero no, no hay que tener cuidado, que el mismo Jaquier asegura que: *Sapientissimo divinæ providentiæ consilio systemata omnia certis legibus ita gubernat supremus omnium rerum Artifex, ut mundus hic, quamdiù Omnipotens Auctor jusserit, perseveret.* Tiene V. aquí tres cosas admirables: la primera, que el mundo ha de durar mientras Dios quisiere: la segunda, que la providencia de Dios ha hecho un milagro en que un modernito, cual es el P. Jaquier, se niegue á creer la observacion de otro moderno, que nada tiene en contra: la tercera y principal, que la misma Providencia está dispuesta á hacer milagros para confirmar las leyes del sistema de Newton. ¿Qué mas quiere V. si hasta con milagros puede probar sus proposiciones, y resolver las dificultades que ocurran, como la comedia del juramento ante Dios?

Explicado de este modo cuanto pertenezca á estrellas, planetas y cometas, se sigue tratar de la *causa* de sus movimientos. Tiene V. sobre esto admirables cosas. Puede decir con Keplero (Epitom. Astron. copern. cap. 4.): que el Sol que es el centro del mundo, envia desde sí unas (tenga V. cuidado) especies inmateriatas (*species immateriatas*) hácia todas partes, y estas tales especies inmateriatas son las palancas con que arrea á los planetas. Mas por cuanto estos distan mas ó menos del Sol, y la *vis vectoria* (así la llama este filósofo) se debilita tanto mas, cuanto mas se aparta de él; de aquí es, que á los planetas próximos los mueve mas aprisa que á los distantes. Juzga el mismo que el movimiento de los planetas no es por círculo, sino por *Elipsis*; y para explicarlo advierte, que los referidos planetas constan de dos hemisferios, cada uno hijo de su padre y de su madre, uno amigo del Sol, y otro enemigo. Y de esta manera tirando el medio amigo hácia el Sol, y huyendo el otro medio de él, se forma el movimiento elíptico. Esto lo puede V. poner mas claro con un caso de hecho, que le dará bastante luz. Acudieron dos ciegos á beber en una taberna: uno llevaba un

perro, y otro una perra de lazarillos. Sucedió, pues, que mientras los amos cuidaban de sus estómagos, se pusieron los perros á cuidar de la conservacion de su especie. Acabaron de beber, y salieron con designios el del perro de seguir la calle arriba, y el de la perra la calle abajo: tiraba cada uno de su cordel, y los animalillos no podian acabar de dividirse. Suelte mi perro (decia un ciego) so ladron. V. (respondia el otro) es el ladron, que me quiere quitar mi perra. Voto á tantos que si V. no me suelta el perro, le he de partir los cascos. Por quien soy (replicaba estotro) que le salto los sesos si no deja mi perra. *Ad arma ventum est*: enarbolaron los invencibles brazos, y los garrotes sembraron una gran cosecha para los cirujanos. Figúrese V. para aplicar el caso que el perro es un hemisferio, y la perra otro: que el un ciego es el Sol, y el otro el término opuesto: que el un cordel es la *vis solipeta*, y el otro la *solifuga*, como les llama Keplero. Vea á los animales dar vueltas al rededor sin formar círculo perfecto; y se halla V. con un egemplo tan mal aplicado, como mala es la filosofía á que se aplica: aquello de los garrotes va de añadidura.

Queda todavia que saber que los cuerpos planetarios se componen de fibras. *Item*: que el Sol tiene *alma* con que mover las especies inmateriatas, y unas fibras muy gordas por donde esta alma egerce sus fuerzas. En caso de admitir V. este sistema, podrá apoyarlo en mucha parte con Gasendo. Mas si no le gustare esto de Keplero, á quien Leibnitz llama varon incomparable: si tampoco quisiere meterse con los torbellinos de Descartes, que tanto van perdiendo el crédito, hallará en Leibnitz y en Newton otros dos sistemas, sobre disparatillo mas ó menos, como el de Keplero. No se los expongo, consultando á la brevedad.

Lo que ni puedo, ni debo omitir en conciencia, es la siguiente cláusula de un filósofo famosísimo, cual es Fortunato de Brixia. Oígala V. para que le sirva de luz, no solo en esta materia, sino tambien en la crítica. Dice así (Phys. part. p. 1. §. 3503.): *Ut igitur damus auctoritatem plurimorum Sanctorum Patrum; ac veterum philosophorum, opinioni de Angelis Cœli motoribus favere plurimum, ac proinde non secus hac super re ab iis sentiendum, quibus summa religio est, ne latum quidem unguem ab illis discedere; ita arbitramur, senten-*

tiam hanc eos minime concessuros, qui persuasum habent, munus esse philosophi, effectus omnes naturales, ac proinde etiam motum astrorum per causas physicas explicare. Esto sí que es ser ecléctico, y lo demas un juego. Hablaremos sobre el mismo punto á su tiempo, y verá V. qué gran filósofo fue este religiosito.

Por último: si los escolásticos no se hubiesen persuadido á que los astros y sus movimientos influyen en el globo terráqueo algo mas que la luz y el calor, pudiera V. determinarlo así. Se persuadieron; con que no hay mas recurso que negarlo, como lo han hecho todos los modernos, á excepcion de tal cual que en esta parte ha apostatado.

Con la doctrina dada tiene V. lo suficiente para el tratado de *Cœlo*: póngale por apéndice alguna cosita de cronología para que salga con todos sus números: bastarán las noticias que trae el Breviario á los principios para hacerlo bien.

Desde los cielos debe V. venirse otra vez á la tierra, y concluir su física particular, disputando de los elementos y mixtos; materia ciertamente inagotable, y de la que no se pueden dar infinitas noticias que aprovecharian mucho, y que es necesario omitir por atender á lo demas. Daré pues algunas, dejando al celo y aplicacion de V. que busque otras.

En el número de los elementos convenga V. conmigo, mas no en las razones porque lo establezco. Estas estan enfermas, segun el dictámen de Turrio (Phys. tom. 3. §. 80.). Lo prueba con tres razones, que será muy bueno que V. ponga en separacion de las demas; pues si las mias son enfermas, las suyas estan tísicas.

Diga tambien con Maignan (Philos. nat. cap. 13.): *Non habent inter se lites, et rixas elementa; sed se amant, et complectuntur, procul abacto vulgari illo contrarietatis odio.* San Atanasio prueba por esta riña la Unidad de Dios. Clemente Alejandrino, san Ambrosio, el Niseno, el Crisóstomo, Firmico, el Damasceno y otros, arguyen con la misma contra los adoradores de los elementos. *Sed quid inde?* Maignan dice que no hay tal cosa, y basta.

Si la escuela no hubiese dado en la majadería de que los elementos son corruptibles, pudiera V. asegurarlo, y mucho mas habiéndolo enseñado así de los cielos. Pero del mismo modo que cuando se trató de los cielos fue necesario poner-

los *corruptibles*, porque los escolásticos habian dicho lo contrario; es necesario ahora tambien poner *incorruptibles* á los elementos, porque los escolásticos los ponen *corruptibles*. Así lo manda la nueva filosofía. Así lo empieza á enseñar Maignan cuando niega que ellos riñen entre sí; y así lo comprueba despues con un admirable experimento. Dice: que cogió dos limetas; llenó la una de agua, y la otra de viento: despues las unió estrechamente, y se estuvo meneándolas muchísimo tiempo, hasta que ya no se veia mas que una espuma. Las dejó entonces sosegar, y halló despues que ni un granito de aire se habia convertido en agua. Véalo V. donde lo dejo citado. El caso es, que segun doctrina de Newton en tal caso no el aire en agua, sino el agua debió convertirse en aire; y ya se vé, si debió ser así, ¿qué mucho que el agua no creciese? Mas estas son quisquillas.

Sobre si los elementos permanecen en el *mixto*, debe decirse con Turrio, Gasendo, y casi todos los modernos, que sí: porque el mixto no es mas que la union ó de sus partículas, segun unos, ó de otras partículas que no sean elementares, segun otros: esta union es su esencia: la desunion su destruccion. De donde se saca, que volviendo á reunir las partículas, de que estuvo compuesto el caballo Bucéfalo, se dará naturalmente posible su reproduccion: y tiene V. la *Palingenesia*.

Baste de elementos en comun, y vamos á tratar de ellos en particular. El *fuego* segun Turrio (Phys. tom. V. §. 163.) donde cita á Hombery, Lemery, Gravesando y Muschembroek, consiste en un agregado de corpúsculos tenuísimos, esféricos y mobilísimos, que lo constituyen sumamente fluido. Debe V. seguir esta sentencia, que tiene en su apoyo á tan ilustres físicos. Y si preguntaren cómo estos corpúsculos esféricos punzan, penetran y cortan, responda: que por eso cortan, penetran y punzan, porque son agudos, como punta de bolo. Si no le gusta este modo de explicar, diga con Verulamio, Boile y Newton, que el fuego no es cuerpo distinto de los otros, sino *quodlibet corpus violenter motum*. O sino haga V. la experiencia: aplique V. una pegadura de yesca á una ráfaga de viento agitado, y verá como se enciende. Puede tambien, si esto no le gusta, decir con Nollet (Lect. 13. sect. 1. art. 1.) que el fuego está no solamente en

el aire que respiramos, sino tambien en todos los lugares y substancias que tocamos y con que nos alimentamos. Si alguno no quisiere creerlo así, que se venga con Averroes al infierno y lo experimentará.

Para explicar su propagacion dígase con Eulero, Nollet, Jaquier y otros: en primer lugar, que cuando un cuerpo comunica su calor á otro, pierde tanto el comunicante, cuanto recibe á quien se ha comunicado. A consecuencia ajuste V. la cuenta de cuanto habrá perdido el sol, despues de tanto tiempo como ha estado calentando. En segundo lugar, suponga que el fuego está incluso en todos los cuerpos; é incluso como está, tiene cierto conato á dilatarse á que ellos llaman *vis expansiva*; ó que es una agregacion de partes que afectan separarse mutuamente. Para que no lo hagan sirve de impedimento un cuerecito que hay v. gr. en cada grano de pólvora, que las comprime y sujeta: este cuerecito tiene sus poros, y por estos poros se entra el fuego de afuera, y propaga el incendio al que está dentro: de modo, que cuando se quema la pólvora, es porque el pellejito de cada grano es roto por la parte de afuera por el mismo fuego, que á pesar de su *vis expansiva* no ha podido romperlo por dentro. Con cualquiera de estas doctrinas puede V. explicar cuantos fenómenos pertenecen al fuego, con tanta facilidad como lo hiciera mi abuela.

Sobre la virtud *eléctrica* hay mas explicaciones que llovidas: cada una es hija de su padre y de su madre: tome V. cualquiera, y dejando ya el fuego pase á tomar *aire*.

Podrá decir de él, ó que no se distingue de los otros cuerpos con Nollet; ó que se distingue, y no es mas que un humor elevado de las lagunas, rios y mares con Isaac Vossio; ó que es una porcion mas sutil del globo terreno, que es como su bello, *quasi lanugo*, con Gasendo. O con Villis que es un cuerpo á manera de trama compuesto de muchos hilos, que asemeja mucho á unos flecos.

Acerca de su *gravedad* podrá decir con un cierto *quidam* (á quien no nombro por esto y por lo otro): *ne in ulla re veritatem diligant, negant peripatetici aeris gravitatem.* Para confirmar este dicho, añada V. las siguientes palabras tomadas de santo Tomás (1. Meteor. lec. 2.). *Aer est levis respectu terræ, et aquæ, gravis vero respectu ignis: aqua autem est*

levis respectu terræ, gravis autem respectu ignis, et aeris. Copie tambien la doctrina que yo traigo (lib. 4. de Cœlo cap. 4.) cuando enseño que un pellejo lleno de aire pesa mas que si estuviera vacío: y despues *absolutè neutrum horum leve est*, hablando del agua y del aire. De donde se infiere claramente, que á los modernos se les debe este descubrimiento.

Su *elasticidad* se explica de infinitos modos. Tome V. el de Nollet, que busca la causa en que las partes, de que el aire está compuesto, son ó como unos flecos de lana, ó como una esponja; y es un pensamiento admirable.

Sobre los fenómenos que se explican por el aire, prevengo lo mismo que previene para los del fuego.

Vamos al *agua*. Cuidado que no se le olvide aquí relatar uno por uno los nombres de los mares, dar alguna noticia de los que han viajado á ellos, y referir algunas de las muchas paparruchas que trajeron de tan luengas vias.

Del orígen del mar hablaremos cuando del de la tierra. Por ahora para explicar la causa de lo *salado* de sus aguas, recurra V. á Leibnitz que le enseñará (tom. 2. op. part. 2. p. 203.), que proviene de quemarse continuamente la tierra por los tesoros de fuego que hay en sus entrañas. Despues diga con Turrio (Elem. Phys. p. 6. §. 189.) que los escolásticos lo explicaron muy mal, atribuyéndolo á que el sol con sus rayos tostaba la superficie de las aguas. De modo que la chamusquina sea virtud en Leibnitz, y pecado en los escolásticos. Si estos reclamáren alegando que no han dicho tal disparate, respóndaseles: que cuando Turrio lo dice estudiado lo tiene.

Sobre la *creciente y menguante* hay mucho que decir, y todo muy precioso. Segun Galilei, ellas provienen del movimiento diurno y annuo de la tierra. ¿Qué importa que con esto no se pueda entender ni la anticipacion, ni la repeticion de las crecientes, ni el periódo menstruo que guardan, ni el notable aumento y decremento que en ellas se nota en los equinoccios y solsticios? ¿Qué importa esto, si lo ha dicho así el grande Galileo? Mas si á V. no le parece bien su sentencia, tiene la de Varenio que las explica por el movimiento diurno de Oriente á Poniente: que esto se reduce á negar que el mar se mueva de Poniente á Oriente. Si tampoco esto agrada, ahí estan los movimientos *vorticosos* de Des-

cartes, que ponen la cosa á las mil maravillas. Por último si tampoco gustare esto, el último recurso será Newton, que con sus atracciones es capaz de explicar hasta los fenómenos del juego de las bochas. V. perdone que no me detenga en exponer esto con alguna extension, porque me instan otras mil cosillas.

Sobre el *orígen de las fuentes y rios* hallará V. mucho. Si quiere probar que toda el agua que tienen proviene de las lluvias, Mariotte, Jurino y Zandrino, tienen ajustadas las cuentas de lo llovido en algunos años, y de las crecientes que han llevado el Secuana, el Danubio y el Pó. En las cuales cuentas alcanza el recibo al gasto. Si por el contrario quiere constituirlo en los vapores marinos que se juntan en la superficie de los montes, Halley tambien ha combinado el gasto de vapores del Mediterráneo con el recibo de rios, y salen sobre chispa mas ó menos á rata por cantidad.

Encaje despues algo de *hydrostática* é *hydráulica*, y tenga cuidado, en cuanto á la primera, de no olvidar las atracciones de Newton. Podrá ilustrarlo mucho un libro que dió á luz Boilé con este título: *Paradoxa Hydrostática novis experimentis evicta*, y las Actas de Leipsic de 1688.

Salgamos del agua á *tierra firme*. Acerca de esta debe V. imponerse en su orígen y forma: pues sobre su figura tenemos el P. N. y yo ciertas diferencillas, que terminarémos amistosamente luego que los autos esten en estado. El origen de la tierra lo explican admirablemente Burnet, Wisthon, Bourguet, Leibnitz y Buffon. Los dos primeros parece que no tienen los mejores créditos: yo los abandonaria ahora, como he tenido cuidado de abandonarlos siempre, si no fuera porque sus hipótesis estan admitidas por los otros, ya luteranos, ya católicos, grandes maestros de la nueva filosofía.

Dice pues Burnet (Sac. Th. lib. 1. c. 4.) que la tierra trajo su origen del chaos. Por *chaos* entiende él *massam materiæ exolutam, indiscretam, et fluidam.* Comprendiendo pues esta masa todo género de cuerpos, las partes mas pesadas se fueron al fondo, oprimidas unas con otras se endurecieron, y constituyeron lo que se llama entrañas de la tierra. Las restantes partes fueron divididas en dos géneros de cuerpos, unos líquidos, y otros volátiles: de éstos los primeros son el agua, y los otros el aire. Mas como el agua y aire tuviesen

todavia muchas partes crasas, las heces del agua poco á poco se fueron yendo al fondo, y las del aire quedaron pegadas á las superficies de los líquidos conglutinadas con un humor pingüe y aceitoso, sin poder descender al centro por este motivo. Agregadas pues y revueltas con este humor pingüe constituyeron un género de tierra limosa, que aumentandose y consolidandose, sucesivamente formó la tierra primigenia, y el Orbe habitable.

Lo mismo dice Wisthon con sola la diferencia, de que busca él el orígen del chaos, de donde fue formada la tierra en la atmósfera de un cometa, ó por decir mas bien, en la atmósfera de la misma tierra, que en tiempos pasados fue cometa. Añade: que cuantas nociones se tienen de la obra de los seis dias, son falsas del todo. No quiero detenerme en explicar á V. el cómo la tierra de cometa se convirtió en planeta. Lea, si gusta, á Buffon, que refiere toda esta tramoya.

Bourguet, sobre chispa mas ó menos, sigue esta doctrina. Añade de suyo (Epist. Phil. ann. 1729 Amstelodami excus.) que la forma y disposicion de la tierra suponen necesariamente que el globo en algun tiempo fue del todo fluido; y que últimamente ha de ser destruido por el fuego oculto en sus entrañas que lentamente lo consume, y va adquiriendo tantas fuerzas que al fin de tiempo ha de reventar la tierra con un estallido horrible. *Zambomba*, ¡y qué zambombazo ha de pegar!

Leibnitz por otro modo dice en substancia casi lo mismo (in Protogea). Segun él el globo terrestre primero fue líquido: de líquido se puso duro, como cuando un huevo se cuece. El fuego es el autor de estas mutaciones; y en esto se distingue Leibnitz de Bourguet, que éste pone el fin, y el otro el principio de la tierra en la accion del fuego.

Monsieur Buffon (Hist. nat. t. 1.) conviene con Leibnitz en que la tierra tuvo su principio en una materia fluida, liquidada con la fuerza del calor. Despues entabla su ingeniosísimo sistema, suponiendo que los cometas muchas veces caen en el Sol: si la caida es perpendicular sobre él, entonces el Sol se los come; pero si el cometa cae oblicuamente, le pega al Sol un refregon, le rapa de camino lo que puede de su superficie, ó le hace en ella alguna avería horadándola un poco. En tal caso es evidente que le arranca al Sol algunos

pellizcos, los cuales con la violencia del golpe se esparcen, ni mas ni menos que como las chispas del hierro encendido cuando lo martillean. Separadas así del sol y del cometa, como las chispas del hierro y el martillo, se pueden mudar en planetas con la misma facilidad que los gusarapos en mosquitos, y quedan andando las estaciones al rededor del sol. Esto supuesto, está explicada la formacion de la tierra en un instante. Vino el cometa, cayó sobre el sol: zas, ¡y qué porrazo le pegó! Arrancó un pedazo de materia tamaño como la sexcentésima quincuagésima parte de todo el cuerpo solar (advierta V. de camino si Buffon sería buen contador): esta materia cayó, segun él mismo, á manera de chorro, se reunió despues y endureció; y cátate ahí el planeta *tierra*. Esto sí que es filosofar á la francesa: esto sí que es ser filósofo consumado. No me despido de esto, que todavia tendremos en adelante que admirar. Por ahora baste del orígen de la tierra.

Le prometí á V. en la Carta pasada referirle la razon de por qué Antonio Genuense reputaba por proposicion casi cierta *moraliter* la que decia: *Deus cometâ usus est ad inundationem telluris*. Llegó el caso de cumplir mi promesa, y explicarle de una vez el modo del diluvio universal, y la causa de la reforma que hoy tiene la tierra. Burnet, Voward, Bourguet, Leibnitz y Buffon, cada uno trae un cuento que necesitaba un cuadernillo de papel. Los omito por ceñirme á solo Wisthon, que es el mocito del cometa. No me pierda V. jota de lo que voy á decirle, que todo ello merece un sumo aprecio. Érase que se era un cometa, que se mudó en planeta, como ya llevo dicho, y este planeta se llamó *Tierra*. Pues señor, esta Tierra planeta, hija de cometa, mudó su orbita en una figura mas plana, como si digéramos que de naranja china se transformó en cebolla. Con esta transformacion las diversas partes de que estaba compuesta, se acogieron á diversos lugares, segun que estos lugares acomodaban mas á su diversa gravedad: y así los fluidos mas pesados ocuparon el centro ó meollo de la tierra, y constituyeron un gran abismo, en el cual se unieron muchísimas aguas: con estas aguas se mezclaron muchas partículas de tierra de las de menos peso: éstas se quedaron encima, como el aceite sobre el gazpacho, y endureciéndose poco á poco, formaron una costra ó cáscara, que fue lo que entonces se llamaba

tierra exterior. Mas por cuanto aquellas partecillas de tierra no eran todas iguales en gravedad, se siguió de aquí que la superficie no pudo ser igual, y que hubo en ella valles y montes, no encadenados unos con otros, como ahora, sino separados. Pero aunque habia montes, no habia Occeano, sino tal cual congregacion de aguas, v. gr. la laguna de Méjico ó la Meotide. Asi se estuvo la tierra, hasta que se tocó á diluvio. Mas por cuanto ella habia sido poco antes cometa, y como tal habia acercádose muchas veces al sol, conservaba aun no poco calor; de donde provenia ser por entonces mas fértil, y vivir los hombres tantos años (á la cuenta Sem, que vivió mas de quinientos despues del diluvio, Heber, Phaleg y otros, se criaron en otra tierra). Pues, señor mio de mi alma, como iba diciendo de mi cuento, sucedió que á un cometa de esos que andan por esos cielos de Dios, le dió la gana de acercarse un poco hacia la feligresía de la tierra (quizá se le habria perdido algo, y vendria á buscarlo): tanto se acercó que fue preciso que se egecutasen las leyes de Newton. Llevaba el rabo ó la cola un poco caida, y empezó la tierra á tirar de ella, el cometa á tirar de la tierra, hasta que se liaron el uno con el otro, como suelen liarse los cometas de papel que echan á volar los muchachos. Traia el cometa el hopo muy húmedo, el cual ablandó la costra que tapaba los abismos de agua; se desunió y *á Dios mi dinero*. Salió el agua, cada pedazo de tierra se fue por su lado, faltó pie y sobró agua á los vivientes, y cátate ahí el diluvio universal. Luego quedó la tierra, como es de presumir de toda esta tramoya, llena de tolondrones, y cátate ahí la razon de su forma. Lea V. los otros que le he citado, si quiere tener un rato de gusto. Mas si quiere que el diluvio no haya sido universal, sino particular en los paises de la Palestina, puede valerse de Isaac Vossio que lo enseña así, y dice de la sentencia contraria: *hoc est pie nugari*.

Acabóse ya con los elementos: digamos algo de los *mixtos*. Sobre los imperfectos, por otro nombre *meteoros*, no quiero detener á V. aunque no faltan doctrinas de mucha importancia entre los modernos. Sirva de regla general para esta materia: si en las relaciones de ellos hubiere discordia, escoja cualquiera cosa, con tal que sea la que mas diste de los peripatéticos; y en órden á sus causas aténgase á las atraccio-

nes de Newton unas veces, otras á los átomos de Gasendo, otras á los otros principios; de modo, que nadie quede quejoso, y sepan todos que V. tiene noticias de todos los sistemas.

Divida despues los mixtos perfectos en el reino *mineral*, *vegetal y animal*: pues aunque hay cosas que no siendo vegetales ni animales, tampoco son minerales, esta division es muy de moda entre los físicos modernos y de consiguiente perfecta.

Debe decir de los minerales por la parte que menos, que viven como las plantas. Si le preguntaren quien se lo ha dicho, diga que Tournefourt; y cite las memorias de la academia de París de 1702...... puede tambien apoyarlo con Leibnitz.

Sobre la piedra *iman* no tienen número las sentencias de los modernos: échese V. pues á nadar y agárrese de la primera que encuentre, que ella le sacará sin falta á puerto de disparate.

Entremos con las *plantas*. Hay disputas si viven ó no viven. A estas disputas llama el P. Jaquier (Phys. p. 2. sect. 4. a. 2.) *inanissimas quæstiones*: y dice muy bien, porque ¿qué cuestion puede haber mas inútil que aquella en que se disputa contra los maniqueos que daban á las plantas no solamente vida sino tambien inteligencia, y reputaban cortar la rama de un árbol por un pecado, igual al de cortar una pierna á un hombre? ¿En qué cosa se puede emplear el tiempo con menos utilidad, que en impugnar á Robinet que reprodujo este error, y á Leibnitz que parece lo supone como cierto en estas palabras (Epist. ad Bourguetem, tom. 2. op.): *Nous ne saurions dire en quoi consiste la percepcion des plantes?* Déjese V. pues de cuestiones inanísimas; suponga que las plantas son autómatas con lo comun de los modernos, y vamos á buscar el orígen tanto de ellas como de los animales.

Introdúzcase en este punto con las memorables palabras de Turrio, tratando de las varias opiniones que hay sobre la materia. *Prima* (dice él) *est veterum gentilium, vel scholasticorum* (todo es uno), *qui admiserunt substantiam quamdam generalem, vagam, et ubique diffusam, quam gentiles vocarunt animam mundi, quia mundum animaret; veteres vero scholastici dixerunt formam plasticam, seu virtutem elementarem*

quia veluti sigillo signaret, seu determinaret formas corporum particulares. Hinc censuerunt plantas omnes, et animalia prius putrefieri, et corrumpi; inde accedente sigillo formæ plasticæ determinari ad formandam plantam, seu animal determinatum. Ex hoc orta sunt duo axiomata in Scholis Aristoteleorum communia: nempe, omnia oriri ex putri: et hoc aliud: corruptio unius est generatio alterius. Non puduit hanc opinionem referre, cum non puduerit philosophos nugas has, et figmenta imaginationis cogitasse. ¿Apostemos, amigo don Manuel, una libra de pesar camuesas á que en todo el Alcoran de Mahoma no hay la mitad de las mentiras que van en estas poquitas palabras? Hablarémos de ellas en otra ocasion. Por ahora sirvan para que V. se introduzca en esta cuestion, la cual puede resolver por los muchos modos con que los modernos explican la generacion de plantas y animales, prefiriendo siempre el sistema de los huevos para lo último. En mi Carta IX hay algo que pueda ilustrarlo, y en adelante habrá muchísimo mas.

Dejemos esto por ahora y tratemos de *si los brutos tienen ó no alma.* Si quiere V. negarlo alístese en la compañía de Descartes, cuyo capellan es el reverendísimo Fortunato de Brixia (Phys. §. 4449.); y despues determine cierta quisquilla que hay sobre de quien se tomó la doctrina contenida en el libro *de homine machina.* Si quiere concederlo puede ponerles almas á los brutos; ó dándole á cada uno un diablo que le sirva de alma, ó diciendo que sus almas son substancias espirituales. Ilustraré á V. en otra ocasion sobre este punto.

Concluyamos por ahora la física particular hablando de los *sentidos.* Sobre la vista debe saber que apenas hay parte en el ojo donde no coloque algun moderno la vision. Mariote, Mery y otros en la *Choroide*: Vitellion en el humor cristalino, y otros en la retina. Es V. libre en escoger.

Síguese despues tratar de la *luz* sobre cuya esencia hay mucho y muy bueno. Pienso disputarlo con los reverendísimos Padres, y me remito de aquí para entonces. Por ahora sepa que ella es un cierto cuerpecito que se derrama desde el cuerpo lucido hasta nosotros. Tiene pues que andar todo el espacio que hay entre nosotros: y v. gr., el Sol, gasta en esto casi ningun tiempo; pues los mismos modernos que lo

han calculado lo confiesan, y aseguran que la luz del Sol tarda en propagarse ocho minutos con trece segundos. Segun los mismos cálculos la tierra dista del Sol treinta y dos ó treinta y tres millones de leguas; las cuales repartidas en ocho minutos y trece segundos, sale cada segundo (si la cuenta no esta mal ajustada) á sesenta y seis mil nuevecientas treinta y siete leguas, las cuales andan en el referido tiempo los tales cuerpecitos de la luz. ¡Qué lindos correos! Lastima es que no invente V. un modo de obligarlos á que se metan á arrieros; pues entonces no habria detencion en el giro del comercio. Hay todavia mas. La distancia en que las estrellas fijas estan de la tierra, excede infinitamente á la del Sol: de donde proviene que los cuerpecitos en que su luz consiste, tardaron en llegar á la tierra muchos siglos, como admite Jaquier (Phys. p. 2. sect. 2. c. 1.): de donde se sigue que Adan ó no vió las estrellas en su vida, ó las vió cuando ya estaba hecho un pobre viejo, ó hizo Dios un milagro para que las viera, en lo que Jaquier no halla dificultad. Esta noticia es de aquellas de pulso.

Coloque despues el *oido* donde mejor le parezca; y diga sobre los sonidos lo que hallare escrito; pues la materia no es de tanta dificultad que hayamos de detenernos en ella.

El *gusto* deberá ponerse en la lengua y paladar, porque no hay otra parte donde ponerlo. Despues se dirá que la causa del sabor es la diversa configuracion de los corpúsculos, de que estan compuestos los manjares sabrosos. Así Gasendo con todos los modernos. Por lo cual la miel será dulce porque consta v. gr. de partículas cubicas; y la hiel amarga porque consta de cuerpecillos angulares: y de este modo la lengua distingue de sabores, porque sabe distinguir de figuras.

El *olfato y tacto* son fáciles de explicar ateniéndose siempre en el primero á lo dicho sobre el gusto, y en el segundo á las atracciones de Newton.

Digamos algo sobre los sentidos interiores para concluir con la física. Hay quien diga que son tres como Malebranche: hay quien los reduzca á dos, como Craanen: hay quien no admita mas que uno, como Dela-Chambre. Si quiere V. explicar bien la *imaginacion* váyase á Malebranche (Lib. 2. de Inquis. verit. p. 1. c. 1.), y hallará que: *consistit in sola facultate, quam mens habet sibi efformandi imagines rerum*

objectarum....... Hinc non obscure liquet facultatem illam, qua mens imagines rerum sibi efformare potest, duo in se includere: alterum, quod ab ipsa mente pendet: alterum, quod pendet à corpore. Prius est actio, et imperium voluntatis: posterius est obsequium spirituum. De donde salen tres consecuencias muy preciosas. La primera, que la voluntad del hombre *est aliquid divinum*, y un verdadero numen; porque como dige á V. *ex eodem Mallebranchio* en mi anterior tratando *de natura: Si attente consideremus ideam, quam habemus de causa, aut potentia agendi, haud dubie illa idea nobis repræsentabit aliquid divinum:* y tambien: *idea potentiæ inferioris est idea numinis inferioris, sed veri tamen numinis.* Es así que aquí tenemos *facultatem, qua mens imagines rerum sibi efformare potest*, á la que concurre accion de la voluntad, *actio voluntatis: ergo* voluntad divina y un Dios chiquirritito: y si se les concede á las bestias facultad de imaginar, lo que no es muy dificil, tendremos entonces dioses perros, gatos y borricos, y será la filosofía un nuevo Egipto de divinidades. La segunda consecuencia es, que si *mens imagines rerum efformare potest*, es menester ponerle unos puntales al sistema de ideas de Malebranche, que quiere que no pueda formarlas; y por eso establece que todas las ideas las ve en Dios. La tercera y última; que si para imaginar se necesita *actio, et imperium voluntatis*, siendo así que imaginamos, mientras dormimos, se podrá merecer y desmerecer con las tales imaginaciones. No ha estado este mal postre para acabar la física.

En la Carta siguiente me contraeré de modo que en ella se encierren la metafísica y moral, y queda V. impuesto en los grandes progresos que se han hecho y pueden hacer en la filosofía. Repito lo que siempre: á saber, que soy tan de V. que no puedo ser mas. = *Aristóteles.*

Fecha junto á la caldera de Pedro Botero, á 24 de marzo de 87.

P. D. Tenemos al pimporrero alborotado con una especie que ha oido a Averroes, yo no sé dónde ni cómo. Dijo, que habia unas cátedras que proveer por oposicion; y el pimporrero, Dios es Dios, que se tiene de oponer. Me ha empeñado fuertemente para que me valga de V. para saber si saldrá otro peor, que lo prive del derecho de peoría en

que se contempla. V. ya habrá podido notar su instruccion: con que dígame su dictámen. Desea saber igualmente, si en la eleccion de jueces que se nombraren para proveerlas, se podrá maniobrar de modo que el nombramiento recaiga sobre él infaliblemente. Alega por méritos muchas cosas; entre ellas que no entiende el latin, si no se lo explican, y que en el castellano no faltan trabajillos. Entre estos y otros muchos *peros* que él mira como mérito, solamente lo desanima el no tener á su favor siquiera una pera. Espero á vuelta de Averroes respuesta de V. para que determine el viaje, ó se deje de eso. Es persona de muchas trazas, y sabrá darse maña á que la cosa siga en el pie que estuviere, y aun, si fuese posible, á ponerla un tantico peor.



CARTA XIII.

Sr. D. Manuel Custodio.

Amigo mio: se me está figurando que V. no tiene ya paciencia para aguantar mis majaderías. Como lo que espera y lo que yo prometí son unas Cartas, y estas ni son ni han sido jamás sino elencos de cosas y mas cosas, estoy creido en que V. me estará poniendo de majadero tres veces lo menos en cada cuarto de hora. ¡Válgate por Aristóteles! No ha nada que me encajó en el cuerpo tres índices de gramática; y como si esto hubiese sido poco me emboca ahora cuatro de filosofía. Pudiera este gran porra dejarse de esto, y ceñir sus Cartas á un determinado pensamiento donde diera algun gusto, y no que todo es poner un disparate, y luego otro, y detras otro, *et sic in infinitum.* Amigo mio: V. tiene razon, no se me oculta; pero está el mundo en términos que para que crean á un hombre es menester que traiga á carretadas los testigos. Si yo hubiera dicho al principio que las conclusiones de los Padres venian llenas de solecismos y barbarismos, nadie me habia de creer: las puse á la vista, y por fin lo creyeron. Si yo me hubiese contentado con decir en general que la filosofía moderna está llena de absurdos, ¡pobre de mí! habria aquello de *ignorante*, *impostor*, &c. Esto ha venido á parar en que lo pague la paciencia de V. y la mia, la una trabajando y la otra leyendo. Por fin ahorraré ahora lo que pueda, y apretaré en esta sola Carta la *metafísica* y *moral* que ciertamente requerian mas extension. No me pierda V. jota.

Para introducirse en la metafísica, tiene V. hecho el prólogo en las siguientes palabras de Jaquier pág. 1. "*Sterilis*

fuit à plerisque scholasticis usurpata hujus scientiæ tractandæ methodus: etenim ad methodi demonstrativæ formam non satis attendentes, confusas tantum, obscurasque notiones reliquerunt." En copiando esto, en tomando las pocas ó muchas demostraciones que hallare en los escolásticos, sin añadir siquiera una propia, y dejando las cosas en la obscuridad en que ellos las dejaron, como hace el Jaquier admirablemente, tiene trazado el plan de su metafisica. El Genuense y Leibnitz le darán tambien una buena crítica contra los escolasticos metafísicos, aunque es muy probable que el primero nunca los vió, ni el segundo los entendió. Divida despues toda esta ciencia en *ontología*, *psychología y theología*, y descienda á tratar de cada uno de estos ramos en particular.

Empecemos por la ontología: ponga V. por primer principio, ó el raciocinio de Descartes, *ego cogito; ergo sum*, ó el canon de Purchot, ó el arte de pensar, sobre la evidencia que ambas son cosas nuevas al menos en el nombre. Establezca despues á su gusto los principios de composicion, y encajese luego á tratar de las excelencias de las cosas. Descartes trae aquí una doctrina famosísima, búsquela en las respuestas á las sextas objeciones, y lo verá ingerto en teólogo y diciendo desatinos. El Genuense (Metaph. p. 1. c. 3. §. 18.) enseña, que los géneros y las especies pertenecen a las esencias nominales de las cosas. ¿Está V.? *Esencias nominales*: cuidado que no se olvide; lo uno porque tenemos que observar sobre ello, y lo otro porque vea que tambien tuvo el Genuense algunas noticias de Gillelmo Okam. Diga en seguida, con la venerable escuela de Descartes, que las esencias consisten en una cosa sola, de donde dimanan las otras, si acaso las hay: y de consiguiente que todas las esencias son simples, v. gr. la del cuerpo, que segun ellos consiste en la *trina dimension*: porque ¿puede acaso darse cosa mas simple que la que está constituida de tres? Claro está que no.

Si como ecléctico no quisiere estar con Descartes, no se apesadumbre; que á bien que ahi está Antonio Genuense (loco citato in schol. ad §. 27.) donde su señoría dice: *Quamquam quædam res ita fortasse simplices sunt, ut earum essentia in uno tantum essentiali posita sit: ac profecto plurimæ aliæ sunt quæ cum pluribus essentialibus sint conflatæ, non est in iis primum quoddam quærendum, in quo consistat essentia."* Tie-

ne V. pues cosas cuya esencia *in uno tantum essentiali posita sit*. Esto se puede explicar muy bien con el acto puro de los escolásticos, teniendo presente que ellos no reconocen mas acto puro que uno; mas el Genuense no tiene nada contra los plurales. Tiene V. esencias *compuestas de muchísimos esenciales*, asi como el corral del Conde de muchísimos vecinos; y tiene que en este corral de esencias no hay capataz, ó casero, ó como se llame, *non est in iis primum*: en una palabra, esencias de círculo donde todo es principio y fin.

Sobre si se pueden conocer las esencias de las cosas consulte V. á Loke, que en su tom. I. §. 608. dice que no; y nos deja el consuelo de que podamos conocer sus nombres, ó como él las llama, *esencias nominales*. El Genuense en el lugar citado (Schol. ad §. 28.) abraza esto casi con ambas manos; y tiene V. aquí el mas fecundo principio que puede imaginarse para impugnar, v. gr., que la materia piense: pues si su esencia no se conoce, ¿cómo hemos de saber si la repugna el pensar?

Sobre la distincion de la naturaleza y persona puede V. ver al Jaquier, con quien yo tengo en adelante ciertos escrupulillos que evacuar, no de muy poco momento. Explicada la esencia vamos á sus causas.

La *material* y *formal* pertenecen á la física; con que tratamos de las otras dos. Que hay una *causa eficiente*, causa de todas las causas, lo niegan muchos que quieren colar por filósofos. Sobre este particular no sería muy malo que examinase V. cuáles son los principios de donde lo deducen. Mas no pudiéndose negar esta verdad sin echarse con la carga, se puede muy bien con Sturmio y Francisco Lamy decir, que no hay causas segundas; y que Dios lo hace todo (aunque Lamy parece contradecirse ya concediendo ya negando). De aquí lo mas que se puede deducir es, que Dios hace los robos, lo homicidios, y otras cosas que no apunto porque me tiembla el pulso al escribirlas. Si esto no agradare, como supongo, ahí estan los ocasionalistas, que sobre poco mas ó menos dicen lo mismo. Está Malebranche, que niega toda actividad, tanto á los cuerpos como á las mentes, y que de consiguiente anda á capazos con la libertad. Está Turrio, que concede fuerza para obrar á las cosas animadas y á nadie mas. Estan Le-Grand y Purchot, que no dan mas fuerza á los espíritus

que la de querer. Registre V. estos admirables sistemas, y verá si con razon es aplaudida la incomparable *filosofía de moda.*

Combine despues las causas con sus efectos, trate de una proposicion que los escolásticos admiten como principio, á saber: *effectus suis causis proportionales sunt*, y diga con Jaquier (Metaph. p. 1. c. 4. a. 3.), que este principio *incertum, vel saltem superfluum est.* El quiere decir, que los efectos corresponden á la actividad de las causas; á saber, efectos actuales á causas actuales, efectos en potencia á causas en potencia, particulares á particulares y universales á universales. Sin embargo esto no es así: lo uno, porque el P. Jaquier leyó lo contrario en la Enciclopedia: lo otro, porque la experiencia se lo enseñó; pues no siendo él metafisico, ni soñando serlo, produjo una *metafísica*; y cate V. ahí como una causa produjo lo que no tenia, y se falsificó el principio. Quitado él, se quita el órden: sin éste, entra el acaso; pero estas consecuencias no valen dos caracoles.

Es menester que tambien sepa V. qué cosas son acciones *inmanentes* y *transeuntes.* Turrio en su phisica (tom. 1. §. 10.) lo explica tan lindamente que no queda mas que desear. *Vires passivæ non sunt nisi actiones immanentes, aut transeuntes. Resistentia et gravitas immanentes sunt actus; motus verò, transiens est.* Ni todos los diablos del infierno que vinieran juntos podian explicar la cosa mas bien. *Vires passivæ* serán quizá aquello que VV. dicen cuando van á dar un *pésame.* = Dios le dé á V. fuerza para sufrir el quebranto. = *Vires passivas* que son acciones: de modo que el que las tenga siempre está haciendo. Y así cuando V. está sentado, teniendo como tiene fuerzas para pasearse, se está paseando actualmente é *inmanentemente*, y cuando va de aquí para allí entonces lo hace *transeunter.* Saque V. de aquí otras consecuencias, que yo no tengo gana de sacarle.

Vamos á la *causa final.* Contra esta tienen cierta ojeriza los espíritus fuertes discípulos de Epicuro. Descartes conviene en que la hay, pero no quisiera él que los filósofos se metietan en averiguarla: porque, como él dice, sería temeridad querer averiguarle á Dios el para qué hizo las cosas. Con que así V. lo que tiene que hacer es, no meterse en estas honduras, dejarse los fines por un lado, y no preguntar para qué fue criado el hombre, ni cosa semejante.

Explicadas las causas del ente, se sigue hablar de su *division*. Uno de los miembros de esta son los *posibles* é *imposibles*. Debe V. saber con los Leibnitcianos, que los imposibles no consisten ya en la repugnancia que ellos dicen al ser, sino en las circunstancias de la causa que los habia de producir. Ponen ellos un egemplo que deja la cosa clara. Va Dios á criar un mundo; puede hacerlo bueno, puede tambien hacerlo mejor: pues es imposible que dejando este último escoja el primero, porque sus perfecciones siempre piden lo *optimo*. Antonio Genuense tambien confirma esta doctrina (Metaph. p. 1. c. 1. disert. 10.). En sabiendo V. que lo confirma el Genuense, ya conocerá que no es de ningun escolástico.

Prosigue este último Monseñor explicando los posibles; y dice (*ibidem* disert. 16.) que el mundo pende de Dios en cuanto á su existencia, mas no en cuanto á su esencia. No deja de estar esto metafisico. Diga V. que todas las esencias penden de la fuente del Ser, y quítese de ruidos, que será lo mejor.

Cuando trate de lo *infinito* y *finito*, diga con Jaquier que esto de definirlos así: *finitum est quod habet fines*, *infinitum quod non habet fines*, *omnino nugari est*. Con que ya sabe V. que no se pusieron mas que á jugar los que dijeron: *Magnus Dominus et laudabilis nimis, et magnitudinis ejus non est finis*. Y el otro: *Magnus est, et non habet finem*. No hacen mas que jugar los que dicen: *cujus regni non erit finis*. Noticia importantísima para que se enmienden todos estos pasages. Yo tambien ya le he enviado un recado á Ciceron para que enmiende en su lib 2. de *Divin.* estas palabras: *Quod finitum est, habet extremum*: *quod non habet extremum, infinitum sit, necesse est*. ¿Pues cómo hemos de definir el *infinito*, sin que andemos de retozo? Oiga V. un rasgo brillante; atienda á una delicadeza de primer órden: *Infinitum* (dice Metaph. p. 1. c. 4. a. 2.) *dicunt Mathematici*, *cujus nulli assignari possunt limites*. ¿Está V. en esto? Si se dice que es infinito lo que no tiene fin, *nugari est*: si lo que no tiene límites, *philosophari*: porque para el asunto es muy grande la diferencia que hay entre *finis* y *limes*. *O virum acutissimum!*

Sobre si fuera de Dios hay alguna cosa infinita, copie V. las palabras de Leibnitz en la carta á Toucher, que dicen vueltas en castellano: "Yo creo que no hay alguna parte de

»la materia que no sea, no digo yo divisible, sino actual»mente dividida; y por consiguiente, la menor partícula de»be ser como un mundo lleno de una infinidad de criaturas »diferentes." Poder de Dios, amigo don Manuel, ¡qué será ver la centésima parte del riñon de un piojo llena de una infinidad de criaturas, separadas actualmente las unas de las otras! ¡Qué será ver este *microcosmo* ó mundo chiquito! ¡Qué prodigio! ¡Quien habia de creer que dentro de un piojo se encerraba, v. gr., un cielecito ó muchos con sus planetitas, un marecito, muchos caballitos, perritos, y lo que es posible tambien, piojitos, ó al menos otra multitud de seres que asemejen al grande mundo! Mire V. si es poco lo que se le debe al microscopio; pues un filósofo moderno, que como tal no debe admitir mas que lo que enseñe la experiencia, es regular que haya visto estos mundos con su auxilio.

Tratemos despues del *ente substancial*. Tiene V. para definir la substancia lo que dice Loke, á saber; que ella es *un agregado de cosas ó de ideas simples que percibimos por los sentidos, á cuya agregacion damos el nombre de substancia.* ¡Gran pensamiento! tiene en Leibnitz, Wolfio y el Genuense esta definicion: *Ens præditum vi agendi.* ¡Gran golpe! y tiene por último la de Descartes, que la define: *Res quæ ita existit, ut nulla alia re indigeat ad existendum.* ¡Famoso huevo para que lo empolle Espinosa! Debe decirse en seguida, si no agradare la sentencia de Loke, que toda substancia es simple, y es imposible que se dé una que no lo sea. Hallará V. esta doctrina admirablemente explicada en la Ontologia de Storchenau, y en las obras de Leibnitz tom. 2. Este mismo le enseñará que las *Mónadas*, que son las únicas substancias que él reconoce, ni pueden empezar si no por creacion, ni acabar si no es por aniquilacion. No quiero detenerme en estos dos grandes pensamientos, porque no dejará de haber ocasion en que tocarlos.

Del ente relativo diga V. así con el Genuense (Metaph. p. 1. dis. 18.): que la relacion es, ó real, ó moral, ó intelectual: que la primera *in ipsa rerum natura constat, veluti nexus inter patrem et filium*: la segunda *opinione hominum, veluti relatio virum inter et uxorem, inter actiones quasdam aut honestatis, aut turpitudinis, et sæculi leges*; y la tercera *sola cogitatione constituitur*. En el primer egemplo tiene V. que si

al padre se le muere el hijo, se acaba la naturaleza de padre, pues se acaba la relacion *quæ in ipsa natura constat*; pero esto es nada. Tiene V. en el segundo, que el vínculo del matrimonio no consiste mas que en el modo de pensar de las gentes; de suerte, que si mañana amanecieran los hombres persuadidos á que las mugeres debian ser comunes, como quiso Platon mi maestro, ó á que los hombres podian alquilar sus mugeres, en eso consistiria el matrimonio. Item: si les diera gana de pensar que dos casados no lo estaban, cátate ahí el matrimonio disuelto. El mismo Genuense lo confirma enseñando (loc. cit. prop. 40.) que las dichas relaciones morales son *mere arbitrarias*. De donde está claro, que los matrimonios que no son mas que estas relaciones, son *mere arbitrarios*, y de consiguiente durables y estables *ad nutum*. Cunda V. esta especie, y verá lo que se lo agradecen tantos casados descontentos. Y no olvide aquello de que ciertas acciones de torpeza y honestidad, no son otra cosa que modos de pensar de la gente: yo le diré á V. á su tiempo de donde vino esta doctrina.

Dejemos sobre las relaciones otras infinitas cosas, y vamos á decir algo sobre las propiedades del ente. La primera es su *unidad*. Sepa V. que en esto de cual es el principio de individuacion, Leibnitz y su maestro Jacobo Tomasio siguen á Avicena y Averroes. Con que vea V. si el P. N. tuvo razon para reñir con ellos. Es verdad que los escolásticos no han querido seguirlos; pero al menos ellos han servido alguna vez. Luego el mismo Tomasio nos levanta cinco ó seis falsos testimonios á mí, á los escolásticos, y santo Tomás: es cuento largo; dejémoslo para en adelante.

Lo que aquí ni se puede ni se debe dejar, es la famosa doctrina de la identidad y diversidad de las personas. Era menester escribirle á V. un libro para explicarlas con todos sus pelos y señales; pero por ahora no haré mas que apuntar. Gravesand (introd. ad Phil. §. 75.) dice que consiste la citada unidad en la memoria; de modo que si nos olvidamos de lo pasado, ya es otra persona realmente distinta. Leibnitz y Loke colocan la unidad personal en la conciencia, es decir; en aquella accion del entendimiento por la cual nos consta de lo que ha pasado por nosotros. Oiga V. el modo con que el último lo explica (lib. 2. *de intellect. hum.*

cap. 27.): "La misma substancia (dice él en francés, y yo
»en castellano), el mismo hombre y la misma persona son
»tres cosas diferentes, si es verdad que estos tres términos
»persona, hombre y substancia importan tres ideas diferen-
»tes; porque cual fuere la idea que pertenece á un cierto
»hombre, tal debe ser la identidad." Es decir, para que V.
lo entienda mejor: Averroes, Árabe, y Correo de Aristóte-
les son tres personas diferentes, porque son tres nombres, á
quienes corresponden tres ideas diversas en el entendimiento.
Enseña despues, que la idea que tenemos del hombre, no sig-
nifica mas que *un animal de cierta figura*; lo que confirma
con la historia de un papagayo que hablaba, segun refiere
un francés (que con decirle á V. que un filósofo francés lo
refiere, me parece que no le digo poco). Prueba, pues, con
la citada historia que la idea del hombre no quiere decir mas
que *un animal de cierta figura*, con la misma facilidad con
que la probaria el papagayo de la historia. Bien que yo aho-
ra me acuerdo, que un filósofo de mi tiempo le definió: *ani-
mal bipes et implume*: por mas señas que le echaron en su
casa un gallo pelado, para que viese á su hombre; lo cual
junto con lo del papagayo, pone la definicion *extra dubium*.
Despues dice que la persona es el *moi-même* de los franceses,
á saber; el *egomet* de los latinos, ó el *yo mismo* de los espa-
ñoles, y añade: él solo es esta cosa pensadora, interiormen-
te convencida de sus propias acciones (sea la que fuere la
substancia, que es la forma, material ó espiritual, simple ó
compuesta, pues esto no es del caso) que siente el placer, el
dolor, &c. Con que vaya V. entendido, en que esta cosa
pensadora no es del caso que sea materia. Concluye pues di-
ciendo: como la conciencia siempre acompaña al pensamien-
to, y ella es la que en cada uno se llama *soi-même*, de aquí
es que variada esta conciencia, se lleva pateta á la perso-
na. Con que así en yendo V. á dormir, que es ir á no ser
sibi conscius, se quita una persona y se pone otra, como al-
gunos hacen con la camisa. Pero ¿qué digo? Mientras V.
piensa en las Cartas de Aristóteles sin reflejar que piensa, no
es V. el que piensa, sino otra persona. ¡Famosa filosofía!
Luego dirán que si fue, que si vino. Esto es tener la filoso-
fía *in unguibus*, como el otro el demonio.

Dejemos la unidad á medio examinar, y vamos á la *ver-*

dad, con la cual la filosofía nueva parece que tiene algunos pleitos; al menos el P. Jaquier le pone uno á la trascendental, capaz de dejarla arruinada. Lea V. su Meth. (p. 1. c. 3. a. 2.), y si pudiere componer con la verdad, y con lo que antes ha enseñado, lo que allí dice: *eris mihi magnus Apollo.*

Tratemos de la *bondad y perfeccion* en que ella consiste. El Genuense (p. 1. c. 8. def. 75.) dice: *Ea res dicitur perfecta, quæ ita facta est, ut nihil ei desit, quod fini suo respondeat.* Añade luego: *atque hac notione disputatur, perfecta, necne sint artium humanarum opera, aut naturæ res. Sed earum quæstionum solutio à duobus pendet: primo, ut earum rerum fines probe intelligantur: secundo, ut plane earum cum iis finibus congruentia comprehendatur.* Aquí está el cánon con que el Genuense examinó, qué cosa era buena, y qué cosa mala. Si entendemos nosotros para qué sirve la cosa, y la oportunidad con que sirve, buena: si no lo entendemos, mala. Así, pues, si V. pasa por la orilla del rio, y ve amontonar ladrillos sin saber para qué, malo, malo, malo: si V. ve un relox, y no sabe para qué sirve el muelle, v. gr., ó si lo sabe no comprende la congruencia del muelle con el fin á que se ordena, tampoco vale nada el relox. Lo mismo y mucho mas en las cosas naturales. Supuesta esta doctrina, está claro el por qué el Genuense mismo en la Lógica Ital. (lib. 5. c. 5.) tiene por un problema insoluble el de los maniqueos: *Cur Deus permisit malum?* Como él no pudo entender el fin, ni la proporcion del mal con el fin, no hay remedio es argumento á que no se puede responder, como ni tampoco á este que yo voy á poner, si hemos de estar á su doctrina: *Cur Deus permisit ita scripsisse Genuensem?* Acabóse la Ontologia.

Entremos en la *Psycologia.* Ya sabe V. desde la lógica, que no solo esos hombres nacidos para peste del género humano, sino tambien Loke, que segun los modernos nació para su ilustracion, lleva que nuestra alma puede consistir en el mecanismo de las partes de la materia: con que será posible que no sea inmortal; que no tenga que esperar despues, y que se verifique cuanto de ella dicen los filosofitos misioneros del infierno.

La esencia del alma se puede colocar en el pensamiento ó accion continua de pensar. Así Descartes con todos sus discípulos Leibnitz, Wolfio y el Genuense. Este último me atri-

buye como sentencia mia un disparate que dijo Averroes, y me numera con todos mis discípulos entre los que favorecen el sistema de Hobbes. Yo desde ahora para en adelante le prometo que nos veremos despacio alguna vez, y entonces se sabrá quien lleva el gato al agua.

Acerca de cuantas almas hay en cada cuerpo dijo Leibnitz cosas muy preciosas (princip. Phil. §. 73.), á saber: que cada cuerpo vivo tiene una *enthelechia* dominante, que es el alma en el animal; mas que los miembros de este cuerpo viviente estan llenos de otros vivientes, tanto plantas, como animales, de los cuales cada uno tiene su enthelechia ó alma dominante. Vaya ¿á que no me ajusta V. cuantas almas tiene una mosca?

Sabrá V. tambien como se han desenterrado varios dictámenes de Orígenes relativos al alma. Registre á Henricomoro (lib. 1. myster. piet. c. 9.), y hallará confirmado el que fueron criadas antes que los cuerpos, y otras cositas igualmente curiosas. Leibnitz y sus discípulos se valen aquí de los bichitos spermáticos de Leewenhock, sobre que hablé con extension en la Carta IX. Dicen veinte y cinco mil cosas, y entre ellas algunas tales que me da vergüenza de que V. las lea. Hablaremos algo á su tiempo.

En llegando á la union del alma con el cuerpo, no hay sino levantar falsos testimonios. El Genuense (Metaph. p. 3. prop. 21. in schol.) se lo levanta á san Agustin diciendo, que siguió en este punto la sentencia de Platon. Registre V. al Santo en los lugares que él cita, y verá que no hay tal cosa: regístrelo tambien en la carta 137, y hallará que enseña lo contrario. Si el Genuense no hubiese sido *ecléctico*, no sé yo cómo deberia excusarse por haber hecho esto con un Santo que no fue escolástico. Con otro que lo fue, á saber, santo Tomás, hizo allí mismo muchísimo mas: truncó sus palabras, interpretó sus dichos, y puso ciertas reflexiones que no hacen mas que traer al Santo por patrono de Hobbes. Dejémoslo por ahora, y aprenda V. á filosofar con buen gusto. Ponga pues que el alma, *non est tota in toto, nec tota in qualibet corporis parte*, sino, ó en el piloro del estómago como enseña Helmoncio, ó en la glándula pineal como quiere Descartes, ó en el cuerpo calloso del cerebro como se le antojó á Boerhoave. Diga con Leibnitz que el alma siempre está unida á un

dad, con la cual la filosofía nueva parece que tiene algunos pleitos; al menos el P. Jaquier le pone uno á la trascendental, capaz de dejarla arruinada. Lea V. su Meth. (p. 1. c. 3. a. 2.), y si pudiere componer con la verdad, y con lo que antes ha enseñado, lo que allí dice: *eris mihi magnus Apollo.*

Tratemos de la *bondad y perfeccion* en que ella consiste. El Genuense (p. 1. c. 8. def. 75.) dice: *Ea res dicitur perfecta, quæ ita facta est, ut nihil ei desit, quod fini suo respondeat.* Añade luego: *atque hac notione disputatur, perfecta, necne sint artium humanarum opera, aut naturæ res. Sed earum quæstionum solutio à duobus pendet: primo, ut earum rerum fines probe intelligantur: secundo, ut plane earum cum iis finibus congruentia comprehendatur.* Aquí está el cánon con que el Genuense examinó, qué cosa era buena, y qué cosa mala. Si entendemos nosotros para qué sirve la cosa, y la oportunidad con que sirve, buena: si no lo entendemos, mala. Así, pues, si V. pasa por la orilla del rio, y ve amontonar ladrillos sin saber para qué, malo, malo, malo: si V. ve un relox, y no sabe para qué sirve el muelle, v. gr., ó si lo sabe no comprende la congruencia del muelle con el fin á que se ordena, tampoco vale nada el relox. Lo mismo y mucho mas en las cosas naturales. Supuesta esta doctrina, está claro el por qué el Genuense mismo en la Lógica Ital. (lib. 5. c. 5.) tiene por un problema insoluble el de los maniqueos: *Cur Deus permisit malum*? Como él no pudo entender el fin, ni la proporcion del mal con el fin, no hay remedio es argumento á que no se puede responder, como ni tampoco á este que yo voy á poner, si hemos de estar á su doctrina: *Cur Deus permisit ita scripsisse Genuensem*? Acabóse la Ontologia.

Entremos en la *Psycologia.* Ya sabe V. desde la lógica, que no solo esos hombres nacidos para peste del género humano, sino tambien Loke, que segun los modernos nació para su ilustracion, lleva que nuestra alma puede consistir en el mecanismo de las partes de la materia: con que será posible que no sea inmortal; que no tenga que esperar despues, y que se verifique cuanto de ella dicen los filosofitos misioneros del infierno.

La esencia del alma se puede colocar en el pensamiento ó accion continua de pensar. Así Descartes con todos sus discípulos Leibnitz, Wolfio y el Genuense. Este último me atri-

tudios sagrados: porque el siglo, en que los luteranos y calvinistas estan mirados como prodigios de la literatura, aborrece entrañablemente á la escuela: porque el siglo en que no se quisiera que hubiera Dios, desea al menos poner un Dios de palo: porque las revoluciones literarias del siglo filosófico quieren trascender, si acaso es posible, hasta el asiento de Dios en el cielo; últimamente, porque un cristiano, un teólogo y un abate, deben conformarse *huic sæculo*. Por todas estas razones deberia escogerse una Teología física cuyo diseño formó Espinosa, y á quien Hobbes le dió bellos coloridos.

Esto supuesto entremos con la *existencia* de Dios. Descartes hizo dos demostraciones para probarla: ambas son como de Descartes, y en efecto ellas concluyeran si fuera cierta la proposicion mayor. El autor *de les pensées filosofiques* dice: que antes de Newton y Muschembroek, ninguno impugnó con solidez el ateismo: sin duda él no hubo de leer mas que á esos dos. Sobre los ateistas quiero que V. sepa, que Francisco Buddeo, cuya obra *de Atheismo et superst.* le he citado muchas veces, mete en el catálogo de los ateistas á Tomás Campanela y á otros muchos católicos, algunos de ellos de notoria piedad. Se lo prevengo para que entienda qué bien intencionado fue Buddeo.

Por lo que pertenece á los *atributos* de Dios, me contentaré con darle la doctrina de Juan Clerico (en su pneumat. sect. 3. c. 3. l. 17.) *Si quis quæsierit, quare Deus à nobis potius spiritus, quàm corpus, vocetur, cum non minus habeat proprietates corporum, quàm spirituum? Reponimus, omnium quidem entium proprietates in Deo esse, ideoque ad unum genus entium eum, accurate loquendo, magis referri, quàm ad alterum non posse. Sed quoniam usus obtinuit, ut denominatio fiat à nobiliore parte, hoc est, ab ea cujus attributa, aut plura sunt, aut minoribus laborant defectibus, Deus meritò spiritus, potius quam corpus dicitur.* Medite V. bien esto, que encierra mucho jugo de teología.

Sobre los *milagros* no quiero detenerme. Connor, Locke, Clark, Leibnitz, Bonnet y otros muchos los han definido cada uno en derecho de sus narices. Parece que la mira es confundirlos con lo que no es milagro, ó coartarlos á cosas y casos que los disminuyan. Vea V. lo que deba hacer *in tanto deffinitionum tumultu.*

Últimamente sepa, que Clark le atribuye á los Ángeles la potestad de hacer milagros, y que esta gran doctrina la tomó de Avicena: lo siguen en tan preciosa asercion una caterva de modernos, á quienes puede leer, si la santa Inquisicion se lo permite.

Dejemos ya la metafísica, y apliquémonos á la *filosofía moral.* Decir de ésta cuanto hay que decir, sería comprender una obra eterna: llamarle á V. la atencion á sus preciosos descubrimientos, sería componer un volúmen: indicarselos sin añadir algunas oportunas interpretaciones, sería escribir mucho sin mayor provecho. ¿Qué haré pues? Contentarme con una idea general.

Antonio Genuense en el lugar últimamente citado, despues de señalar por maestro de la teología moral á Filipo Limbbrock, calvinista pelagiano, enemigo y detractor acérrimo de san Agustin, pasa en el §. 36. á dar su dictámen sobre la filosofía moral, y con medias palabras se insinúa á favor de Tomás Hobbes, Cristiano Wolfio y Helvecio, á cuya obra *del Sprit* llama libro bellísimo Grocio, Cumbreland y Puffendorf. Como yo no habia oido nombrar á estos tales personages entre los maestros de las costumbres, cuya memoria veneran VV. los católicos, le encargué á Averroes que me trajese noticia de qué casta de pájaros eran. En efecto hizo sus diligencias, y encontró con un tal Daniel Cóncina, que (en su Dis. prol. al libro *de jure naturæ et gentium*) le dió mas noticias de las que buscaba. Remito á V. al citado autor, donde puede y debe leerlas. Por ahora oiga unas palabras del proloquio, que unen admirablemente con lo que he dicho del Genuense. *Et primum omnium scias velim*, dice Cóncina, *me hoc delegisse argumentum dispiciendum, non modo quod sit theologiæ nobilis pars, sed alia quoque ratio magnopere sponte currenti calcaria addidit. Ea porro est, quod plurimi Italiæ nostræ saperdæ atque barbatuli, quemadmodum vestitus formam, ita etiam loquendi, ratiocinandi, atque philosophandi, ne dicam spuendi, regulas ab ipsis Transalpinis, et quidem frequenter hæreticis, Lutheranis, Calvinianis, cæterisque id genus, mutuari minime erubescant. Dum erudituli nostri prima juris naturæ et gentium elementa degustare incipiunt, continuò crepant Grotios, Puffendorfios, Seldenos, Heineccios, Cumberlandios, Thomasios, Wolfios, eorumque gregales. Dicteria, scom-*

mata, imposturas, quas hæretici isti in theologos, quos vocant scholasticos, in Patres Sanctos, in Pontifices Summos, in Romanam Ecclesiam impotenti temeritate eructant, Scituli nostri Itali adoptant; et ut eruditionis fumum penes vulgus captent, eadem in tempore promunt. Usque dum Cumberlandii et Puffendorfii opera de jure naturæ et gentium latine dumtaxat evulgata fuerunt, vix Septemptrionis confinia transiliere, paucorumque manibus terebantur. Verum simul atque cincinnis, et fucis Gallicæ linguæ Barbeyraci penicillo delibuta, et veluti transformata visa sunt, tum in Italiæ civitatibus resonare, et semidoctorum hominum ore ad sydera usque extolli cœperunt.

Que el Cóncina diga que los admiradores de estos patriarcas de la moral son italianos afrancesados: que en el hablar*, en el discurrir, en el filosofar, en el escupir y en el vestirse, parezcan nacidos entre los Pirineos y los Alpes, está muy bien; pues esto no quiere decir mas sino que ella es gente de buen gusto, de moda, de primor, de marcialidad y otras mil zarandajas. Que añada que ellos no *hicieron* caso de estas incomparables obras, hasta que Barbeyrac las afeitó y las vistió á la francesa, tampoco me disgusta: lo uno, porque leer libros en latin, es un engorro bueno para frailes: lo otro, porque yo no sé qué tiene el latin, que no quiere dejarse entender de esta gente; y lo último, porque para que un escrito sea bueno, es circunstancia indispensable que esté en lengua francesa: mas eso de llamarlos *Saperdas*, *Barbátulos*, *Erudítulos*, *Scítulos* y otros tales diminutivillos, no es razon, ni debia el P. haberlo hecho. Pero ¿qué quiere V., amigo don Manuel? Fraile por fin, y bastante digo. No faltaba mas sino que los famosísimos eclécticos italianos fueran tratados de esta manera: no faltaba mas sino que se hiciese esto con Antonio Genuense, el ecléctico mas acreditado que produjo la Italia. No señor: Antonio Genuense dice muy bien cuando dice lo que el P. Cóncina reprende. Si V. quiere la prueba de esto, la hallará convincentísima en la Prefacion de Puffendorf á su obra de *jure naturæ*; la hallará en Francisco Buddeo (en su Hist. Jur. Nat. §. *11.*), y la hallará, por no citar otros, en Cristiano Tomasio. Éste, despues de haber pintado con los mas vivos colores la decadencia de la verdadera moral desde los tiempos del grande Constantino, en que dice él (Hist. Jur. Nat. §§. 10. y *11.*

que los eclécticos que pasaron al cristianismo introdujeron aquel modo de hablar *verbosum quidem et amœnum, sed et simul sophisticum, oratorium, rixantem, et affectus ubique testantem*: despues que va aplicando estos y otros peores epítetos á todos los que VV. veneran como Padres de la Iglesia: despues que refiere §. 13. lo mucho que los escolásticos aumentaron este mal, *næve illi non emendati, sed potius aucti fuerunt*, señala por fin la época de su restauracion en el siglo XVI: *Tum enim*, dice él §. 14., *multi protestantium theologorum, in primis vero B. Lutherus noster, Chytræus et alii.... de hoc abusu interpretationis* (del Evangelio y sana moral) *à Philone, Ambrosio, Origene, et aliis Ecclesiæ Patribus commisso, conquesti sunt, et adhuc conqueruntur.* Con que está claro que hasta que el B. Lutero vino á casarse despues de fraile, á emborracharse todas las noches y todos los dias, á dispensar á las monjas del voto de castidad, y á cargar de dicterios y blasfemias á las supremas potestades civiles y eclesiásticas, y á egercer otros tales actos heróicos de virtud, hasta cerrar el curso de su santa vida con una cena, que vino á digerir á estos paises; hasta que este beatísimo varon descubrió el abuso de toda la antigua cristiandad, hubo muchísimo tiempo, *cum fœda et tristis ignorantia orbi universo incumberet, et superstitionis regnum magnis ubique vitious stabiliretur*, como dice Buddeo. Ya V. entenderá, qué quiere decir reino de supersticion.

Refiere despues las causas que estorbaron que estos felices principios de Lutero llegasen á su complemento: culpa la division de los teólogos protestantes, especialmente en el punto de la cena, y dice (c. 5. §. 9.): *Itaque initio sæculi decimi septimi doctrina de virtutibus et vitiis, sive de differentiis justi et injusti, boni et mali, de jure naturæ &c. tam apud Pontificios, quàm apud Evangelicos miserrimo et penè incurabili morbo laborabat.* ¡Pobre moral! ¿Quién ha de poder restablecerte? Si el B. Lutero ni con toda la fuerza de sus santos egemplos, ni con todo el nervio de sus juiciosos escritos lo logró, ¿qué ha de ser de tí? *Quis quæso prævidere aut ominari potuisset istam confusionem emendari, ac in ordinem redigi unquam posse? Sed divinæ providentiæ,* prosigue el clarísimo Tomasio, *nihil est impossibile.* Da luego veinte rodeos para saludar á los escolásticos con sus acostumbradas *nugas*: refiere

las prendas de que debia estar adornado el nuevo enviado por Dios para remedio de tanto mal, y concluye señalándolo por estas palabras: *Talis erat vir incomparabilis, et nunquam satis laudandus Hugo Grotius.* De Puffendorf y los demas se dice lo mismo, y se dice por ellos. Luego unos hombres alabados por los protestantes deben ser admitidos como oráculos por los italianos. Luego dijo muy mal el P. Cóncina. Estas son unas consecuencias muy naturales, y lo demas es no saber ser reconocidos á la Providencia, que para remediar los males que introdujeron los Basilios, Crisóstomos, Ambrosios y Agustinos, levantó estos recientes Doctores de la parte del Aquilon.

Como lo nuevo no puede dejar de ser alabado donde quiera que esté, provino de aquí, que conspirasen á elogiarle (á Grocio) los grandes hombres, no solamente de Roma, haciendo resplandecer sus libros en medio de una plaza, sino tambien aquellos mismos á favor de cuya causa se habian escrito: ya V. entiende que hablo de los protestantes. Oígalos hablar de Grocio. *Fatendum est*, dice Puffendorf (in præf. ad opus de Jur. Nat. et Gent.), *non pauca ab ipso plane esse prætерita, quædam levi dumtaxat manu tractata, quædam denique admissa, quæ et ipsum hominem fuisse arguerent.... conati quidem sunt viri quidam docti, editis ad ipsius libros de jure belli et pacis commentariis, his defectionibus mederi.... aliis tamen longe utilius judicatum fuit totam istam materiam denuo incúdi subjicere.*

Salmacio (apud Buddeum in Hist. Jur. Nat. tom. 1. Animadv. Phil.) le da al mismo Grocio este elogio. *In philosophicis, si disputandi solertia spectetur, vix mediocribus par est; nec unquam vidi, qui minori cum vi ratiocinetur, id quod testantur scripta ejus, quibus Rivetus et Maresius rescripserunt.... Librum ejus de jure belli et pacis refutandum suscepit quidam Professor Almæ Juliæ* (este segun Buddeo fue Seldeno), *qui amicis aliquot, quos vidi, affirmavit, se ostensurum esse, nullam paginam vacare insignibus erratis.* Esto se parece á ciertas conclusiones impresas.

Los dos Coceyos, padre é hijo, cantan por el mismo tono. *Grotius*, dice Samuel (in præf. ad edit. an. 1751.), *singulas has species per alias subdivisiones adeo obscuras reddidit, ut totum jus naturæ incertum inde reddatur.* Ya Henrico, padre el anterior, habia objetado á Grocio (in prod. Jur. gent.)

quod mira confusione tam varia jurium genera fingit, ac cumulat, novisque, atque insolentibus vocabulis involvat, species generi suo opponat, et nova ea genera faciat, nec inter se rite discernat.

Brukero (Hist. crit. Phil. tom. 4. p. 11. c. 4.) dice de Grocio: *Sunt tamen, qui eum reprehendunt, quod.... senio propior diffidere amicis cæperit, incertus quoque in eligenda inter christianos dissentientes sententia hæserit.*

Tiene V. pues en elogio de Grocio, por boca de los mismos protestantes, que fue un hombre que se dejó muchas cosas en el tintero: que tocó otras muy de paso: que en sus escritos manifiesta haber sido hombre: que merece, que cuanto trató se vuelva de nuevo á examinar: que en la destreza de disputar apenas puede ser comparado con los medianos: que en sus libros ninguna página está sin errores visibles: que hizo incierto todo el derecho natural: que todo lo llenó de una admirable confusion: que usó de vocablos exóticos: que no acertó á distinguir los géneros de sus especies, ni las especies de los géneros; y que en punto de religion no supo á qué Carta quedarse. Este es el *varon incomparable* que dieron los hados (segun la frase de Tomasio) para restitucion del derecho natural.

Vamos á Tomás Hobbes, otro de los filósofos morales favoritos del Genuense. Cudwortho (*in systemate intellect*), Parker (de Deo, et Prov. disp. 1. sect. 27.), Cumberland (Traité Phil. des loix nat.), y Buddeo (Atheism. cap. 1. §. 27.) le tienen *uno ore* por ateista. Lincker (comment. in Huberum l. 1. c. 3.) le compara con Benito Espinosa, y hace de los dos este elogio: *Uterque in jure naturæ Deum seponit; uterque vires naturales attendit*: (por esto es por lo que le gustó al Genuense, que dice en el lugar arriba citado: Hobbes fondatutto sulla forza consentriva): *uterque nullum jus fasque primævum agnoscit: neuter in ullo statu honestum quid, aut turpe, quod per se tale sit: neuter conscientiam novit.* Pero sobre todos ninguno hace la cosa con mas gracia que Pedro Baile, á quien nadie puede disputarle el conocimiento en la materia. En su diccionario crítico, art. *Hobbes*, le hace esta preguntilla que trae Persio Sat. 2.

Heus age, responde, minimum est quod scire laboro: De Jove quid sentis?

Tenemos ya otro restaurador de la moral y derecho: vamos á Cristiano Wolfio. De él dice Langio (in causa Dei ads. sect. 2. memb. 6.) que echó por tierra desde sus cimientos la doctrina moral, habiéndola fundado sobre el ateismo, naturalismo y hado fatuo. Jacobo Brukero (Hist. Phil. tom. 5. c. 8. §. 30.) dice así: *Id nos in præsentia monemus, fuisse haud paucos, qui spinosismi, saltem deismi, inscrutati, culpam Leibnitzio, et qui, ejus hypotheses suas fecit, Wolfio intentarent.* Acerca del método con que Wolfio escribió, Schmausio y Fineto copiaron (como yo hago en mucha parte) á Daniel Concina, que pone la cosa palpable. Moralista y tarja.

Entremos con Helvecio. Busque V. noticias de este en un sermon que Fleuri predicó al parlamento de Paris, en el dia 23 de enero de 1759. Valsechi trae tambien de él largas noticias, y V. perdone que no le cite mas autores católicos, porque no he encontrado citas de protestantes. ¿Qué tiene? Yo citaré un pasagito de Helvecio en adelante que dé idea de todo lo que es él. Por ahora oiga V. á Antonio Genuense, cuyas palabras no habia querido citar por vergüenza, pero por fin me ha sido preciso vencerme. Oiga pues en romance lo que él loc. cit. dice en italiano. "Quien pocos años »ha, ha explicado mejor la fuerza del corazon humano, ha »sido el autor del libro del *Sprit*, libro bellísimo, si una po»ca de vanidad no le hubiese manchado con ciertas imper»tinencias, y su autor hubiese dado algunos pasos mas para »ver la fuerza concentriva y difusiva, aunque unidas con la »naturaleza son sin embargo las primeras. Y en efecto, si »Helvecio conoció el corazon humano, ó no le conoció, lo »manifiesta aquella doctrina preciosa que cité yo hablando »de los hombres silvestres; donde con su autoridad establece »que los hombres no nos distinguimos de los borricos, sino »en que sus manos tenian cascos, y las nuestras dedos." Tenemos ya otro reformador de la moral.

Vamos con Puffendorf. De él han hecho iguales panegíricos Nicolas Beckmanno, Schwart, Gesenio, Velthemio, Zenthgrave, Schercer, Valentino Alberti y otros muchos. Leibnitz fue tambien mucho admirador suyo; y las universidades Genense y Lundinense digeron que su derecho natural era monstruoso, y que Puffendorf debia ser condenado *uti Novator, et academicæ juventutis corruptor.* No se descuidó Puffendorf en

corresponder á sus admiradores, especialmente á Beckmanno; pues en una apología que escribió contra él, apuró hasta los posibles de la moderacion y humanidad. Le llama *hominem fatuum, juxta ac rudem, anserem, infamem, insulsum, morionem Ecclesiæ Romanæ.* No contento con estos epítetos nuestro gran maestro de la verdadera moral, le agregó los siguientes: *nebulonem rudem, et improbum, asinum tenebriorem,* que es el nombre y apellido que él usa comunmente. Ya queria darse nuestro enviado de Dios para bien de los hombres por satisfecho; pero acordándose de que debia ser fiel discípulo del beato Lutero y de otros tales beatos, le fue añadiendo los siguientes saludos: *nigrum calumniatorem, nigræ scholæ primipilum, nigri magistri nigrum discipulum, nigræ scholæ tyronem nigrum, calumniatorem omnium antesignanum, vel potius orci, aut inferi monstrum, monstrorum omnium teterrimum, impurissimum nebulonem, nequissimum sycophantam, infame caput, stolidum furciferum, animal insociabile.* Sería necesario un diccionario para referir las demas urbanísimas frases de este varon, dado por los hados para comun remedio. Me contentaré con ponerle á V. la peroracion con que se despidió de su amigo: *Perge igitur, invidia æstuare, furcifer, angere noctes diesque, éxcoque infidum istud pectus, pallesce, excaresce, à laqueo demum vesaniæ tuæ remedium pete, ut ista impura anima per dignam se portam triumphalem exitum inveniat.* Confieso á V., amigo mio, que no pensaba yo que hubiese tantos terminitos preciosos con que saludar, como los que ha juntado Puffendorf. Pero lo mas gracioso del caso es, que él mismo en su Pref. habia dicho que estaba dispuesto á *et refellere sine pertinacia, et refelli sine iracundia.* ¡Hijo de Barrabás! Si sin pertinacia y sin ira se explica así, ¿qué sería con ella?

Dé V. lugar á Cristiano Tomasio. Brukero (lib. 5. c. 9.) hace de él un largo y grandísimo elogio, echándole á cuestas todo lo de moda, á saber: que dicen ha tomado varias cosas de los ateistas, scépticos, naturalistas, socinianos y demas cosillas. No copio el pasage porque es muy largo, y porque Tomasio no necesita de mas recomendacion, que la que él tiene cuidado de darse en un *Credo* que compuso.

Por fin los restantes restauradores de la filosofía moral, sobre poco mas ó menos todos son lo mismo. Y sin embargo,

amigo don Manuel, ellos son los famosos maestros del *derecho* y de la *moral*: ellos son alabados, como ha visto V., por los suyos. ¿Qué maravilla pues le deberá causar, que muchos, que no son suyos, se empeñen á porfia en seguirlos y en imbuirse de ellos? Sigamos un poco mas; demos una idea del proyecto que formaron para sus obras, cosa que importa mucho para que se aproveche en sus doctrinas.

Tomasio, despues que alabó altamente á Grocio, confiesa por fin que tuvo muchos defectos, y entre ellos nota el siguiente (c. 6. l. 2.): *quod lumen revelatum, et naturale ubique ferè misceat.* Otro mayor le nota Buddeo §. 24., á saber; que *multa Romanæ Ecclesiæ placita etiam in hoc ipso opere* (de jure belli et pacis) *non sine aliorum indignatione comprobavit.* Cayó pues Grocio en dos defectos enormes; uno, atender á la revelacion: otro, convenir con los católicos en puntos de controversia. Estos defectos son los que han evitado todos los otros moralistas celebérrimos. Vea V. el prefacio de Heineccio acerca de lo primero, y hallará en *él* el felicísimo raciocinio con que prueba, que no saben lo que se hacen los que para el derecho natural admiten la *revelacion.* Lo mismo dicen casi todos los otros, cuyas palabras se encontrarán en el cap. 8 de la disertacion cit. de Cóncina. Acerca de lo segundo, hablando Tomasio de cómo se le debe á Lutero, Zuinglio y otros beatos de la reforma, la restauracion de la moral, dice al cap. 5.: *Equidem in eorum scriptis contra Papatum deprehenduntur multæ bonæ ad istum scopum pertinentes doctrinæ.* Y en el cap. 6. celebra á Hobbes, porque en su Lebiathac seccion última, *quam de regno tenebrarum inscripsit, inquirere cœpit in arcana politica Papatus.* No crea V. que estos arcanos sean las controversias que agitan entre sí los católicos, sinó todas las materias en que Lutero y toda su buena gente sacudieron el yugo de fé, impuesto sobre sus cervices por la política (como ellos dicen) de los Papas. Con que debe saber, que las miras de estos grandes filósofos han sido sacudir la revelacion y á los papistas. Deben exceptuarse Grocio en ambas cosas, y Wolfio en la segunda, en que tampoco está Heineccio muy rematado. Ambas segun el dictámen de Cóncina provienen de un principio y se encaminan á un fin. Provienen de que creyéndose los luteranos al principio en seguridad, cuando acogidos á solas las

divinas letras no admitian otros principios para ser reconvenidos; y viéndose desalojados de este asilo por la fuerza que con ellas mismas les han hecho los católicos, han querido que las divinas letras les paguen la burla, poniendo los principios para echarlas por tierra, volviendo á la razon los fueros de que la habian despojado; *immo vero*, dándole en recompensa muchos mas, que los que debiera tener, y poniendo en la moral como supremo juez al mismo hombre, á quien en la física y metafísica confunden con los jumentos. El fin de todo esto es, que pues no pudo prevalecer la religion luterana, ninguna prevalezca, y no haya mas religion entre los hombres, que entre las cebollas.

Dadas estas ideas previas para gobierno, me queda que hacer otra cosa, y es ponerle á V. algunas máximas de su *moral* que prueben lo que llevo dicho, que son los primeros principios de toda ella.

Para Hobbes ya se sabe que no hay Dios: que el alma es material y mortal: que no hay esperanza de premio ó castigo eterno: que no hay libertad; y que la honestidad de las acciones y su torpeza no consiste mas que en el capricho de los hombres. ¿No le parece á V. que por estas máximas se puede disciplinar una república de javalíes? Puffendorf por varios rodeos viene á salir á lo mismo. *Religio* (dice in Præfat.) *quatenus ad disciplinam juris naturalis pertinet, intra sphæram hujus vitæ terminatur*, á saber: una religion que no lo sea. *In disciplina juris naturalis, immortalitas animæ non negatur, sed dumtaxat ab eadem abstrahitur* (de jure nat. et gent. lib. 2. c. 3. §. 19.): lo mismo que si se negára. *Nondum liquido est probatum quodlibet recte factum necessario aliquo præmio, veluti extrinseco esse mactandum* (ibid.): con que será un tonto el que se da mala vida por obrar bien. Y de esto, y como esto lo que V. quisiere.

Tomasio expuso en forma de símbolo los frutos de su moral en unas conclusiones públicas que tuvo el año 1694. Oiga V. algunas: "*Credo quod disputationes de justitia commutativa et distributiva, universali, et particulari sunt grilli inutiles... Credo quod ex ratione demonstrari non possit, Deum externo cultu esse prosequendum....... Credo quod falsiloquio uti aliquando liceat, immo præceptum sit...... Credo quod meris rationibus naturalibus non possit demonstrari, omnem concubitum li-*

bidinosum, etiam ad bestialitatem qui pertinet, aut concubinatum, aut lenocinium esse prohibitum...... Credo quod poligamia etiam virilis (hoc est, unius fœminæ cum pluribus viris) *mero jure naturæ non sit interdicta.... Credo quod nullus incestus juri naturæ repugnet.* ¡Oportunísimo moral para un rebaño de cabras!

Wolfio admite por principio, que él llama *fecundísimo* en la filosofía práctica, el uso de los sentidos del cuerpo, y facultades del alma. De donde saca estos admirables cánones: Phil. pract. *Operam dare tenemur, ut omnem molestiam quantumvis exiguam evitemus.* Otro: *Homo obligatur ad vitam jucunde transigendam.* Otro: *Homo obligatur ad pulchritudinem naturalem conservandam, immo ad pulchritudinem artificialem non negligendam, et ad ea, quæ ad pulchritudinem naturalem faciunt.* Este es el evangelio de Epicuro. Si quiere V. el de Prisciliano vea el lugar que le he citado de Cóncina; admirará la paciencia de este fraile que contó ciento sesenta y una proposiciones que trae Wolfio, para probar que el falsiloquio en ciertos casos es lícito.

Heineccio niega toda justicia intrínseca, y quiere que las acciones sean justas ó injustas por sola la voluntad de Dios. Vea V. su Prefacio (Elem. jur. nat. et gent.). Principio tan pestilencial como extenso.

Si quiere tener alguna noticia de Helvecio, lea á Valsechi (de fund. relig. lib. 1 cap. 1.). Niega la inmortalidad del alma: dice que el pudor es una invencion de amor y de un esquisito deleite; y que el culto de Venus y Astart es digno objeto de nuestra admiracion. Este es el libro bellísimo del Genuense.

Sobre el *divino* Montesquieu (como el mismo Genuense le llama) puede V. leer á Cóncina en la prefacion que trae al libro que le he citado. Por ahora lo que importa es, que vea el uso que el Genuense ha hecho tanto de ese libro divino, como de todos los demas que ha alabado. Referir todos sus pasages es imposible: pondré media docena omitiendo los demas. Acuérdese V. de lo que él entiende por la voz *Iglesia*, por la de *amor regni*, por la de *relaciones morales*, de que ya he insinuado algo, y verá de qué fuentes han salido estas ideas.

Sea el primer egemplo tomado de su primera parte de las lecciones de comercio (c. 5. §. 25. pág. 119. in not.) ... nde dice: "Il X secolo (la Iglesia) prese la forma di Mo-

»narchia assoluta é la virtù divenne anche minore." *Ecclesia X. sæculo accepit formam Monarchiæ absolutæ, et virtus minor evasit.* Coteje V. esta doctrina con la siguiente de Montesquieu (lib. 3. c. 5.): *Virtus principium non est gubernii monarchici.* Me parece que la argumentacion es esta. La virtud no puede ser principio de gobierno monárquico; luego cuando este exista, caerá la virtud. Luego por tanto decayó la virtud en la Iglesia, por cuanto ella tomó la forma de monarquía. Mal estaba con esta el Genuense; sin considerar que el gobierno de la Iglesia es monárquico por divina institucion, aunque les pese á los hereges con quienes se conforma.

Vaya el segundo. En el lib. 3. de su log. ital. c. 5. enseña, que nunca puede haber prescripcion que autorice y legitíme la posesion de un reino ocupado, sino que siempre debe decirse: *adversus hostem æterna auctoritas esto.* Trata despües de los romanos y dice: que si ellos hubiesen querido ser justos, deberian haber restituido cuanto ocuparon despues de Romulo (vaya V. observando esta doctrina, y verá á donde vamos á parar). Da la razon y dice: "*Il titulo giusto, é la buena fede sono, anche secondo i casisti condizioni esenciali a lla legitima prescrizione, é queste condizioni ambedue mancavano à romani et mancano tuttavia à tutte la nazioni conquistatrici, alle conquistatrici familie, alle conquistatrici persone.* Con que segun el Genuense los títulos legítimos de *prescripcion* les faltan á todas las naciones conquistadoras, á todas las familias conquistadoras, y á todas las personas conquistadoras: luego sus conquistas no han prescrito: luego hay contra ellas, como contra enemigos, una eterna autoridad: *adversus hostem æterna auctoritas esto.* ¿No le parece que el Genovesi, el Cleriocuto y Ecléctico era un gran filósofo y un gran vasallo?

Sea el tercer egemplo un cánon que trae en su Diccosin (lib. 1. c. 20.): *Volete togliere la massima parte de delitti? premete poco, é lasciate sfogare la natura per suoi legitimi canali, é mettetevi colla legge da fianchi.* Que en castellano quiere decir: ¿Quereis quitar la mayor parte de los delitos? Obligad poco, dejad que la naturaleza desfogue por sus legítimos caminos, y no la estrecheis con la ley. ¡Qué famoso predicador del Evangelio!

Vaya el cuarto en su Log. Ital. (lib. 1. c. 3. §. 5.): *Tutto le grandi opinioni in materia di Teologia, di Morale, di Po-*

litica, di Arte sono figliè, di temperamenti, di popoli. Teología, Moral y Política, hijas del temperamento. Doctrina de Montesquieu, de donde el Genuense sacó este admirable cánon: *Civis patriam religionem servato* (in prior. edit. op. de jur. &c. Off. lib. 2. c. 10.). Turco, adora á tu Mahoma: Chino, no dejes tus ídolos: Suizo, atente á tu Zuinglio.

Pasemos al quinto. En la obra últimamente citada (lib. 1. c. 1.) hace esta pregunta: *Quem ob finem genitos nos esse, et vivere dicemus*? Le parece á V. que la respuesta sería: ¿*Para amar y servir á Dios en esta vida, y despues gozarle en la eterna*? Quite allá eso, que es bueno solo para los muchachos. Oiga á nuestro gran filósofo: *Hominem felicitati nasci, nisi mentiar, non dicam.* ¿Es posible señor don Antonio? ¿pues no valia mas que V. hubiera mentido? Digo *valdria mas*, porque V. aprueba la mentira oficiosa. ¿Y qué mentira mas oficiosa puede haber que aquella que obliga al hombre á ser buen ciudadano con la esperanza de una felicidad, aunque sea soñada? Pero poco á poco; que ya el señor va á decir su dictámen. *Duplicem* (dice) *pleræque omnes gentes felicitatem secernendam, sibique sectandam esse existimarunt: unam præsentis vitæ, quam naturalem appellant: alteram futuræ quam divinam dicunt, et supernaturalem ac cœlestem. Latet anguis in herba.* Amigo don Manuel: felicidad sobrenatural, y conocida y buscada por casi todas las gentes, V. que es teólogo, sabe lo que encierra.

Concluyamos con otro pasage tomado de esta misma materia y obra del Genuense. Despues que deja á los teólogos disputar de la Bienaventuranza sobrenatural, entra preguntando: *Qua igitur in re præsentem sitam esse dixerimus*? Advierte que aquí no se ha de atender á mas que á lo que la naturaleza clame; y continúa: *Ecquid conscientia vacuitatis doloris natura igitur nostra poscit? Nempe, non dolere corpore, non œgrescere animo; idque persentiscere vivide, constanterque, et ægritudinis magnum est illud bonum, et summum, quod in hac vita homines appetunt, et sequuntur, et cogitant, et adlaborant. Quidquid agunt, quidquid abstinent, fugiendi causa doloris, repellendæque ægritudinis agunt, abstinentque. Quin si dolent, dolent ne doleant.* Suplico á V., amigo don Manuel, que se detenga un poco, y vea si esta doctrina que acabo de copiar se parece á la que se sigue: *Sine errore speculatio est, ut*

noverim quid eligendum, quidve fugiendum sit ad bonam corporis tuendam valetudinem, animæque quietem. Hic enim finis est bene beateque vivendi. Hujus enim gratiá omnia agimus, ut neque doleamus, neque perturbemur.... Non omnem voluptatem eligimus, verum sæpe plerasque transgredimur, quando ex his major molestia sequitur, doloresque nonnullos voluptatibus præstare arbitramur.... Dolor malum est, non tamen semper quivis repudiandus est dolor. ¿Ha visto V. unas mismas sentencias, y casi unas mismas palabras? Pues sepa ahora que el primer pasage es del Genuense, y el segundo del profeta Epicuro referido por Laercio lib. 10.

Abunda el Genuense en estas cosas; y aun me persuado, que ni vió ni entendió mas libros que los que las traen, y él recomienda tanto. Sin embargo el Genuense es *ecléctico*, y de los mas afamados. Baste esto de *moral*; y si V. quisiere saber hasta dónde ha llegado la innovacion que en él se ha hecho, mire los principios que le he citado, y verá salir como por consecuencia necesaria un Evangelio al revés.

Se acabó, amigo mio, el ensayo de filosofía que le prometí para comprobacion de mi tercer capítulo, y confirmacion del segundo. Habrá V. estado diciendo para sí: este demontre de Aristóteles va á apurar cuantos desatinos han dicho los modernos, y no ha de dejar cosa que no toque. Si V. lo ha pensado así, ha errado. Se pueden formar todavia otros treinta ensayos como este, corriendo todos los miembros de la filosofía, sin inculcar ni una palabra de lo que he puesto en él. Pero demos que esten aquí todos los despropósitos: demos que no hayan dicho mas que estos desatinos; y dígame V., ¿se podrá decir sin temeridad, que hombres que se aplican á semejantes autores, nunca han de llegar á ser filósofos? Yo mismo me respondiera á esta pregunta con infinitas reflexiones que naturalmente se vienen. He sido difuso: no quiero aumentar mas cartas, ni sacar mas consecuencias que aquellas en que lleve bien amarrados los cabos. Conozco las cosas: he sabido que hombres que han levantado el grito contra estos monstruos de errores, han sido burlados como declamadores insulsos, y espíritus preocupados. Yo haré por donde no lo digan de mí: yo sacaré á su tiempo de este ensayo las armas que él me ofrece para derribar por los cimientos la máquina del *Eclecticismo*; y las sacaré en cuanto pueda, de mo-

do que no parezcan, ni mucho menos sean declamaciones. Solo quiero que V. convenga conmigo.

Lo primero: en que la nueva filosofía ha dicho infinitos disparates, y que ahora mas bien que otras veces se verifica el dicho de san Agustin: *nihil tam absurde dici potest, quod non sit dictum ab aliquo philosophorum.* Lo segundo: que no ha sido tan feliz el desentierro de la filosofía como nos predica el P. N., y que si se combinan los supuestos bienes con los verdaderos males que ha traido, exceden estos á aquellos sin medida. Lo tercero y último: que los escolásticos no han hecho tan mal como se dice en haberse abstenido de la filosofia moderna. Demos que se hayan entretenido inútilmente; menos malo es que entretenerse perjudicialmente. Por fin: todo cuanto llevo apuntado pertenece al punto del Eclecticismo. Desde luego empezaré á examinarlo, y contraeré estas doctrinas á determinados puntos de disputa. No detengo á V. mas, que en asegurarle queda muy suyo = *El Estagirita.*

Fecha en 10 de abril de 87.

P. D. Mis dos famosos consultores, el Pimporrero y el Tuerto, quedan en una disputa, de donde creo que no saldrán en un año. Con motivo de haber tocado la Carta en cosas de moral, se han metido ellos á criticar autores. Dice el Pimporrero que para hallar doctrina sana, es menester buscarla en Antoine, Tirso Gonzalez, Camargo, Elizalde y otros que cita. Reclama el Tuerto, que la moral verdadera, acomodaticia, probabilista y otras cosas, está en Bussembaum, Lessio y La-Croix. Replica el otro, con que son laxos, con que el clero galicano dió no sé qué censuras, y con que ya nadie usa de ellos. ¿Cómo es eso? Responde el Tuerto. A fé mia que V. no ha oido las pláticas que yo, donde un Santazo, hablando con quien debe aprender la moral, dice á cada instante: *El divino Bussembaum, el inimitable Lessio, el incomparable La-Croix*, y otras cosas como estas. Niega el uno, afirma el otro: grita éste, patalea aquél: traen tal alboroto que el diablo que los apacigue, y me tienen quebrada la cabeza. Yo no deseo mas que saber si es verdad que Bussembaum es para los Santos de esa tierra el director y el oráculo; porque si lo es, juro por quien soy que he de poner al Pimporrero como merece.

CARTA XIV.

Sr. D. Manuel Custodio.

Verdaderamente, amigo don Manuel, que si las muchas pruebas de estimacion que V. me ha dado no desvaneciesen mi sospecha, tendria sobrado motivo para formarla de que V. no era mi verdadero amigo. Me ha visto V. un año ha estar echando cartas de mi cuerpo; me ha oido mil veces prometer mas trabajo; ha observado que éste va creciendo á volúmen; puede haber presumido que seré contado dentro de dos dias entre los escritores del siglo XVIII: ¿y no ha sido para avisarme de un defecto tan enorme, como el en que he incurrido de esparcir mi obra sin *Prólogo*? ¿Qué se habrá dicho de mí? En un tiempo en que hasta los Almanakes tienen su prefacion; en un tiempo en que lo mas esencial de una tarea literaria consiste en el prólogo y el índice, salir el pedazo de salvage de Aristóteles con una obra mocha, sin decir: ¡éntrome acá que llueve, ni agua vá! Dios le perdone á V. la pesadumbre que con esta omision me ha ocasionado; y así lo libre de papeles insulsos, de escritores de repente, de sábios aborondonados, que tenga en adelante mas cuidado con mis cosas, y no me deje en tales descubiertos.

A una casualidad se le ha debido el que yo lo advirtiese. Como allá en mi tiempo era tan escasa la cosecha de prólogos, y éstos las mas veces consistian en un vocativo que iba pegado tras la primera palabra del cuerpo de la obra; ni aun por la imaginacion me habia pasado ponérselo á la mia. En esta buena fé me cogió un dia de estos el Pimporrero, divirtiéndome con el papel del P. N.; y mirando como por desahogo los asertos que le preceden, encontré dos prólogos: se

me hizo nuevo el hallazgo: le pregunté sobre él; y me aseguró ser tan de última moda, tan preciso, tan indispensable *prologizar*, no solo para escribir, sino tambien para hablar, que hasta los borricos convencidos de esta verdad hacian prólogos á su modo, y rebuznaban dos veces seguidas, la primera como introduccion, y la segunda como libro ó tratado.

Ya V. puede considerar si me quedaria yo frio con esta noticia. Puedo ciertamente asegurarle, que mas de una vez estuve tentado para dejarme de cartas; pues ellas con un pecado tan gordo, y á mi ver tan irremisible, perdian todo el mérito y reputacion, á que por ser escritas en el siglo XVIII las juzgaba yo acreedoras.

Conoció mi turbacion el Pimporrero, y aun le comuniqué mi designio; pero él (que es hombre capaz de hallar salida para todo) tan lejos estuvo de aprobarlo, que bien por el contrario deshizo mi confusion, y aun se burló de mi cobardía. ¿Cómo es eso, me dijo, señor Aristóteles? ¿Un hombre como V. acobardarse por tan poco? ¿Un escritor de moda pararse en pelillos? ¿Perder tan buena ocasion de hacerse famoso? ¿Y dejar ir la fortuna de entre las manos? Aun cuando las cartas de V. fuesen mas malas que la Cava, debia hacerse cargo de que ya estamos en tiempo en que es contrabando publicar cosas buenas. Si saliera V. á ese mundo de por ahí arriba, y tomára muchos libros en las manos, veria en ellos los anacronismos pisándose unos á otros, los solecismos rebosando, los barbarismos apiñados, los falsos testimonios montados unos sobre otros, los desatinos en procesion, la mala fé con la cara asomada, el espíritu de partido (como no sea á lo escolástico) trastornándolo todo, las blasfemias á medio vestir, y la ignorancia en pelota: todo esto, y mucho mas veria; y veria tambien como no faltaba quien aplaudiese tales libros; quien los mirase como á unos oráculos de Delphos; quien se valiese de ellos para hacer frente á la (como por allá se dice) *preocupacion*; quien los pusiese en unas memorias erudítas, y quien diese ruido con ellos á los sábios ranciosos y preocupados. ¿Y quiere V. ahora acoquinarse? ¿Y no tiene espíritu para echar á volar sus cartas? Vaya, que es V. mas aprensivo que lo que es menester. Délas al público por vida mia, délas al público; y cuanto al

prólogo, que ni puede ni debe perdonarse, tome un consejo que le voy á dar. V. ha dicho, y así es la verdad, que son infinitas las cartas que tiene que escribir. Ha escrito trece, cuyo número comparado con el que reserva *in pectore*, tiene la proporcion de un segundo de tiempo con todo el curso de un año. Ya sabe V. que un segundo comparado con trescientos sesenta y tantos dias *reputatur pro nihilo.* Ergo aunque V. haya escrito trece cartas, puede contar con que todavia no ha empezado su obra, y encajar el prólogo en la cuarta décima. Ademas: que á V. no se le oculta que los prólogos son como la cara de la obra, porque es lo primero que asoma de ella. Con que así como una cara con barbas largas, antes de asomar ella, asoman las barbas; así tambien este prólogo de V. puede ser la cara de su obra, sin embargo de haber ya asomado trece cartas, que deben reputarse como porvigotes del prólogo. No hay pues que acobardarse: eche V. de su cuerpo un valiente prologazo, y cuente conmigo en su ayuda, si acaso no se sintiere con todas las fuerzas que se necesitan para ello.

Ví el cielo abierto, amigo don Manuel, con esta industria: me abracé con mi Pimporrero, le di las mas expresivas gracias, y traté desde luego de proceder con su ayuda á prologizar. En fé de lo cual le protesto á V. con todas las formalidades que de derecho se requieren, que esta mi Carta XIV es el prólogo de mi obra: que la escribo para que sea prólogo: que con la autoridad, que sobre ella me compete, la pongo el nombre de prólogo; y quiero que todos y cada uno de los que la leyeren, la tengan *formaliter reduplicativè* como prólogo de las Cartas Aristotélicas: que así es mi voluntad.

Mas por cuanto el Pimporrero me ha advertido que el prólogo, para que siente bien, y sea de última moda, debe ser prólogo á la francesa, omito el título de *Prólogo Galeato* que queria ponerle, y desde ahora para siempre quiero que se llame *Prólogo con polvillos*, ó *Prólogo con surtout*, ó *Prólogo con erizon*: que así será de moda, y á la francesa.

Puesto así el título de mi prólogo, me dice el Pimporrero que lo primero que en él se debe hacer, es poner unas pocas de alabanzas mias, decir de mi talento, de mi porfiado estudio, de mi buen juicio, de lo libre que estoy de

preocupaciones; y si pudiere ser, los honores que obtengo, que aunque esten conseguidos por otros capítulos, deben suponerse como nacidos de mis méritos, y debidos á ellos. Si he de decir la verdad, al principio se me hizo duro convenir con lo que decia el Pimporrero. Me parecia á mí que el prólogo todo debia ir respirando modestia y sencillez; que mis alabanzas no las habian de oir los lectores de mi boca, sino yo esperarlas de la suya; y que referir los honores y distinciones que tuviese, era ponerme en obligacion de hacer ver al mundo todo, que no se habian conseguido por medios extraordinarios; pues si luego en mi obra advertian no corresponder el *Don* con la *Veinticuatría*, quiero decir, la instruccion con los empleos, serian estos mas bien oprobio, que elogio del autor. Mas el mismo Pimporrero me sacó de este escrúpulo, refiriéndome dos pasages de dos autores, que hoy viven en ese mundo; el primero escritor de un curso ecléctico *de moda*, y el segundo de ciertas reflexiones y carta, donde ambos practican sus preceptos. No pude menos que convencerme, y sujetarme tambien á egecutarlo.

Por lo cual, señores lectores, han de saber VV. que soy *Ille ego, qui quondam* me llamé Aristóteles: estudié con Platon, con quien tambien estudiaron otros zoquetes: fui á veces tunante, y á veces aplicado: tuve amigos; pero como entonces el tener amigos sábios no probaba serlo tambien, no tengo para qué decir quiénes fueron: tuve enemigos, y en esto me parecí á todos, que ya por buenos, ya por malos, los tienen. Enseñé en el Liceo, porque si no enseñaba no comia. Alejandro me favoreció á título de sábio, y con esto tan lejos estuve de creerme dispensado de trabajar, que por lo mismo redoblé mis estudios. Escribí lo que Dios fue servido, y me morí, como se mueren todos. Despues de muerto fui gentil, como lo habia sido en vida: pasé luego á servir en casa de muchos hereges, especialmente arrianos: me acomodé poco despues con algunos católicos: fui tiempo adelante Musulman: un fraile me bautizó; y desde entonces acá he sido cristiano, médico, jurisconsulto, teólogo, y casi todo lo que hay que ser. Habiéndose cambiado los tiempos, he tenido que irme retirando de una horrorosa nube que, levantándose del Aquilon, me amenazaba con piedras y rayos. Me atrincheré en la España á mediado del siglo XVII,

donde lo he pasado regularmente hasta estos años últimos, en que viendo que la cosa no anda muy favorable, tomé resolucion de meterme fraile, y hacer penitencia en lo mas recóndito de mis metafísicas. Esta ha sido mi vida y egercicios: ellos me grangearon el honor de haber sido casado, que ha sido el empleo de mas importancia que he tenido en el mundo. Acá abajo anda la cosa malísima, y lo peor es que sin remedio; y lo mas peor, que hay sábios que todos los dias vienen á participar de mi suerte, y dejan semilla para que tras ellos vengan innumerables infelices. Lo demas que soy, mis Cartas lo diran. Bien que por ellas no debe formarse concepto de lo que fuí tiempos atras, porque mis muchos años y mis trabajos me tienen meliloto.

Dice el Pimporrero que despues debo exponer las causas que me obligan á escribir, v. gr.: la necesidad que hay de que las materias que comprendo se traten dignamente; la suma ignorancia en que se debe suponer al público; los muchos desórdenes que hay que corregir; el celo por el bien de la patria, empezando por estas ó semejantes palabras: *acerbíssimo namque dolore disrumpor*, *quoties seriò considero*, &c. mas que ni yo considere sério, ni rebiente de dolor; por último la utilidad de los jóvenes, el habérmelo pedido así algun discípulo, y otras infinitas sacaliñas. No quisiera yo empezar mintiendo tan á trapo tendido. Si por mí fuera, diria que escribo porque se me ha puesto en los cascos: que aunque ningun escritor lo haya confesado así, me atrevia á apostar á que, á excepcion de algunos pocos del tiempo de Maricastañas, todos ó los mas han escrito por lo mismo que yo, ó quizá por menos; especialmente en este siglo, en que el que no puede ganar de comer por otro lado, se mete á escritor que es santa cucaña. Solo yo, que soy el sastre del Campillo, me quedaré siendo el Adan de los escritores, el Prosista *in re*, y Poeta *in pecunia*. No obstante todo esto, debo acomodarme con lo que manda mi maestro de prólogos; y así digo: que esta obra es necesaria para que haya una mas: que el público ignora lo que no sabe: que los desórdenes que hubiere, corríjalos aquel á quien le toque: que mis discípulos no han soñado pedirme estas cartas; y que el celo no lo conozco, porque mi muger Pithias siempre fue buena casada. He aquí, lector carísimo (ó

barato, ó como fueres), lo que tengo que decirte sobre la importancia de mi obra. Hombres impíos y blasfemos han ridiculizado indignamente cuanto hay en el mundo de santo y de divino: se han abierto camino para el aplauso con el falso nombre de *filósofos*; y al paso que se han burlado de las cosas mas sacrosantas, han admitido ellos lo que era de esperar de unos hombres abandonados al réprobo sentido: cunden sus obras cuando debieran arder: se leen por gentes bien y mal intencionadas: estos últimos buscan las sales de sus blasfemias; y los primeros la solidez que creen hallar en algunas de sus doctrinas. ¿Puedo yo hacerte mejor servicio que sacar á pública plaza lo ridículo de ellas? Si quieres mi pensamiento mas claro, anda á buscar quien te lo explique.

Síguese despues, *teste Pimporrero*, que exponga el título de mi obra. Aqui te confieso, lector pio ó castaño, que *aqua hæret*; y mas bien quisiera no haberme metido á escritor, que tener que ponerle nombre á mis escritos. Como no es regular, ni decente, que ellos se llamen *Cartas* á secas, sin mas añadiduras ni epiteto, y como por otro lado es tan dificil hallar uno que les cuadre, todo se me va en rascarme la cabeza, arrugar la frente, y no sacar cosa que sirva. ¿Las llamaré *Cartas instructivas*? Así las llamó uno que luego salió destruyendo. ¿*Poder de la razon*? Y que luego vayan á preguntar á los escribanos, y me averigüen que la razon no ha otorgado tal poder. ¿*Cartas misivas*? Tate: que contra estos siete vicios hay siete virtudes; y contra cartas misivas fees de erratas. Ademas, de que si estas son llevativas ó llevandas, ¿cómo han de ser misivas? Busquemos entre los franceses. ¿*Cartas edificantes*? Lo que yo quisiera era que las mias fuesen subvertentes. ¿*Provinciales*? No: que aquellas metieron mucho ruido, y luego hubo aquello de Cleandro y el otro. ¿*Judías*? Abrenuncio: que tienen rabo. ¿*Persianas*? Malditas sean ellas. ¿Pues cómo las hemos de llamar? Voto á Nasanes que ya las encontré el título: *Cartas Lógico-Físico-Ethico-Ontológico-Crítico-Aerostáticas*. Este sí que es un nombre tan propio, como el que don Quijote le puso á su caballo. Al menos aquello de *Aerostático* le viene tan de molde, como que explica el modo de llevarlas.

Dice tambien el Pimporrero: que para que desde el prólogo se conozca la suma instruccion del autor, debe éste di-

sertar un poco, tomando motivo del nombre que le pone á su obra, sobre la historia de la cosa que trata, hasta descubrirle los últimos huesos. V. gr. escribe uno la *gatomaquia:* debe explicar con mucho aparato de erudicion, quién fue el primero que tuvo gato en su casa; en qué parte del mundo riñeron los gatos por la primer vez; cuántos meses tenia el gato que entró en el arca de Noé, y cómo se llamaba la gata que cazaba los ratones en casa de Marco Tulio. Ya veo, amigo mio, la suma importancia de estas disputas, y que sus decisiones pueden servir admirablemente para hacer feliz á la patria: ya veo que el que por allá sabe dar golpe en el clavo de semejantes dificultades, merece el nombre de erudíto: pero yo (¡pobre de mí!) ¿dónde he de ir á buscar tales noticias? A Averroes le encargué que me las buscase con designio de tratar del orígen de las cartas. Me dice: que habiendo estado desenvolviendo libros todo un dia, encontró por fin un manuscrito en lengua china que decia: que las cartas deben su orígen al primero que las escribio. Yo no sé si esto será así; lo examinaré con el cuidado que pide la materia, para poder instruirte, lector benévolo, en una cosa que te hace tanto al caso. Tambien pienso emplearme en averiguar el orígen del papel, pluma y tinta, que son las tres cosas mas necesarias para escribir, no solo las cartas, sino cuanto se escribe. De las dos últimas cosas nadie ha tratado que yo sepa. Acerca de la primera, aunque ya no faltan mas que cincuenta siglos para que los autores se convengan en cuál es la nacion que inventó el papel de trapos, no he visto uno siquiera que enseñe, de qué trapos se componia el primer papel. Haré lo que pueda en descubrirlo, y veremos entonces si se han de llevar esta glòria los escarpines ó las calcetas. Vamos á otra cosa.

Me manda mi maestro que haga un *sinopsis* de toda la obra; pero esto no le dará en el pico. Cuando se usaba escribir el prólogo despues de hecho el libro, era cosa fácil: mas ahora que empieza uno escribiendo el prólogo, sin saber de lo que ha de decir despues, otra cosa mas, sino que tiene mucho que decir; ¿qué diablo de sinopsis ha de hacer? Pase mi prólogo entre los prólogos errantes que se andan de aquí para allí, sin fijarse á pensamiento alguno las mas veces, porque el autor va á escribir lo que salga: pues yo de

mi obra solo deseo que salga en limpio, *que es mentira lo de mi entierro*, y que es verdad lo de que es otra cosa la que debe enterrarse. Esto lo haré en el número de Cartas que pudiere; y así no aguardes, lector prudente, (quiera Dios que lo seas) á que yo te vaya diciendo: esta Carta tratará de esto: la que se sigue, de lo otro; ni tampoco, serán tantas Cartas. Solo sabre decirte; que serán muchas, á no ser que algun malandrin follon venga y tape el boquete de la sima de Cabra, porque entonces no tendrá Averroes por donde salir.

Luego se sigue que yo te dé cuenta de los autores que he seguido, y del trabajo que he empleado en sacar á mi obra de mantillas. Ingenuamente te confieso, discretísimo lector, que ninguna cosa hago con menos gana. Sería muy posible que así que hayas visto mis Cartas con tantas citas, con relacion á tanto autor, á tanto siglo, á tanto historiador, á tanto filósofo, &c. &c. te hayas presumido que soy yo algun *non plus ultra* de erudicion, algun Omniscio venido de la parte de allá de los Pirineos, algun hombre de sumo fondo é instruccion. A nadie le pesa de que juzguen de él de este modo; ni al que juzga así, se lo ha de tomar Dios en cuenta. Pero, lector mio de mi alma, así quiera Dios que sea mentira lo de mi entierro, como lo es eso que tú has pensado. ¿Quiéres mi difinicion en pocas palabras? Pues mira, yo soy *Petrus in cunctis*, hombre universal en índices de libros: que entiendo algunas veces lo poco que leo, y otras veces me quedo en ayunas, como te sucederá á ti. Sé que hay gramatica, y que los que la saben no hacen solecismos: he oido decir que en tiempos antiguos hubo filósofos y filosofías: estudié esta allá en mis mocedades, é hice los progresos que dicen unos y niegan otros. Supe las matemáticas; pero se me han olvidado, y de ellas no me acuerdo de otra cosa mas sino de que los puntos no son líneas. Ahora tambien me ocurre sobre la aritmética, que dos veces dos son cuatro: sobre la geografía, que para ir á Filipinas es menester embarcarse; y sobre la astrología, que las siete Cabrillas estan en el cielo, como lo asegura el famoso astrólogo Sancho Panza. De la teología he oido decir algo; especialmente tengo muy en memoria, que *non licet* estafar á nadie con título de santid. De la medicina se me han quedado en la cabeza algu-

nos términos, para saber explicarme cuando quiero que me entiendan; v. gr., digo *hueso sacro*, cuando voy á nombrar la rabadilla; y *oleum serpentium terrestrium*, para decir aceite de lombrices. Sobre la jurisprudencia no he acabado de averiguar, si ella es la ciencia de darle á cada uno lo que es suyo, ó quedarse con lo que es de todos; bien que entiendo medianamente, que si Cayo y Sempronio litigan, es porque no estan en paz. De historia tambien sé muy buen pedazo: tengo leida la de las guerras civiles de Granada, la de Fernan-Mendez-Pinto y otras muchas. En la crítica he hecho asimismo unos progresos no vulgares: me atrevo á defender que Julio César nunca estuvo en Mégico, y que Alejandro mi discípulo no conoció á Rodrigo Diaz de Vibar. Soy un retórico tal cual; y con un libro de elocuencia en la mano puedo decirte uno por uno todos los tropos.

Esta es mi instruccion; y si bien lo consideras, lector amantísimo, esta es la instruccion de tantos, que apenas se encontrará quien entienda alguna cosa mas que lo que yo entiendo. Con este aparato, con el de media docena de libros, con cuatro citas que me trae Averroes, con las noticias que me dá el Pimporrero y algunas otras poquillas, me he metido á escritor siguiendo la costumbre del siglo, y no solamente sobre filosofía, sino tambien sobre todo lo demas que tenga alguna concernencia con mis Cartas. No te admires; hay en ese mundo infinitos escritores, que tanto y mas que yo se salen de su facultad. Verás á los abogados hechos maestros de agricultura, porque han visto los campos; de pintura porque han leido á Palomino; de filosofía, porque estudiaron dos años; de teología, porque tambien quieren que Dios les ponga pleitos. Verás á los teólogos tratar de industria, siendo unos hombres á quienes por lo comun es menester que todo se lo den hecho y guisado; de arquitectura, porque hablaron con un peon de albañil; de economía, porque salen á la calle acompañados del cocinero. Verás en fin por este estilo tratar cada uno de aquello, de que por razon de su destino debia entender menos.

Estaba la España pocos años ha metida en un error: se creia comunmente que cada uno debia ceñirse tantó á los límites de su facultad, que nunca le fuese lícito ni aun saludar las otras. Vino el desengaño: el modo de remediar el mal

parecia ser, que cada uno procurase instruirse á fondo en lo que era de su profesion, y tomar algunas noticias que le diesen idea de las otras; pero no señor, el remedio que se ha puesto es estudiarlo todo, decidir de todo, escribir sobre todo; y en caso de aplicarse á averiguar algo, mas bien escoger lo que ni nos toca ni podemos, que lo que se podria y conseguiria con mas provecho y felicidad.

Así que, lector mio, ó de quien fueres, yo he de escribir de cuanto me venga en voluntad; y aun estoy tentado por parir un libro de navegacion, sin embargo de no haber visto mas navíos que uno pintado. Las especies que te apunta la obra presente, unas son vistas en sus originales, otras en un índice. Quisiera yo haber podido evacuar las citas todas; lo he hecho con algunas, hazlo tú con las restantes; que un hombre metido en estas cavernas no puede tanto como los que andan por ahí arriba. En los casos de *hecho* me he atenido á mi Pimporrero, quien dice los aprendió de autores contemporáneos. Podrá ser que haya alguna equivocacion tanto en aquellas como en estos: enmiéndala si la encontráres, y si te da la gana hazme favor de creer, que para mi intento ni deseo, ni he de menester á la mentira. Si quieres llámame *doctor índice*: pero mira que con esa pedrada has de matar á muchos pájaros; y aunque en parte digas bien, en parte conocerás que hay otros índices mas índices que yo. Sabe por último, que componer estas Cartas no me ha costado ni un maravedí. Siempre exceptúo el papel y la tinta, en que llevo gastados nueve reales y medio, que bien sabe Dios la falta que me hacen. Pero en lo demas, lector devotísimo, así te pudieras estar tú toda tu vida sin ver una Carta mia, como estoy yo lejos de andar alquilando quien me haga escritor. Ciceron, Averroes y el Pimporrero me ayudan: debes estarles agradecido, como tambien al Tuerto amanuense, quien con este motivo te se ofrece por servidor.

El último capítulo de mi prólogo debe ser sobre mi estilo, porque así lo dice el señor Pimporrero. Yo quisiera, óptimo lector, que él fuese el mas pulidito y mas afrancesado que hubiese nacido de pluma. Quisiera embelesarte con él, y grangearme tu buen concepto en vez de tus reproches, escribiéndote como un Corneille: pero (te lo confieso como si estuviera á tus pies) no he podido conseguirlo por mas que

lo he envidiado. ¡Ah! ¡Si yo supiera encajarte las brillantes locuciones que veo impresas en otros tan españoles como tú! Si yo supiera decir *seno-formador*, para decir *vientre*; *periódos brillantes y de golpeo*, para decir qué sé yo qué; *ingenios cortadores*, sin que tú entendieses á los carniceros; *inmortalidad ventosa*, para que me tuviesen por cirujano; *rayos de bronce*, que significasen cañonazos: si yo supiera esto, lector mio, no me cambiaba por el Capigi Bachi de Constantinopla. ¡Pues qué me querrás decir, si yo pudiera usar de aquellas metáforas que me encantan y me suspenden! *El mundo batia con libertad sus máximas*, tomando la alusion quizá del chocolate. Otra: *Vaciado en la presuncion nada le acomoda, sino lo que larga sus alas al viento, y solo descansa en el trono que se levanta muchos codos sobre la tierra.* No digo yo por saber componerlas, sino por encontrar quien me las explicase, daria de buena gana una gorra vieja que tengo. ¡Ah! ¡Qué felicidad de entusiasmo este, que te voy á poner copiado á la letra del mismo papel embelesante! *A vista de la soberbia Roma, y en donde se respiraba todavia el viento, que en otros tiempos sopló al alto capitolio, y á aquel senado altanero que dominó al universo.* ¿Puede darse cosa mas linda? Ni el mismo Virgilio, todo poeta que es él, sería capaz de producir tan bellas locuciones. Ni el P. Sotomarne llega á los zancajos de este altisonante y enfático modo de explicarse. No me detengo mas, juicioso lector, en este punto, por el mucho sentimiento que me cuesta verme tan atrasado en el arte de hablar á lo culto, sin poder ponerte siquiera media docena de periódos, que tú no puedes entender ni yo tampoco. Con que no hay mas remedio que paciencia. Yo me explicaré á la pata la llana, y tú me entenderás con tanta facilidad como si te se hablase en castellano.

Concluido ya todo lo que tenia que decirte, no me falta otra cosa mas que poner una peroracioncita; para que salga mi prólogo como muchos que ha visto el Pimporrero. Dos cosas dice éste que debe comprender: la primera ocupar tus objeciones; y la segunda pedirte perdon. Para solver tus argumentos antes que me los pongas, dice que debo prevenirte de este modo. No faltarán quizá preocupados, que cerrando los ojos á la luz de la verdad, sean Zoilos y Aristarcos de mis Cartas; mas si ellos tienen alguna

cosa que oponerme, no murmuren en los rincones, saquen la cara al público, que cortadas tengo las plumas para manifestar, cuán atrevida es la ignorancia. Yo, lector amabilísimo, no quiero acomodarme con este precepto de *prologizar*; pues se me figura que él no es otra cosa que un remordimiento de la conciencia, que conociéndose rea de algun pecado, se anticipa á eludir las reprensiones. Me acuerdo de haber visto un librito de excelentes versos en cuanto á su forma; pero de malísimos en cuanto á la materia. En él apuraba el autor (que si no se ha muerto todavia vive) la fuerza de toda su imaginacion, para trasladar al papel con todo su fuego algunos pensamientos amorosos. El incendio del corazon, la conmocion de los afectos, la viveza de las imaginaciones, el impulso de los deseos, todo estaba tan bien pintado; que no parecia sino que era la misma cosa; de modo que no harian mas ni un Ovidio, ni ún Horacio, ni un Cátulo. No tenia á mi ver mas falta que una, que equivale por todas, á saber: que ni aquello pudo concebirse sin llenarse antes el alma de imágenes lascivas, ni puede leerse sin que uno se acuerde de lo que nunca se debe acordar. Él imitaba á Horacio: esa es la verdad; pero tambien lo es que Horacio adoraba, si adoraba á alguien, á un Júpiter adúltero; y el autor que cito, á un Dios crucificado. Sin embargo él se previene del modo referido en el prólogo contra los espíritus tímidos, y ridículamente supersticiosos; pues esto viene á decir sobre poco mas ó menos, porque ya ha mucho tiempo que lo leí. Tengo hecha la misma observacion en otros prólogos. Como el autor empiece á curarse en salud, no hay remedio, novedad tenemos, disparates nos amenazan, ó se nos venden géneros de contrabando. Últimamente decir yo á mi lector (que todavia no sé quién será) que está preocupado, que es un fanático, un devoto ridículo, ó cosa semejante, es hacer un juicio temerario, grangearme un enemigo, sin qué ni para qué; y reñir como los muchachos con aquello de, *mas pícaro eres tú.*

Mis Cartas, lector venerable, no te traen nada contra Dios, ni contra la Religion, ni las costumbres. Son á favor de todo esto; y si bien lo consideras, de tí mismo, porque no pierdas el tiempo en cosas que no has menester. Ellas

de cuando en cuando pegan alguna ventosilla; pero no es mas que con el fin de disolver ciertas hinchazones enfadosas. Así pues si te se antojare escribir contra ellas, no te mortifiques, lector amigo: toma tu papel, tu pluma y tu tintero, y escribe hasta satisfacer el antojo. La das conmigo, que sé por experiencia cuán vehemente es la tentacion de escribir, y le tengo lástima al pobrecito á quien le acomete. Tengo ademas de eso cinco fanegas y media de pachorra, que me dejaron mis padres en herencia, donde pienso sembrar las majaderías que te dignares decirme. Con que así no te me quedes corto, abre esa poderosa boca, y veme echando encima todos los epitetos que encontrares. Si acaso yo no te respondiere, atribúyelo á que tengo mas cuidado con acabar mi obra, que con distraerme contigo. He dicho *si acaso*, porque tambien podrá suceder que te conteste, cuando no por otra cosa, siquiera por política.

Vamos al perdon. Como no me has pedido limosna, no tengo para qué decirte que perdones. Si estas Cartas mias te costasen diez reales cada una, como te habrá costado otra, en tal caso, lector generoso, te pediria perdon del dinero que gastases inútilmente. Pero despues de dártelas de valde, y de derretirme el meollo en escribirlas, pedirte que me perdones, como si yo te hiciera algun agravio, eso vendria á ser aquello que se dice *tras de cuernos penitencia*. Tú sí que tienes por qué pedirme perdon, lector curioso, pues yo soy el verdadero agraviado en no poder echar de mi cuerpo algunas verdades, que tengo sentadas en la boca del estómago, y me hacen mala vecindad; y con todo eso no las echo por consideracion tuya: y á trueque de que no te se indigesten á tí, me expongo yo á morir de ahito. Sin embargo no quiero que me tengas por indócil. Tal vez encontrarás en mis Cartas cosas que no te gusten, y cosas que te parezcan mal: por todas ellas te pido perdon. Perdóname pues, lector piadosísimo, perdóname. Acuérdate de que mientras estamos en el mundo nadie puede decir, *de esta agua no beberé*. Podrá suceder que te embista la tentacion de hacerte escritor cuando menos lo pienses, como me ha sucedido á mí. Hazlo pues conmigo, como querrás que contigo se haga. Y pues te puede sobrevenir esta fatalidad, y mucho mas en este siglo en que se respira un aire escritorero, debes perdonar á este pobre escritor, por-

que Dios depare quien te perdone á tí, si en semejante trance te vieres. Vale.

Protesta del Autor.

Iba á poner fecha y postdata, cuando me advirtió el Pimporrero que jamás habia visto prólogo con estos remates. Pero yo, lector erudíto, que tenia aun otra cosilla que decirte, le supliqué que me diese su arbitrio para hacerlo. Se acordó de haber visto protestas en algunos libros, y me dió licencia para que yo tambien protestase. Usando de la cual te protesto, que cuando véas que en mis Cartas se dan los títulos de sapientísimo, eruditísimo, incomparable, doctísimo, y otros semejantes á los señores eclécticos, no es mi ánimo que tú lo entiendas, sino como ellos piden ser entendidos. A nadie le quito, ni le pongo. Si tú en vez de sapientísimos los tienes por otra cosa, buen provecho te haga, y con tu pan te lo comas. Ultimamente, si el público se conviniere en que estos nombres deben entenderse al revés, soy tan dócil, y tengo tan buen genio, que luego, luego subscribiré á su dictámen.



CARTA XV.

Sr. D. Manuel Custodio.

Amigo y señor: quisiera yo que V. me confesase una verdad. Cuando en la carta que acabo de recibir me dice: que hay en esa ciudad personas que miran con sobrecejo mi trabajo, y reputan por perdido el tiempo que gastarian en pasar mis Cartas por la vista; cuando me dice esto, ¿lo hace por tentarme? Valga la ingenuidad. No soy tan bobo que desde luego no haya previsto que habia de suceder así. Hay en Sevilla personas, que ciertamente perderian el tiempo que consumiesen en leerme, á causa de que nada digo de que ellos no esten medianamente instruidos, y de que si fuese posible, no me pudiesen iluminar: las hay á quienes las Cartas necesariamente han de desagradar, porque les tocan en lo mas vivo de su literatura, y porque derribándoles el único apoyo de su modo de subsistir, tiran á dejarlos por puertas. Esto, como he dicho á V., ya yo me lo sabia: mi ánimo no ha sido escribir para los sábios verdaderos, ni el ánimo de los sábios fantasmas ha sido jamas que yo escribiese; antes bien si pudiesen ellos meterme un poquito mas hondo del sitio donde estoy, no habian de dejarlo por falta de voluntad ni diligencia. Estemos en esto, y si no fuese mas que esto lo que V. me dice, habria perdido el tiempo que gasto en escribirlo; pero como al instante me añade que las referidas personas tienen mucha reputacion de erudítas: que algunos han estudiado mes y medio de leyes: otros conocen los libros por los aforros, y saben los nombres de todos los impresores habidos y por haber: otros estan de continuo á la puerta de una libreria, que no parece sino que piden limosna:

otros son poetas con ayuda de vecinos: otros en fin (y estos son los mas) se dan á la leccion de algun diccionario de las ciencias y artes, comprendido en cincuenta fólios en octavo; debo responderle, que ó yo no entiendo de ironías, ó es una ironía la que V. hace y quiere que yo continúe.

Mas amigo mio: si todo lo que merece ridiculizarse en materia de literatura hubiese de llevar su repaso, haga V. cuenta que sería necesario llamar para que escribiesen á todos los gallegos de Galicia. La abundantísima cosecha de eruditos que estos últimos tiempos han producido, tal vez para castigo de nuestros pecados, las infinitas especies de sabiondos que me aseguran multiplicarse cada dia, y los varios ramos sobre que fundan el mérito de su erudicion, presentan un objeto capaz de aterrar aun al mas determinado é instruido. Para perseguir á esta casta de gentes, erán necesarias muchísimas mas fuerzas que las mias; que si hubiese de valer mi dictámen sería menester hacer, como se hace en este tiempo con los grajos y los gorriones, á saber; repartir cuatro docenas de estos vichos á cada vecino del Parnaso, para que poco á poco se exterminase esta cruel plaga que tan sin piedad nos consume. Esto no está en nuestra mano: con que no nos queda mas remedio que el que tenemos contra las pulgas; rascarnos si nos pican, y dar un estrujon á la que cae en nuestro poder.

Dice V. que se admira de que desprecien aquello, de que no han tomado conocimiento, ni saben como será. Y yo debo responderle, que esa ingenuidad con que parece que me habla, es contrabando en el siglo XVIII, y de consiguiente se me hace sospechosa. ¡Hombre de Dios! ¿Con qué V. está creido en que en estos tiempos nadie debe dar voto sin conocimiento de la causa? Ea que no lo creo mas que V. me lo diga. Lo que deberia aturdirnos sería, si entre tantos votantes como hay sobre todas cosas, se descubriesen siquiera un par de docenas que supieran lo que hablan: y vé V. aquí la causa, de por qué esas personas (sean quienes fueren, pues no me importa saberlo) tienen tanta enemiga en mis Cartas, porque los pobrecitos hablan lo que saben. Se han tomado el trabajo de leer cuatro cositas en el Vernei, ó en otro autor *ejusdem farinæ*; se les han quedado en la memoria las preciosas invectivas que allí hay contra mí y con-

tra mi escuela; veri que por ahí va el agua, que es moda hablar así; y con sola esta prevencion estan en posesion de despreciar *elato supercilio* al Peripato, de quien no saben siquiera ni un significado; aplaudir los descubrimientos de la (como ellos le dicen) *verdadera filosofía*, de cuyas doctrinas estan en ayunas, y (aquí está el negocio) reirse de los escolásticos, como de gente sin cultura, sin instruccion, bárbara, pastrana, partidaria, petardera y otros tales seiscientos epítetos. Esta es su conversacion, este su divertimiento, esta toda su instruccion y doctrina. Si las Cartas de Aristóteles les hacen ver alguna cosa en contra, se les acaba todo el caudal de literatura, y es necesario que se apliquen á la gaceta para mantenerla. Déjelos V. pues hablar en general como acostumbran, pues ni ellos ni aquellos que los oyen, quitan ni ponen mérito á mis Cartas. Todos sus votos son en blanco. Si me censuran, me reiré: si me aplauden, entraré en sospecha; pues hablando con toda ingenuidad, no quisiera yo tener tan eruditísimos aprobadores.

Otra cosa es, amigo mio, la otra especie de gente, que aunque no con mucha abundancia produce esa ciudad. Tantos hombres de bien vestidos de lana; tantos sombreros de canóa, debajo de los cuales se encubre mas de lo que parece; tantos Catones togados, y sin toga: bien los conoce V.: son muchos de ellos sus amigos; pertenecen no pocos al cuerpo respetable, de que V. es miembro; y aunque su mérito, porque las cosas estan así, viva comunmente desairado, se hace visible, á pesar de tanta pantalla de hojarasca como le ponen por delante. Estos son los aprobadores que busco; estos los censores que temo, y de quienes quisiera, ó que no leyesen mis Cartas si son malas, ó no las dejasen de las manos si son buenas.

¿Qué es esto, señor Aristóteles (estará V. diciendo para sí)? ¿Tenemos otro prólogo en tierra? Poquito menos, amigo don Manuel; y no es poquito mas, porque contra todo mi gusto reprimo una avenida de especies que ha inundado mi imaginacion, y porque ya me parece tiempo de empezar á cumplir mis repetidas promesas en órden al eclecticismo. Mi primer proyecto fue dejar esta materia para el fin: he variado de pensamiento por las muchas citas que he hecho en las anteriores, y quiero empezar á evacuar, para

que mi trabajo lleve el mejor órden, de que la materia sea susceptible.

Confieso á V. con toda ingenuidad que no dejo de tener mis temores, cuando echo mano á impugnar este modo de filosofar, que se ha hecho en el dia tan comun. Ya pues sea por la inclinacion que tiene la escuela peripatética á respetar lo que ve generalmente aplaudido de los sábios, ya sea por alguna otra causa que ignoro, miro como empeño dificil rebatir lo que aprueban no solamente la chusma de filósofos minutos, sino tambien muchos hombres que tienen y merecen el nombre de verdaderos sábios. Por otra parte si reflexiono las razones que me asisten, me parecen tales, que á su vista se deshace todo el crédito de la filosofía ecléctica, y queda ésta reducida á una enorme equivocacion, ó á una solemne patarata. ¿Qué haré pues? Confesar ingenuamente que el eclecticismo es la moda del dia; y valerme para impugnarlo del mismo arbitrio que se han valido para establecerlo. Este es el instár á que la materia se mire en sí misma, depuesta toda preocupacion. Se ha clamado contra la preocupacion hasta aquí: se ha dicho de ella que es la que ha perdido las letras: sobre este verdadero ó falso pretexto se ha levantado el vasto edificio de la nueva filosofía: con esta máquina, mas que con todas las otras, se ha impugnado á Aristóteles. Oigan, pues, á Aristóteles convencido de que es dañosa la preocupacion: óiganlo pedir que no se haga caso de ella. Ciceron me dejó apuntado en un papel el memorial con que debo pedirlo, sacado de la oracion que él dijo por un tal Cluencio. Dice así:

......."*Quamobrem à vobis, Judices, antequam de ipsa causa dicere incipio, hæc postulo: primum id, quod æquissimum est, ut ne quid huc præjudicati afferatis. Etenim non modo authoritatem, sed etiam nomen Judicum amittemus, nisi hîc ex ipsis causis judicabimus, ac si ad causas judicia jam facta domo deferremus: deinde si quam opinionem jam vestris mentibus comprehendistis, si eam ratio convellet, ratio labefactabit, si denique veritas extorquebit; ne repugnetis, eamque animis vestris, aut libentibus, aut æquis remittatis: tum autem, cum ego unaquaque de re dicam, et diluam, ne ipsi, quæ contraria sunt, taciti cogitationi vestræ subjiciatis: sed ad extremum expectetis, et me meum dicendi ordinem servare patiamini.... Ego me, Judices, ad eam causam*

accedere, quæ jam per annos octo (mucho mas hay que se disputa de esta materia) *continuos ex contraria parte audiatur, atque ipsa opinione hominum tacita, prope convicta atque damnata sit, facile intelligo. Sed si quis mihi Deus vestram ad me audiendum benevolentiam conciliarit, efficiam profecto, ut intelligatis, nihil esse homini tam timendum, quam invidiam: nihil innocenti, suscepta invidia, tam optandum, quam æquum judicium: quod in hoc uno denique falsæ infamiæ finis aliquis, atque exitus reperiatur. Quamobrem magna me spes tenet, si ea, quæ sunt in causa, explicare, atque omnia dicendo consequi potuero, hunc locum, consessumque vestrum* (yo diria esta disputa y juicio vuestro), *quem illi horribilem A. Cluentio* (este soy yo por ahora) *ac formidolosum fore putaverunt, eum tandem ejus fortunæ miseræ, multumque jactatæ portum, ac perfugium futurum. Tametsi permulta sunt, quæ mihi antequam de causa dicam, de communibus invidiæ periculis dicenda esse videantur; tamen ne diutius oratione mea suspensa expectatio vestra teneatur, aggrediar ad crimen* (á la disputa) *cum illa deprecatione, Judices, qua mihi sæpius utendum esse intelligo, sic ut me audiatis, quasi hoc tempore hæc causa primum dicatur, sicuti dicitur; non quasi sæpe jam dicta, et nunquam probata sit. Hodierno enim die primum* (al menos en Sevilla) *veteris istius criminis diluendi potestas est data: ante hoc tempus error in hac causa, atque invidia versata est. Quamobrem dum multorum annorum accusationi breviter, dilucideque respondeo, quæso ut me, Judices, sicuti facere instituistis, benignè, attentèque audiatis.*"

Si hemos de estar á lo que nos dicen los mismos filósofos eclécticos, Renato Descartes debe ser mirado como el primero ó el principal restaurador del eclecticismo. Él fue quien, sacudiendo el yugo de toda autoridad humana en las materias filosóficas, abrió el camino para que en ellas se consultase sola la razon: quien, instituyendo una duda universal sobre todo lo que puede caer debajo de nuestro conocimiento, nos enseñó á desprendernos de las preocupaciones, y á dar voto sobre cada cosa, no por lo que se habia pensado hasta allí, no por el número, peso y autoridad de los que antes habian decidido, sino por lo que nuestras propias luces descubriesen en ella. Ninguna cosa nace desde luego perfecta; por esto aunque Descartes hizo mucho, dejó mucho que hacer á los que le sucedieron. Cada cual fue aña-

diendo sus observaciones, sus estudios, sus trabajos á los rudos principios que Descartes puso, hasta que á principios de este siglo (era preciso que fuese asi) tomó la filosofía aquel hermoso aspecto, de que habia carecido *tota retro æternitate*, y salió á luz para bien de los hombres el eclecticismo.

Es pues el eclecticismo, segun Antonio Genuense (Art. Log. lib. I. cap. 6. §. 16.), aquella filosofía ó modo de filosofar, en el cual buscamos la sabiduría solamente por la razon: *in qua sapientiam ratione tantum quærimus*: aquel modo de filosofar, dice Vernei (Apparat. lib. 2. cap. 6.), en que nada se concede á los nombres, ó crédito de los autores, á las opiniones, en que suele intervenir la preocupacion ó prejuicio; *nihil jam auctorum nominibus, nihil præjudicatis opinionibus tribuitur*: en que se examinan las verdades sin espíritu de partido; *omnia sine partium studio expenduntur*: en que se antepone á todo lo demas lo que tiene conexion con el fin, que debe proponerse la ciencia, y se omite lo que carece de ella; *quæ ad finem, quem disciplinæ habent, conducunt, anteponuntur reliquis; cætera prætermittuntur*: en que si ocurre alguna cosa, cuya decision no es posible, se deja sin decidir para no engañar á los lectores; *si quæ penitus involuta ocurrunt, in medio relinquuntur, ne lectoribus imponamus*. Últimamente es aquel modo de filosofar que no adhiere á maestro, ni sistema alguno, y para quien no vale tanto la amistad de Platon, que haya de anteponerse á la verdad que abraza donde quiera que la encuentra, como dice el P. Villalpando (tract. Prolog.): *Nulli Magistro, aut doctrinæ systemati adhæret, ne illi est adeo Amicus Plato, quin sit magis amica veritas, quam ubicumque invenit, amplectitur.* No se pára, pues, la filosofía ecléctica en sistema alguno, todos los corre, todos los examina, y de todos escoge lo que es mas conforme á la razon y á la verdad. En una palabra: es ella la quinta esencia de todas las filosofías, y como dicen los eclécticos, usurpándole á Clemente Alejandrino las palabras, no es alguna de las sectas, sino lo mas escogido de todas las sectas de filosofías: *Philosophiam dico, non Stoicam, non Platonicam, et Aristotelicam, sed quæcumque ab istis sectis rectè dicta sunt.... hoc totum selectum dico Philosophiam.* Por ninguno jura un ecléctico, á ninguno tiene ojeriza, y como dice Altieri, tomándole las palabras á Horacio epist. 1.:

Nullius addictus jurare in verba magistri,
Quo me cumque rapit tempestas, deferor hospes.
Nunc agilis fio, et mersor civilibus undis,
Virtutis veræ custos, rigidusque satelles:
Nunc in Aristippi furtim præcepta relábor,
Et mihi res, non me rebus, subjungere conor.

Este es el carácter del eclecticismo, á esto se reduce; y aunque haberlo expuesto de este modo es haberlo probado, sin embargo me parece oportuno añadir las razones con que los eclécticos lo prueban, y reforzarlas en cuanto me sea posible.

1. En primer lugar la verdadera filosofía, como todas las cosas humanas, debe fijarse en un buen medio: cualquier estremo es vicioso. Ahora bien, entre los modos de filosofar ninguno guarda este medio como el eclecticismo. Hay ciertos filósofos, ó quieren pasar por tales, que todo lo niegan, que todo lo dudan, y que nos quitan la esperanza de saber alguna cosa: tales son los *Pirronianos.* Los hay que todo creen que lo saben, y que todo juzgan poder decidirlo por los principios de su secta: estos son los *Dogmáticos* y *Sistemáticos.* A ninguno de estos extremos va el verdadero *Ecléctico:* ni desconfia de encontrar la verdad, ni juzga que en alguna secta precisamente ha de encarcelarse: duda templadamente, y solo asiente cuando le convence la razon.

2. Y en efecto ¿para qué habia Dios de habernos dado esta noble potencia? ¿Para que á manera de bestias nós dejásemos guiar de otros? ¡Ah! Que esto sería ser *servum pecus*, como dice el Genuense: resultaria de aquí verificarse en nosotros lo que mucho tiempo ha notó Horacio, y copia el mismo Genuense: *libertate caret, Dominum vehet improbus, atque.... serviet æternum ingenio quia nescit uti.* Si pues se nos ha dado una potencia libre, usemos libremente de nuestra razon. Lo demas es imponernos un yugo vergonzoso.

3. ¿Qué yugo no se han impuesto los peripatéticos? Enseñados á no saber mas que explicar á Aristóteles, han tenido la filosofía por largos años sin dar siquiera un paso en ella. Aquel era reputado por mayor sábio, que mas trabajaba en las obscuras é inútiles obras de este recóndito filósofo: salir de aquí era un enorme pecado. De modo, que no

parecia sino que Aristóteles habia sido formado de otra masa que los restantes hombres, y éstos solo nacidos para admirar á este filósofo, para tributarle supersticiosos cultos, y no atreverse á mover los pies ni las manos sin su beneplácito.

4. ¿Puede darse cosa mas absurda? Sea Aristóteles sábio, todo cuanto quieran sus discípulos: mas acaso ¿lo ha sabido él todo? Si el mismo Aristóteles hubiese de responder, diria que no. ¿Qué locura es, pues, atenerse á él solo? Sean malos todos los otros filósofos, cuanto los peripatéticos quieran ponderar, ¿podrá negarse que tienen mucho bueno? ¿Por qué, pues, no hemos de aprovecharnos de lo tal cual bueno que tengan? Todos fueron hombres, todos tuvieron sus defectos, todos pueden proporcionarnos grandes ventajas. Busquémoslos á todos, examinémoslos con cuidado, y hágase de cuanto bueno traigan un cuerpo de filosofía.

5. Es propio de un hombre racional buscar la sabiduría donde quiera que esté. Viajaron para este efecto los antiguos filósofos, y no se contentaron con las luces que tenian en su patria, mientras pudieron enriquecerse con las que producian las agenas. Viajemos nosotros tambien, no ya de provincia en provincia, sino (lo que es menos trabajoso) de autor en autor, de libro en libro. La variedad de doctrina hermoseará nuestra instruccion; y la multitud de modos de explicar las cosas naturales nos facilitará medios, para demostrar en todo sistema que es verdadera, sábia é irreprensible nuestra Religion.

6. Se acabarán de este modo las torpes consecuencias, á que nos ha conducido una ciega é ignorante servidumbre: cesará el espíritu de partido que tanto ha dado que hacer á la república, y tantos males le ha traido; no se dirán ya aquellas importunas y enfadosas voces de: *Yo soy Tomista, yo soy Scotista, yo Baconista, &c.* Sola la verdad triunfará: no estarán los hombres de bien obligados á sentir por fuerza contra su propio sentir; ni resonarán las aulas con las infinitas cuestiones de solo nombre, que con tan poco fruto se estudian, con tanto escándalo se disputan, y que tanto estragan los ingenios.

7. Ultimamente, tiene á su favor la filosofía ecléctica no so la razon, como ya se ha expuesto, sino tambien la au-

toridad, y el egemplo de los mayores hombres. Estan decididos por ella Potamon y Clemente Alejandrino; todos los filósofos de buen gusto que han nacido desde la reparacion de las letras hasta nuestros dias; y si se mira bien, todos los Padres de la Iglesia, y los mas célebres de los filósofos antiguos, que amaron mas la verdad donde quiera que ella se encontrase, que la tenaz adhesion á la secta donde nacieron, y en cuyas doctrinas fueron educados.

Estos son, amigo don Manuel, los argumentos que hacen á favor del eclecticismo, expuestos (como V. puede haber notado) con toda sinceridad, y con el nervio que me ha sido posible. No sé si habrá otros. Los eclécticos que he leido no los traen, ni á mí me han podido ocurrir. Por tanto, mientras no parezcan mas, no tengo que responder á mas que estos. Pero como la respuesta á ellos ha de ser la impugnacion del eclecticismo, y para esto serán necesarias muchas especies, y no pocas cartas, me contentaré en ésta con solverlos al estilo de mi escuela, y trataré despues el plan de impugnacion con que pienso llenar las otras.

Digo pues al primero, que estriba sobre dos falsedades: la primera es que el eclecticismo guarda el medio. Haré ver que declina al pirronismo. La segunda que los filósofos sistemáticos creen que todo lo saben. Con solo leer á cualquiera de ellos, está convencido lo contrario.

Al segundo respondo: que tan malo es perder la libertad en filosofar, como extenderla á mas de lo que ella alcanza. Que los eclécticos han egecutado esto último, lo convenceré; y que no estan libres de lo primero, ya lo tengo convencido en mi Carta IX.

Al tercero he dicho lo bastante en la Carta VIII. Expuse en ella los fundamentos que asisten á los peripatéticos para haber de seguirme, y el juicio y prudencia con que me siguen.

Al cuarto digo: que no todos deben leerse; que entre los que se leen, debe escogerse uno que sirva de maestro; que lo que uno no enseñare, se busque en el otro; que en lo que errare se corrija; pero que ni á título de que un autor es bueno ha de seguirse *sine delectu*, ni á título de que trae algo malo ha de despreciarse, ni mucho menos porque acierte en algo se ha de querer que se siga en todo. A esto

faltan los eclécticos. Su aversion á mí es una prueba la mas decisiva: su propension á los novadores es otra no menos convincente.

Respondo al quinto: que la verdad no es mas que una. De las explicaciones varias que se dan á la naturaleza, no puede cuadrarle mas que una: las demas necesariamente han de ser falsas; y las falsedades ni hermosean al hombre, ni mucho menos defienden la Religion.

Digo al sexto: que todas las que se apuntan como consecuencias de la filosofía sistemática, no son vicios de ella, sino de sus profesores. Al contrario el eclecticismo, por sí produce el espíritu de partido, y es susceptible, como *los* sistemas de todos los otros defectos.

Al último respondo: que si los señores eclécticos se convienen en que terminemos nuestras diferencias á pluralidad de testigos, no tendré embarazo, y contaré desde hoy por mia la victoria. Digo tambien que Potamon, Clemente, y los otros PP. y FF. fueron libres en filosofar; pero no pensaron en ser eclécticos, como lo entienden los que los citan.

Tengo apuntadas ya las soluciones que pienso dar á los argumentos. Ellas envuelven muchos puntos que he de controvertir; puntos muchas veces disputados, y otras tantas decididos. ¿Quién habia de creerlo? Cuando yo pensaba que tendria mucho que trabajar en la averiguacion de unas materias que se dicen nuevas, me he hallado que son mas viejas que la sarna, y con que las han controvertido y apurado muchos escolásticos ranciosos. Me hallo el trabajo casi hecho, y el eclecticismo impugnado á poca costa. No echemos ya mas palabras al viento: tracemos el plan de mis siguientes discursos, á los que he dado el órden que se sigue:

1.° No hay filosofía ecléctica, cual se describe por los eclécticos.

2.° No puede haberla.

3.° Aun admitida, sería invencion ridícula.

4.° Y tambien inútil, y en mucha parte perjudicial.

5.° El pensamiento de hacerse ecléctico está lleno de soberbia.

6.° Y de dificultades, de que no se puede salir con felicidad.

7.° La duda, que se supone como basa del eclecticis-

mo, tiene graves inconvenientes. Propende al pirronismo, y no libra de la credulidad de los pitagóricos.

8.° Los eclécticos no entienden bien la libertad: idea de la que se requiere para filosofar con acierto: no la tienen los eclécticos: peligros de la libertad mal entendida.

9.° Extremos en que han dado los eclécticos en el uso de los filósofos: no han hecho la distincion que se debe.

10.° No es el eclecticismo del dia el que cuadra con la Religion. Cómo se debe la filosofía sujetar á ésta; peligros que le trae cuanto la repugna. Examen del peripato en esta parte, y de la filosofía moderna.

11. Espíritu de partido se suele llamar á lo que no lo es: se fija su idea: no puede el eclecticismo destruirlo: sirve mucho para promoverlo.

12. Cuestiones inútiles de los escolásticos se examinan: se hace cotejo con las que controvierten los modernos. Voces barbaras: vuelve á ilustrarse este punto; y se averigua cuál es en la materia el mérito de los modernos.

13. Los PP. y FF. no fueron eclécticos como los de ahora.

14. Conclusion, que deberá nacer de estas verdades: idea de una filosofía útil: se prefiere la escolástica, y se le da á la moderna el lugar que debe tener y la corresponde.

Aquí tiene V., amigo mio, el índice de las materias que tengo que examinar, y que examinaré con la brevedad que me sea posible. Estoy entendido en que no son difíciles de probar los puntos que he propuesto, y que una vez probados, ó darán con el eclecticismo por tierra, ó al menos nos librarán de las importunísimas invectivas con que los eclécticos nos estan geringando. Preste V. pues paciencia, prepárese para una gran runflada de cartas, y no deje de avisarme si acaso sabe que los eclécticos tienen á su favor algun argumento que yo no me haya objetado. Esto es lo que tengo que decir por ahora; pues aunque quisiera emprender la impugnacion desde esta Carta, el Tuerto me tiene conminado sobre que no ha de escribir en viendo que soy tan largo como en las últimas. *Fac ut valeas.* = *Aristóteles.*

Fecha aquí mismo, en un dia que trae el Almanaque.

P. D. Este Pimporrero y el mismo diablo no parece sino

que son una misma cosa. Todo lo disputa, á todo se opone, y en todo malicia. Cuando Averroes volvió de llevar el prólogo, venia el buen hombre tan afligido y lleno de lágrimas, que era una compasion mirarle. Movidos de ella, quisimos saber la causa de su pena; y arrancando él de lo íntimo del pecho un suspiro tan grande, que en esa tierra pudiera haber pasado por rebuzno, se lamentó amargamente de su mala suerte, porque no le dejó nacer en siglo tan feliz como el presente. Pues ¿qué tiene este siglo mas que los otros? replicó el Pimporrero. Ay amigo, respondió Averroes, ¿qué tiene? ¿Es poco tener el que ahora pueda un hombre con toda seguridad saber que es docto y virtuoso? Chúpate esa, dijo el Pimporrero, diéramos gracias á Dios de que ahora supieran los cojos de qué pie cojeaban, cuanto y mas de que supieran unas cosas, de las cuales la primera no debe saberla el que la tiene, y la segunda no puede conocerla mas que Dios. Pues yo, dijo Averroes, sin ser Dios, lo conozco, y me consta. Pues V. es un salvage, replicó el otro. De aquí se agarraron: ¡qué gritos, qué patadas, qué dicterios! Nos vimos y nos deseamos para apaciguarlos, porque el Pimporrero parecia que habia comido lengua, y hablaba mas que un corral de mugeres. Escarmentado yo de este ruido, y temiéndome que la cosa pasase otro dia á lo que no queríamos, llamé á Averroes, y le pregunté si era cierta la especie: él me aseguró que no admitia duda: que habia visto por aquellos ojos que habia comido la tierra, á uno que estaba en conocimiento de que era santo y docto; y no solamente lo estaba, sino que en fuerza de ello pretendia conseguir no sé qué cosa, no ya por la via ordinaria, sino por la egecutiva, siendo él en una pieza parte que pedia, juez que sentenciaba, y escribano que lo hacia saber. Le pregunté sobre si era justa la sentencia; á que respondió: que en caso de no ser justa, sería solamente por la parte de docto, sobre que habian resultado varias instancias, no de muy poco momento; pero en cuanto á lo santo era negocio pasado en autoridad de cosa juzgada en un tribunal, que para decidir en esta materia hay en el mundo, sin licencia del Rey, ni aprobacion del Papa. Certificado así, me ha ocurrido aprovecharme de este descubrimiento para contener al Pimporrero. Hágame V. favor de buscar por ahí á uno de

esos virtuosos que saben que lo son, córteles V. una reliquia (no importa que sea una oreja), y enviémela con Averroes; pues aunque á este sitio no puede venir nada de virtuoso, esto lo entiendo yo muy bien de los que lo son sin saberlo; pero los que lo cacarean, tendrán privilegio para que sus reliquias se puedan llevar á todas partes. Enviémela V., pues, para tocársela al Pimporrero, á ver si quiere Dios que no hable en dos años.



CARTA XVI.

Sr. Don Manuel Custodio.

Mi amigo y señor: llegó por fin el tiempo en que dejándonos de escaramuzas, nos demos los señores eclécticos y yo la batalla campal, y veamos al fin por quien queda el campo de victoria. Las revoluciones que ha habido en la filosofía desde el siglo XV hasta el nuestro, han traido á la república de las letras en una perpetua agitacion, y en una peligrosa alternativa. No se ha podido fijar pie en parte alguna: cualquier partido que se haya querido tomar, ha estado lleno de inconvenientes y peligros; y si malo ha sido ser peripatéticos, no ha sido bueno tampoco alistarse bajo las banderas de Cartesio, Gasendo, y otros tales. Se ha llamado este tiempo el de *la ilustracion*, *la edad de oro*; pero ha sido para las letras una edad de oro tan mala, como lo fue la de Roma para su república. Ya Syla se apodera de Roma para llenarla de estragos; ya Pompeyo es mirado como su esperanza al principio, y luego su ruina; ya Catilina trata de destruirla; ya César la oprime; ya disputan entre sí sobre sojuzgarla Augusto, Lépido, y Antonio. Todos se precian de no pretender otra cosa que la tranquilidad y bien comun; así lo dicen: todos van á hacer servir la causa pública á sus particulares intereses; así lo hacen. ¿Y en qué viene á parar esto? En que el miserable ciudadano, ni por bueno, ni por malo, esté seguro. Vence uno, y proscribe á unos pocos; vence otro, y proscribe á los que quedan, encontrándose apenas un Ático que sepa precaverse del peligro.

¿Qué tal le parece á V. este cachito de sermon? Digo: lo pillara el amigo de los *periódos de golpeo*, *é ingenios cor-*

tadores, ¿no tenia de qué hacer maravillas? Mas dejémonos de digresiones, y vamos á nuestro caso. La suerte de la filosofía es muy semejante á la que tuvo Roma en la situacion en que la he retratado. Era ella antes de Descartes una república sobria, moderada, racional y gloriosa: se obtenia en ella una bien regulada libertad: habia sus Padres conscriptos: habia su plebe sostenida de sus tribunos; y ni la potestad tribunicia sofocaba la autoridad del Senado, ni ésta podia con facilidad oprimir al pueblo: nada de lujo, nada de follage: solia ir á sacar de entre los arados á sus dictadores; pero á éstos no les estorbaba lo grosero de su ocupacion y modo de vivir para triunfar de sus enemigos. Algunas veces se encendia la discordia civil; pero nunca de modo que se arruinasen los principios de la religion y legislacion, que eran los dos apoyos de la república. Eran hombres los ciudadanos, y muchas veces disputaban sobre cosas de nada con demasiado calor, v. gr.: sobre si las matronas deberian usar de la seda y oro en sus adornos: sobre si los cuarteles de invierno se habian de poner fuera de la ciudad. Pero tampoco se les puede negar que las mas de sus asambleas tenian por objeto cosas de suma importancia, y que sabian llevar á debido efecto las resoluciones que tomaban en la curia. Decia: *deleatur Carthago*; y Cartago, que quiso que no, fue *deleta*. No sé si por su fortuna se apoderó de la Asia: lo que si sé, es que desde aquel punto puede contarse el principio de su ruina. Las delicias de aquella hermosa provincia que trajo á su ciudad fueron el nuevo caballo, de cuyo vientre salieron los que habian de incendiar á esta Troya. Constantinopla tomada por el turco nos surtió, esa es la verdad, de muchos sábios: mas desde su venida al Occidente, *insuevit exercitus populi romani amare, potare, signa, tabulas pictas, vasa cælata, mirari, ea privatim, ac publicè rapere, delubra Deorum spoliare, sacra profanaque omnia polluere* (Salust. de bel. Catil.)

Con el lujo literario vino la ambicion, con la ambicion las guerras, con las guerras el mas horroroso catástrofe. Como los poetas en Roma, así tomaron á su cargo los gramáticos alemanes echar por tierra la religion; y como los del órden senatorio la república, intentaron los filósofos franceses trastornar toda la filosofía. Los estragos que oca-

sionaron aquellos, fueron bien deplorables: las novedades que intentaron éstos cuando no hayan tenido otro efecto de mas consideracion, no se puede negar que han puesto en movimiento á toda la república. Como Syla contra Mario, peleó Gasendo contra Descartes; pero éste al fin *rerum potitus est*. Contra el se han suscitado varias conjuraciones que, aunque al principio no le destronaron, le fueron preparando la caida. Nació en Inglaterra el César Newton, nació en los Cantones Suizos el Pompeyo Leibnitz: hubo su *prælium pharsalicum*: mas todavia no se ha sabido quien llevó la peor parte del combate. Murió Leibnitz á manos, no del Rey de Egipto, como Pompeyo, sino de Locke, Clark, Keill, y otros del partido de César. Pero para éste no faltaron tampoco Brutos, y Casios. Wolfio, Tomasio, y sus colegas lo cosieron á puñaladas. Parecia ya tiempo de que la república respirase; pero no señores, que todavia nos queda que luchar con la pata de gallo del triunvirato, y tiene que alegar sus derechos el eclecticismo. Con que no hay mas remedio que tomar las armas, y averiguar quien es quien nos gobierna. Vamos á verlo, aunque deben estar entendidos los eclécticos en que no lucha por ahora con ellos mas que la tropa ligera del peripato.

La primera plaza que les intentó tomar, es el nombre de que se valen. Se llaman *Eclécticos*; dicen que profesan una filosofía ecléctica, y que esta es la que debe seguirse por todos. Señores mios, ¿que tengan VV. conciencia para mentir así á presencia de todo el orbe literario? ¿Dónde está esa filosofia ecléctica, ese duende, ese cuco, que tanto ruido nos da? Yo hallo en VV. admirables definiciones de ella, leo magníficas alabanzas, oigo incomparables frutos. Movido de sus voces, voy á buscar la cosa definida, el héroe alabado, el árbol prodigioso; y maldita sea mi calva si lo encuentro. ¿Dónde está? ¿Dónde lo han puesto VV.? ¿Es quizá alguna de las ideas de Platon que se ande por esos cielos? ¿Habita acaso en su república, que me dicen estar un poco mas allá de los espacios imaginarios? ¿Dónde está? pregunto de nuevo. Si la nueva filosofía no nos hubiera enseñado que no hay *accidentes absolutos*, me inclinaria yo á creer que era algun accidente *sine subjecto*, avecindado en las abstracciones del entendimiento agente. Pero si esto no puede ser, ¿dón-

de está? Si yo pregunto por las matemáticas reducidas á una perfeccion justa, luego, luego se me señalan muchos, así modernos como antiguos, que me dan razon de ellas: si por la jurisprudencia, me sucede lo mismo: lo mismo en la historia: lo mismo en la medicina y teología; pero cuando yo vaya á buscar al eclecticismo, ¿me quieren VV. decir á quién he de preguntar por él? Sé que para hallar una buena teología no tengo que hacer mas que buscar á un Bosuet, á un Lambertini, á un Natal, y á otros muchos; pero para encontrar con una filosofía ecléctica, todo se me va en preguntar á muchos, y no encontrar uno solo. Cada cual me da buena razon de ella, me la describe como un don de los dioses, como una Pandora. Se irrita mi deseo, doblo mis diligencias, multiplico mis cuidados, siempre voy cerca de ella, y por fin y postre *fugientem persequor umbram.*

Vamos claros, señores eclécticos: no es razon que los hombres de bien nos andemos engañando; acabemos de convenirnos en qué quiere decir *eclecticismo*; no sea que este nombre diga una cosa, y yo ande en busca de otra. ¿Quiere decir acaso no ser *Aristotélico*? ¿Impugnar á Aristóteles (ó darlo por impugnado, que para VV. todo esto es sinónimo.)? ¿Decir mucho contra él, sin haberlo visto? ¿Tirarle á los escolásticos, y ponerlos de bárbaros para abajo de cuanto se quiera? ¿Quiere decir esto? Si lo dice, ya entiendo yo muy bien donde está el eclecticismo; ya conozco sus héroes; ya estoy impuesto en toda la dificultad. Dicen VV. que no. Sea en hora buena, aunque me queda de botones á dentro ciertos escrupulillos que me obligan casi á no creerlos. Entro pues por ello, aunque me den burro; y pregunto otra vez: ¿consiste el eclecticismo en tomar cinco ó cuatro autores, ó los que se pudiere, y sacar de uno una cosita, de otro otra mas que no ate; de otro otra mas que contradiga, y así formar una filosofía remendada? Respóndanme VV.: nadie nos oye, yo guardaré el secreto, y no saldrá de mi boca para alma de este mundo. Si consiste en esto, me retracto, aunque no tengo cara para ello, de lo dicho. Pero en primer lugar, señores mios, ¿cómo tienen VV. alma ni conciencia para abrogarse un título que es comun á tantos hombres de bien? Desde que hay literatos, ha habido remendones de literatura; así como desde que hay zapatos, ha habido zapateros remen-

dones. Entre los escolásticos se encuentran muchos de estos eclécticos, cuyas obras no son mas que un parche de aquí, otro de allí, otro de allá, otro de acullá. Estos cajones de sastres han sido tan antiguos como la misma sastrería: bien lo saben VV.; y si no lo saben, váyanse á oir sermones, y encontrarán á puñados oradores eclécticos, esto es, oradores cuyo sermon es un centon de centones. Por lo cual soy de parecer, que no deben VV. en conciencia tenerse por inventores del eclecticismo, pues el eclecticismo en este sentido es tan trascendental, como lo ha sido siempre la vanidad de no ser, y querer pasar por literatos.

En segundo lugar, señores mios, esto de hacer un centon sin atadero, ¿les parece á VV. que es tan digno de alabanza? Si mi abuela viviese ahora, la habia yo de pedir que lo hiciese tambien, para que VV. se desengañasen de que este es un negocio que pueden hacer hasta las viejas. ¡Por cierto grande cosa! Cosa que no requiere ni mas estudio, ni mas instruccion que saber leer y escribir, y tener dineros para imprimir lo que ya muchas veces se ha impreso. ¡Grande cosa! Sacar á presencia del mundo una produccion que el mundo no pueda entender, ni los que la escriben tampoco: que se esté mutuamente destruyendo: que lo que afirma aquí, lo niega acullá: que ni tenga órden ni principios, y que sea hija de siete leches. ¿Es esta la grande cosa que tan altamente se nos predica? Si no es ella, díganme VV. donde está esta filosofía ecléctica, porque yo ciertamente no la encuentro.

Si VV., señores mios, estuviesen de buena fé, no nos quedaria que hacer otra cosa. Confesarian los que son autores, que para escribir su filosofía ecléctica, ni hicieron mas estudio, ni se tomaron mas trabajo que copiar unas veces *de verbo ad verbum*, otras en cuanto al sentido, á cuatro ó seis filósofos modernos; que sin mas averiguacion ni mas exámen transcribieron á sus cartapacios lo que hallaron en los de los otros; tomaron contra la escuela lo que vieron escrito, y en los demas puntos escogieron de muchos lo que les pareció, sin meterse en averiguar, ó averiguando superficialmente, si era falso ó cierto, fundado ó infundado lo que tomaban. Confesarian los que no son escritores, que se llaman eclécticos, porque es moda llamarse así y por nada mas. Y en semejante ca-
taba todo facilmente remediado. En los escritores se re-

formarian las pomposas definiciones que traen de la filosofía ecléctica, y en lugar de este epígrafe se pondrian centones de varios filósofos; y en los que no han escrito, no habria mas que hacer que mudar el nombre de eclécticos en el de cualquiera cosa que no oliese á filosofía. VV. no estan de humor de hacer una confesion tan honorífica á la verdad; ni yo tampoco lo estoy de dejar de porrearlos, preguntándoles setenta veces. Si la filosofía ecléctica no es nada de lo que yo he dicho, si ella es aquel *divinum inventum* que tan altamente VV. pintan, y yo describí en mi carta anterior, tomándoles las palabras, acaben por Dios de enseñármela: ¿dónde está?

Ya me hago cargo que me dirán VV. que en los eclécticos; y á la verdad si en alguna parte hubiese de estar, á ellos les tocaba tenerla. Pero, señores mios, ¿no ven VV. que eso es mentira, y que ellos no la tienen? O sino díganme: ¿unos hombres que á cada paso se estan contradiciendo á sí mismos se ha de creer que tienen, no digo yo la ecléctica, que es el *non plus ultra*, sino una regular filosofía? Saben VV. que no. Pues sepan tambien que Stanley, hombre que se precia de ecléctico, que magnifica largamente al eclecticismo, y hace cuanto puede para promoverlo, confiesa sin embargo (de Phil. eclec. cap. 6.) que los eclécticos á cada instante se estan contradiciendo á sí mismos: *unde passim sibi ipsis eclecticos homines hosce contradicentes videas.* Pregunto mas: ¿una filosofía que no sea mas que cuentos de viejas y ridículos fingimientos, puede alabarse como digna de aprecio? Pues Muschembroek de quien VV. no tienen por qué sospechar, dice: que los que se llaman eclécticos, no han hecho otra cosa. Vean VV. en mi carta IX sus palabras todas, y oigan ahora las que hacen al caso: *Scientiam anilibus fabulis, turpibusque commentis refertam condiderunt, qui sese eclecticos professi sunt.* Señores mios, dos testigos son estos que he citado que no hay por donde desecharlos, y que es menester una probanza de infinitos documentos para rebatirlos. Saben VV. bien, que confesion de parte, relevacion de prueba; y que si no miran como parte á los dos que he citado, se llevó Barrabás al eclecticismo. Ahora bien: el eclecticismo es la filosofía que está en los eclécticos: en los eclécticos no hay mas que contradiciones, cuentos de viejas y mentiras, como aseguran los eclécticos de mayor excepcion: *Ergo* (*ó igitur*, que por eso no he-

mos de reñir) el eclecticismo no es mas que contradiciones, cuentos de viejas y mentiras. Levántenle VV. el hopo al silogismillo.

Esto es puntualmente, amigo don Manuel, lo que yo siempre he pensado del eclecticismo. Ha sido él una invencion para disparar cada uno como se le antoje, y sorprender sin embargo la buena fé de todo el que no se acerque á examinar á los que disparan. Como ni la filosofía escolástica está libre de sus defectos, ni las sectas nacidas en los ultimos siglos son conciliables con la religion y la verdad, no es dificil persuadir á cualquiera que ninguna debe seguirse como esta, y que es otro el camino que debe tomarse. Entran aquí los eclécticos, y prometen cosas admirables, examinándolo todo, escoger lo mejor, llevar siempre á la razon por guia, abandonar las preocupaciones y otras infinitas cosas. Promesas ciertamente especiosas; pero promesas que en manera ninguna se han cumplido, y en las que no hay de bueno mas que las palabras, cuando por el contrario no necesitamos de palabras sino de obras. De aquí es el crédito del eclecticismo, de aquí la hinchazon de los eclécticos: crédito é hinchazon que se desvanecen con solo la pregunta que he hecho, y vuelvo de nuevo á producir: ¿esta decantada filosofía dónde está? ¿Quiénes son los modelos de ella? Los que se glorían de tenerla ¿la tienen en efecto? ¿O son unos embusteros de primera clase?

Respondan los hechos: en ninguna parte son menos del caso las descripciones metafísicas. Dígame V., amigo don Manuel, ¿quiénes son los eclécticos de ese mundo? ¿Qué han adelantado? ¿Qué han hecho que sea digno del nombre que se toman? ¿Los han llenado como corresponde los autores de los dos asertos que estoy impugnando? Vea V. mi carta X, donde examino nada mas que una plana ó un fólio de cada papel: ¿se puede dar cosa mas desbaratada? ¿Merece aquello pasar por filosofía? Pues sin embargo, lo que allí noté no es mas que una muestra, para que se viese la calidad del paño. No me paré mas que en las enormes contradicciones en que se implican, sin hacer caso de los desatinos que enseñan. Parte de ellos saldrá en adelante, porque todos es imposible. Sin embargo (debo confesarlo) los dos autores son los Príncipes del eclecticismo entre los eclécticos que V. conoce: es-

tos lo confiesan así, y aunque no lo confesáran, bien constantes son á todos las miserias, trabajos y fatigas en que los pobrecitos se hallan: bien se sabe hasta donde llega su adelantamiento, su instruccion, su estudio, su talento. Estos son los reformadores (*si superis placet*) de la filosofía entre VV.: hombres que tienen el título de valde, y que son filósofos y eclécticos, como yo turco y zapatero.

Eche V. mano á los libros, tome uno por uno los eclécticos, y dígame si encuentra en ellos esta decantada filosofía. ¿Qué es lo que pone á la vista ese ecléctico nacional que tanto ruido ha querido meter? Ya entenderá V. que hablo del P. Fr. Francisco Villalpando. ¿No hubiera sido mejor que ese religiosito hubiera tratado de encomendarse á Dios, sin meterse en escribir una obra que sea la mogiganga de la filosofía y de la nacion? ¿Quién lo indujo á que saliese con ese centon tan malísimamente forjado, si ni aun habilidad tuvo para echar de ver los yerros de imprenta de los autores que copiaba? Parece increible, amigo mio, y es cosa averiguada. Lea V. la censura que sobre su curso dió la universidad de Salamanca, y no podrá menos que ponerse las manos sobre la cabeza. Y esto es que aquel sabio cuerpo no dijo ni la décima parte de lo que pudo decir, y omitió porque era sobrado lo que dijo para el punto sobre que se consultaba.

Uno de los favoritos en el dia es Altieri. ¿Y acaso es ecléctico? Si señor: como por ecléctico se entienda un miserable pedante, que ni entiende lo que dice, ni lo que lee, como á primera vista echará de ver cualquiera que lo examine. Cuando se ofrezca disputar con el P. N., que ha copiado sus asertos de él, haré palpable esta verdad. Otros tales son, sobre chispa mas ó menos, el Brixia, el Verney, La-Tourri, Corsini y otros, de quienes no hago caso porque casi no sirven, y porque á primera vista dan bien á entender que no son ellos los que han nacido para reparar la filosofía. Dejémoslos, pues, si es que pueden estar mas dejados; y pongamos la mira en el mas célebre y mas seguido de todos el famoso Antonio Genovesi. Si en éste, que es el mas acreditado, y como el oráculo de la filosofía ecléctica, hago yo ver que no hay tal cosa, creo que habré probado mi proposicion de que no hay eclecticismo.

Para egecutarlo, sería menester desnudar á este filósofo

de todo el follage con que ha vestido sus escritos, exponer sinceramente y sin adornos sus doctrinas, cotejarlas entre sí, señalar las fuentes de donde se tomaron, fondear sus razones, oponer las contrarias, y llamar por jueces para la decision á los que saben dar su valor á cada cosa. Este era mi primer pensamiento. Se acordará V. que así lo he prometido en mis Cartas anteriores, cuando le ofrecí en ellas examinar un par de eclécticos. Mas ahora me ha sido preciso variar de dictámen á causa de que este trabajo abultaria muchísimo, siendo necesario para formar la censura del solo Genuense escribir tres tantos mas de lo que él escribió; y tambien porque me ha parecido, que para demostrar lo poco que este ecléctico vale, tendré sobrado con algunos argumentos indirectos, sin emprender una impugnacion formal de sus doctrinas.

Esto supuesto, daré á V. mi dictámen sobre el mérito de este acreditado filósofo. Su estilo es elegante; pero las mas veces afectado: su erudicion parece mucha; pero no es tanta como aparece, y á primera vista se le nota que por encajar un versillo que sabe de memoria, ó que ha encontrado en los libros que tiene entre manos, da cuatro ó cinco rodeos, guardando el consejo que á Miguel de Cervantes le dió aquel su amigo, de quien hace mencion en su discreto prólogo á la historia de don Quijote. Afecta tambien mucha inteligencia en las lenguas orientales: parece que en esta parte es mas el ruido que las nueces: está cogido en muchas equivocaciones; y no veo yo cómo asegurando á cada paso que escribe para los principiantes, se le deba disimular el frecuente uso de palabras griegas que no traduce, y que aquellos no estan en estado de traducir por sí mismos. Esto es por parte de los accidentes de su doctrina. Por parte de ésta estamos muchísimo peor. De todo lo que sobre ella hay que decir, escogeré por ahora cuatro capítulos que sean bastantes á echar por tierra su crédito, reservando para despues algunos mas graves, y omitiendo otros por no ser infinito en este punto. Digo, pues, que Antonio Genovesi escribió con *preocupacion*, sin *crítica*, sin *buena fé*, y sin *consecuencia*.

Con *preocupacion*. En el prólogo que puso al quinto tomo de su Metafísica, confiesa á los lectores un desengaño en que se halla. Les dice que en su primera edad habia estado per-

suadido, á que los hombres eran llevados por sola la razon á la sabiduría y honestidad; y que una vez descubierta la razon, nada habia que le pudiese ser contrario, antes bien arrastraba ella á los hombres contra su misma voluntad. *Nunc* (añade) *aliter ingravescens ætas sentire me cogit: nam ratione quidem gloriamur omnes: nemo unus ei mancipatus perstat, illiusvè jus tuetur usque. Non judicio decernimus, sed affectu, omnibusque animi perturbationibus. Neque ego sciverim, quo sub limine sisti præceps cursus possit: adeo tota hominum moles proclinata illuc est.* Apenas se encuentra en este hombre expresion que no tenga pecado. Para el Genuense ninguno hay que permanezca sujeto á la razon, aunque todos se gloríen de tenerla.

Pues dígame V., señor ecléctico, ¿y esa larga série de Varones gloriosos, PP. de la Iglesia, defensores de la verdad, y enemigos capitales del error? ¿Aquellas almas inocentes tan incapaces de dolo, tan sinceras en sus deseos, tan mortificadas en sus inclinaciones, y tan amantes de la justicia que han agonizado por ella, no merecen siquiera exceptuarse? No le traigo á V. á la memória aquellos sábios del paganismo, que por amor á la verdad tuvieron tanto que sufrir, y que son reputados entre los hombres por unos gloriosos esclavos de la razon: un Sócrates, un Pluton, un Livio, un Tácito, otros muchos, que si erraron fue porque no alcanzaron mas, y no porque se dejaron poseer de los afectos. No le llamo la atencion mas que á aquellos en quienes resplandeció tan altamente la gracia de Jesucristo: un Atanasio, un Ambrosio, un Agustin, un Cirilo, un Basilio, tres ó mas Gregorios, otros sin número, en cuyas acciones y dictámenes, ni la carne, ni la sangre han tenido parte. ¿Un cristiano no sabe *quo sub limine sisti præceps cursus possit*? Si V., señor mio, como gastó el tiempo en leer á Hobbes, Helvecio, Bayle, y otros de este jaez, lo hubiese consumido en leer lo que debia, hubiera encontrado á cada paso que habia quien rogase al Padre para que diese á sus discípulos un Paracleto, espíritu de verdad. Hubiera sabido que por mas que el estímulo de la carne, y ángel de Satanás insten, *sufficit tibi, Paule, gratia mea.* Hubiera entendido que el modo de no ser arrastrado de los afectos y perturbaciones del ánimo, y obtener un juicio á quien nada corrompa, es la humildad, que merece se le conceda el conocimiento de las co-

sas que no se revelaron á los sábios y prudentes del mundo; *absconditisti hæc à sapientibus, et prudentibus, et revelasti ea parvulis*: el deseo de obtener la verdad, á que se sigue el sentimiento de ella; *optavi, et datus est mihi sensus*; y la oracion, que hace bajar del cielo al Espíritu de la sabiduria; *et invocavi, et venit in me Spiritus sapientiæ.*

Adquirida por este modo la sabiduria, ni los imperios, ni el poder, ni las riquezas, ni la salud, ni la hermosura, ni ninguna de esas cosas que perturban el ánimo, se aprecian en su comparacion; y como no se aprecian, no hay perturbacion que corrompa el juicio. Con ella vienen todos los bienes; y quien la posée asegura de sí: *lætatus sum in omnibus, quoniam antecedebat me ista sapientia*: de modo, que ella siempre va por delante, dirige sus pasos, ilumina sus caminos, y lo aparta del precipicio y del error: conoce entonces la ignorancia en que hasta allí habia vivido, de que ella era madre fecunda de tan admirables bienes: *et ignorabam, quoniam horum omnium mater est.* Se aprende sin ficcion, es decir, sin preocupacion, sin soberbia, sin engaño, sin miras torcidas; *sine fictione didici*: se enseña sin reserva, sin rodeos, sin aquella estudiada astucia con que la ha enseñado V.: *sine invidia communico.* Ultimamente, señor don Antonio, si yo le hubiese de apuntar ahora todas las soluciones de esta su duda, no podria pensar en otra cosa. Ni fue mi ánimo distraerme con ella; pero como V. por todas partes nos va llamando la atencion, no será mucho que algunas veces nos aparte del camino para ir á buscarle.

Estaba pues el Genovesi, amigo don Manuel, en que no habia quien escribiese sin preocupacion: y aunque esto en que estaba es un disparate, si se atiende á lo que han hecho tantos hombres beneméritos de la sabiduría; es una verdad la mas irrefragable si se aplica al mismo Genovesi. Todas sus obras no presentan mas que un hombre altamente prevenido contra la doctrina de sus mayores, y á favor de los filósofos alemanes é ingleses. Apenas hay página donde esto no se vea; y yo no quiero detenerme en hacerlo ver mas que en la disertacion Físico-Histórica que trae en el mismo tomo que he citado: aquí será tanto mas de admirar, cuanto menos un punto de historia parece susceptible del empeño con que él insinúa sus preocupaciones.

*

En el cap. 1. §. 2. de la Disertacion citada trata de la doctrina de los hebreos sobre el orígen del mundo corpóreo. Parecia regular que un católico fuese á examinar este punto en los doctores católicos, que tanto y tan bien han hablado de la obra de los seis dias. No es esta alguna de aquellas inutiles cuestiones que vanamente disputan los escolásticos; y cuando éstos no agradasen, Padres tiene la Iglesia á quienes debió consultar antes este señor ecléctico. Mas la desgracia fue que cuando llegó á este punto el Genovesi, ya llevaba pensado lo que habia de hacer. Estaba muy pagado de la explicacion mecánica que habia leido en Burnet, hombre sociniano, y á pocas levadas libertino. ¿Qué hizo pues? Interpretar la divina Escritura de modo que pudiese acomodar á su pensamiento. De las palabras del Génesis: *Creavit Deus cœlum et terram*, deduce nuestro filósofo: *ab eo* (esto es, Dios) *omnium primum conditum esse chaos, quod maim, aquas vocat: aquas vero pro massa fluida accipere videtur.* Ve V. aquí una interpretacion nuevecita, flamante del divino texto. Segun ella *cœlum et terra* equivale á *chaos*: este se llama *aquas*, y estas aguas no son mas que una masa fluida. ¿En qué se parecen el cielo y la tierra al agua? Sea el cielo fluido, si se quiere: mas ¿quién que tenga el cerebro sano, ha de llamar masa fluida á la tierra?

Prosigue el Genovesi interpretando: *Hoc fluidum vehementissimo motu fuisse agitatum, qui motus, aut vis motrix est rovah Jehovah, Spiritus Dei.* Hubo quien antiguamente entendió por estas palabras, ó la difusion del aire sobre las aguas, ó la fuerza productiva dada á las criaturas; pero *verius est, et majoribus nostris comprobatum, quod Spiritus Dei, Sanctus ille dictus sit* (S. Basilio Hom. 2. Hexame.). ¿Y un hombre que escribia como historiador, no debia atenerse á lo que digeron nuestros mayores? ¿No debia al menos dar la causa de por qué no los seguia? ¿No debia siquiera hacer memoria de su dictámen? ¿No debia dar alguna razon de por qué interpretaba así? ¡Mas cómo habia de darla, si no tenia otra que su propension al absurdo sistema de Burnet, y su aversion á la comun inteligencia de todos los que se llaman maestros en la Iglesia católica! Por eso infiere: *hinc ejus motus vi, et mechanicis legibus efformasse planetas, et stellas*: interpretacion atrevida y ridícula. El modo de formarlo todo fue este:

Dixit Deus: fiant, et facta sunt. No necesita el Supremo Legislador de leyes que lo dirijan para formar sus criaturas: su voluntad y su poder son sus leyes, y todo el mecanismo que han imaginado las fantasías calientes de los filósofastros es una invencion digna de locos. Prosigue: *Porro produxisse in tellure vires genitrices plantarum, et animantium.* Estas, si no me engaño, van á parar á la *Natura genitrix* de Cudvortho, que es otra tal morondanga como el *chaos*. ¿Ha visto V., amigo mio, hasta dónde llega la determinacion del Genuense? Pues sin embargo él refiere todo esto, deducciones nacidas del sagrado texto, tradicion antigua de los hebreos, é historia de su física. *Quid non mortalia pectora cogis æffrenis innovandi cupido!*

Pone abajo una nota tan linda como el texto. *Quum nullus* (dice) *scripturarum locus, æquè sit obscurus, nullusque Religioni, et Philosophiæ magis intersit, hac de re paulo luculentius commentari operæ pretium est. In primis Geneseos verbis interpretandis in diversa abeunt linguæ hebraicæ docti.* Y despues cuenta á san Agustin entre estos doctos: *miranda sane hominis eruditionem undequaque crepantis eruditio!* Yo ciertamente no creí que fuese tan huesped en la erudicion eclesiástica, que ignorase que san Agustin ni aun saludó el hebreo. Pero esto pertenece á la crítica, así como á la mala fé la consecuencia á que quiere llevar á Gerónimo Oleastro, repugnándolo este expositor. Lo que nos hace al caso es ver cuales son estos doctos que el Genuense ha consultado para comentar este lugar de la Escritura, que en su dictámen y en la realidad interesa tanto á la Religion, cuanto ninguno otro. Pero ¿quiénes han de ser? Ricardo Simonio, Wisthon, Maymonides, Burnet, y Keill. ¿No le parece á V. que son estos famosos intérpretes para consultarlos en un punto en que la Religion tanto interesa? ¿No le parece á V. que san Agustin está metido entre buena gente, cuando su modo de pensar alterna con el de estos señores hereges, el que menos (exceptúo á Simonio, si lo ha exceptuado la Iglesia) y el que mas impío? Pero ¿con qué miras? Con las de sacar adelante la doctrina de su *chaos*, de que estaba tan de antemano prevenido.

Sigamos observando: *Sunt quidam* (dice él despues de las palabras citadas), *qui opinantur prima illa verba sic verti posse:*

Cum primum creavit Deus cœlum et terram, terra erat inanis, et vacua. Qui si is idem est Mosayci scripti sensus, videtur Moses in ea fuisse sententia, qua cæteræ fermè nationes, chaos præextitisse mundi generationi. Todo esto respira qué sé yo qué. De Moisés se habla, no como de un hombre que escribia inspirado, sino como de un escritor que pudo estar de este ó del otro parecer. Por otra parte insinúa que *cæteræ fermè nationes* llevaron la doctrina del caos: el empeño es establecerla de todos modos, y para esto busca él el consentimiento de las gentes. Confirma despues su pensamiento con Ricardo Simonio, y despues con Oleastro. No he visto al primero; pero este segundo está tan lejos de confirmar su conjetura, que en el mismo parage en que lo cita enseña lo contrario. Cita despues al Rabino Maymonides, *cujus magna est* (entiéndalo V.) *apud Hebræos existimatio*, que *audactèr* afirma que en las citadas palabras de Moisés no se puede entender la creacion, ni de la materia, ni tampoco la del mundo. Tenemos ya aquí uno de los extremos, á saber, que el caos preexistió á la creacion. Vamos á la sentencia opuesta. *Alii vero censuerunt mundi generationi nunquam chaos præextitisse, etsi id populariter, et ad captum Hebræorum sit à Mose narratum.* Ya aquí se va suponiendo lo que está en cuestion, á saber; si cuando el texto dice: *creavit Deus cœlum, et terram*, fue el caos, ó no fue el caos, lo que se crió. *Sed omnia* (prosigue) *esse eodem temporis momento à Deo facta, eoque digesta ordine, quo nunc sunt. Ita præter alios sensisse videtur B. Augustinus, vir in primis doctus, et acutus.* Tenemos ya aquí la opinion diametralmente opuesta á la otra. Vaya ahora una que sea media entre las dos. *At alii ex opposito sex annis ex chaos, mundum, seu potius tellurem nostram mechanicis legibus formatam à Deo autumant. Ita Winsthon.* Acabemos, señor Genuense, acabemos de oir el dictámen de V. Han dicho unos que hubo caos antes de la creacion. Dice san Agustin que ni antes ni despues hubo tal caos, y que los seis dias no se han de entender materialmente. Dice Winsthon que cada dia vale un año entero, y en los seis años anduvo el mecanismo formando mamarrachos. Diga V. su modo de pensar, y derrame luz sobre unas obscuridades que tan del caso son para la religion y filosofía. Allá va el oráculo. Montes, estremeceos. *Sed omnes sententiæ istæ uno, eodemque perquam validissimo ar-*

gumento confutantur. ¿Es posible, señor ecléctico? Con que V. va á darle un porrazo *perquam validissimo* al dictámen de san Agustin, de que tanto aprecio hace la Iglesia católica, y se lo va á dar metido en docena con esa buena gente? La mayor injuria que hicieron los tiranos á los Mártires, fue sentenciarlos á morir entre los malhechores: ¿y V. lleva á un hombre, como Agustin, á que sufra sus azotes entre Maymonides, Winsthon, y otros tales? Poco lo ha pensado cuando lo hace así.

Veamos el argumento y acabemos de entender la justicia de su proceder. *Quod et vim* (prosigue) *Mosaycis verbis inferunt, et vetustæ hebræorum omnium, atque christianorum consentienti traditioni adversantur.* Que Winsthon, y los mas de los otros autores, de donde V. ha sacado muchas de sus doctrinas, hacen fuerza á las divinas Escrituras, y se oponen á la tradicion, es cosa que ya sabiamos desde que su buen patriarca Lutero les enseñó á esto y lo demas. Pero que el grande Agustino lo haya egecutado, solamente V., señor Genuense, lo ha dicho y otros tales como V. Y despues de esto ¿qué tenemos? ¿Cuál es la constante tradicion de los hebreos y cristianos? ¿Cuál es el sentido natural del texto? El mismo que dieron los restantes PP. y mucha parte de los teólogos, á saber: que Dios crió los cielos y la tierra: que aquellos fueron producidos sin aliño, y ésta sin adorno: que no hubo tal *chaos*, ni fue menester que lo hubiese: que *cœlum* quiere decir el cielo, y *terram* la tierra; y que en seis dias naturales fue Dios criando para el primero la luz, el Sol, planetas y astros; para la segunda las plantas, yerbas y animales. Este es el dictámen católico opuesto al dictámen católico de san Agustin. ¿Es esto lo que V. entiende por la tradicion conforme de hebreos y cristianos? Si lo entiende, ¿por qué no lo dijo? Si lo entiende, luego ha viciado V. el texto y ha contradicho á la tradicion, cuando por *cœlum et terram* entiende *chaos*: por *chaos*, *aquam*: por *spiritum Domini*, *motum vehementissimum*: por *producat terra*, la *vis genitrix* y leyes mecánicas. Si no lo entiende, ¿cómo tiene atrevimiento para dar voto sobre un punto que tanto interesa á la Religion, y para suponer su invencion como doctrina de la misma Religion?

Acabemos, amigo don Manuel, de descubrir el misterio. El Genuense queria seguir á Burnet; estaba pagado de su

modo de pensar; estaba prevenido de su favor. Esta prevencion fue bastante para que violentase la Escritura: para que nos vendiese como tradicion de los hebreos un error de que ellos distaban tanto: para que contase entre los votos sobre la inteligencia del divino texto á los socinianos, rabinos é impíos: para que hiciese que Oleastro contra su voluntad digese un error: para que cotejase la doctrina de los ya citados con la de san Agustin: para que supiese que el Santo estaba en un extremo y los otros en el opuesto, y su infeliz interpretacion y sentencia se hubiese por media entre los dos extremos, por legítima interpretacion de Moisés, y constante tradicion de ambos pueblos fieles. Este es el famoso y aplaudido ecléctico.

Omito otras observaciones de no poco momento sobre este párrafo, porque me llama la atencion el 3. Lo empieza así nuestro Genuense: *Hæc est de origine mundi veterum, divinorum librorum doctrina. Cæteras autem res naturæ quod spectat, non valdè eas curasse hebræos, earumque proinde multum fuisse rudes, in confesso est.* Observe V. de camino que para el Genuense lo mismo son los hebreos que los divinos libros. Detras de estas palabras continúa con otras que convencen su malicia, y la facilidad con que este buen hombre se contradice. Oígalas V.: *Accedámus nunc ad chaldæos, celeberrimam olim Asiæ philosophorum sectam, et antiquissimorum doctorum genus, ut loquitur Cicero. Vetus oráculum memoratum Eusebio, et Porphyrio Chaldæorum æque atque hebræorum sapientiam conjungit, atque commendat; chaldæis solis sapientia cessit, hebræisque.* Sin que sea necesario recurrir á oráculo ninguno, es en la historia una verdad indisputable, que no solo los caldeos, sino tambien todas las otras gentes y filósofos derivaron gran parte de su doctrina de la fuente de la revelacion, y aprendieron de los hebreos casi todo lo bueno que enseñaron.

Ahora bien, señor Genuense, ¿cómo se componen estas dos cosas? Si los hebreos atendieron tan poco á las cosas de la naturaleza; si fueron tan rudos; si esto lo confiesan todos, ¿cómo hemos de entender que ellos fueron iguales á los celebérrimos caldeos que tanto adelantaron en la naturaleza, y que fueron los antiguos doctores de las naciones? ¿Cómo ha de ser verdad el oráculo que V. cita, y solos los

hebreos y caldeos han de ser depositarios de la sabiduría? Con que ó no fueron tan rudos los hebreos, ó los caldeos que supieron lo mismo que ellos, fueron tambien unos salvages. ¿Quiere V., amigo don Manuel, que le explique el misterio? Pues oígame. Estaba el Genuense prevenido á favor de los habitadores de los planetas del diluvio causado por un cometa, y otras aserciones igualmente preciosas que habia visto en sus filósofos favoritos: sabia que contra tales doctrinas está la de los divinos libros. ¿Qué remedio? Decir una gran mentira que es esta: *res naturæ quod spectat, non valde eas curasse hebræos, earumque proinde multum fuisse rudes in confesso est.* ¿A qué me oponeis las divinas Escrituras, cuando es notoria la ignorancia que sobre el punto de nuestra disputa tuvieron los hebreos? Señor don Antonio, sea en hora buena que los hebreos fuesen rudos; pero ya V. sabe que no son ellos lo mismo que sus libros: estos fueron dictados por la suma Sabiduría y suma verdad; y V. debia distinguir entre ellos y el pueblo á quien se daban, que no es todo uno. Quisiera yo que en esta parte nos digese V. abiertamente su sentir, pues que sospecho no es el mas sano, ni me faltan fundamentos para creerlo. Sea de esto lo que fuere; lo cierto es, que el Genuense con sus primeras palabras se abre campo para discurrir fuera, y contra la autoridad de las divinas letras, y para seguir las disparatadas hipótesis de que se hallaba prevenido. Esta es la causa de la primera parte de su contradicion. Vea V. ahora la de la segunda.

Estaba igualmente prevenido á favor de la doctrina del chaos; parece que no escribió esta disertacion con otro fin que el de establecerla: todo su empeño es derivarla de los divinos libros, y amontonar á su favor todos los filósofos y gentes antiguas. En cuanto á lo primero ya he dicho las violencias que hizo al texto; pero por mas que lo violentase, por mas que, valiéndose de las artes de la filosofía moderna, lo supusiese como indubitable, bien vió él que quedaba en pie la duda, por no decir manifiesto el engaño. Pues ¿qué remedio? Los caldeos parece que apoyan el chaos; establezcámoslo con la doctrina de ellos, y para que se crea la interpretacion de la Escritura que dejo hecha, juntemos los unos con los otros; y de este modo será doctrina de los hebreos la que yo probaré con los caldeos. Esto sí que es saber un

hombre prevenirse con tiempo. ¿Temo que las Escrituras se opongan á mis aserciones? Pues digo, que fueron rudos los hebreos. ¿Quiero torcer su sentido á mi favor? Pues ya los hebreos no son rudos, sino tan sábios como los caldeos. ¿Qué dice V. á esto, amigo don Manuel?

Lo que yo no puedo menos que decirle, es mi disgusto de verme metido en un berengenal de donde es tan dificil salir. Desde que empecé mi obra he andado huyendo de internarme en disputas, que me obliguen á escribir mas de lo que me he propuesto. Con este designio me he abstenido de entrar á examinar á fondo las doctrinas del Genuense; y escogí para probar mi proposicion esta disertacion en que creí hallaria menos embarazos. Sin embargo de estos, y de mi poca gana de trabajar mucho, y de los ningunos auxilios que tengo para ello; me he metido de hoz y de coz en un punto que es capaz de darme medio año de trabajo. No obstante que lo siento, lo daré por bien empleado si logro inspirar alguna desconfianza para con este hombre, cuyos escritos son capaces de producir malas consecuencias. Mas como tengo hecho con mi tuerto el ajuste de que las Cartas han de ser breves, corto desde ahora el hilo de esta para añadarlo en la que se seguirá tarde ó temprano, segun pudiere. Sabe V. que es suyo de veras. = *El Estagirita.*

Julio 26 de 87.

P. D. Venia Averroes camino de la sima, cuando he aquí que junto á Ranillas le sale á atajar un mozo de pocas barbas, mala persona y ropaje peor. ¿Es V. (le dijo) el correo del infierno? ¿Y. V. por qué lo pregunta? Respondió Averroes. No tenga V. cuidado, señor Averroes, replicó el otro, no lo pregunto por mal, que si por mal fuera le hubiera hecho ya pedazos la máquina aerostática que tiene escondida en el olivar de allí enfrente. Habiéndola visto me presumí sería la de V., y le he estado aguardando para que me haga favor de llevar hácia allá esta carta para mi tio. ¿Pues quién es su tio de V.? Yo señor, respondió, soy el sobrino del Pimporrero, para que V. me mande. Sea muy en hora buena, dijo Averroes: en esto, y en todo lo demas que se ofrezca al sobrino de mi buen amigo, no tiene éste sino mandar. Tomó su carta, y leida nos ha parecido tal, que de

comun acuerdo resolvimos ponerla por postdata. Dice así:

Señor tio: como hay muchos pimporreros en el mundo, no pude presumir con certeza, que fuese V. el que hace de Sancho Panza en las Cartas de Aristóteles. La postdata de la once me sacó de dudas, por ver que en ella se hace mencion de mi persona. Pudiera V. haber hecho que antes se pusiese la noticia, y con eso me hubiera ahorrado de rezarle; bien que segun la poca devocion con que yo rezo, creo que nada tenemos perdido.

Me parece, segun el contexto de las cartas, que V. es el obligado de las postdatas; y tanto por ello, cuanto por constarme lo aficionado que es á noticias, me ha parecido remitirle copia de una pieza de erudicion que corre aquí con bastante aplauso. No es á la letra como salió de la boca de su autor; pero ello por ello es el mismo pensamiento que se concibió en su alma, sin que le falte pelo ni señal. Fue un argumento que yo no sé donde ni cómo se puso contra una conclusion, en que se defendia la divinidad del Espiritu Santo, y que extractado viene á ser como sigue:

Solum Pater, et Filius sunt Deus: igitur Spiritus Sanctus non est Deus.

Prob. Ant. *Ita tenendum est, si ita ex Sacra Scriptura* (y aquí encajó todo lo que Melchor Cano trae en confirmacion de la autoridad de las divinas letras) *habetur: ita autem habetur: igitur &c.*

Prob. Assumpt. *Jesus Christus, qui est veritas ipsa* (y aquí entraron todos los atributos del Salvador), *ita loquitur: hæc est vita æterna, ut cognoscant te Deum verum, et quem misisti Jesum Christum: sed tal, y tal, y tal: igitur &c.*

Le distinguieron el consiguiente, y argumentó así en contrario:

Sed laudata verba accipienda sunt cùm exclusione Spiritus Sancti: nulla igitur solutio.

Prob. Subs. *Laudata verba eo sensu accipienda sunt, quo catholica Ecclesia, columna, et firmamentum veritatis &c. &c. intellexit: catholica autem Ecclesia &c. cum exclusione Spiritus Sancti accepit: igitur &c.*

Prob. Min. *Synodus Œcumenica, authoritate Romani Pontificis congregata, et confirmata* (y todos los demas predicados) *catholicam Ecclesiam repræsentat: atqui Synodus Œcu-*

menica Constantinopolitana prima; in ordine generalium secunda, Spiritu Sancto congregata, excluso Spiritu Sancto intellexit: igitur &c.

Prob. Assumpt. *Symbolum fidei, quod tanquam regula &c. Christiano populo à laudata Synodo propositum fuit, ejus fidem, et doctrinam exhibet: in hoc autem symbolo, Pater quidem, et Filius Deus habentur, non autem Spiritus Sanctus: igitur.*

Prob. Assumpt, *De Patre dicitur: Credo in unum Deum, Patrem Omnipotentem. De Filio: Deum de Deo. De Sancto autem Spiritu nihil tale; sed solum: qui cum Patre, et Filio simul adoratur, et conglorificatur: igitur.*

No supo aquí el defensante como responder á un argumento tan poderoso, y (¡contemple V.!) le negó la consecuencia é inteligencia, que el divino argumentante daba á las palabras. Mas este *nihil cunctatus* añadió:

Atqui hæc est genuina, legitima, naturalis (y otras cosas) *Symboli interpretatio: ruit ergo solutio.*

Prob. Ant. *A nullo potius eorum verborum petere interpretationem debemus, quam à patribus, qui Synodo interfuere, et qui Spiritu Sancto inspirati &c. &c., ejus exposuere sensum: Patres autem &c. ita interpretantur: igitur &c.*

Prob. Min. *Basilius, Gregorius Naziancenus, et Chrysostomus hæc habent* (y puso una autoridad en nombre de todos tres). Fue la desgracia que al llegar á esto, se acabó el tiempo de argüir; pues esperábamos todavía oir muchas cosas buenas, y creíamos que así como el argumentante habia andado en cada uno de sus silogismos (*exclusis colchonibus, sive candeleris*) un lugar teológico, hubiese andado los que restaban en los que dejó por producir: y aun despues hubo quien se persuadiese, á que habian de salir tambien á colacion y particion los Tópicos de Aristóteles.

El aplauso ha sido tan universal como merecido, por haber tenido habilidad para poner un argumento nuevo en cada silogismo; por haberlos adornado con tanta erudicion y fondo de doctrina, que no hubo en todos ellos un substantivo á quien no se le aplicasen todos sus atributos; por haber sabido valerse para impugnar la conclusion de las mismas argumentaciones que han nacido para establecerla; por haber tenido habilidad para encontrar unas palabras solas, dichas identicamente por boca de muchos PP.; y dejando

otras cosas, por haber citado como Padres del Sínodo Constantinopolitano á san Basilio, que habia muerto dos años antes que se juntára; y á san Juan Crisóstomo, diácono, que por entonces era, de la Iglesia de Antioquía, donde permaneció mientras el Sínodo se celebraba.

Me parece que es digno este argumento de que el señor Aristóteles le dé lugar en sus postdatas; lo cual si se hiciere, me servirá de estímulo para remitir otras piezas igualmènte curiosas. Todos estamos buenos, menos tia Belica que tiene almorranas, y dice el médico que así que se le quiten no las tendrá. No puedo escribir mas porque estamos esperando encierro, y dicen que vienen dos toros muy bravos. Si se ofreciere algo, que no sea dinero ni cosa que lo valga, no se detenga V. en avisar. Queda muy suyo su sobrino. = *El Pimporrerillo.*

Monte-rey, extramuros de Sevilla, y Junio 23 de 87.

CARTA XVII.

Sr. D. Manuel Custodio.

Amigo y señor: no estoy de humor para entretenerme ahora en introducciones, por lo que no debe V. extrañar que esta Carta no empiece como las otras. Así sin mas preámbulo vamos á continuar nuestras reflexiones sobre el famoso Genuense, y á demostrar la preocupacion, la mala fé, la peor crítica y ninguna consecuencia con que ha escrito este admirable ecléctico. Interrumpimos nuestras observaciones sobre el primer punto en el §. 3. de la disertacion que me propuse examinar por menos mala (*), bien que en mi entender todas son peores. Sigamos desde aquí y preste V. paciencia.

No hago caso de varios escrupulillos que se me han venido sobre el mismo párrafo, lo uno porque en adelante me esperan cosas mas gordas, y lo otro porque para ponerlos en claro, sería menester trabajar mucho, y yo con perdon de V. no tengo gana, porque aquí son muchos los calores, y por otras cosas que ni á mí me tiene cuenta decir, ni á V. le importa saber. Solo quiero que reflexione estas preciosas palabritas con que concluye en el lugar citado. *Illud tamen exploratæ historiæ est, Chaldæos mundi aliquam professos originem, eamque ex Chao, supremæ alicujus mentis imperio, item ut Hebræi.* Aprenda V. aquí á todo lo que quisiere, porque de todo hay buena crítica, buena fé, buen modo de juzgar sin pasion ni preocupacion; en una palabra, buen arbitrio para iludir la sinceridad del lector que tenga al Genuense por es-

(*) Es la 1. físico-histórica del t. 5. de su Metaf. cap. 1.

critor de bien. Dígame V., señor ecléctico de mis pecados; ¿con que ya el que los hebreos (los caldeos no me importan) juzgaron que el mundo fue formado del caos, es no congetura, no probabilidad, no opinion, sino un punto de historia averiguada? ¿Por dónde diablos lo averiguó V.? ¿Por la tradicion de la Iglesia que siempre ha estado en contra? ¿Por el consentimiento de Padres y Doctores que han mirado esta doctrina como una imaginacion de los poetas gentiles tan absurda como ridícula? ¿Por el contexto de Moisés, de donde está saltando lo contrario? ¿Por el dictámen de los mas sérios y sábios filósofos gentiles que se han burlado de esta invencion? ¿Qué documentos nos cita, para que esta interpretacion, ó por decir como debo, esta violencia que ha hecho al texto sagrado, se tenga por cosa averiguada en la historia? En todo el §. 2. no se halla mas que esta expresion para prueba: *ex eo loco, veterique judæorum traditione hæc deducere posse videmur*; y entre estas deducciones mete V. la doctrina del caos.

Si vamos á buscar la tradicion de los judíos, ni V. la trae ni nos dice quien, ni nos lo puede decir. Cita á Maimonides, escritor del siglo XII; pero lo cita para impugnarlo, y él nada dice del caos que V. admite. Se esfuerza á probarlo en la nota que pone, y sobre que ya le he dicho algo. ¿Pero qué es lo que hace en ella? Una indigna peticion de principios, cuando reprueba la opinion de san Agustin, y la de Rabino y de Winton con lo mismo que está en cuestion, á saber; cuál es la tradicion de los judíos en el punto. En una palabra, no tiene á su favor mas que á su maestro Burnet, y quiere que la absurdísima hipótesis de esta fantasía caliente baste á poner la cosa en el grado de certidumbre á que es acreedora una historia averiguada. ¿Qué mas pudiera V. hacer, si tuviera á su favor la historia de la creacion, escrita por Adan de propio puño? ¿Dónde está aquí la buena fé? ¿Dónde la consecuencia de pensamientos? ¿Se ajusta esta diciendo en una parte, que la doctrina del caos se puede deducir del sagrado texto, y asegurando en otra que es punto de historia averiguado? ¿Dónde la crítica? Este juicio, esta decision ¿sobre qué documentos se sostiene? Tanto y tan grave peso de razones que la contradicen ¿con qué se satisface? Con la preocupacion por Burnet, con el amor á la novedad,

con el prurito de invertirlo todo. ¡Ah, señores eclécticos sevillanos! ¿Entienden VV. al Genuense, cuando lo leen? Si lo entienden ¿cómo no se horrorizan de unas proposiciones no solo falsas, sino enormemente perjudiciales á la Religion? Si no lo entienden (como firmemente creo) ¿por qué no se dejan de alabarlo? ¿Por qué no lo quitan de las manos á los jóvenes que pueden entenderlo, y beber en él un veneno tan pestilencial?

Pasemos al §. 4. Dejo en él infinitas cosas, y solo quiero, amigo don Manuel, que reflexione V. una que le ha de hacer muchísima gracia. Ya hemos visto que hablando de los hebreos, entiende el Genuense por *cœlum et terram* caos: de los caldeos no dice si lo traen expresamente; pero pone como indubitable que admitieron el caos. En este párrafo hablando de los persas que admitian por principio de las cosas *ovum et ignem*, entiende por *ovum* caos. Tratando despues de los indios dice: que *mundi materiam aquam extitisse censebant*, y añade: *fluidum scilicet chaos, ut ego accipio.* Exponiendo luego la sentencia de los sinenses ó chinos dice: que juzga poderse demostrar, que ellos admitieron el caos como principio de las cosas de la secta, que aun subsiste entre ellos y enseña; *ex vacuo omnia emersisse*: se hace cargo de que ellos describen este vacío con unos colores que repugnan al caos; pero añade que esto no obsta, pues tales doctrinas se deben tener como añadiduras, que los ingenios retozones de los últimos tiempos han puesto á la antigua doctrina. En el §. 7 entiende por la *mole* confusa de los egipcios el caos primigenio. En el 8 por el *aerem tenebrosum* de los phenices el *chaos turbidum.* En el 9 se halla el caos en Orfeo, Lino y Museo que mira como los sábios de la Tracia. En el §. 1. del cap. 2. se halla con el caos en el agua de Thales Milesio, en la extension infinita de Anaximandro y en la Homoemeria de Anaxágoras. En el §. 2. en una de las notas que trae, averiguando qué quisicosa eran los números ó mónadas de Pitágoras, se inclina á que él por ellos ó ellas entendió el caos. En el 3. tambien se encuentra el caos en la materia de Platon. De modo que para este señor *cœlum et terra*, *ovum*, *aqua*, *vacuum*, *moles confusa*, *aer tenebrosus*, *extensio infinita*, *Panspermia*, *monas* y *materia* todos son sinónimos, ó todos significan el caos. V. no se admirará, si ha leido (como supongo) la historia de don Qui-

jote. Para este caballero los monges Benitos, los cocheros, los molinos de viento, los batanes, los carneros, los cochinos, las vacas y bueyes; en una palabra, todo lo que veia eran gigantes, malandrines y follones. Pues para el nuestro todo lo que ve es caos, porque así como aquel se describe con la imaginacion llena de aventuras, así este estuvo con el entendimiento lleno de caos. Así salió ello.

Volvamos al §. 5. del cap. 1. de la citada 1.ª disertacion que habíamos interrumpido, en que hallará V. maravillas. Trae en él una notita muy preciosa que empieza así: *Veterum gentium hi fuere ad humanitatem gradus. Primus: agrestes, vita, venatio, latrocinia.* Hagamos un poco de alto. Las gentes empezaron por aquí: primero eran agrestes: no sabian mas que conservar la vida, se hicieron luego cazadores, y de aquí pasaron á ladrones. Buen honor hace el señor abate al género humano. En otros términos quiere decir: que al principio no supimos mas que los burros: que luego tuvimos el honor de aprender de los gatos, y despues nos metimos á lobos. *Quisiera* yo preguntar á este ecléctico, sobre qué documento estriva para una asercion tan indigna, tan injuriosa á nuestra naturaleza, tan agena de la razon y tan conformemente contradicha por todos los documentos sagrados y profanos de la antigüedad. Mas sin preguntárselo, lo sé muy bien. Sé que él supone á cada paso aquello de los hombres silvestres, sobre que hablé á V. en mi Carta XI. Sé que Rousseau, el supuesto Mirabeau, Voltaire y demas impíos han sacado esta invencion de su fantasía viciada. Sé que esta perversa hipótesi tiene tanta fuerza para, admitida una vez, establecer la irreligion, la impiedad, la anarquía y todos los vicios que perturban el buen órden, cuanta fuerza tiene para establecer la Religion y la república la incontestable verdad de que hay un Dios remunerador: y sé por último que Antonio Genovesi tuvo sus delicias en adoptar las fantasías de estos perjudiciales filosofastros, no atendiendo, ó teniendo en poco las fatales consecuencias que ellas naturalmente producen. Si V. quiere ver cuán falso y desvalido es este pensamiento, y cuán pestilentes ilaciones produce, lea al P. Valsechi en el lugar que le cité en mi Carta XI, y la disertacion *de Spiritu philosophico* con que empieza su tomo de: *Religio victrix*, y mucha parte de este tomo.

No pára aquí este buen hombre. En el que pone como grado cuarto de la humanidad concluye diciendo: *artes omnigenæ, litteræ, luxus: ultimus humanitatis gradus*. La palabra *humanitas* es equívoca: á veces se toma por la naturaleza del hombre; á veces por las ciencias y artes que perfeccionan su razon, y á veces por la mansedumbre y suavidad que distingue al hombre de las fieras. En cualquiera de estos sentidos, ó de los que le son análogos, que la haya tomado el Genuense, manifiesta su preocupacion por la perversísima doctrina de algunos filosofastros alemanes, y de un tal Melon que yo no sé quien es, ni quiero saberlo. Si mi instituto fuese disputar las materias que estoy tocando, y no insinuar solamente los absurdos de este hombre, nada habria mas fácil que sepultarlo con un monte de razones y autoridades. Podria yo entonces ponerle por delante el Evangelio, para que me enseñase en cuál de sus capítulos habia aprendido una doctrina, contra la cual está en casi todas sus sílabas este sagrado código. Podria preguntarle si acaso estaba persuadido, á que Jesucristo, prohibiendo el lujo, despojó al hombre del último, esto es, del mas perfecto grado á que puede llegar la humanidad, y para el cual sirven todos los otros como disposiciones. Y si este presbítero católico tuviese dificultad en ser juzgado por la ley del Salvador, y apelase á la razon y filosofía, no tendria yo tampoco dificultad en concederle la apelacion, y reconvenirle con los argumentos mas eficaces. Le haria ver, que todos los filósofos (á excepcion de los marranos de Epicuro) han colocado al lujo entre los vicios, y entre los vicios mas perjudiciales á la humanidad; y le preguntaria entonces con qué autoridad, ó por decir mas bien, con qué desvergüenza lo puso entre las virtudes en sus lecciones de comercio. Le traeria el testimonio de un Salustio, de un Livio, de un Tácito, de un Nepote, de cuantos han pasado en el mundo por historiadores filósofos, y le obligaria á que notase en ellos, que culpan al lujo de todos los desórdenes de que fue, es y será raiz. Lo llevaria de siglo en siglo y de gente en gente; y una experiencia mil veces repetida le haria ver, que el lujo es el síntoma mortal de los imperios: que una vez introducido él, no queda honestidad, humanidad, justicia, virtud ninguna en ellos, y es segura su ruina y destruccion. Le obligaria á que tocase con las manos los infinitos desór-

denes que hoy me dicen está produciendo el lujo, y á vista de ellos le preguntaria, si entre racionales debe él llamarse virtud ó último grado de humanidad. ¡Terrible cosa es! Como el Genuense toque en algun punto en que los filósofos, hereges y muchas veces impíos sienten contra la doctrina comun de los católicos, por no decir contra la fé, casi siempre ha de decir algo á favor de ellos, y casi siempre se ha de inclinar al peor partido. Sigamos.

En el §. 7. se empeña mucho en desacreditar la literatura de los egipcios. No quiero echarme á congeturar la causa que tuvo para ello. Tal vez sería disminuir aquello de *eruditus in omni sapientia Ægyptiorum*; tal vez sería otra cosa: lo cierto es que confiesa; *ferre eos nequeo, qui eorum litterarias res ad cœlum evehunt*, sin citar quienes son estos. Quiera Dios no sean los Padres de la Iglesia. Una cosa es la que le agradó en ellos, y la que les alaba por las palabras siguientes: *hoc cautè perviderunt.... Lunam esse ætheream tellúrem, et stellas ignem, quod verum est.* ¿Y por qué es *verum*, señor don Antonio? Porque Wolfio lo dice. Y aunque Wolfio lo diga, ¿no sabe V. que todos ó casi todos, especialmente católicos, lo repugnan? Nada importa: lo dice Wolfio. Pues señor, ¿no será bueno poner eso que Wolfio dice, como opinion, ó como probabilidad que harto favor se le hará en eso? No señor, que en diciendo Wolfio la cosa, es preciso que sea *verum*, y los que primero dieron en el disparate ó lo insinuaron, *acute perviderunt.* Muchas gracias, señor don Antonio.

Refiérese despues con las palabras de Diodoro la historia de la formacion del mundo, segun la admitian los egipcios. La substancia de ella es que precedió al caos: que le siguió la separacion de los cuerpos: que con ésta hubo lo bastante para que hubiese en el mundo el órden que ahora vemos: que el aire obtuvo perpétuo movimiento: que del aire las partes ígneas se fueron arriba, las húmedas y cenagosas abajo: que de estas partes agitadas con el movimiento se hizo la separacion de las sólidas para formar la tierra, y de las húmedas para el mar; pero que la tierra quedó demasiado cenagosa: que con el calor del Sol se calentó, se avegigó y empezó á fermentarse. Con esta fermentacion se formaron unos tolondrones, ó como V. quisiere llamarles, cubiertos de unas delgadas pielecitas ó membranas, como aun hoy se dejan ver

en los lugares cenagosos. Ultimamente que de estos tubérculos empreñados de varios fetos, alimentados con la niebla y fomentados con el calor, salieron todo género de animales, y cada uno se fue á aquel elemento que mas simbolizaba con su naturaleza. Este Génesis del mundo es *mutatis mutandis*, el de Epicuro y el de los impíos mas atrevidos, y de consiguiente mas ignorantes de estos dias. ¿Y qué juicio forma sobre él el Genuense? Óigalo V.: *Qui Diodori locus... ostendit mechanicam philosophandi rationem non penitus fuisse veteribus ignotam.* No me atrevo á declarar al Genuense por patrono de la impiedad: hágalo aquel á quien le toca, si halláre méritos para ello; ni me determinaré á hacer mas que una observacion, que manifieste lo preocupado que estaba á favor de los malditos libros, en que se contienen tan absurdas y pestilenciales doctrinas.

El Genuense por todas partes respira el mecanismo: es fácil verlo, donde quiera que trata de cómo se deba filosofar, inclinarse, ó por decir mas bien, estar decidido á favor del modo mecánico. Lo hemos visto formar el mundo con las leyes del mecanismo: explicar el diluvio por el mismo estilo, é insinuarse siempre que tenia ocasion por la filosofía mecánica. ¿Qué es pues lo que quiere decir, cuando á un sistema tan impío y desbaratado no da mas censura que esta, á saber; que el modo mecánico de filosofar no fue desconocido de los antiguos? ¿no era esta la ocasion de haber puesto siquiera un terminito que reprobase al menos tan maldita mecánica? Cuando lo que refiere no le gusta, como puede verse siempre que dice algo de la escuela, bien sabe insinuarse contra ello, impugnarlo, ridiculizarlo, y aun cuando lo admite, rebajarle el mérito. ¿Le ha gustado pues la impiedad que copia? ¿O se guardan todas para imputárselas á Aristóteles? Por otra parte los sistemas de los otros que se refieren en esta disertacion, apenas se insinúan, se tocan muy por encima. El de los egipcios se copia enteramente, ¿qué tienen estos de mejor que los otros? Como no sea la explicacion mecánica, yo no lo adivino. ¡Ah, señor Genuense! ¿Qué de cosas no nos hace V. sospechar?

¿Quiere V., amigo don Manuel, que dejemos esto? La disertacion sobre que estoy hablando, empieza ahora: todavia no hemos entrado en lo mas bonito de ella, en llegando á tra-

tar de los filósofos griegos, y especialmente de mí y de Epicuro, es menester echarse á nadar: en tocando en los reformadores de la filosofía de los tres últimos siglos, estamos peor. Sabe V. que no soy ponderativo; y no siéndolo, le puedo asegurar que para examinar toda esta disertacion, no tengo bastante con seis meses. Baste pues lo dicho; que ello demuestra suficientemente el primer capítulo que me propuse probar contra el Genuense, y es que escribió prevenido á favor de quienes no debiera. Los solos documentos que he citado, me parecen sobrados. El que no los tenga por suficientes, que lea con un poco de cuidado lo que se sigue, y se los hallará con tanta abundancia que no podrá menos que fastidiarse, como me ha sucedido á mi. Pero si la preocupacion á favor del Genuense ha echado tan profundas raices que se necesitasen todavia mas demostraciones que la arranquen; á la primera noticia que se me dé, produciré tantas que los que estan apasionados por él, se arrepientan de haberlo estado. Vamos por ahora á concluir con él, que es mucho el camino que nos resta.

La *mala fé* fue lo segundo que me propuse probar. Está probado (si no me engaña todo) en solas las observaciones que sobre él he hecho. Es imposible que tanto trastorno de ideas; tantas suposiciones falsas; tantas voluntarias interpretaciones; tanto cuidado de aprovecharse aun de las mismas silabas, si es que acomodan para su intento; tanta destreza en desentenderse cuando son contrarias; tanta diligencia en buscar lo que puede servir al intento, aunque no venga mas que por el sonsonetillo de las palabras; tanto cuidado en obscurecerse, cuando no quiere mas que insinuarse; tanta maña para dejar siempre un cabo suelto de donde asirse; en fin tantas otras cosas á este modo que se estan viendo en cada página de sus obras, y de que he hecho alguna muestra, examinando esta disertacion; es imposible, digo, que todo ello nazca de ignorancia, y será un ciego el que por tela de cedazo no descubra en el Genuense muchísima malicia. De millares de egemplos que podria poner, muchos de ellos tomados de esta disertacion, quiero solamente escoger uno de fuera de ella que valga por todos los millares.

En la pág. 2. cap. 13. de sus lecciones de comercio toma el patrocinio de la *usura*, escogiendo antes sentir con Calvino y sus secuaces, y con los filósofos Grocio, Puffen-

dorf, Barbeirac, Heineccio, Lock, Montesquieu y otros, que con los mas acreditados filósofos del gentilismo, y todos los sábios y siglos católicos. Manifiesta desde luego su mala fé en escribir así despues de la reprobacion, que hizo Roma de la usura en la constitucion que Benedicto XIV expidió en 1.° de noviembre de 1745. Ni sé yo cómo pueda el Genuense componer, no digo su obediencia al Vicario de Cristo con haber dado á luz esta doctrina, sino su misma profesion, y sus palabras. En la dedicatoria que puso este buen hombre á aquel sábio Pontífice de su Lógica crítica, si no me engaño, y en no sé qué otra parte de sus obras, que no tengo presente por ahora, confiesa (y aunque no lo confesara fuera lo mismo) la alta erudicion de aquel sucesor de san Pedro; somete á su correccion su doctrina, y se gloría de que en una carta que mandó despacharle, se da por contento de que le dedique la obra con tanta satisfaccion, como si le hubiese mandado escribir, que estaba en ella bien servida la fé y la religion. Si este ecléctico hubiera tenido una poquita de vergüenza, debia haber reflexionado que sus mismas palabras y protextaciones le ponian en obligacion de respetar las decisiones de este Pontífice, cuando no por Vicario de Jesucristo, al menos por ser el mismo Próspero Lambertini, cuya erudicion habia admirado, cuya aprobacion queria, y á cuyo dictámen se habia sometido. Nada de esto se pensó. Habló la Iglesia, habló Lambertini contra la usura; pero de nadie se hizo caso. Mas esto es muy poco todavia. En el §. 20. trae á favor de su modo de pensar á la divina Escritura (Deut. 23. v. 19.). Pero ¿cómo? Dice el divino texto en este lugar: *Non fœnerabis fratri tuo ad usuram pecuniam, nec fruges, nec quamlibet aliam rem, sed alieno.* Dice el Genuense, ó para hablar mas bien, corrompe así: *Non fœnerabis fratri tuo PAUPERI: fœnerabis ALIENIGENO.* De donde infiere luego lo que le da la gana. *Quis unquam putasset* (exclama aquí un piadoso y sábio escritor, de quien me valgo en casi todo mi trabajo) *ad tantam malam fidem deventuros homines esse? In hoc Genuensis excessit, vel ipsos heterodoxos, qui id non sunt ausi facere* (*).

(*) Roselli tom. 6. quæst. 11. art. 3. in respons. ad 1. not. 3.

No paró aquí: vínose al nuevo Testamento, y tomó las palabras del Salvador (Luc. cap. 6. v. 35.): *Mutuum date, nihil inde sperantes.* No puede haber sentencia que en términos mas expresos condene la usura. Los filósofos alemanes se han desembarazado de esta y otras iguales dificultades con la preciosa suposicion que hacen, de que en la moral filosófica no se ha de consultar á la revelacion, sino á la razon; como si ésta pudiese con verdad ser incompatible con aquélla, ó como si aquélla no debiese corregir los tropezones de ésta. La suposicion abre camino para la impiedad; pero siquiera *verbo tenus* respeta la autoridad de los sagrados libros. ¿Pues qué, me dirá V., no los respeta el Genuense? Si señor; pero mas valia que no los respetára, que no que suponiendo su respeto los corrompiera. Sabe V. que el Concilio de Trento declaró la autenticidad de la Vulgata: sabe que mandó que en las disputas de fé y de costumbres se atuviesen los católicos á ella; sabe que condenó la audacia de los protestantes, que para cubrir sus errores provocaban á los originales griegos; sabe en fin que mandó á los católicos que en la interpretacion de las divinas letras siguiesen, especialmente en materia de dogma y costumbres, la tradicion. Pues á todo esto falta el Genuense. La cuestion de si es ó no lícita la usura moderada, es cuestion de costumbres, que ha de decidirse por el citado texto tomado de la Vulgata, y entendido como lo ha entendido la tradicion. Antonio Genovesi desprecia la Vulgata, va al original griego, y manifestando en esta lengua la pericia, que no tiene, enmienda la expresion, y la pone así: *Mutuum date, neminem desperare facientes.* Ni Erasmo, cuyo desembarazo en esta parte dió mucha causa al decreto Tridentino, tuvo valor para tanto, y dejó la expresion como está en la Vulgata. Muchísimo mas hace el Genuense en esta parte. Continúa interpretando todo lo que dice órden en el citado lugar con su asunto, y haciendo á la lengua griega las mismas violencias que á la Vulgata. Con estos dos egemplitos me creo dispensado de poner otros. Quien de tan mala fé citó, expuso y corrompió el cánon de las Escrituras, ¿que respeto ó qué consideracion habia de tener con los PP., y mucho menos con los escolásticos? Puede V. asegurar á todos como regla general, que no se fien jamas de cita alguna del Genuense.

Tengo evacuadas muchas, y en todas ellas he visto violentar a los autores (hablo de los catolicos) para que digan, ó no digan, lo que se le ha antojado á este ecléctico. Tal ha sido su fé. Vamos á su *crítica*.

No la he visto mas desbaratada. Dejo aparte mil cosas que lo hacen bastante ridiculo, como citar obras de Padres que los tales no han escrito; como errarse en el tiempo; como suponer (segun ya hemos visto) á san Agustin por perito en la lengua hebrea, que no supo; como otras mil cosillas que los erudítos del dia miran como pecados irremisibles, y yo los tendria por veniales, si el Genuense no juntase con ellos una crítica atrevida, infundada, precipitada y agena de cuantas reglas dá la mas sana y juiciosa. No salgamos de esta disertacion que ella nos dará bastante ripio. Al acabar el §. 4. de su primer capítulo hace una llamada y pone abajo la siguiente nota: *In antiquis sinensium characteribus litteras ægyptias reperiri, satis aperte nuper demonstravit Tupervillus Needham Anglus in dissertatione de inscriptione quadam ægyptiaca Taurini inventa, Romæ* 1761. *Vetus igitur intercessit inter ægyptios, ac sinenses commercium.* Tenemos aquí un famoso rasgo de crítica. Sepa V. ahora, que habiendo venido desde la China á Roma un religioso chino, estuvo viendo la citada inscripcion; y no encontró en ella siquiera un garabato que se pareciese á los caractéres chinos. Vió en Roma un manuscrito con el cuál se habia sacado la semejanza de los caractéres, y el tal manuscrito ni esraba ni pensaba estar en lengua china. Sin embargo, el famoso crítico Antonio Genovesi decide que el autor inglés *satis aperte demonstravit*; y luego, que hubo comercio antiguamente entre los egipcios y chinos. Si hubiera hecho esto un escolástico ¡poder de Dios! ¡qué burletas no se harian de la escuela! Lo hizo Antonio Genovesi, y con este y otros tales méritos se mira como un filósofo crítico hasta los tuétanos. Vea V. de camino, amigo mio, qué crédito debamos dar á tanto perito en la lengua china y en su literatura, como se ha levantado del polvo de la tierra; que en mi concepto no tienen otro mérito que el que les dá nuestra hombría de bien, por no decir nuestra simpleza: hombres que pueden decidir sobre las pomadas y polvillos, y maldito mas; y sin embargo pasan por inteligentes en lo que ellos nos quieren decir.

Vamos á otra cosa, y veamos por otro estilo la crítica del Genuense. En el §. 7 de esta misma disertacion hablando de la filosofía de los egipcios, dá con la autoridad de Diodoro el resumen del principio de las cosas que ellos admitian, y yo le extracté á V. muy poco ha. Despues de lo cuál y de algunas otras cosas, en que no me quiero meter, dice así: *Nulla in hac narratione alterius activi principii fit mentio, præterquam motus. Sed fortassis Diodorus, ut physicorum est mos, explicatis rebus mechanicè, non putaverit fieri oportere mentionem divinitatis. Nam alioquin constat ægyptios suum chneph veluti supremum numen, ovum ore tenens, quod esset mundi symbolum, depinxisse. Non recte igitur Eusebius atheismi hanc ægyptiorum cosmogoniam accusare videtur.* Vamos á cuentas, señor Ecléctico crítico. Se dificulta si los egipcios admitieron divinidad que formase el mundo, ó no la admitieron. Por esto último está Eusebio, por lo primero V. Examinemos ahora nosotros dos el punto, y veamos hasta donde llega su decantada crítica. ¿Por cuál de los dos únicos modos que hay para ello, quiere V. que terminemos la cuestion? ¿Por la autoridad de los que la tocan, ó por los méritos de la causa? Ya sabe V. que los casos de hecho segun la buena y la mala crítica deben decidirse por la autoridad de los que los refieren, pues no tenemos otro modo de saberlos.

Ahora bien: Eusebio de Cesarea dice, que los filósofos egipcios pusieron una cosmogonia del mundo, de la cuál estaba excluida toda accion de Dios. ¿Es verdad esto? V. lo ha confesado. Luego con razon los acusa del ateismo. ¿Qué se dice á esto? Que Eusebio se engañó; porque no hay otra respuesta. Mas señor don Antonio, hágase V. cargo de que Eusebio fue quizá el mayor crítico que se ha conocido en el mundo; hágase V. cargo de que vivió muchos años antes que V. en tiempos en que los errores del paganismo estaban todavía en su auge; de que fue Obispo de Cesarea en la Palestina, la cuál está mucho mas cerca del Egipto que el reino de Nápoles desde donde V. escribe; que habia comercio entre las dos provincias, y pudo Eusebio informarse de boca de los mismos egipcios. Mas ¿qué digo, pudo? Un hombre que, si mal no me acuerdo, estuvo en Egipto, que siguió (cuando no estuviese) la córte de Constantino y Constancio, ¿tendria proporciones de informarse cuál era la filosofía de los egipcios? Un hombre

que se informó tan bien en todo lo demas que escribió, ¿habia de haberse descuidado en esto? Respóndame V. ¿Por qué regla de crítica desprecia su testimonio? ¿Acaso Diodoro dice algo contra lo que piensa Eusebio? V. confiesa que no. Con que tenemos que V. en caso de *hecho* se niega al testimonio de un crítico de primer órden, de un historiador acreditado, que probabilísimamente tocó lo que escribia, y cuyo testimonio se confirma con el de otro antiguo que tocó tambien la materia. ¿Y es V. crítico? Como Sancho Panza, ó como el enterrador de santa Catalina.

Poco á poco me dirá V. Yo he decidido por los méritos de la causa. Traigo dos razones que derriengan la mano: examínelas V. y verá como no soy tan mal crítico como V. dice. Vamos á ello, señor don Antonio. *Sed fortassis* (es la primera) *Diodorus, ut physicorum mos est, explicatis rebus mechanicè, non putaverit fieri oportere mentionem divinitatis.* Famosa razon, amigo don Antonio. Aun cuando Diodoro hubiese hecho mencion de la divinidad, estando Eusebio en contra, era el punto muy dificil de decidir. ¿Pues qué será no habiéndola hecho? Señor: *fortassis non putavit oportere.* ¿Y qué con un *fortassis*, con un quizá se responde á un argumento positivo de tanta autoridad? Es que los físicos suelen hacerlo una ú otra vez, y puede ser que Diodoro lo haya hecho. Tambien puede ser que haya V. dicho aquí, como tiene de uso, un famoso desatino. ¿Quién ha visto argüir contra lo que se refiere que fue, por lo que pudo ser? Vea V., señor crítico, aqui su argumentacion puesta en otro caso. Dice la historia que Aníbal fue vencido en África por los romanos. *Sed fortassis* la cosa no fue así; porque la misma historia nos refiere que él venció varias veces en España ó Italia, y pudo ser que entonces tambien venciese.

Ya iba á dejar á V., señor don Antonio, en este punto; pero todavia me dá lástima hacerlo. ¿Por dónde pues infiere V. que Diodoro *fortassis non putavit oportere fieri mentionem divinitatis*? Dice á esto, que por la costumbre de los físicos, *ut physicorum mos est*, cuando explican la cosa por el mecanismo, *explicatis rebus mechanicè*. No está mala la salidilla. Dígame V. por Dios; y ¿quién son esos físicos mecánicos que tienen la tal costumbre? ¿Los hebreos, que segun V. son mecánicos? No señor. ¿Los caldeos? Tampoco,

porque enseñaron lo mismo en este punto que los hebreos. ¿Los indios y chinos? V. señala los principios activos que ellos pusieron. Los árabes admitieron su *Allah.* Los traces dice V. que enseñaron casi lo mismo que los otros. Vamos á los griegos. En todas las sectas, menos la de Epicuro, observa V. que se pone á Dios por principio activo. Con que no tengo que detenerme en eso.

Vengamos á los modernos. Descartes, Gasendo, Maignan, Leibnitz, Newton y otros, todos han sido filósofos mecánicos, y la primera persona de su filosofía es Dios, criando de este ó del otro modo la materia, y poniéndola en movimiento. Con que dígame V. ¿quiénes son los físicos cuya costumbre es no hacer mencion de la *divinidad*? No quedan absolutamente otros que Epicuro, y sus discípulos antiguos y modernos, que ó niegan la divinidad á pie juntillo, ó si la admiten le quitan la providencia y la separan positivamente de la creacion. En una palabra, no hay mas físicos mecánicos que no se acuerden de Dios, que los ateistas. ¿Es posible, señor don Antonio? ¿Mentir tanto? ¿Salir tanto del modo racional de discurrir? Reforme V. su argumento y diga así. Ha sido costumbre inviolable de los ateistas explicar las cosas mecánicamente, sin hacer mencion de la divinidad; los egipcios lo han hecho así: luego Eusebio con razon los ha colocado entre los ateistas. No vuelva V. á valerse de argumentos que de esta manera lo degüellen.

Todavia he de remachar mas el clavo. Dígame V. por su vida, ¿no vé en esa cosmogonia del mundo que han admitido los egipcios, tantos absurdos, tantas hipótesis disparatadas? Una fabula tan inverosímil ¿á qué se parece? Puntualmente á las que han fingido todos los ateistas para quitar de en medio la divinidad. ¿Y quiere V. que creamos que ellos la admitieron? Ya sé que V. está hecho á leer esos infames libros que esparcen los impios del dia, para que cunda su veneno, donde sin embargo de impugnarse la existencia del supremo Ser, se está suponiendo á cada instante; mas debió V. haber advertido que esto lo hacen precisados y nada mas; que como el nombre de ateistas es tan odioso; como el negar abiertamente la divinidad trae tantos riesgos, no pueden menos que mantener en la boca al Dios que han desalojado de su corazon, é intentan desterrar del de los hom-

bres todos. Pero en el tiempo en que andaban los egipcios filósofos por el mundo no se habia sutilizado tanto, ni habian los filósofos dado en el primor que ahora, de establecer los principios para negar la divinidad, tirar á ello, y suponerla en cada renglon. Si pues los egipcios no fueron mas salvages que lo que parecen, no tuvieron para qué acordarse de Dios.

Y en efecto ¿para qué se habian de acordar? ¿Qué plaza le habian de dar en la formacion de las cosas? No hay una siquiera como no sea la de miron. El aire por sí mismo puesto en movimiento es allí todo el principio activo. No habia pues cosa que tuviese que hacer Dios. Por el contrario, todos los filósofos y gentes que admiten la divinidad, la traen como primera persona de la formacion de las cosas. Descargan en su poder lo mas dificil de la obra, y luego ellos forjan lo demas. Observe V. todas las cosmogonias habidas y por haber, y dígame si encuentra una que, sin ser de ateista, no saque por causa eficiente á Dios aunque lo saque mal. Es pues un gran desatino (con perdon de V.) su primera razon.

Vaya la segunda. *Nam alioquin constat ægyptios suum Chneph veluti supremum numen, ovum ore tenens, quod esset mundi symbolum, depinxisse.* Dado que el huevo fuese símbolo del mundo, como V. quiere, le pregunto: ¿por dónde sabe V. que aquel mamarracho con el huevo en la boca significase al supremo Numen criando al mundo? ¿Tan natural es la significacion que no se pueda dudar de ella, y deba traerse como principio para combatir una cosa atestiguada por Eusebio? ¿Por dónde sabe V. que aquel símbolo daba á entender que el mundo fue producido por *Chneph*, y no Chneph por el mundo? ¿Por dónde sabe que Chneph fue siempre mirado como autor del mundo, y que la invencion de su pintura no deba contarse por cosa muy posterior al disparate del Genesis del mundo como los egipcios lo ponen? Con los númenes se me viene V. á argüir. Dígame V.: si V. me arguyese que Sócrates tuvo al Sol por Dios, ¿no sería menester contarlo entre los locos? Sócrates murió por haberse negado á esta credulidad. Y con todo eso los atenienses, entre quienes vivia, adoraban al Sol. ¿No sabe V. que se debe distinguir entre la supersticion del pueblo y la doctrina de los filósofos; que estos pusieron siempre su vanidad en no dejarse llevar del error comun acerca de las deidades mentidas, y que se

burlaban las mas veces de la religion, que seguian exteriormente por puro miedo, y no impugnaban abiertamente por pura política? ¿Le cogen á V. de nuevo estas noticias? Algunos creerán que sí. Pero V. mismo las trae y se vale de ellas. En la nota que pone al §. 1. de su cap. 2. dice: *Antiquiores enim philosophi ob populi superstitionem vetabantur de rerum natura aperte loqui: itaque ÆGYPTIORUM in morem duplicem adhibebant linguam, theologicam unam cum populo, qua sententias symbolorum caligine involvebant: alteram physicam cum initiatis.* Si V., señor ecléctico, sostuviese el dictamen de Eusebio, ¿podria traer cosas mas terminantes? Ea, acabe V. de conocer que su madre no le parió para crítico.

Baste, amigo don Manuel, baste lo poco que he dicho, para que se vea cuán buen crítico fue el Genuense. Nada sería mas fácil que escribir un tomo, y no muy flaco, que lo demostrase *ad fastidium*; y sin salir de este párrafo en que me he entrometido, se pudieran notar todavia otros cuatro ó cinco disparates tan gordos como los que he notado; pero la Carta vá creciendo, y la paciencia se me vá acabando. Aprovechemos la poca que me ha quedado para decir alguna cosa sobre su *inconsecuencia*.

Esta es el carácter menos equivocado del Genuense. En queriendo dar de él una idea que especialísimamente le convenga y lo distinga, se le debe llamar el escritor inconsecuente. Es vario (como antes que yo ha notado otro) hasta tal término, que no es fácil averiguar muchas veces qué es lo que dice, ó lo que quiere decir. A un entendimiento superficial, nada reflexivo, que con facilidad salia de sí mismo, que se dejaba arrebatar del entusiasmo, y escribia las mas veces á tiento segun tenia de costumbre, juntó la industria y astucia, con que muchas veces parece que queria se entendiese lo contrario de lo que dijo. Así no hay cosa mas dificil de conciliar que el Genuense con el Genuense. Sus tratados pelean con sus tratados, sus libros con sus libros, sus doctrinas con sus doctrinas, y muchas veces un periodo solo consigo mismo. Cuatro veces, si no me engaño, dió á luz pública sus escritos, y otras tantas los alteró, varió, puso, quitó é hizo tanto, que se deja bien entender que no se le ocultó la inconstancia y ligereza de su ingenio. Me ha hecho gracia la expresion que trae en el frontispicio de su

última edicion (*), de donde facilmente se comprende el juicio que formó de las anteriores, de las que dice: *rejectis omnibus anterioribus editionibus, et tanquam non suis reputatis.* ¡Qué lástima que no hubiera vivido un poco mas! Hubiera sin duda hecho otra, y tal vez en ella desecharia esta que yo tengo; porque por malas que las otras fuesen, creo yo que ésta ha de ser la peor.

Lo que he notado en las muchas ocasiones que he tenido que meterme con él, es lo suficiente para demostrar su inconsecuencia: y mucho mas la preocupacion y la mala fé que he hecho palpable en sus escritos; pues el que escribe con ellas, no puede menos que contradecirse, porque la mentira por mucho que se tape siempre va asomando la cabeza. Mas sin embargo para que este último capítulo lleve su prueba especial, como la han llevado los otros, pondré tal cual egemplillo que convenza lo que estoy diciendo. No salgamos de lo último que he estado notando al tratar de su crítica.

Hablando de los mismos egipcios en el lugar tantas veces citado, dice (**): *Illud verum est, primos, qui avitam mortalium Religionem corrupisse videntur, primum Dei symbolis* (alza, que te rozas: los símbolos de Dios no corrompen la Religion: el abuso de ellos sí: si lo leiste en los luteranos, mira que eres católico), *mox deorum, dearumque commentis, signisque, fuisse Ægyptios. Tota certa græca mythologia, quam Homerus, Hesiodusque tam docte cecinere, Ægyptiaca est ab Orphæo, et Cecrope invecta. Inde igitur arcessenda sunt prima græcanicæ theologiæ stamina, quæ deinde Philosophi, cum utut palam absurda ejurare non auderent, cum physica copulavere, præsertim Platonici; atque utramque sententiam fœdaverunt.* ¿Quiere V. lo contrario? Pues véngase conmigo al cap. 3. de la misma Disertacion, que empieza así: *Videbantur græcanicæ litteræ ad summum ejus, quæ inter homines versatur, sapientiæ apicem pertigisse: nam non artes modo humaniores, sed sublimes ipsæ disciplinæ Mathesis, THEOLOGIA, PHYSICA, Ethica, Politica longe lateque per Orientem, Occidentemque provectæ erant, auctæque plurimum, DEFÆCATÆ, ILLUSTRATÆ.* Yo bien

(*) Elem. metaph. 5. tomis compreh. Bassani 1764.
(**) Tom. 5. Metaph. disert. físico-hist. cap. 1. §. 7.

sé como se suelta esta antilogia del Genuense; pero á él le tiene mas cuenta que se quede en pie, que el que yo dé la solucion, y lo saque por admirador de la teología de Epicuro.

Poco antes de esto que he notado, noté ya tambien lo que dice acerca de la Luna y estrellas, segun el modo de sentir de los egipcios por estas palabras: *Hoc acute perviderunt, si fides Proclo habenda, Lunam esse ætheream tellúrem, et stellas ignem, quod verum est, fuitque orientis nationibus commune, indeque fortasse ad Thraces, Græcosque permanavit.* Pase V. ahora al §. 9. y óigalo decir: *Primus præterea Orphæus fuisse dicitur, qui Lunam, et reliquas stellas, perinde ac terram nostram incoli, et habitari docuerit.... Hinc fortassis idem hauserunt Anaximanes, Anaxagoras, Aristharcus, Democritus, aliique veterum Græcorum plures, ut discere possimus non esse hanc recentiorum tantum Astronomorum opinionem, sed cum mundo ipso fortassis natam, qua profecto nihil est validius ad immensam Dei sapientiam, potentiam, bonitatem intelligendam.* No hagamos caso de estas locuras, y parémonos no mas que en dos inconsecuencias. Segun las últimas palabras parece que Orfeo fue el primero que enseñó que los astros eran habitados; y segun las primeras parece que Orfeo lo aprendió de los egipcios. Esta es una. Vaya la otra: que las estrellas son fuego: *verum est*, así lo dice el Genuense. Que las estrellas *incoluntur, et habitantur, perinde ac terram nostram*, es una cosa, *qua nihil est validius* para demostrar el poder, sabiduría, &c. de Dios: así lo dice tambien el Genuense. Yo no entiendo como el fuego se pueda habitar, sino es que los habitadores sean salamandras, y en caso de serlo y habitarse, es muy de creer que no sea *perinde ac terram nostram*. El Genuense todo se lo traga, con tal que suene á lo que él quiere.

La carta va muy larga. Si V. quiere mas contradiciones é inconsecuencias del Genuense, lea nada mas que esta Disertacion, especialmente en el último capítulo, donde estan tan espesas como las moscas en los bodegones. Por fin, aunque no he hecho casi nada contra el Genuense, si se atiende á lo que él merece, creo que he hecho muchísimo para desimpresionar á quien teniendo algun grano de sal en la se--ra, se haya aficionado incautamente á este filósofo. Para

que él sea la abominacion de todo hombre sábio, no es necesario mas que darle á entender, que el Genuense *caute legendus est*. Pues como *caute legatur*, dentro de breves dias *omnino non legetur*, y aun espero con mucho fundamento que no ha de faltar algun hombre celoso, que *ex instituto* demuestre que es pernicioso á la religion, nocivo á la república, y en manera ninguna conducente para las letras. Los materiales estan tan de sobra, como verá cualquiera que con una mediana reflexion se ponga á examinarlos. Yo todavia no me despido: siempre que la ocasion se presente, pondré muchos egemplos de sus mas perniciosos errores. Con los que he puesto juzgo que he probado lo que propuse acerca de él. Si hubiere algun majadero que quiera mas (ya lo he dicho) no hay sino avisar, y escribiremos veinte tomos si fueren necesarios.

De todo esto resulta que el Genuense es el mejor y el peor de todos los eclécticos: el mejor, porque de propio Marte fraguó este cuerpo de filosofía recogida de donde le pareció, y no fue como otros que no han hecho mas que copiar ó sacar extractos. El peor, porque ninguno enseña doctrinas mas perversas, ninguno es mas atrevido, y ninguno tapa con mas maña el ser un pobre pedante. Ahora bien, señores eclécticos, aquí tienen VV. la realidad del eclecticismo. Píntese él como una cosa muy linda: no me opongo por ahora, como no tratemos de pintarlo. Búsquese él *in rerum natura*, y se encontrará la cosa mas mala. Creo que lo he probado así, en cuanto la materia lo sufre. Para que fuese demostracion, sé muy bien que era necesaria una induccion sacada de todos los eclécticos existentes hasta hoy. Hacerlo así, VV. mismos estan viendo que es la mayor majadería. Con que válgame por ahora la tercera regla de filosofar de Newton: *Proprietates corporum, in quibus experimenta instituere licet, habendæ sunt proprietates universorum corporum.* Que puesta en castellano, ó aplicada á mi asunto dice así. Lo que sea propiedad de todos los eclécticos que lleguen á nuestras manos, se puede tener por propiedad de todos los eclécticos: los que han llegado á nuestras manos son unos miserables pedantes: luego todos los eclécticos son unos pedantes. *Confirmatur. Ex ungue leonem*: los de Sevilla, sin faltar uno siquiera, sin rebajarles un pelo, son pedantes, *et plusquam pedantes*: *ergo* déjense de cacarear.

Por si VV. no quisieren pasar por la regla de Newton, y me culparen de que infiero mal, cuando de tres ó cuatro eclécticos que he visto, infiero que todos son tales como los de Tebas y Hardales, quiero que no se les olvide, que yo he hablado de aquellos eclécticos mas famosos entre VV., cuyos libros no sueltan de las manos, y cuya filosofía recomiendan como parto legítimo del eclecticismo, y como prueba de su importancia. No he hablado de otros, porque VV. no hacen caso de ellos, y solamente se embelesan con estos. Con que mi argumento viene á ser como una coplilla que canta el Pimporrero, y dice:

El mejor de los Morillas
Era mi hijo Tomás,
Si éste renegó de Cristo,
¿Qué será de los demas?

Yo he llegado á su tienda de VV., preguntando si tienen buenos melones eclécticos. Responden VV. que siendo eclécticos, no pueden ser malos. Para prueba me han sacado los mejores, segun VV. dicen. Les he metido la navaja, y uno sale pepino, y otro calabaza. Con que no me falta razon, cuando digo: que lo mejor que VV. tienen, es calabaza y mas calabaza. Si no fuere así, les estimaré mucho que por un papel público, ó secreto, ó como VV. quisieren se me diga: Fulano de tal es un autor de filosofía ecléctica, donde se hallan realizadas las ideas admirables que damos del eclecticismo. Mientras esto no parezca, tengan VV. paciencia conmigo, porque yo no he de salir de esta cantilena. No hay eclecticismo, y si lo hay, ¿dónde está?

Concluyamos, amigo don Manuel. ¿Quiere V. saber á quién se parece el eclecticismo? A la sin par doña Dulcinea del Toboso. La su fermosura, su valor, su belleza, su riqueza, su discrecion y todos los *sues* imaginables, eran la cosa mas prodigiosa en la caliente fantasía de su enamorado caballero. En la realidad ó no era *in rerum natura* la tal fermosura, ó era la grandísima gabacha de Lorenza Aldonso, aldeana, vasta, prieta, chata, y hecha toda de ajos y cebollas. *Idem per idem.* No hay cosita mas bonita que el eclecticismo, mientras éste está en la fantasía de los eclécticos: en buscándolo fuera de ahí, ó no hay tales carneros, ó son carneros roñosos.

Pues, señor, me dirá V.: de ahí no se infiere que el eclecticismo deba abandonarse; lo que se deduce es que todavia no se ha puesto en práctica, como se debe. Las cosas no se han de hacer del primer porrazo. Con el tiempo se hará una filosofía ecléctica que merezca este título. Puntualmente es esto, amigo don Manuel, lo que me propuse tratar en la Carta que se sigue: en ella responderé á esta réplica, y en ella (así como en esta ha visto V. que no hay eclecticismo) verá que tampoco puede haberlo. Mientras infinitos estorbos me dejan lugar para egecutarlo, piense V. si tiene alguna cosa en que le sirva su amigo. = *El Estagirita.*

Somos 31 de agosto de 1787.

P. D. Ha recibido el Pimporrero segunda carta de su sobrino. En ella, entre otras especies que no tienen que ver con nuestro asunto, vienen dos que voy á ponerle á V. con sus mismas palabras.

Pudiera el señor Aristóteles no ser tan palabrero. Dicen que en una de sus Cartas ha soltado qué sé yo qué especie, que hará que nos cueste bien nuestro dinero. Se pensaba aquí dar á la imprenta una famosa filosofía, compuesta de los mejores retazos que traen los filósofos modernos, y escrita para mas comodidad de los estudiantes. Esperábamos con impaciencia esta produccion, y ya yo estaba juntando los dineros para comprarla con designio de enviarle á V. un egemplar, y quedarme con otro para mi diversion y provecho: cuando vé V. aquí, que me dicen que su autor ha mudado de dictámen. Aseguran unos que por lástima que le da de tapar la boca á Aristóteles, y pegarle un capuz redondo, haciéndole ver que hay en Sevilla eclécticos que saben donde les aprieta el zapato. Dicen otros que es por puro miedo de que caiga en sus manos, y haga el señor Aristóteles alguna de las suyas. Yo me inclino á esto último; porque habiendo venido aquí al matadero un escolar amigo, me enseñó algo de la tal filosofía, y en menos de una hoja que leí, me encontré con un garrapaton que no sé si era solecismo, barbarismo ó cosa peor, y para el cual venia de molde cierto cuentecillo que pensaba yo escribirle á V. Sea como sea; lo cierto es que por amor del señor Aristóteles se deja la impresion; y que si queremos la obra, nos ha de costar á razon de quince ó mas reales cada cuadernillo, multiplicados los cua-

les por todas las materias filosóficas, sobre cada una de las cuales hay un cuadernillo, resulta de aquí una suma tan gorda que nos ha de costar bien la curiosidad. Por lo que hace á mí, no quiero filosofía tan cara, aunque ella traiga (que no traerá) oro molido. Al señor Aristóteles tampoco le dará en el pico, pues ha confesado que no tiene un cuarto, y si *pecuniam non habes, nihil est neutrum.* Yo me alegro no mas de porque no se meta en lo que no le va, ni le viene, ni se ponga á hablar antes de tiempo.

¿Le parecia al señor ese que estaba hablando con sordos? Pues ya lo verá. El otro dia me leyó un amigo un pedazo de carta contra él, que era una bendicion de Dios, y se conocia que su autor no se come el pico con las migas. No se sabe quien es. Yo se la he achacado al capatáz de los niños Toribios que gasta gorro negro, y lleva siempre las narices y la chupa llenas de tabaco. Milagro será que no sea él el autor, porque á mí me ha dado en la nariz, y yo para esto tengo narices de podenco. Otros la atribuyen al sacristan de los Venerables; pero á mi ver sin fundamento ninguno, porque si él fuera, haria la apología de su sotana agraviada en las Cartas del señor Aristóteles, y sin embargo no la hace. Sea quien fuere, él le ajusta bien la golilla, y le predica unos sermones que si estuviera en estado de ello el señor Aristóteles, me parece á mí que se habia de convertir. Tambien dice que aquello de las postdatas no es conciencia. Con que V., Tio, no se meta en ellas; que hartos cargos de conciencia tiene porque pagar.

Ambas especies me son nuevas, amigo don Manuel. Yo no me acuerdo de haber dicho cosa, por donde á ese autor se le quite la gana de dar al público sus producciones. Délas en hora buena, ilústrenos, sépase en el mundo quien es Callejas. Si V. lo conoce, dígale de mi parte que si lo hace por lástima, que no me la tenga; si por miedo, que yo todavia no me he comido ningun niño crudo: que desde ahora le hago la misma promesa que un portugués hizo á la pasada de un puente á un egército castellano de cuarenta mil hombres, cuando, estando solo y no teniendo mas armas que una caña, les dijo: *Passem vossas mercedes, que eu naon lhes farei mal.*

Extraño mucho que V. nada me haya dicho de esa Carta. Sírvase de enviármela, la veremos, porque á mí se me trasluce que ha de ser una pieza del tenor siguiente.

CARTA XVIII.

Sr. D. Manuel Custodio.

Mi señor y amigo: nunca creí yo que fuese V. tan mal contentadizo. ¿Es posible que de una carta, como es la de los campos Elisios, haya formado tan ruin concepto? Verdaderamente que no sé como persuadírmelo. Depongamos, amigo, las preocupaciones; juzgue la razon y no nos arrastre la pasion. No porque la carta referida diga de mí cuanto es decible, no porque ella ponga de ropa de pascua á V. y á cuantos leen mis Cartas, nos hemos de echar sobre ella y decir como V. me dice, que es perdido el tiempo que se gaste en leerse. Todo lo contrario me ha parecido á mí. O sino dígame: ¿qué tiene esta Carta de malo? No he preguntado bien: ¿qué tiene esta Carta que no sea bueno, raro, exquisito, singular? Si atendemos á su invencion, ¿se podrá encontrar mas peregrina? Ni el incomparable Cervantes hubiera dado en la idea de forjarse en los campos Elisios, y llenarla de tantas chispas, que no parece sino que está fraguada acá en el infierno con mucha mas propiedad que las mias.

Su gramática es nueva; nuevas muchas voces, nueva la aplicacion de otras; nueva la colocacion; nueva; en una palabra, toda la lengua. ¡Ah calumniadores extrangeros! ¿Tendreis desvergüenza para decir que los españoles son unos topos, que no han sabido hallar cosa de provecho? ¿Preguntareis en tono de desprecio, *qué se le debe á España*? ¿Qué se le debe? Cuando ella no haya producido mas que al escritor Elisio, se le debe una gramática de nueva invencion. Gramática castellana, que no es capaz de entender la misma Castilla. Pues ¿y la elocuencia? Ahí es nada. Vaya, apuesto

aunque sea una oreja, á que ni V. ni todos esos que me dice han despreciado la epistola del escritor de corona, son capaces de formar un discurso tan elocuente como el suyo. ¿Quién sino él puede haber en el mundo que tenga la rarisima habilidad de juntar, amontonar, aglomerar, recoger, unir, engastar tanta infinidad de sinónomos que no parece sino que sabe de memoria por la parte que menos el *gradus ad Parnasum*?

La lógica tambien es extremada. Si viviese hoy Polidoro Virgilio, ya tenia que añadir á su libro de *inventoribus rerum* este ó semejante capitulo. Un escritor Elisio que, aunque no se conoce, se sabe quien es, halló una lógica la mas expedita para impugnar lo que se entienda y no se entienda. Inventó silogismos de cuatro patas: puso otros con dos, enmendando de este modo el error de los antiguos que juzgaban debian constar de tres, é imitando con esto mas bien que ellos á la naturaleza, en la cual todo bicho que anda tiene patas pares y no impares; porque ó son cuatro como en los borricos; ó son dos como en los papagayos; ó son mas como en los ciento pies, pero siempre pares. Aumentó tambien los modos y figuras, y trasladó varias argumentaciones desde el elenco, en donde siempre habian vivido, á la demostracion de donde injustamente estaban desterradas. ¿Pues y en la teologia es rana? Ojee V., ojee los ocho fólios de su Carta y verá tanta abundancia de ella, cuanta es dificil que se halle en todas las aulas de calle Lineros.

No me meto ahora con la erudicion, sobre que podia hacer á V. que notase maravillas. Aquel conocimiento tan extenso en la historia, que podemos decir sin escrúpulo, que sabe tanto de lo pasado como de lo que queda por suceder; aquella crítica consumada que es capaz de distinguir un toro entre millares de cigarras; aquel juicio tan profundo que no habrá quien llegue á sondearlo; aquella instruccion en todas materias tan igual en unas como en otras; aquella vasta leccion de la historia de Literatura, que parece que es lo único que ha visto; aquella magestad de la expresion; aquella dignidad y hermosura del estilo; aquella oportunidad de digresiones; ¿á qué me canso? aquella carta de los campos Elisios que puede serlo de la vega de Carmona; aquel orador de planas que mas parece escritor de hazas; aquella pluma

que á semejanza del baston de Cincinnato se cambia y se confunde con la arada: todas estas *aquellas*, con el otro *aquel* sin muchas cosas que no cuento, convencen de tal modo el mérito de la carta y de su autor, que no puedo llevar en paciencia que V., amigo mio, lo desprecie. Este es mi modo de pensar, el que quisiera que adoptase V.; el que me ofrezco á hacerle manifiesto por cada uno de los expresados capítulos, si persiste en su pertinacia. Así que, señor don Manuel, diga V. conmigo en elogio del incomparable autor: bendita sea tal Carta; bendita tal calavera; bendito tal escritor; benditos tales campos donde nacen tan hermosos hongos; bendita tal habilidad; bendita tal mano y tan bonita pluma, y bendita en fin desde la punta del cabello (si no es calvo) hasta la uña de los pies la persona elisia, que nos ha dado tan buen rato.

El deseo de que los repita, como ofrece para nuestra instruccion y provecho, es el que me obliga á continuar escribiendo. De otra manera la fuerza y verdad de sus argumentos han podido tanto conmigo, que casi casi me han dejado caer la pluma de la mano. Pero cómo dejarme yo de escribir, sería quitarle la ocasion de que lo haga: quiero mas bien exponerme á todo el rigor de sus reconvenciones, que privar al público de la utilidad de sus escritos. Salgan ellos, sea como fuere, y sean mis Cartas los podencos que levanten tan apreciable caza.

Supuesto esto, para descargo de mi conciencia, me vuelvo á mis trece, y empiezo á tratar el segundo punto que ofrecí sobre el eclecticismo en mi plan de observaciones. Era éste, si mal no me acuerdo, que no podia darse filosofía ecléctica. Varias veces he ofrecido probarlo en mis Cartas anteriores. Llegó ya la hora de cumplir mi promesa. Allá va la prueba, y muérase la muerte.

Primera proposicion. La filosofía y cualquiera de sus partes es una ciencia, quiero decir, un conocimiento de la verdad, adquirido por el discurso, ó con otro nombre por el raciocinio. Esta proposicion es tan cierta como lo es que hay grullas. Ni tiene otra prueba que una sencilla explicacion de sus términos. Ya sea la lógica, ya la física, ya la moral, ó metafísica, deben encaminarse á la verdad, y se encaminan en efecto. El error no puede ser objeto de otra cosa mas q'

de la sofistería, y la sofistería ni es, ni ha sido, ni será filosofía. Con que ó hemos de dar de hocicos en el pirronismo, que nos niega poder conocerse la verdad; ó hemos de convenir en que la filosofía va en busca de ella, y aunque no sea mas que alguna vez la ha de encontrar.

Es pues la filosofía el conocimiento de la verdad. Añado despues que éste conocimiento es adquirido con el discurso. En efecto el conocimiento en que consiste la filosofía no se limita á las verdades de Pero Grullo, que suelen llamarse verdades *per se notas*, proposiciones evidentes *ex terminis*, y primeros principios. Asi no es filósofo el que sabe que un muerto no está vivo: que el que piensa no está muerto: que el que tiene defecto lo tiene porque le falta algo: que la cosa es ó no es; ú otras semejantes verdades que no tienen mas prueba que la de *fustibus est arguendum*. Si en ellas solas consistiese la filosofía, todos serian filósofos, sin escaparse los montañeses de la punta del Diamante, que entienden estas proposiciones como el mas pintado.

Tampoco consiste la filosofía en solo el conocimiento experimental. Ciertamente no será filósofo el que sepa, que en saliendo al raso se ha de mojar, como esté lloviendo: que las piedras caen hácia abajo: que las liebres menean las patas para correr; y que los rábanos no se parecen á las acelgas. Esta filosofía la saben tambien los borricos; y aunque yo no ignoro que muchos borricos quieren pasar por filósofos, sé sin embargo que nadie tiene por filósofos á los borricos. No son, pues, los principios ni los experimentos toda la filosofía: son (esa es la verdad) su raiz, su semilla, su causa, ó como V. quisiere llamarle; pero mientras á ellos no se junte el raciocinio, no tenemos aquel conocimiento que, no contento con la corteza de las cosas, va á buscar sus razones y causas; y mientras no haya tal conocimiento, no hay ciencia ni filosofía. Creo que si los señores eclécticos me entienden, convendrán conmigo: si no me entienden, quéjense á Dios, que ó me negó á mí la felicidad de explicarme, ó no les quiso dar á ellos una mollera capaz de entenderme.

No hay ciencia donde no hay principios: segunda proposicion. Su prueba es terminante, porque la ciencia se adquiere por discurso, como he dicho ya, y el discurso procede de algun determinado juicio. Expliquemos esto, que por

sí está claro. Por principios entiendo, no los de generacion y composicion, sino los de conocimiento, como dicen los metafísicos: entiendo á las proposiciones evidentes, de que ya he hablado, que suelen tambien llamarse *per se notas*, *notas ex terminis &c.*: por otro nombre entiendo las proposiciones mayores de todo silogismo demostrativo, y para hablar al estilo del peripato, *veritates illas, quarum est intellectus.* Como nosotros no tenemos la felicidad de entenderlo todo, ni aun en las cosas que entendemos podemos comprender todos los atributos á la primera mirada, de aquí es que nos valemos para conocer las causas de las cosas, de aquellas verdades sencillas y comunes, á cuya evidencia no está en nuestra mano resistir. ¿Cómo se hace esto? Combinando una ó muchas proposiciones evidentes con otra que no lo es, para por medio de esta combinacion venir á parar en la verdad. v. gr. Es para mí evidente que lo que entiende no puede ser materia: infiero de aquí que no tiene tampoco las propiedades de la materia: ya resulta esta segunda proposicion tambien evidente; de donde infiero otra: luego tampoco es susceptible de (perdonen los señores eclécticos) *cualidades* sensibles contrarias: esta tambien se me hace evidente, porque sé que las cualidades sensibles contrarias son propias de sola la materia: infiero despues; luego no es susceptible de corrupcion, porque me consta *aliundè* que la corrupcion proviene de la pugna de estas cualidades: y últimamente infiero; luego lo que entiende no es corruptible; luego no es mortal; luego aquello que yo tengo, que me hace entender, es inmortal. Esto es lo que se llama *discurso*, porque el entendimiento tomando el arranque de una de estas proposiciones de Pero Grullo, que le son evidentes, discurre, esto es, anda de aquí para allí, hasta que á muchos ó pocos pasos da con la verdad que antes ignoraba.

Esta proposicion, de donde se toma el arranque, se llama *principio*; si ella falta, no puede el entendimiento dar un paso: es peor que un hombre sin pies; peor que un ciego sin bordon ó lazarillo; peor que un chiquillo de dos meses, que no puede tenerse en pie. Por esto ni hay ni puede haber ciencia sin principios, y cada una los tiene asegurados en la evidencia: v. gr. Las matemáticas proceden de éstos: *dos veces dos son cuatro, &c.: cualquiera todo es mayor que sus*

partes: si de pares se quitan pares, quedan pares; si nones, quedan nones, &c. &c. &c., y lo mismo en todas las otras ciencias naturales; pues detenerme en la induccion sería tanta majadería, como podria serlo el que se pusiese en duda esta verdad. Convengámonos pues en ella, señores eclécticos, si no quieren VV. que andemos á dimes y diretes; y vamos á establecer otra proposicion igualmente constante. Esta es: que entre los principios de cada ciencia hay cierta concatenacion, que últimamente los reduce á pocos, y estos pocos vienen á parar en uno. Tengo en esta asercion á favor mio ni mas ni menos que al incomparable Descartes, que fundó toda la máquina de su filosofía sobre este solo fundamento: *Ego cogito: ergo sum.* Aunque su señoría no se hubiese metido en ello, es mi proposicion tan verdadera, que solo podrá dudarla el que ó no haya saludado las ciencias, ó si las ha saludado, no ha merecido el que ellas le hayan correspondido. Se prueba por una exacta induccion de todas ellas, y yo me contentaré con hacerlo evidente en sola la lógica. Sirven en ésta de principios las siguientes reglas. *Medius terminus distribuendus est in præmissis. Nullus terminus in conclusione distribui potest, quin distributus fuerit in præmissis. Ex solis particularibus nihil sequitur: nihil item ex solis negativis;* y otras que se deducen, y se reducen á éstas, especialmente en materia de silogismos. Todas estas reglas dependen de otra, que es el primer principio en la lógica, á saber: *quæ sunt eadem uni tertio, sunt eadem inter se*; y este, que es en la lógica primer principio, se reduce, como todos los principios de las restantes facultades, á uno, que es el principio de todos los principios, y llaman los metafísicos *el primer principio de contradicion.*

Pongamos un egemplito á mi modo pastrano, que nos dé idea de toda la cosa. Del grano de semilla brota el tallo: creciendo éste, se forma en caña: se explica en hojas: produce flores, y madura frutos; y todo procede, como es evidente, de solo el granito que se sembró. De la misma manera, de uno ó pocos mas principios empieza la ciencia, se va explicando en consecuencias deducidas de estos principios, que tambien son principios para sacar otras, y así enrama en la multitud de conocimientos, de que es susceptible la materia. Si quita V. el grano de semilla, se acabó; no tiene

que esperar ni caña, ni hojas, ni fruto: si lo corta por la media caña, bien podrá buscar la raiz y el tronco; pero nada mas. Del mismo modo: si me quita V. el primer principio, se llevó pateta á la ciencia: si dejándolo quieto, corta por mas abajo, todo lo que corte como separado de aquella raiz se ha de marchitar sin remedio. Las consecuencias intermedias son las venas y fibras por donde pasa el jugo y el vigor á las últimas: separadas éstas de aquellas, es evidente que quedan sin jugo y sin vigor. ¿Me entienden VV., señores eclécticos? Yo ciertamente me quedo con algunos temores de que no; pero no me atrevo á explicarme mas, por el miedo de que se piquen al verme que les hablo con tanta materialidad, como pudiera hablar á un aprendiz. Con que quedemos, señores mios, en que los principios de las ciencias deben guardar conexion, y no se hable sobre esto mas palabra.

Vamos á otra proposicion. Cualquiera, aun la mas leve variacion de principios, induce diversidad y oposicion universal de doctrinas. *Aquí fica ó punto*, y aquí quiero yo la atencion toda de los señores eclécticos. Esta proposicion es de tanta importancia como certeza. Con observar un poquito, se comprende esta verdad. Supongo pues que si los principios son contrarios, es imposible de toda imposibilidad que jamás puedan conformarse las doctrinas, así como es imposible que dos líneas rectas tiradas desde un centro, una v. gr. hácia el Septentrion, y otra hácia el Mediodía lleguen á encontrarse jamás. (Qué tal le parece á V., amigo, ¿no soy un famoso matemático?) Y así es imposible, para poner un par de egemplos, que jamás puedan conciliarse la moral de Epicuro, y la divina filosofía del Evangelio, porque éste señala por bienaventuranza la mortificacion, y el otro perro canalla la coloca en el placer. Es imposible que jamás se convengan los que señalan como cánon de la crítica, que nunca se debe estar á lo que representan los sentidos, con los que enseñan que se debe estar; ó á solo el testimonio de ellos, como dice otra perra canalla; ó al testimonio de ellos regulado y enmendado por la razon. De principios tan opuestos nacen despues ilaciones tan monstruosamente opuestas. Pero no es esto solo lo que yo digo, digo algo mas, y es: que cualquiera variacion, por mínima que sea en los principios, causa una notable oposicion en todo el discurso de la ciencia. Oigan VV., señores eclé-

ticos, la causa, y despues se lo haré palpable con dos ó tres egemplos.

Han de saber VV. que cualquiera principio es una proposicion. La proposicion ha nacido para decir la verdad ó la mentira: por eso la definí yo: *Oratio significans verum, vel falsum.* Supongamos, pues, que Gasendo y Descartes admiten alguna proposicion fundamental; pero que el último la varía en algo, de como la admite el primero. Esta variacion puede alterar ó no alterar el sentido. Si no lo altera, es una misma proposicion la de ambos, pues la diferencia que tiene, consiste en las palabras que en este caso pertenecen solamente á la inspeccion del gramático. Si la altera el sentido, ya no es la misma proposicion. Como la verdad es una é indivisible, nace de esta alteracion que, ó no siendo verdadera la proposicion anterior, queda verdadera con la añadidura, ó siéndolo antes, la añadidura le hace degenerar en falsedad. Lo mismo sucede con la diminucion. Esto supuesto, resulta que la proposicion antes de alterarse, y despues de alterada, no puede decir una misma cosa: luego ó antes ó despues ha de tener falsedad. La falsedad se opone diametralmente á la verdad, como es constante; de donde resulta que dichas proposiciones, aunque no lo parezcan, son en cierto modo contrarias; y la contrariedad que ellas ocultan, y al principio casi no se conoce, se hace luego sensible en las innumerables consecuencias que nacen de ellas como de principios. ¿Qué gringuería es esta, señor Aristóteles? Señores mios, esto es metafísica, y metafísica cierta. ¿Puedo yo remediar que sea preciso usarla? ¿Tengo yo la culpa de que VV. no la sepan?

Pero vamos, probemos la proposicion con algunos egemplos, tomados de las sectas y filósofos. Ya saben VV. la grande sarracina que hay entre tomistas y escotistas: no parece sino que nacieron para no convenirse jamás. Con todo eso ambos partidos son Aristotélicos: ambos para singular gloria mia mis discípulos, y ambos convienen en los principios fundamentales de mi secta. Admiten ellos la *potencia* y *acto* que es el tomate con que sazono todos mis guisos: admiten todas mis doctrinas, todos mis libros, todas mis decisiones. Pues señor, ¿de dónde proviene tanta diferencia como entre ellos hay? ¿De dónde? De sola la variacion de dos principios, á quienes los escotistas añaden, y los tomistas no quieren que se

llegue. Dicen los escotistas que ademas de la distincion *real* y *virtual*, se ha de admitir la formal *ex natura rei*: la niegan los tomistas. Con esto solo hay bastante para que las lógicas y metafísicas de la una y otra parte parezcan de diversísimas sectas. Quieren los tomistas que la materia prima sea *potencia pura*, donde no haya forma, ni acto, ni cosa que se le parezca: la dan los escotistas una *forma de corporeidad* congénita con ella que jamás la desampara. Esto es lo suficiente para que en la física cada escuela se vaya por distinto camino. Si se conviniesen sobre los dos puntos expresados, serian conformes sus doctrinas. No se convienen, y son enteramente diformes. ¿Y por qué? Porque se separan muy desde arriba; esto es, porque la variacion está muy cerca de los principios.

Mas dejemos la escuela, que estoy hablando con eclécticos, y en casa del ahorcado es imprudencia tomar la soga en la boca. Tomemos algun otro egemplo de los que han ocurrido en todos los sistemas nacidos desde la decantada restauracion de la filosofía. El judío Espinosa pensó echar por tierra la Religion y la filosofía: y en efecto si sus abominables escritos se consideran, no puede darse idea mas diabólica para poner en egecucion el pensamiento. Con la invencion de demostrar, segun él dice, por el método de Euclides, sus absurdos, hizo un cuerpo de doctrina tan opuesto á la Religion y á la razon, cuanto se oponen la luz y las tinieblas. ¿Y de qué medios se valió él? De dos proposiciones las mas comunes en todas las sectas y filósofos, las mas ciertas, y las que en todas las filosofías se reconocen como principios. Estas son: *Substantia est ens per se subsistens, y ens est unum.* Ya vé V. que la primera es la definicion de la substancia, y la segunda es una proposicion en que se le atribuye al ente su mas íntima propiedad: es decir, las expresadas proposiciones son dos de los primeros principios de toda metafísica. Pues, señor, ¿cómo de ellos sacó el panteismo? ¿Cómo? Variándoles el sentido á ambas proposiciones. Cuando dijo de la substancia que era *ens per se subsistens*, entendió por la partícula *per se* la total independencia de causas; de modo que digese la definicion que la substancia era un ente que no debe su ser á nadie. Cuando dice *ens est unum*, no entiende, como habian entendido todos, que la unidad se sigue al ente, y que donde quiera que haya ente, ha de haber unidad; sino que no hay mas que "

ente: como si dijésemos *ens est unicum.* Puesto así el huevo, no era dificil sacar el pollo del panteismo, porque si no hay mas que un ente, este deberá ser substancia; y si la substancia á nadie debe su ser, sale de por fuerza una quisicosa que sea Dios, mundo y todo lo que éste tiene. Los escolásticos con la grande friolera de las *perseidades* y reglas de la apelacion estan tan lejos de incurrir en las consecuencias de Espinosa, que por el contrario deshacen su sistema en polvo con un par de distinciones bárbaras, con que descubren la malignidad de que se valió aquel Patriarca de los impíos de este tiempo, *ut fucum imperitis faceret.* Tenemos pues, señores eclécticos, otro egemplo que manifiesta de cuánta importancia es para la oposicion de doctrinas la variacion sola de una expresion de los principios.

Quiero que VV. adviertan de camino una cosa que les puede ser muy útil, si es que quieren filosofar alguna vez de buena fé: y es que toda la máquina de la nueva filosofía suele flaquear por el mismo modo que el absurdo sistema de Espinosa, á saber: por la variacion de las definiciones, que son unos de los primeros principios de las ciencias. Párense VV. por Dios en ellas, y miren que la filosofía no tiene cosa mas sagrada. Definir debe ser empleo de los mayores hombres, y aun todavia sus definiciones no deben subsistir hasta que un larguísimo exámen hecho por los que le sucedan, declare la rectitud de sus definiciones. En metiéndose todos á definidores, es imposible que jamás nos entendamos, y ha de nacer en la república literaria el mismo desórden que se veria en la civil, si todo aquel á quien le diese gana, se metiese á definidor de litigios. Señores mios, esta es obra de los magistrados. La definitiva de un pleito trae consigo el bien ó el mal de muchas familias, y así requiere la ciencia, la prudencia, la autoridad que no tienen sino lo que la misma república ha señalado. Todos los filósofos modernos tienen á menos valer acomodarse con la definicion de otro. Cada uno define en derecho de sus narices, y de aquí resulta una barahunda de doctrinas y opiniones tan monstruosas, como las que se ven. Si yo defino al hombre *animal bipes, et implume,* no me costará mucho trabajo persuadir al que se trague mi definicion, que debe tener cresta y pico, y pescuezo muy largo, y todos los otros adherentes del gallo. Si le aplico la de-

finicion del burro, son consiguientes las orejas largas, los cascos, la cola y el rebuzno. Dime, filósofo de moda, ¿por qué alteras esa definicion que han recibido todos tus mayores? Señor, porque está en términos bárbaros. ¿Y cuánto mas vale decir una verdad en términos bárbaros, que un desatino, ó millares de ellos en términos latinos? Fuera de que, los términos de que usas, no alteran solo el latin, sino tambien el sentido: tú no lo conoces ahora: lo conocerás cuando te veas en la precision de tragarte las mas absurdas consecuencias: lo conocerán otros que abusarán de tu definicion *latini culta:* lo conocerán los que impugnan tu disparate. Si la definicion te parece mala, estás en la precision de demostrarlo antes de usar de ella; de no, serás un novador perjudicial.

Mas dejemos esto para su debido tiempo, señores eclécticos: baste este aviso, que como VV. hagan buen uso de él, podrán siquiera desenredarse de infinitas algarabías en que se han de liar. Con él solo está echado por tierra cuanto ha innovado el Genuense, que para no entenderse, ni que lo entendiésemos, dió en la gracia de innovar las nociones de las mas de las cosas. Sea egemplo la definicion del lujo, sobre la cual el sabio autor del bachiller Regañadientes ha hecho reconvenciones admirables á las bachillerías é ignorancia del Censor, y sobre que nada me queda que añadir. Tocamos en el Genuense, á quien no quiero perder de vista, á ver si puedo conseguir que algunos lo pierdan; y pues hemos tocado en él, no será fuera de propósito hacer ver, á qué absurdas consecuencias se abandonó, y á cuánta distancia se puso de la doctrina cristiana por una de sus muchas alteraciones de algun principio.

Es doctrina de todos los cristianos, ó por decir mas bien, dogma en que estan convenidos, que hay dos felicidades, una perfecta en la vida futura, otra imperfecta en la presente. No hay mas diferencia entre ellos sobre este punto, que la que han inventado los pseudo-maestros de la reciente moral, á saber: que en hablando como filósofos deben desentenderse de la revelacion, y atender solamente á lo que diga la naturaleza. Siguió el Genuense en esta parte como en otras muchas á los alemanes é ingleses, y estableció unos principios de moral opuestos, si no me engaño, á la doctrina católica: vamos á verlo. En su libro 1. de *Jure et officiis* §§. 4.

y 5. deja á los teólogos que disputen sobre la bienaventuranza futura, y ofrece explicar en qué consiste la presente, oyendo solamente la voz de la naturaleza. *Ecquid*, dice, *natura nostra poscit? Nempè non dolere corpore; non ægrescere animo, idque persentiscere vividè, constanterque. Igitur conscientia vacuitatis, doloris, et ægritudinis magnum est illud bonum, et summum, quod in hac vita homines appetunt, et sequuntur.* En la carta nuncupatoria á Nicolás Viviano, con que empieza el cuarto tomo de su Metafísica, vierte las mismas doctrinas envueltas en tales rodeos de frases y palabras, que es dificil comprender lo que quiere decir: recurso ordinario de que se vale para innovar.

Tenemos, pues, en estas palabras los principios de su moral, á saber: que la bienaventuranza que es el objeto de ella, consiste en que uno esté entendido en que ni le duele el cuerpo, ni padece en el ánimo; esto es, que ni en el cuerpo, ni en el ánimo experimenta la mas leve mortificacion. Así no tendrá la bienaventuranza presente el que sufra tormentos, el que traiga un cilicio, el que esté en un lecho consumido de dolores. No tendrá tampoco esta bienaventuranza el que tenga su alma llena de amarguras, al traer á la memoria los excesos de sus pasados años: el que esté tribulado: el que llore: el que experimente en su corazon la lucha terrible de la pasion con la ley. Falta la quietud entonces, no es oida la naturaleza; son sofocadas sus propensiones; luego aquel en quien esto pase, no es bienaventurado. Tal es la doctrina de Antonio Genuense.

Vamos á ver la cristiana, sin hacer caso de otra filosofía, y de otros mas sanos sentimientos de nuestra naturaleza, que los que escucha el citado filósofo, y dan en tierra con toda su absurda barahunda. Dice la doctrina cristiana. Aquella debe tenerse en el mundo por felicidad imperfecta, que mas cerca esté de llegar á la perfecta (proposicion evidente); la perfecta consiste en aquellos bienes que ni vió el ojo, ni escuchó el oido, y tiene Dios preparados para los que le aman: luego la imperfecta será aquella disposicion que mas acerque al hombre á tan indecibles bienes. Estos no pueden ni conocerse, ni obtenerse sin Dios: luego solo Dios puede darnos la idea y el camino que nos ponga en la última disposicion para ellos. La voz de Dios en el Evangelio es que

el reino inmortal padece fuerza, y que esta fuerza nos la debemos hacer á nosotros mismos: que el camino es la cruz, la pobreza, las aflicciones, por las cuales nos hacemos conformes con Jesucristo nuestro hermano y nuestra cabeza, cuyos coherederos somos, y de quien así como seamos compañeros en la pasion, así lo seamos en la consumacion. Luego será bienaventurado en este mundo, no el que esté alegre, como quiere el Genuense, sino los que lloren, porque ellos han de ser consolados: no el que obtenga en su cuerpo una disposicion que lo deje libre de dolores y enfermedades, sino el que perdiere la vida por Jesucristo, ó se la sacrificáre, pues en recompensa ha de encontrar otra mejor. Dirá el discípulo de Antonio Genuense: soy feliz, porque nada me duele. Dirá el discípulo de Jesucristo: *Libenter gloriabor in infirmitatibus meis, ut inhabitet in me virtus Christi.* Repetirá aquél: nada tengo que desear, no padezco hambre, sed, enfermedad, tormentos ni angustias. Responderá éste: *Sicut abundant passiones Christi in nobis; ita et per Christum abundat consolatio nostra.* Ultimamente (por no detenerme mas en esto, que da de sí bastante márgen para hablar mucho) sacará el discípulo de Antonio Genuense una suma de moral, cual se contiene en el cap. 2. del lib. de la Sabiduría desde el ℣. 6. en adelante, aunque despues á su debido tiempo tenga que sacar las consecuencias que se contienen en el cap. 5. *Lassati sumus in via iniquitatis: ambulavimus vias difficiles: ergo erravimus à via veritatis*: mientras el Discípulo de Jesucristo no olvida aquello de: *Induimini Dominum Jesum Christum, et carnis curam nec feceritis in desideriis.* Y *Reliquum est, ut.... qui gaudent, tanquam non gaudentes.... et qui utuntur hoc mundo, tanquam non utantur: præterit enim figura hujus mundi*, y otras infinitas máximas de la divina moral.

Aquí tienen VV., señores eclécticos, aquí tienen un egemplarito de lo que es el error en el principio, por mínimo que parezca. Si Antonio Genuense no se hubiese preciado tanto de filósofo de moda, hubiera entrado por donde todos los católicos; hubiera visto que el hombre no puede ser feliz ni en la vida mortal ni en la eterna, sin el auxilio de la revelacion; hubiera entonces podido hacer una moral verdadera; y aun cuando hubiera querido entretenerse solamente con

lo que es propio de la inspeccion de un filósofo, hubiera encontrado con una filosofía tan cierta y tan exacta, como es la que enseña en muchas partes de sus obras el mayor filósofo de España, y uno de los mayores de la Iglesia el Venerable P. Fr. Luis de Granada. Filósofo á la moda; así salió ello. Con que convengámonos, en que la mas leve alteracion en los principios induce necesariamente enorme oposicion en las consecuencias.

Sea la quinta proposicion una que se deduce de esta; á saber: que las consecuencias deducidas de principios, ya sean opuestos ya diferentes, no pueden jamas unirse por un exacto raciocinio. Se prueba de lo dicho. Son ramas de diferentes árboles; arroyos de opuestísimas fuentes. En tanto se deducen ellas, en cuanto procediendo por el método sintético se pone el principio, y de allí se infiere. En tanto se reducen en cuanto por la analisis se va á buscar el principio de donde proceden. Si son pues contrarios, ó en algun modo opuestos los principios; ó no estan ellas bien deducidas, y así será defectuoso el raciocinio; ó si lo estan jamás llegará el caso de que puedan formar una misma doctrina. Creo que esto es palpable. Vamos á otra proposicion de Pero Grullo.

Las sectas filosóficas son diferentes entre sí, porque cada una admite y establece diferentes principios. Vean VV. una por una todas las sectas; y si encontraren algo en contra avísenme. Me parece que por poco que sepan, han de convenir en esta verdad; y así no quiero detenerme en ella; sino entrar con cierta preguntilla que tengo que hacerles.

Pues señores: ¿qué cosa es el eclecticismo? Aquí les toca á VV. responder. El P. Villalpando lo hace en pocas palabras (tract. Proleg.). El que *nullo magistro, aut doctrinæ systhemati adhæret, nec illi est adeo amicus Plato, quin sit magis amica veritas, quam ubicumque invenit amplectitur.* Que quiere decir en buen romance: es un modo de filosofar que no adhiere á sistema alguno; que no es sistema, y de consiguiente no establece principios, ni sigue los que otros han establecido; que se anda de secta en secta; que aquí recoge una proposicion; allí se paga de otra; que entresaca lo que le parece, y deja lo que se le antoja. Pues ven VV. aquí puntualmente por lo que yo digo que no puede haber eclecticismo; esto es, que el eclecticismo nunca puede llegar á ser

verdadera filosofía. Esta, segun he manifestado, debe ser ciencia; de consiguiente ha de consistir en el raciocinio; luego tambien ha de tener principios: estos principios deben ser conexos: entre ellos y las consecuencias mas remotas debe haber una íntima union, cual es la que hay entre la causa y el efecto que depende de ella. Con que tan imposible es que haya eclecticismo que sea verdadera filosofía, como es imposible que de una mata de olivo, una flor de granado, una oja de rábano, una rama de naranjo y un capullo de rosa, se pueda hacer una col.

¿Qué conexion, señores eclécticos, qué conexion pueden jamás tener esas proposiciones que toman VV. ya de esta secta ya de aquella; sectas opuestas entre sí, sectas para quienes es sobrado mérito para repugnar una cosa, el que otra cualquiera la haya admitido? ¿Por dónde han empezado todas las sectas nacidas hasta aquí desde que hay mundo? Por la suposicion que han hecho todos sus autores, de que cuanto hasta allí se ha dicho, va distante de la verdad; de que es necesario para llegar á ella buscar otro camino, establecer otro método, inventar otros principios. Pues, señores, yo estoy en medio de Sevilla, sin saber por donde se va á Castilleja. Pregunto á uno, y me responde que por la Cruz del Campo; otro llega, y me dice que por san Lázaro; viene otro, y me encamina á la Torre de la Pólvora; llega otro, y me aconseja que vaya por Capuchinos. Soy un hombre que supongo, como VV., que ellos pueden decirme la verdad y la mentira; que ni tengo motivos para fiarme de ellos, ni tampoco para desconfiar. ¿Qué recurso? ¿Andar un poquito hácia la Cruz del Campo; volverme desde allí á san Lázaro; luego dar unos pasos hácia la Torre de la Pólvora? ¿No les parece á VV. que este era un excelente modo para no llegar en toda la eternidad á Castilleja? Pues este es *ad pedem litteræ* el modo de filosofar de los eclécticos. Cada secta lleva opuestísimo camino. Lo tengo suficientemente probado. Para la verdad no hay mas que uno, y en este se marcha montado (como dijo un cierto *quidam*) sobre el raciocinio. Y quieren VV. que llegue á encontrar la verdad un hombre siguiendo infinitas sendas, y que va montado á un tiempo (aquí está el mayor disparate) sobre diferentes burros?

No quiero ser mas pesado por ahora, señores eclécticos,

vamos á recoger en cuatro palabras lo que se ha dicho, y santas pascuas, hasta que podamos continuar nuestra conversacion. No hay filosofía, donde no hay conocimiento cierto de la verdad; no hay éste, donde falta el raciocinio justo; faltará éste, si no hay determinados principios; principios determinados no puede haber si falta la conexion de ellos entre sí, ó de las consecuencias con ellos; entre las sectas todo esto falta: luego el eclecticismo, que se anda de secta en secta, no puede llegar á ser verdadera filosofía: luego no puede haber eclecticismo. Inferí mal: luego sí puede haber eclecticismo con tal que no sea filosofía, sino un fárrago de cosas mal admitidas y peor probadas. Examinen VV. este Sorites, busquen en él la proposicion que sea falsa, y avísenme por Dios, que yo haré lo que pueda por demostrársela. No se me ocultan los dos ó tres recursos que pueden tomar para eludir mi raciocinio; pero ellos tocan en materias de que me he propuesto hablar con separacion. En llegando á ellas, que no tardaré, acabaré de dar á esta prueba toda la firmeza que tiene.

Bastaba lo dicho, amigo don Manuel, para que yo diese por concluido el segundo punto que me propuse probar contra el eclecticismo, y ciertamente no eran mis ánimos detenerme mas en él. Pero despues he reflexionado conmigo mismo, que todo esto que llevo dicho es tan dificil de entender para los señores eclécticos, como si se les hablase en lengua china. ¿Qué entienden ellos de raciocinio justo, principios, ilaciones, oposicion de proposiciones y demas barahundas que les he dicho, si se rien de todo esto, porque *quæcumque ignorant blasphemant*? Si yo escribiese solo para V. ó para muchos de sus amigos que se criaron en el tiempo de entonces, cuando no habiendo aun amanecido la *ilustracion*, se gastaba el tiempo en el *isagoge* de Porfirio, *priores y posteriores* de Aristóteles, no tendria el mas leve escrúpulo, me daria por satisfecho, y supondria que hablaba con gente capaz de entenderme. Pero la mala fortuna es que estoy disputando principalmente con gente que filosófa con los ojos, y me veo en la precision de ponerla de bulto y con colores, lo que solamente pertenece al entendimiento. Por esto habrá V. de prestar paciencia, de dejarme filosofar á la moderna en la Carta que viene, y de llevar á bien que así como aho-

ra por razones metafísicas he manifestado que no puede haber eclecticismo, lo haga palpable por un discurso que no sé si será matemático, si físico, si moral ó si entreverado, porque yo no me atrevo á acertarle con el nombre. Por fin, á cargo de V. queda ponerle el que mas le guste, mientras yo ahorro un rato en que parirlo. Soy de V. como siempre. = *Aristóteles.*

Fecha muy lejos de los campos Elisios en 13 de octubre de 1787.

P. D. Tengo la desgracia de que, luego que me veo en alto, me mareo. Por esta causa no puedo echar un viage á Sevilla, como tenia pensado, montado en nuestro carricoche. V. puede hacer por mí lo que yo tenia que hacer; pues aunque se lo encargué á Averroes, él es tan topo para estas cosas, que no hará una que se le pueda agradecer. Se acordará V. haber leido en la carta Elisia estas palabras que trae (*de more scribentis*) hácia la cola. *Pues yo le prometo, que si continúa con sus cartas, haré por descubrirlo, y publicarlo con su nombre, señales, y cuanto conduzca á hacer que se arrepienta de sus locuras, y que sea conocido, y premiado por sus bellas producciones.* Tres cosas promete aquí el bienaventurado escritor, que todas tres han de nacer de su diligencia; á saber: *arrepentimiento de las locuras, conocimiento, y premio de las bellas producciones.* Ay, amigo don Manuel, ¡qué diera yo por conseguir el *arrepentimiento de mis locuras*! Fuí loco en ese mundo: porque ¿qué mayor locura que haber pecado? ¿Haber conocido á Dios, y no haberle glorificado por dejarme llevar de mis vanos pensamientos? Fuí loco, lo confieso; mas ya pasó el tiempo de arrepentirme. No estoy en estado de ello, y ni todo el poder de los Elisios todos me pueden traer á un verdadero *arrepentimiento de mis locuras. El conocimiento, y el premio de mis bellas producciones* (como dice el Elisio) no los he menester, ni me sirven.

Cuando andaba por ese mundo gustaba de que me señalasen con el dedo, diciendo: *allá va el filósofo.* Gustaba igualmente de que premiasen mis trabajos, y me sonaban tan bien á el oido los talentos de Alejandro, como les suelen sonar los pesos duros á los eclécticos. Pero en el dia todo es desengaño: no soy camaleon para abrir la boca al aura popular;

aunque no pegarian mal unos ochavillos, veo que sin ellos se puede pasar un hombre, mayormente si pasa de los veinte y cinco años, quiero decir, si conoce que el dinero debe ganarse trabajando con utilidad de la patria, y no estafando á nadie, ni vistiéndose de méritos agenos para alcanzar la recompensa, á que tienen derecho solo los laboriosos. Con que por esta parte no tenemos caso. Yo le agradezco mucho al señor Elisio sus buenos propósitos, y quisiera estar en disposicion de disfrutar sus favores, que ciertamente los estimaria. Mas sin embargo, como él en toda su carta parece que se inclina á que las mias no son realmente cartas de *Alma en pena*, sino de hombre de carne y hueso, vivo, viador, adulto; y como tambien parece que espera la licencia del autor para egecutar lo que promete, he juzgado que debo pasarle aviso por hacer bien á algun discípulo mio, y por no faltar á la política del señor Elisio, que está esperando mi respuesta. Dije *hacer bien á algun discípulo mio*, porque me presumo que estas cartas no se han de atribuir á ningun ecléctico: de consiguiente vendrán á prohijársele á algun fraile ó clérigo *Peripatético rancioso*; y éste se halla con (¡cosa de juego es!) *arrepentimiento de sus locuras*, si es que alguna vez las ha tenido, con *conocimiento* del público, y con su *premio*, que por chico que sea, no dejará de valer siquiera algo.

Por otra parte la política no está reñida con nadie: ese señor espera mi licencia: no quiero que se la tome en rebeldía: antes bien le suplico, puesto de hinojos metafisicamente en su presencia, que no nos prive de tan bellos ratos, ni quiera escasearnos las luces de su sabiduría. Para lo cual yo le doy, no solo licencia, sino tambien poder en forma, firme y valedero, con todas las cláusulas que el derecho pide, y con tanta fuerza como si se hubiese otorgado en la escribanía de la villa de Camas, para que haga, quite, ponga y egecute cuanto le dé la gana con la persona ó personas que mejor le parezcan ser los autores de estas cartas. É igualmente cometo mis veces al autor ó autores, á quien ó quienes se le atribuyan, para que presentándose ante el señor Elisio, ó quien su poder tuviere, sin que se les pida mas recado, sean tenidos por personas legítimas, y á letra vista se les paguen el *arrepentimiento*, *conocimiento* y *premio* á que aquel se obligó por su escritura: autorizándolos, como los autorizo, para que

en mi nombre, y á mi voz, pidan, aleguen, justifiquen, admitan, excluyan, y hagan todo lo que en razon de lo dicho juzguen necesario; y si necesitaren de algunos documentos, luego que se me avise los facilitará el Pimporrero, que para este efecto los está poniendo en órden. Esto es lo que yo tenia que hacer público en Sevilla: haga V. por donde venga á noticia de todos, y con eso me ahorro el viage.

CARTA XIX.

Sr. D. Manuel Custodio.

Amigo y señor: ¿con que ello es que yo, con gana ó sin ella, he de entrar en disputa con V.? No parece sino que le he hecho una grave injuria, segun se manifiesta irritado, porque he formado buen concepto de la carta de los *Campos Elisios.* ¿Tengo yo la culpa ni de que ella me haya parecido á mí tan linda, ni de que V. la haya juzgado por tan mala? Pues si cada uno ha dicho lo que le ha parecido, y á cada uno le ha parecido su cosa, échele la culpa á la carta, que quizás traerá polvillos de la madre Celestina para parecer una cosa á unos, y otra cosa á otros, y no me la eche á mí. ¿Apostemos lo que V. quisiere, á que no soy yo solo el que ha aplaudido ese *Carti-portento*? A fé mia que si el asunto hubiera de definirse á pluralidad de votos, son tantos los que yo cuento á favor del Elisio, que ni V. ni todos los que piensan como V. querrian verse con ellos en un apedreo.

Me dice: que el número no se ha de estimar por el número, sino por el peso. ¡Ve V. aquí lo que yo no puedo aguantar! ¿Que esté V. todavia en esa ceguedad? ¿El peso? Dieran VV. gracias á Dios que se convinieran en él los regatones, cuanto y mas los erudítos de nueva extraccion. Al cabo de tantas experiencias no acaba de conocer que ese peso, que dice y dicen todos los viejos, es cosa del tiempo de Maricastañas. ¿No sabe, no está tocando cada dia que el número es lo que hace y deshace? Deme V. el número, que aunque se quede con mas peso que el que tiene la torre del Oro, se quedará como el arriero de Cuacos, y sabré meterlo todo á garulla. Si ese peso que aprecia fuera *numerus nu-*

meratus, esto es, aquellos pesos que caben muchos en una talega, entonces sí, entonces (¡Dios nos libre!) sería la carta cuanto quisiera, y mucho mas; pero siendo ese peso un *numerus numerans*, eso que por otro nombre se llama juicio, crítica, razon, verdad, y yo le llamo *ente de razon*, debo prevenirle que ya ese pobre murió, y lo enterraron, y se le predicaron las honras, y el sermon está como.... ya V. me entiende. Ultimamente las razones que V. me alegue, son las que han de decidir el asunto para conmigo. Mala gana tenia de meterme en ello; pero pues me dice en la suya que capítulo por capítulo me ha de ir hacer viendo, cuánto me aluciné en sentir bien de la carta, capítulo por capítulo le he de ir respondiendo á los argumentos que haga; y cuando no tenga que decir, me llamaré canasta, y diré que lleva V. razon. No me parece que la tiene en las tachas que pone á su invencion; ó sino examinémoslas, y se verá quien lleva el gato al agua.

Dice V. en primer lugar que el autor se supone en los Campos Elisios, y quiere que se le crea esto sobre sola su palabra: que ni dice quién le llevó mis Cartas, ni por dónde tuvo la noticia, ni con quién envió la suya: lo que tanto mas debiera haber hecho, cuanto mas incrédulo se muestra sobre que las mias se forjan acá abajo, y con cuanta mas severidad se pone á impugnarlo.

Á esto respondo: que replicar así, no es entender bien la cosa, ni caer en el toque de la dificultad. Un escritor de los infiernos, como yo soy por la presente, está en la obligacion de decir por dónde le han venido las noticias que tiene, quién se las trajo, de qué arbitrios se valió para volver al mundo, y buscar en él con quien entenderse, y otras cosas semejantes; y cuidado como se deja en el tintero alguna de estas circunstancias, porque entonces una voz Elisia saldrá diciendo: *La invencion es bien importuna.* Item, *la ridícula invencion*, y otros muchos oráculos que se pueden coger á manojos en la carta de nuestra disputa. Un escritor Elisio, como es el autor de ella, debe ser creido sobre su palabra; y en diciendo la cosa, no hay mas recurso que creerla ó reventar. La razon es clara: porque ya V. sabe que esta tierra es la tierra de los embusteros, y los Campos Elisios de la gente que dice verdad. Aquí está Aristóteles que necesi-

ta persuadir veinte veces una cosa, para que se le crea media: allá está ese señor ecléctico, cuyo testimonio solo hace mas fé que el de todos los escribanos. No digo yo eso de que él está en los Campos Elisios (que es una bicoca que cualquiera se lo puede creer), sino aunque dijera que era algun borrico de los tales Campos, y que con pezuña y todo había tomado la pluma, me lo habia yo de persuadir con tanta certidumbre como si lo hubiera visto. Así que, con esta sola razon respondo á todas las de V. ¿Por donde, señor, hemos de creer que el autor está en los Campos Elisios? Porque él lo dice. ¿Quien le llevó allá las Cartas de Aristóteles? Él lo sabe. ¿Cómo escribió allá la que nos envia? Escribiéndola. ¿Cómo leyó libros que seguramente no estan en la biblioteca de los tales Campos? Por ensalmo, ó de otro modo equivalente. ¿Quién nos trae esta carta de allá? El correo. ¿Y quién es ese correo? Aquí está el toque. Eso es lo que V. quisiera saber para hartarse de reir. Pues mire, como no me contente mucho, y me envie con Averroes dos cuartos de tabaco para tomar un polvo, no se lo tengo de decir. Está respondido al primer argumento.

Copia V. en el segundo los muchos dicterios (como V. los llama) con que me honra el señor Elisio, y dice que si se pusieran todos en órden, podian abultar mas que los títulos que tiene el duque de Medinaceli, de tal, y tal, y tal, conde de tal parte, marques de cual, señor &c. Hace reflexion sobre varias expresiones tan ásperas, que parece que vienen sin acepillar, y exclama despues de ellas con Virgilio: *Tantæne animis cœlestibus iræ*! Un escritor que está en aquellos Campos, donde todo es placer y dulzura; un escritor que aconseja é instruye; á quien la conciencia no se le cae de la pluma; que quiere instruirnos en la moral que sabemos mejor que él, ¿dispararse tanto? ¿rabiar tanto? *Tantæne* (repito) *animis cœlestibus iræ*? Si su carta viniera del infierno, sería la invencion oportuna: solo el estilo nos lo hiciera creer; pero que ella se ha escrito en los Campos Elisios, créalo Papando, que tiene mejores creederas.

Todo esto que V. dice está desbaratado en un instante. Respondo pues á ello, que la fecha de la carta está puesta en el dia 1.° de junio, dia en que en aquellos Campos dura todavia la Cuca. Será muy posible que el señor escritor es-

tuviese de Cuca en el citado dia, y así escribiese algo respingonzillo. ¿Pues qué (me dirá V.) tambien andan de Cuca los escritores? Sí señor, pueden andar; pues no hay motivo para negarles este privilegio. Bueno sería que pudiesen los becerros una cosa, y no pudiesen la misma los escritores, que tienen mas entendimiento que ellos, y mas si son Elisios. Fuera de que, lea V. á los viageros franceses que traen muchas cosas que se parecen á esta; y podrá ser que alguno haya viajado por los Campos Elisios, y dé noticias de cómo habrá sido esto. Tengo respondido al segundo reparo, y con una respuesta que merecia ponerse como original en la biblioteca de los escritores Elisios.

Dice V. últimamente. Que es notoria á toda Sevilla la instruccion y literatura de los tres sugetos á quienes el Elisio dirige su carta: que la erudicion que en ésta se contiene, y la que su autor tiene, comparada con la de los otros, se desvanece como si fuera humo; en una palabra, que los tres son hombres que saben como Dios manda, y el otro sabe como Dios quiere. De donde infiere V., que suponer el Elisio que los tres le han instado, *sobre que manifestase el juicio que formó* de mis Cartas, es una invencion tan ridícula, como si se supusiera que un famoso matemático consultaba con un zapatero de lo viejo sobre algun problema de la facultad.

Ve V. aquí lo que me hace á mí desesperar. Apuradamente ha puesto como tacha al escritor Elisio lo que mas mérito tiene en él, y lo que mas me ha llenado el ojo en su invencion. Invencion es una palabra que está significando cosa nueva; esto es constante. Pues digame V. ahora; si el sugeto Elisio fuera por casualidad un Arias Montano, ó un Luis Vives ú otro semejante, nada tendríamos de nuevo con que le consultasen hombres, que pasando por doctos pasan por lo que son. Esto está sucediendo todos los dias, y no hay cosa mas comun que las consultas que hacen los sábios á aquellos otros sábios á quienes juzgan ó por mayores ó por iguales. El toque está en que uno que es sábio consulte, v. gr., con un Elisio, con un pastelero ó con un palanquin. Esta es cosa que nunca ha sucedido, ni le ha ocurrido á nadie. Pues ve V. aquí la invencion. Si el Elisio se supusiera consultado de algun discípulo (como pudiera haberlo hecho sin que le cos-

tase mucho trabajo) ponia entonces una cosa que cada dia se está viendo, y decia tambien una verdad que no merecia el nombre de invencion. En la ocasion presente lo merece, porque ha inventado una cosa que ni ha sucedido desde que el mundo es mundo, ni quizás sucederá despues. Con que tan lejos está de ser defecto el que V. reprende, que por el contrario es pensamiento original, y hace muchísima parte del mérito de la Carta.

Tengo satisfechas las objeciones que V. me hace sobre la invencion, y con la misma facilidad iré satisfaciendo á las que me haga sobre los restantes capítulos, una vez que no se conviene á tener la carta Elisia en el concepto en que yo la tengo, y en el que ella merece ser tenida.

Volvamos al hilo de nuestra principal conversacion, y oiga V. los otros escrupulillos que me quedan sobre que no puede haber eclecticismo. Yo los tenia acá en mi mente á medio cuajar, sin saber qué forma les habia de dar para parirlos; pero la fortuna, que me sopla siempre que tomo la pluma contra los eclécticos, me ha deparado dos remiendos con que vestir esta Carta, sin tener que poner de mi casa mas que el hilo.

El primero lo tengo de tomar de esta oracioncita que V. me envia, cuyo título es: *De sectæ eclecticæ utilitate*, grande cosa por cierto, esquisita, admirable, digna de unos Comentarios que la ilustren, como en efecto está encargado el Pimporrero en componerlos por ocupacion mia. Dice pues la citada oracion (pág. 11. *editionis Hispalensis* 1787.). *Hæc enim* (la filosofía ecléctica) *cum rei alicujus veritatem quærit, non unius, sed omnium doctissimorum super re illa sententias, quasi chordas subtili rationis digito percurrit, opiniones discutit, argumenta perpendit, placita aliorum cum aliis, aut elevando, aut deprimendo, confert atque componit: postea vero cum tempus, et laborem quantum potuit in unamquamque rem examinandam, et momento suo ponderandam insumpserit, ab ea sententia non stare nequit, quæ ex rationum pondere, aut vera esse, aut verisimilior, et ob eam rem ipsi rationi suavius, et dulcius consonare videtur.*

Aquí tenemos una idea perfecta del eclecticismo, la misma que yo habia menester, y que teniendo que andarme á caza de libros para encontrarla, me la ha deparado la suerte.

en este papelito. Con que (para que no se nos olvide) la filosofía ecléctica enseña á proceder de este modo. El prosélito de ella, cuando vaya á buscar la verdad de alguna cosa, por otro nombre, cuando vaya á filosofar, tiene que repasar una por una todas las sentencias de los hombres doctos, así como el que va á templar una guitarra anda una por una todas las cuerdas. Tiene que examinar las opiniones, despues tiene que valuar el peso de los argumentos: hecho esto, debe conferir dictámenes con dictámenes; y modificando á éste y extendiendo aquel, ver como puede componerlos. Gastado en esto el tiempo y trabajo que esté en su poder, declararse por aquella sentencia que sea, ó mas verdadera, ó mas verosimil. Esto es en substancia lo que quiere decir ecléctico. Vamos ahora á ver si puede ser así la cosa; que como no pueda ser, es consiguiente que no puede haber eclecticismo. Para examinar esto tengo bastante con el hermotimo de Luciano, que pone el punto á las mil maravillas, y que puede aplicarse así á nuestro caso.

Yo me supongo en el (que nunca llegará) de desear ser ecléctico, y que tomo por maestro al famoso autor de esta oracion. Entro pues preguntándole: señor maestro, para salir yo consumado en la filosofía que V. enseña, ¿qué debere hacer? Responde su señoría. Lo primero que V. debe hacer, es saber cuántos y quiénes han sido los filósofos, é imponerse en cuáles son las sentencias que cada uno ha enseñado. Vaya el texto: *Omnia omnium cogitata, et inventa inspicientes, ac maturo examine contemplantes, quid cuique placeat, aut displiceat, quæ cujusque sententia, aut opinio sit, curant cognoscere, atque intelligere.* Orat. pág. 14. Sea muy en hora buena, señor maestro. ¿Con que yo tengo que examinar *omnia omnium cogitata, et inventa*, todos los sistemas de todos los filósofos?

Ahora pregunto, señor maestro. ¿Y los filósofos son muchos? Eso, me responde, lo hallará V. en cualquiera ecléctico, que los nombra y hace mencion de ellos, ó de los mas en la introduccion de su filosofía. Está bien, señor: tomo mi libro y me hallo con que son casi infinitas las sectas de los filósofos. Dejo aparte á los hebreos: apenas hay fuera de ellos nacion alguna bárbara, que no haya tenido grandes créditos en la filosofía. Los han tenido los caldeos, los fenices,

los persas, los árabes, los indios, los egipcios, los tracios, los druidas, los chinos. Con que deberé yo imponerme en la filosofía de todos estos. ¿No es verdad? Preciso, responde el señor Maestro. ¿Cómo ha de juzgar V. despues de lo que sabe? Con que tendré que leer á Eusebio, á Diodoro, á Ciceron y á todos los otros, que nos dan idea de la filosofía que estas gentes enseñaron.

Me ocurre tambien ahora, señor Maestro, que leyendo yo no sé qué librillo, que trataba de estas gentes, y sus modos de pensar sobre las cosas, advertí que hay famosas disputas entre los modernos sobre la inteligencia de muchísimos pasages.

Maestro. Así es: porque las pocas noticias que se conservan de las tales filosofías son algo obscuras: los autores que las conservan no se convienen en algunos puntos, y aunque esten convenidos en muchos hechos, todavia nos queda que averiguar cuál era el verdadero sentido de unas expresiones las mas veces enfáticas, y de unas filosofías á veces poéticas, y á veces simbólicas.

Aristóteles. Pues á mí me parece que en todo caso nos precisa averiguar, cuál fue la sentencia de aquellos hombres. Porque si no lo averiguamos y decidimos lo que se nos antoje, hacemos una cosa que todavia no han hecho ni aun los mismos escolásticos, y estos nos podrán reprochar con que filosofamos en derecho de nuestras narices, y ponemos en boca de los otros lo que ellos no han soñado decir. Por otra parte, este exámen no me parece que puede ni debe omitirse entre nosotros los eclécticos; pues así como á ninguno concedemos, que él solo es el que ve en materias de filosofía sin que nos lo haga constar; así tampoco podemos decirle á nadie, sin hacerle un notorio agravio, que ha estado ciego, sin que le demos las razones que nos asisten.

Maestro. Dice V. bien; por eso le aconsejo que lea á muchos hombres modernos que han disputado difusamente sobre las tales filosofías. Huet, Genovesi, Bruker, Francisco Buddeo, Stanley, Pedro Bayle, Jorge Valch y otros muchos, ilustran grandemente estas antigüedades. No hay mas que hacer que leerlos todos, meditarlos bien, imponerse en ellos...

Aristóteles. ¿Y decidir lo que me parezca?

Maestro. No señor, no estamos todavia en caso de eso:

Óigame: despues tiene que conferirlos unos con otros, y escoger la opinion mas cierta.

Aristóteles. Ya entiendo, y para que V. vea que le he entendido pongo un egemplito. Leo yo, v. gr., en Diodoro ú Eusebio, que los egipcios pintaban á su Dios con un huevo en la boca. Entra luego la disputa de qué significaba este huevo. Uno me dice, que significaba el mundo; otro, que significaba otra cosa. Leeré pues uno por uno á todos los crítico-filósofos, y no pararé hasta que, segun mi caletre, me parezca que le he sacado la yema al huevo. Para esto tendré el texto por delante, que será el autor antiguo, de quien se ha tomado la noticia: tendré tambien otros cincuenta ó sesenta libros que hablan sobre aquel pasage, los conferiré uno por uno con el texto, luego unos con otros entre sí, hasta que salga en limpio, v. gr., que aquel huevo significaba un huevo, y que así como las gallinas lo ponen por mas abajo de la cola, el dios de los egipcios lo estaba poniendo por mas arriba de la barba. ¿No es esto?

Maestro. Eso es; pero cuidado que hasta aquí no hay que inclinarse á dogma filosófico alguno, porque no estamos haciendo mas que una crítica de los hechos, por otro nombre, averiguando no cuál de los filósofos citados tuvo mejor filosofía, sino cuál fue la filosofía que siguieron.

Aristóteles. Está bien; concluimos ahora con los bárbaros: vamos á los griegos. Los primeros que en ellos se presentan son los siete sábios. Dígame V., señor Maestro: ¿y hay aquí que averiguar la vida y milagros de cada uno, ó con examinar uno solo habrá bastante?

Maestro. De modo es ello, que si todos enseñaron una misma cosa, es bastante examinar á uno; pero si cada cual siguió rumbo diferente de los otros, no puede un buen ecléctico dejar de examinarlos á todos. Vaya el texto: *omnia omnium.*

Aristóteles. Ya yo me sabia eso que V. dice; pero supongamos que todos siete enseñaron una misma cosa, y en imponiéndose en uno, hay lo bastante. Entraré despues en cada una de las sectas. Me colaré como por mi casa en la Jónica fundada por Tales, luego en la Itálica por Pitágoras, luego en la Eleática por Parmenides y Xenophanes; iré luego á la Cirenáica, á la Eliaca, á la Magarica y á todas las encontraré por allí.

Maestro. *Optimè, egregiè.* Como V. haga eso, se impuso en todas. Y para imponerse no hay mucho que hacer. De todas las referidas sectas no han quedado mas que algunas noticias dispersas en Laercio, Ciceron, Plutarco, Plinio, Eusebio, Clemente Alejandrino, san Agustin y otros poquillos. Aquí encontrará V. la misma diferencia en entender los sistemas de todos ellos, que digimos antes de la filosofía de los bárbaros; pero presto puede salir de duda, consultando á los modernos que le cité arriba, y otros que dejé de citarle, que disputan la cosa hasta donde puede disputarse.

Aristóteles. Y en leyéndolos todos, tengo bastante para imponerme en lo que los otros dijeron, *imo vero* para decidir cuál fue su verdadero modo de pensar. Síguese luego Sócrates, de quien sabré lo que haya que saber por los mismos arbitrios. Entra luego Platon, cuyas obras existen. Aquí tengo que preguntar, señor maestro, ¿deberé yo leer á este filósofo en su propio idioma, ó será bastante leerlo traducido?

Maestro. Traducido basta.

Aristóteles. A V. parece que se le va olvidando que es ecléctico. ¿Quién nos puede asegurar de que el traductor nos da á Platon tan entero como él es en sí mismo? ¿Es infalible acaso? ¿No pudo engañarse? ¿No pudo engañarnos? ¿Y mas en una lengua, cuyas frases pueden admitir varios sentidos? Una de dos, ó no hemos de ser eclécticos, ó hemos de averiguar la cosa por nuestro propio ojo. Que Pitágoras digese esto ó aquello, lo creemos cuando otros lo refieren, porque no existen las obras de Pitágoras, si es que escribió algunas; pero que Platon dice así ó asado ¿qué necesidad hay de saberlo de otros, estando vivo (para explicarme así) el mismo Platon?

Maestro. Eso convence, y así soy de parecer que lea V. sus obras en el original.

Aristóteles. ¿Luego tendré que aprender el griego?

Maestro. Es consiguiente.

Aristóteles. Luego para entender á los filósofos latinos, deberé saber latin, para los árabes aprenderé el arábigo, para los chinos la lengua china, y así iré aprendiendo la francesa, inglesa, alemana, española, &c. y quiera Dios que al Preste Juan de las Indias no se le antoje escribir algun libro en su lengua, porque tambien tendré que aprenderla.

Maestro. Eso es verdad; pero no es negocio de mucho trabajo, pues para entender al filósofo que hable en su propio idioma, basta una mediana tintura.

Aristóteles. ¿Cómo una mediana tintura? ¿Ahora estamos ahí? ¿Pues no sabe V. que las lenguas continuamente se estan variando, y que el lenguage de esta nacion en este siglo es distinto del de la misma ahora tres siglos? En griego escribió Platon: en griego escribí yo, cuando era un Aristóteles de carne y hueso visible; pues lleve V. mis obras á los griegos de ahora, y verá como para ellos aquel griego es latin. ¿No sabe V. el cuentecillo del otro que no pudo entender la voz *entelequia*, y llamó al diablo para que se la explicase? Pues con todo, él sabia el griego mas que medianamente. Con que, señor Maestro, si hemos de entender, como se debe, á Platon, es menester que no sea mediana la inteligencia que tengamos del griego, sino algo mas; en una palabra, que lo sepamos como si toda nuestra vida hubiésemos vivido en Corinto, y con la debida proporcion digo lo mismo de todos los libros de todos los filósofos, cuyas sentencias segun su precepto de V. debemos examinar. Y así deberemos ser *Omnilingües*, ó al menos *multilingües* para entender así los escritos de varias lenguas.

Maestro. No puede negarse que V. lleva razon.

Aristóteles. Volvamos pues á nuestro Platon. Luego que me haya impuesto en él, tendré que leer por la parte que menos á aquellos mas célebres de sus discípulos que explicaron, añadieron y mejoraron las doctrinas de su maestro, v. gr. á Orígenes, á Plotino, Porfirio y algunos otros antiguos: me vendré luego al Occidente, y me encontraré con otros: leeré despues entre los árabes á Avicena, porque ha de saber V., señor maestro, que aunque el P. N. dice que este fue Comentador mio, esto es, de Aristóteles Estagirista, tengo averiguado que el P. se equivocó en esto, como en todo lo demas, y que Avicena se propuso hacer célebre entre los moros la filosofía de Platon, como Averroes habia hecho la mia. Váyase V. á ver con don Nicolás Antonio, que es quien dice esto. Luego pues que concluya con Avicena y con los moros que hubiesen tenido intervencion con Platon, me vendré á los modernos, y saldrá á colacion y particion Escaligero, Ficino y todos los otros que, ó han hecho crítica de sus obras,

ó las han comentado, ó las han puesto en forma de doctrina, que sobre chispa mas ó menos con setenta obras que lea, tendré comprendido todo el sistema de Platon. Síguese Aristóteles, que soy yo para servir á V.

Maestro. Si V. quiere, bien puede dejar á ese filósofo; porque estamos convenidos acá los eclécticos con muchos modernos, que entretenerse en leerlo no es mas que perder el tiempo.

Aristóteles. Por eso no pasaré yo, señor Maestro, salvo su buen parecer de V.; y para no pasar, me asisten muchas razones. La primera, en que si muchos modernos estan convenidos en desacreditarlo, otros tambien lo elogian altamente. Godifredo Leibnitz, de quien sabe V. cuánto caso *debe* hacerse hoy, ha restituido su doctrina, y desde él acá casi nadie ha escrito filosofía sin que deje de citar sus dictámenes, aunque no sea mas que de cumplimiento. La segunda razon consiste en que tanto bien se ha hablado de Aristóteles en estos tres últimos siglos, cuanto mal se ha dicho en ellos, y un buen ecléctico debe dar razon por qué se conviene mas con unos que con otros, cuando los dictámenes estan opuestos. A esto se junta lo que V. no ignora, y es que en el dia de hoy tiene Aristóteles todavia muchos discípulos tan pertinaces en defenderlo, como V. pinta en su oracion con aquella elocuencia *casi divina* que Dios le ha dado. Supongamos que los discípulos de Aristóteles yerran. El modo de convencerlos es demostrar los errores de este filósofo. Para demostrarlos es menester saberlos, para saberlos, si V. no lo ha por enojo, se hace necesario leer sus obras. Con que, amigo mio, si hemos de sacarles á los fraiies las categorías y demas obras de Aristóteles de la cabeza, no queda mas recurso que leerlo.

Maestro. Por ese motivo nada mas permitiré que se lea.

Aristóteles. Sea como V. quiere; pero hay mas todavia. Aristóteles, sea porque ó no supo, ó no pudo, ó no quiso explicarse mejor, está en su texto ininteligible ó poco menos; con que aunque lo leamos, lo entenderemos poco. Demos todavia que nuestra perspicacia (porque los eclécticos vemos como todos los diablos) alcance la verdadera inteligencia de Aristóteles: como tenemos que combatir con los escolasticos que lo interpretan y modifican á su modo, será necesario seguir á los escolasticos por sus mismos pasos, si es que les hemos de hacer ver la exactitud con que infieren de él, ó la ma-

la inteligencia con que lo citan. En una palabra, para habernos de imponer en el sistema de Aristóteles, tal cual lo hemos despues de impugnar, no basta leer á Aristóteles solo, porque sobre lo que él ha dicho, se ha añadido despues muchísimo; se ha comentado, se ha impugnado, y por fin se ha puesto el sistema en tales términos, que no lo conoceria ni el mismo Aristóteles que lo parió. ¿Qué dice V. á esto?

Maestro. Que para impugnar á los escolásticos, es menester leer siquiera á los principales.

Aristóteles. Bien dice V. en decir *siquiera*, porque si se hubieran de leer todos, ya teníamos algun negocio. Con que leer por la parte que menos á Simplicio, Custracio, Rhodio, Themistio, Ammonio, Psello, Olimpiodoro, Teofrasto y otros poquillos de sus intérpretes antiguos. Luego leeremos siquiera á Averroes, cuya obra es tamaña como un libro de coro, para tener noticia de cómo lo corrompieron los árabes. Luego para instruirnos en qué parte de la corrupcion transcendió á los escolásticos, habremos de leer á Alberto Magno, santo Tomás de Aquino, Vicente Belvacense, y los que haya del siglo XIII, de quienes aprendieron los posteriores. Luego para saber los errores de este filósofo y sus comentadores ó discípulos, tomaremos á Campanela, Gasendo, Bruker, Walh y otros muchísimos que los han censurado. En una palabra, haremos por donde el sistema peripatético nos sea tan conocido, cuanto importa lo sea una materia sobre que se ha de juzgar.

Todo cuanto he dicho debe entenderse del sistema peripatético en cuanto él es uno, quiero decir: en cuanto todos los peripatéticos estan convenidos en ciertos puntos de él, sin que haya entre ellos diferencia. Luego se nos hace preciso descender á las sectas que se subalternan al sistema; ó para explicarme mas bien, á las varias sectas de filósofos peripatéticos, que intitulándose, y siendo discípulos de Aristóteles, distan entre sí enormemente. Leeré al Cayetano, al Javelo, al Soncinas, siquiera por saber cuál es el modo de filosofar de los tomistas. Leeré á Escoto, á Poncio y á Mastrio por la parte que menos, para imponerme en el de los escotistas. Leeré á Guillelmo Okam y algun otro discípulo suyo, para saber qué fue aquello de los Nominales. Y leeré á Fonseca y Suarez, para instruirme en lo que variaron los jesuitas. Ya

V. vé, señor maestro, la necesidad que hay de hacer esto, y la sobriedad con que lo hago.

Necesidad: porque en muchos eclécticos que he leido, he visto disputarse cuestiones, de las que se disputan entre escuela y escuela. Yo no he de ser menos que cualquier ecléctico de razon. Y si v. gr. se me ofrece disputar sobre la naturaleza universal, sobre cuál es mas noble potencia la voluntad ó el entendimiento, ó sobre cualquiera otra cosa de las que ellos y nosotros controvertimos, si no tengo alguna idea de lo que ellos dijeron, ¿cómo he de extender mi virga censoria?

La *sobriedad*: puede ser que V. no sepa la multitud de filósofos que cada secta de estas ha dado á luz; pero debe saber que son casi infinitos. Si aquí se hubiera de practicar su *omnia omnium* de V., sería menester no hacer otra cosa en toda nuestra vida. Y con todo eso no escojo mas que dos ó tres de cada secta, por no ofender sus castos oidos, nombrándole otros innumerables. Con ellos me doy por contento, bien que me quedan en el corazon ciertos escrupulillos eclécticos. Porque demos que todos los escolásticos hayan sido unos perrigalgos; otros en mi concepto mas perrigalgos se estan leyendo y aplaudiendo. ¿Pues por qué aquellos no?

Fuera de que, todos han sido hombres: entre todo lo malo é inutil que traigan, algo han de tener bueno. ¿Pues por qué no lo hemos de buscar? Aprenderemos de memoria todo un libro de Lucrecio por una sola pintura galana que haga de un efecto natural. ¿Y no nos merecerá siquiera que leamos á un hombre, que sin pintar nos dice, aunque sea entre muchos inútiles, algunos buenos pensamientos? Nosotros los eclécticos no debemos ser de nadie: la preocupacion no debe caber acá. ¿Quién sabe si en estos estercoleros escolásticos (como los llama una docta pluma) nos podremos encontrar algun diamante? Fuera de que, nuestra profesion ya V. sabe que nos inclina á burlarnos de ellos; con que aunque no fuera mas que por hacerlo sin el riesgo en que han incurrido tantos de que se descubra la mentira, es menester saber siquiera qué fue lo que dijeron. Estos escrúpulos, señor maestro, me los trago: no quiero que tengan valor, y me doy por contento con que de la turba multa de escolásticos no se lean mas que los que he dicho. ¿Le parece á V.?

Maestro. Las razones que V. ha dado me hacen, aunque sin gana, convenir en ello.

Aristóteles. Quedemos, aunque sin gana, convenidos, y sigamos. Instruido yo ya en Aristóteles, y todas sus gerigonzas, y en la academia de Platon, me entraré despues por las otras dos sectas en que se dividió, la de Arcesilas y la de Carneades. Pasaré despues á la Cínica, y en todas tres podré instruirme por lo que lea en los muchos autores que de ellas dan razon. Síguese luego la estoica. Aqui me es indispensable leer á Séneca de cabo á rabo: despues á Justo Lipsio, y á muchos otros que tratan de ella, ó de intento, ó por incidencia. Se seguirán luego los pirrónicos y los scépticos, de quienes hay entre los modernos muchísimas noticias, y que son en cierto modo nuestros patriarcas. Asi me leeré de un hipo á Pedro Bayle, á un Obispo de Inglaterra, que yo no me acuerdo como se llama, á monsieur Voltaire, pirrónico consumado, á sus buenos discípulos, y compañeros. Entrarán como los scépticos otros muchísimos, sin olvidar á nuestro médico Martin Martinez que le tomó el pulso á todas las facultades, para no conocerle á ninguna la enfermedad. ¿No va esto bueno, señor maestro?

Maestro. ¡Excelente! ¡Famoso! Como V. lo haga como lo dice, no ha de nacer de madre otro mejor ecléctico.

Aristóteles. Entrará despues Epicuro: ese grande hombre á quien la antigüedad miró con tanto desprecio, ó por decir mas bien, con tanto odio, y que hoy en el dia es el oráculo de la filosofía. Merced al señor don Pedro Gasendo que escribió un libro en folio para vindicarlo, y que por poco quiere que lo canonicen. Me meteré pues con la barahunda de sus átomos, y los de Demócrito: me pasaré por el vacío que él me deja; y para no perder en él las señas de por donde voy, pondré á la larga los versos del poema de Lucrecio, que me sirvan de hilo para salir del laberinto. Horacio tambien contribuirá no poco; contribuirán Gasendo, Maignan, Saguens, Tosca, y otros muchisimos que me llenen este cuerpo de átomos. Hecho esto, señor maestro, ¿tendré todavia que imponerme en mas sistemas de filósofos griegos?

Maestro. Sí señor, porque aunque V. ha nombrado casi todas las sectas principales, se ha dejado todavia muchas en

el tintero: no ha hecho mencion de muchos hombres grandes, cuyas opiniones campan por su respeto, y de las cuales es el número de bastante consideracion: especialmente acerca de los principios de las cosas, y del último fin son tantos los que han hablado con novedad y autoridad, que si los hubiera de ir nombrando uno por uno no acabaríamos en tres horas. El catálogo de ellos lo encontrará V. en Laercio, en Ciceron, en Plutarco, y en otros; y como todos ellos fueron hombres de mucho crédito en la antigüedad, nos precisa consultarlos, así como nos precisa consultar á los mas acreditados modernos. Bajo este supuesto tiene V. que desenterrar los huesos de todos, como generoso imitador de tantos hombres de bien, que han ido á buscar en sus cenizas algunas centellitas de lumbre con que pegar fuego á la filosofía, á la sociedad, y á la Religion. Pero sigamos. Entrará V. luego con los filósofos latinos. Será el primero de ellos Marco Tulio Ciceron, por ser el príncipe de la filosofía romana, como le llama Erasmo.

Aristóteles. Señor maestro, ¿está V. cierto en eso?

Maestro. ¿Pues acaso es esto materia sobre que pueda disputarse? No solamente yo estoy cierto de que Ciceron fue filósofo, y grande, sino tambien todo el mundo.

Aristóteles. Poco á poco con eso de todo el mundo: mire V. que hay sus dificultades en el particular, y puedo yo enseñarle una carta nada menos que de los Campos Elisios, en que se dice lo contrario.

Maestro. Adelante: puede ser que le hayan mandado recoger los libros de *finibus*, los de *officiis*, las Cuestiones Tusculanas, y otras varias obrillas filosóficas, y le hayan dejado retórico pelon. Por fin si V. encontrare algo de filosofía en Ciceron puede leerlo.

Aristóteles. Y luego los demas latinos, de quienes ya hemos hecho mencion; cuales son Lucrecio, Séneca, los dos Plinios, los fragmentos de Varron, algo de Columela, que trae no poca filosofía; y por fin de todo lo que saliere en fuerza de las diligencias que yo haré, porque no se me quede trasconejado algun filósofo de momento.

Maestro. Cuidado con no olvidar á Clemente Alejandrino, y á su maestro Potainón, que son los dos á quienes les hemos pegado la tostada de que sean nuestros maestros.

Aristóteles. No se me olvidarán por vida de Aristóteles. Y en órden á los Padres de la Iglesia y escritores eclesiásticos, ¿qué tenemos que hacer?

Maestro. Ya yo doy el cánon, que se debe guardar, en mi oracion, pág. 19. *Sanctorum Ecclesiæ Patrum in rebus naturalibus auctoritati non tantum, quantum suarum rationum ponderi deferendum, &c.*

Aristóteles. Ya estoy; sí señor. El Pimporrero comentará tambien este pasage; pero no es eso lo que yo pregunto: mi pregunta es esta. ¿Deberá un ecléctico leer los Padres de la Iglesia, así como debe leer á Lucrecio y á Raimundo Lullo?

Maestro. De modo es que no le dañará si los leyere.

Aristóteles. V. parece que huye de la dificultad. Que ellos no dañarán, lo sé antes que V.: mi pregunta es, ¿si serán necesarios para la filosofía ecléctica?

Maestro. Tanto como necesarios, qué sé yo qué le diga á V.

Aristóteles. ¿Con que V. no sabe qué decirme de los maestros de la Iglesia? ¿de los talentos mayores que ha tenido el mundo? ¿de aquellos que ha escogido el Espíritu de Dios para conductores de su pueblo? ¿de los grandes filósofos, ó por decir mejor, de los únicos filósofos que viviendo y escribiendo, egecutando y enseñando, nos dieron la mas noble filosofía? ¿de los.....

Maestro. Sosiéguese V., señor: es verdad que los Padres escribieron mucho; pero embebidos en las cosas de Dios, no cuidaron tanto de las de la naturaleza.

Aristóteles. Mucho tiene eso que responder, y en adelante se tocará. No disputamos ahora de cuánto debe valer el dicho de los Padres en materias de filosofía, sino ¿si un filósofo ecléctico los deberá leer? Esta es la pregunta; y lo que se desea es una respuesta sencilla.

Maestro. Yo me inclinaria á que no, porque los Padres lo mas que escribieron fueron exposiciones de las divinas letras, libros sobre el dogma católico contra los hereges, catequeses, homilías al pueblo, y otras cosas semejantes.

Aristóteles. Pues, señor mio, los Padres escribieron tambien libros contra los filósofos, libros en que impugnaban sus errores: con que al menos deberán leerse éstos, pues no le hemos de hacer mas favor á Heineccio que á Clemente Ale-

jandrino: v. gr. En los libros en que exponen las divinas Escrituras, controvierten muchos dogmas filosóficos que conciernen á ellas; y concerniendo, no sé yo como un cristiano los debe omitir; y no debiendo omitirlos, es temeridad que se arroje á decidir sin saber siquiera lo que dijeron aquellos grandes maestros. En los libros contra los hereges traen tambien excelentes cosas de filosofía, y no pudieron menos que traerlas; porque como los hereges se han valido siempre de la filosofía para impugnar la verdad, estos hombres gloriosos no contentándose con rebatirlos, los atacaron hasta en sus mismas trincheras, y degollaron al fin con las armas de la razon á los que habian vencido con la fuerza de la autoridad. En sus oraciones al pueblo se contiene la verdadera moral; y ya V. sabe que un filósofo que se precia de tal, debe poner en ella su primer cuidado.

Todas estas razones convencen, que el buen ecléctico debe consultar á los Padres; pero todavia me quedan otras dos, que han de dejar á V. sin resuello. Sea la primera. Los juristas alemanes, que por testimonio de ellos mismos son los enviados de Dios, despues de Lutero, para reformar toda la moral, dicen que ellos han enmendado las erratas de los Santos Padres en muchísimos puntos. ¿Y no mas? Un tal Barbeyrac (francés para servir á V.) hizo un dilatado catálogo de sus errores. Con que mire V. si nosotros, que somos jueces universales de todas las controversias, deberemos omitir ésta, y dejarnos ir con lo que nos diga el que á ojo de buen varon nos parezca que lleva la razon de su parte. Por otra: estos frailes majaderos á cualquier punto de filosofía que establecemos, nos salen luego con *daca* si san Basilio dice lo contrario, *toma* si san Agustin impugna eso. Para nosotros que somos eclécticos no es de mucha fuerza el argumento; pero el diablo tiene, que el vulgo y el que no es vulgo (especialmente en España) así que oyen que se rebate a un Padre de la Iglesia se escandalizan, y nos toman entre ojos. Con que ya que nuestra constancia nos haga estar firmes en esto de ser eclécticos, es menester que siquiera procuremos taparnos. El modo será agarrar las autoridades de los Padres, exprimirlas, torcerlas, ponerlas de modo que digan lo que nosotros queramos. De este modo evitamos por una parte la envidia, trayendo, aunque sea por los cabe-

llos, á los Santos Doctores á nuestras opiniones; y por otra decimos lo que nos da la gana.

Maestro. Verdaderamente, señor Aristóteles, que si V. se aplica, nos ha de echar la pierna á todos los eclécticos. No tiene mas sino que en esas últimas palabras ha dado la idea de todos los modernos, tal como pudiera darla si les hubiera visto los interiores. Convengo pues con V. en que lea á los autores eclesiásticos, porque no ha de ser V. menos que un Genovesi, un Brixia, un Verney, un Altieri, un Villalpando, y otros muchos precursores nuestros, que segun los citan, parece que los han leido.

Aristóteles. Sí señor, los leeré y releeré. Bien que no es negocio de mucha detencion; porque con un Ireneo, Justino, Athenágoras, Tertuliano, Orígenes, Basilio, cuatro ó cinco Gregorios, dos Cirilos, un Agustin, dos Isidoros, un Gerónimo, y poco mas de otros tantos mas, me desembarazo de esta precision, y puedo imponerme en lo que aquellos grandes hombres pensaron. Tanto para ellos como para todo lo que he dejado dicho, sé ya que debo ir prevenido con las reglas de crítica; mas esto consiste en saberlas, y usarlas bien para no tropezar.

Luego que salgamos de los Padres, si á V. le parece, señor maestro, pondremos cero en los siglos que se llaman bárbaros; y si en ellos se hallare algun filósofo que no sea aristótelico, v. gr., Raimundo Lullo, á este se le dará lugar, echaremos á la hoyanca á todos los escolásticos, menos aquellos en que quedamos convenidos que nos es preciso leer, y nos limpiaremos las lagañas para ver sin embargo la nueva luz, que nos ha de enviar Constantinopla ganada por el Turco. ¡Poder de Dios! ¡qué manada de filósofos! Aquí, aquí es donde es menester despestañarse leyendo, y volverse todo uñas para recoger tanto oro y plata como se halla en sus obras. Ahora sí que de un hipo tengo que leerme á Telesio, Campanela, Cardano, Galileo, Brixia, Genovesi, &c. &c.; á Ramos, Descartes, Mallebranche, Arnald, Leridan, Buffon, Pluche, De-Para, &c. &c.; Bacon, Lock, Newton, Clark, Heill, Coste, &c. &c. á Leibnitz, Tomasio, Wolfio, Heineccio, &c. &c. y tambien (¿por qué no?) á Tosca, á Feijoo, á Rodriguez, á Villalpando, al Censor con las dos colas de sus corresponsal y apologista &c. &c.; y por

fin, tengo de nadar en todo ese mar inmenso de libros hasta que les encuentre el fondo. Verdad es que son muchos; pero en leyéndolos uno tras de otro, bien se pueden leer. Ea, señor maestro, ya me tiene V. impuesto en lo primero que debo saber para ser buen ecléctico. Ya tengo medidas á palmos todas las sectas, y todas sus sentencias.

Maestro. Haga V. de caso que si no le hubiera dado gana de mentar eso de las medidas, se nos olvidaba una cosa sin la cual entendiera V. á los filósofos como yo al Alkoram.

Aristóteles. ¿Y qué cosa es, señor maestro?

Maestro. Las matemáticas.

Aristóteles. Sí, sí las matemáticas; y mucho mas para los filósofos de ahora, porque aunque los antiguos apenas, y ni aun apenas, se pueden entender sin este auxilio, nada vale el uso que ellos hicieron de ellas, si se compara con el que los modernos han hecho, hacen, y harán. Y dígame V., señor maestro, ¿será menester imponerme muy á fondo en estas ciencias interminables para la buena inteligencia de estos grandes hombres?

Maestro. Lo que yo sabré decirle á V. es, que los filósofos mas célebres de estos últimos tiempos han sido los mas célebres matemáticos; que Newton ha apurado (para decirlo así) lo mas recóndito y excelente de la geometría para establecer su sistema; y que ya se hace de ella, y de los otros ramos de esta facultad tanto uso, que el libro donde no haya largas calculaciones siquiera tres veces en cada llana, y luego al fin no traiga por lo menos un equivalente á la tercera parte de su tomo en figuras y mas figuras, no debe tener otro uso sino el que de él hagan los boticarios en despachar ungüento. De donde se infiere, que cuanto mas matemático sea V., mejor ha de entender á nuestros filósofos, y mejor filósofo ha de salir.

Aristóteles. Ya los dedos se me estan antojando huéspedes; nada deseo tanto como verme en eso, y quisiera que V. me instruyese en lo demas que me queda que hacer, para formarme ecléctico perfecto.

Maestro. Voy á explicarlo. Con lo que hemos dicho y otras menudencias que se nos han quedado, tiene V. averiguados y averiguadas todos los sistemas y sentencias de los filósofos, *omnia omnium cogitata, et inventa.* Ya no nos que-

da mas que hacer que escoger lo mejor, y ve V. ahí el eclecticismo. Pero ya se ve; como para saber entre muchos quien es el mejor, es menester entablar cotejo entre ellos, ó llamarlos á juicio comparativo, por eso digo yo á renglon seguido (pág. 14.) *placita deinde aliorum cum aliis conferunt*, que los eclécticos, que desempeñan este nombre antes de declararse por la sentencia de alguno, ya sea antiguo, ya moderno, la cotejan con la de los otros para ver quien es el que lleva la razon.

Aristóteles. Esto está muy bien dispuesto así, porque *qui inaudita parte altera aliquid statuit, etsi æquum statuat, haud tamen ipse æquus fuit.* ¿Pero sabe V., señor maestro, qué es lo que se me figura? Que nos mete V. en otra dificultad mucho mayor que la pasada. Porque supongamos que yo me he prevenido para ser ecléctico del modo que V. manda; esto es, despues de haber examinado y entendido las razones de todos los filósofos sobre todas las materias; este cotejo que V. me manda hacer ahora, pide un poquillo mas, y es que sea yo como el otro Rey que sabia de coro los nombres de doscientos mil soldados que tenia, y los iba diciendo al derecho y al revés siempre que se le antojaba. Ya hemos visto que los filósofos son muchísimos, y cada uno enseña todos los dogmas que se le antojan. Vengo pues á decidir de un dogma sobre que hay diferencia entre cincuenta de ellos: v. gr. ¿Cómo diablos he de tener yo presentes los dictámenes, los fundamentos, las razones, que á cada uno se le vinieron?

Maestro. ¿En eso se pára V.? Pues vea un puñado de modos: primero, volverlos á leer; segundo, si no se quiere esto, irlos extractando segun se hayan ido examinando: tercero.......

Aristóteles. Basta, señor maestro, basta. Me acomoda mucho eso último que V. dijo. Yo formaré un analisis de todos los filósofos y filosofías, puesto por el órden alfabético con dos índices, uno de autores y otro de materias, y así podré encontrar lo que se me ofrezca en seis resmas de papel, ó quizás menos, que serán las que ocupe el extracto. Supongo pues, que lo tengo hecho, que con él á las manos puedo combinar, como con efecto combinaré entre sí las sentencias todas de todos los filósofos sobre cada una

de las materias que se controvierten en la filosofía. ¿Qué me queda que hacer?

Maestro. Escoger lo mejor, y plantarlo V. en su cartapacio, y hete ahí el eclecticismo, como yo lo he pintado, y como le pintan los buenos eclécticos.

Aristóteles. De modo que despues de haber hecho cuanto hemos dicho, ¿he de dar yo la sentencia segun mi caletre? Pero dígame V., yo me acuerdo haber leido en muchos libros de filosofía algunas proposiciones, cuyas pruebas empiezan con este verbo: *Demonstratur.* Aquí no tendré para qué pararme.

Maestro. Si V., señor Aristóteles, hubiera leido con toda devocion mi oracion latina, no dijera ese disparate. La misma objecion me pongo yo (pág. 12.) con mi acostumbrada erudicion, y respondo que.... pero mejor sera ensartar aquí mis mismas palabras. *Cur vos, aut vestrûm singulos sequendos esse dicemus? An demonstrationibus vestris propositione ficta, aut falso fundamento sæpissimè nitentibus? Minime.* Esta les encajo nada menos que á Aristóteles, á Platon, á Gasendo y á otros pocos de argumentantes que introduzco en mi arenga. Y á la verdad, si porque los filósofos digan que demuestran, los hubiéramos de creer, aviados estábamos, porque todos ellos pican de *demostrantes.* De demostrantes picaban los escolásticos, y gracias á Dios ya los tenemos echados á rodar. Con que, señor mio, lo que V. tiene que hacer es no fiarse de nadie, sino de sí mismo, y solo tener por cierto aquello que, como yo digo, *ex rationum pondere* parezca ó mas verdadero, ó mas verosimil.

Aristóteles. Y dígame V., demos caso que se trata una cuestion física, cuya decision depende de la observacion y de los experimentos. Newton por egemplo dice: que él instituyó la experiencia, y halló....

Maestro. Poco á poco, que á renglon seguido le pongo yo á esa réplica su taponazo: óigalo V. (*Ibidem*). *Utrum observatione, et experientia, quæ rerum circunstantium minima deficiente, fallaciæ et falsitati obnoxiæ sunt. Ne ob eam rem quidem.* Mire V. si sé yo prevenir bien las cosas. En ninguna se miente mas que en los experimentos. O sea porque los autores de ellos se engañan, ó sea porque nos quieren engañar, son muy pocos los que se refieren, que al ir á entablarlos, no se hallen suceder la cosa de modo muy diverso. Con que, señor mio,

el remedio es que nos desengañemos por nuestro propio ojo.

Aristóteles. Con que tendré yo que comprar (¡cosa de juego es!) todas las máquinas que sirven para experimentar, y observar: tendré que aprender á cocinero de orines, de vino, de galápagos, y de todas las cosas que disuelve la Alquimia: tendré que prevenir una infinidad de estas quisicosas que se cuecen. Seré anatómico, y no me quedará perro ni gato donde no vaya á buscar las tubas falopianas: tendré que pasarme en claro las noches hasta encontrar con un buen telescopio el mechinal de la Luna: tendré que navegar á esos paises por donde no han andado mas que los franceses, á ver si es cierto (que no lo será) lo que nos cuentan en sus viages: tendré que volverme loco.

Maestro. No por Dios: todo está bien, menos eso.

Aristóteles. Pues, señor ecléctico, vamos á ajustar la cuenta de todo lo que V. me ha dicho. Para ser ecléctico, se requiere leer todos los filósofos de consideracion que ha habido. Dígame V. ¿los hay en Sevilla? No señor, porque Averroes apenas ha encontrado veinte ó treinta. Si no los hay en Sevilla, luego VV. no los han leido. Luego son VV. (perdónenme la llaneza) unos solemnísimos embusteros, quando se atribuyen el nombre de tales, á no ser que sean eclécticos de anillo, ó eclécticos *in partibus.*

Mas no me paro con VV. Yo me presumo que en la España toda no hay una biblioteca, donde se hallen todos los filósofos que han tenido nombre. Pero demos que los haya en todas partes: demos que cada ecléctico tiene tanto caudal como Midas (que tuvo de lo oro hasta las orejas) para comprar todos los instrumentos y máquinas que se requieren para las experiencias: que tiene sitio, proporciones y lo demas que es menester para hacerlas: demos estos y otros disparates que por ahora no quiero tocar; y dígame V., hombre de quien V. fuere; ¿quánto tiempo se necesita para saber las *lenguas* que se llaman *doctas*? Una vida. Yo me acuerdo haber leido de algunos que estudiaron el griego y el latin toda su vida, y con todo eso de ser hombres de talento bastante, se las llevaron á la sepultura á medio saber. Pero no pongamos mas que una instruccion regular en el griego, latin, francés, español, inglés, aleman, italiano: ¿se adquiere esto en dos dias? Póngase V. luego á leer todos los *filósofos de nombre.* Yo arriba

no apunté mas que unos pocos; pero esos pocos no se pueden leer en cincuenta años; otros ciento y cincuenta son necesarios para los demas, con que es muy de creer que si Matusalen volviese ahora al mundo, apenas tendria tiempo para leerlos. Pues vaya para entenderlos. Otra que tal, dóblese el tiempo, y hago mucho favor. Entremos pues á cotejarlos. ¿Es obra esta que se puede hacer en menos de quinientos años? ¿Las fuerzas de un hombre bastan para este improbísimo trabajo? Pues vayan luego las *matemáticas*: en los ramos de cada cual de ellas han consumido los hombres su vida toda, y se han muerto ignorando mucho. Pues vaya la *crítica*. Vayan los infinitos experimentos y observaciones que hay que hacer. Soy de dictámen, señor maestro, que si todos los que hoy viven en Sevilla, sin excluir las monjas, se aplicasen cada uno á los infinitos ramos que he apuntado, y puedo convencer ser necesarios para hacerse ecléctico, como los eclécticos se pintan, se moririan todos antes que se evacuasen las cosas que hay que evacuar para formar una filosofía, cual es la que VV. prometen. Y VV. quieren que esto sea posible, y no ahí como quiera posible, sino hacedero por un cualquiera. Suponen que lo han hecho, y quieren que todos los hombres lo hagan. Vayan VV. á mentir á Tetuan, y no se vengan á mí que las vendo.

Señores eclécticos, formalicémonos un poco, que ya hemos retozado bastante. Cuanta doctrina he puesto en boca del maestro de mi Diálogo, y cuantas réplicas le he hecho en nombre mio, no han sido mas que las mismas ideas que los eclécticos nos dan de su filosofía, y las mismas razones por las cuales quieren ellos que se tengan en sumo desprecio los escolásticos. VV. que han leido al Villalpando, al Genovesi y á varios otros, no podrán menos que haberlo conocido; y mucho mas siendo las especies que he vertido las mismas que VV. vierten contra mí y los mios á presencia de sus discípulos y discípulas. Podia yo pues suponer y aun probar, que era necesario para ser buen ecléctico todo lo que he dicho y muchísimo mas, para que á primera vista se conociese que VV. hablan de memoria, y pretenden establecer una cosa imposible. Pero para mí es material que lo conozca la gente á la primera vista, ó que tenga que esperar á la segunda. Por otra parte mi argumento es tal, que por mucha cuerda que

yo les dé á VV., siempre los he de dejar amarrados.

Bajo este pie no quiero que sea preciso, para ser buen ecléctico, el conocimiento de las lenguas. Dejemos á sus patriarcas de VV. apreciar en mas á Erasmo (por no poner otra comparacion mas odiosa) que á san Agustin, porque este segundo no supo el griego sino medianamente, como él mismo dice; y el otro hizo de él mas particular estudio: demos pues que para ser filósofo, baste el latin y el francés, y suplan las traducciones la falta de las lenguas, en que originalmente escribieron los filósofos. Tampoco quiero que sea indispensable para ser buen ecléctico la hermosura y elegancia del estilo. Bien ven VV. cuanto favor les hago en ello, pues no pierden ocasion de echar en cara á los escolásticos su barbarie, y cuando no tienen otra falta que ponerlos, repetírsela *usque ad fastidium*. Sin embargo no les pido á VV. latin Ciceroniano, y me contento con que hablen la gerga del siglo XIII. Tambien les dispenso el exámen de los filósofos y filosofías de las primeras gentes, aunque en esto soy indulgentísimo, cuando todo el caudal del Genovesi y de muchos otros que se le parecen, consiste en averiguar los enigmas de las filosofías bárbaras: y debe ser así, si quieren VV. ir consiguientes á sus principios. Tambien les perdono el que examinen aquellos de entre los filósofos que no han tenido mucho crédito, sin embargo de que VV. por la misma causa no deben abandonarlos. Tampoco insisto en que vean por su propio ojo, si aquellos que generalmente han sido impugnados, dieron ó no causa para ello. Pase por cosa juzgada á pesar de la costumbre filosófica del siglo, y de los principios de VV. que se atreven (yo no sé por qué) á revocar las sentencias dadas por los mayores; condenando lo que ellos absolvieron, y absolviendo lo que ellos condenaron. No quiero tampoco que se molesten en leer de los Padres mas que aquellas obras que directamente son filosóficas, y dispenso toda la filosofía que puedan traer en sus otros excelentes escritos. Últimamente los relevo de viajar á la China y Américas, para ver si nos engañan tantos embusteros, como han ido por allá. Los relevo del trabajo que deberian VV. tomarse en hacer por sí mismos los experimentos y observaciones, de cuya verdad, si no nos informan los ojos, no hay raciocinio que valga, y quiero que en esta parte no pongan mas dili-

gencia para no engañarse, que la que han puesto lós escolásticos que han tenido siempre un tragadero regular. ¿Puedo yo estar mas equitativo? No les pido mas que lo que necesariamente constituye al eclecticismo, que es examinar las sentencias de los filósofos, y escoger de entre ellas la mejor en cada materia. Esto se dice en dos palabras; pero, señores mios, esto no puede hacerse en dos siglos. Leer á todos los filósofos que han tenido nombre ó lo tienen: instruirse en sus sistemas: penetrar sus razones: cotejarlos con los que piensan de otro modo; y dar en vista de autos sentencia ecléctica (como si digéramos en grado de apelacion), no es negocio que alcanzan las fuerzas de un hombre.

Yo no pico de calculador; y si vale la verdad, es muy poco lo que calcúlo. Pero quisiera ahora que uno de esos que tienen ajustadas por adarmes, y por menos si es menester, las aguas que diariamente pasan por el Sena y el Pó, hiciese el cálculo de cuánto tiempo bastaria para que un hombre pudiese salir ecléctico. Háganme VV. favor de buscarlo, y díganle que lo ajuste, mientras yo á mi estilo pastrano hago un *quid pro quo* de la cuenta. Hugo de Santo Caro pensó en el siglo XIII sacar las concordancias de la Biblia. Empleó en este trabajo trescientos frailes, segun dicen; y con todo eso salieron con tantos defectos, que fue menester que en lo sucesivo trabajasen otras siete ú ocho veces de nuevo otras porciones de frailes. Y esto se hizo nada mas que para formar el índice de un libro, que no es de muchísimo volúmen. Multipliquen ahora VV. trescientos años siquiera por ocho, que sería lo menos que se debió gastar en concluir la obra, y luego añadan lo que corresponde por los que despues aumentaron, y corrigieron dichas concordancias, y sacarán sin duda que ellas debieron tener mas de mil años de trabajo.

Imaginemos ahora que hay que hacer un índice general de todas las sentencias de los filósofos sobre las innumerables materias que se tocan en los varios ramos de la filosofía, y como en ella las unas cosas tienen conexion necesaria con otras, como es evidente, y expliqué en parte en la Carta pasada; imaginemos tambien otro índice que sea como segunda parte del primero, donde se contengan las relaciones que cada una de las ideas que se establecen en cada sistema, tiene con las otras del mismo sistema, y con la de otros sis-

temas que se le parecen ó le contradicen. En la voz, v. gr., *Idea* y su significado, habria que explicar la voz en los varios modos con que algunos filósofos la toman: decir despues los innumerables modos con que la definen, el ser que la dan, y el orígen que la buscan: hasta aquí sería la primera parte del índice. En la segunda se deberia hacer cargo el que lo compusiese, no solo de los muchísimos modos con que ella se divide por los diversos filósofos que la explican, sino tambien la conexion que tiene, por egemplo, en el sistema de Platon con el cuerpo de toda su doctrina: como si digésemos, de qué parte de su sistema es ó puede ser consecuencia, y en el cual se toma como principio.

Explicadas así estas y otras mil zarandajas, tendria despues que combinar la doctrina de Platon con la de los demas filósofos que han hablado de ideas, y notar las conveniencias ó repugnancias que tuviesen las del primero con las de los otros, y así sucesivamente desentrañar todos los sistemas. Esta es obra de mas dificultad que las concordancias; y sin embargo es imposible que uno que no la tenga hecha, y digerida allá en el libro de su entendimiento, pueda juzgar de las materias filosóficas como ecléctico. Es así que para las concordancias se gastáron mil años, sobre poco mas ó menos: luego para que el ecléctico esté en disposicion de serlo, es menester que haya estudiado mil años en formar en su mente unas concordancias filosóficas.

Deben VV. saber, señores eclécticos, que nadie en este mundo ha dado en el disparate que VV.; y que no los escusa la ignorancia que tienen, y no debian tener. La obra de los Bollandos es infinitamente menos que el eclecticismo: para ella no se requiere tan largo y sério examen como aquel pide, ni requiere mas instruccion que una buena crítica, ni necesita de la mitad de los libros, ni tiene mas que hacer que señalar las razones de por qué el autor, ó M. S. que sigue, merece crédito, que ciertamente no son muchísimas, sin quedar responsable á lo que el autor refiera ú omita. Se reduce á esto, para que VV. me entiendan. Dia tantos de agosto se señala tal Santo en el Martirologio. Sus hechos estan escritos por fulano, por zutano, y por mengano. Entre ellos debe preferirse fulano porque fue autor contemporáneo, &c., &c., y tiene su baza bien sentada. Zutano, aun-

que no fue de aquel tiempo, merece ó no merece crédito por esta ó la otra causa; y puesto esto, no hay mas que hacer que copiar lo que todos escriben, corrigiendo el vicio de los egemplares si lo tienen, por otros mas correctos. Ya ven VV. cuánta diferencia hay de esto al eclecticismo, que sobre ello añade el exámen rigoroso de cada cosa en particular, y la combinacion no con otros dos ó tres autores, sino con quinientos ó seiscientos. Sin embargo, saben que en los Bolandos trabajaron siete ú ocho Jesuitas de principal que se fueron sucediendo, sin los muchos amanuenses que les servian para leer, para buscar, para escribir, para extractar, y otras cosas. Infieran VV. ahora, como les dé gana, el modo con que un hombre solo se ha de manejar para ser ecléctico. El gran Diccionario de Moreri ha tenido sobre sí una infinidad de manos que sucesivamente lo han ido adelantando; y sin embargo yo le tengo por tan lindo, que no me importaria que se perdiese. Y quieren VV. que el eclecticismo, que es obra mayor, salga (que es una dificultad) y salga bueno (que es otra) sin pasar mas que por una mano. Ultimamente para no entretener á VV. con otros egemplos, una edicion algo mas correcta de los Santos Padres necesitó por muchos años de toda la aplicacion de los monges de san Mauro; y ciertamente los Padres ni son tantos como los filósofos, ni ofrecen, á los que no tratan mas que de dar correctas sus obras, mucho en que detenerse.

Estos egemplos, señores mios, convencen que VV. no saben lo que dicen, cuando prometen ser unos filósofos que con conocimiento de causa, y citacion de testigos, escogen lo mejor de los filósofos. Esta obra es imposible, no digo yo á un hombre solo, sino á muchos juntos; porque no hay vida ni fuerzas para tanto, y solo podria verificarse algo de ella á esfuerzos de muchos años, de grandes talentos, de mucho surtido de libros é instrumentos, y de un trabajo larguísimo, que despues no nos trajera la mas leve utilidad, como demostraré en el correo que viene (*). Pero querer que ella

(*) *Tan pronto como los Editores de las Cartas del* Rancio *llegaron á entender que las Aristotélicas debian ser mas de diez y nueve, segun el Autor lo ofrece en este lugar, practicaron las mas efi-*

sea fácil á cada filósofo, y ademas de esto querer que todos los filósofos la hagan; insistir tambien en que este es el único modo de filosofar que debe establecerse y seguirse.... Señores mios, perdonen VV. que se lo diga: *hoc est insanire.*

¿Pues cómo somos eclécticos? me dirán VV. Mas yo ya les he respondido. No haciendo nada de cuanto dicen que debe hacerse para serlo, siendo plagiarios, pedantes, y hablando sin conocimiento: contradiciéndose á cada paso, no sabiendo lo que niegan, y lo que afirman, y acabando de poner á la filosofía en un caos de obscuridad. De este modo son VV. eclécticos, y eso lo estoy yo diciendo en casi todas mis Cartas.

A la verdad, amigo don Manuel, ¿á quién no se le revolverá todo el estómago oyendo decir, que en Sevilla hay eclécticos? ¿Dónde estan, preguntará, y quiénes son? Hételos aquí, dirá cualquiera. Unos hombres que estudiaron tres años y no entendieron al Froilan, al Mastrio ó al Losada; que de repente se convirtieron en filósofos modernos, porque de repente entró la moda; que aun de la filosofía moderna saben poco mas que aquellos en cuyos tiempos no habia parecido; que sucesivamente han sido discípulos de Purchot, de Brixia, de Villalpando y Jacquier; que ni aun por el forro han visto á los mas célebres de los modernos; que no tienen mas libros que unos pocos que pueden llevarse debajo del brazo á donde se les antoje; que aun estos son los mas baratos (*hoc est,* los peores) que se han escrito sobre la

---

caces diligencias para inquirir su paradero, y poder agregarlas á las presentes, escribiendo al efecto á Córdoba y Sevilla á personas coetáneas del Autor, que se juzgaba tendrian la Coleccion completa. Pero tienen la gran pena de anunciar que todo ha sido en vano, pues que no se encuentran mas que las dichas diez y nueve: presumiendo con bastante fundamento, ó que el P. Mtro. Alvarado no continuó el plan que presenta en la Carta XV, p. 262, ó que perecieron con otros muchos escritos en la guerra de la independencia, cuando salió fugitivo de Sevilla huyendo de los franceses, y se refugió en Tavira de Portugal. No obstante, si por fortuna se lograse haberlas á las manos en algun tiempo, se procurará darlas á la prensa para que el público tenga la satisfaccion de hacerse con unas piezas de tanto mérito, y de la vasta erudicion que se trasluce por el referido plan.

facultad; que saben tanto de lenguas como los aviones; que en las matemáticas estan tan en ayunas, que todavia los pueden comulgar con un círculo; que en la crítica saben tanto como un aperador, ó poco mas; que el latin se les resiste; que el castellano lo hablan con trabajo; que....... pero dejémoslos. Estos son los que *omnia omnium cogitata, et inventa inspicientes, et maturo examine contemplantes, quid cuique placeat, aut displiceat, quæ cujusque sententia, aut opinio sit, curant cognoscere, atque intelligere: placita deinde aliorum cum aliis conferunt, et ex iis, quæ sibi gratiora, et rationi, et veritati propriora sunt, seligunt: atque hac ratione ex omnium doctrinarum flore, mel dulcissimum apum more conficientes, cæteris multo doctiores fiunt. Orat.* pág. 14. ¡Valiente embuste sería ver eso! Soy de V., amigo mio, hasta otro correo (*).= *Aristóteles.*

Se despachó este en qué sé yo qué dia de noviembre.

P. D. V., amigo mio, da lugar á que el Pimporrero juegue conmigo, sin que yo lo pueda remediar. Acabé de escribir esta y fuí á buscarlo para desahogarme un tanto con él. Lo encontré leyendo con mucha atencion la carta del Elisio. Pues amigo, le dige, ¿qué es eso que lee V. ahora? Leo, respondió él, los elogios que esta alma beata da en su carta á santo Tomas. Yo me alegro, le dige: con eso verá V. lo engañado que estaba en ciertos informes que me dió. Ahí puede ver bien que el Elisio habla imparcial; reconoce el mérito donde lo hay; y le hace justicia, prescindiendo de todo; y no como V. me ha dicho..... Poco á poco, replicó él: ¿Quiere V., señor Aristóteles, que yo le responda á ese argumento? Yo no le encuentro respuesta, le dige; mas sin embargo dé V. la que tenga. Pues antes me ha de dar V. licencia, respondió él, para que le cante una tirana. Hombre, le dige, ¿es V. el demonio? ¿Nos quiere perder? Pues es bueno que sin embargo de que todas mis Cartas van enlutadas, hay muchos que no creen que son cosa de muertos; ¿qué será si ven ahora que van acompañadas de guitarra? Pues señor mio, respondió él, se quedará V. sin respuesta,

(*) Véase la nota de la pág. 354.

como yo sin abuela. Por mas que le insté no hubo forma de convencerse; hasta que el deseo de saber qué era aquello que queria decir, me obligó á que por esta sola vez, sin egemplar, le diese licencia para que cantase. Púsose en pie; sacó todo el brazo derecho; empezó con él á echar compases, que tambien acompañaba con bajar y subir la cabeza; y despues que me molió compaseando, cantó la siguiente copla:

¡Pobrecito libro mio
En las manos del librero,
Que cuando te está alabando
Entonces te está vendiendo!

Fue tal la ira que me dió, que no le hice pedazos los cascos, porque no supe si despues le harian falta. No quise oir mas respuesta, y le volví las espaldas enojado tanto con él como con V., que le ha dado causa con sus Cartas para que se burle del Elisio. La fortuna es, que yo no puedo estar enojado mucho tiempo, pues sino...... pero mas vale callar.

FE DE ERRATAS.

Pág.	*Linea.*	*Dice.*	*Léase.*
7.	17.	Isaac, Neuton	*Isaac Newton*
62.	3.	Philosophici	*Philosophiæ*
70.	3.	hubieron	*hubieran*
77.	35.	Ramon	*Ramos*
80.	40.	Navarro, Azp.	*Navarro Azp.*
81.	35.	de	*D.*
91.	2.	parum	*purum*
93.	15.	descubir	*descubrir*
96.	31.	Margarita Antoniana, de Gomez, de Pereira	*sin comas.*
103.	19.	autoridad	*austeridad*
120, 27: y 222,	19.	Leuvenck	*Leuwenhoech*
141.	24.	Aylarchicon	*Hylarchicon*
172.	22.	veritatem	*veri tamen*
ibid.	30.	christianorum	*christianum*
		sin cita Bailo	*Baile*
177.	1.	bartulo	*Bantulo*
ibid.	7.	Homœmeria	*Homœomeria*
222.	15.	Henricomoro	*Henrico Moro*
232.	28.	Lebiathac	*Lebiathan*
275.	25.	Pluton	*Platon*
288.	25.	de	*del*
289.	21.	cosas de la	*cosas, de la*
318.	32.	lo	*los*
321.	28.	nec	*ne*
332.	32.	cuam	*quam*

APENDIX.

Habiéndose extraviado en las amargas y críticas tempestades que nos han precedido muchas y hermosas piezas poéticas que el FILÓSOFO RANCIO compuso siendo catedrático de Filosofía en su Colegio Mayor de Santo Tomás de Sevilla, alusivas á las célebres funciones de Máscara que sus estudiantes hicieron con el muy plausible motivo de la coronacion de su Augusto Soberano el señor don Cárlos IV, y en que á porfia se esmeraron todas las corporaciones de aquella ciudad, solo hemos podido haber á las manos el pregon con que en Máscara jocosa *se anunció la de sé*rio *ya mencionada; y no queriendo privar á sus apasionados del gusto que puedan tener en leerle por lo raro de su invencion, infiriendo de este corto fragmento el mérito de los demas indicados, hemos resuelto añadirle en este tomo de sus Cartas Aristotélicas, para que tambien se forme alguna idea del gusto que tuvo el Autor, tanto en verso como en prosa.*

PREGON DE LA MÁSCARA

DEL COLEGIO MAYOR DE SANTO TOMÁS.

Ante omnia.

(Se supone con licencia del Gobierno.)

El señor Animas Locas (*),
Orate Mayor del Pueblo,
Con facultad *in abstracto*
Y su locura en *concreto*,
Manda *ut quo* que el veinte y dos

(*) Este era un personage de poca representacion, conocido por este nombre en Sevilla, con la cordura que se manifiesta.

Del presente, los Porreños (*),
Reduplicativè, *ut tales*,
Salgan, *ut quod*, del Colegio,
En una Máscara, *in fieri*,
Secundum quid, ó *in adjecto*;
Entendidos, que excusando
Visages, mimos y gestos,
Hayan de ir *tàm formalitèr*,
Quàm materialitèr, serios;
Y que en Máscara *per accidens*,
Se vea un *per se*, por lo menos.
Intensivè, *et extensivè*,
Explicarán su contento,
Por la aclamacion augusta
De sus REYES; previniendo,
Directè, y *de connotatò*,
Al vecino y pasagero,
Apronten ricas espuertas,
Finos esterones viejos,
Aventadores de Indias,
Con capachos extrangeros;
Y corresponda *analogicè*
Tal adorno á tal festejo.
Item manda, que se fije
Este *secundùm se* pliego,
En los puestos *respectivè*
Acostumbrados, á efecto
Que no aleguen ignorancia
Los tullidos ni los ciegos.
Dado en Sevilla á los treinta
Del próximo venidero,
A las quince de la tarde
Del año que no me acuerdo.

Impreso en Sevilla año 1789.

(*) Se titulan así comunmente los estudiantes del Colegio, para distinguirles de los de otras corporaciones, aun cuando no se trascienda á ninguna otra alusion mas antigua.

TABLA

DE LAS CARTAS ARISTOTÉLICAS.

INDICE

DE COSAS NOTABLES.

CONCLUYE LA LISTA
DE LOS SUSCRIPTORES AL RANCIO.

EN MADRID.

El Excmo. y Rmo. P. Ex-Ministro Fr. Cirilo Alameda, Vicario general del Orden de san Francisco.
P. Fr. Francisco Aristimuño, por 2 egemplares.
R. P. Fr. Alonso Suarez, Monge Bernardo.
R. P. Fr. Bartolomé Mayor, Bened. en san Martin, por 2 eg.
Don Antonio Lopez, Cura Párroco de Perilla de Castro.
Don Miguel Villavicencio.
Don José Gonzalez.
Don Domingo Gonzalez.
P. Fr. Santiago Martin, L. de T. y Guard. de S. Franc. de Avila.
R. P. Fr. Isidro Gomez, Predicador general y Difinidor en idem.
P. Fr. Agustin Ramos Alvarez, Pred. y Visit. de Terceros en id.
El P. F. Antonio Vazquez.
P. Prior de san Benito Fr. Plácido Martinez.
Don Basilio Moyano.
Don José Jimenez.
Don Pablo Nebado.
El P. Don José Moreno.
El P. Don Juan Luis de Elizondo, Canón. Premonstrat. de Vadax.
Don Francisco Manuel Jurado.
Don José Manuel Ernarrizaga.
El P. Mtro. Fr. Estebán Dominguez, Difinidor general de su Orden de san Bernardo, y Predicador de S. M.; por 2 egemplares.
El R. P. Fr. Cristobal Escalona, Monge Bernardo.
Don Juan Miguel de Iriarte.
El P. Don Basilio Gonzalez, del Orden de san Basilio.
El P. Fr. Juan de santa Teresa, Carmelita descalzo en Avila.
El Señor Don Agustin María Ochoa, Presbítero.
El General Dávalos.
Don Manuel Delgado, Cura pár. de Albornóz, Obispado de Avila.
Don Gervasio García.
Don Frutos Fernandez, por 2 egemplares.
Fr. Pedro García, Prior de Gandía.
Don Plácido Abeleira.
Doña Ana Josefa Blanco.
Don Miguel Bravo y Reina, Agente de neg. de los Rs. Consejos.
Don Lucas Burgos, del comercio de Cáceres, por 2 egemplares.

El P. Fr. Santiago Hermosilla.
Don Pedro Asensio Martinez.
El P. Don José Moreno.
Don Ignacio Manuel María Avalle.
Don José Manuel de Irigoyen.
Don Manuel Martinez.
El P. Fr. Juan de san Andres, Carmelita.
El Sr. D. Ramon Perez, Canón. de la insig. colegial de Logroño.
El Teniente General Don Pedro de Grimarés.
Don Sinforiano Blanco, Arcediano titular de Osma.
Don Francisco Prao, Oficial de Correos de Guadalajara.
Fr. Manuel de la Santísima Trinidad.
Fr. Lorenzo de san Miguel, Carmelita descalzo.
El Prior de Carmelitas descalzos de Cazorla.
Don Pedro Asensio Martinez, del com. de lib. de Santander, por 2 eg.
Don Julian Soca, por 5 egemplares.
Don Rafael Hernandez Maestro.
Don José María Bazan.
Don Cipriano Juarez Berzosa, Canónigo Magist. de la Calzada.
El R. P. Fr. Bernardo Gonzalez, Monge Benedictino en el Monasterio de san Millan de la Cogolla.
El Presbítero Don Miguel Sanchez Ciudad.
P. Pres. Fr. Domingo Lledó, Prior de los Dominicos de Palma.
Don Diego Uralde, Capellan de Altar de la Real Capilla.
R. P. Fr. Felipe Calvo, Dominico en S. Gregorio de Valladolid.
Don Vicente Ure, Capellan del Sr. Obispo de Ciudad-Rodrigo.
Don José Alonso de la Puente, cerero en Bribiesca.
El Sr. Cura de la poblacion *Nueva Isabela*, Capellan de Honor.
P. D. Antonio Herrero, Agoniz., Confesor de la Real Familia.
El R. P. Fr. Máximo Muñoz, Sec. gen. de Franciscos Observantes.
El R. P. Fr. Ignacio Robles, Francisco Observante.
El R. P. Fr. José Casasola, Religioso Observante.
El R. P. Fr. Benito Carrera, Guardian de san Francisco.
El R. P. Fr. Nicolas Reliegos, Domin. del conv. de Leon, por 2 eg.
Don Fermin Alfaro.
Don Diego Anton Gonzalez, Presbítero en Segovia, por 2 egemp.
El Doctor Don Juan José Barrios, Cura párroco de santa María.
El R. P. Basilio de la Visitacion, Predicador de S. M., y Rector de las Escuelas Pias de Getafe.
Don Vicente Suarez y Manzaneque, Presbítero, por 5 egemplares.
Don Basilio Leon Marcote.
Don Manuel Leoncio Martinez.
Doña Sebastiana Luisa de la Plata.
Don Ramon Lopez Gutierrez.
P. Mtro. de Estud. del Col. de Sto. Tomás Fr. Bonifacio Conde.
El Coronel Don Antonio de Arce.

Don Benito Quiñones, Coronel de infantería.
Don Manuel Granados.
Don Eugenio Maruri.
Don Joaquin Andres Alcalde.
Doña Nicolasa Reluz.
El P. Guard. de S. Antonio Fr. Buenaventura Santos, en Avila.
Don Ramon Gomez y Gomez.
El Señor Cura de las Navas.
Don Ramon Pueyo.
La Señora Viuda de Barco Lopez, por 4 egemplares.
El Señor Conde de Vigo.
Don Valdomero Frias, Presbítero.
Don José Montero.
El Cura propio de santa María de Bacoy, D. V. P. de Q.
Don Meliton Garo.
Don José Repulido y Quevedo.
El P. Don Julian Amohedo.
El P. Fr. Pantaleon de los Dolores.
Don Manuel Mateos Guerra.
Don Santiago Hernandez de Tejada.
Don Toribio de Areitio, por 2 egemplares.
Don Antonio Montero.
Don A. R., por 6 egemplares.
Don Manuel García Parra Villanueva.
Don José Antonio Arcas, Canónigo Colegial de Besalú.
El Ordinario de Avila.
Don Francisco Garzan.
El P. Fr. Joaquin Suarez.
Don Gregorio Bermeo.
Don Antonio María Grandas.
Don Custodio García.
El P. Provincial General de san Benito de Valladolid.
Fr. Antonio Diaz.
Don Felipe Mazarraza.
Don Ramon Diezquez.
Don Bernardino Melgar.
El P. Abad de Villanueva.
El P. Abad de Sahagun.
Fr. Vicente Muñoz, Predicador Benedictino.
Don Cárlos Elcano, Oficial de Correos de Victoria.
Don Domingo Joaquin de Alcayaga.
El P. Fr. Antonio Santander, Monge en el Escorial.
Fr. Raimundo Barrero.
Don José Yagué.
R. P. Fr. Rosendo García, Proc. gen. del Ord. de S. Gerónimo.
Don Francisco Javier Duque.

VALLADOLID.

El Rmo. P. Mtro. General de san Bernardo.
El R. P. Mtro. Fr. Atanasio Florines, Monge de id.
El R. P. Mtro. Fr. Prudencio Gil, id.
El R. P. Mtro. Fr. Luis Pintos, id.
Don Francisco de Paula Ballesteros, Cura de Rueda.
P. Fr. Luis Fernandez Romero, L. de Teol. de los Clér. Menor.
Don José Gil Carranza, Canónigo de la santa Iglesia.
El R. P. Fr. Romualdo Villafruela, Regente de san Gregorio.
El R. P. Mtro. Fr. Froilan Hernandez, de la Orden de S. Bernardo, Confesor de las Huelgas de Valladolid.
El Excmo. Sr. D. Nicolas de Llano Ponte, Teniente general de los Reales egércitos.
Don Natalio Gutierrez de san Pedro, por 2 egemplares.
Don Antonio Pineda y Velasco, Presbítero, Vicario de Simancas.
Don Mariano Reinoso.
Don Joaquin Fernandez Cortina, Doctor en la Universidad.
Don Antonio Abad Martinez, natural de Bárcena Mayor.
El P. Fr. Alejandro Montalvo, Dominico.
El P. Prior de Tordesillas, id.
El P. Lect. de Teología, id. de Rioseco.
El P. Fr. Manuel Perez, id.
El P. Fr. Manuel Velasco, Custodio actual de la Concepcion de Franciscos Observantes.
P. M. de Estud. de S. Gregorio Fr. Santiago Viaña, por 2 egempl.
El P. Fr. Joaquin García, Dominico.
El R. P. Mtro. Fr. Andres Casto, Benedictino.
Don Francisco Ibarquengoitia.
Don Patricio Perez, Administrador del Marques de Revilla.
Don Narciso Montiel y Largo.
P. Fr. Andres Nieto, del Orden de san Francisco.
R. P. Mtro. Fr. Calixto Gonzalez, id. del grem. y cl. de la Univ.
R. P. Visitador de la T. O. de san Diego de id.
R. P. Fr. Timoteo de san José, Mercenario Descalzo.
R. P. Fr. Francisco de Sta. Lucía.
Don Teodoro Matapaja, Cura de Campo Redondo.
Don Juan Crisóstomo Barban, Cura de Mazuecos.
Don Gerónimo Espinosa Martinez, vecino de Requena de Duero.
Don Joaquin Rodriguez, id. de Tordesillas.
Don Manuel de la Fuente, id. de Valladolid.
Don Matias Merchan, Teniente Cura en Pozo Antiguo.
Don Manuel Aparicio, impresor en Valladolid.
R. P. Fr. Santiago, Monge Gerónimo.
Don José Revesado, Cura en la de san Juan de id.
Don José Adanez, Canónigo Magistral de Leon.

Don Manuel Fernandez Villanueva, por 3 egemplares.
El R. P. Fr. Isidoro Alvarez, L. de Teol. de S. Pablo de Vallad.
Don Mariano Diez Villaruel, Abogado en Paredes de Nava.
Don Antonio Ibañez, Archiv. de esta Real Chancillería, por 2 eg.
Don Simon Pino, Procurador de idem.
El P. Fr. Francisco Villalon.
El P. Fr. Geraldo Carvajal, Monge Bernardo.
Don Pedro Arias Mercado, Sargento Mayor de Volunt. Realistas.
El P. Fr. José Rojo, Dominico.
Don Francisco Gomez Escalante, Cura pár. de la Antigua, 2 eg.
Don Antonio de la Cuesta.
Don Francisco García Marqués.
R. P. Fr. José Vidal, Dominico.
El P. Fr. Luis Solís, Abad de san Bernardo.
Don Simon Gonzalez, Cura en Vez de Marbán.
Don Facundo Fernandez, cursante de la Universidad.
R. P. Prior del Monasterio de Aniago.
Don Joaquin Arconada.
P. Mtro. ex-Provincial Fr. Joaquin Cermeño, Dominico.
R. P. Procurador Fr. Miguel Macías, id.
Don Francisco María Pino, Procurador de la Real Chancillería.
Dr. don Pedro Tiburcio Gutierrez, Oidor Honorario de la Real Chancillería de Valladolid y Chantre en la santa Iglesia.

ZAMORA Y SU OBISPADO.

La Comunidad de PP. Dominicos de Zamora.
R. P. Fr. Narciso Jurado, Prior de id.
R. P. Fr. Juan Francisco Gallego, Subprior.
R. P. Fr. Estevan Buron, Dominico en id.
R. P. Fr. Ramon Coca, id. id.
R. P. Fr. Manuel Rodriguez, Predicador Conventual id.
R. P. Fr. Ventura Tolegon, id.
R. P. Fr. Evaristo Barreña, id.
R. P. Fr. Francisco Jurado, Mayordomo del Ilmo Sr. Obispo.
R. P. Fr. Ignacio Riguera, id.
La Comunidad de PP. Dominicos de Toro, por 13 egemplares.
R. P. Fr. José Gutierrez, Prior de los PP. Dominicos.
R. P. Fr. José Rodriguez, Lect. de Teología.
R. P. Fr. Domingo Moure, Lect. de Teología en id.
R. P. Fr. Estanislao Savopal, Lect. de Artes.
R. P. Fr. Fabriciano Alonso, Predicador en id.
R. P. Fr. Nicolas Mallada, Lect. de Gramática en id.
R. P. Fr. José Tavares, del órden de san Francisco en los Observantes de Zamora.
R. P. Fr. Gerónimo Villar, del mismo órden en id.

R. P. Fr. Pedro Pascual, Predicador General y Vicario de las Religiosas de la Concepcion, en id.
R. P. Fr. Bernardo Diaz, Vic. de las Relig. de santa Clara en id.
R. P. Fr. Miguel Urueña, Predicador General y Vicario de las Religiosas Descalzas en id.
R. P. Fr. Mariano Palencia, Prior del Monast. de S. Gerón. de id.
R. P. Fr. Diego Sanchez, ex Prior en dicho Monasterio.
R. P. Fr. Pedro Gomez, en id.
R. P. Fr. Pedro Guerra, en idem.
R. P. Fr. Ramon Mayor, en id.
R. P. Fr. Manuel de la Paz, en id.
R. P. Fr. Facundo Lopez, Benedictino.
R. P. Fr. Manuel Gonzalez, de Franciscos Observantes.
R. P. Fr. José Herrero, id.
Dr. don Isidoro Bravo, Canónigo Penitenciario en id.
Dr. don Manuel Gomez, Canónigo Lectoral en id.
Dr. don Ignacio Sandalio Buitrago, Canónigo Magistral en id.
Dr. don Roque Piñuela, Canónigo en id.
Dr. don Leoncio Tellez, Canónigo en id.
Don Pedro García, Canónigo en id.
Don José del Valle, Canónigo de la santa Iglesia de Osma.
Don José Aquilino, Canónigo en id.
Don Miguel Paredes, Canónigo en id.
Dr. don Ignacio Baquero, Rector en el Semin. Conc. de Zamora.
Dr. don Anselmo Luengo, Catedrático de Teolog. en dicho Sem.
Dr. don Antonio Braga, Catedrático de id. en id.
Don Felipe Rodriguez, Mayordomo de dicho Seminario en id.
Don Joaquin Lopez, Párroco de san Juan de Puerta Nueva, en id.
Don Lázaro Hospedal, Párroco en S. Antolin y S. Estevan en id.
Don Manuel Baquero, Párroco en el Salvador de id.
Don José María Bara, Párroco en san Leonardo de id.
Don Tomás Sever, Párroco en san Andres de Zamora.
Don Antonio Rodriguez, Párroco en san Torquato de id.
Don Claudio Fernandez, Párroco en Santiago de id.
Don Manuel Aliste, Párroco en san Vicente Mártir de id.
Don Manuel Emperaile, Párroco en san Bartolomé de id.
Dr. don Lázaro Estevez, Presbítero en id.
Don Agustin Rodriguez, Cura párroco en el lugar de Entrala.
Don Francisco Llamas, en el de Monfarracinos.
Don Angel José Diaz Quintanal, Párroco en Villalazan.
Don Manuel Pacheco Comán, Párroco en Moraleja.
Don Agustin Calle, Párroco en Morales de Zamora.
Don José Suarez, Párroco en Casaseca de las Chanas.
Don Dionisio de la Torre, Párroco en Riofrio de Tabara.
Don Antonio Prieto, Párroco en Fuente Sauco.
Don Alonso Gutierrez, Presbitero en Zamora.

Don Antolin Emperaile, Párroco en Fresno de la Rivèra.
Don Manuel Alonso, Párroco de Peleas de arriba.
Don Simon Garzon, Párroco de Pinilla de Toro.
Don Matías Alonso, Párroco del Perdigon.
Don Manuel Vecino, Párroco de Algodre.
Licenciado don Ramon Fernandez Trota, Presbítero.
Don Agustin Fernandez Párroco de Arcenillas.
Don Domingo Moran, Párroco de Villardondiego.
Don Tomás Campano, Párroco de Gurrate.
Don Vicente Pisonero, Párroco de santa Marta de Tera.
Don Manuel Peña, Párroco de Villanueva de Campean.
Don Nicolas Egido, Párroco de Vezdemarvan.
Don Antonio Gonzalez Porrero, Párroco de Casasola.
Don Alonso Garzon, Párroco.
Don Santiago Lorenzo, Párroco de Villabuena.
Don Francisco Hernandez Zurro, Párroco de Villavendimio.
Don Favian Gago, Párroco.
Don Domingo Fidalgo, Párroco de Vonialvo.
Don Cirilo Fernandez, Párroco en Villamor de la Ladre.
Don Juan Garrido, Párroco en Villardiegua de Sayago.
Don José Ballesteros, Párroco.
Don Victor del Barrio, Parroco en Valcavado.
Don José Altamirano, Párroco de Malillos.
Don José Novar de la Llana, Párroco de Tagarabuena.
Don Andres del Barrio, Párroco de Carbajosa.
Don Julian Curto, Párroco de Corrales de Zamora.
Don Facundo Mateos, Párroco de Fuentesecas.
Don Lorenzo Salgado, Presbítero Beneficiado en Verdemarvan.
Don Jòsé del Gayo, Intendente de Rentas en la prov. de Zamora.
Don Basilio Loza y Aguado, Abogado de los Rs. Consejos en id.
Don Gerónimo Muñoz, vecino de Madridanos.
Andres de Mena, vecino del Perdigon.
Santiago Salvador, vecino de Villalazan.
Don S. G. por 2. egemplares.
El Párroco de Arujillo.
El Párroco de Moreruela.
Don Fabian Gago, Párroco en N.

OTROS SUSCRIPTORES EN VALENCIA.

El P. Corrector de Mínimos de Alaguas.
El P. L. Jubilado Fr. Vicente Hernandez.
El P. Fr. Ignacio de Bollulla, Capuchino.
El P. Guardian de Capuchinos de Valencia.
El P. Present. Fr. Vicente Andrés, Dominico.
Dr. D. Agustin Terre, Presbítero de Picasent.
Don Martin Melchor Calabuch de Bocairet.

Don Simon Gil, Presbítero.
Fr. Luis Nogués, Dominico.
Dr. D. Agapito Domenech, Cura de Cataroja.
El P. Fr. Gonzalvo Jaime, Carmelita Calzado.
Don Sebastian Gaso, Presbítero.
Don Miguél Cabellos.
Fr. Serafin de Rafael Buñol.
Don Vicente Soler, Diácono.
El P. Fr. Tomás Pavia, Recoleto de san Juan de la Ribera.
R. P. Fr. Antonio Esplegues de san Felipe.
El P. Fr. José Personat, Franciscano de Onda.
El Dr. D. Francisco Rico, Presbítero.
Don Domingo Conesa, Cura de Torretorres.
Don Jaime Perez, Cura de Busof.
R. P. Fr. Jorge Rivera, Predic. Conv. de la Corona, por 2 eg.
Don Mansueto Berdú.
Don Vicente Vila de Játiva.
Don Francisco Pinet, Contador de egército, jubilado.
Don Nicolás Pastor, Beneficiado de Boicaret.
Dr. D. Vicente Romero, Médico.
Don Antonio Pastor, Beneficiado de Cantavieja.
El P. Fr. Ramon Guelamo, de la Corona de Valencia.
Don Leandro Lopez, Presbítero, por 2 egemplares.
Don Francisco Victoria de Alcoy, por 2 egemplares.
Don José de Metzgen.
El P. Fr. José García, Dominico.
El P. Present. Fr. Francisco Garelly, Dominico.
Don Juan Antonio Ramos, Vicario de Villareal.
Don Francisco Miralles, Cura de Godella.
P. Fr. D. Joaquin Sanchez, Prior de la Cartuja.
Don Valero Martinez, Cura de Alberique.
R. P. Fr. Francisco Esteve, Guardian de Jesus.
Don Francisco Escuder, por 3 egemplares.
Don Gerónimo Hagner.
Don Rafael Astoin.
P. Fr. Bartolomé Bolafer, Mínimo.
El Convento de Nuestra Señora del Pilar de PP. Dominicos.
P. Mtro. Fr. Mariano Rais, Dominico.
P. Mtro. Fr. Vicente Hernandez.
P. Fr. Cristóbal Porcál, id.
P. Fr. Tomás Peris, id.
P. Fr. Andrés Ferris, id.
Don Francisco Llacer de Alcoy.
P. Fr. Francisco Angelo Joser, Carmelita.
P. Fr. Vicente Mateu.
Don Joaquin Guerau de Arellano.

Don Vicente Agulló.
Don Jaime García, Presbítero.
Don Vicente Asensio, Cura de Monorer, por 2 egemplares.
P. Manuel de Caudete, Capuchino.
Don Antonio Diaz, Presbítero.
Don José Mustielles.
P. D. Bernardo Tórrega, Monge Benito de Valldigna.
Dr. D. Miguél Cantó.
Don Jaime Mur y Cordora.
El Sr. Cura de san Estevan de Valencia.
P. D. Miguél Gayuyar, Cartujo.
P. D. Miguél Jordá, de la Congregacion.
Don Joaquin Marti, Presbítero.
R. P. Fr. Lorenzo de Valencia, Capuchino, Guardian del Convento de Castellon de la Plana.
Don Alejandro Coltell, Presbítero.
P. Mtro. Fr. Mariano Abad, Dominico.
Don Vicente Sanz, vecino de Vistabella.
P. Present. Fr. Francisco Vanaclocha, Dominico.
Don Jaime Tena.
Don Vicente Asensio, Cura de Monorer.
P. Fr. Juan Cano, Dominico.
P. Fr. Vicente Ferrando, Dominico.
P. Present. Fr. Hilario Ordoyo, Presidente del Convento de Dominicos de Alicante, por 4 egemplares.
P. Fr. Fidele de Alcabali, Capuchino.
Don Manuel Jordan.
P. Fr. José Sales, Guardian de los Franciscanos de san Felipe.
P. Fr. Luis Blanquer, Guardian del Convento de Jesus de Valencia.
P. Fr. Antonio Pastor, Lector de Artes en el Convento de Jesus.
Dr. D. Elías García, Cura de Mogente.
Don Vicente Chanet.
P. Fr. Ignacio de Torrente, Capuchino, por 2 egemplares.
Don José Moliner, Presbítero, por 2 egemplares.
P. L. Fr. José Blanquér, Franciscano.
P. Fr. Paulino Quiles.
Don Fr. Miguél Galve, por 3 egemplares.
P. Present. F. Francisco Aldalat, Dominico, por 2 egemplares.
Don Ramon Aldasoro, Intendente de Valencia.
Don Pedro Lamata, Cura del Mas de las Matas, Partido de Alcañiz.
Don Miguel Calabuch, Presbítero, por 2 egemplares.
El P. L. Fr. Sebastian Gatell, del Monasterio de Poblet.
Don Manuel María Gonzalez, Capitan de Caballería retirado.
El P. Fr. Mariano Moya, Dominico.
Don Juan Abasoal y Zevallos.
El P. Fr. Tomas Vanaclocha, Dominico.

La Comunidad de PP. Dominicos de Carlet.
Fr. Juan Bautista Martinez, Dominico.
El P. Present. Fr. José Collantes, Dominico.
Don Bernardo Perci, Gobernador de san Felipe.
El P. L. Fr. Sebastian Eremades.
El Dr. don Pascual Salvachuna, Presbítero, Tesorero de Espolios y Vacantes del Arzobispado de Valencia.
Don Vicente Ariño y Terbuel.
El P. Fr. Francisco Sebastian, Mercenario.
El P. Fr. Antonio Juan, Dominico.
El Cura de Jarafuel.
Don Vicente Español, de Villareal.
Don Alonso Maria Rollan,
El Procurador de la Cartuja de Valde-Cristo.
Don Fr. José Martinez.
Don Francisco Belver, Cura de Alcoy.
El P. Fr. Joaquin Ibars, del Convento S. Francisco, por 2 eg.
El P. L. Fr. Ramon Panach, Carmelita calzado de Valencia.
P. Pres. Fr. Joaquin Galduc, Secr. Provincial de la Merced.
El P. Fr. Simon de Biar, Guardian de san Mateu, Capuchino.
Don Francisco de Paula Navarro, Librero, 4 egemplares.
El P. Fr. José Ferrer, Predicador general de Lueca.
Don Vicente Hilario, del Comercio.
Don Nicolás Oquendo, empleado en la Aduana de Valencia.
El P. Fr. Francisco de Albal, Capuchino.
El P. Fr. Roque de san Juan Bautista.
Mosen Nicolas Bilis, Beneficiado, Presbítero de Bocairet.
Don Ignacio Baeza, Regidor de Valencia.
Fr. Ramon Alegre, Mercenario, por 2 egemplares.
Don José Acena.
Dr. D. Cándido Roca, de la Congregacion.
El Sr. Cura de Bechí.
Don Vicente Ariño.
Don Laureano Gonzalez.
Don Valero Andreu, del Comercio, por 2 egemplares.
R. P. Present. Fr. Mariano Roger, Dominico, Rector del Colegio de Tortosa, por 5 egemplares.
Fr. P. E., Religioso de Ayora.
Don Joaquin Pueyo, del Comercio.

BARCELONA.

Don Salvador Mojó, Mariscal de Campo de los Rs. Egércitos.
Don Francisco Javier de Durán, Baron de Ribelles.
Don Cayetano Planella, Conde de Llar.
Don José Antonio de Mora, Teniente Coronel.
Don Nicolas Tous.

Don Miguel Ventats.
Don Jose Bernat, Presbítero.
M. R. P. Mtro. Fr. Domingo Daniel, ex-Provinc. de PP. Servitas.
Don José Ignacio de Mercader.
M. R. P. Mtro. Prior del Convento de santa Catalina, Dominico.
R. P. Fr. Manuel Bergadá, id.
R. P. Fr. Pedro Jacinto Puig, id.
R. P. Pdo. Fr. Francisco Pi, id.
R. P. Pdo. Fr. Sigismundo Riera, id.
R. P. Pdo. Fr. Raimundo Escolá, id.
R. P. Fr. Raimundo Pujól, id.
R. P. Fr. Luis Ravetllat, id.
R. P. Mtro. Fr. Tomás Puig, id.
R. P. Pdo. Fr. Domingo Vila, id.
R. P. Predicador general Fr. Pedro Tomás Vaquér, id.
P. Ramon Vila y Carrera, Prefecto de PP. Agonizantes.
Don Gaspar Sors, Presbítero.
Don Juan Martí, Benedictino de san Cucufate del Vallés.
Dr. D. Jaime Cabot, Presbít., Cated. del Seminario Conciliar.
Don Agustin Dalmau, Cura párroco de Granollers.
Don Luis Riba.
Don Esteban Blanch y Cera.
Don José María Dalmases.
Don Ramon Puigsautens, Cura párroco del Prat.
Don Pablo Ruiz y Barber.
Don Benito Rubinat y de Papiol.
El R. P. Fr. Francisco Fontrodona, Franciscano.
Don Cayetano Selva, Presbítero.
Don Narciso Lampuig.
Don Esteban Martí y Lampuig.
Don Domingo Plana, Cura párroco de Alfar.
Don Ramon Ferrer, Domero de la parroquial de san Pedro.
Don José Mesclans, Cura párroco de Ribas.
Dr. D. Vicente de Cilla, Canón. Mag. de la Coleg. de Guisona.
Don Francisco Bosch, Canónigo de la iglesia catedral.
Doctor don Narciso Jordá, Presbítero y Beneficiado de id.
Don Francisco Prat, Presb., Catedrático y Cura de santa Eulalia.
P. Pedro Bosom y Belloch.
Don Ignacio Palou, por 2 egemplares.
Don Antonio Herman.
Don Mariano Llobet y Bajeras.
Don Pablo Cantó, Presbítero.
M. R. P. Mtro. Fr. Vicente Febrés, Agustino.
Dr. D. Antonio Bonet, Vicario perpetuo de Caldas de Mombuy.
Don José Firmat.
Doctor don Gaspar Malét, Presbítero.

Don Juan Oller, Presbítero.
Don Ferreol Sala, Cura párroco de Subirats.
M. R. P. Mtro. Fr. Pedro Roméu, Rect. del Col. de Trinit. Calz.
Doctor Don José Ignacio Valls, Presbitero.
R. P. Fr. Magin Comas, Prior de PP. Servitas de Marsá.
R. P. Fr. Juan Piñol, Servita.
Don Jaime Miguel, Cura párroco de la Palma.
Don Antonio Cluet, Canónigo de Ager.
Don Juan Valls, Presbitero, Comensal de la Col. de santa Ana.
M. R. P. Mtro. Fr. José Gutierrez, Rect. del Coleg. de Agustinos.
El R. P. Fr. Juan Brocardo Cardena, Carmelita.
El Hermano Pablo Roca, del Oratorio de san Felipe Neri.
Don Juan Gali, Presbítero, Catedrático del Seminario Conciliar.
Don Francisco Jimenez, Cura párroco de Dosrius.
Don Joaquin de Llanza y Bell-lloch.
Don Joaquin Alberto de Monér.
Doctor don José Ignacio Vieta, Cura párroco de Marata.
Don José María Comas.
R. P. L. Fr. Jaime Ponti, Dominico, al 5 tomo.
P. Pres. Fr. Tomás Pi, Rect. del Col. de Domin. de Solsona, á id.
R. P. L. Fr. Tomás Bou, Dominico, á id.
R. P. L. Fr. Raimundo Bardelet, id., á id.
R. P. L. Fr. Gregorio Pernañer, Servita, á id.
Don Pedro Puigagut, Cura párroco de Malgrat, á id.
R. P. Don Quintin Dort, de la Congreg. de S. Felipe Neri, á id.
Don Joaquin Torremilans, Cura párroco de Olot, á id.
R. P. Fr. Joaquin Armengol, Dominico, á id.
R. P. Fr. Antonio Segarra, id., á id.
R. P. Fr. Pablo Tomás Genoves, Rect. del Col. de Dominicos, á id.
R. P. Fr. Juan Morell, Prior de los Dominicos de Balaguer, á id.
Don Ramon Casas, Presbítero, á id.
Don Sebastian Miró, Canón. de san Juan de las Abadías, á id.
R. P. Fr. Vicente Paysá, Dominico, á id.
R. P. Fr. Narciso Comas, id., á id.
R. P. Fr. Tomás Comas, id., á id.

TARRAGONA.

Dr. D. Tomás Comas, Canón. Penit. de la Cated. de Tarragona.
R. P. Fr. Rafael Jenér, Mercenario en id.
Don Raimundo Madriguera, Contralor del Hospital de id.
Mosen José Vall, Comensal de la santa iglesia de id.
Mosen José Jené, Beneficiado y Vicario de Valls.
Doctor don Francisco Contreras, Cura párroco de Alcové.
R. P. Fr. Pau Carbonell, Monge de Poblet.
R. P. Fr. Esteve Granell, de id.
R. P. Fr. Anton Juncosa, de id.

R. P. Fr. Miguel Grau, de id.
R. P. Lector Fr. Fonoll, de id.
R. P. Fr. Domingo Janér, Prior de PP. Dominic. de san Magin.
Don Raimundo Raiés, Cura párroco de Pradés.
Don Antonio Janer, Beneficiado de Igualada.
R. P. Fr. Tomás Boronat, del Orden de Predicadores.
R. P. Fr. Gregorio Oliva, de id.
R. P. Fr. Alberto Soler, de id.
Para uno que no quiere que se publique su nombre.
R. P. Fr. Luis Bárbara, Guard. del conv. de san. Franc. de Reus.
R. P. Predicador Fr. Gabriel José, Franciscano en id.
Mosen Magin Alemani, Catedrático en el semin. de Tarragona.
Dr. D. Bernardo Roca, Párroco de Mombrio.
P. Fr. Raymumdo Aoca, Dominico en Tarragona.
R. P. Lector Fr. Raimundo Pinós, id.
P. don Francisco Palau, Prior de la Cartuja de Escala-Cœli.
R. P. Fr. Francisco Lleonar, Carmelita Calzado de Valls.
Mosen Salvador Bagot, Vicario de la Morera.

GERONA.

El R. P. Prior del Convento de santo Domingo.
El señor Arcediano de Besalú.
El R. P. Fr. Valentin Montaner, Mínimo.
El Br. D. Martin Olives, Presbítero y Beneficiado.
Don Narciso Camps, Presbítero y Catedrático de Retórica.
Don Benito Bonet, Presbítero y Beneficiado.
El M. I. S. Abad de san Feliú de Guixols.
Fr. Isidro Dalmau, Monge de id.
Don José Gravoleda, Canónigo de Villaberran.
Don José Ravell, Abogado.
Don Baltasar Ferrer de Perelada.
El señor Conde Sobierra.
Don Narciso Xifreu, Canónigo de san Feliú.
Don José Blanch, Cura del Mercadal.
Don Silvestre Jubert, Cura de Agullana.
Don Julian Cufi, Canónigo de la santa Iglesia.
Don José Ferrer, id.
Don Martin Matute, id.
Don Miguel Blanch, Clavero de la Catedral.
R. P. Mtro. Fr. José Antonio Verneda, Dominico.
R. P. Pres. Fr. José Martí, id.
R. P. Fr. Salvador Rodei, id.
Don Pedro Arau, Presbítero.
Don Juan Cortada, Vicario de san Pol de Mar.
R. P. Pred. General Fr. Buenaventura Grey, Dominico.
El R. P. Prior de los Dominicos de Peralada, por 2 egemplares.

El R. P. Guardian de Capuchinos de Gerona.
El R. P. Fr. S. de R. de A., Capuchino.
El R. P. Fr. J. M. de M., id.
Don Juan Vila, Cura de san Mateo de Montnegre.
Don José Tomás, Cura de san Feliú.
M. R. P. Provincial de Franciscanos de Cataluña.
R. P. L. Jubilado Fr. Francisco Montblanch, Relig. Franciscano.
R. P. L. Jubilado Fr. Tomás Oms, id., por 3 egemplares.
R. P. Fr. don Atanasio Escafet, Monge Bernardo.
El señor Baron de Vilagaya.
Don Esteban Figueras, Presbítero y Beneficiado.
Don Narciso Vidal, id. id.
Don José Colomér, id. id.
Don José de Camprodon.
Don Leon Santa María, Chantre de la Catedral.
Don Benito Marimon, Presbítero y Beneficiado.
Don Baudilio Jarquella, Domero de Peralada.
R. P. Fr. Juan Dalmau, Dominico.
Don José Casadevall, Presbítero y Beneficiado de la Catedral.
El R. P. Mtro. Fr. Agustin Girona, Prior de Agustinos.
Doctor don Eudaldo Sala, Rector de Cadaqués.
Don Julian Bosch, Domero de Cassá de la Selva.
El Domero de santa Cristina.
Don José Arnautó, Canónigo de la Catedral.
El R. P. Fr. Gabriel de Arbrucias, Capuchino.
El R. P. Fr. Domingo Masllepart, Dominico.
El R. P. L. Fr. Francisco Canals, Carmelita Calzado.
Don Salvio Anglada, Domero de Vilallonga.

MURCIA.

Don Pedro Gonzalez, Cura de san Andres.
Don Miguel Camacho, al 5 tomo.
Don Antonio Fontes Abat, á id.
M. R. P. Mtro. Fr. Francisco Quilez, Dominico.
R. P. Fr. Francisco Azorin, id.
R. P. Fr. José Gilavert, Lect. de Teol. en S. Franc., por 3 egem.
R. P. ex-Provincial de san Francisco Fr. Pedro Pina, al 5 tomo.
Don Manuel Gomez de Morales y Jimenez, Canón. y Arced. de Lorca.
Don Jesualdo Aguado, Prebendado de la santa Iglesia.
Don Rafael Pueyo, id. id.
R. P. Fr. Francisco Gil, Franciscano.
Don Ambrosio Albacete, Presbítero.
R. P. Fr. Juan Martinez, Franciscano, al 5 tomo.
R. P. L. de Visperas Fr. Modesto de Betera, Capuchino.
R. P. Fr. Antonio de la Santa, Dominico.
P. Fr. Gerónimo Rubio, id.

R. P. Guardian de Franciscos Observantes de Tobarra.
Doctor don Blas Ostolaza, Dean de la Iglesia de Cartagena.
Don Felipe Saenz, Presbítero.
P. Fr. Rafael Lopez, Misionero Apostólico, Franciscano.
Don Pedro Sanchez Palencia.
Don Antonio Riquelme.
Don José Corvalán.
Don Cipriano Sainz, Presbítero en la Iglesia de Cartagena.
Don Francisco Sancho.
Don Venancio Cañadas, Escribano.
Don Antonio Liquieri, Cura de Muchamiel.
R. P. Fr. Vicente Marcó, Dominico.
Don Estanislao Oloriz, Alcalde mayor.
Doña Juana María Alburquerque.

PLASENCIA.

Don Antonio Martin Oliva, Canónigo Prebendado de la Catedral.
Don Juan Poves, Beneficiado en id.
Don Juan Antonio Nuñez.
Don Juan Vergel, Cura de Cristobal, Obispado de Coria.
Don Manuel del Puerto, Cura de Montehermoso, id.

MÁLAGA.

M. R. P. Fr. Gerónimo de Ardales, Guardian en Capuchinos.
M. R. P. Fr. Joaquin Urenda, Corrector en la Victoria.
R. P. Pres. Fr. Jacinto del Pino, Dominico.
R. P. Lect. de Teol. Fr. Francisco Almendros, id.
R. P. Lect. de Teol. Fr. Antonio García, id.
P. Fr. Raimundo Limo, id.
P. Fr. Sebastian Roman, id.
R. P. Fr. Franc. de Paula de la Sma. Trin., Min. en el de Málaga.
R. P. Fr. Vicente de la Mota, Min. en los Trin. Calz. de Marvella.
Don Francisco de Paula Suarez, Abogado.
Don Clemente Tejon.
Don Juan Bousague, Presbítero.
Don José Baron, Beneficiado en la de Ronda.
Don Francisco Llera, Presbítero.
Don Francisco de Paula Segura, Médico.
Don José Cano.
Don Juan Pemau, por 3 egemplares.
Don Antonio Pizarro.

GRANADA.

Don Francisco Calvo, Procurad. y Vicar. gener. de este Arzob.
Don Blas de Vergara, Magistral de la Colegiata del Salvador.
Don Joaquin Venegas, Canón. de la Colegiata del Sacro Monte.

Don Fernando Alvarez Chacon, id.
Don Ramon de Damas, id.
Don José María Galindo, Cura de la Parroquial del Salvador.
Don Silvestre Santiago, Cura de la de san Cecilio.
Don Santiago Sanchez, Presbítero.
Don Salvador de Salazar, Presbítero.
Don José María Alderete, Vice-Rector del Hospital del Refugio.
R. P. Prior de Santo Domingo de Baza.
R. P. Presentado Fr. Juan de la Fuente, Dominico.
R. P. Maestro Fr. Vicente Bernardos de Quiros, id.
R. P. Presentado Fr. José Gallegos, id.
R. P. Lector de Teología Fr. Francisco Marin, id.
R. P. M. Fr. Felix Lozano, Mercenario Calzado.
R. P. Fr. Juan Fernandez, Prior de Sto. Doming. de Alc. la Real.
Don Ildefonso Zesalvo, Prov. y Vic. gener. de la Abadía de id.
R. P. Fr. Francisco de Berja, Capuchino.
R. P. Fr. Juan de Aguilar, id.
R. P. Fr. Francisco Velez, id.
R. P. Fr. Nicolás de la Concepcion, Carmelita Descalzo.
R. P. Fr. Antonio Molina, Francisco Observante.
Don Juan Antonio Medina y Pardo.
Don Domingo Bartolomé Aguado.
Don Francisco de Paula Alderete.
Don Pedro Mañali, del Comercio.
Don Antonio José de Castro.
Don Francisco Llorente, Magist. de la R. Cap. de S. M., por 2 eg.
Don Miguel Rico, Presbítero.
Don Juan de Torres, Presb. y Secret. de la Coleg. del Salvador.
Don Francisco Rodriguez, Cura de la Parroquial de S. Pedro.
Don Miguel Carabantes, Capellan del Sacro Monte.
Don Segundo Antonio de Castro, por 2 egemplares.
R. P. Lect. jubil. Fr. Gonzalo de Arenas, Guardian de S. Franc.
R. P. Fr. Cristóbal de santo Tomás, Prior del Cármen Descalzo.
R. P. Fr. Luis del Santísimo, Carmelita Descalzo.
R. P. Fr. Felix de santa Teresa, id.
R. P. Predicador General Fr. Cárlos Requena, Observante.
R. P. Lector jubilado Fr. Miguel Palacios, id.
Don Segundo Antonio de Castro, por 2 egemplares.
Don Antonio Diaz, Presbítero.
Don José Iniesta, Presbítero en Almería.
R. P. Fr. Antonio de Flores, Guardian de S. Francisco de Guadix.
R. P. Fr. Miguél de Córdoba, Capuch. y Conf. del Ob. de Guadix.
R. P. Pres. Fr. Francisco Manzano, Prior de santo Domingo de Almería, por 2 egemplares.
R. P. Fr. José María Olot, Capuchino.
R. P. Pres. Fr. Juan Moron, Prior de los PP. Dominicos.

R. P. Mtro. Fr. Felix Gutierrez, Regente en el Conv. de Sta. Cruz.
R. P. L. en Artes Fr. Gabriel Teruel.
R. P. Fr. Miguél Marin, Dominico en Almería.
Don Ramon Puyal, Presbítero.
El Seminario Conciliar del Sacro Monte.
Don Juan Victor Ganivet, Canónigo y Rector de id.
Don Miguél de los Santos Carabantes, Capellan y Vice-Rect. de id.
Don Juan Manuel de Sola, Seminarista de id.
Don Francisco Espejo, Rector de la Cuna.
Don Luis de Landa y Vila, Vice-Rector del Colegio Imperial de san Miguél, Académico de la Real de buenas letras de Sevilla.
Don Manuel de Cueto, Abad del Sacro Monte.
Don Cristobal Muñoz, Canónigo de id.
M. R. P. Guardian Fr. José Guerrero, Francisco Descalzo.
R. P. Fr. Antonio Valenzuela, Definidor de id.
R. P. Fr. Manuel Molinero, Definidor de id.
R. P. Fr. Pedro Rodero, Definidor de Franciscos Observantes.
Don Juan de Dios Ruiz, Cura de san Ildefonso.
Don Lorenzo Gutierrez, Cura de Darrical.
Don Leovigildo de la Oliva, Cura de Albuñol.
Don Ramon de Sola, Sacristan mayor de la Colegial de Baza.
Don Bernardo Ruiz de Mendoza, Maestre-escuela de id.
Don José de la Muela, Cura de Campotejar.
Don Andrés Urizar.
R. P. Fr. Francisco Tarifa, Capuchino.
Don Juan Antonio Cano, Canónigo de la Colegiata del Salvador.
Don Juan María Manzano, id.
Don Rafael Barona, Tesorero de Rentas Reales.
Don Vicente Bocanegra, dignidad de Prior de santa Fé.
Don Tomás Perez Bocanegra, Cura de Chauchina.
Sr. Vizconde de Almansa en Almería.
Doña Micaela de Robles y Torrecilla.
Don Santiago José Sancho, Presbítero.
Don Alejandro Piñon.
Don Vicente de Aranda y Marin, Cura de Ntra. Sra. de las Angust.
R. P. Fr. Antonio García de Dios, Prior del Carmen Calzado.
R. P. Fr. José de la Madre de Dios, Lector en el Colegio de Carmelitas Descalzos.
R. P. Fr. Antonio de santa Rita, Secret. de la Prov. del Carm. Desc.
R. P. Fr. Tomás Jimenez, Sup. de Sto. Domingo en Alcalá la Real.
Don Antonio de Barrio, Cura en id.
Don Francisco Lopez y Rojas, Cura ecónomo de Valencia.
Don Francisco Baeña, Cura párroco de Alfacar.
Don Diego Hipólito Rodenas, Presbítero en Almería.
Don Manuel José de San Pedro, Catedrático de Latinidad de la Universidad.

Don José María Lopez, Presbít. Mayord. del Arzob. de Sevilla.
Don Antonio Chá, Presbitero, Capellan de id.
Don José María Arroyo y Beyens, Familiar de id.
El Excmo. Sr. Don Luis Gargollo.
El Sr. Fr. Don Francisco de Borja Valverde, Canónigo de santa Fé de Granada.
Don Antonio Perez Cruzado, vecino de Cadiz.
Don Antonio Cubero, en la Real Aduana de id.
Sr. D. Antonio Romero, Cura del Sagr. de la Cat. de Cadiz, 2 eg.
Sr. D. Francisco Gutierrez Salceda, id. 2 egemplares.
Sr. D. Diego José Escudero, id.
El Sr. Licenciado D. José María Almansa, Prebendado de la Santa Iglesia de Cadiz y Fiscal Eclesiástico.
El Sr. D. Gabriel Elías del Rio, Vicario Eclesiástico de la Real Ciudad de san Fernando, 2 egemplares.
Don Pedro Diosdado, Presbitero Sacristan Mayor de id.
Don Nicolás Diaz, de la villa de Grazalema.
Don Mateo Naranjo, Presbitero de id.
R. P. Fr. Manuel María Merino, Francisco Descalzo en el Puerto de Santa María.
Don Pablo Muñoz, Médico de Cadiz.
Don Francisco Marin, Médico de id.
Sr. José Leon Dominguez, Mínimo en el Puerto Real.
Don Cristoval Delgado, Presbitero en id.
Fr. Alonso Vazquez, Religioso Dominico en Cadiz.
R. P. Predicador General Fr. José Dominguez, en id.
R. P. Fr. Rafael Melero, Lector de Teología, en id.
R. P. Fr. Miguel Centeno, Lector de Teología, en id.
R. P. Fr. Vicente Martinez, Capellan del Santísimo Rosario, en id.
El Sr. D. Antonio Parra, Prebendado de la santa Iglesia de Cadiz.
El Sr. D. Juan Nepomuceno Montero, Maestre-Escuelas de id.
El Sr. D. Juan Francisco Sanz, Prebendado de id.
Don Antonio Peréz, Maestro de Ceremonias de id.
Don Cayetano García, prim. Interv. de la Real Aduana de Cadiz.
Don José Cea, Vista de la Real Aduana de id.
Don Diego Adán, Corredor del número en Cadiz.
Don José Romero Lamanque, Maestro de primeras Letras en id.
El R. P. Fr. José María Laso, Lector de Teología en el Convento de Franciscos Observantes de Cadiz, por 4 egemp.
Don N. N.
El R. P. Fr. Francisco Guerrero, Lector de Artes en el Convento de Franciscos Observantes de Sevilla.
R. P. Fr. Juan de Reyna, Observante en id.
Don Juan José Calvo, vecino de Cadiz.

Don José Niél, Impresor en Cadiz, 2 egemplares.
Don Estanislao Moreno, Alcaide en la Puerta de Tierra de Cadiz.
Sr. D. Francisco Romero, Cura de la Villa de Rota.

CÓRDOBA.

R. P. Fr. Miguel Flores, Lect. de Teol. en los Dominic. de S. Pablo.
P. Fr. Pedro de Luna, Dominico.
El Rector de san Juan de los Caballeros.
Don José Martinez Castejon.
Don Diego José Jimenez.
Don Manuel Laguna.
Don José Vazquez.
Don Joaquin Rafael Gaitan, Vicario de Villafranca.
Don Arcadio García, Médico.
Don José Cívico.
P. Fr. Luis de san José, Trinitario Descalzo.
D. Alfonso Prieto Rambla.
Don José Roldan.
El Prior de doña Mencía Fr. José Caliz.
P. Fr. José de Flores, de id.
El Guardian de san Francisco de Lucena.
Don Juan de la Torre, de id.
Don José Chacon, de id.
Don Francisco Párraga, de id.
Don Fausto García de la Torre.
Don Juan Rodriguez, Presbítero.
Don Francisco Tomás Jumilla.
El señor Conde Zamora.
Doña Josefa García, por 2 egemplares.
El señor Maestre Escuela.
Don Diego Benitez.
Don Francisco Golmayo.
Don Pedro Alcántara Cuellar.
Don José Milmartinez.
Don Diego Nieves.
Don José Veldiguel.
Don Rafael Barbero, Cap. de Realistas.
P. L. Fr. José Romero.
Don José Fernandez.
Don Ignacio Anton de Lobera.
P. Pizarro, Dominico, en Cabra.
Don Cristobal Marin.
Antonio Aguilar, vecino de Aguilar.
Don José María Zaldua, Cura de Palma.
Don Manuel Venegas, Canónigo.
Don Fernando del Valle Rute.

Don Juan Felix Casanes Rute.
Don Francisco Armenta, Canónigo.
P. L. Villanueva, Dominico.
Don José Quero.
Don Ramon Amo.
Don Mariano Martinez.
Don Francisco Beraza.
El Prior de la villa de Marmolejo.
El P. Fr. Francisco Castellano, de la Provincia de los Ángeles.
Don Sebastian Barbero, Presbítero.
El P. Fr. Juan Ruiz, de doña Mencía.
El P. Fr. Benito Cuesta, Trinitario.
Don Juan del Espino, Presbítero.
R. P. Mtro. ex Provincial Fr. Pablo Barbancho.
R. P. Prior de san Agustin Fr. Antonio Lopez.
Señor don Antonio Lopez, Rector de san Pelagio.
Don José Caravaca, Vicario de Hinojosa.
Don Juan de Alcántara, Cura de Fernan-Nuñez.
Don José Lopez, Vicario de Montemayor.
P. Mtro. don Juan Lopez, de san Basilio.

LOGROÑO.

Don Bernardo Martinez de Tejada, Beneficiado de Zorzano.
Don Andres Fortum, Administrador de Rentas Reales de Logroño.
Don Tomás Perez de Viñaspre, Beneficiado en Laguardia.
R. P. Fr. Pedro de Pamplona, Guardian de Capuchinos de los Arcos.
Don Gaspar Perez y Miranda, Presb. Benefic. de la Igl. de los Arcos.
R. P. Fr. Gregorio de Oñate, Abad del Monast. de S. Prud., por 2 eg.
Don Benito Trevijano, Presid. del Cabil. de la Igl. de Villamediana.
Don Casimiro Maestu, Contador de la Real Hacienda de Logroño.
Don Joaquin Eusebio Ruiz de Otheo, Cura párroco de Marañon.
Don Manuel Ortiz, Presbítero y Beneficiado de Navarrete.
Don Vicente Bastida, id.
Don Eugenio Perez de Leon, Cura párroco de Arnedo.
Don Antonio Cordon, Beneficiado de la misma.
Don Manuel Fuidio, Cura párroco de Tudelilla.
Don Juan Gamarra, Prebendado Arcediano de la Colegiata.
Don Pedro Garay, Presb. Benefic. de la Igl. Imperial de Palacio.
Don Florentino German, de Briones.
Don Ramon Tutor, vecino de Calahorra.
P. Fr. Fernando Gomez, Franciscano, Misionero Apostólico.
P. Fr. Ramon de Solas, id. id.
El Presbítero Don Angel Entrena, Beneficiado.
El Comandante de los Realistas, y Tesorero de Bulas.
Don José Ruiz Peciña, Canónigo de la Colegiata.
Don Cenon Gobeo de Avalos, Cura de Murillo.

Don Miguel Ortiz de la Puente, Beneficiado de Aro.
R. P. Sub-prior Fr. Matías Zabala, Dominico, por 8 egemplares.
Don Anacleto García Almarza.
Don Mariano Manso.
R. P. Fr. Pedro Güeda.
Don José Manuel Lopez Gil.
Don Ramon María del Notario.
Don Bernardo Neto Ceballos.
Don Valentin de la Prada.
Don Juan Manuel Ortega.
El Marques de san Nicolás.
Don Felix Martinez.
Don Juan José Saconz.
Don Felix Echavarría.
R. P. Fr. Ildefonso Vazquez.
Don Anselmo Martinez.
Don Ambrosio Echavarría.
El señor Doctoral de santo Domingo.
R. P. Prior del Carmen de Logroño, por 2 egemplares.
R. P. Mtro. Fr. Franc. Javier de la Plaza, Ben. del Mon. de Nájera.
Don Ulpiano Vicente de Arteaga, Beneficiado de Aro.
Don Francisco Caballero, vecino de Cenizero.
R. P. Fr. Alejandro de san Elías, Carmelita.
Don Manuel Ambrosio Gomez, Presbítero en Viana.
Don Manuel [illegible]rañuela, id.
Don José Apellaniz.
R. P. Fr. Melchor de Estabillo, Guard. de S. Franc. de Piedrola.
Don Miguel Oñate, Cura párroco de Viana.
R. P. Prior del Convento del Carmen de Logroño.
R. P. Fr. Santos Benito, Guard. del Conv. de S. Franc. de Navarrete.
R. P. Fr. José Medina, Predicador en id.
Don Manuel Hermosa, por 2 egemplares.
Don Roque Ruiz de Ozana, de Laguardia.
R. P. Fr. Pantaleon Erce, Casa la Reina.
Don Fernando de Santa María, Beneficiado en Lagran, por 3 eg.
Don Celedonio Ruiz Fernandez, Presbítero, por 2 egemplares.
Don Bernabé Ruiz Carrillo, id.
Don Tomás Peciña, Beneficiado.
R. P. Ildefonso Rodriguez, Monge.
Don Roque Franco, Presbítero.
R. P. Fr. Juan Urquiza, Predicador.
Don Ignacio García Jalon.
Don Domingo Aransaiz, Presbítero.
R. P. Fr. José Carrillo.
R. P. Fr. Santiago Breton.
Don Casimiro Saenz de san Pedro.

Don Justo Saenz de san Pedro.
Don Felipe Fernandez Berrueco.

OVIEDO.

Sr. Marques de S. Esteban.
Don Manuel Antonio Alvarez, Secretário de Guerra.
R. P. M. Fr. Manuel Llanos, Cated. de Teol. de esta R. Univers.
Sr. Don Juan Cabal, Canónigo de la Sta. Iglesia Catedral.
R. P. M. Fr. Tadeo de Sta. María, Cat. de Teol. de esta R. Univ.
Don Carlos Escosura Lopez, Srio. de Cámara de la R. Audiencia.
Don Juan de Junco, Relator de la misma.
Don Pedro Coral, Cura.
Dr. Don Bernardo Palacio, Cura de Bobes.
Don José Sampil, Presbítero.
Don José Gonzalez, idem.
R. P. Fr. José Palacio, del órden de Predicadores.
Dr. D. Joaquin Venayas, Canónigo de la Sta. Iglesia Catedral.
Dr. D. Narciso Gallego.
Don Casimiro Lorenzo de Lena, Cura.
Don José Lorenzo de Lena, idem.
Don Juan Rodriguez, idem.
Don Bernardo de Langra, Administrador del Real Hospicio.
R. P. Abad de Valdedios Fr. Lorenzo Moreiras.
D. José Alonso Lopez Presbítero.
Sr. D. Antonio Vidal, Lectoral de la Sta. Iglesia Catedral.
Sr. D. Gerónimo Getino, Canónigo de la misma.
Dr. D. Pablo Mata Vigil.
Don Francisco Fuente.
Bachiller D. Manuel Antonio Alvarez.
Bachiller D. Dionisio de la Canal.
Bachiller D. José Solís.
Bachiller D. Antonio María Valdés.
Don Manuel Antonio Fernandez, Cura.
El Coronel D. Pedro de Leon y Heredia.
Don Cárlos Pando, Cura Párroco.
Don Francisco Ablanedo.
Don Ignacio Blason, Abad de Arbas.
Don Bernardo Luege, Canónigo.
R. P. Pred. Fr. José Gonzalez Alberú, Dominico.
Don Manuel Leon, Presbítero.
Don Isidro García Caballero, Cura Párroco.
Don Angel Pintado, Ayudante mayor del Prov. de Mondoñedo.
Don Juan Perez Palacios.
Don Antonio Arango, Canónigo de la santa Iglesia.
Don Fernando Mestas, Canónigo y Arcediano de id
Don Juan Nachon, Presbítero.

El R. P. Fr. Benito Briones, Abad de Celorio.
Don José Morio Ramirez, Cura Párroco.
Don Manuel Corrales, id.
Don Francisco Nasti Nachon.
Don Juan Escalona.
Don Ramon Frias, Cura.
R. P. Fr. Miguel Castillo, Monge Bernardo.

CORUÑA.

Convento de Sto. Domingo de la Coruña, un egemplar.
Don Francisco Mosquera y Villamarin, Prior de esta Colegiata, id.
Don Gerónimo Cimavilla, Cura de S. Vicente de Elviña, id.
Don Andrés Botana y Ulloa, Cura de Sta. María de Beemil, id.
P. Predicador de S. Agustin de esta, Fr. Benito Ozores, id.
P. Fr. Juan Ignacio Curra y Valladares, Dominico en id.
P. Lector Fr. Fructuoso Castaño, Dominico id.
Dr. D. Francisco Velez, Cura de S. Nicolás, de id.
Don Joaquin Seyde, Cura Rector de Santiago, de id.
Don Cárlos Pardiñas, Presbítero en id.
Don Gerónimo Abelenda, Presbítero id.
Don Pablo Zengotita, Subdelegado especial de Policía en esta.
Dr. D. Mateo García, Abogado, Cura del Ferrol, y Vic. Castr.
Don Hemeterio Vazquez, de la Coruña.
Lic. D. Pedro Romero, Médico de núm. del Egérc. del Hospital Militar de la Plaza y titular de la Ciud.

LUGO.

Convento de Sto. Domingo
Dr. D. Pedro Herrera, Médico.
D. Manuel Gomez, Presbítero.
R. P. Lect. de Teol. Fr. Francisco Rafael Suarez, Franciscano.
Don Juan Rivas, Oficial principal de la Secret. del Sr. Obispo.
Don Ramon de la Vega, Penitenciario de la Sta. Iglesia.
El R. P. M. Prior de Sto. Domingo, Fr. José Bela.
R. P. Fr. Manuel Crespo, Lector de Teología en dicha.
P. Fr. Dionisio Rodriguez, Maestro de estudiant. en id.
R. P. Fr. Francisco Martinez, Subprior en id.
Don Manuel María de Puga, Presbítero.

MAS SUSCRIPTORES DE ZARAGOZA.

Don Eusebio Jimenez, Canónigo en Zaragoza.
Don Roberto Pascual Guiral, Rector de Mazaleon.
P. Fr. Blas Linas, Religioso de la Merced.
Don Clemente Chermis, Cura de Torres de Segre.
Don Antonio Puig, Cura de Villanova del Picad.
Don Juan Mayol, Cura de Torrefarera.

Don Ramon Niervo, Comerciante.
Don Salvador Fábrega, Procurador.
Don Mariano Marco, Beneficiado de Sta. Cruz.
Don José Antonio de la Torre.
Don José Sanz, Rector de Segura.
Don Santiago Beltran, Capellan de Buñuel en Navarra.
Don Leon Vistuer.
P. Fr. Ramon de Zaydin, Difinidor de Capuchinos de Aragon.
P. Lect. Fr. Manuel Ponz, Religioso de San Francisco.
P. Fr. Juan de Santa Rosa, del Carmen Descalzo.
Don Severo Calabria, Cura de Bujaraloz.
Don Gerónimo Lázaro.
Don Francisco Elías.
R. P. Provincial de Ntra. Sra. de la Merced de Aragon.
R. P. M. Fr. Gonzalo Ferragut, Prov. de Dominic. de Aragon.
R. P. Presentado Fr. Juan Labeda.
Dr. D. Rafael Telez, Dean de Daroca.
Colegio de Escuelas Pias de Alcañiz.
El M. I. Fr. M. Pedro María Ric.
Don José Gonzalez de Gonzalez.
Don Manuel Urrutia.
Don Narciso Olivas, Director y Presid. del Semin. de San Cárlos
R. P. Jubilado y Difinidor Fr. José Jimeno.
P. Guardian de Capuchinos de Cogullada de Zaragoza.
R. P. Fr. Angel de Fuendetodos, Mtro. de Estud. de Zaragoza.
Don Mariano de Pedro, Baron de Salillas.
Don Manuel Zapater, Cura de Salinas.
Don Salvador Castells, Benefic. de la iglesia de S. Juan de Lérida.
Don Isidro Ferrer, Beneficiado de id.
R. P. Provincial de Agustinos Descalzos de Aragon.
Don Rafael Sanz, Canónigo de Zaragoza, por 2 egemplares.

PALENCIA Y SU PROVINCIA.

Don José Moran, Presbítero.
Don Francisco de la Rosa, Cura Párroco de la iglesia Catedral.
Don Julian Recuero, Canónigo de id.
Don Nicolás María de Molinedo, Canónigo de id.
Don Francisco Perez Murtares, Cura de Santa Marina.
Don Isidoro de la Fuente.
Don Gregorio Rojo, Cura Ecónomo de San Lázaro.
R. P. Guardian de San Francisco, por 2 egemplares.
Don Martin Leonardo García, Arcediano de Cerrato.
Don Narciso Calvo, Cura Párroco de la Sta. Iglesia Catedral.
Don Matías Ruiz de la Peña, Capellan de número de id.
R. P. Mtro. Fr. Luis Lopez, Prior del conv. de san Pablo.
R. P. Fr. Benito Rodriguez, Lector de Teología de id.

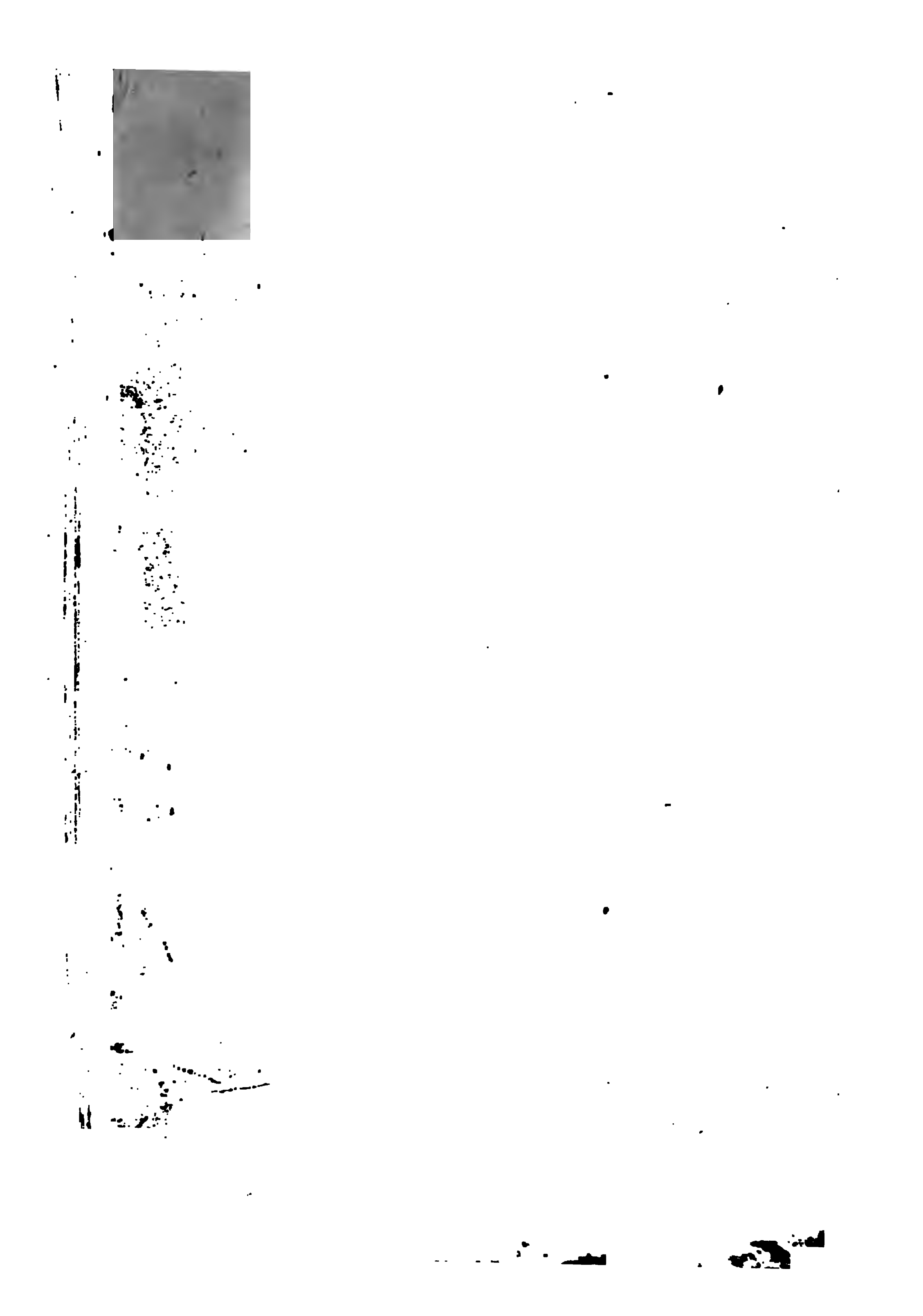
R.P. Fr. Juan Nicolás, id. de id.
R. P. Lect. Fr. Vicente Tomás Rodriguez, Sub-prior de id.
R. P. Fr. Feliciano Diez, Dominico en id.
R. P. Fr. Francisco Romero id. en id.
R. P. Gerónimo Simal, id. en id.
R. P. Fr. Diego Martin, Predicador conventual de id.
R. P. Fr. Manuel García, Lector de Filosofía, Dominico en id.
R. P. Fr. Felix Solomon, id. en id.
R. P. Procurador de las Monjas Dominicas de la Piedad de id.
Comunidad de las Monjas Dominicas de la Piedad de id.
R. P. Fr. Estéban Martin, Prior de los Dominicos de Peñafiel.
El Cura Teniente de la villa de Villadiezma.
Don Pedro Ramos, Beneficiado en Carrion.
Don José Gutierrez, Presbítero.
Don José Vicente Urcullu, dependiente de Rentas Reales.
Don Francisco Ibañez, Cura-Teniente en Becerril.
Don Sebastian García, Beneficiado.
Don Froilan Carriedo, Cura-Teniente en Carrion.
Don Julian Baillo, id. en id.
Don José Corniago, id en id.
R. P. Fr. Juan de Sto. Domingo, Prior de los Domin. de Carrion.
Don Pedro Alcántara Sendino.
Don Francisco Abia, Regidor de Palencia.
Don Francisco Zurita, Cura Párroco de Abia de las Torres.
Don Alejo Montero, Beneficiado de Villa Herreros.
Don Gil de N. Corregidor de Carrion.
Don Antonio Santos Perez, Cura de san Mamés.
Don Pablo del Valle, Beneficiado de Carrion.
Don Manuel Merino, Cura de Sabariego.
Don Francisco Martin, Cura de Cardaño.
Don Rodrigo Santiago, Canónigo de Benevívere.
El Señor Intendente del Canal.
Don Vicente Revilla, Cura de Cébico la Torre.
Don José Luis del Nero, Teniente-Capitan de Granaderos del batallon de Voluntarios Realistas de Palencia.
Don Fernando Marcos, Beneficiado de Villabermudo.
Don Bonifacio Almonacid, Dignidad de Tes. de la Sta. Iglesia.
Don Dionisio Diez Brizuela, Canónigo de id.
Don Tomás de la Puerta Gil, Racionero de id.
El R. P. Fr. Diego Abad, Predicador en S. Bernardino de Herrera.
Don Francisco Andres Ceron, Benefic. en Castrillo de Villa-Vega.
El Sr. Abad de Benevívere, por la librería de su Monasterio.
P. Fr. Felix Caballero, Mtro. de Estud. en S. Pablo por 2 eg. del 5.°

MAS SUSCRIPTORES DE NAVARRA.

Señor Vicario de san Lorenzo de Pamplona.

Don Leandro Muru, Corista de san Saturnino de id.
P. Fr. Benito Martinez, Franciscano en id.
Don Benito Antillon, vecino de id.
Don Martin de Monaco, de id.
Don Simon Garde, Procurador de los Reales Tribunales de id.
Don Vicente Vergara, de id.
Don Javier Villava, Presbitero en Sangüesa.
Don Pedro Martinez de Artieda, Beneficiado de Falces.
Don Francisco Orzaiz, Abad de Subiza.
Don Juan Pedro Goicoa, Abad de Goñi.
Don Martin José Marcotegui, Abad de Azanza.
Don Ramon Oroquieta, Abad de Larumbe.
Don Miguel Maria Goñi, Vicario de Hizasoain.
Don Martin Francisco Guelvenzo, Abad de Alcoz, por 2 egemp.
Don Manuel Mazquiarán, vecino de Estella.
Don Pedro Miguel de Garate, Prior de Ujue.
Don José Maria Irisarri, Vicario de Hodosa.
Don Liberato Antonio Baigorri, vecino de Sesma.
Don Juan Miguel Arellano, Abad de Ezcaroz.
Don José Cristóbal Eguzquiza, Beneficiado de Aeiza.
Don Felipe Aguinaga, Abad de Ripodas, por 4 egemplares.
Don Antonio Esteban Martinez, Vicario de Larraga.
Vicario de las Monjas de Zumaya.
Vicario de Burlada.
Don Manuel Gogendi, Abad de Iza.
Don Juan Ignacio de Elosegui, Benefic. de Gainza en Guipuzcoa.
Don José Jimenez, Visitador de este Obispado.
P. D. Lucas Jimeno, Monge Bernardo en Heire.
P. Presidente de Carmelitas Descalzos.
Don Javier Echeverri, Beneficiado de Sangüesa.
Don Hipólito de Frias, Sr. de Agoncillo y de S. Martin. de Berber.
P. F. Gabriel del Arco, Monge Bernardo de Leire.
Don Juan Antonio Casañarte, Vicario de Obanos.
Don Casildo Goicoa, de Pamplona.
Sr. Vicario de Biurrun, por el 5.°
Don Miguel Tirepu, vecino de Pamplona.
Don Tadeo Barrera, vecino de Tudela.
Don Fernando Larrainzar, vecino de Santisteban.
Don Bernardo Leyun, Abad de Zalva.
Don Ramon Laregui, Beneficiado de Sangüesa, al 5.° tomo.
Don José Brandes, id.
Don José Maria Iraizoz.
El P. Fr. Ignacio Lozano, Carmelita Calzado, id.
Don Agustin Barasoain, Médico, id.
Don Miguel Francisco Moriones, Vicario de Javier, id.
Los Sres. Tesorero y Lectoral de la Catedral de Tudela.






UNIVERSITY OF MICHIGAN
3 9015 05988 1543

Don Juan Felix Casanes Rute.
Don Francisco Armenta, Canónigo.
P. L. Villanueva, Dominico.
Don José Quero.
Don Ramon Amo.
Don Mariano Martiñez.
Don Francisco Beraza.
El Prior de la villa de Marmolejo.
El P. Fr. Francisco Castellano, de la Provincia de los Ángeles.
Don Sebastian Barbero, Presbítero.
El P. Fr. Juan Ruiz, de doña Mencía.
El P. Fr. Benito Cuesta, Trinitario.
Don Juan del Espino, Presbítero.
R. P. Mtro. ex Provincial Fr. Pablo Barbancho.
R. P. Prior de san Agustin Fr. Antonio Lopez.
Señor don Antonio Lopez, Rector de san Pelagio.
Don José Caravaca, Vicario de Hinojosa.
Don Juan de Alcántara, Cura de Fernan-Nuñez.
Don José Lopez, Vicario de Montemayor.
P. Mtro. don Juan Lopez, de san Basilio.

LOGROÑO.

Don Bernardo Martinez de Tejada, Beneficiado de Zorzano.
Don Andres Fortum, Administrador de Rentas Reales de Logroño.
Don Tomás Perez de Viñaspre, Beneficiado en Laguardia.
R. P. Fr. Pedro de Pamplona, Guardian de Capuchinos de los Arcos.
Don Gaspar Perez y Miranda, Presb. Benefic. de la Igl. de los Arcos.
R. P. Fr. Gregorio de Oñate, Abad del Monast. de S. Prud., por 2eg.
Don Benito Trevijano, Presid. del Cabil. de la Igl. de Villamediana.
Don Casimiro Maestu, Contador de la Real Hacienda de Logroño.
Don Joaquin Eusebio Ruiz de Otheo, Cura párroco de Marañon.
Don Manuel Ortiz, Presbitero y Beneficiado de Navarrete.
Don Vicente Bastida, id.
Don Eugenio Perez de Leon, Cura párroco de Arnedo.
Don Antonio Cordon, Beneficiado de la misma.
Don Manuel Fuidio, Cura párroco de Tudelilla.
Don Juan Gamarra, Prebendado Arcediano de la Colegiata.
Don Pedro Garay, Presb. Benefic. de la Igl. Imperial de Palacio.
Don Florentino German, de Briones.
Don Ramon Tutor, vecino de Calahorra.
P. Fr. Fernando Gomez, Franciscano, Misionero Apostólico.
P. Fr. Ramon de Solas, id. id.
El Presbítero Don Angel Entrena, Beneficiado.
El Comandante de los Realistas, y Tesorero de Bulas.
Don José Ruiz Peciña, Canónigo de la Colegiata.
Don Cenon Gobeo de Avalos, Cura de Murillo.